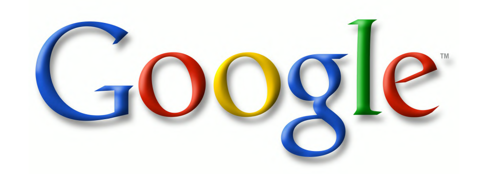
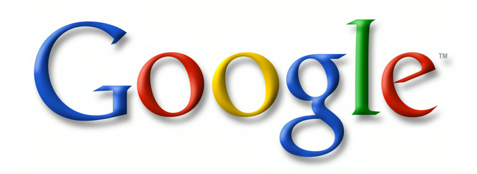
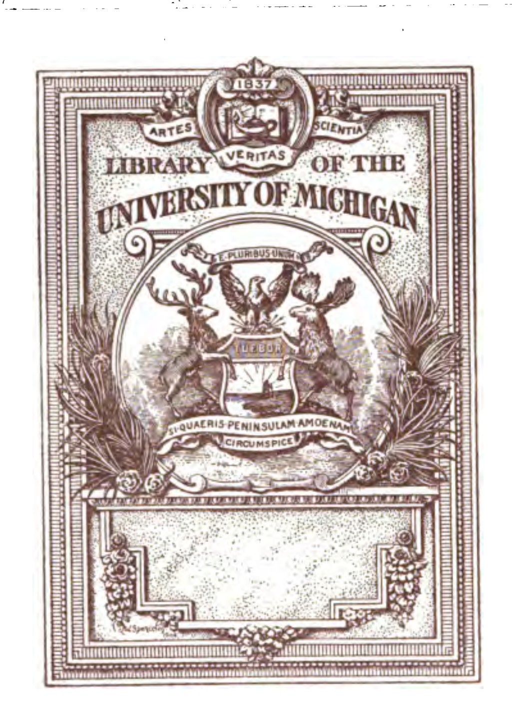
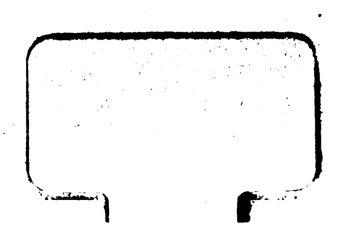





A 465093




1837
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
E PLURIBUS UNUM
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE



PEQUEÑECES...

POR

EL P. LUIS COLOMA

DE LA

COMPAÑÍA DE JESÚS

SÉPTIMA EDICIÓN

BILBAO
IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS
Muelle de Marzana, núm. 7

1904

PEQUEÑECES...



AL LECTOR [1]

LECTOR amigo: Si eres hombre corrido y poco asustadizo, conocedor de las miserias humanas y amante de la verdad, aunque ésta amargue, éntrate sin miedo por las páginas de este libro, que no encontrarás en ellas nada que te sea desconocido ó se te haga molesto. Mas si eres alma pía y asombradiza, si no has salido de esos limbos del entendimiento que engendra, no tanto la inocencia del corazón como la falta de experiencia, si la desnudez de la verdad te escandaliza ó hiere tu amor propio su rudeza, detente entonces y no pases adelante, sin escuchar primero lo que debo decirte.

Porque témome mucho, lector amigo, que de ser esto así, y si no te mueven mis razones, te espera más de un sobresalto entre las páginas de este libro. Yo dejé correr en él la pluma con entera independencia, rechazando con horror al trazar mi pintura, esa teoría perversa que ensancha el criterio de moralidad hasta desbordar las pasiones, ocultando de manera más ó menos solapada, la pérfida idea de hacer pasar por lícito todo lo que es agradable; mas confiésote de igual modo, que si no con espanto, con grave fastidio al menos, y hasta con cierta *ira literaria*, rechacé también

(1) Al publicarse por primera vez esta novela en *El Mensajero del Corazón de Jesús*, púsole su autor este prólogo dirigido á los lectores de dicha Revista, que por muchas y poderosas razones, nos ha parecido conveniente reproducir íntegro en esta séptima edición. *(Nota de los editores.)*

aquel otro extremo contrario, propio de algunas conciencias timoratas, que se empeñan en ver un peligro donde quiera que aparece algo que deleita. Porque juzgo que por sobra de valor yerran los primeros, en no ver abismos donde puede haber flores, y tengo para mí que por hartura de miedo yerran también los segundos, en no concebir una flor sin que oculte detrás un precipicio. Y andando, andando, y partiendo los unos de un principio falso y los otros de una verdad santa, llegan todos de la exageración al engaño, y pasan luego á la demencia, pareciéndoles á aquéllos que pueden servir de guía á la juventud las crudezas de Zola, y creyendo éstos que no conviene enseñar á los niños el Credo y los Artículos de la Fe, sin introducir algunas prudentes modificaciones, de que pudiera yo citarte algún ridículo ejemplo. Extraño fenómeno y singular aprieto para el escritor, el de estos dos extremos opuestos, hijos legítimos de la confusión de ideas en todo orden de cosas que caracteriza nuestra época, y reconoce por origen, entre otras mil causas, la orgullosa suficiencia propia, el desprecio de la autoridad que legítimamente define, la falta de profundidad y método en los estudios, el magisterio superficial, intruso é interesado de los periódicos, y la funesta propensión á juzgar lo que pasa en el corazón ajeno, por lo que sucede en el propio.

Cierto, certísimo, lector pío y discreto, que peca de inmoral y merece toda censura, el autor que encomia á los ladrones y recomienda sus hurtos y los facilita; ó el que protestando contra ellos y reconociendo su inmoralidad, traza, sin embargo, con buenas intenciones y poquísima prudencia, cuadros de peligrosa belleza, de tentación seductora, que ejercen sobre el lector incauto y aun sobre el que por tal no se tiene, la atracción siniestra del abismo. Mas no por eso has de deducir de aquí, lector pío siempre y esta vez no discreto si tal deduces, que sea igualmente inmoral el escritor que confiesa paladinamente que hay ladrones, que da la voz de alerta contra ellos y los saca á la vergüenza pública, pintándolos con todas aquellas sus negras tintas que sufre el decoro y hacen al vicio antipático y odioso, y se ayuda así del mal para hacer el bien, á la manera que la primavera se ayuda del estiércol para fabricar la rosa.

Y no me digas que se corre siempre el riesgo fatalísimo de abrir los ojos á la inocencia, porque te diré entonces, que si el tal autor supo guardar ese *prudente decoro* que indiqué antes, y esa inocencia de que hablas es la verdadera inocencia del corazón, pura y santa, única que todo lo ignora, así en teoría como en práctica, preciso será que pase por aquellas páginas sin comprender lo que se dice entre líneas, y coja la rosa sin sospechar que existe el estiércol. Y si, por ventura, lo sospecha y lo descubre,

señal clara y evidente de que no estaban esos ojos tan cerrados como tú creías, y no siendo ya inocencia pura del corazón, sino mera ignorancia del entendimiento, le aprovechará por ende, si no como medicina todavía, como preservativo al menos, la lección que encerró allí el autor en prudente logogrifo, y como estiércol sucio y hediondo aprehenderá forzosamente, lo que como tal se le presenta. Y si se le convierte en ponzoña la triaca, culpa será suya y no del médico, porque la malicia no estará entonces en el que escribe, sino en la propia voluntad del que lee; que como dijo un poeta antiguo:

Del más hermoso clavel,
Pompa del jardín ameno,
El áspid saca veneno;
La oficiosa abeja, miel.

Con este criterio, lector amigo, escribí yo el libro que entre las manos tienes, y lealmente te lo aviso para que lo arrojes á tiempo si mi modo de pensar no te satisface. Y si por acaso te maravilla que siendo yo quien soy me entre con tanta frescura por terrenos tan peligrosos, has de tener en cuenta que, aunque *novelista* parezco, soy sólo *misionero,* y así como en otros tiempos subía un fraile sobre una mesa en cualquiera plaza pública, y predicaba desde allí rudas verdades á los distraídos que no iban al templo, hablándoles para que bien le entendieran su mismo grosero lenguaje, así también armo yo mi tinglado en las páginas de una novela, y desde allí predico á los que de otro modo no habían de escucharme, y les digo en su propia lengua verdades claras y necesarias, que no podrían jamás pronunciarse bajo las bóvedas de un templo.

Porque si tú, lector pío y candoroso, sentado á las márgenes de los arroyos de leche y miel que fertilizan la Jerusalén celestial que habitas, has creído que existe la noción del bien y del mal en todos los corazones, con la misma claridad que tú la posees en tu entendimiento iluminado por la gracia, estás en un error crasísimo. En el mundo, y en cierta clase de mundo sobre todo, el mal suele desconocerse á sí mismo, por esa misma confusión de ideas que en todos los órdenes reina. Cuando la relajación es general sucede en una sociedad lo que á bordo de un barco acontece: que como todo se mueve igualmente, parece que nadie camina; preciso es que álguien se detenga para que haya un punto fijo que marque el atropellamiento de los otros y el rumbo peligroso de los que siguen caminando.

Jamás harás conocer á un bizco su propio estrabismo, si no le pones delante un espejo fiel que le retrate su torcida vista; porque el ojo de la cara que sirve para ver y conocer á los demás, no puede sin un milagro

que equivalga á esta gracia que tú disfrutas, verse y conocerse á sí mismo. Grande y caritativa obra, por lo tanto, será la del libro que sirva de punto fijo para avisar á los del barco que se alejan de la orilla; que sirva de espejo fiel al bizco desdichado, para que comenzando por conocer allí su vista extraviada, acabe por odiarla en sí mismo.

Y aquí tienes explicado de paso el por qué me detengo á veces en pormenores harto nimios, que desdeñaría como artista y á que no descendería como religioso. Porque el último parapeto del bizco que no quiere mirar derecho, es negar que entienda el que le reprende de achaques de vista; por eso, cuando le pone delante el censor detalles íntimos conocidos solo de los del gremio, concédele al punto la ventaja inmensa de la experiencia y se rinde á discreción, pensando que si no fué también bizco allá en sus tiempos aquel que le reprende, entre muchos que bizqueaban debieron de apuntarle los dientes; y gran paso es ya este dado en el corazón que quiere ganarse, porque le invita á la confianza y le asegura la indulgencia, la idea de que aquel censor inexorable, estudió en su mismo libro y venció sus mismas flaquezas.

Y si todas estas cosas me concedes, y me arguyes todavía, que no cuadra á la gravedad de *El Mensajero* publicar historias tan profanas, pídote que consideres una cosa, en que de seguro no habrás parado mientes. No todos los suscritores de *El Mensajero* son como tú, piadosos y espirituales; en sus listas, numerosísimas hasta un punto increíble para lo que suelen ser estas cosas en España, figuran al lado de místicas Abadesas, señoras muy del mundo, y junto á congregantes de San Luis, hombres despreocupados y hasta jóvenes alegres. Preciso es, pues, que toda esta multitud heterogénea, encuentre allí alimento que la nutra y que le agrade, y la sana doctrina que paladea con delicia la Abadesa en la *Intención* de cada mes, séria, profunda y devota, es manjar harto sublime para el embotado paladar de aquellos otros que solo podrán tragar esa misma celestial doctrina, envuelta en una salsa lícitamente profana.

Dejen, pues, las almas pías ese rincón de *El Mensajero,* para esos pobres hambrientos á quienes hay que alimentar por sorpresa con la sana doctrina de Cristo; que muy superior á la caridad que consiste en dar, es la que consiste en comprender y soportar las humanas flaquezas. Esa es la que me hace á mí tomar la pluma y escribir para ellos, aun á trueque de escuchar, como en cierta ocasión he oído, que rebaja el carácter sacerdotal escribir cosas tan baladíes. ¡Como si la caridad se rebajara alguna vez, por mucho que descienda!...

Y con esto, lector amigo, te dejo en paz, y libre quedas para entrarte,

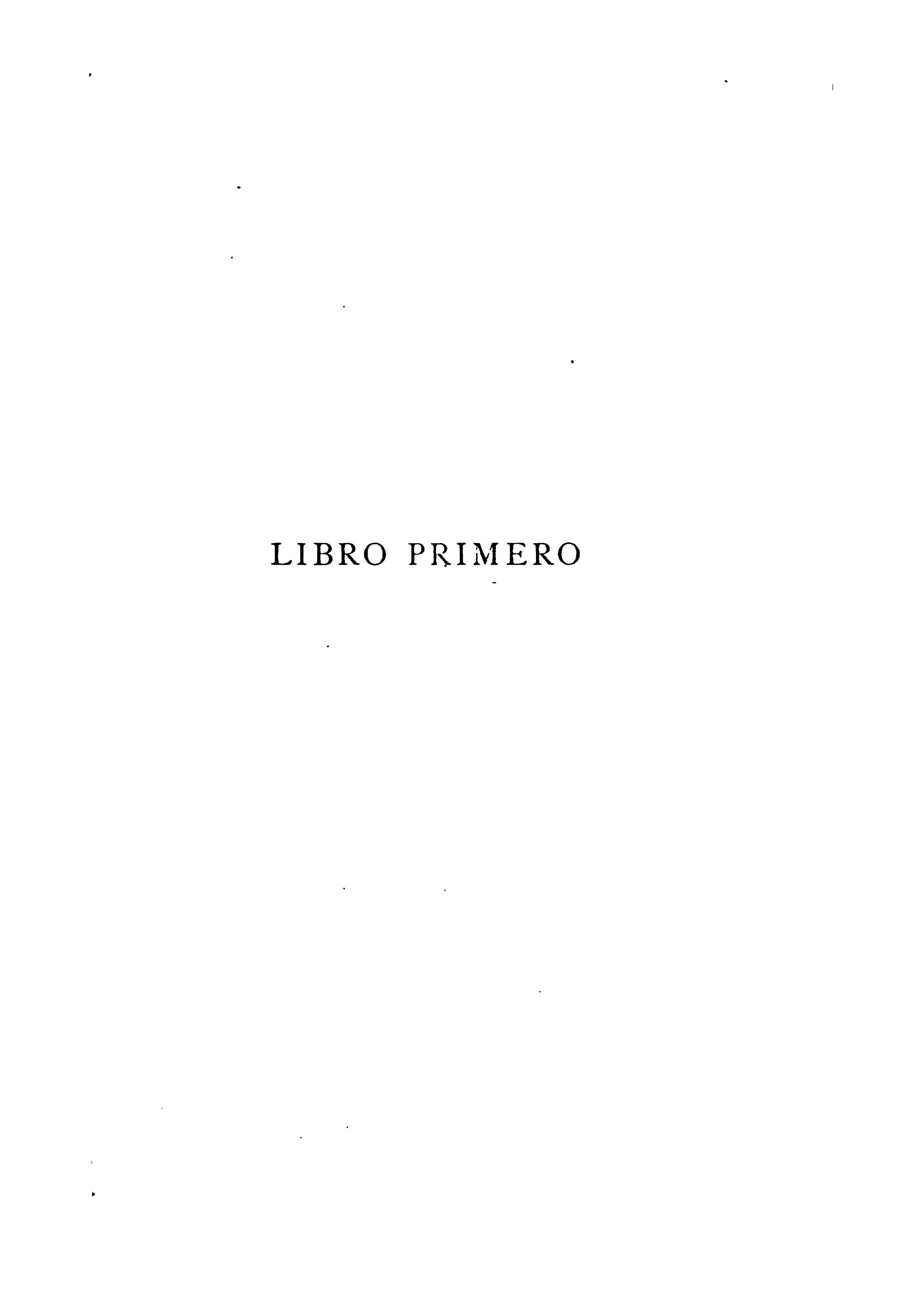
si te place, por las páginas de mi libro ó dar media vuelta á la derecha. Témome, sin embargo, y en tus ojillos devotos lo conozco, que ansías ya por leerlo, y no lo dejarás hasta devorarlo letra á letra; porque si mis razones no te han convencido como deseo, es fácil que la curiosidad te impulse contra lo que yo pretendo.

Quédate, pues, con Dios, y Él te bendiga, que yo por mi parte

Con estas cosas que digo
Y las que paso en silencio,
A mis soledades voy,
De mis soledades vengo.

Bilbao 1.º de Enero de 1890.





LIBRO PRIMERO



I

Something is rotten in the state of Denmark.
Hay algo en Dinamarca que huele á podrido.

Shakespeare.—Hamlet.

LAS dos torrecillas del colegio se levantaban agudas y airosas como flechas disparadas contra el cielo azul, sereno y radiante, que suele cobijar á Madrid en los primeros días de Junio. La verdura del jardín parecía una esmeralda caída en la arena, un oasis de bosquecillos de lilas que ya se marchitaban y de azucenas que comenzaban á abrirse, perdido en las áridas llanuras que por el lado del colegio rodean á la corte de España. El agua saltaba en las fuentes y corría por los pilones murmurando; oíanse alegres voces de niños en lo interior del edificio, gorjeos de ruiseñores y jilgueros en los árboles, y más allá, pasada la verja, ni niños, ni agua, ni flores, ni pájaros... Una llanura estéril, un pueblo de barracas, y allá en el horizonte, lejos, lejos, Madrid, la corte de España, asomando sus cúpulas y sus torres entre esa neblina que pone más de relieve la limpidez de la atmósfera; esa especie de vaho que se levanta de las grandes capitales, semejante á las emanaciones de una hedionda charca.

Terminaba aquel día el curso, había tenido ya lugar la distribución de premios, y llegaba la hora de las despedidas. Cruzábanse por todas partes enhorabuenas y adioses, encargos y recomendaciones; y padres, madres, niños y criados, revueltos en confuso tropel, invadían todas las dependencias del colegio, rebosando esa satisfacción purísima del premio justamente alcanzado, del trabajo concluído, de la esperanza cierta de descanso; esa ruidosa alegría que despierta en el escolar de todas edades, la mágica palabra: *¡Vacaciones!*

El acto había estado brillantísimo: en el fondo del salón ocupaban un estrado ricamente dispuesto, los cien alumnos del colegio, con sus uniformes azules y plata, agitados todos por la emoción, buscando con los ojitos inquietos, arreboladas las mejillas y el corazón palpitante, entre la muchedumbre que llenaba el local, al padre, á la madre, á los hermanos que habían de ser testigos y partícipes del triunfo. Coronaba el estrado un magnífico cuadro de la Dolorosa, *Nuestra Señora del Recuerdo,* titular del colegio, y á su derecha presidía el acto el Cardenal Arzobispo de Toledo, bajo riquísimo dosel, y el Rector y profesores del colegio, sentados en torno. Llenaban el resto del inmenso salón los padres y madres de los niños, alternando la gran señora con la modesta comercianta, el Grande de España con el industrial acomodado, alegres todos, satisfechos, mirándose entre sí y sonriendo amigos y desconocidos, como si el sentimiento de la paternidad igualmente herido, acortase las distancias y estrechase las relaciones, despertando en todas las almas idéntica felicidad, la misma dicha, igual deseo de considerarse y abrazarse como hermanos.

La orquesta dió principio al acto, tocando magistralmente la overtura de *Semíramis*. El Rector, anciano religioso, honra y gloria de la Orden á que pertenecía, pronunció

después un breve discurso, que no pudo terminar. Al fijarse sus apagados ojos en aquel montón de cabecitas rubias y negras, que atentamente le miraban, apiñadas y expresivas como los angelitos de una gloria de Murillo, comenzó á balbucear, y las lágrimas le cortaron la palabra.

—¡No lloro porque os vais—pudo decir al cabo.—Lloro porque muchos no volverán nunca!...

La nube de cabecitas comenzó á agitarse negativamente, y un aplauso espontáneo y bullicioso brotó de aquellas doscientas manitas, como una protesta cariñosa, que hizo sonreir al anciano en medio de sus lágrimas.

El secretario del colegio comenzó á leer entonces los nombres de los alumnos premiados: levantábanse éstos ruborosos y aturdidos por el miedo á la exhibición y la embriaguez del triunfo; iban á recibir la medalla y el diploma de manos del Arzobispo, entre los aplausos de los compañeros, los sones de la música y los bravos del público, y volvían presurosos á sus sitios, buscando con la vista en los ojos de sus padres y sus madres, la mirada de inmenso cariño y orgullo legítimo, que era para ellos complemento del triunfo. Un niño pequeñito de ocho años, subió gateando las gradas del estrado, púsose de puntillas para divisar á su madre, vióla á lo lejos, y con la punta del diploma, le envió un beso... Chicos y grandes aplaudieron con entusiasmo, los unos por ese instinto de ángel que hace comprender al niño lo que es santo y bello, los otros por esa tierna simpatía que despierta en el corazón de todo padre ó madre, cuanto tiende á revelar el puro amor de hijo.

El acto parecía ya terminado: el Arzobispo iba á dar la bendición, y todo el mundo se levantaba para recibirla de rodillas... Un niño blanco y rubio, bello y candoroso como un ángel de Fra Angélico, se adelantó entonces á la mitad del estrado: realzaba el encanto de su edad y su inocencia,

ese no sé qué aristocrático y delicadamente fino, que atrae, subyuga y hasta enternece en los niños de grandes casas, y su larga cabellera rubia, cortada por delante como la de un pajecillo del siglo XV, le daba el aspecto de aquel príncipe Ricardo que pintó Millais en su célebre cuadro *Los hijos de Eduardo.*

Detuviéronse todos á su vista, quedando cada cual en su sitio, en el más profundo silencio. Volvió entonces el niño hacia el cuadro de la Virgen sus grandes ojos azules, rebosando candor y pureza, y con vocecita de ángel, comenzó á decir (1):

Dulcísimo recuerdo de mi vida,
Bendice á los que vamos á partir...
¡Oh Virgen del Recuerdo dolorida,
Recibe tú mi adiós de despedida,
Y acuérdate de mí!...

—

¡Lejos de aquestos tutelares muros,
Los compañeros de mi edad feliz,
No serán á tu amor jamás perjuros:
Conservarán sus corazones puros;
Se acordarán de ti!

Un aplauso general salió del grupo de los niños, como un grito de entusiasta asentimiento. Los grandes no aplaudían; con el alma en los ojos y las lágrimas en éstos, escuchaban inmóviles. El niño se adelantó dos pasos, y llevándose las manitas al pecho, prosiguió lentamente:

Mas siento al alejarme una agonía,
Cual no la suele el corazón sentir...
¿En palabras de niño quién confía?
Temo... no sé qué temo, Madre mía,
Por ellos y por mí...

(1) Esta poesía es original del P. Alarcón, y fué leída en una solemnidad semejante á la que aquí describimos.

Nadie respiraba: las lágrimas al caer, no hacían ruido. El niño volvió entonces al público los cándidos ojos, con esa mirada vaga de la inocencia que parece investigar siempre algo ignorado, y prosiguió con tristeza que conmovía y sencillez que llegaba al alma:

Dicen que el mundo es un jardín ameno,
Y que áspides oculta ese jardín...
Que hay frutos dulces de mortal veneno,
Que el mar del mundo está de escollos lleno...
¿Y por qué estará así?

—

Dicen que por el oro y los honores,
Hombre sin fe, de corazón ruin,
Secan el manantial de sus amores
Y á su Dios y á su patria son traidores...
¿Por qué serán así?

—

Dicen que de esta vida los abrojos
Quieren trocar en mundanal festín;
Que ellos, ellos motivan tus enojos,
Y que ese llanto de tus dulces ojos,
¡Lo causan ellos, sí!

Algunas mujeres enrojecieron, porque por la boquita del niño parecía hablar la voz de muchas conciencias; varios hombres bajaron la cabeza, y una voz enérgica, pero alterada, repitió á lo lejos:—¡Sí! ¡Sí!—Era un anciano general, abuelo de un alumno del colegio. El niño parecía conmovido, como pueden estarlo los ángeles á la vista de las miserias humanas; movió tristemente la cabecita, cruzó las manos, y prosiguió con la expresión de un querubín que mira á la tierra:

Ellos ¡ingratos! de pesar te llenan...
¿Seré yo también sordo á tu gemir?
¡No! Yo no quiero frutos que envenenan,
No quiero goces que á mi Madre apenan,
¡No quiero ser así!

—

En los escollos de esta mar bravía
Yo no quiero sin gloria sucumbir;
Yo no quiero que llores por mí un día,
No quiero que me llores, Madre mía...
¡No quiero ser así!

—

Y mientras yo responda á tu reclamo,
Mientras me juzgue con tu amor feliz,
Y ardiendo en este afecto en que me inflamo,
Te diga muchas veces que te amo,
¿Te olvidarás de mí?

—

¡Ah, no, dulce recuerdo de mi vida!
Siempre que luche en peligrosa lid,
Siempre que llore mi alma dolorida,
Al recordar mi adiós de despedida,
¿Te acordarás de mí?

—

Y en retorno de amor y fe sincera,
Jamás sin tu recuerdo he de vivir,
Tuya será mi lágrima postrera...
¡Hasta que muera, Madre, hasta que muera
Me acordaré de tí!

—

Tú en pago, Madre, cuando llegue el plazo,
De alzar el vuelo al celestial confín,
Estrechándome á ti con dulce abrazo,
No me apartes jamás de tu regazo,
¡No me apartes de ti!

Calló el niño, y no resonó un aplauso: sólo estalló un sollozo, un inmenso sollozo que pareció salir de mil pechos por una sola boca, arrastrando los encontrados afectos de amor, ternura, vergüenza, entusiasmo, piedad y arrepentimiento, que en aquellos corazones había despertado la cándida vocecita del niño... Á una señal del Rector, lanzáronse todos los que en el estrado estaban en brazos de sus padres, estallando entonces una verdadera tempestad de besos, gritos, abrazos, bendiciones, llantos de alegría y gemi-

dos de gozo. Sólo el niño que había declamado los versos quedó solitario en su asiento, sin padre ni madre que le recibieran en sus brazos; la pobre criatura dirigió una larga mirada al dichoso grupo, y con sus premios en la mano salió lentamente por una ancha galería, en que comenzaban á amontonar ya los criados los equipajes de los niños que se marchaban. Había en un extremo un gran mundo, con las iniciales *F. L.* en la tapa, y sobre él se sentó el niño como esperando algo, con los premios al lado, la cabeza baja y la gorrita en la mano, triste, silencioso, inmóvil. La alegre algazara del salón llegaba á sus oídos, y poco á poco fuese levantando su pechito, inchóse su garganta, y rompió á llorar amargamente, en silencio, sin sollozos, sin suspiros, como lloran los que tienen en el corazón el manantial de sus lágrimas. Los criados comenzaban ya á cargar los equipajes, y los grupos de padres y niños se dirigían á la puerta con alegre barullo, sin que nadie reparase en el niño solitario: á veces, un compañero le daba al pasar una palmada cariñosa, ó un profesor que corría apresurado le enviaba una sonrisa, y el niño sonreía también sorbiéndose las lágrimas.

Una señora gorda de aspecto bondadoso, hallóse en aquellas apreturas al lado del niño, llevando de la mano á un chiquillo gordiflón, que sólo había obtenido un premio de gimnasia. Notó éste las lágrimas de su compañero, y tirando de las faldas á la señora, le dijo al oído:

—Mamá... mamá... Luján está llorando.

—¿Por qué lloras, hijo?—le preguntó la señora compadecida.—Si has declamado muy bien. ¿No has sacado premio?

Púsose el niño muy encarnado, y levantando la cabeza con infantil orgullo, contestó mostrando los que junto á sí tenía:

—Cinco... y dos *excelencias*...

—¡Digo!... ¿Cinco premios y todavía lloras?...

El niño no contestó; bajó la cabeza como avergonzado, y de nuevo corrieron sus lágrimas.

—Pero ¿qué tienes, hijo?—insistió la señora.—¿Estás malo?... ¿Por qué lloras?

Un inmenso desconsuelo que desgarraba el alma en aquella carita de ángel, se pintó en las facciones del niño: con los dientecillos apretados y los ojos rebosando lágrimas y amargura, contestó al cabo:

—Porque estoy solo. Mi mamá no ha venido. ¡Nadie ha visto mis premios!...

La señora pareció comprender toda la profunda amargura que encerraba aquel sencillo lamento. Saltáronsele las lágrimas, y mientras con una mano acariciaba la rubia cabeza del niño, apretaba con la otra contra su seno la de su hijo, como si temiese que pudiera faltarle alguna vez aquel blando regazo.

—¡Ángel de Dios!—decía al mismo tiempo.—¡Pobrecito mío!... Tu mamá no habrá podido venir: estará fuera sin duda... ¿Cómo se llama?...

—La Condesa de Albornoz—respondió el niño.

Una violenta expresión de ira se pintó en el rostro de la señora, al oir este nombre: volvióse bruscamente hacia una joven que la acompañaba, y exclamó con más impetuosidad que prudencia:

—¿Pero has visto?... ¡Si esto clama al cielo!... ¡Pícara! ¡Pícara madre!... Mientras este ángel llora, estará ella escandalizando á Madrid como acostumbra.

—¡Calla, mujer!—replicó la otra mirando con inquietud al niño.

—¿Pero quién ve con paciencia esto?... ¡Lástima de hijo para tal madre!... Desde el fin del mundo hubiera venido yo por ver recibir al mío su premio de gimnasia... ¡Anda con Dios, hijo! eso indica que cuando seas grande sabrás

tirar de un carro... ¡Con tal que me seas bueno!... ¿No es verdad, Calixto, vida mía?...

Y estampaba en las mofletudas mejillas de su hijo, esos estrepitosos y apretados besos de las madres, que parecen mordiscos del alma.

El niño, enjugándose sus grandes ojos de un azul profundo, como el mar visto de lejos, no se enteraba de nada. La señora volvió á decirle:

—Vamos, hijo mío, no llores... Anda, Calixto, no seas pazguato, dile algo á ese niño... ¿No ves que llora?... ¿Cómo te llamas, hijo?...

—Paquito Luján—respondió el niño.

—Pues no llores, Paquito, que tu mamá te estará esperando en casa... Mira, Calixto, dale una de las cajas de dulce que te he traído... ó mejor será que le des las dos: yo te compraré otras.

Y como viese que el niño rechazaba la linda cajita de la Mahonesa que no del todo satisfecho le alargaba Calixto, añadió:

—Tómalas, hijo... Esta para ti, y la otra para tus hermanos... ¿No tienes hermanitos?...

—Tengo á Lilí.

—Pues llévale una á Lilí... Y llévale también esto...

Y la buena señora estampó en las mejillas del niño, llenas de lágrimas, otros dos sonoros besos, que en vano pretendían suplir en ellas el calor que les faltaba de los besos de su madre. Un lacayo con larga librea verde aceituna, coronas condales en los botones y sombrero de copa con gran cucarda rizada en la mano, se acercó entonces al grupo:

—Cuando el señorito quiera, está esperando el coche—dijo respetuosamente al niño.

El pobre señorito se levantó de un salto, y abrazando con un movimiento lleno de gracia al gimnasta Calixto, se diri-

gió á la puerta, sin querer entregar al lacayo el envoltorio de sus premios. En la verja del jardín le detuvo el P. Rector, que allí estaba despidiendo á los niños; besóle Paquito la mano, y abrazándole él cariñosamente, le habló breve rato al oído. Púsose el niño muy encarnado, corrieron de nuevo sus lágrimas, y con verdadera efusión llevó por segunda vez á sus labios la mano del religioso.

Poco á poco fueron desfilando los carruajes, y cesaron al fin los gritos de despedida.

—¡Adiós!... ¡Adiós!...—repetía el anciano.

Todavía aparecían algunas manitas saludando á lo lejos por las ventanillas de los coches:

—¡Adiós!... ¡Adiós!...

Ocultáronse al fin todos en el último recodo del camino, y sólo quedó la llanura árida, la polvorienta carretera, el pueblo de barracas, el colegio solitario, silencioso como una jaula de jilgueros vacía, y á lo lejos, acechando entre la bruma, Madrid, la gran charca.

El pobre viejo dejó caer entonces los brazos abatido, bajó tristemente la cabeza, y entróse en la capilla murmurando:

¡Oh Virgen del Recuerdo dolorida!...
¿Se acordarán de ti?...





II



ERA aquella misma tarde poca la animación y escasa la concurrencia en el *fumoir* de la Duquesa de Bara. Casi tendida ésta en una *chaise-longue,* quejábase de jaqueca, fumando un rico cigarro puro, cuya reluciente anilla acusaba su auténtico abolengo: tenía sobre las faldas, sin anudarlo, un delantalillo de finísimo cuero y elegante corte, para preservar de los riesgos de un incendio los encajes de su *matinée* de seda cruda, y sacudía de cuando en cuando la ceniza en un lindo barro cocido, que representaba un grupo de amorcillos naciendo de cascarones de huevo en el fondo de un nido.

Pilar Balsano fumaba, haciendo figuras, otro cigarro no tan fuerte, pero sí tan largo como el de la Duquesa, y Carmen Tagle se desquijaraba chupando un *entreacto,* que se mostraba algún tanto rebelde.

—Está visto que no tira—dijo de pronto.

Y para cobrar nuevas fuerzas se bebió poquito á poco, y con aire muy distinguido, una tercera copita de Wisky

bastante fuerte, que juntamente con el té, los *brioches* y *sandwichs,* habían servido en rico frasco de cristal de Bohemia.

La señora de López Moreno, gorda y majestuosa como las talegas de su marido, contraía sus gruesos labios para chupar un cigarrito de papel, y reíase maternalmente al ver á su hija Lucy, recién salida del colegio, dar pequeñas chupadas en el cigarro mismo de Angelito Castropardo. Chupaba la niña y tosía haciendo monadas, chupaba Angelito para darle magistral ejemplo, y tornaba á chupar y á toser la colegialita, encontrando el juego muy divertido. Parecía complacerla mucho tener por maestro á un Grande de España, y procuraba estudiar el *chic* de aquellas ilustres damas, que como modelos de distinción le proponía su madre. Todavía, sin embargo, encontraban en ellas sus ojos de colegiala cosas harto extrañas.

Disgustaban á la Duquesa las risotadas de la banquera; pero pasaban de dos millones las hipotecas que el cónyuge de ésta tenía sobre los bienes de aquélla, y ante la perspectiva de una prórroga necesaria, era preciso preparar el terreno con paciencia y amabilidades.

Leopoldina Pastor, varonil solterona que pasaba ya de los cuarenta, guapa y muy erudita, despachaba una buena ración de *brioche milanaise,* disputando con D. Casimiro Pantojas, antiguo director de instrucción pública, académico de la lengua y celebérrimo literato. Habíase inaugurado aquella semana el tranvía del barrio de Salamanca, y lamentábase el académico de que el vulgo de Madrid se empeñase en hacer masculino el nuevo vehículo, contra el dictámen de algún colega, suyo, que por femenino lo tenía. La señorita de Pastor, ardiente defensora de los fueros gramaticales, prometióle hacer por todas partes propaganda de la *tranvía;* pero escapósele al bueno de D. Casimiro, que era el aca-

démico en cuestión D. Salustiano Olózaga, y Leopoldinita varió al punto de dictamen, exclamando muy enfadada:

—¡Imposible que sea femenino!... Olózaga es un indecente amadeista, que ha impuesto á Thiers el toisón de oro, y eso no se lo perdona ninguna alfonsina... ¡Pues no faltaba más!... ¡El tranvía se dice, y el tranvía se dirá!...

Y todos convinieron en poner pantalones al tranvía, incluso Fernando Gallarta y Gorito Sardona, gomosos del Veloz, y el grave Marqués de Butrón, Ministro plenipotenciario antes de la *gloriosa,* y gastrónomo distinguido únicamente después de ella. Era el Marqués en extremo peludo, y la reina Isabel solía llamarle Robinsón Crusoé, porque según aseguraba, sólo con la cara de su Ministro plenipotenciario, podía figurarse al famoso náufrago, vestido de pieles, en su isla desierta. Y en honor de la verdad, aquellos destinos del orbe entero, que encerraba Napoleón en el pliegue vertical de su frente, podían quedar entre las cejas del Marqués, perfectamente arropados, como entre dos pellejos de conejo.

Frunció, pues, Butrón el formidable pliegue, y mirando la ceniza de su cigarro, dijo solemnemente:

—¡Olózaga!... Él y solo él sirve de puntal á esta situación que se desmorona... Sin su habilidad y sus esfuerzos, tendríamos ya la Restauración planteada hace medio año.

Indignáronse mucho las damas, y Carmen Tagle exclamó lastimeramente:

—¡Y tanta apoplegía vacante!... ¡Tanta pulmonía desperdiciada!...

El Marqués, que estaba realmente al tanto de los manejos de la política reaccionaria, siguió perorando, y Carmen Tagle dejó de prestar atención, para ponerla á lo que pasaba á sus espaldas, detrás de un caballete de terciopelo

rojo, medio cubierto airosamente con una pieza de seda del siglo XVI, sobre la cual se destacaba una linda acuarela de Worms. Asomaban por entre las rojas patas del caballete, las faldas de una dama y las piernas de un caballero, y eran estos incógnitos María Valdivieso y Paco Vélez, que sostenían allí hacía media hora una pelotera de dos mil demonios. La colegialita Lucy alargaba también la oreja á ver si pescaba algo, y pescó en efecto por dos ó tres veces el nombre de Isabel Mazacán, y el de cierto actual Ministro, muy joven y muy guapo, llamado García Gómez. A poco hizo otra pesca más gorda; habíasele escapado á la dama un iracundo—¡canalla!—y al caballero una grosera palabrota que hizo á Lucy pegar un respingo, poniéndose muy colorada, y á Carmen Tagle exclamar entre dientes, con su proverbial frescura:

—*¡O mon Dieu; quel gros mot!...*

Y levantando la voz un poco dijo volviendo el rostro hacia el caballete:

—¡Pero María, no vienes?... Mira que se está enfriando el té...

Apareció entonces la Valdivieso por el laberinto de monerías y riquezas artísticas que llenaba la pieza, y vino á sentarse junto á Carmen Tagle, muy sofocada, y echando por los ojos relámpagos de ira. Paco Vélez salió por el otro lado del escondite con las manos en los bolsillos, coloradas las orejas y mordiéndose los labios, y se detuvo á examinar con aire de inteligente una bellísima lámpara de cobre repujado, que sobre una columna salomónica hacía *pendant* con el caballete. Lucy, que no conocía á la Valdivieso, preguntó muy bajito á su maestro Castropardo, si aquel otro señor era su marido.

—¡Su marido!... ¡Jesús y que risa tan grande y tan guasona le entró entonces á Angelito Castropardo!... ¿Pero de

dónde diablos había sacado aquella criatura la peregrina idea de que fuese aquel un matrimonio?...

—¡Como reñían de ese modo!—dijo muy apurada Lucy.

Castropardo sufrió otro acceso de hilaridad, y pudiendo apenas decir entre su risa—¡pues tiene sombra la preguntita!—fué á contar al oído de la Duquesa la ocurrencia de la colegiala.

Pasóseles por alto á todos los demás este pequeño incidente, distraidos con la negra pintura de la situación actual, que deliberadísimamente les hacía el peludo diplomático; sabía muy bien que eran el brazo derecho de los políticos de la Restauración las señoras de la grandeza, y tenía él á su cargo enardecer y dirigir el celo de tan ilustres conspiradoras. Ellas, con sus alardes de españolismo y sus algaradas aristocráticas, habían conseguido hacer el vacío en torno de D. Amadeo de Saboya y la reina María Victoria, acorralándolos en el Palacio de la Plaza de Oriente, en medio de una corte de *cabos furrieles y tenderos acomodados*, según la opinión de la Duquesa de Bara; de *indecentillos*, añadía Leopoldina Pastor, que no llegaban siquiera á indecentes. Las damas acudían á la Fuente Castellana, tendidas en sus carretelas, con clásicas mantillas de blonda y peinetas de teja, y la flor de lis, emblema de la Restauración, brillaba en todos los tocados que se lucían en teatros y saraos. Allí mismo y en aquel momento, la señora de López Moreno llevaba una colosal empedrada de brillantes, y con mejor gusto para aquella hora y aquel traje, llevábanla también las otras damas, de oro mate con esmaltes. Leopoldina Pastor, lucía una de trapo del tamaño de una zanahoria, colocada en lo más alto de su sombrero.

Pavoroso era el cuadro que el Marqués dibujaba... Aislado el pobre Rey, miraba sin cesar hacia la frontera, esperando la contestación á su discurso del 3 de Abril, que aún

no había obtenido respuesta el 21 de Junio. Sucedíanse las crísis ministeriales, frecuentes, periódicas, como calenturas de terciana, hasta engendrar un ministerio llamado de Santa Rita, por ser esta Santa abogada de imposibles. Sublevábanse en las provincias tropas y paisanos, los tenderos se amotinaban en Madrid y daban una pedrada al alcalde, y cinco días antes, el 18 de Junio, un populacho soez recorría las calles, apedreando los cristales, y rompiendo los faroles de la iluminación con que celebraban muchos el aniversario del pontificado de Pío IX, mientras un gentío inmenso de todos los colores y matices, aplaudía en los jardines del Retiro *El Príncipe lila,* grotesca sátira en que designaban al monarca reinante, con el nombre de *Macarroni I.* Varios gomosos del Veloz-Club, de los cuales ero uno Paco Vélez, habían pagado á tres saboyanitos, para que escondidos en un palco-proscenio del teatro á que asistía D. Amadeo, interrumpiese de repente la función, cantando al son de sus violines y arpas, el conocido estribillo:

Cicirinella tenía un gallo
E' tutta la notte montaba á caballo,
Montaba la notte bella,
¡Viva il gallo de Cicirinella!

Divertía esto mucho á las damas, porque claro está que ello había de allanar el camino de la Restauración, por que ansiosas trabajaban; pero lo temible, lo negro—y el Marqués acentuaba los pavorosos tintes de su rostro, enarcando las pieles de sus cejas—era que los carlistas comenzaban á removerse en el Norte, y los republicanos en todas partes, y hacíase difícil defender de tanta boca abierta, la única y apetecida tajada.

—La Restauración es cosa hecha—concluyó Robinsón con acento profético;—pero sólo llegaremos á ella atrave-

sando un charco de sangre... ¡Preveo para España un *noventa y tres* con todos sus horrores!!...

Sobrecogiéronse las damas, y en voz queda, contenida, cual si viesen asomar, como María Antonieta por las ventanas del Temple, la cabeza de la Lamballe, clavada en una pica, comenzaron á hablar de la guillotina... Morir las aterraba. ¿Qué sabían ellas lo que era morir? Tan sólo lo comprendían en el teatro Real, dejándose caer poco á poco en la poltrona de Violeta Valery, cantando al compás de la orquesta y en los brazos de Alfredo: *¡Addio d'il passato!*

La Duquesa dijo con voz desfallecida, que ella había visto en Londres, en la galería de Mme. Tussaud, la guillotina misma en que murió Luis XVI. La señora de López Moreno se llevó la mano á su gordo pescuezo, como si ya sintiese allí el filo de la fatal cuchilla. Leopoldina Pastor no se asustaba: de morir ella, moriría como Carlota Corday, despachando antes media docena de indecentes como Marat. Carmen Tagle dió un suspiro, sacó un poquito la lengua y preguntó si aquello dolería mucho.

—Tan sólo se siente un ligero frescor— contestó á lo lejos una voz cavernosa.

Volviéronse todos asustados, creyendo encontrar la sombra de Robespierre, que venía á comunicarles el dictamen de su experiencia...

Tan sólo vieron á D. Casimiro Pantojas, sonriente, apretándose con una mano el gaznate, rompiendo con la otra el rabo de un conejito de porcelana de Sajonia, que entre mil costosas baratijas adornaba una mesa. Distraido siempre el buen señor, trituraba de continuo lo que cogía al alcance de sus dedos de espárrago, y á estos destrozos sin cuento de muebles y cachivaches, debía el apodo de *El ciclón literario*.

Riéronse todos, y la salida del académico, que no era

otra sino el informe de Guillotín á la Asamblea francesa sobre su terrible invento, vino á aclarar algo la sombría atmósfera. Una racha viviente, un huracán femenino que apareció en la puerta, acabó de despejarla del todo: entró Isabel Mazacán, con su paso de Diana cazadora, alta la cabeza, altiva la mirada, demasiado señoril para *cocotte*, demasiado desvergonzada para gran dama.

Besó á la Duquesa, quitóse un guante, bebió dos sorbos de té...

—Butrón, un cigarro—dijo, y con el aplomo de un veterano, de repente, sin preámbulos, hizo estallar esta bomba:

—Está nombrada la Camarera mayor de Palacio...

La sorpresa hizo saltar en sus asientos á damas y caballeros, y desapareció como por ensalmo la jaqueca de la Duquesa.

—¿Quién es?...

—¿Pero quién podía ser?...

Porque ¿quién podía ser en efecto, si la gran habilidad de las señoras alfonsinas había estado en desairar á la reina María Victoria, dejando vacante el cargo de Camarera mayor, que exige como requisito indispensable la grandeza de España, y es de suyo tan alto y delicado, que no recibe, sino presta autoridad á la persona misma de la Reina?...

—¡Bah!—exclamó al cabo la Duquesa—alguna coronela de Alcolea...

—Alguna burguesa distinguida—dijo Carmen Tagle.

—Miss Zæo, artista ecuestre—opinó Gorito Sardona.

Y Paco Vélez, en crudo, sin repulgos, sin que ninguna dama se espantase, ni ningún caballero le cruzara el rostro de una bofetada, añadió:

—Paca la alta... *artiste anonyme*...

Angelito Castropardo, en pie detrás de la gorda López

Moreno, la designaba con gesto picaresco, guiñando un ojo como si preguntase si era ella; mas la Mazacán, con mucha pausa y sin que la voluminosa banquera pudiese comprender por la expresión de su rostro qué decía, ni á quién hablaba, le contestó subrayando las palabras:

—No es *gorda* de España... Es *Grande* de España...

Recrudecióse la sorpresa con asomos de indignación, y hasta el mesurado diplomático contrajo sus pellejos de conejo, exclamando:

—¡Imposible!... ¡Imposible!...

—Será alguna grande de provincia... Alguna indecente que nosotros no conocemos—dijo Leopoldina Pastor.

—No, señor; es grande de la corte, y de la cepa... y me extraña no encontrarla aquí...

—¿Aquí?—gritó la Duquesa irguiéndose amenazadora.

Y revolvió los ojos en todas direcciones, como buscando debajo de alguna mesa ó en lo alto de algún *étagère,* á la nueva Camarera.

—¿Pero quién es?... ¿Quién es?—gritaron todos.

Isabel Mazacán dejaba escapar una sonrisita maliciosa, como quien saborea un triunfo anticipado: presentó una copa á Paco Vélez para que se la llenase de Wisky, vacióla de un trago, y acabó al fin de soltar la bomba.

—Curra Albornoz—dijo.

Lo enorme de la afirmación destruyó su efecto. Un—¡Bah!—general de incredulidad brotó de todos los labios, y la Duquesa se hundió de nuevo en las profundidades de su *chaise-longue,* exclamandó:

—¡Eso es un *canard!*

—¡Sí, señor!... ¡Un camelo!—añadió Gorito muy indignado.

Tocóle la vez de enfurecerse á Isabel Mazacán, y mientras el viejo Butrón disimulaba un repentino sobresalto,

como si juzgase aquel nombramiento, cosa de grave peligro, dijo ella muy contrariada por el fiasco de su noticia:

—Pues, señor, ¡me pasmo de su pasmo de Vds.!... ¿Á qué viene ese espanto?... ¿Acaso Curra ha tenido alguna vez vergüenza?...

—¡Eso es otra cosa!—replicó con fresquísima naturalidad la Duquesa.—Pero la enormidad que tú le atribuyes, sería peor que una culpa; sería una pifia... ¡Camarera mayor de la Cisterna!... ¡Qué ridiculez!...

—Mira que lo sé de buena tinta...

—Vamos, mujer, dilo sin miedo, que ninguna de nosotras se ha de poner colorada—exclamó María Valdivieso con la intención de un toro de ocho años.—¿Te lo ha dicho García Gómez?...

La Mazacán titubeó un momento, y sin ruborizarse tampoco por las comentadas intimidades que con el lindo Ministro tenía, dijo al cabo:

—García Gómez me lo ha dicho.

—¡Pues aunque lo diga San García Gómez no lo creo!—replicó impertérrita la Duquesa.—Necesitaría yo verla en el coche de la Cisterna para comprender...

—Ya lo irás comprendiendo, mujer, no te apures—la interrumpió Isabel Mazacán con mucha sorna.—¿Te acuerdas de que Currita estaba en París cuando la abdicación de la Reina?... ¿Te acuerdas de que nadie se acordó de invitarla á la ceremonia?... Bien se guardó ella de decirlo; pero su marido, ese Villamelón, que tiene más de *melón* que de *villa,* lo dejó escapar una noche en casa de Camponegro... ¡Pues ahí tienes la madre del cordero!... Ella no ha perdonado el desaire, y quiere ahora sacarse la espina; porque, ¡pásmate, Beatriz, pásmate!... ¡Ni aun siquiera le han ofrecido el cargo; ella, ella es quien lo ha solicitado!!...

Horrorizáronse todos, y la Mazacán continuó:

—Verdad es que se hace pagar carillo, porque ha sacado seis mil duros de sueldo, y...

—¿Seis mil duros de sueldo?... ¡Qué barbaridad!... Pero si ningún sueldo de Palacio pasó nunca de tres mil duros...

—Pues para Curra pasa de seis mil, porque además de ellos, ha sacado también...

Aquí intercaló la amiga de García Gómez una risita de todos los diablos, y añadió muy despacio:

—... la Secretaría particular de D. Amadeo, para ese Juanito Velarde, que es ahora su consejero íntimo.

—¿Velarde?—exclamó Pilar Balsano, muy sorprendida. —¡Yo nada sabía!...

—¿Ahora te desayunas de eso?... ¡Vamos, Pilar! que estás siempre en Belén con los pastores...

—Lo veía mucho con Villamelón, pero nada sospechaba...

—¿Y querías mayor indicio?... En ese matrimonio modelo, son comunes hasta las afecciones; el consejero más íntimo de Currita es el amigo que Villamelón pasea... En eso conozco yo quién está de turno.

Riéronse todos, como siempre que la Mazacán empuñaba la tijera, y la señora de López Moreno dijo muy satisfecha:

—¡Qué Isabel esta!... ¡Con qué gracia crucifica á todo el mundo!...

No sentó bien á la Mazacán aquel familiar *Isabel*, y como no tenía sobre sus tierras hipoteca ninguna de la banquera, la contestó recalcando mucho el nombre de pila de ésta:

—Por eso tengo la seguridad de que á nadie calumnio, mi señora doña Ramona...

La Duquesa, que aún no se daba por convencida, quiso replicar algo; pero el Marqués, desasosegado y nervioso, impuso silencio, extendiendo una mano que parecía tener, como las de Jacob, mitones de cabrito...

—¡Basta, basta, señores!—dijo;—¡están Vds. jugando con fuego!...

Y lanzando en torno una mirada escrutadora, que brillaba entre sus cejas como el sol entre nubarrones, añadió:

—Todos tenemos aquí los mismos intereses, y se puede hablar claro... De ser cierto lo que Isabel dice, el tal nombramiento traerá cola... Lo de la abdicación es exacto, pero fué un olvido: yo estaba allí también, y me lo contó Pepe Cerneta, y la misma Señora me lo repitió, lamentándose de ello... Por eso, cuando noté que Currita se había resentido, escribí yo mismo á la Reina, aconsejándola que la desagraviara...

—¡Pues muy mal hecho!... ¡Lástima de tiempo perdido!—le interrumpió Isabel Mazacán con un mohín graciosísimo.

—¡No, Isabel, no!... ¡Que cuando un partido está en desgracia, su política ha de ser siempre la de barrer para dentro!... Por eso la Señora me contestó hace poco, que la invitaría para la primera Comunión de nuestro Príncipe en Roma... ¡Figúrense Vds. el compromiso que será para mí, si la Señora da ese paso en falso!... ¡Jesús, Jesús, qué disparate!... ¿Pero Isabel, cabeza de pájaro, por qué no me dijiste eso á mí solo?...

—¡Pues me gusta la salida!... ¿Para que se lo guardara V. muy tapadito?...

—¡Pues claro está! ¡para eso mismo!... Es menester que todo esto quede entre nosotros, y hable yo cuanto antes con Currita...

—Aquí la tendrá V. de un momento á otro.

—¿Aquí?...

—Aquí mismo... Quedé citada con ella para ir á la visita de los niños de la Inclusa: ella es de la Junta de Damas.

—¡Oh, sí!—exclamó Carmen Tagle en tono muy de-

voto.—Currita tiene á esos pobrecitos niños un afecto ternísimo...

—Maternal—dijo Gorito en el mismo tono.

—Verdaderamente maternal—repitieron varios muy compungidos; y todos se echaron á reir, incluso la colegialita, con sencillez candorosísima, mientras Butrón, muy apurado, repetía con el ademán de Neptuno pacificando los mares:

—¡Juicio, señores, juicio, por Dios!... Que nadie diga una palabra, ni se den por entendidos con ella, hasta que yo la hable.

—¡Ay, no, no, lo que es eso no!—exclamó la Mazacán muy desolada.—Por nada del mundo renuncio yo al gustito de hacerla rabiar un rato...

—Pero si eso no puede ser cierto... Si todo podrá arreglarse.

—Pues mientras V. lo arregla, nosotras nos divertiremos...

Butrón quiso invocar los fueros de su autoridad, pero ya era tarde... Á través de la puerta del *fumoir,* vieron todos adelantarse por el salón vecino, á una dama muy pequeñita, flaca, que caminaba con menudos pasos sobre sus altos tacones, dando golpecitos en el suelo, con el regatón del largo palo de su sombrilla de encajes. Tenía el pelo rojo, el rostro lleno de pecas y sus pupilas grises eran tan claras, que parecían borrarse á cierta distancia, haciendo el extraño efecto de los muertos ojos de una estatua.

Al verla Leopoldina Pastor, corrió al soberbio piano de Erard, que estaba en un ángulo, arrancó de un solo tirón la rica y antigua colcha brocada que lo cubría, y se puso á tocar furiosamente el flamante himno de doña María Victoria, una de las intemperancias filarmónicas en que tan fecundo fué siempre el partido progresista. Gorito Sardona saltó

frente á la puerta, sobre un *puff* de badana japonesa, y cogiendo á guisa de sombrero una de las bandejas del té, de cincelada plata antigua, se descubrió ante la dama lentamente, tieso, sin mover la cabeza, extendiendo el brazo hasta formar con el cuerpo ángulo recto, como solía saludar por todas partes el rey D. Amadeo.

Currita se detuvo un momento en el dintel, sin perder su aire de niña tímida, de ingénua colegiala; oyó el himno, vió á Gorito, abarcó la situación con una sola y rápida ojeada... y dobló de repente el cuerpo con distinción exquisita, para contestar al saludo amadeísta, con otro saludo de corte, profundo, pausado, á la derecha, á la izquierda, al frente, poniendo en elegantísima caricatura la ceremoniosa reverencia usual de la reina doña María Victoria.





III

EL 21 de Junio de 1832 Fernando VII, arrastrando los pies más por la gota que por los años, y María Cristina, en todo el apogeo de su lozanía y su belleza, sacaban de pila en la colegiata é iglesia parroquial de la Santísima Trinidad, del Real Sitio de San Ildefonso, á un niño que se llamó Fernando, Cristián, Robustiano, Carlos, Luis-Gonzaga, Alfonso de la Santísima Trinidad, Anacleto, Vicente.

Era hijo primogénito de los Marqueses de Villamelón, Grandes de España, gentil-hombre él de S. M. el Rey, y dama de honor ella de S. M. la Reina. Fué la última criatura que apadrinó Fernando en este valle de lágrimas; quince meses después bajó al sepulcro en el Real Palacio de Madrid, cumpliéndose á la letra el símil de la botella de cerveza, con que el socarrón monarca comparaba á su pueblo. Él era el corcho que saltaba, la revolución el espumoso líquido que se difundía por todas partes.

Aquella misma tarde quiso Fernando examinar de cerca á su ahijado, y en su propia cámara, hundido él en su poltrona, puso al recién nacido sobre sus rodillas, abrióle la

boquita con un dedo, y metióle dentro su nariz de pura raza borbónica, como si quisiera examinarle la embocadura del exófago. El caso era portentoso, y asustado Fernando al cerciorarse de ello, retiró la nariz prontamente... El tierno Villamelón había venido al mundo con toda la dentadura completa.

Enrique IV nació con dos dientes, Mirabeau con dos muelas, y quien de tal modo superaba al gran Rey, y se sobreponía al famoso tribuno, preciso era que diese también de sí grandes cosas. Villamelón padre, lloraba de gozo, y el Conde de Alcudia, que allí se hallaba presente, le aconsejó que emplease para la lactancia de su hijo las veintisiete vacas y cuarenta cabras que servían de amas de cría al hipopótamo parvulito, regalo de Abbás-Pachá, que se criaba en París en el jardín de las plantas. Mas Fernando VII opinó que le diesen de mamar chuletas, y lo destetaran luego con aguardiente, y aquella misma noche envió á su ahijado, como regalo de padrino, un gran trinchante de oro macizo, que tenía esculpidas en el cabo las armas de España.

La Reina deseó también cerciorarse del prodigio, metiendo la punta de su rosado dedo en la boca de Villameloncito, y D. Tadeo Calomarde, que llegó en aquel momento, quiso hacer la misma experiencia, introduciéndole el suyo manchado de tinta. Mas el niño apretó entonces fuertemente sus precoces herramientas, haciendo lanzar al Ministro un ligero chillido.

—Se conoce que no es tonto—dijo Fernando VII.

Rieron todos la agudeza del monarca, y la frase salió de la cámara regia, cruzó por los salones, pasó por las antesalas, y al bajar las escaleras, comentábanla ya todos muy admirados del talento de la criatura, asegurando que á los tres dias de nacida, había recitado á su augusto padrino el

Padre nuestro, el Ave María, parte de la Letanía lauretana y una fabulita de D. Tomás Iriarte; aquella que empieza:

Por entre unas matas,
Seguido de perros,
No diré corría,
Volaba un conejo...

El caso era prodigioso, y de entonces dató la fama de hombre de talento que había de gozar el Marqués futuro de Villamelón, hasta que los repetidos esfuerzos de sus majaderías dieran con ella al traste.

Á los veinte años cumplidos, y puesto ya, por muerte de su padre, en posesión de su título, entró en la Academia de Artillería, y el año de 59 marchó á la guerra de África, á bordo de la escuadra que mandaba el general D. Segundo Herrera. Ansioso de pisar suelo africano y teñir su espada virgen en sangre agarena, saltó Villamelón á tierra, en el sitio que llaman de Cabo Negro, con ánimos bastantes para atravesar todo Marruecos y llegar á Tunez, donde un su abuelo hahía ganado la Grandeza, entrando en la Alcazaba con D. Juan de Austria... Mas de repente brotaron de entre las cerradas malezas que cubrían la rojiza playa, como el áspero vello de una fiera bestia, varios riffeños dispersos, que recibieron á los exploradores con el fuego de sus espingardas... Villamelón no titubeó un momento: olvidóse de Marruecos, renunció á Tunez, y renegó de aquel su abuelo que ganó la Grandeza en la Alcazaba para ganar él la chalupa á toda prisa y refugiarse en el último rincón de su camarote de la *Blanca,* sin que volviese á subir sobre cubierta, hasta regresar de nuevo á la Península con patente de enfermo. Los riffeños le habían parecido muy feos en aquella corta entrevista, y tan mal educados, que imposible se hacía á toda persona decente tener trato alguno con ellos.

Pidió entonces su retiro y entró en Madrid triunfante, como Napoleón en París de vuelta de la campaña de Egipto, precedido de la fama de sus hazañas en el combate *terro-naval* de Cabo Negro. El combate *terro-naval* corrió por toda la corte, ponderado por el héroe mismo, y un día que daba la guardia en Palacio, como Grande de España, y mencionaba por centésima vez durante la comida el combate *terro-naval* de Cabo Negro, le dijo de pronto la Reina:

—Mira, Villamelón; varía alguna vez, y que no sea siempre *terro-naval*... Siquiera por hoy, que sea *navo-terrestre*.

Y bautizado por los regios labios, *navo-terrestre* quedó Villamelón para todos los días de su vida.

Era por aquel tiempo el Marqués, sin ser derrochador, bastante libertino; pero no con aquel aristocrático libertinaje de los Lauzun y los Frousac, señoriles hasta en sus vicios, caballerescos hasta en la infamia, que sacudían de sí todo lo vulgar y grosero, con la misma elegante pulcritud con que sacudían el polvillo del perfumado tabaco de sus chorreras de encaje. Su libertinaje era, por el contrario, aquel otro libertinaje tan común en España entre los jóvenes de alta alcurnia; mezcla extraña, tipo híbrido del manolo y del *sportmen*, del gitano y del *muscadin*, que se diría nacido del antitético matrimonio de un toro andaluz con una *soubrette* parisiense. Harto al cabo de chulas y de *lorettes*, de toros y de *handicaps*, de manzanilla y *champagne*, de callos y de *foie-gras*, resolvió á los treinta años *dar fin*; esto es, casarse... Mas para que Villamelón *diese fin*, preciso era que alguna hija de Eva *diese principio*, puesto que por una de esas anomalías que tienen su razón de ser en el torcido criterio de ciertas clases sociales, se ha convenido en que el hombre piense dar fin en aquel mismo matrimonio en que juzga la mujer dar principio.

El trabajo de la elección, *l'embarras du choix,* como él mismo decía, no fué para Villamelón grande, porque en ningún orden de ideas era descontentadizo. Creía en Dios, como en una persona excelente con quien se cumple de sobra, dejándole de cuándo en cuándo una tarjeta en el cancel de una iglesia: el hombre era para él un tubo digestivo muy bien dispuesto; la vida una peregrinación, que con la bolsa bien repleta y el estómago bien lleno, podía hacerse cómodamente; y el matrimonio, la fusión de dos rentas y la prolongación de una estirpe que había de llevar su ilustre nombre, ni más ni menos que llevan el suyo los toros de Veraguas ó las yeguas de Mecklemburgo.

Vióse, pues, á Villamelón, el héroe del combate *navo-terrestre* de Cabo Negro, que tanto se había asustado con la desnudez relativa de los riffeños, pedir sin repugnancia y obtener sin espanto la mano de una ilustre salvaje completamente desnuda de alma; porque así como en bosques y desiertos se encuentran salvajes que ofenden la decencia con la desnudez de sus cuerpos, así también se encuentran en plazas y salones otros salvajes vestidos por fuera, que insultan el pudor con la desnudez interna de sus almas. Para ellos son del todo inútiles cuantas prendas más ó menos postizas usa la humanidad para encubrir sus vicios, y lo mismo el santo rubor que la falsa hipocresía, el noble decoro que la falaz preocupación, les provocan la carcajada de extrañeza que causó á Cetewayo, destronado rey de los zulús, la camisa que le ofrecían sus vencedores ingleses.

Esta ilustre salvaje civilizada era la Excma. Sra. D.ª Francisca de Borja Solís y Gorbea, Condesa de Albornoz, Marquesa de Catañalzor, dos veces grande de España por derecho propio, y Marquesa de Villamelón y de Paracuéllar, con otra grandeza por el héroe de la batalla *navo-terrestre* de Cabo Negro, su ilustre marido.

Pero por una de esas excepciones que apartan en algo al individuo de las reglas generales del tipo, para constituir en él un carácter propio, tenía la Condesa un pudor especial, un extraño pudor que pudiera muy bien llamarse el pudor de su marido. Porque lejos de ser este matrimonio como tantos otros de su clase, la pareja de perros que se esfuerzan por andar tan apartados como permite la trahilla harto elástica que los une, veíaseles, por el contrario, siempre juntos en todas partes, abrumando él á ella con cariñosas atenciones, correspondiendo ella á él con monadas de niña tímida, de candorosa colegiala cuyo encantador *enfantillage*, sobrepuesto á su desvergonzado cinismo, traía á la imaginación el extraño fantasma de un caribe bebiendo en delicadísima copita de cristal de Bohemia, poquito á poco y sorbo á sorbito, espumante sangre caliente; de un antropófago que con tenedor y cuchillo de brillantísima plata, se comiese con la mayor pulcritud posible un *beefsteack* de carne humana.

Villamelón, sin embargo, había realizado su ensueño; porque su esposa prolongó su estirpe añadiéndole una niña y un niño, y la renta de él, que según su frase, daba para comer, se unió á la de ella, que daba á su vez para cenar: para comer y cenar, se entiende, con todas las opíparas reglas del arte, porque Villamelón honró siempre su precocidad dentrífica y el trinchante de oro macizo, regalo de su augusto padrino, siendo glotón á la vez que gastrónomo, *gourmand* á la vez que *gourmet;* un tonel sin fondo en cuanto á la cantidad de lo que bebía y engullía, y un inteligente Brillat-Savarin en cuanto á la calidad y modo de lo que engullía, sordo siempre á los clamores de la indigestión, que de cuándo en cuándo se encargaba de predicar moral á su estómago.

La esposa, por su parte, era también feliz: zambullida en

su desvergüenza, como los héroes griegos en la Estigia, habíase hecho como ellos invulnerable, y con su audacia infinita y su cínica travesura femenina, lograba el único fin de su vida, natural anhelo de su vanidad inmensa: sobreponerse á todo el mundo, ser siempre la primera, y lograr que todas las lenguas le rindiesen vasallaje, ocupándose constantemente para bien ó para mal, que eso poco importaba, de su persona y de sus cosas. De ella hubiera podido decirse lo que de cierto personaje dijo un escritor elegantísimo: «Si asiste á una boda, quisiera ser la novia; si á un bautizo, el recién nacido; si á un entierro, el muerto».

Y aunque nadie hubiera podido explicar la razón de ser de esta supremacía de que gozaba Currita en la corte, sin embargo, con esa vergonzosa condescendencia para el escandaloso, que es á nuestro juicio el pecado capital de la alta sociedad madrileña, y el origen y fuente de sus deformidades, todo el mundo, desde el caballero cumplido hasta el tahur elegante, desde la dama honrada hasta la hembra sin decoro, se sujetaban á ella de modo más ó menos directo, sin dejar por eso de proclamar que en belleza la aventajaban todas, en alcurnia la igualaban muchas, en riquezas la superaban bastantes, y sólo en audacia y desvergüenza caminaba siempre la primera... ¿Sería, pues, esta la razón de ser de aquella supremacía? ¿Será que á fuerza de ver refinado el vicio y respirar la atmósfera del escándalo, llegan ciertas sociedades á la aberración de aquellos pueblos bárbaros que prestan su homenaje más profundo y su culto más entusiasta al ídolo más monstruoso?...

Limitémonos á indicar el hecho sin tratar de analizarlo, y veamos lo que hizo Currita aquella tarde en casa de la Duquesa de Bara.

Ésta se había medio incorporado en su asiento, y Currita llegó hasta ella saludando á derecha é izquierda al son del

himno de doña María Victoria, repitiendo siempre con su cándida risita:

—¡Gracias! ¡gracias, amado pueblo!...

—*¡A tout seigneur, tout honneur!*—le dijo la Duquesa devolviéndole sus besos.

Agrupáronse todos en torno de Currita, que se había sentado junto á la Duquesa, desairando una taza de té que la ofrecían: pidió en cambio una copita de Wisky, porque era de rigor en aquel tiempo, entre algunas damas elegantes que pretendían formar el cogollito de la *crême,* fumar y empinar de lo lindo, con mucha distinción y gracia. El respetable Butrón la ofreció un cigarro.

—¡Ay no, no—dijo ella con melodiosa vocecita;—eso es paja!... Dame tú uno más fuerte, Gorito...

Y mientras Gorito le daba un veguero, capaz de tumbar de espaldas á un sargento de caballería, y lo encendía ella pulcramente con una prosáica cerilla, le dijo la Duquesa:

—¡Pero vamos, mujer... cuenta, cuenta!...

—¿Y qué he de contar yo—dijo ella entre dos chupadas—si veo que lo saben Vds. todo?...

—¿Pero es cierto?—preguntó Butrón azorado.

—¡Ciertísimo!—replicó con énfasis Currita.

El peludo Butrón levantó ambas manos al cielo, la Mazacán paseó por la horrorizada concurrencia una mirada de triunfo, y la Duquesa irguiéndose iracunda, exclamó violentamente:

—¿Y lo dices con esa frescura?... ¿Y tienes valor para venir á decirlo aquí, en mi casa?...

Currita pareció quedarse sorprendida, casi espantada, y paseando por todo el auditerio sus claros ojos admirablemente azorados, dijo con el tonillo lastimero de una niña á quien amenazan con azotes:

—Pero entendámonos... ¿Qué es lo que Vds. saben?...

—Que estás nombrada Camarera mayor de la Cisterna—dijo Isabel Mazacán con todos sus bríos.

Currita pensó desmayarse.

—¿Yo?—dijo con la ruborosa indignación de una virgen de cuya virtud se duda.—¿Y Vds. lo han creído?...

—¡Nadie, nadie!—exclamó Butrón soltando el resoplido inmenso de un gigante, á quien quitan de sobre el pecho una montaña. Nadie ha dudado ni por un momento de tu lealtad, hija mía querida, y cree que...

—¡Jesús, señor, qué gentes!... ¡qué lenguas!... ¡qué modo de tergiversar hasta lo más sencillo!—decía Currita con voz debilitada.

Y enjugándose con su finísimo pañuelo una lágrima, que falsa ó verdadera apareció en sus ojos, dejaba ver al descuido la bellísima flor de lis que traía en el pecho, y una magnífica pulsera de oro, en que con gruesos brillantes se leía incrustada la cifra de Isabel II.

—El caso no puede ser más sencillo—prosiguió con aquella suave vocecita que jamás dejaba un mismo y pausado tono.—Ayer, en el Consejillo, trataron del nombramiento de Camarera, porque la verdad es que la posición de esa pobre Cisterna no puede ser más desairada... Pues nada, hija, el Ministro de Ultramar (1) tuvo la ocurrencia de proponer que me hicieran á mí la oferta.

---

(1) Advertimos desde luego al lector, que ni en este, ni en ninguno de los personajes que se presentan en los muchos episodios históricos de esta novela desempeñando cargos oficiales, se ha querido retratar ni aun siquiera aludir á los que realmente hubieran podido ocupar aquellos cargos en la época á que nos referimos. Por más que disten mucho ciertas personalidades de sernos simpáticas, nos inspiran á lo menos compasión, y al fustigar sin piedad al vicio y al escándalo, nos guardamos muy bien de ensañarnos con persona alguna determinada, á que puede el arrepentimiento haber colocado ya al abrigo de toda censura. Con más razón que Crévillon podemos decir nosotros: *Jamais aucun fiel a empoisonné ma plume.*

—¡Indecente!—gritó Leopoldina Pastor. ¿Y tu marido no le ha dado ya una estocada?

—Bien la merece; pero después de todo, el pobre Fernandito es quien tiene la culpa—continuó Currita con aire de pacientísima esposa.—Se empeñó en que su amigo Juanito Velarde había de ser secretario particular de D. Amadeo, habló al Ministro, éste le ayudó, y envalentonado con eso, se ha atrevido á tanto el Sr. Ministro... Lo que yo le decía á Fernandito: si le das el pie á esa gente, se tomarán la mano... En fin, hija, el Presidente del Consejo en persona estuvo á hacerme la propuesta... ¡Por supuesto que yo no lo recibí; Fernandito se entendió con él, y tuvieron una escena!... Yo, muerta de susto, porque creí que lo iba á plantar en la calle y acabaría la cuestión á tiros... En fin, se fué por donde había venido, con las orejas calientes, y sabe Dios lo que en venganza dirán de mí ahora... Esto ha sido todo: por eso, cuando al entrar oí el himno, y vi el saludo de Gorito, creí que era una broma que Vds. me daban...

Butrón hizo una profunda señal de asentimiento, y la Duquesa, ya amansada del todo y queriendo remediar su anterior arranque, dijo vivamente:

—¿Pero podías creer otra cosa?

Y cogiéndola la muñeca, en que traía la pulsera de Isabel II, besóle la mano con gran cariño, diciendo:

—Si fueras tú Camarera de la Cisterna, merecerías que se te volviese un grillete esta pulsera.

—¿No me la habías visto?—dijo con mucha naturalidad Currita.—Me la regaló la Reina el último día de mi santo.

Mientras la de Albornoz hablaba, Isabel Mazacán, muy impaciente, cuchicheaba al oído de Butrón, diciéndole:

—¡Pero qué grandísima embustera!... ¡Pero qué modo de inventar historias!... ¡Mentira, Butrón, mentira todo!... Si me dijo García Gómez, que justamente en el Consejillo había

dado cuenta el Ministro de Ultramar del deseo de ella, y entonces quedó acordado el nombramiento, supuesta la aprobación de la Cisterna... Hoy, hoy por la mañana es cuando debe de haber ido el Presidente del Consejo á notificárselo á Currita.

Y luego, no bien cesó de hablar ésta, se apresuró á decir en voz alta, con marcado aire de triunfo:

—¿Lo ven Vds?... ¿Lo ven Vds. cómo era lo que yo decía?... Lo mismo, lo mismo que está diciendo Curra, fué lo que me contó á mí García Gómez.

Currita, que tenía sobradísimas razones para saber que García Gómez debía de haber dicho cosas muy distintas, dió un par de chupaditas al cigarro, que con tanto hablar ya se apagaba, y dijo á la Mazacán muy despacito:

—Pues mira; también tengo mi quejilla contra... *tu* García Gómez... Porque como Ministro de Estado que es, entretiene sus ocios registrando toda la correspondencia que viene de París... ¡Sí, hija mía, sí; no lo defiendas!... En el *gabinete negro* se abre toda la correspondencia antes de que llegue á su destino, y por eso pudo decir en el Consejillo, que ayer vino para mí una carta de la Reina, que debió probar al Ministerio todo lo absurdo de sus pretensiones.

Comprendieron todos, y Butrón el primero, á qué carta aludía Currita, y exclamaron en coro general, que dejaba sobresalir bastante las sordas notas de la envidia:

—¿Te ha escrito la Reina?...

—Sí—replicó Currita;—me escribe invitándome para la primera Comunión del príncipe Alfonso en Roma...

Y se quedó mirando de hito en hito á Isabel Mazacán, cuyas misteriosas ganas de acompañar á la Reina destronada en aquella expedición, eran de todos conocidas. Esta, que hacía largo rato sentía furiosos hormigueos en la lengua, se aprestó á soltar alguna de sus crudezas. Pero Bu-

trón, que no cabía en sí de gozo, al ver que su pifia diplomática quedaba orillada, se apresuró á detenerla, llevándosela al hueco de una ventana, donde por algún tiempo dialogaron vivamente.

Mientras tanto, Currita, con la vaga mirada fija en el espacio, como era siempre su extraña costumbre mientras hablaba, no los perdía de vista, trazando al mismo tiempo su itinerario. Á principios de Julio pensaba marchar con Fernandito á Bélgica, para pasar un mes escaso con Mariano Osuna, en su castillo de Beauraing; después, no sabía á punto fijo dónde iría á esperar el 15 de Octubre, fecha en que estaba citada con la Reina en Marsella, para emprender el viaje á Roma: quizá fuera á Trouville... El verano anterior lo había pasado allí en una *villa* preciosa, frente al *Chalet Cordier*, que era el de Mr. Thiers... Y por cierto que era Thiers un vejete muy simpático, y muy limpio á pesar de ser republicano: su mujer, una *bourgeoise* así, así... vamos; bastante pasable... ¿Pues y la cuñada, Mlle. Dosne, la ninfa Egeria del Presidente?... Era cosa graciosísima, verla coser los botones de la bata de *son beau frère Adolphe*... Parecía el ama de llaves de un notario acomodado.

—¡Era una trinidad deliciosa!

Y con su ingenuidad de colegiala, describió entonces Currita con todos sus pormenores, una picantísima caricatura de los esposos Thiers; una indecencia verdusca publicada en Burdeos y recogida al punto por la policía.

—Á mí me proporcionó un ejemplar el Duque Decazes, y no pude resistir á la tentación de enviársela por el correo, con una fajita, á Mlle. Dosne... ¡La cara que pondría!... ¡Ella que es tan pulcra, tan comedida!...

Y á renglón seguido, sin transición ninguna, Currita se enterneció profundamente, al pensar en el gozo inmenso que la esperaba en Roma, besando la sandalia del Santísimo

Padre Pío IX... ¡Qué figura tan gigantesca la del Pontífice! ¡Qué anciano aquel tan venerable!... Y todas las señoras comenzaron á ponderar su adhesión al Santo Pío IX, prontas á sacrificarle vida, hacienda, todo, todo menos el alma, por tenerla ya de antiguo comprometida con el diablo... Carmen Tagle dijo, que le había mirado siempre como si fuese su abuelo; la señora de López Moreno añadió muy conmovida, que ella le enviaba todos los años una pipa de doce arrobas, del riquísimo moscatel de sus soleras jerezanas; y la Duquesa, verdaderamente indignada, trajo á la memoria los atropellos á que cinco días antes se habían entregado las turbas, apedreando los faroles de la iluminación con que celebraban los católicos el aniversario del Pontificado del augusto anciano: sólo en el palacio de Medinaceli, rompieron veintidós faroles y treinta y siete cristales... ¡Y mientras tanto, los Ministros y las autoridades se solazaban en un concierto instrumental, celebrado en Palacio!... ¡Qué Gobierno aquel, y qué populacho tan impío y tan asqueroso!... Siquiera ellas, veneraban la persona del Pontífice, encendiendo faroles en honra suya, y limitábanse tan sólo á apedrear á todas horas la moral divina del Dios á quien aquel representaba.

Esto no lo dijeron, por supuesto, aquellas señoras; pero lo pensó, sin decirlo, D. Casimiro Pantojas, que atentamente las escuchaba, después de haber desorejado á toda una desdichada familia de conejitos de porcelana, y arrancado los rabos á una parejita de *bulldogs,* fabricados en Bristol.

Y en esto concluyó Isabel Mazacán su aparte con el Marqués de Butrón, y disculpándose con Currita de no acompañarla á la visita de la Inclusa, por habérsele ya hecho tarde, se marchó, al parecer algún tanto disgustada. Currita decidió entonces volverse á su casa, y el Marqués de Butrón se despidió también en el acto.

—¿Tiene V. coche, Butrón?—preguntó ella al diplomático.

—No—respondió éste presuroso, aprovechando la ocasión que tan pronto se le ofrecía, de hablar á solas con Currita.

—Pues le llevaré á V. en mi berlina adonde quiera.

—Á la calle de Isabel la Católica... Tengo que hacer en la Embajada alemana.

—Justamente me coge al paso.

Currita bajó las escaleras apoyada en el brazo de Butrón, encontrando al pie su berlina, preciosa monería, verdadero juguete forrado de raso azul con botones de terciopelo, que parecía el delicado estuche destinado á guardar una joya.

El diplomático no las tenía todas consigo: para él era evidente que Isabel Mazacán no exageraba ni mentía, al repetir las noticias del lindo ministro García Gómez. ¿Pero cómo interpretar entonces la repentina mudanza de Currita? La oportuna carta de la reina Isabel podía explicarla por completo, porque el olvido de la abdicación quedaba con ella satisfecho, y desagraviada Currita, pudo á tiempo renunciar á su revancha. Tranquilo por esta parte Butrón, quiso, sin embargo, asegurar más y más al partido la alianza preciosa de Currita; porque hay ciertas políticas indecorosas y á la larga funestas, que aun tendiendo á fines honestos, no saben prescindir de individualidades asquerosas. *Barrer para dentro,* era la política de Butrón, como si la basura sirviera en alguna parte para otra cosa que para infestar el recinto que la encierra.

Fuése, pues, derecho al bulto, no bien el coche se puso en movimiento, y apoyado en la autoridad de sus años, en la confianza del parentesco que con Villamelón tenía, y en su dignidad de jefe de la *brigada femenina,* conspiradora, le pidió categóricas explicaciones del hecho... Mas Currita,

volviendo á abrir palmo y medio los claros ojos, y muy espantada y ofendida, y casi llorosa, se limitó á repetir la historia ya referida, con nuevas afirmaciones y protestas... Suponer otra cosa, era un insulto verdadero. ¿Por quién se la tomaba á ella? ¿Pues no había dado toda su vida pruebas del más leal afecto á la real familia?... ¿Y aun cuando ella fuese capaz de semejante infamia, se la hubiera permitido acaso Fernandito, cuya sangre había corrido en el combate *navo-terrestre* de Cabo Negro, al grito de Isabel II?... Justamente tenía él tal odio á la intrusa casa de Saboya, que jamás ponía el sello de una carta, sin colocar al pobre D. Amadeo con la cabeza para abajo. ¡Que lo había dicho Isabel Mazacán, cuyas intimidades con el Ministro revolucionario debían hacerla á ella misma tan sospechosa!... ¿Pues no sabía todo el mundo que la tal Condesa de Mazacán era una intriganta, que andaba detrás del viaje á Roma con la Reina, para tapar á García Gómez ciertos líos antiguos que debía de arreglar allí con un príncipe italiano?...

Y tales cosas dijo Currita, y tales protestas hizo, y con tal acento las pronunció, que el mismo Butrón, con ser tan ducho, se quedó perplejo, y entre las afirmaciones contrarias de aquellas dos Condesas igualmente tramposas, sólo sacó en claro una nueva confirmación de aquel principio práctico, que de toda la vida había profesado. La mujer aborrece á la serpiente, por celos y envidias del oficio.

Mientras tanto, la berlina corría desempedrando las calles y doblando las esquinas, con esas airosas vueltas que imprime á un fogoso tronco la hábil mano de un cochero experto. Á la mitad de la calle del Turco, y dominando el ruidoso rodar del carruaje, llegó á oídos de la pareja un extraño rumor lejano; esa especie de sordo mugido, amenazador, imponente, que sólo es común al mar encrespado y á las muchedumbres alborotadas... Currita y Butrón mirá-

ronse sorprendidos, y repararon entonces en algunos transeuntes que venían presurosos de la calle de Alcalá, y en el conserje de la Escuela de Ingenieros, que cerraba apresuradamente la puerta de este edificio. Era esto harto común en aquellos tiempos de alborotos continuos, y la berlina avanzó sin acortar su carrera, hasta la calle de Alcalá, para tomar luego por la del Barquillo.

Era esto, sin embargo, imposible; un largo y compacto cordón humano, compuesto de una muchedumbre heterogénea y abigarrada, llenaba de un cabo á otro la calle de Alcalá, cubriéndola en toda la gran extensión que por ambos extremos abarcaba la vista.

Era aquella una manifestación pacífica de la democracia, que con grandes clamores, y largos garrotes y extrañas banderas enarboladas, se dirigía á Palacio pidiendo la entrada en el Ministerio de D. Manuel Ruiz Zorrilla.

El cochero de Currita, Tom Sikles, enorme tipo del automedonte británico, que pedía á voces el tricornio y la peluca empolvada, y se había sentado en Londres en el pescante del Duque de Edimburgo, y en París en el de la princesa Matilde, dirigió los caballos corriendo á lo largo de la manifestación, por ver si adelantaba la cabeza de ésta, y podía entrar por la calle del Caballero de Gracia ó por la de Peligros. También era ya tarde, y vióse precisado á detenerse frente al Veloz-Club, entre el remolino que allí se iba amontonando, de lujosos trenes que volvían de la Castellana, y humildes simones que pretendían inútilmente cruzar de un lado á otro. Butrón quiso volver atrás, y salir por cualquiera boca-calle á la Carrera de San Jerónimo.

—¡Pero si esto es muy divertido!—decía Currita con infantil alborozo.—¡Qué delicia!... Mire V., Butrón; mire V. qué graciosos van todos con sus cintitas encarnadas... ¡Uy aquel jorobadito!... ¡Qué mono!... ¡Ah pícaro!... lleva una

bandera en que pide *Reforma!...* ¡Pues claro está que la necesita—¡pobrecito!—sobre todo por la espalda!...

Otro carruaje se interpuso en aquel momento, entre la muchedumbre y la berlina, impidiendo la vista á Currita: en él iba el Gobernador civil de Madrid, muy rollizo y pomposo, que se dirigía á Palacio, y veíase forzado también á detenerse.

—Ahí va ese mastodonte—dijo Butrón al oído de Currita.—En cuanto nos vea juntos, se figura que conspiramos.

Estas sencillas palabras del diplomático parecieron despertar en Currita una de esas ideas atrevidas que se conciben de repente, por más que tarden en madurar años enteros. Asomóse á la portezuela como si desease que el Gobernador la viera, y sin contestar al respetuoso saludo que al divisarla éste la hizo, metióse bruscamente para dentro y se cubrió con el pañuelo parte del rostro, como si quisiera entonces esconderse.

—¡Qué mal huele la democracia!—decía para ocultar á Butrón aquellas maniobras.—¡Pero qué peste echan!...

El coche del Gobernador arrancó al fin trabajosamente á lo largo de la calle, y desde aquel momento, nerviosa y agitada Currita, pareció impacientarse mucho por aquella misma detención, que poco antes la había divertido tanto. Frente á frente de ella, un poco más hacia la Puerta del Sol, asomaban por los balcones del Veloz-Club, bajo sus toldillos de verano, aristocráticos racimos de cabezas de gomosos desocupados, que miraban el democrático desfile, con esa especie de medrosa curiosidad burlona á la vez que tímida, con que se contemplan desde lo alto de un tendido los terribles retozos de una piara de ridículas bestias feroces: parecíales imposible en aquel momento, que la bestia pudiera alguna vez alzar su zarpa hasta ellos. La vista de aquellos elegantes espectadores acabó de impacientar á

Currita, y de tal modo se enardeció ante ellos su afán de exhibirse y singularizarse, que tiró del cordoncillo hasta descoyuntar el dedo del cochero, y sacó la cabeza por la ventanilla, gritando:

—*¡Go on, Tom, go on! ¡Rum through!... ¡Carry them off!...* (1).

Tom no se hizo repetir la orden: sacó el hercúleo pecho tirando de las riendas, con el esfuerzo de aquellos antiguos aurigas esculpidos por Fidias en los frontones del Parthenon, de pie sobre un carro, deteniendo con una mano el galope de cuatro caballos. Piafaron los suyos encabritándose, castigóles él suavemente con la fusta, y aflojando de repente las bridas, los lanzó con la velocidad y el empuje de una flecha á través de la turba democrática, desapareciendo como un relámpago por la calle de Peligros.

Un alarido terrible de terror y de ira salió de la muchedumbre, que se bamboleó á uno y otro lado del surco abierto por el coche: comenzó la gente á correr asustada, los gomosos del Veloz-Club se metieron para dentro, cerrando prontamente sus balcones, y el jorobado que pedía *Reforma,* estuvo á pique de sufrirla por completo, entre los pies de los caballos y las ruedas de la berlina.

Mientras tanto, asombrado Butrón de aquel brusco arranque, y muerto de susto ante audacia tan temeraria, echaba á toda prisa las cortinillas para que no le viesen, y Currita, riendo como una loca, se asomaba por el vidrio de la trasera, para ver á los transeuntes refugiarse asustados en los portales, y á los guardias públicos correr detrás de la berlina, haciendo señas de que parasen. Mas Tom Sickles, arrebatada la cara de remolacha, hacía terribles visajes como si llevase los caballos desbocados, mientras con sua-

(1) ¡Adelante, Tom, adelante!... ¡Atraviesa!... ¡Arróllalos!...

ves vibraciones de las riendas, más y más los azuzaba. En la calle de Isabel la Católica, Tom Sickles hizo otro prodigio: coche y caballos quedaron parados en firme, de un golpe, ante la Embajada alemana. La señora estaba servida, mereciendo él la corona triunfal de los Juegos Hípicos.

Currita encontró enfilados á la puerta de su casa tres coches, reconociendo al punto en uno de los cocheros la escarapela encarnada, propia de los Ministros. Apeóse entonces en las mismas caballerizas, y por una escalera reservada para el uso de la servidumbre, llegó á sus habitaciones sin ser vista de nadie. Al ruido de la campanilla, acudió Kate, la doncella inglesa de la señora.

—¿Quién está con el señor?—preguntó ésta.

—El Sr. Ministro de la Gobernación... El Sr. Duque de Bringas y D. Juan Velarde, juegan en el billar.

—Dile á D. Joselito, que no recibo á nadie... Tengo mucha jaqueca.

Kate pareció titubear un momento, y se decidió al fin á decir tímidamente:

—¿Ni tampoco á D. Juan Velarde?...

—Tampoco: á nadie, nadie...

De nuevo volvió á insinuar Kate con mucha delicadeza:

—El señorito volverá hoy del colegio...

—¡Es verdad!... ¡Pobre Paquito!...

—Y querrá ver á la señora...

—No, no... que se entretenga con Lilí... Mañana lo veré... ¡Tengo una jaqueca horrible!





IV

CUANDO Paquito Luján llegó á su casa, comenzaba á oscurecer, y la escalera y el vestíbulo estaban ya completamente iluminados: cuatro grandes estátuas desnudas, de mármol blanco, alumbraban éste y aquélla, elevando sus manos artísticos candelabros de bronce, con seis mecheros. Al pie de la escalera, un enorme oso de Noruega sentado gravemente sobre sus patas de detrás, presentaba con las de delante una bandeja de plata, destinada á recibir las tarjetas de visita. Era este un capricho del Príncipe de Gales, que había visto Currita en el palacio de Sandringham, y apresurádose á copiar á costa de dinero.

La aflicción del niño había desaparecido, con esa dichosa rapidez con que se suceden en la infancia emociones á emociones. La impaciencia, la natural impaciencia, mezcla de la ternura de hijo y del deseo de ser alabado, era la que le agitaba en aquel momento, ansioso de caer con sus premios en los brazos de su padre, de su madre, de Lilí, su hermanita del alma... Sentado en el testero del carruaje con sus premios muy agarrados, apoyaba los piececillos en el

asiento de enfrente, haciendo verdaderos esfuerzos para adelante, que creía él ayudaban al coche á rodar más rápidamente.

Al entrar en Madrid hubo que perder cuatro minutos encendiendo los faroles, y un poco mas allá, los empleados del resguardo detuvieron de nuevo al coche, para registrarlo todo de arriba abajo... ¡Qué desesperación! ¡Qué feos y qué tontos eran aquellos hombres! De seguro que ninguno de ellos había tenido nunca padre, ni madre, ni Lilí, ni sacado en todos los días de su vida un solo premio... Cuando él fuera grande, había de ahorcar á todos los empleados del resguardo, colgándolos como los chorizos que había visto una vez en la chimenea del capataz del Encinar, allá en Extremadura... ¡Y todavía, al doblar la esquina de la Universidad, se atravesó un coche, y después un carro de mudanzas y luego un gran ómnibus, y hubo que perder otros tres minutos!... Al entrar al fin en la última calle, ya tenía el niño la mano en la llave de la portezuela, dispuesto á abrirla, asomando al mismo tiempo la carita, porque de seguro estarían esperándole en algún balcón, su padre, su madre, ó Lilí, ó quizá los tres juntos... Ya les enseñaría él desde allí abajo los premios, y creerían que no era más que uno, y verían luego que eran cinco y dos excelencias. ¡Qué risa entonces!... Pero los balcones estaban todos cerrados, y no se veía en ellos alma viviente: el coche entró al fin en la casa, haciendo retemblar los cristales de la gran mampara, y se detuvo al pie de la anchurosa y alfombrada escalera... También estaba ésta vacía, y sólo vió el niño al pie de ella al grave oso de Noruega, *Bruin,* como le llamaban en casa, abriendo su gran boca armada de dientes enormes, y presentándole la bandeja, como si le invitara á depositar en ella sus premios. Mas no los soltó el niño, y oprimiéndolos contra su pecho, subió á brincos la escalera,

hasta llegar al vestíbulo: cerróle allí el paso una extraña figura, que se paseaba de un lado á otro con las manos á la espalda. Era un enano feísimo, pero perfectamente proporcionado: verdadero pigmeo, émulo de aquel famoso Roby que presentaron en la mesa del Rey de Sajonia, dentro de un pastel de venado. Tendría poco más de un metro de altura, y hallábase correctamente vestido de etiqueta, frac y corbata blanca, calzón corto, media de seda negra y zapato con hebilla. Llamábanle en la casa *D. Joselito,* y cobraba siete mil reales de sueldo, con la sola obligación de anunciar las visitas y realzar con su estrafalaria figura, la aureola de elegante originalidad que rodeaba en todo á Currita.

Inclinóse el enano respetuosamente ante el señorito, y con su vocecilla chillona y algún tanto imperiosa, díjole que no podría ver á la señora, por haberse acostado media hora antes con una espantosa jaqueca. Un repentino vapor de lágrimas vino á empañar los hermosos ojos azules del niño; volvió bruscamente la espalda al enano sin decir palabra, y echó á correr hacia las habitaciones de su padre.

Allí estaba Villamelón, repantigado en una butaca, hablando misteriosamente con el Ministro de la Gobernación. Lanzóse el niño á su padre, y echándole los brazos al cuello, le dió dos besos.

—¡Hola, caballerito! — exclamó Villamelón. — ¿Ya de vuelta?... ¡Me alegro!...

Y como viese que con cierto ruboroso orgullo le presentaba el niño sus premios, añadió sin tomarlos:

—¡Hola, hola, los premios!... ¡Pobre chiquitín!... ¡Muy bonitos!... Bien, bien, me alegro... Ea, toma... toma, y dile á Germán que te lleve esta noche al Circo.

Y entregándole al niño dos pesetas, que había sacado del bolsillo del chaleco, volvió á reanudar su misteriosa conversación con el Sr. Ministro.

Quedóse el niño parado un momento, con los ojos muy abiertos: dió luego una repentina media vuelta, girando sobre una pierna, y encarnado como la grana, bamboleándose cual si estuviera ebrio, fué á arrimarse á una mesita llena de caprichosas chucherías: había debajo una figura japonesa, con la boca muy abierta, y por ella arrojó el niño con mucho disimulo el regalo de su padre, las ¡dos pesetas!... Luego echó á correr, saliendo disparado del saloncito; detúvose un momento en el dintel, detrás de las cortinas, y agobiado, con los bracitos colgando y caída la cabecita, siguió una galería que iba á parar á la *Nursery,* al destierro, á la Siberia de los niños, que el desapegado egoísmo de la Condesa de Albornoz había importado para sus hijos de Inglaterra á su casa (1).

Resonaba en el fondo de la galería un piano destemplado que parecía balbucear de mala gana un monótono tema de los ejercicios de Hanon. Esta música sonó, sin embargo, como un concierto celeste en los oídos del niño: desapareció su abatimiento, renació su alegría, y echó á correr de nuevo hacia aquella estancia.

—¡Lilí!...

—Paquito!..

Y un ángel, una bellísima muñeca de nueve años, saltó del asiento del piano, para caer en los brazos del niño, confundiéndose por un momento sus besos, sus gritos, su risa, su alegría, sus almas inocentes y sus vidas inmaculadas, como se confundían los bucles de oro que rodeaban, como una aureola de rayos del sol, las preciosas cabezas de ambos.

El niño se acordó al fin de sus premios.

—¡Mira!... ¡Mira!..

(1) Llámase en Inglaterra *Nursery* al departamento especial en que viven los niños con sus criados, completamente aislados del resto de la amilia.

Lilí abrió mucho los ojos admirada, apretó los labios y echó atrás las manitas: su crítica fué la crítica de las grandes admiraciones, la crítica monosilábica.

—¡¡Uy!!—dijo.

—¡Cinco... Son cinco, y dos excelencias!...

—¿Me darás uno, Paquito?...

—¡Tonta!... Esto no se da... Se pone en un marco... Pepito Vargas dice que su mamá se los pone en un marco...

—¿Grande... grande?—dijo Lilí indicando con sus manitas uno capaz de encerrar al *Pasmo de Sicilia.*

—Sí; grande, grande... Y mira; este es de Aritmética, y este...

No pudo continuar el niño: una mano seca pegada á un puño inmaculado salió por entre las cortinas, y después un brazo largo, y luego un hombro puntiagudo, y más tarde un rostro encarnado, característico, original, británico como la cerveza de Bass ó las galletas de Huntley...

—¡Mademoiselle!—dijo Lilí asustada.

Y la mano seca pegada al puño inmaculado, agarró á la niña por un brazo y se la llevó para dentro, oyéndose una voz metálica, estridente, que desgarraba el tímpano como un resorte que rechina.

¿What's that, Miss?... You have to learn your piano lesson until eight o'clock... (1).

Entonces huyó el niño de allí desolado; corrió ciego á la *Nursery,* y se arrojó de cabeza en su blanca camita, con la enconada amargura y la sombría desesperación del suicida que se arroja, solo y sin esperanzas, en un abismo oscuro, negro, profundo... El sueño, el sueño bendito, fiel amigo de los niños, suave consolador de todos sus pesares,

(1) ¿Qué es esto, Miss? Hay que estudiar la lección de piano hasta las ocho.

vino al fin á acallar sus sollozos y contener sus lágrimas, adormeciéndole allí mismo, sin variar de postura, vestido todavía y con sus premios en la mano...

Y mientras tanto, Villamelón proseguía su misteriosa plática con el Ministro. Contaba por aquel entonces el Marqués más de cuarenta años, y los estragos de su juventud salíanle prematuramente al rostro. Colgábale la nariz encarnada y algo granujienta, hundíansele las mejillas dejando salir los pómulos, arqueábasele ya el abdomen, y todo anunciaba en él esa caricatura de la juventud, en que consiste la vejez de muchos. Su cuerpo había sido gallardo, y conservaba aún restos de arrogancia, mas su rostro ofrecía perfecta semejanza con la de aquel enano de Felipe IV, titulado *El Primo,* que retrató Velázquez y copió Goya, grabándolo al agua fuerte: tenía la misma nariz colgante, los mismos ojos tristes, el mismo bigote retorcido, la misma frente extensa y pensadora, con la sola diferencia de que Villamelón partía por medio su ya escasa cabellera, con una raya que arrancando de la raíz del pelo llegaba hasta el cogote, formándole sobre las orejas dos pequeños cuernecitos.

Y aquella frente elevada, de abultados parietales, que reclamaba para sí el dicho de la zorra al busto: *Tu cabeza es hermosa, pero sin seso,* tenía, en efecto, actitudes magníficas, cuando, surcada por un pliegue vertical, se inclinaba, como en aquel momento, al Excmo. Sr. D. Juan Antonio Martínez, Ministro de la Gobernación, y le decía con el aire de Bismarck á Gorztchakoff, al restablecer entre ambos el equilibrio europeo:

—Desengáñese V., Martínez... La tésis del Dr. Wood es absurda... Nadie me probará que el pastel de ratas, sea superior al de erizos y ardillas... ¿Usted me entiende?...

El Excmo. Martínez hizo un gesto que no significaba si entendía ó dejaba de entender: desde que el pobre señor

había pasado el puente natural que lleva del banco azul á las grandes mesas de la corte, caminaba de indigestión en indigestión, y sentía en el estómago la nostalgia de aquellas nutritivas sopas de ajo, no digeridas del todo, que habían hecho de él un tan robusto hombre de Estado, y fueron su cotidiano alimento, en los tiempos en que rompía sus primeros calzones, entre los pilletes de cierta playa de las costas asturianas... ¡Santo Dios! y qué dolores de tripas más atroces le había costado el *paté foie-gras* del último viernes de Palacio! ¡Qué *coliquera* más terrible *le chou á la crême* que sirvieron dos días antes en la Embajada francesa!... El Excmo. Martínez creyóse por un momento envenenado, y desde entonces fué para él artículo de fe aquel principio de Addison:

«Cuando veo las mesas á la moda, cubiertas de todas las riquezas de las cuatro partes del mundo, me imagino ver la gota, la hidropesía, la fiebre, el letargo y la mayor parte de las enfermedades, ocultas en emboscada debajo de cada servilleta».

—Usted lo ha de ver, Martínez—prosiguió Villamelón—el jueves próximo haré servir los dos pasteles sin decir lo que contienen, y veremos por cuál se declaran las opiniones. ¿Me entiende V., Martínez?... Excuso decirle que cuento con su voto.

Erizáronsele los cabellos al Excmo. Martínez ante la perspectiva de una indigestión de ratas... ¿Cómo podría curársela, si no era tragándose un gato?

—Y todo eso—prosiguió Villamelón con ligerísima sonrisa, que denunciaba traidoramente su convencimiento íntimo de la superioridad con que manejaba el asunto—no es más que la excentricidad inglesa, influyendo y echando á perder su cocina... Y cuidado que yo soy imparcial; porque mi cocina, es la cocina ecléctica; lo mejor de lo mejor,

venga de donde viniere: este es mi lema. ¿Me entiende V., Martínez?... Pero no hay que darle vueltas, amigo mío; y por más que digan, en la cocina como en todo, Francia camina la primera. Esto no tiene vuelta de hoja, Martínez... Los ingleses devoran, los alemanes zampan, los italianos comen, los españoles se alimentan; pero sólo los franceses gozan, y ahí está el *quid,* Martínez; en gozar, en gozar comiendo. ¿Me entiende V.?

Martínez no entendía, y tomando por burla lo que sólo era cansada muletilla de Villamelón, tanto *Martínez* y tanto *¿Me entiende?* se apresuró á responder algo amostazado:

—¿En gozar?... ¡Ó en reventar, Sr. Marqués, que no es lo mismo!...

—¡No, no, no y mil veces no, Martínez! Eso es una de tantas preocupaciones. ¿Me entiende V.?... Cierto que el hombre es un sér débil, insuficiente, que apenas puede soportar ocho comidas diarias; pero la indigestión no proviene de comer mucho, sino de comer mal... Deme V. un cocinero de primera fuerza, de raza, *d'élan,* y yo le garantizo salud eterna... ¡Oh, bien lo entendía el príncipe Orloff con su ojo tuerto y su brazó manco!... Yo le he visto en París elegir cocinero en público concurso; acudieron diez á su palacio de la Embajada rusa: yo fuí del jurado, y probamos, antes de fallar, ciento cuarenta platos (1). ¡Ah! no, no, Martínez; no es el comer mucho lo que trae la indigestión... Mi santa madre lo decía: Tripa llena, alaba á Dios.

Y se quedó tan orondo con la cita, porque una de las genialidades de Villamelón era, la de nombrar de continuo á su madre, anteponiéndole siempre el calificativo de santa, y poniendo en su boca aforismos tan singulares, y de mal gusto á veces, como el que acababa de soltar.

(1) Histórico.

Entraron en esto el Duque de Bringas y Juanito Velarde, que habían terminado ya su partida de billar, y á poco anunció un criado que la señora Condesa no asistiría á la comida, por haber tomado ya un *consommé* en sus habitaciones, y acostádose al punto con una fuerte jaqueca.

Esta noticia pareció afectar muy poco al caro esposo de la dama y al Duque de Bringas: al Ministro de la Gobernación hízole, por el contrario, malísimo efecto, dando á sospechar por sus muestras de disgusto, que algo que la ausencia de Currita chasqueaba por completo, le había traído allí, y héchole aguantar con paciencia las majaderías culinarias del héroe del combate *navo-terrestre* de Cabo Negro; como Butrón temía, el nombramiento de Camarera mayor comenzaba á mover la cola Juanito Velarde pareció también muy contrariado, comió poco y habló menos durante toda la comida. Villamelón hizo el gasto como siempre, blandiendo el trinchante de oro macizo, regalo de Fernando VII, que usó durante toda su vida, y pasando por las tres distintas fases que en aquella hora solemne se reflejaban en su persona; hondamente preocupado al principio, como hombre que tiene entre manos el más grave negocio; comunicativo, pero dogmático, afable, pero todavía circunspecto á los medios, y alegre, bonachón, magnánimo y hasta tierno á los postres, como si la corriente de satisfacción, que le brotaba del estómago, le dotase de aquellas cualidades que no poseía en ayunas. Esta era la hora de pedirle favores, seguro de alcanzarlos, y esta era la hora también en que Villamelón, arrastrado por un resabio de educación malísima, que jamás pudieron quitarle ni su santa madre, ni su dulce esposa, hacía bolitas de miga de pan con la punta de los dedos, y las disparaba á las narices de los comensales, con muestras del más cariñoso agasajo y el más tierno regocijo.

Mientras tanto, si algún diablo Cojuelo hubiese levantado el techo del *boudoir* de la Condesa de Albornoz, hubiérase descubierto una extraña escena: hallábase éste alumbrado por una gran lámpara, sostenida por un negro desnudo, de tamaño natural, admirablemente tallado en ébano, y Currita, sentada ante un pequeño *secrétaire* muy bajo, parecía completamente absorta en un singular estudio caligráfico, mientras vagaba por sus labios una finísima sonrisa, semejante, no en lo terrible, pero sí en lo solapada y astuta, á la que puso el genio de Liezen-Mayer en los labios de Isabel de Inglaterra, al representarla en el acto de firmar la sentencia de muerte de su prima María Stuard.

Con su elegante letra inglesa, fina y corrida, había escrito al frente de un pliego: *¡Qué animal tan hermoso es el hombre!* y con facilidad maravillosa iba copiando en distintos caracteres de letras, esta frase tan extraña y tan equívoca, que parecía ser el reflejo de esa idea íntima, ese pensamiento oculto que jamás se formula, y es, sin embargo, el primero que se apresura á estampar todo hombre, cuando algo que escribe y algo en que se puede escribir, le invitan á solas á trazar allí un concepto. La inscripción se multiplicaba, unas veces en letras rechonchas y apretadas, otras en perfiles largos y finitos, algunas en caracteres diminutos, cual patitas de moscas entrelazadas, que se prolongasen en forma de cadeneta. En esta tarea empleó Currita media hora larga, con el esfuerzo y la atención de un chiquillo aplicado que copia una plana, ó de un petardista prudente, que ensaya el modo de falsificar ó desfigurar una letra.

Dióse al fin por satisfecha de sus ensayos, y con los renglones de cadeneta y la letra de patitas de mosca, que no tenía con la suya ordinaria el más remoto punto de contacto, púsose á escribir una carta, en un pliego de papel

sencillo, sin timbre ni inicial alguna. La carta no fué larga, y en el sobre decía:

EXCMO. SR. GOBERNADOR CIVIL

DE

Madrid.

Faltábale todavía el sello, y púsoselo Currita sonriendo socarronamente, y cuidando de colocar con la cabeza para abajo el busto del rey D. Amadeo: afianzólo luego con dos ó tres puñaditas de su cerrada mano, que parecía complacerse en aplastar al pobre monarca, principio y fin de la dinastía saboyana.

Cualquiera hubiera creído con esto ya listo el negocio, y que sólo faltaba llamar á un criado, para enviar la misteriosa carta al correo. No lo juzgó así la ilustre Condesa: entróse en la estancia vecina, que era su alcoba, y volvió á salir al cabo de un buen cuarto de hora, completamente transformada. Habíase despojado de su elegante traje de calle, y puéstose en su lugar una falda de lana negra modestísima, y una mantilla muy usada, cuyo sencillo velo le ocultaba parte del rostro: traía en una mano una bujía encendida, puesta en una palmatoria de plata, y en la otra una llave de gran tamaño. Cogió la carta, y echó á andar: en aquel momento un reloj lejano daba las once y media.

Era el palacio de Villamelón uno de esos antiguos caserones, ya raros en Madrid, con anchas galerías, espaciosas salas y cómodos departamentos, rodeados por todas partes de pasillos y escaleras excusadas para el uso de la servidumbre. Comunicábanse las habitaciones de Currita con las de Villamelón por la alcoba, y por un cuarto contiguo al de baño, con un largo pasadizo: terminaba éste por un

lado en el cuarto de Kate, la doncella inglesa, y por otro en una estrecha escalerilla que iba á parar á un jardín muy reducido. Cerrando, pues, la puerta de la alcoba, la que había á la mitad del pasillo, y la que ponía en comunicación al *boudoir* con los dos salones de entrada, quedaba el resto de las habitaciones de Currita aislado por completo, y en comunicación directa con la calle: á ella daba salida una puertecita, abierta en la tapia del jardín á espaldas del palacio, detrás de un pequeño invernadero. Allí se dirigió Currita después de dejar la luz apagada al pie de la escalera, con tal desembarazo y tan gentil desenvoltura, que conocíase bien á las claras no ser aquella la primera de sus nocturnas escapatorias.

Era la noche oscura, y la solitaria plaza á que la puerta del jardín daba salida, perdíase á lo lejos entre solares en construcción, alumbrada acá y allá por algunos faroles, cuyas luces parecían brillar en medio de un nimbo de vapor amarillento. La puerta de una tienda de ultramarinos dejaba escapar en la esquina próxima un cuadro de luz vivísima, y veíase en el fondo al tendero, inmóvil ante el mostrador, ajustando sus cuentas. Á cuarenta pasos, debajo de un andamiaje, una farola hacía resaltar las negras siluetas de un chulo de chaquetilla corta y una chula de falda almidonada y pañuelo de seda á la cabeza, que dialogaban vivamente. Aparecía lo demás oscuro y solitario, teniendo todo ello un aspecto de inquietud, de vista panorámica, que completaba allá muy lejos, desde un cuarto piso, el sonido de un mal piano, en que unas manos aleves asesinaban la inmortal cavatina de Bellini, *Casta diva chè inargenti...*

La Condesa, la gran señora que tan raras veces bajaba de su carruaje, como si se desdeñase de pisar con sus elegantes *brodequins* el polvo de que estaba formada, se internó por aquellos oscuros vericuetos, y atravesando varias

callejas solitarias en aquella hora, que parecían serle muy conocidas, vino á desembocar en la Plazuela de Santo Domingo. La afluencia de gente era todavía grande en aquella encrucijada tan concurrida siempre, y Currita bajó la cuesta para ganar, al abrigo del jardinillo, la Costanilla de los Ángeles. Atravesó rápidamente la calle del Arenal, entró por la de las Fuentes, y dando un gran rodeo por detrás del Ministerio de la Gobernación, llegó al fin á la calle de Carretas y depositó por su propia mano en el buzón de la casa de Correos la carta misteriosa... Si aquella mujer era una criminal, era, sin duda, de aquellos criminales avezados y prudentes, que miran siempre en todo cómplice un camino peligroso que va á parar en presidio.

Entonces emprendió el camino de vuelta, por las mismas calles por donde había ido, sin tener más que un tropiezo. Un viejo de aspecto decente se detuvo de pronto ante ella: sorprendida Currita pegóse á la pared, y el hombre hizo entonces ademán de darle una moneda de cinco céntimos, una *perra chica,* como llamaban entonces y aun llaman hoy á esas piezas pequeñas. Habíala tomado por una de esas pobres vergonzantes, que á las altas horas de la noche extienden en silencio su mano descarnada al transeunte que se retira solicitado por el descanso ú hostigado por los vicios.

Así lo comprendió la Condesa, y con gran impulso de risa tomó la moneda, teniendo todavía valor para profanar en sus impuros labios aquella hermosa deprecación, aquella santa respuesta que da la fe á su hermana la caridad por la humilde boca del pobre:

—¡Dios se lo pague!...

Cuando la Condesa entró en su *boudoir,* presentaba éste un aspecto siniestro: la lámpara agonizaba en manos del negro, cuyos blancos dientes de marfil incrustado, resalta-

ban en la oscuridad, como la sonrisa del genio del mal, complaciéndose en las tinieblas.

Tres horas después, resonaban gritos y lamentos al otro extremo de la casa... Era Paquito Luján, que entumecido por el fresco de la madrugada y aterrado por la oscuridad, despertaba allá en la *Nursery*, olvidado de todos en aquel suntuoso palacio, morada del padre y la madre que le habían dado el sér, y de diecisiete criados dedicados á su servicio!...





V

RIÓSE mucho al otro día la Condesa de Albornoz al oir contar á su hijo Paquito sus extrañas aventuras de la noche precedente: al verse solo, á oscuras, vestido y acostado en una cama que no era la suya del colegio, comenzó el niño á gritar lleno de angustia, sin que nadie contestase á sus lamentos. Oíalos Miss Buteffull desde su cama, y comprendió al punto la causa: sin duda nadie se había acordado en la casa de que el pobre niño había vuelto del colegio; quizá se había puesto malo de pronto, quizá habían entrado ladrones y lo estaban asesinando... Miss Butefull compadecida, encendió la vela de su palmatoria. Un decoroso reparo la detuvo de repente: el caso era grave... Tenía ella cuarenta y cinco años, once el niño, la hora de la noche era avanzada. ¿Cómo entrar sola en su cuarto?... Miss Buteffull apagó la palmatoria.

Mientras tanto los clamores desesperados del niño despertaban también á la doncella de Lilí, Magdalena, que dormía allí cerca, y acudía ésta presurosa en su auxilio; tranqui-

lizábalo con gran cariño, hacíale acostar, y permanecía sentada junto á su camita, hasta dejarlo dormido nuevamente.

Esta relación produjo en Currita una de las repentinas crisis de amor materno, que solían atacarla de vez en cuando en sus días de aburrimiento. Solía entonces pasar horas enteras en la *Nursery* jugando con sus hijos: comíaselos á besos, llamábales sus *pichoncitos*, hacíales traer costosos juguetes y golosinas de todos géneros, y complaciéndose en poner en ridículo á Miss Buteffull y en decir pestes de los Padres del colegio, destruía en media hora todo lo bueno que, á costa de mil trabajos, habían sembrado y podían sembrar en adelante éstos y aquélla en los tiernos corazones de ambos niños; porque uno de los grandes escollos en que tropiezan los esfuerzos de las personas dedicadas á la educación, consiste en la imprudente y culpable ligereza con que se complacen muchos padres en presentar ante sus hijos á preceptores y maestros, no como amigos íntimos encargados de guiar sus pasos, ni como seres benéficos que les dispensan el favor insigne de formar sus corazones y alumbrar sus entendimientos, sino como tiranos que les oprimen y mortifican, como carceleros cuya vigilancia hay que burlar con ardides y tretas más ó menos inocentes. Destrúyese así la buena opinión necesaria á todo el que manda para ser respetado; la fe humana precisa á todo el que enseña para ser creído, y sólo una cosa existe, á nuestro juicio, que sea tan perjudicial á la educación, como lo es esta misma: la pugna que á veces descubre el niño entre la moral de sus padres y la moral de sus maestros... Imposible es describir las angustiosas perplejidades, las dolorosas dudas que, con harto triste frecuencia, despiertan estas contradicciones en las almas de los niños: vése en ellos la lucha del entendimiento con el corazón, demostrándole aquél que es sana la doctrina del maestro, esforzándose éste por per-

suadirle que no puede ser mala la práctica contraria del padre ó de la madre que tanto aman, que no puede ser cierto lo que, por el solo hecho de serlo, ha de dar irremisiblemente á aquellos seres tan amados la patente de perversos... ¡Ah! jamás olvidará el que escribe estas líneas las angustias de un pobre niño, modelo de candor y de juicio, al oir explicar cierta lección del Catecismo; quedóse el niño muy pensativo, fuése luego poco á poco angustiando, hasta exclamar al fin convulso, con el corazón encogido, los ojos llenos de lágrimas y temblorosas las manitas:

—¡Entonces... entonces... mi papá es muy malo, muy malo... y se va á ir al infierno!...

Importábasele todo esto muy poco á Currita, y sus granizadas intermitentes de besos, de mimos y de imprudencias, borraban por completo en el ánimo candoroso de Lilí los largos olvidos y la egoísta indiferencia de su madre; mas no lograban lo mismo en el niño aquellas sensiblerías tempestuosas. Había en el fondo de aquel tierno corazoncito un riconcillo oculto, en que la memoria iba depositando con implacable fidelidad la lista de todos los agravios, como un grano de simiente venenosa entre una vegetación salubre, como un tallo de cicuta que había de hacer brotar en aquella selva virgen el sombrío rencor, el rencor callado y paciente, árbol siniestro que produce á la larga los envenenados frutos del odio. Todavía aquel corazón angelical perdonaba fácilmente lo que reputaba por injuria; mas ya había dado un paso adelante, ya le era imposible olvidarlo por completo.

No era, sin embargo, el aburrimiento el que había traído aquella mañana á la Condesa de Albornoz á entretenerse con sus hijos: parecía, por el contrario, preocupada, un poco inquieta, y notábase en ella esa agitación nerviosa de todo el que espera algo que teme ó le importa. Lilí tuvo

una idea felicísima; propuso á su madre que hiciese retratar á Paquito con sus premios. Púsose el niño muy encarnado, y movió negativamente la cabeza.

—¡Pues es verdad!—exclamó Currita encantada.—Sí, sí, ahora mismo... ¡verás qué bonito!... ¿Á ver, Germán?... Avise V. al Sr. Marqués que vamos á subir á la *cabaña,* á que nos haga un retrato...

Desprendióse el niño al oir esto de los brazos de Lilí que saltando de alegría le abrazaba, y exclamó con enérgica ira:

—¡No! ¡no!... ¡Papá, no!...

—¿Pero por qué?—dijo sorprendida Currita, agarrándole por un brazo.

Forcejeaba el niño por desasirse, muy colorado y conmovido, y con los hermosos ojos llenos de lágrimas.

—¿Pero por qué, por qué?—repetía Currita.

—¡Me dijo que me fuera!... ¡Me dió dos pesetas!—gritó al fin el niño con gran desconsuelo; y sollozando amargamente, escondió la preciosa carita en el seno de su madre.

¡Qué rayo de luz hubiera sido aquel lamento del niño, para una de esas madres santas y prudentes que estudian y dirigen hasta el más ligero latido del corazón de sus hijos!... En él aparecía revelado un noble pundonor que iba ya camino del orgullo, y una precoz propensión á la venganza, que espera oculta y paciente la hora de devolver desaire por desaire y ofensa por ofensa. Mas Currita sólo vió en todo aquello un capricho de niño voluntarioso, y entre caricias y reflexiones, halagos y amenazas, intentó persuadir al niño á que se dejara hacer el retrato: cedió éste en la apariencia, y Currita subió con ambos niños de la mano á la espléndida *cabaña* en que tenía el Marqués de Villamelón su taller fotográfico.

Porque el ocio, esa gran pesadumbre de los grandes, que

en vez de lágrimas tiene bostezos, había despertado en el ilustre procer y guerrero invicto la afición á la fotografía, no encontrando en él la aptitud necesaria para el cultivo de otras artes más elevadas. Comer, beber, dormir y retratar á todo bicho viviente que cruzaba ante la magnífica lente de su cámara oscura, eran las útiles tareas que llenaban, y aun hacían rebosar, la vida de aquel ilustre prócer, á cuyos abuelos cabía tanta parte en las gloriosas empresas de la antigua España.

Acudió, pues, Villamelón presuroso, como siempre, á la menor indicación de Currita, envuelto en su fresca bata escocesa, que apenas le pasaba de la cintura: venía con él uno de esos magníficos perrazos de Kamschatka, de un blanco amarillento, que arrastran en su país pesados trineos, y había sido el paje continuo de Currita en una larga temporada en que le pareció muy espiritual hacer grandes excursiones á caballo.

Villamelón comenzó al punto á preparar la máquina con sus dedos manchados de nitrato de plata, y Currita disponía mientras tanto el artístico grupo, en que habían de retratarse los niños. Colocóse en el centro un gran sitial gótico, preciosa joya arqueológica y artística, y hundidos en él ambos niños y estrechamente abrazados, habían de aparecer examinando juntos el diploma de los premios, un exacto facsímile de una bellísima miniatura del siglo XV: tendido á la larga ante ellos, Tock, el perrazo amarillento, apoyaba el hocico en el rojo almohadón de terciopelo en que descansaban los pies de los niños.

—¡Delicioso! — exclamaba encantada Currita. — Mira, Fernandito, parece un cuadro de Meissonnier...

Los premios, sin embargo, no parecían por ninguna parte, y Paquito se encogía de hombros, asegurando ignorar dónde los había puesto.

—¡Tonto!—gritó Lilí dándole una palmada—si los dejaste abajo...

Y en menos de dos minutos fué por ellos y los trajo, mostrándose muy sorprendida de que los vivos colores del diploma apareciesen desteñidos en algunos sitios como por gotas de agua. El niño se puso muy encarnado, y no dijo una palabra: sus lágrimas de la noche anterior eran la causa de aquellas manchas.

En aquel momento anunció un criado á Currita que el Sr. Ministro de la Gobernación deseaba hablarla con urgencia. Volvióse ella bruscamente á su marido, dejando caer el diploma que tenía en la mano, y él se incorporó asustado, quedándole por la cabeza el paño negro con que se cubría para enfocar la máquina; por debajo asomaban sus bigotes retorcidos, su nariz colgante, sus ojos azorados en aquel momento, fijos en Currita con la medrosa expresión del escolar desaplicado cogido infraganti.

La esposa dió dos pasos hacia el esposo, desmintiendo con los rayos que de sus claros ojos brotaban, la suave vocecita y el pausado tono con que dijo:

—¿Pues no comió ayer aquí ese buey Apis?...

—Es un animal—replicó el marido; y para ocultar su turbación, escondióse bajo el paño negro, poniéndose á enfocar de nuevo la máquina.

—Óyeme, Fernandito, que te estoy hablando—añadió Currita con relamida pausa.

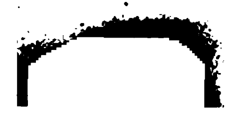
Incorporóse de nuevo Fernandito, cada vez más turbado, sin quitarse el paño negro de la cabeza.

—¿Dijo anoche algo el buey Apis sobre el nombramiento?

—Nada—balbuceó Villamelón.

—¿Nada?... ¿Estás cierto?...

Los labios de Villamelón temblaron, como tiemblan los del chico que va á soltar una mentira.



Y pensándolo mejor sin duda, recordó al cabo Fernandito que el Ministro de la Gobernación, el buey Apis, como por razón de su corpulencia le llamaban, tan sólo le había dicho que el pastel de ratas debía de ser muy indigesto. ¡Vaya V. á ver qué tontería! Pero en cambio manifestó á Juanito Velarde que aquello no podía quedar así, que nadie se burlaba impunemente del Gobierno, y que estaba decidido á reclamar de Currita la aceptación del nombramiento, apoyándose en una carta que—¡frase poco ministerial!...—había de refregarle por los hocicos...

—¿Una carta?—exclamó Currita realmente sorprendida.—¿Pero de quién?...

—¡Mía... mía!...—balbuceó Villamelón; y comprendiendo que con esto soltaba el trueno gordo, pidió á la tierra que se lo tragase. Mas la tierra no tuvo por conveniente darle gusto; Currita avanzó otros dos menudos pasitos, y suavizando más y más su acento, mientras más y más se encolerizaba, añadió:

—¿Pero tú le has escrito, Fernandito?...

Villamelón bajó la cabeza anonadado.

—¿Pero no te dije que fueras á hablarle?... ¿Que en todo este negocio no había que soltar por escrito una sola letra?... ¿Lo ves, Fernandito?...

Villamelón retrocedió un paso como quien espera un cachete, y Currita adelantó otro, diciendo después de una pausa:

—¿Y dijo que iba á... á... á presentarme esa carta?...

—Eso decía Velarde.

—¿Estás seguro?...

—Segurísimo.

Villamelón dió otro paso atrás y Currita otro adelante, repitiendo con tan suave voz que parecía una caricia:

—¿Lo ves?... ¿Lo ves, Fernandito?...

Y tirando de repente con rabioso arranque del paño negro, hundióle la cabeza á su ilustre esposo en la especie de saco que aquél formaba: volvió luego la espalda pausadamente, y sin perder su suavidad, salió de la *cabaña*.

Lilí se reía á carcajadas al ver á su padre forcejeando por sacar la cabeza del saco negro, y corrió á Paquito para decirle al oído un secreto muy grande, muy grande...

—¡Pero qué tonto es papá!...

Paquito no la escuchaba, sin embargo: durante toda esta escena había sentado en el sitial gótico á Tock, el perrazo amarillento, que se dejaba manejar con esa especie de cariñosa paciencia, con que á los niños soportan los perros. Colgóle después de su collar de hierro repujado las cinco medallas de los premios, y colocándole en la cabeza el diploma en forma de cucurucho, gritó á Lilí con extraño acento:

—¡Anda!... ¡Que lo retrate papá!... ¡Á Tock le doy yo todos mis premios!...

Mientras tanto pasmábase el lacayo al oir que su señora le daba, al pasar, la extraña orden de encender sin pérdida de tiempo la chimenea del *boudoir:* era aquel día el 25 de Junio, y el calor comenzaba ya á ser sofocante. Obedeció sin embargo, con esa especie de impasibilidad automática, propia de los criados de grandes casas, y cuando el Excelentísimo Sr. Ministro de la Gobernación, D. Juan Antonio Martínez, buey Apis por otro nombre, entró en el *boudoir,* ardía ya en la chimenea un alegre fuego, y á su lado le esperaba Currita, tendida en una *chaise-longue,* envuelta en una bata de raso, perfectamente enguatada, y arropados los pies con un *plaid* escocés finísimo: descansaba su cabeza en una gran almohada con lazos color de rosa, y tendiéndole al verle entrar, su flaca manecita, dijo con la débil voz de un enfermo desahuciado:

—¡Adiós Martínez!... Sólo á V. hubiera yo recibido hoy.

El buey Apis dió un mugido, expresión fiel de la admiración, la sorpresa y el sobresalto que al punto le embargaron, y comenzó á sudar á la vista de la chimenea encendida.

—¿Pero qué es esto, señora Condesa?—exclamó desolado.—¿Sigue la jaqueca?...

—Fatal... ¡fatal estoy!—contestó Currita.—Creo que tengo calentura... ¡y unos escalofríos!...

Y la muy ladina estremecía el débil cuerpecillo, señalando al mismo tiempo al Ministro una pequeña *marquesita* colocada junto al fuego, y al alcance de su mano: en ella se sentó el Excmo. Martínez, dispuesto á dejarse tostar en su mullido asiento, como San Lorenzo en las parrillas.

—¡Lo siento... lo siento en el alma!—dijo.

Y con sencillez verdaderamente progresista, añadió, recordando la rústica farmacopea de su tierra nativa:

—¿Por qué no se pone V. dos ruedas de patatas en las sienes?... Eso alivia mucho.

—¿Patatas?—exclamó Currita estremeciéndose de espanto.—¡Jesús, Martínez, por Dios!... Prefiero la jaqueca.

Martínez comprendió que había asomado la oreja lugareña bajo la piel de Ministro cortesano, y entró en materia dejando á un lado compasivos preámbulos y recetas caseras.

—Siento entonces venir á aumentarle á V. la jaqueca; pero el negocio es grave y urgente...

La Condesa acomodó la roja cabecita en su blanda almohada con lazos rosa, y fijó en el Ministro sus claros ojos que expresaban admirablemente la extrañeza. Afianzóse Martínez las gafas de oro, torció la descomunal cabeza, y amenazando á Currita con su gordo y porrón dedo, como hace el dómine que echa al niño una reprimenda cariñosa, le dijo:

—En Palacio están muy disgustados...

Currita se encogió de hombros haciendo un gracioso pucherito, como quien dice: ¿Y á mí qué me cuenta V.?...

—Sí, señora—prosiguió el Ministro.—S. M. el Rey muy ofendido... S. M. la Reina, sentidísima.

Dióle á Currita gana de reir la pomposa hinchazón con que pronunciaba el Ministro demócrata aquellas sonoras palabras: Palacio... Majestad... Rey... Reina, que parecían llenarle la ancha bocaza, y preguntó con su suavidad acostumbrada:

—¿Quién?... ¿La Cisterna?...

Crecióse el Ministro como un toro de Veraguas al que plantan una pica.

—No, señora—exclamó ofendido en su orgullo dinástico;—S. M. la Reina de España, doña María Victoria.

—¡Ya!...—dijo Currita.—¿Y qué tengo yo que ver con los sentimientos de esa señora?...

—¿Qué tiene V. que ver?...—exclamó el ministro sofocado por el calor de la chimenea y la calma zumbona de Currita.—¿Pues le parece á V. poco solicitar el cargo de Camarera mayor, para desairarlo luego después de concedido?... ¿Así se juega con una Reina modelo de virtudes? ¡Pues sepa V. que el Gobierno está decidido á reclamar enérgicamente!...

Y el Ministro, descompuesto, sudando la gota gorda, colorado como una remolacha, y con ambos puños apoyados en las respectivas rodillas, fijaba en Currita sus ojos de besugo, como si pretendiese tragársela de un solo bocado. No la intimidaban, sin embargo, á ella los mugidos del buey Apis: incorporóse un poquitò, y muy extrañada y ofendida, y con los claros ojos fijos siempre en el vacío, comenzó á decir con su suave vocecita algún tanto apurada:

—Pero, Martínez, por Dios, no se descomponga así... ¡Se pone V. tan feo!... Preciso es que haya en eso alguna

equivocación, algún *quid pro quo,* para que un hombre de su talento de V. diga semejantes desatinos... ¿Yo, Camarera de la Cister... quiero decir, de doña Victoria?... ¿De dónde ha salido eso?

—¡De V. misma, señora Condesa, de V. misma!—gritó el Ministro... ¿Se atreverá V. á negar delante del Ministro de Ultramar que ha solicitado el cargo de Camarera, con tal que diesen á Velarde la Secretaría del Rey, y á V. seis mil duros de sueldo?...

—¡Pues ya lo creo que lo negaré—contestó Currita con todo su desparpajo.

—¿Sí?... Pues veremos si su marido de V. lo niega igualmente, cuando todos los periódicos de Madrid publiquen esta carta.

Y el buey Apis sacó una del bolsillo, que puso extendida ante los ojos de Currita como si pretendiese cumplir su bestial amenaza de refregársela por los hocicos. La Condesa fué á echar mano al papel con grande prisa, pero el Ministro lo retiró al punto, diciendo brutalmente:

—¡Ca!... Esta no la suelto yo ni un momento; pero ahora mismo la oirá V. de cabo á rabo.

Y poniéndose las gafas sobre la frente, porque era miope, comenzó á leer la carta; en ella, el Marqués de Villamelón, de acuerdo con su esposa, pedía para ésta, por medio del Ministro de Ultramar, el puesto de Camarera mayor de la Reina, con las dos condiciones indicadas antes por Martínez: la Secretaría particular de D. Amadeo para Juanito Velarde, y los seis mil duros de sueldo, para la dama misma. La prueba no podía ser más concluyente, y Currita pudo comprender toda la imprudencia de su caro esposo, al dejar escapar aquella prenda. No se apuró mucho, sin embargo: mientras el Ministro leía habíase ido incorporando poco á poco, haciendo mohínes de espanto y gestos de protesta,

y de repente, con la agilidad de una gata cazadora que se lanza sobre el incauto ratoncillo, arrancó de manos del Ministro la peligrosa carta, y la arrojó en el fuego... El papel se enroscó un segundo entre las llamas, quedando al momento convertido en cenizas.

Atónito el Ministro, retrocedió bruscamente en la butaca, soltando una palabrota; mas Currita, sin ofenderse por ella ni asombrarse tampoco, dejóse caer de nuevo en su almohada como si tal cosa, diciendo con su cándida risita:

—¡Vamos, vamos, Martínez!... Preciso será que se ponga V. dos parches de patata... ¡Eso refresca mucho!...





VI

JAMÁS había pasado el pacífico portero de Villamelón susto tan tremendo como el que le tenía reservado el Sr. Gobernador de Madrid para aquel día memorable, 26 de Junio... Eran las diez de la mañana, y Baltasar, sin haberse vestido aún la larga librea azul con anchas franjas en las bocamangas y cuello, cubiertas de escudos heráldicos, limpiaba cuidadosamente el polvo á las soberbias arcas florentinas, los enormes sitiales antiguos y las armaduras de brillante acero, que adornaban el vestíbulo. Púsose después á peinar las largas lanas de Bruín, el oso de Noruega, su mudo compañero, y en esta operación se hallaba, cuando un tropel de gente sospechosa invadió de repente la casa, en actitud nada tranquilizadora. Asustado Baltasar cerró de golpe la gran mampara de cristales; pero á los repetidos porrazos que en ella dieron los que de fuera entraban, cayeron rotos dos de los magníficos vidrios esmerilados que ostentaban en medio la cifra y corona de Villamelón, y aterrado entonces Baltasar, huyó escaleras arriba con el mandil remangado, atropellando á su paso al diminuto D. Joselito, que pacíficamente frotaba con cáscara de limón las varillas metálicas que sujetaban la mullida alfombra en cada peldaño de la escalera. El enano huyó también dando gri-

tos, y á poco la servidumbre entera del palacio corría por todas partes azorada, abriendo y cerrando puertas, é infundiendo la alarma por todo el vecindario.

Mientras tanto, los invasores llegaban á una antecámara completamente desierta, y el que parecía capitanearlos comenzó á golpear el suelo con su bastón de borlas, citando á la Condesa de Albornoz en nombre de la justicia. Era este individuo el jefe de orden público, y venía en nombre del Gobernador á registrar el palacio de la Condesa, é incautarse de todos sus papeles. Acompañábanle media docena de guardias municipales, un alcalde de barrio y hasta diez ó doce hombres de mala catadura, provistos de grandes garrotes, que parecían por las trazas pertenecer á la por aquel tiempo famosa *partida de la porra*. Guardáronse todas las puertas, quedando franca para todo el mundo la entrada, prohibida para todos la salida.

Mientras tanto, dormía Villamelón el sueño del justo: Currita, por el contrario, levantada contra su costumbre desde muy temprano, como si algo esperase, notó al punto el alboroto: púsose muy pálida, y una sonrisa de diablillo crispó por un momento sus delgados labios. Temblando como una azogada, entró Kate, la doncella inglesa, á participarle lo ocurrido: pareció entonces azorarse mucho la dama, como si de nuevo la cogiese, y quiso á toda prisa avisar al Marqués de Butrón lo que acontecía. Las puertas estaban ya, sin embargo, guardadas, y prohibida la salida: púdose á pesar de todo hacer saltar la tapia del jardín á un pinche de cocina, y éste fué el encargado de llevar al diplomático la embajada de la Condesa.

El despertar de Villamelón fué horrible: la imagen del terror había quedado grabada de antiguo en su cerebro, bajo la forma de los salvajes riffeños de África, y ellos con sus espingardas fueron los primeros fantasmas que vió aso-

mar en su imaginación en ese primer momento de confusión de ideas, que sigue al despertar de todo hombre. El Excmo. Martínez, el colosal buey Apis, vino al punto á destacarse entre ellos, presentándole con una mano su imprudente carta, echándole la otra al pescuezo para conducirle sin piedad al Saladero... Villamelón pensó morirse del susto, porque á su carta, y solo á su carta, como muy bien le había profetizado el día antes Currita, podía atribuir la repentina llegada de la policía. Pronto, sin embargo, tomó su partido: acurrucóse de nuevo en la cama, y juzgó lo más prudente darse allí mismo por muerto. ¿No era Currita quien le había metido en aquellos berengenales?... ¡Pues allá se las compusiera ella como buenamente pudiese!... En vano le instaba la Condesa temblando de ira, para que se levantase y saliera á recibir la caterva de polizontes: Villamelón contestaba que estaba constipado, que estaba sudoroso, y cogería de seguro un pasmo á poco que le diese el aire.

El tiempo urgía, y la intrépida Currita vióse al fin precisada á salir ella misma al encuentro de los invasores: no lo hubiera hecho con más arrogancia la viuda de Padilla al presentarse á las tropas de Carlos V en el Alcázar de Toledo. Con altivo continente pidió al jefe de orden público el mandato del Gobernador legalizado por el juez, único que según las leyes vigentes, podía autorizar aquel atropello: presentóselo respetuosamente el funcionario, y rasgólo ella en dos pedazos después de leerlo. Hizo entonces una valiente protesta en que sacó á relucir sus leales opiniones alfonsinas, y mandando á un viejo, empleado en la contaduría de la casa, que guiase á sus habitaciones á aquellas gentes y presenciara el registro, retiróse dignamente á la sala de billar, seguida de sus doncellas como una reina de sus damas: allí hizo traer á los dos niños, Lilí y Paquito, y abrazándolos tiernamente y sentándolos en sus rodillas, pa-

recía parodiar el triste grupo de la reina María Antonieta, refugiándose con sus hijos en un rincón de las Tullerías, invadidas por el populacho. Kate lloraba desconsolada: Miss Buteffull se había puesto el sombrero y los guantes, como si esperase la orden de marchar.

No hacía Currita aquellos alardes artísticos-sentimentales á humo de pajas: la noticia había corrido en un segundo por los círculos políticos y aristocráticos de la corte, extendiéndose después por casinos y cafés, tiendas y plazuelas. El pueblo comenzó á agolparse con estúpida curiosidad á las puertas del palacio, y á poco una larga hilera de coches ocupaba toda la calle, suspendían un momento su pausada marcha, abríanse y cerrábanse con estrépito las portezuelas, y bajaban encopetados señorones, aristocráticos gomosos y damas elegantes: venían éstas de trapillo, mirando á todas partes entre asustadas y curiosas, y abrazaban á Currita haciendo exclamaciones de sorpresa, de indignación, de entusiasmo y de lástima. Esto era lo que esperaba la taimada Condesa; con su sonrisa de colegiala apretaba á unos la mano en silencio, repetía á otros la relación del atropello, y elevaba los ojos al cielo con aire de víctima resignada, que se inmola, abrazada á sus hijos, en aras de la proscrita dinastía. ¿Qué sería de ellos?... ¡Pobres hijos suyos!... ¡Y Fernandito tan afectado, tan nervioso, postrado en cama é inspirando su salud serios cuidados! Quizá les esperaba el destierro, quizá la cárcel, quizá... ¡Oh! las damas se estremecían de furor y de espanto, hablando todas á un tiempo, confortando á la víctima con sus consejos, y dándose todas al diablo allá en sus adentros, porque era á Currita y no á ellas, á quien había tocado la suerte de hacerse sospechosa á la policía, y llegar al apogeo de la celebridad de un solo salto.

Llegaron también varios periodistas á caza de noticias,

lápiz en ristre y reparos á la espalda, y fueron muy bien recibidos, dignándose la misma Currita darles noticias del suceso. Pedro López, el cronista de los salones elegantes, que acudía á comidas y saraos con los bolsillos del frac forrados de hule, para poderse llevar á mansalva dulces y emparedados, estuvo admirable. Currita le tendió una mano, enternecida á la vista de aquel fiel amigo, que tantas veces había descrito los primores de su falda: él se la estrechó en silencio, repitiendo por tres veces:

—¡Ominoso!... ¡ominoso!... ¡ominoso!...

Y apartándose un buen trecho, púsose á garrapatear con ardor febril en su cartera, no sin que todas las damas y muchos caballeros vinieran á hacérsele presentes, mendigando una mención honorífica en aquella crónica, que había de ser al otro día la *great attraction* de la corte. La apoteosis de Currita prometía ser ruidosísima, y preciso era figurar en ella, aunque solo fuera de comparsa.

Llegó Leopoldina Pastor sofocadísima, con un devocionario enorme en la mano: venía de Misa, porque estaba haciendo en San Pascual una novena, para impetrar del cielo una apoplegía fulminante para D. Salustiano de Olózaga. Irritóse mucho de que Currita no hubiese tirado por la ventana al jefe de orden público; juró que no saldría de allí aquel indecente sin oir antes de sus labios cuatro palabritas bien dichas, y alborotando y accionando, y sacando la lengua á los agentes de orden público que encontró al paso, fué á parar al comedor, porque eran ya las doce, estaba en ayunas, tenía hambre, y se hacía imposible salir de allí hasta que terminara el registro. Muchas damas y caballeros la siguieron, dispuestos á caer sobre las provisiones de Villamelón, como una nube de langostas, y el pasmo de todos fué entonces grande... Sorprendieron al moribundo Marqués en un rincón del comedor, apoyado en un trinche-

ro de roble, zampándose de pie y á toda prisa y mirando á todas partes azorado, una inmensa jícara de suculento chocolate, con una pirámide colosal de dorados picatostes... Pasado el primer susto, y no escuchando ya en la casa otro ruído extraordinario que el incesante ir y venir de la gente que de la calle entraba, Villamelón sintió en toda su pujanza el aguijón más terrible que podía hostigarle, ¡el aguijón del hambre! En vano llamó una y otra vez, para que le trajesen como todos los días:

Ancha bandeja con tazón chinesco,
Rebosando de hirviente chocolate.

Los criados, diseminados por la casa, no acudían á su llamada, y prefiriendo Villamelón los riesgos de otra muerte á la muerte de hambre, decidió al cabo levantarse y escurrirse por pasadizos y corredores hasta la misma cocina, en busca del cotidiano alimento: una vez en posesión de él, refugióse en el rincón más cercano, y allí comenzó á devorarlo.

La llegada de los importunos huéspedes hízole levantar el campo, huyendo hacia el interior con el chocolate en una mano y los picatostes en la otra. Mas con grandes risotadas le detuvo la señoril y hambrienta turba, y alcanzándole Leopoldina Pastor por los cortos faldones de la bata, le gritaba muerta de risa:

—¿Pero á dónde vas, Fernandito?... ¡No te vayas, hombre!... ¡Si para sentir es menester comer!... Si nosotros venimos á ayudarte...

Y desde el *maitre d'hotel* hasta D. Joselito, comenzaron á trabajar, sin dar apenas abasto, en servir á la emocionada concurrencia un *lunch* improvisado, un *pic nik* sustancioso.





VII

Era el Marqués de Butrón una de esas medianías que en los tiempos de escasas notabilidades pasan por eminencias, debiendo sólo su altura á las escasas proporciones de los hombres y cosas de su época. Hase dicho, sin embargo, que no hay hombre grande para su ayuda de cámara, y no se libraba el gran Robinsón de esta ley general de las ilustres celebridades. Consistía, pues, una de sus secretas flaquezas, en teñirse cuidadosamente la barba, blanca ya por completo, para ponerla al nivel de su todavía abundante cabellera, que se conservaba negra como las alas del cuervo.

Disponíase, pues, el respetable diplomático en aquella mañana del 26 de Junio á esta operación importantísima, cuando le pasaron precipitadamente el recado de Currita. El peludo señor perdió por completo la cabeza, y temiéndolo todo de la bellaquería de la Condesa, que tenía él muy bien conocida, pidió á toda prisa un simón, y sin acordarse para nada de que su barba sin teñir iba á revelar el hasta entonces bien guardado secreto á las lenguas más hábiles en cortar sayos que encerraba la corte, corrió al palacio de aquella equívoca oveja, que tanto le importaba

conservar en el redil alfonsino. Los polizontes que guardaban la puerta le dejaron pasar según la consigna, mirándole con esa especie de receloso respeto, que á las gentes bajas de un partido causan siempre los pájaros gordos del partido contrario.

La noticia de su llegada causó sensación profundísima entre la turba de amigos y amigas que invadía el palacio, y todos, hasta los que en el comedor se hallaban, corrieron á su encuentro. Su presencia allí daba al suceso una importancia y un colorido, que había muy bien calculado Currita al mandarle buscar con tanta urgencia. El gran Robinsón extendió ambos brazos al verla, exclamando: ¡Hija mía! y la dama se dejó caer en ellos con filial abandono, sollozando fuertemente y mostrando á sus hijos, que se agarraban asustados á la falda de Miss Buteffull, siempre tiesa é impasible.

El coro general de damas comenzaba á emocionarse; pero acertó á reparar Gorito Sardona en la desteñida barba del diplomático, y apresuróse á comunicar el descubrimiento al oído de Carmen Tagle: echóse á reir ella, díjolo á su vecina, ésta al que tenía al lado, y á poco, una porción de solapadas risitas hacían fracasar por completo la parte patética del espectáculo.

Butrón, sin embargo, no cayó en la cuenta, y con el majestuoso continente que las circunstancias requerían, arrastró con suavidad á Currita al próximo gabinete. Sudaba como un pato, y la camisa no le llegaba al cuerpo, temiendo alguna nueva trapisonda de la ilustre Condesa, que viniera á desacreditar sus manejos diplomáticos. Azorado y en voz baja y mirando á todas partes, como si temiese ver aparecer á los polizontes que invadían el palacio, le dijo:

—¿Pero qué es esto?... ¡Habla, hija mía!...

Currita se dejó caer en un sofá cubriéndose el rostro con el pañuelo.

—¡Estoy perdida!—dijo.

El respetable Butrón abrió la boca, como si fuera á tragarse un queso entero.

—¡Fernandito es un imbécil!—continuó Currita muy afligida.

Butrón movió de arriba abajo la cabeza en señal de profundo asentimiento.

—¡Le ha engañado Martínez... Me ha comprometido atrozmente... Es horrible, horrible... Infame, Butrón, infame!

—¡Habla bajo!—exclamaba el diplomático sobresaltado.—Sosiégate, hija mía, sosiégate... y cuenta para todo conmigo... Para todo ¿lo oyes?... para todo...

Y con las dos peludas manos apretaba Robinsón con efusión paternal la mano de Currita...

—Lo sé, Butrón, lo sé, y por eso acudí á V. al punto—dijo ella más sosegada.—¡Pero es horrible, horrible!... ¡Figúrese V. que todo lo que decían de mi nombramiento de Camarera es cierto!...

—¿Cierto?—exclamó Butrón como si se le atragantase en el oxófago el queso que antes parecía tragarse.

—Fernandito le escribió al Ministro solicitando para mí el cargo... ¡sin decirme nada, Butrón!... ¡sin contar conmigo!... ¡Vamos, si es horrible, horrible!... ¡Ay qué marido!... Le aseguro á V. que, si no fuera por mis hijos, entablaba el divorcio...

Aquí derramó Currita algunas lágrimas en aras del honrado Himeneo, cuya antorcha corría riesgo de apagarse, y continuó muy bajito:

—Por eso, como yo no sabía nada, dije antes de ayer en casa de Beatriz lo que creía, ¡claro está! la verdad... Que el

Ministro vino á ofrecerme el cargo, y yo me había negado á aceptarlo muy ofendida, tomándolo por una majadería de esa gentuza... Figúrese V. mi sorpresa, cuando ayer se me entra por las puertas ese animal de Martínez, tan ordinario, tan groserote, muy ofendido con mi negativa, gritando como un energúmeno que nadie jugaba con el Gobierno, y amenazándome con una carta de Fernandito, que iba á refregarme... ¡por los hocicos, Butrón, por los hocicos!...

Y aquí ahogó de nuevo el llanto la voz de Currita, prosiguiendo á poco entre sollozos:

—¡Qué ultraje, Butrón, qué vergüenza!... ¡Creí morirme de sentimiento!... ¡Al padre de mis hijos debo esta ofensa!... ¡Bien se lo he dicho mil veces.—Tú condescendencia con esa gentuza nos va á perder, Fernandito!...

—¿Pero viste tú esa carta?—exclamó Robinsón estupefacto.

—¡La vi, Butrón; la he leído!... ¡Qué vergüenza!... ¡Creí morirme!... Decía el buey Apis que el Ministro iba á publicarla en los periódicos si yo no aceptaba el cargo. ¡Lloré, supliqué, pidiéndosela en nombre de mi honra, en nombre de mis hijos!... Todo en vano; ó aceptaba yo el cargo, ó la carta se publicaba... Entonces le ofrecí dinero, y mi hombre empezó á blandearse... Me pidió cinco mil duros: luego tres mil, ¡regateando, Butrón, regateando como un judío!... Por fin, se cerró el trato en los tres mil, y anoche á la una volvió á entregarme la carta y recibir el pago... Porque claro está; yo no tenía dinero bastante, tampoco podía pedirlo á Fernandito, y he tenido que empeñar una porción de joyas...

Butrón escuchaba asombrado, tragándose una á una como un bolonio toda aquella sarta de mentiras, diestramente entrelazadas con algunas escasas verdades: cruzó las manos con trágico ademán, y exclamó con el aire de un Catón escandalizado:

—¡Eso es nauseabundo!

—¡Pero si hay más, Butrón, si hay más!... ¡Si es infame!—prosiguió Currita muy animada.—Á la una me entregó anoche el buey Apis la carta... Á las diez, llega hoy de repente la policía á registrarme mis papeles... ¡Negocio redondo que buscaba el gran canalla!... ¡Coger de nuevo la carta y quedarse con mi dinero!...

—¿Pero la han cogido?—exclamó Butrón consternado.

—¡Ca!... ¡Primero me quitan la vida!... Tuve tiempo de romperla y echar los pedazos por el vertedero del baño.

—¡Berrrrr! hizo Butrón como si le dieran náuseas; y con las manos cruzadas á la espalda, actitud de las grandes perplejidades, y fruncido el formidable guarda polvo de sus cejas, señal en él de graves preocupaciones, comenzó á medir á grandes pasos la estancia. Currita le miraba marchar con el rabillo del ojo, dando de cuándo en cuándo nerviosos suspiros.

Indudable era para Butrón que la dama era una tramposa; pero lo que decía era todo perfectamente verosímil, y explicaba por completo la extraña visita de la policía. ¿Qué había ido sino á buscar en aquella casa?... Por otra parte, aquel repentino suceso aseguraba al partido la alianza de aquella mujer que dominaba al Madrid elegante con el poderoso imperio de la moda, y esto bastaba á las teorías del diplomático: detúvose, pues, de repente ante ella, y díjole solemnemente:

—Es preciso hacer una manifestación ruidosísima, que levante el espíritu y sirva de protesta á este atropello...

Currita se encogió de hombros, disimulando bajo una perplejidad afectada el rayo de vanidosa alegría que iluminó su semblante.

—¡Pero Butrón, por Dios!—dijo.—Por mí no hay inconveniente; pero ya ve V. que quien pierde aquí es Fernandito.

—Mira, Curra, Fernandito no pierde nada, porque nada tiene que perder... Tu marido es un imbécil, y eso lo sabe todo el mundo.

—Es verdad—dijo con heróica conformidad Currita.

—Además, yo te garantizo el secreto... El negocio es grave, y puede sacarse de él mucho partido.

—Eso bien lo veo yo... Por eso no me opongo... Después de todo, lo primero que hay que mirar es el bien de la causa... Yo todo se lo sacrifico... Bien lo he probado siempre... ¡Bien lo estoy ahora probando!...

Y currita se enterneció otra vez, emboscando entre sus nuevas lagrimitas este ruego inocentísimo:

—Lo único que pido es que escriba V. mismo á la Señora la verdad de lo que está pasando... ¡Le tengo un miedo á los enredos, á los chismes de este Madrid!... ¡Esa Isabel Mazacán es tan chismosa... me tiene una envidia!...

Cuadróse Butrón delante de la dama, y dijo golpeándose el pecho:

—¡Confía en mí, Curra... Yo respondo!

En aquel momento llamaron á la puerta: el registro había ya terminado, y el jefe de orden público pedía permiso á la señora Condesa para presentarle sus excusas.

—¡Ay no, no!—exclamó Currita.—Dígale V. que puedo muy bien pasarme sin ellas.

—Y añádale—dijo Butrón con toda la majestad olímpica que su misión allí requería—que la señora Condesa de Albornoz se reserva el derecho de protestar en todos los terrenos de semejante atropello... Y dígale también, que toda la aristocracia española y todas las gentes sensatas y honradas están á su lado para apoyarla y defender la causa santa que ella representa en estos momentos!...

Esto dijo Butrón con arrogante tono, y acentuando mucho la palabreja *causa,* paseó después una larga mirada por

la concurrencia, como quien dice:—¿Habéis entendido?—y entróse por los grupos, dejando caer palabras huecas, que la curiosidad y la necedad rellenaron de grandes cosas.

—El negocio es grave—decía.—¡Currita admirable!... ¡Una heroína!... ¡Mariana Pineda!...

Entró entonces el viejo empleado en la contaduría, don Pablo Solera, que había presenciado el registro: traía las orejas muy coloradas y un gran papel en la mano, que presentó á la Condesa... Rodeáronle todos llenos de curiosidad, haciéndole mil preguntas que el viejo se apresuró á satisfacer, aturdido en parte al verse ante tan ilustre concurrencia.

El registro había sido escrupuloso en demasía, y durado dos horas enteras: el jefe de orden público había leído todas las cartas que encontró á mano, sin perdonar pesquisa alguna, registrado todos los papeles, hojeado todos los libros, y puesto aparte todo aquello en que creyó encontrar miasmas conspiradores, para sujetarlo al examen del Gobernador de la provincia. El prudente viejo le exigió entonces un recibo firmado por el mismo jefe de orden público, en el cual habían de consignarse todos los papeles que se llevaba, y este era el documento que D. Pablo presentaba á la Condesa.

—¿Hay algo importante?—preguntóle Butrón en voz baja, leyendo la lista al mismo tiempo que Currita.

—¡Psch!... Nada—contestó ésta.

Mas sus ojos se fijaban con extrañeza en esta partida inventariada en la larga lista: «Un paquete de veinticinco cartas, atado con una cinta color de rosa».

El respetable Butrón tomó de nuevo la palabra. El peligro había pasado, pero era necesario sacar todo el partido posible de aquella victoria: hacíase indispensable meter mucho ruído, gran ruído; propagar el escándalo por todas

partes, para despertar la indignación y excitar los ánimos en contra del Gobierno y de la dinastía intrusa... Para ello, todas las señoras acudirían aquella tarde á la Castellana, con las airosas mantillas españolas y las clásicas peinetas de teja, que eran ya señal convenida de valiente protesta; y á la noche siguiente, él, Butrón mismo, daría un gran baile en honra de Currita, de puro carácter político, al cual podían ya darse por convidados todos los presentes... Las señoras, lucirían todas en la cabeza la flor de lis, emblema de sus esperanzas; los caballeros, un lazo blanco y azul en el ojal del frac, colores propios y significativos de los desterrados Borbones.

El entusiasmo fué entonces indescriptible; las damas rodearon el grupo que Currita y Butrón formaban, empujándose unas á otras, charlando todas á un tiempo, esgrimiendo los colosales abanicos que por aquel verano estaban de moda, con el poco elegante nombre de *Pericones*.

—¡Bien! ¡Bravo!—gritó Gorito Sardona.—¡El coro de los puñales!... ¡Butrón, á V. le toca bendecirlos!

Y se puso á cantar el

Giusta é la guerra, é in core
Mi parla un santo ardore,

de Meyerbeer en los *Hugonotes*.

Esto hizo reir mucho á todas aquellas señoras, y unas en pos de otras comenzaron á retirarse, nerviosas, entusiasmadas, confesándose mútuamente que era muy entretenido conspirar danzando y luciendo trapos en la Castellana, que era más fácil de lo que ellas creían derribar un trono á abanicazos.

Mientras tanto, Villamelón, escurriéndose tras cortinas, puertas y tapices, miraba desfilar la ilustre concurrencia, sin osar presentarse ante ella. Lo que más le incomodaba á

él era, que le hubiesen roto dos cristales, allá abajo en la mampara.

Al verse á solas Currita, preguntó al viejo empleado enseñándole la lista:

—Pero diga V., D. Pablo... ¿De quién eran esas veinticinco cartas?...

El viejo se encogió de hombros.

—No sé—contestó.—El jefe de orden público leyó tres ó cuatro, y se las guardó con una risita que me dió mala espina.

—¿Pero dónde estaban?

—En aquella arquita antigua que está en el gabinete de la señora Condesa... En un cajoncito con secreto.

—¿En el *secrétaire* del *boudoir?*—dijo Currita aún más sorprendida.—¡Pero si allí no había nada!... Á ver, venga usted conmigo.

Había, en efecto, en un rincón del *boudoir,* una preciosa *arquilla,* obra acabadísima de marquetería italiana del siglo XVI, de ébano tallado, con ricas inscrustaciones de carey, plata, jaspes y bronces. Currita abrió la gran tapa delantera, cuyas bisagras y cerrajas doradas dejaban ver, á través de sus artísticos calados, un fondo de terciopelo rojo, y entonces apareció el interior de aquel precioso mueble, compuesto de bellísimos arquitos, de galerías en miniatura en que encajaban infinidad de cajoncitos, ocultándose los unos á los otros con múltiples secretos.

—¿Pero dónde estaban esas cartas?—Preguntó Currita impaciente, abriendo uno á uno los lindos cajoncitos.

—Aquí abajo—contestó D. Pablo.

Y apretando un resorte de bronce, hizo saltar otro cajoncito oculto, que dejó escapar al abrirse un suave olor de violetas secas. Currita metió dentro la mano, y encontró en el fondo un ramo marchito de aquellas fragantes flores: mi-

rólo algún tiempo con cierta extrañeza, como quien pretende recordar algo, y exclamó al fin cayendo en la cuenta:

—¡Ya!...

Y de repente, poniéndose muy seria y con la enfurruñada cara de quien se teme un chasco pesado, murmuró muy enfadada:

—¡Pues tendría que ver!... ¡Estaría bonito!...





VIII

BUENO estaba para bollos el horno del Sr. Gobernador, á las dos de la tarde de aquel mismo día 26 de Junio. La noticia de la visita de la policía al palacio de Villamelón había llegado á las altas esferas del Gobierno, causando en ellas sorpresa y disgusto: ignorábase allí la causa de aquella violenta medida del Gobernador, y esperábase todavía, por otra parte, obligar á la Albornoz á aceptar el cargo de Camarera, á pesar de la escena cómico-dramática que entre ella y el Excmo. Martínez había tenido lugar la víspera. Porque como el lector habrá ya adivinado, no obstante los enredos de la tramposa señora, los compromisos de ésta con el Gobierno eran tan reales y positivos, como había asegurado dos días antes la Condesa de Mazacán, en casa de la Duquesa de Bara.

Resentida profundamente Currita, por lo que ella creyera desaire de la abdicación, había decidido al punto pasarse con armas y bagajes al enemigo, satisfaciendo de este modo sus femeniles deseos de venganza, y realizando al mismo tiempo su continuo anhelo de dar qué hablar á todo

el mundo, y ser siempre la primera de la primera línea. El nuevo monarca era joven y era guapo, y una vez teniéndole ella á su alcance en el puesto de Camarera, parecíale fácil amalgamar en poco tiempo en sí misma, dos personalidades históricas que le eran muy simpáticas: Mademoiselle de la Vallière y la Princesa de los Ursinos.

Costóle, sin embargo, algún trabajo reducir á Villamelón á secundar sus planes, porque encastillado éste en lo que llamaba su honor, empeñábase en vivir y morir fiel á la dinastía caída: supo al cabo Currita convencerle, y cauta siempre, y sin dar ella la cara, encargóle á él entablar las negociaciones con D. Juan Antonio Martínez y el Ministro de Ultramar, personajes ambos que con traidora previsión había procurado desde mucho tiempo antes atraer á su casa, importándosele un bledo los aristocráticos aspavientos de sus ilustres amigas. Las condiciones impuestas por la Condesa, eran un considerable aumento de sueldo para ella, y la Secretaría particular de D. Amadeo para Juanito Velarde, adorado amigo que á la sazón privaba.

El encargo era fácil, dado el afán que de llenar aquel desairado cargo con una Grande de España, existía en la corte y en el Gobierno: Villamelón, sin embargo, cometió una pifia contra las terminantes prescripciones de Currita. Habíale encargado ésta que por ningún concepto soltara prenda por escrito, en el manejo de aquel negocio, y por no faltar el majadero á una cita que con cierta viuda problemática tenía, á la misma hora en que le citaba también el Ministro, dejó escapar aquella malhadada carta dirigida á éste, que tan serias complicaciones había de traer más tarde.

Mientras tanto, la carta de la reina Isabel vino á desbaratar todo lo hecho, y con su desfachatez sin igual volvióse atrás Currita, dejando á la corte y al Gobierno burlados, y

en las astas del toro á su marido. No satisfecha con esto, y para acallar los peligrosos rumores que atizados por Isabel Mazacán corrían de lo sucedido, imaginó denunciarse á sí misma al Gobernador, escribiéndole un anónimo en que con pruebas patentes y señales manifiestas aseguraba que la Condesa de Albornoz y el Marqués de Butrón urdían un complot vastísimo, existiendo en poder de ella papeles muy importantes para la causa alfonsina. El incauto Gobernador cayó en el garlito, y ya hemos visto la admirable oportunidad con que secundó los atrevidos planes de aquella ilustre bribona, cuyas mezquinas intriguillas traían en conmoción á toda la corte. La visita de la policía afianzaba para siempre la fama de su lealtad alfonsina, dándole una importancia en el partido, que la ponía por completo á cubierto de las pretensiones de la corte amadeista. Así lo comprendió el Excmo. Sr. D. Juan Antonio Martínez, y hecho un basilisco fué á pedir al Gobernador cuenta de su torpeza: alborotóse éste, y guardándose muy bien de confesar que sólo en un anónimo cifraba él las pruebas del complot de Currita, aseguró campanudamente que le constaba la existencia de una vasta conspiración alfonsina, que el Marqués de Butrón la dirigía, y que la señora Condesa de Albornoz era una trapisondista de tomo y lomo.

—¡Si me lo querrá V. decir á mí!—exclamó el buey Apis resollando por la herida.

Y contó al Gobernador con todos sus pormenores, la historia del nombramiento de Camarera y la escena de la carta arrojada al fuego, que había ya hecho desternillar de risa, en las narices mismas del Ministro, á todos sus compañeros de gabinete. Mordióse el Gobernador los labios, comenzando á sospechar que había hecho un pan como unas hostias, y el *pas trop de zèle* de Talleyrand, acudió á su mente como un reproche. Detuvo, sin embargo, un mo-

mento su cólera y sus temores la entrada del jefe de orden público, que venía á entregarle los papeles sorprendidos en poder de Currita.

Lanzóse el Gobernador sobre ellos con todo el ardor de su picado amor propio, y púsole su mala suerte ante los ojos, lo primero, un plieguecillo de esquela, con el timbre de la Condesa de Albornoz, y escrito en él con diversos caracteres de letra, este extraño letrero: *¡Qué animal tan hermoso es el hombre!* Examinaba atentamente el Gobernador el papelillo, creyendo encontrar alguna clave oculta ó algún santo y seña misterioso entre aquellos diversos caracteres de letras, rechonchas y apretadas unas, largas y finitas otras, diminutas cual patitas de moscas entrelazadas que se prolongasen en forma de cadeneta, las últimas. Estas despertaron en su mente un vivo recuerdo: buscó apresuradamente el anónimo que encerraba la denuncia, cotejó ambas letras, y el velo se rasgó entonces por completo. ¡Era la misma!... Probado quedaba que la Excma. Sra. Condesa de Albornoz era una trapisondista de tomo y lomo, y el Excmo. Sr. Gobernador de Madrid, un majadero de siete suelas.

Su furor no tuvo entonces límite, y vino á aumentarlo el cazurro Martínez, que con los carrillos hinchados y la boca llena de risa, reventaba por soltar la presa, y soltóla al fin, diciendo á modo de fisga:

—¡Abortó la conspiración!... ¡España puede ya dormir tranquila!...

Su excelencia encontraba cierto maligno gustito, en no ser la única víctima de los enredos de aquella grandísima tuna, que tan pesados chascos estaba dando á los Epaminondas y Arístides de la España con honra. El Sr. Gobernador comenzó á echar sapos y culebras por la boca, lo mismo que cualquier rufián de callejuelas, y volviendo y

revolviendo los papeles, vino á topar con el paquete de las veinticinco cartas. Su gozo fué entonces inmenso: tenía ya asegurada la venganza.

La noche anterior había hecho Currita un escrupuloso escrutinio en sus papeles, quitando de en medio lo que podía comprometerla, y poniendo bien á la vista lo que favorecía sus planes: excusado es decir, que la carta de la reina Isabel quedó en puesto tan visible, que presto pudo dar con ella el jefe de orden público. Dos descuidos imperdonables tuvo sin embargo: quedósele traspapelado en la cartera de escribir el plieguecillo en que había hecho sus pruebas caligráficas, y olvidóse por completo de que en un cajoncito oculto de la arquilla antigua del *boudoir*, existía hacía más de tres años un paquete de cartas. Eran estas de cierto capitán de artillería andaluz, de gran familia, arrogantísima figura y poquísima vergüenza, que había antecedido á Juanito Velarde en el puesto de confianza que á la sazón ocupaba éste en la casa.

Triunfante el Gobernador, preguntó á Martínez si le parecía conveniente publicar aquellas cartas en los periódicos.

—Pero hombre, no sea V. mentecato—replicó el Ministro.—¿Cree V. que hay alguien en Madrid, que no sepa ó suponga que esas cartas existen ó han existido?...

—¿Pero entonces, qué partido sacamos de ellas?

—Uno muy sencillo... ¿No tiene V. que devolverlas á la Condesa?

—¡Claro está!... Como que el jefe de orden público le ha dejado recibo.

—Pues en vez de enviárselas V. á la mujer, se las envía al marido... Es la única manera de practicar en este asunto la obra de misericordia de enseñar al que no sabe.

—¡Magnífico!—exclamó el Gobernador admirado de la maquiavélica política de su Excelencia.

Y sin pérdida de tiempo, púsose á escribir un atento B. L. M. al Marqués de Villamelón, presentándole mil excusas por el mal rato que le había dado aquella mañana, anunciándole la devolución de los papeles incautados, y suplicándole cortesmente los repasase uno á uno, y muy en particular las veinticinco cartas del paquete, no fuera que por casualidad se hubiese alguna de ellas traspapelado.

En aquel momento un portero entregó al Sr. Gobernador una esquelita perfumada, que parecía ser de una dama coqueta, y era del lindo Ministro García Gómez, el elegante de la situación, el *dandy* de aquel gabinete eminentemente progresista. Enterado por su amiga Isabel Mazacán de la orden del día dada por el Marqués de Butrón en casa de Currita, apresurábase á poner en conocimiento de la primera autoridad de la provincia, la manifestación de mantillas y peinetas que las damas de la aristocracia preparaban para aquella tarde en la Fuente Castellana. El Gobernador comenzó á bufar de nuevo, amenazando entre enérgicas interjecciones, hacer con mantillas y peinetas lo que Esquilache hizo con capas y sombreros.

—¡Pero, hombre, no sea V. mentecato!—volvió á decir el Ministro con su risa de paleto.—Eso tiene fácil remedio.

—¿Cuál?

—Llame V. á Claudio Molinos.

Llegó Claudio Molinos, bribón consumado, especie de baratero político que en aquel tiempo alcanzó gran boga, y era, según la voz pública, el Galeoto del Gobierno en sus enjuagues de mala ley, y el reclutador y generalísimo de la partida de la porra. Recibiéronle ambos personajes de igual á igual, y con grandes extremos, y después de una corta conferencia, tornó á salir Claudio Molinos muy apresurado. Martínez salió también con gran pachorra, inclinada la cabezota, y las manos y el bastón á la espalda, y quedóse el Go-

bernador muy satisfecho, restregándose las manos, chiquitas y regordetas, con alguna que otra uña no limpia del todo.

Á las seis y media de aquella misma tarde no se veía un solo carruaje en el Retiro ni en el Parque, y centenares de ellos, por el contrario, atravesaban al trote largo el Paseo de Recoletos, atestado ya de gente, y seguían en confuso remolino hacia la Fuente Castellana. Jamás Viena corriendo hacia el Práter, Berlín hacia el Linden, París hacia el Bosque, habían presentado espectáculo tan original y pintoresco, como el que ofrecía á la puesta del sol aquella inmensa avalancha de trenes lujosísimos, la mayor parte descubiertos, atestados de mujeres de todos tipos, de todas edades, con trajes de colores vivos, mantillas blancas ó negras, peinetas de teja y flores en la cabeza, en el pecho, en las manos, en los asientos y portezuelas de los coches, en las frontaleras de los caballos y en las libreas de los cocheros; confundiéndose, sin atropellarse, en aquella barahunda ordenadísima, carruajes, caballos, jinetes, arneses, prendidos, libreas, cocheros con la fusta enarbolada, lacayos con los brazos cruzados, retintines de bocados y crujidos de látigos, efluvios de primavera y perfumes de tocador, olor á búcaro de la tierra recién regada y fragancia de lilas, azucenas y violetas; envuelto todo como en una gasa en un polvillo fino y brillante, iluminado todo con golpes de luz bellísimos, por los reflejos del sol poniente que penetraba por entre las copas de los árboles, haciendo brotar resplandores de incendio en la plata de los arneses, los botones de las libreas y el herraje de los coches.

Por las anchas aceras de la calle de Alcalá, desembocaba también en Recoletos muchedumbre compacta de gente de á pie, destacándose, de trecho en trecho, grupos de mantillas más ó menos bien llevadas, peinetas de teja puestas en cabezas más ó menos airosas. No correspondía, sin embar-

go, la animación y la algazara, al número y al lujo de aquella muchedumbre: marchaban los paseantes con esa curiosidad más ávida mientras más medrosa, que inspira siempre un espectáculo peligroso; con esa curiosidad propia del cobarde, que espera oir á cada momento el estampido de un arma de fuego. Las damas de los coches, por su parte, cruzaban entre sí saludos, señas y sonrisas, sin poder disimular un involuntario azoramiento, semejante al del chico descarado que se resuelve á hacer una travesura en las barbas mismas del maestro.

De repente, á la altura de la Casa de la Moneda, paráronse los paseantes agrupándose bajo los árboles, y los coches moderaron su carrera, llamándose á derecha é izquierda para dejar una calle en medio... Por ella se adelantaba al trote largo un magnífico landó de Binder, caídas á uno y otro lado las capotas de *chagrin* finísimo, arrastrado por dos soberbios bayos oscuros, dos *steppers* de grande alzada y poderoso trote, que la mano férrea de Tom Sickles manejaba tan fácilmente, como movía el viento los ramos de lilas y claveles que lucían los nobles brutos en las brillantes frontaleras. Tendida en los almohadones de raso con aire distinguidísimo, paseaba la Condesa de Albornoz su desvergüenza, dando la derecha á su amiga y parienta la Marquesa de Valdivieso: vestían entre las dos primas los colores nacionales, traje amarillo con mantilla negra la de Albornoz, rojo con mantilla blanca la Valdivieso, y grandes peinetas de carey una y otra, con ramos de claveles blancos y encarnados en la cabeza y en el pecho. Arremolinábase la gente al verla pasar, las damas la saludaban con los pañuelos desde los coches, arrojándole flores muchas de ellas, y una turba de gomosos á caballo, trotaban á uno y otro estribo del coche, á guisa de caballerizos. De esta manera triunfal, hizo Currita su entrada en la Castellana.

Formaban ya allí los carruajes ordenada fila, y entonces pudo apreciar el Marqués de Butrón todo el número y arrogancia de sus huestes femeninas. Allí estaba él, en un landó de colores oscuros, teniendo á su derecha á la Marquesa, respetable señora que llevaba uno de los nombres más ilustres de España, y podía hacer gala de una de las reputaciones más sin tacha de la corte. Más lejos iba Isabel Mazacán con Leopoldina Pastor, en un *milord* preciosísimo; Pilar Balsano, la Duquesa de Bara, Carmen Tagle y otra infinidad de estrellas y constelaciones del gran mundo, entre las que descollaba la señora de López Moreno con su hija Lucy, vestida ella de azul con mantilla blanca y grandes rosas en la cabeza, ocupando casi por completo una gran carretela con arreos á la calesera, y cochero y lacayo con sombrero calañés, pantalón y chupa de oscuro terciopelo. Todas ellas, mujeres problemáticas, y otras mil y mil mujeres frívolas y superficiales en apariencia, pero honradas en el fondo las más, sólidamente virtuosas y sensatas muchas de ellas, saludaban al pasar á la ilustre bribona, inclinándose todas á su paso, rindiéndole el homenaje de sus sonrisas y su envidia, haciéndose reas de la perniciosa condescendencia con el vicio, llaga mortal de las grandes sociedades, contribuyendo con su presencia y con su lujo, por necedad, por debilidad ó por malicia, al gran pecado del escándalo, al triunfo de la más ruín bellaca que urdió jamás trapisonadas en la corte.

No duró mucho, sin embargo, la apoteosis... Nadie ha podido nunca explicar cómo sucedió aquello; unos dicen que vino del Hipódromo, otros que del barrio de Salamanca, algunos que de un hotelito que emboscado en un jardín, existe en la Castellana. Es lo cierto, que de repente apareció en la fila de coches un gran landó á la Daumont con cuatro caballos blancos: venían dentro dos mujerzuelas de vida airada abigarradamente vestidas de encarnado, con

pomposas mantillas y enormes peinetas, poniendo en asquerosa caricatura á las damas de la aristocracia. En el asiento de en frente, un rufián con sombrero de copa un poco ladeado y largas patillas postizas, parecía parodiar á cierto prócer famoso, que en aquel tiempo hacía gran papel en las filas alfonsinas (1).

Aquello no fué un bofetón: fué una coz, una patada del Excmo. Martínez, que acababa de un golpe con las peinetas y mantillas, con más facilidad que acabó Esquilache con los sombreros y las capas. Díjose luego, que desde una ventana del hotelito escondido, había él presenciado la escena, con las manos á la espalda, sacudiendo la cabezota, dejando oir su risa de cazurro, de paleto empingorotado.

—¡Ju, ju, ju, ju!...

Entonces hubo un momento de confusión grandísima, de alarma verdadera: algunos hombres de á pie y de á caballo se lanzaron sobre el coche con los bastones enarbolados, para hacerlo salir de la fila. Intervinieron los guardias de orden público en favor de las mujerzuelas, y mientras tanto, huyeron en un segundo los lujosos trenes, al galope, á la desbandada, mordiéndose los hombres el bigote de despecho, escondiendo las mujeres llenas de vergüenza los rostros azorados.

Sólo quedó Currita, incorporada en su coche, abriendo mucho los claros ojos, abofeteando á todas aquellas mujeres honradas, cuya culpa consistía en admitirla á ella en su trato, con estas candorosísimas palabras dichas para tranquilizar á su prima:

—Pero mujer... ¿Qué ha sucedido?... ¿Por qué se van?... Que haya otras dos más, ¿qué importa?...

(1) Histórico todo.





IX



Los periódicos ministeriales de la tarde guardaban un estudiado silencio sobre la visita de la policía al palacio de Villamelón, como si obedeciesen todos á una misma consigna. Los diarios oposicionistas por el contrario, soltaban ocupándose del suceso, todos los registros de sus respectivas trompeterías, prorumpiendo en gemidos ó gritos de horror, según les soplaba el viento á la elegía ó al ditirambo.

Ningunos gemidos, sin embargo, tan perfumados, ningunos gritos de horror tan rítmicos, como los lanzados por la pluma del espiritual Pedro López en el artículo *El primer paso,* que publicaba aquella tarde *La flor de lis*. Indudable era que Pedro López había mascado raíz de lirio antes de lanzar aquellos suspiros confitados, que había modulado sus gritos de horror sobre aquellos trinos de Stagno:

Voi parlate di patria
E patria piu non e,

que había llorado sobre el rosado papel lágrimas de agua de colonia, que había, en fin, creído al empuñar la pluma en sus manos lavadas con *pâte agnel,* tremolar una ban-

dera con un palo de sombrilla por asta, y un encaje de Bruselas por lienzo... ¡Ooooh!... Cuando Pedro López posó su turbada planta en el palacio de los Marqueses, cuando vió profanadas por groseros pies de sicarios de un poder bastardo y despótico, aquellas mullidas alfombras que tantas veces habían hollado, en rítmicos movimientos del baile, las bellezas más valiosas de la corte, angustia mortal oprimió su corazón, nube de sangre cegó sus ojos, y una palmada de su propia mano, vino á herir su frente, sin que—¡pásmese el lector!—notase Pedro López que sonaba á hueco... Sonóle á un ¡ay! fatídico, á voz triste, lejana, misteriosa, crepuscular, que murmuraba á lo lejos: ¡El primer paso!... El primer paso dado hacia el noventa y tres... el primer paso dado hacia el Terror!... ¡Ooooh!... Allí había visto Pedro López sumida en el más profundo desconsuelo, y vistiendo elegante *saut du lit,* con falda *plissée* de fular de seda y encajes crema, á la bella Condesa de Albornoz, ideal como la Ofelia de Shakespeare á orillas del lago, digna como la María Stuard de Shiller en el castillo de Fotheringhay, sublime como la princesa Isabel, la hermana de Luis XVI, que llamó la posteridad el *Ángel de la guillotina*... ¡Aaaah!... Allí había visto Pedro López y estrechado su mano, al hidalgo caballero, al pundonoroso Marqués de Villamelón, postrado en el lecho del dolor, cual león enfermo, derramando lágrimas de varonil despecho, por no poder desenvainar, en defensa de su noble hogar allanado, la gloriosa espada de cien ilustres progenitores... ¡Ooooh!... Y en torno de aquellas dos nobles figuras realzadas aquel día por el infortunio, elevadas por ruín despotismo de un Gobierno sobre el gloriosísimo pedestal de la picota de sus iras, Pedro López había visto agruparse, más hermosas mientras más doloridas, y tan elegantes en su sencillo *negligé* de mañana, como en sus soberbias *toilettes* de otras ocasiones, á las be-

llísimas Duquesas de A., B. y C.; á las lindísimas Marquesas de D., E. y F.; á las encantadoras Condesas de G., H. é I.; á las preciosas Vizcondesas de J., K. y L.; á las monísimas Baronesas de M., N. y Ñ., y á las espirituales señoras y señoritas de O., P. y Q. También el sexo feo estaba dignamente representado por el venerable Marqués de Butrón, espejo de caballeros, y por los Duques, Marqueses, Condes, Vizcondes, Barones y señores de tal ó cual, y por otras muchas personas notables, que en lo inmenso de su emoción, quizá dejaba Pedro López involuntariamente de enumerar... ¡Aaaah! ¡El primer paso!... Todas las frentes parecían inclinarse bajo el peso de un mismo pavoroso pensamiento... Mas habló el ilustre Marqués de Butrón, y al eco de su mágica palabra, irguiéronse las nobles cabezas, y viéronse allí ilustres vendeanos dispuestos á disputar palmo á palmo el terreno; garridas Marfisas y Bradamantes, capaces de realizar con el brillo de sus ojos, las proezas de aquellas heróicas amazonas de la primeras cruzadas...

Aquí ponía Pedro López cuatro líneas de puntitos suspensivos, y añadía luego:

«Nosotros oimos sus palabras, y un rayo de celeste esperanza se deslizó en nuestro pecho».

Más puntitos suspensivos.

«El villano atentado del Gobernador de Madrid ha sido el primer paso dado hacia el Terror... Mas—¡renazca la esperanza!—ya

... El león de Castilla,
Sacude la melena!!!»

Y á renglón seguido:

«Excusado es decir, que la esplendidez proverbial de los Marqueses de Villamelón, proporcionó á la ilustre concurrencia un exquisito *lunch* improvisado, en que llamaron la atención de todos, los delicados sorbetes de naranja, servi-

dos en la misma cáscara de la fruta, que no obstante lo impropio de la hora, hizo el calor del día deliciosos. Felicitamos á los Marqueses de Villamelón por haber introducido esta elegante novedad, que no tardará en ser imitada en las mesas y salones de la corte».

Todas estas y otras majaderías por el estilo leía Currita con ávido deleite, mirando con desdén, desde la altura de su triunfo, á Metternich y á Pitt, á Cavour y á Bismarck. Parecíale muy natural que la llamasen á ella Ofelia, María Stuard y Ángel de la guillotina; reíase allá en sus adentros de ver transformado á su marido en león enfermo y pundonoroso caballero, y dejábalo correr todo junto, porque sabía muy bien que nadie sube hoy al templo de la fama, sin alas hechas de recortes de periódicos. Vino entonces á colmar su satisfacción el director de cierta famosa revista, que con grandes reverencias y aspavientos, y presentándole una tarjeta en que el Marqués de Butrón eficazmente le recomendaba, manifestó su deseo de publicar en la revista el retrato de la heróica Condesa, y algunos grabados de actualidad relativos al suceso que todo Madrid discutía. Recibióle ella con esa amable condescendencia, propia de las grandes señoras con cualquier pelafustán que las adula, y concedióle su petición al punto, quedando convenido que la revista publicaría el retrato de la Condesa, con el traje que había de lucir aquella misma tarde en la manifestación de mantillas y peinetas de la Castellana, y otros dos grabados conmemorativos, representando uno la fachada del palacio en el acto de ser invadido por la policía, y otro el momento en que salió Currita con varonil entereza, al encuentro de los invasores.

—Convendría entonces—dijo el periodista—tener algunas fotografías del local, que sirvan de pauta al artista para marcar bien los detalles.

—Desde luego—replicó Currita muy complacida.—El Sr. Marqués es muy aficionado al arte, y tendrá gusto en proporcionárselas á V. él mismo.

Y sin pérdida de tiempo, envió un recado á Fernandito suplicándole viniese en el acto al salón en que se hallaban. Pronto trajo un lacayo la respuesta: el Sr. Marqués había pedido á las cuatro la berlina, y aún no había vuelto á casa.

Fernandito corría en efecto en aquel momento detrás de una duda misteriosa que ansiaba resolver. Con grandísima zozobra había recibido el B. L. M. del Gobernador, y tranquilo ya después de leerlo, púsose á registrar curiosamente los papeles devueltos. Leyó la primera de las veinticinco cartas sin comprenderla: en la segunda, tropezóse con esta frase escrita de puño y letra del artillero: «En cuanto á tu marido, bueno será que le suprimamos el *villa,* y le dejemos el *melón:* está probado que el pobre pertenece á la familia de las *Cucurbitáceas*».

Fernandito no leyó más: con la boca y los ojos muy abiertos quedóse largo tiempo suspenso, hasta que levantándose de repente y entrando en su cuarto de vestir, cogió un bastón con puño de plata, una delgada caña de bambú nudosa y flexible que cortaba el aire con silbidos de culebra al esgrimirla con gran furia Villamelón, dirigiéndose presuroso y descompuesto á las habitaciones de la espiritual Currita, de la vaporosa Ofelia, de la sentimental María Stuard, á quien amenazaba sin duda, en vez del poético lago ó del dramático tajo, un trancazo soberano, una paliza descomunal.

No quiso Dios, sin embargo, que acabase de manera tan prosáica, criatura tan ideal; á la mitad de una gran galería, adornada con plantas exóticas, jaulas de pájaros raros y curiosidades de todos géneros, salió al encuentro de Villamelón el gran perro de Kamschatka, meneando cariño-

samente la cola. Miróle el Marqués un momento cara á cara, y de repente, cual si resonasen en sus oídos aquellos acentos de Otelo:

... á compir la vendetta
il ciel me invita,

descargó en la cabeza del perro el trancazo descomunal que reservaba sin duda para la poética Ofelia... Luego, como el borracho que engolosinado con la primera copa, no pára ya hasta apurar la botella, comenzó á menudear sobre los lomos del animal una granizada de golpes, una lluvia de palos, como jamás se registró igual en los anales perrunos de la helada península de Kamschatka. Jadeante y sudoroso volvió á su cuarto; desnudóse apresuradamente y se metió en la cama.

¡Morro, ma vindicato
Si, dopo ley morro!...

Diez minutos después volvió á levantarse y pidió la berlina: fuése derecho á Fornos, después al Casino, luego al Veloz, y recibiendo por todas partes enhorabuenas é interpelaciones acerca del suceso que todo Madrid comentaba, hacía con gran reserva y disimulo, al oído de cuantos amigos prudentes se iba encontrando, cierta pregunta misteriosa.

Encogíanse algunos de hombros, otros se echaban á reir, contestábanle todos que no, y Villamelón seguía adelante con su enigmático empeño. Encontróse al cabo en un apartado gabinete del Veloz, á un viejo con grandes patillas canas, y una cabellera blanca y espesísima, más digna de coronar la frente del rey Lear, que aquel rostro encarnado y granujiento en que habían dejado impresa su huella todos los vicios. Contrastaba su indisputable aire de gran señor,

con su traje abandonado y hasta sucio, y dábale todo ello el aspecto de un anciano monarca, disfrazado de tendero. Hallábase sentado ante una gran botella de Ginebra, que despachaba poco á poco en una inmensa copa de cristal, echando de vez en cuando algunos terrones de azúcar. Llamábase Pedro de Vivar, era segundón de una gran casa, vivía del juego el tiempo que no estaba borracho, y hacíanle famoso en Madrid su cinismo y sus cuentos chocarreros, conociéndole todo el mundo por el nombre de Diógenes. Era de esas personas que han llegado á tener *cosas,* y una vez en posesión de esta ejecutoria, pueden ya cometer á mansalva toda clase de desmanes, sin otro temor que el de ver á las gentes encogerse de hombros, murmurando:

—¡Cosas de fulano!

Sabíalo él muy bien, y aprovechábase de ello para decir á todo el mundo las mayores desvergüenzas con el acierto que le inspiraba siempre su claro entendimiento y su mucha práctica de mundo. Era un sinapismo ambulante, que dejaba siempre al pasar algunas ampollas levantadas.

Acercósele, pues, el inocente Villamelón preocupado con su idea, y después de algunas palabras insignificantes, que dieron tiempo á Diógenes para vaciar por dos veces su copa, soltó al fin la pregunta misteriosa, mirando á todas partes con cuidado:

—Hombre, Diógenes... Tú que conoces á todo el mundo, ¿podrías decirme quién es la familia de Cucurbitáceas?...

Miróle Diógenes un momento de hito en hito, pensando sin duda que más presto se conoce la necedad ó el talento de un hombre por sus preguntas que por sus respuestas, y díjole al cabo:

—¡Ya lo creo!... Ven acá...

Y llevándole frente á un espejo, y cogiéndole con una

mano por el cogote, dióle con la otra una gran palmada en la cabeza, añadiendo muy serio:

—Aquí tienes á la madre...

Luego gritóle desaforadamente al oído:

No se envanezca de su ilustre raza,
Quien debió ser melón y es calabaza!!!...

Al otro día, los periódicos ministeriales de la mañana rompían al fin la estudiada reserva que se habían impuesto, y uno de ellos, *La España con honra,* publicaba un pequeño suelto, en que se veía la manaza de Martínez levantando la punta del velo que encubría el suceso, con esa táctica refinada de la malicia, que sin necesidad de nombrar designa, señalando con el dedo.

«Ayer, decía el periódico, ha sido objeto de grandes comentarios en todos los círculos, la visita de la policía al palacio de los Sres. Marqueses de Villamelón, previo auto del juez y orden del Gobernador, según prescriben las leyes vigentes. Por un lamentable descuido del jefe de orden público, fueron comprendidos entre los papeles políticos incautados en las habitaciones de la señora Marquesa, algunas cartas importantes de índole puramente doméstica. El Sr. Gobernador devolvió al punto caballerosamente estos papeles al Sr. Marqués de Villamelón, comprendiendo que en asuntos conyugales, sólo al marido toca hacer reclamaciones. Creemos, sin embargo, que el lance no tendrá consecuencias de ningún género, dada la prudencia proverbial de las personas interesadas».

Otro periódico ministerial, *El puente de Alcolea,* completaba estas noticias con el siguiente sueltecito, en que no asomaba ya la manaza, sino la pataza del Excmo. Martínez, descargando una coz digna de la formidable pezuña del legítimo buey Apis:

«Es completamente inexacto que el registro llevado á cabo por la policía en el palacio del Sr. Marqués de Villamelón, no produjese resultado alguno. El Sr. Gobernador no erró la pista: tan solo equivocó la pieza, y en vez de saltar una liebre, saltó un venado».

Y más adelante, añadía describiendo el concurso de personajes ilustres que habían acudido al palacio de Villamelón, en aquellos momentos críticos:

«Con gran asombro de todos, llegó también presuroso el Sr. Marqués de Butrón, trayendo blanca por completo su poblada barba, negra de ordinario como las alas del cuervo. No es creíble que el sentimiento y el sobresalto del Sr. Marqués fuesen tan grandes que le hicieran encanecer la barba de repente: creemos más bien que habría olvidado aquella mañana los secretos de alquimia de su tocador, sin duda por no tener presente la siguiente anécdota que le recomendamos:

«Cuentan de Carlos V, que visitando una vez cierto convento de Alemania, vió un monje que tenía la barba negra y el pelo blanco por completo. Preguntóle la causa de tan extraño fenómeno, y el monje le contestó:

—»Señor... He trabajado más con la cabeza que con los dientes.

»Presentóse algunos meses después al César un embajador polaco que tenía el cabello negro y la barba blanca. Recordó entonces Carlos la respuesta del fraile, y dijo á sus cortesanos:

—»He aquí un embajador, que ha trabajado más con los dientes que con la cabeza».

«Sea, pues, más cauto en lo sucesivo el ilustre diplomático, si no quiere que se haga sobre su persona, la reflexión que sobre el embajador polaco hacía Carlos V».

Villamelón y Currita leyeron cada uno por su parte

todas estas noticias, y guardáronse muy bien de comunicarse mútuamente sus impresiones, pareciéndole á ella más prudente hacerse la sueca, y á él más fácil hacerse el desentendido. El Marqués, por su parte, había ya desahogado su corazón en el perro amarillento de Kamschatka, y Currita se apresuró á desahogarlo también en la fina amistad de Juanito Velarde, que acudió muy alarmado á pedir categóricas explicaciones del hecho. La sola fecha de las cartas bastó para tranquilizarle por completo, y este fiel amigo tomó entonces á su cargo acortar las distancias y echar á la mar pelillos, repitiendo al oído de uno y otro cónyuge la frase del pato de la fábula:

Paz, caballeros, paz!

Firmáronse, pues, éstas sin grandes repugnancias, y aquella noche comieron los tres juntos en familia, para ir luego á casa del Marqués de Butrón, donde Currita quería presentar á su amigo y protegido Juanito Velarde.

Mientras tanto, las gacetillas de *La España con honra* y *El puente de Alcolea* corrían por todo Madrid, entre las rechiflas, burlas y sarcasmos de tirios y troyanos, capuletos y montescos. ¡Cosa singular! Los que con más ahinco clavaban el diente, y más satisfechos corrían de un lado á otro comentando la noticia, eran los ellos y las ellas que la tarde antes honraban á Currita en la Castellana como á una reina, y se aprestaban á honrarla del mismo modo aquella noche, en el baile del Marqués de Butrón; que no parece sino que en ciertas sociedades, quita la envidia con una mano lo que la adulación da con la otra, sin comprender que mientras más al desnudo deja la deformidad del ídolo que adora, más indecoroso y repugnante aparece el culto que le tributa.

Á las once, el calor y la afluencia de gente hacían ya in-

soportable la estancia é imposible el tránsito por los salones del Marqués de Butrón: hallábanse abiertas de par en par cuantas puertas y ventanas había en la casa, y más que concurso de gentes, parecía aquello un confuso revoltijo de joyas, plumas, flores, telas vistosísimas y mujeres medio desnudas, entre las que se destacaban las manchas oscuras de los hombres, revolviéndose entre ellas sofocados y sudorosos, como un enjambre de gusanos negros que hubiera fermentado aquella compacta masa de mundo, demonio y carne... En el gabinete más próximo al vestíbulo, el Marqués y la Marquesa de Butrón recibían á sus convidados, viendo desfilar con la misma amable sonrisa grandes nombres y grandes vergüenzas, inocencias completas y malicias refinadas, honras sin tacha y reputaciones escandalosas, barajadas y confundidas en aquella casa, sin disputa alguna noble y honrada, por la impúdica y funesta tolerancia de las grandes sociedades modernas.

Á las doce menos cuarto llegó la Condesa de Albornoz, imponiendo á todo el mundo su desvergüenza y su cinismo, haciendo fango en el mismo cieno, según la enérgica expresión de un historiador antiguo. Venía apoyada en el brazo de Juanito Velarde, y caminaba á retaguardia su marido: el Marqués y la Marquesa de Butrón salieron á su encuentro, y mientras Fernandito les presentaba al adorado amigo, decía Currita con su encantadora vocecita de niña tímida:

—¡Es un pícaro, Butrón, un pícaro!... No diré yo que sea un converso; pero es un catecúmeno que por primera vez se pone hoy nuestra enseña.

Y con su abanico de plumas, señalaba la fiel partidaria de los Borbones el lacito azul y blanco que, una vez desechada la Secretaría particular de D. Amadeo, aparecía también en el frac de Juanito Velarde. Butrón estrechó la mano

de éste murmurando algunas frases corteses, y metiendo Currita la cabeza entre ambos con el descoco más infantil del mundo, dijo muy bajito, saltando casi de alegría, con la pueril vanagloria de la niña que pescara en una fuente un pececillo encarnado:

—¡Conquista mía, Butrón, conquista mía!... Ya ve V. si me debe el partido...

Mientras tanto, la llegada de Currita había producido un murmullo general y unísono en que se hermanaba la obscena chocarrería que con guiño truhanesco cambiaron entre sí los lacayos del vestíbulo, con las pulcras y aceradas observaciones que se comunicaban al oído las damas más relamidas que llenaban los salones. Nadie, sin embargo, dejó de apretarse y estrujarse por estrechar la mano de la heroína del día, y alcanzar, aunque sólo fuera desde lejos, alguna de las sonrisas de sus labios, que á diestro y siniestro iba ella prodigando.

Bailóse entonces en honra suya una especie de rigodón de honor, en que tomaron parte las damas más ilustres y los caballeros más empingorotados que se hallaban presentes. Butrón bailó con Currita, la Marquesa con Fernandito, Juanito Velarde, como presentado de la heroína, con la Duquesa de Astorga, una de las mujeres más sensatas y honradas que figuraban en la corte.

Creció la marejada al compás de aquel rigodón, comenzando á sublevarse los pudores de todas las que se creían con derecho á tomar parte en aquella honorífica cuadrilla.

El calor arreciaba con la mayor afluencia de gente, y muchas señoras se habían refugiado en un salón bajo, que se prolongaba en un pequeño jardín, también atestado de gente, y vistosamente iluminado con farolillos á la veneciana. Varios lacayos con pelucas empolvadas y gran librea verde y amarilla, colores de la casa, cruzaban por todas

partes, ofreciendo á la concurrencia en grandes bandejas de plata *sorbetes á la Albornoz*. Eran los famosos helados de naranja, servidos en la mitad de la cáscara de la fruta, artísticamente vaciada al efecto. Currita, impulsada por el repostero de Butrón, llegaba á las columnas de Hércules de la celebridad femenina.

—¡Magnífico! — exclamó tomando uno la Duquesa de Bara. — El pensamiento es oportuno... Curra simbolizada por un sorbete... No se puede dar imagen más completa de su frescura. ¿No es verdad, Diógenes?...

Diógenes acudió arrastrando los pies, y se dejó caer en una silla.

—Estoy malo — dijo.

—¿Qué tienes, hombre?...

—¿Qué ha de tener? — dijo Carmen Tagle. — Lo que tienen las cepas: oidium...

Diógenes soltó una atrocidad, acompañada de la interjección favorita que solía emplear entre señoras, sustituyendo á otras más enérgicas. ¡Polaina!... Había merendado aquella tarde en San Antonio una ensalada de pepinos, y se le habían indigestado algún tanto. Riéronse mucho las damas, entonando el consabido estribillo: — ¡Qué cosas tiene! — y Carmen Tagle, para desagraviarle, le ofreció un sorbete diciendo:

—Vamos, hombre... Tómate *un Curra Albornoz,* y te curas... No es más indigesta la ensalada de pepinos que el suelto de *El puente de Alcolea,* y ahí la tienes á ella bailando tan fresca.

—¡Si es mucha Curra esa! — dijo lastimeramente una señora vieja avellanada, pringosa, que asomaba entre rasos y blondas, como en su papelillo calado un dulce de almíbar.

—Yo nunca creí que tuviera valor para presentarse aquí esta noche — observó otra.

—¡Bah!... Á eso y mucho más llega su desvergüenza.

—¿Su desvergüenza?—preguntó Diógenes.—¿Y por qué?...

—¿Por qué?... Capaz serás tú de defenderla.

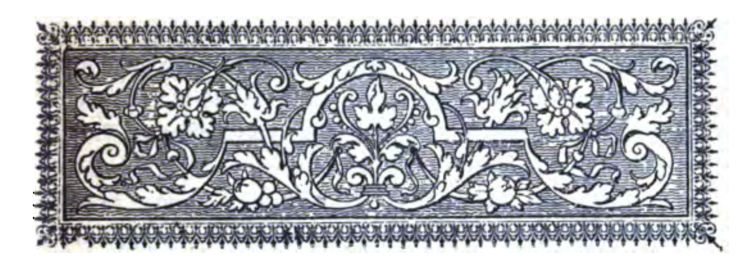
—¡Pues ya lo creo que la defiendo!... ¡Su desvergüenza!... ¡La desvergüenza de Vds. justifica la suya!... Si vosotras la tenéis para recibirla, ¿por qué no la ha de tener ella para presentarse?...

—¡Vaya!—exclamó escandalizada la Marquesa de Lebrija, presidenta general de tres asociaciones piadosas.—Yo quisiera que me dijera V. qué se hace entonces en Madrid con esa clase de personas...

Miróla Diógenes de hito en hito, y con la procaz desvergüenza de su lenguaje de taberna, con la inexorable lógica de su profundo buen sentido, contestó al cabo:

—¡Cerrarles á piedra y lodo la puerta, ó no quejarse, señora mía!... ¡Polaina!... Si levanta V. la tapa del común, ¿con qué cara viene á quejarse luego de que apeste?...





X

Se ha dicho que la hipocresía es un homenaje que el vicio rinde á la virtud, y es igualmente cierto que la falsa idea del honor es un acatamiento que los bribones hacen á los hombres de bien, esclavos del honor verdadero. Éste es un hijo humano de la moral divina del Evangelio, aquél una teoría convencional, dictada por la moral acomodaticia de los pícaros y los necios: aquél defiende, cual una coraza de brillante acero, la pureza del alma y la rectitud de la conciencia, y éste pretende defender, con la celada de Bayardo, al gran polichinela social, revestido de todas las miserias y todas las ridiculeces humanas.

De aquí que el honor, según éstos, nunca pueda perderse, y se ofenda con razón el embustero porque le digan que miente, y el ratero pida una satisfacción al que le acusa de robo, y el presidario, que arrastra una cadena, pueda llevar al campo del honor al juez que se la ha impuesto. De aquí también que la sangre que mancha la conciencia, lave el honor hasta dejarlo limpio, y sean llamados á resolver ca-

sos de honra hombres que jamás conocieron la vergüenza, Eacos, Minos y Radamantes, vacíos de mollera ó cargados de picardías, que sólo por deficiencias del Código, no llevan otra cadena que la que les sujeta el reloj en el chaleco. De aquí también que la Condesa de Albornoz tuviese asimismo su cachuco de honor, y se lo hubiera herido profundamente el suelto de *La España con honra*.

Hay personas que padecen una especie de estrabismo moral, que les hace ver lo flaco donde está lo gordo, y lo gordo donde sólo lo flaco existe. Villamelón no vió otra cosa que le llegara al alma en el registro de la policía, sino el que le hubiesen roto dos cristales de la mampara, y dió orden de que jamás se compusiesen, recordando que Wellington nunca reemplazó los de su casa, rotos por el pueblo de Londres, un día que éste se olvidó de Waterloo: todo lo demás echábalo él en el montón de las bagatelas enojosas, indignas de ocupar la atención de un hombre serio, de las *pequeñeces* de una sociedad corrompida y etiquetera, que rotulaba con la manoseada frase de *cuestiones bizantinas*.

Currita, por su parte, tampoco halló otro motivo de ofensa en lo que acerca de su persona publicaban los periódicos, que aquella coletita de *La España con honra:* «Creemos, sin embargo, que el lance no tendrá consecuencias, dada la prudencia proverbial de las personas interesadas».

Tenía Currita puesta la celada de Bayardo sobre su fama de mujer á la moda, y esto iba á pegarle en la cimera, á herir directamente su honor, significando, como significaba en sustancia, que era ella una Jimena sin ningún Cid que la defendiese; atroz insulto, ofensa imperdonable hecha á una dama, que sobrepujaba en celebridad á cuantos toreros, cantantes, saltimbanquis, pulgas industriosas

y monos sabios, habían hasta entonces alcanzado fama en la corte.

—¡Lo veremos!—dijo la fiera Albornoz; y nombró al punto paladín de su causa, á su buen amigo Juanito Velarde.

Larga entrevista celebraron ambos á solas hasta bien entrada la noche, y al despedirle Currita en la puerta del *boudoir,* díjole con sus suaves mimitos:

—Con que quedamos en que yo encargaré el almuerzo en Fornos... y habrá *écrevisses á la Bordelaise*...

Velarde hizo una mueca, que parecía una sonrisa, y siguió adelante: detúvose en la puerta del salón y volvió la cabeza. Hízole entonces ella otra cariñosa señal de despedida, y él salió al fin lentamente, preocupado, como si le arrancasen de allí á la fuerza.

La noche estaba hermosísima, y Velarde siguió á pie por las extraviadas calles que llevaban al palacio de Villamelón, tropezando á cada paso con los humildes vecinos de las bohardillas y sotabancos, que tomaban el fresco sentados en las aceras. Presto llegó á la Plaza de Oriente: dió dos vueltas en torno del jardín circular, y sentóse al cabo en un banco, frente al Palacio.

Por la puerta del Príncipe, salía un chorro de luz vivísima, que cortaba con un gran rectángulo las negras sombras del adoquinado: á su reflejo, distinguíanse los centinelas, arma al brazo, á la puerta de sus garitas: gente de medio pelo, soldados y criadas de servicio, por ser aquel día domingo, poblaban los jardines, ya sentados, ya paseando: algunos grupos de chiquillos trasnochadores corrían de acá para allá con gran algazara, riéndose porque se caían, riéndose porque se levantaban, riendo siempre con esa alegría de la infancia espontánea y comunicativa, que recuerda la alegría de los pájaros cuando se saludan al alba. Una rueda

de niñas giraba al lado mismo de Velarde, cantando acompasadamente:

Luna, lunera,
Cascabelera,
Dame dos cuartos
Para pajuela...

El, extraño á todo, con ambos codos apoyados en los muslos, dibujaba caprichosas figuras en la arena, con su elegante *róten* con puño de malaquita... Al amanecer del día siguiente, debía de batirse con el director de *La España con honra;* así se lo había exigido Currita, ávida siempre de ruido, confundiendo la voz de la celebridad con los gritos del escándalo, creyendo que aquel desafío había de colocar la única perla que faltaba á la corona merecida en su última escaramuza. En vano le hizo presente Velarde el ridículo inmenso que atraería aquel duelo sobre Villamelón, sobre ella, sobre él mismo: había ya Currita tirado su programa, y su espíritu inquieto, arrastrado siempre por mil objetos que le atraían sin satisfacerle, habíase fijado en aquel duelo, que ansiaba ver realizado, con esa fuerza expansiva del vapor comprimido, que caracteriza los deseos en las almas de temple enérgico.

—¿Acaso tenía ella la culpa de que Villamelón fuese un Juan Lanas?... ¿Iba á dejar ella que un periodistilla cualquiera se riese de su aislamiento? ¿Sería capaz de abandonarla en aquel trance, él, su único amigo, el hombre en que había puesto su amistad y su confianza?... Y, por otra parte, la suerte de ambos estaba ligada y érales necesario desde luego hablar gordo á aquella gentuza; á ella, para que entendiesen de una vez para siempre que sabía hacerse respetar; á él, porque era muy joven, comenzaba su carrera en el mundo, y ningún paso más acertado, ningún exordio más oportuno, que poner el pie en esta senda erizada de

peligros, descalabrando á un periodista; que no en balde se ha dicho:

> **En aquesta salvaje y fiera liza,**
> **Lleva más razón quien más atiza.**

Además, ella no pedía ninguna catástrofe, ningún duelo á muerte: contentábase con un poco de ruido, un duelo de mojiganga como tantos otros: cruzar un par de tiros, é irse después á almorzar en Fornos... Ella se encargaba del almuerzo, y haría poner desde luego *écrevisses á la Bordelaise,* que era, en sus días de broma, el plato favorito del buen Juanito Velarde. ¿Acaso podía darse atención más exquisita? ¿Por ventura, había en todo aquello algo de particular?...

—¡Nada, absolutamente nada!—pensaba el paladín trazando monigotes en la arena; pero ante la perspectiva del duelo, ante la idea de cruzar un par de tiros, parecíale oir ya el estampido de las armas de fuego, y á este eco siniestro surgía en su mente el fantasma del crimen primero, el de la muerte después, el del infierno por último, donde no hay reposo, ni paz, ni descanso, ni esperanza; sino eterno llanto, eterno crujir de dientes, eterna rabia! Velarde quiso reirse de esta idea que había oído llamar tantas veces espantajo de niños y de viejas; mas la risa volteriana no encajaba entonces en sus labios, y se reía, sí, se reía; pero sintiendo al mismo tiempo en la raíz del pelo, cierta especie de molesto escalofrío. Porque aquel hombre no era un malvado: era un pobre muchacho lleno de ilusiones, á quien la vida del gran mundo se le subía á la cabeza, como se sube un vino de mucho cuerpo en un estómago acostumbrado sólo al agua. Al llegar de su provincia, trayendo por todo patrimonio algo semejante á lo que el antiguo fuero de Vizcaya asigna á los segundones de casas nobles, un árbol,

una teja y una armadura, encontróse de repente en medio de aquel brillante mundo, cuyas puertas le franqueaba su ilustre nombre, y parecióle entonces, como á Galo en Roma, que detrás de aquella asamblea de dioses, nada había ya. Quiso entonces tomar en ella asiento por derecho propio, y la casualidad y su bonita figura le depararon á Currita, Angélica á la sazón vacante, á quien plugo darle en su casa el destino de Medoro. Dióle esto gran importancia á Velarde, y agarrado á las faldas de Currita y á los faldones de Villamelón, fuése introduciendo en todos los salones de la corte, mientras se preparaba á entrar con algún brillante destino, en aquel Palacio real que tenía delante, prefiriendo su vanidad y su haraganería la vida aparatosa del palaciego, á la vida activa del político. Así se lo prometía Currita á todas horas, y así se lo había prometido la noche antes el Marqués de Butrón, el astuto viejo que barría para dentro en los tiempos de desgracia, mientras no llegaba la hora de barrer para fuera, que sería seguramente la hora del triunfo.

Velarde dejó de mirar á la tierra, para mirar al Palacio que tenía delante, morada del monarca cuyo secretario particular había estado á punto de ser... ¡Qué fastidio, tener que esperar de nuevo tanto tiempo!... Porque preciso era que se fuese *aquel*, y que viniese después el *otro*, y mientras tanto, ¿quién sabe?... ¡Quizá algunos de aquellos tiritos que iban á cruzarse, vendría á hacer trizas el cántaro de la lechera que Currita y Butrón le ayudaban á fabricar!...

De repente vino á interrumpir sus reflexiones un vozarrón juvenil que resonaba á su lado, modulando entre sus discordantes notas, todas las delicadezas del cariño y la ternura.

—Pero ajonde V., madre...—decía—¡Si es que no coge usted náa!...

Velarde volvió la cabeza, y vió un aguaducho á su espal-

da: sentados á una mesilla de hierro, había un muchachote que parecía un obrero, y una vieja que era sin duda su madre. Un vaso de horchata helada de chufas estaba en medio, y ambos metían dentro la cuchara, tragándose él con delicia cuanto salía, mirándole ella con plácida sonrisa, y mo jando apenas su cuchara, como si le dejase á él saborear á sus anchas la golosina, y le bastase á ella saborear la dicha inmensa de ser aquel un obsequio del hijo de su alma.

Velarde comprendió al punto todo lo que aquello significaba, el valor inmenso de aquella dicha comprada por ocho cuartos, y una oleada de afectos y sentimientos dormidos se levantó entonces en su corazón, poniéndole de repente delante todo el pasado, con la amargura del bien por nuestra culpa perdido, con la poesía que reviste en la mente de la juventud todo recuerdo, con ese vago hormigueo de sombras queridas, que despierta en la imaginación toda época lejana... En medio estaba su madre, cuyo primogénito era, y en torno sus hermanos pequeñitos, llorando todos, como les había dejado él tres años antes al darles el último abrazo. Ella le había estrechado entonces contra su corazón con delirio, con fuerza increíble, como si quisiese incrustarle á él en el pecho todo lo que le amaba, ó quisiera incrustarse en el suyo propio aquella imagen tan querida: su frente ya arrugada descansaba en su hombro, y sus labios temblorosos le dijeron al oído:

—¡Juan, hijo mío!... ¡Que seas buen cristiano y reces á la Virgen de Regla!... ¡Que te acuerdes de tu padre, que murió como un santo!... ¡Te lo digo, hijo, te lo digo: lo sé, lo sé, que no puede morir bien quien no vive como cristiano!...

Y luego, más tarde, allá por la madrugada, cuando preocupado él con su viaje cerraba las maletas en su cuarto, oyó en el silencio de la noche moverse la llave en la cerra-

dura: salió al punto y encontró á su madre á medio vestir, descalza, que venía cautelosamente de puntillas á mirar por el ojo de la llave:

—¿Qué es eso, mamá?... ¿Tiene V. algo?

—No, hijo, nada: no tengo nada... ¿Es que quería verte otra vez, hijo del alma!... ¡Es que te vas mañana!...

Y volvió á decirle al oído, llorando, con la energía de la fe que ofrece un remedio seguro, con la angustia del amor que se agarra á una esperanza:

—¡Que reces á la Virgen de Regla, Juan!... ¡Que seas siempre buen cristiano, hijo del alma!

Velarde sintió vergüenza de sí mismo, y la ola misteriosa subió, subió del corazón á los ojos, hasta hacerle llorar con la cabeza entre las manos, llorar á lágrima viva, llorar también sollozando, con más debilidad que una mujer, con más pavor que un niño... ¡Su madre sí que le adoraba!... ¡No le aconsejaría ella cruzar un par de tiros, ofendiendo á Dios; ponerse delante de una bala con riesgo de perder la vida, con riesgo de perder el alma! ¡Y se habían pasado ya tres años sin verla!... ¡Y estaba tan lejos la santa viejecita! ¡Y acaba él, ingrato y perverso, de dejar pasar cerca de dos meses sin escribir una letra á la pobre anciana!...

¡Velarde sintió la necesidad de escribirle al punto, de vaciar en un papel aquel cariño, aquella angustia, aquellas lágrimas que le axfisiaban, y á grandes pasos tomó el camino de su casa, repasando lo que había de decirle, hilvanando una carta llena de cariño, de protestas, de esperanzas halagüeñas, de todo lo que á ella más le gustara!... ¡Celebraba ella tanto sus gracias! ¡Cuánto se había reído veinte años atrás, cuando explicándole un día el catecismo, se espantaba él de que fueran sólo tres los enemigos del alma! —¿Náa más?—decía muy asombrado, y la madre se reía, se reía... ¡Dios mío! ¡de qué manera tan distinta se reía él

veinte años después, en medio de sus lágrimas!... ¡Ay! ¡entonces tenía él seis años, y preciso fué que pasaran otros veinte para hacerle comprender que eran sólo tres en efecto, y que con ellos solos bastaba y sobraba!...

Á la mitad de la calle del Arenal, comenzó á seguirle un muchacho, empeñado en venderle un décimo de la lotería.

—¡Mañana se juega!—gritaba.

Velarde lo rechazó por dos veces, impaciente, dándole la última vez un palo; mas variando de pronto de opinión, volvió atrás y le compró, no sólo el décimo, sino el billete entero. ¡Si aquel billete saliese premiado, cuántas cosas había de hacer entonces!... Y pensando en ello y haciendo combinaciones, llegó Velarde al final de la calle del Príncipe, donde estaba situada su casa: pidió luz y se encerró en su cuarto. En un cajón de su escritorio estaba en un cuadrito la estampa de la Virgen de Regla que el día de su marcha le había regalado su madre: púsola en pie, delante de sí, apoyada en el tintero, y comenzó á escribir, á escribir, y se llevó dos horas escribiendo... Estaba contentísimo: sus negocios marchaban muy bien, y la Restauración era cosa segura. La Condesa de Albornoz...

—¡Oh, no, no, no!... ¡Imposible que figurara aquel nombre en aqulla carta!...

Borrólo, pues, con apretadas y menudas tachaduras, para que no pudiera entenderse, y puso en su lugar, el Marqués de Butrón... El Marqués de Butrón le había asegurado que no tardaría un año, y prometido para entonces un porvenir brillantísimo. Esta sería la ocasión de pensar en el de los niños: Enrique y Pedro podrían venirse con él á Madrid, y Luisito, el chiquitín, su niño querido, su ojito derecho, podría quedarse allí hasta que se graduara de bachiller... Pero de esto ya hablarían despacio, porque pensaba... ¡Ah! pensaba... ¿No lo había ella adivinado?... ¿El corazón no se

lo había dicho?... Pues pensaba ir á pasar con ellos todo el mes de Agosto, y quedarse allí hasta el 8 de Setiembre, para hacer con toda la familia la novena de la Virgen de Regla... Luego venían las preguntas sin fin, después los encargos sin cuento, y á lo último, el trueno gordo, lo que había de hacer estallar de gozo y de consuelo el corazón de su pobre viejecita... El día 3 de Julio, aniversario de la muerte de su padre, iría á confesar y comulgar, para solemnizar en lo posible aquella tristísima fecha.

Y conforme lo iba escribiendo, así lo iba pensando el desdichado, pidiéndole al mismo tiempo á la Virgen de Regla, que le sacara en bien de aquel par de tiritos, que á la mañana siguiente habían de cruzarse... Porque claro está que en aquello estaba ya su amor interesado, era negocio resuelto, pecado cometido de que le era ya imposible excusarse.

Echó entonces él mismo la carta en el correo, y á las dos se acostó sin desnudarse del todo, para descansar hasta el alba. El cansancio de la noche precedente, pasada en el baile del Marqués de Butrón, le rindió bien pronto, y durmióse al fin pensando en su madre, que le llevaba de la mano, como cuando era niño, al santuario de la Virgen de Regla, encaramado sobre un peñasco, dominando al mar que se confunde en el horizonte con el cielo, como si fuese imposible presentar dos imágines distintas del infinito, y vuelve después soberbio siempre y constante, á estrellarse contra las rocas de la costa, mugiendo como una desesperación eterna é impotente...

Á las cuatro despertó Velarde despavorido, porque su criado le sacudía bruscamente por un brazo: habían llegado dos señores en un coche, y se espantaban y no podían creer que estuviese durmiendo todavía. Vistióse apresuradamente, bajó azorado, aturdido, y entró con ellos en el

coche, y éste comenzó á rodar, sin que él se diese cuenta de lo que hablaba, ni de lo que le decían, ni del camino que tomaban, ni pudiera definir otra cosa en su mente, que un cartel de toros pegado en la esquina de la casa de Alcañices, y un guardia que al pasar ellos abría la verja del Retiro, con grandes patillas blancas, iguales á las de Diógenes. ¿Por qué tendría aquel hombre patillas y no bigote?... Esto le preocupó un momento, y volvió á acordarse de ello cuando una hora después se detenía el coche á la entrada de una inmensa alameda, formada por árboles frondosísimos, en que miles y miles de pájaros cantaban en todos los tonos las maravillas de Dios... Había allí un hombrecillo con patillas ralas y gafas de oro, tan pálido como él, tan azorado y tembloroso, con otros dos señores muy serios. Parecióle á Velarde que hablaban entre sí, y medían el terreno, y le daban á él una pistola, y otra al hombrecillo, y los ponían á los dos frente á frente. Sonó luego una palmada, después un tiro. Velarde dió un salto atroz y un alarido horrible, y árboles, montes, tierra y firmamento giraron bruscamente derrumbándose sobre él para aplastarle: cególe después una nube de sangre, luego otra negra, y después nada... nada más vió en la tierra...

Sólo vería en lo alto á Jesucristo, vivo y terrible, que se adelantaba á juzgarle, y detrás la eternidad, oscura, inmensa, implacable.





XI

La noticia de la muerte de Velarde llegó á Madrid al punto, y la Condesa de Mazacán fué la primera que se presentó en casa de la Albornoz, con la intención dañadísima de darle la triste nueva. Inmutóse Currita atrozmente, y por un momento pareció que el mundo entero se le venía encima.

—En Madrid ha hecho esto una impresión horrible—dijo la Mazacán apretando el torniquete;—todo el mundo habla de su pobre madre: era él su único amparo...

Currita comprendió el terrible reproche que esta intencionada observación encerraba, y sin tiempo para reflexionar, y convirtiendo en ira contra los demás el propio remordimiento, achaque común de todos los mezquinos, olvidóse de su suavidad y su mansedumbre, y se revolvió furiosa, como una gata arisca á que pisan el rabo; en la impetuosidad de su ira, cometió la imprudencia de disculparse.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?—gritó.—¿Acaso le he dicho yo que se bata? ¿Quién le mandó meterse en ca-

misa de once varas?... También el papel de D. Quijote tiene sus quiebras, hija mía...

—Y las suyas el de Dulcinea del Toboso, querida—replicó la Mazacán comenzando á sulfurarse.

—¡Ya lo creo que las tiene!... Sobre todo cuando se atraviesa lo que yo me sé...

—¿Y qué es ello?...

—La envidia, hija, la envidia.

—¿La envidia?... ¿De quién?

—Tuya, por ejemplo.

La Mazacán saltó á su vez hecha una hiena, porque el tiro fué á dar en el blanco.

—¿Mía?—gritó...—¿Yo... envidia... de... ti? ¿De la Villamelón?... ¿De la Vi...lla...me...lo...na?...

Y se reía con una carcajada en que iban envueltos todos los rencorcillos mujeriles de tiempos atrás almacenados, mientras acentuaba las sílabas de aquel Vi...lla...me...lo...na, que era por una extraña manía, el mayor insulto que podía hacérsele á Currita.

Entonces comenzó entre la espiritual Ofelia y la Diana cazadora, una contienda digna de tener á Pedro López por cronista. Peleáronse como dos rabaneras, lanzándose á la cara verdades y calumnias, puñados de fango amasado con agua de Colonia, con el desparpajo y el encono de dos Marfisas ó Bradamantes de cabo de barrio, dispuestas á agarrarse por el moño y rodar por la mullida alfombra, lo mismo que ruedan las otras por en medio del arroyo. La Mazacán había roto los guantes apretando los puños, y daba gritos con su hermosa voz de soprano. La otra, tiesa en su asiento, erguida la cabecita como la de una víbora que se defiende, escupía sus desvergüenzas sin moverse, sin mirar á ninguna parte, como una figurilla de ira petrificada.

En mitad de la contienda aludió Isabel Mazacán á las cartas del artillero, y este recuerdo trajo otro á la memoria de Currita, que pareció causarle grande sobresalto. Marchóse atropelladamente dejando á su rival con el insulto en la boca, y corrió en busca de Kate, su doncella. Juanito Velarde debía de tener una porción de cartas suyas, y era preciso recogerlas sin pérdida de tiempo, antes de que fuesen á parar á otras manos, y resultase algún compromiso como el de marras. Kate subió apresuradamente á un coche, y una hora después entregaba todas las cartas á su señora: entre ellas venía por equivocación el billete de la lotería, que la noche anterior compró Juanito Velarde al retirarse á su casa. ¡Extraña burla de la suerte! Aquel billete estaba premiado con 15.000 duros, que después de tirar muy despacio sus planes, se apresuró á cobrar la Condesa de Albornoz secretamente.

Madrid entero comenzó á desfilar otra vez por casa de Currita dándole el pésame por aquella desgracia, con uno de esos cinismos de que ofrece la corte frecuentes ejemplos... Ella estaba pasada de pena; había sentido en el alma la muerte de aquel pobre muchacho, tan simpático, tan cariñoso, apegado como un perro á Fernandito y á ella... El golpe había sido atroz, y se encontraba mala de resultas; porque ella no sabía nada, nada... ¡Claro está! Habíase guardado muy bien el pobrecillo de decirles una palabra á Fernandito y á ella, comprendiendo que por delicadeza le impedirían desde luego semejante disparate... Porque después de todo, había sido aquello una impertinencia de buenísima intención; una de esas pruebas de amistad que se prestan á interpretaciones á pesar de su heroísmo, y llegan hasta á ofender el decoro..., y por otra parte, traía aquello una cola larga, larga, que les era muy gravosa...

Aquí bajaba Currita la voz, y añadía en el mayor secreto

al oído de los charlatanes y charlatanas de profesión, que más fama de ello gozaban en la corte:

—Figúrese V. que esa pobre gente no tiene fortuna, y la madre queda en la miseria... Yo no la conozco; pero claro está, que es cuestión de delicadeza... Por eso Fernandito y yo hemos tenido que hacer un sacrificio, y ya están depositados en el Banco de España 15.000 duros para que esa infeliz cobre la renta...

Y así era en efecto: Currita había depositado en el Banco de España los 15.000 duros ganados á la lotería por Velarde, y escrito luego una carta á la madre de éste, dándole el pésame por la *heróica muerte* de su hijo, y lamentándose de aquel duelo á que su excesiva caballerosidad le había arrastrado. Añadíale después, con un rodeo no exento de habilidad ni de ficticia delicadeza, que siéndoles conocidas las circunstancias de su posición á su marido y á ella, querían ambos demostrar la amistad íntima que con el simpático Juanito les unía, ofreciéndole á ella una renta y un capital, que quedaban depositados en el Banco de España, y cuyos resguardos le enviaba adjuntos.

Y una vez terminada esta carta, Currita se encogió de hombros y se quedó tan fresca.

Mientras tanto, nadie se cuidaba de preparar á aquella pobre madre para el golpe atroz que la amagaba, y feliz ella con la carta de Juanito, disponíase con la exagerada previsión del cariño, que se complace en forjar necesidades que no existen, por el solo gusto de ponerles remedio, á preparar las habitaciones de aquel hijo querido, que no obstante su ingratitud y sus defectos, se le presentaba entonces como el modelo más acabado de amor de hijos. Nada hay tan dispuesto á perdonar como el corazón de una madre, ni nada tampoco como la ausencia, para borrar de la memoria los defectos de las personas queridas, y po-

ner sólo delante sus buenas prendas y los momentos de dicha debidos á su cariño.

Entró, pues, en aquellas habitaciones cerradas, tres años hacía, santuario de su amor de madre que ella sola visitaba, y comenzó á disponer lo que había de retirarse, lo que había de sustituirse y lo que se había de añadir, para que nada faltara al huésped, y encontrase allí satisfechas todas las nuevas necesidades que hubiese adquirido en la corte. Anunciáronle entonces la visita del párroco, y ella bajó algún tanto extrañada, porque era la hora intempestiva por todos conceptos. El buen señor había leído en los periódicos la terrible catástrofe, y corrió desalado á casa de la infeliz madre, para prepararla poco á poco, antes que algún indiscreto le diera la noticia de un golpe.

Con mil angustias y rodeos y sin saber él mismo lo que se decía, comenzó su triste tarea, viniendo á decirle al cabo que su hijo estaba enfermo en Madrid y muy grave.

La pobre mujer saltó de la silla, blanca cual un papel, extrañada y casi irritada, como si fuese aquello una broma horrible que vinieran á darle.

—¡Imposible!—gritó.—¡Si me escribió ayer!... ¡Si tengo yo aquí la carta!...

Y daba vueltas como loca por el cuarto buscándola, y la puso abierta ante los ojos del cura, temblando como una azogada, con los ojos desencajados, sintiendo horribles escalofríos que le comenzaban en la nuca y le seguían por toda la espalda.

—¿Lo ve V.? ¿Lo ve V.?...—decía...—Y viene por el mes de Agosto... hasta la Virgen de Regla... Y el día 3 se va á confesar... ¡No, no, imposible que se muera! ¡Hijo de mi alma!...

Acudieron los tres chicos y las dos criadas, demudados todos, presintiendo al oir los gritos de su madre después

de la entrada del cura, alguna espantosa catástrofe. Este tomó la carta, y comprendió por la fecha, que la había escrito el desdichado algunas horas antes de su muerte.

—Por desgracia mis noticias son posteriores—dijo.—Después de escrito esto, le atacó una apoplegía fulminante, y está muy grave... muy grave.

—¡Jesús del alma!... ¡Virgen de Regla!—exclamó la madre— y clavando su mano en el brazo del cura, é hincándole los ojos en la cara, le preguntó con los labios blancos:

—¿Y se ha confesado?...—¿Sabe V. si se ha confesado?... El cura no respondió, y ella volvió á repetir la pregunta sacudiéndole el brazo.

—¡Su alma, señor cura, su alma sobre todo!—exclamaba con angustia que hubiera roto un corazón de piedra.

Preciso fué decirle que nada se sabía de aquello, y ella dominó de repente su dolor, poniéndose á dar órdenes para marchar á Madrid aquel mismo día, en aquel mismo momento; órdenes secas, lacónicas, terminantes, crujidos de su dolor inmenso, que aguijoneaba la impaciencia... El correo pasaba á las cuatro, y se necesitaban dos horas de coche para llegar á la primera estación de la vía férrea. Enrique vendría con ella: Pedro, á un gesto de su madre, corrió al parador á encargar un coche; las criadas salieron á disponer las maletas; Luisito, el chiquitín, comenzó á llorar: su madre le besó en la frente.

—No llores—le dijo.

Ella no derramaba una lágrima: asustado el cura quería detenerla.

—Pero si no alcanzará V. el tren—le decía.

—Se pone uno especial.

—Eso cuesta muy caro.

—Tengo diez mil reales en casa... Y si no, se vende todo... Se pide de limosna.

—Pero, señora, espere V...

—¿Y su alma, señor cura, y su alma?—gritaba ella con los ojos muy abiertos.—¿Acaso esperará la muerte?... ¡Y estará allí solo... solo, el hijo de mi vida, sin su madre que le haga confesar, que le ayude á bien morir si Dios le llama, que le cierre los ojos y le acueste en la tierra!...

Volvió Perico demudado, temblándole las manitas, queriéndose sonreir y no pudiendo... La voz le faltaba: no había llegado al parador. ¿Á qué correr tras la desdicha, si salía al encuentro la esperanza?... en el camino habíale dicho Martín Romero, que él tenía noticias, que Juanito estaba mejor, casi bien del todo...

—¿Lo ve V.?... ¿Lo ve V.?—gritó la madre triunfante.

Y tuvo una explosión de alegría formidable, rompiendo á reir violentamente, y entrecortando su risa con profundos sollozos sin lágrimas.

El cura se apresuró á desmentir aquella falsa nueva, hija de una compasión estúpida, y preciso fué ya decirle de una vez que su hijo había muerto... Pero el cura se detuvo allí espantado y no tuvo valor para decirle cómo ni cuándo.

Ella recibió el golpe encogiéndose, retrocediendo, oscilando, dejándose caer en una silla, sin voz, sin pulso, sin alientos, sin lágrimas, meneando la cabeza y agitando los labios como una idiota, llevándose ambas manos al corazón, donde sentía algo que se le moría de pronto, cierta cosa helada y terrible como debe ser la muerte...

El cura lloraba como un niño, y procuraba consolarla: ella le escuchaba con los ojos fijos y enjutos, como se escucha un viento que brama, sin comprender lo que dicen sus mugidos que aterran, pero sabiendo bien que traen consigo el rayo y la tormenta. Sus hijos se arrojaron en sus brazos llorando; y al contacto de aquellas tres cabezas despertó

su corazón de madre, desgarrándole el pecho un sollozo inmenso, y encontrando al fin su dolor una salida, un alivio, un consuelo. ¡Lás lágrimas!...

Todo el mundo en el pueblo respetó aquella pena sin medida, y nadie tuvo valor para referirle los horribles detalles de la muerte de su hijo. Mas á los tres días llegó la carta de Currita, y allí los encontró todos juntos la mísera anciana.

Su instinto de madre le hizo adivinar cuanto allí había, y sin proferir una queja, ni desplegar los labios lívidos por el dolor y la ira, hizo pedazos los resguardos del Banco, los metió en un sobre con la carta que los acompañaba, y lo devolvió todo á la Condesa sin añadir una sola letra.

Quedóse ésta estupefacta al recibir aquella extraña respuesta, y se encogió de hombros murmurando:

—Será alguna vieja rara... ¡Vaya V. á ver: una cosa hecha con tanta delicadeza!...

Y quedóse luego muy pensativa, porque no sabía qué hacerse con aquellos 15.000 duros, que había pretendido regalar á su legítima dueña. Sus escrúpulos de Zapirón se resistían á embolsárselos del todo, y el recto tribunal de su conciencia le aconsejó entonces emplearlos en alguna obra benéfica. Ocurriósele dar un gran baile, una fiesta ruidosísima y brillante, á beneficio de los niños de la Inclusa; pero la estación estaba ya muy adelantada, todo el mundo había creído axfisiarse pocas noches antes en el baile de Butrón, y ella debía también emprender al fin de la semana su viaje á Bélgica. Entonces tuvo una idea felicísima, hacer con aquel dinero un espléndido donativo al Papa Pío IX, cuando fuera á visitarlo en Roma, á principios de otoño. Entusiasmóla por completo este pensamiento que acallaba sus escrúpulos y satisfacía su vanidad, imaginándose ver ya en todos los periódicos de Europa, pomposos elogios tri-

butados á la piadosa munificencia de la Excma. Señora Condesa de Albornoz.

Aquella noche llegó María Valdivieso muy animada, cerca ya de las nueve... Era preciso, indispensable y urgentísimo, que Currita se viniese con ella al Circo del Príncipe Alfonso... *Debutaba* Miss Jesup, una *diva* monísima, hija de un general yankee. Había venido recomendada á Pepa Alcocer y á otras varias de la grandeza; Paco Vélez se lo había dicho.

—El lunes pasado, justamente el día que murió Velarde, cantó en casa de Alcocer el rondó final de *Cerenéntola*... ¡Chica! en mi vida he oído cosa igual: va á tener un *succès* asombroso... Con que vístete y vámonos, que no quiero perder el aria final del primer acto... ¡Chica! ¡Que gran verdad aquella!... Yo me la apropio.

Y se puso á cantar con malísima voz y detestable oído, el

Sempre libera deggio
Transvolar di gioja in gioja,

de la *Traviata,* ópera á la sazón muy en boga, y escogida por Miss Jesup para presentarse por primera vez en la escena madrileña.

—¡Ay no, no!—dijo Currita muy displicente.—No tengo ganas de ópera.

—Pero mujer... ¿Te vas á enterrar en vida?... Tres días hace que no sales.

—Y además, ya tú ves, el luto...

—Pero si llevas ya cinco días... ¿Á cuándo aguardas para dejarlo?... No me lo hubiera yo puesto diez minutos por Juanito Velarde, porque por más que tú digas, era muy soso, hija, muy sosito.

—Entonces me pondré esta noche medio luto... Justa-

mente tengo un vestido sin estrenar, blanco y negro; es bonito, pero no creo que pueda servir para otra cosa.

—Pues aprovecha la ocasión, tonta... Pero anda lista, que es muy tarde.

Y ella misma se levantó para tirar de la campanilla y dar á Kate las órdenes necesarias.

Currita se vistió en breve tiempo, y mientras tanto dábale conversación la Valdivieso, ponderándole la voz y la hermosura de Miss Jesup, y lo bien que había estado Stagno la noche anterior en *Un ballo in Maschera,* sobre todo en el aria final, cuando lo asesinaban. Paco Vélez se lo había dicho.

—Oye, y á propósito de muertos... ¿Te contestó ya la madre de Velarde?...

—Justamente hoy he tenido carta... Por cierto que debe ser una vieja rara...

Kate se permitió interrumpir á las dos primas, preguntando si la señora Condesa llevaría guantes blancos ó negros.

—¿Qué te parece, María?

—Los blancos irán bien...

—Me parece que caerán mejor los negros.

—Traiga V. un par de cada color y lo veremos.

—Pues sí; debe de ser una vieja rara... Figúrate que se niega á recibir la pensión.

—¡Jesús, mujer, qué rareza!

—Lo que oyes... Me escribe una carta muy agradecida, muy altisonante, con su poquito de deberes morales y de Providencia divina, y concluye diciendo que nada necesita, y que todo le sobra.

—Pues mejor para tí... Eso más te encuentras.

—Sí, pero ya tú ves; yo tenía hecho ya por el pobre Juanito ese sacrificio, y no porque la doctora de su madre

se niegue, me voy á volver atrás... Por eso he pensado, cuando vaya á Roma por Octubre, hacer el donativo de esos 15.000 duros al Padre Santo, para que le conceda indulgencias...

María Valdivieso se quedó muy edificada, y las dos primas salieron, cogiendo Currita distraída con la conversación, un guante blanco y otro negro. Echó de ver su error al ir á ponérselos, ya cerca del teatro, y quiso volver á su casa para cambiarlos. Mas la Valdivieso, riendo como una loca, le dijo:

—Pero mujer, no seas tonta; póntelos... Lo tomarán por una originalidad, y mañana tienes ya la moda en planta.

—¡Pues es verdad!—exclamó encantada Currita.

Y así sucedió en efecto: á todos pareció muy *chic* aquel nuevo capricho, y á la noche siguiente se veían por todas partes en el teatro trajes de dos colores diversos, con guantes de dos colores distintos.

El *debut* de Miss Jesup alcanzó una ovación ruidosísima, y sólo hubo que lamentar un chistoso ridículo. Al final del último acto, cuando la heroína acababa de espirar en la escena, y Alfredo, su padre y el doctor entonaban el último terceto, una racha de viento colado pilló descuidada á la *diva* y le arrancó después de difunta un estrepitoso estornudo.

Al día siguiente no se hablaba de otra cosa en Madrid que de la ovación de la Jesup, de su importuno estornudo y de los guantes de Currita; nadie se acordaba ya del nombramiento de Camarera, ni de la muerte de Velarde, ni del registro de la policía.

Currita respiró ya tranquila viendo cortada por completo, gracias á sus manejos, la larga cola que había profetizado Butrón á su nombramiento de Camarera; su consecuencia política quedaba fuera de toda duda, produciendo entre otros resultados tres *pequeñeces* diversas.

Una madre desolada.

Un alma en el infierno.

Y la moda de los guantes distintos.

Mientras tanto Villamelón preparaba con grande afán las fotografías de donde habían de sacarse los grabados para la *Revista ilustrada;* todo lo demás habíalo echado en el cajón de las *cuestiones bizantinas*.

FIN DEL LIBRO PRIMERO

LIBRO SEGUNDO



I

EL tren expreso de Marsella á París traía cuatro horas de retraso, por haberse roto un puente la noche antes entre Gallician y Saint-Gilles. Los viajeros llegaron á las cuatro y media á la gran capital, apeándose en la *gare de Lyon,* hambrientos y mal humorados. Un hombre de unos treinta años saltó el primero de un *sleeping-car,* y atravesando el andén antes que la multitud lo invadiese, llegó al *carrefour,* con ese aire seguro y exento de toda perplejidad que anuncia siempre al viajero práctico en añagazas de aduanas, estaciones y caminos de hierro.

Hizo allí una seña al primero de los muchos coches de alquiler que en ordenada fila esperaban, y el cochero acudió presuroso, midiendo antes con la vista de pies á cabeza la traza del viajero. Traía éste por todo equipaje una de esas *fundas* inglesas, arrolladas en correas, que encierran tanto en tan poco trecho, y bastan para guardar todo lo necesario á cualquier *touriste* inglés que se dispone á dar la vuelta al mundo.

El cochero pareció quedar satisfecho de su examen; entre las ricas pieles que forraban el abrigo del viajero, había

descubierto su vista perspicaz, lo que basta para constituir un gran personaje á los ojos del vulgo parisiense: asomaba una cintita amarilla y blanca por el ojal de su americana. *!Il était decoré!...*

Al poner el pie en el estribo, limitóse á decir el viajero en francés muy bien acentuado:

—*Grand-Hôtel... Boulevard des Capucines...*

El coche arrancó dando tumbos como cualquier simón de nuestra España, y el viajero no pareció experimentar esa sorpresa mezclada de admiración, curiosidad y entusiasmo, que embarga á todo el que llega á París una, dos, tres y hasta cuatro ó cinco veces.

Arrellenóse en los almohadones de raído paño azul del coche, y sin conceder siquiera una mirada al primer aliento de París, que comenzaba ya á ensordecer y atronar sus oídos, arrancando de la gran plaza irregular de la Bastilla, en que desembocan cuatro *boulevards* y diez calles, púsose á pasar revista con gran cuidado á los papeles contenidos en una bolsa de viaje, cuya correa le cruzaba el pecho de derecha á izquierda.

Ninguno de ellos faltaba: en la bolsa de la derecha, había varias cartas abiertas, algunos papeles sueltos y un pequeño atadito de billetes de Banco: en la de la izquierda, un gran cartapacio sellado con una corona real, sobre lacre rojo. En el sobre decía:

Á SU ALTEZA REAL EL DUQUE DE AOSTA,

REY DE ESPAÑA

El viajero dió varias vueltas al cartapacio con cierta curiosidad contenida, y aun llegó á mirar al trasluz, con el intento de distinguir algo de lo interiormente escrito, á través del sobre. La satinada superficie del rico papel de

hilo, no dejaba, sin embargo, traslucir su secreto, y el viajero tuvo que contentarse con leer una y otra vez aquellas letras gordas y corridas del sobrescrito, trazadas por una mano más acostumbrada á firmar y anotar que á escribir extenso, y tan orgullosamente italiana sin duda, que anteponía el triste ducado de Aosta á la corona real de España.

El coche había cruzado mientras tanto el *Boulevard Beaumarchais* y el de *Filles du Calvaire,* y llegado al del *Temple,* sin que el viajero hubiese dirigido una sola mirada á las magnificencias que va presentando París á los ojos del que llega, á medida que se avanza hacia el *Boulevard des Italiens* y el de *Capucines,* centro vertiginoso de la gran Babilonia, y lupanar dorado y perfumado donde acuden á revolcarse, á costa de su oro, el vicio y la locura de los cuatro ángulos de la tierra. Allí la calle se convierte en plaza, la acera en calle, la multitud en torrente que se precipita con cierto relativo silencio por entre dos paredes de cristal, formadas por los escaparates inmensos de las tiendas atestados de cuanto puede dar de sí la industria humana para transformar lo supérfluo en necesario, lo elegante en fastuoso, lo precioso en maravilla, la vida en fiebre de vanidades locas y concupiscencias monstruosas.

El viajero, abismado en sus reflexiones en medio de aquella multitud inmensa, cuyo rasgo característico es el de ofrecer siempre el aspecto del ocioso que corre en pos del placer, y no del que marcha en busca del trabajo, había acabado por sacar una carterita de piel de Rusia y puéstose á ajustar en ella enmarañadas cuentas. Al frente de una hoja escribió *esperanzas,* y al frente de la otra *realidades,* y así debajo de aquello que sin duda esperaba, como debajo de aquello otro que al parecer poseía, comenzó á amontonar guarismos que formaban números y éstos á su vez sumas, restas, multiplicaciones y divisiones, que se

confundían en caos aritmético, y vinieron á producir al cabo en la columna de las esperanzas, bajo una raya horizontal, esta cifra preñada de misterios: *Doscientos mil duros y una cartera*. En la hoja de las realidades, el resultado no necesitaba interpretación alguna: decía simplemente: *Cero*.

Y como si todavía hubiese podido deslizarse en aquella absoluta creencia de realidades, algún error ilusorio, el viajero, rascándose á veces un momento con el extremo del lápiz la ancha y hermosa frente, prosiguió trazando guarismos y haciendo cálculos, hasta tirar otra raya horizontal, derecha, negra é inflexible como un destino adverso, por debajo de la cual apareció esta vez algo menos que cero, una cantidad negativa, una deuda formidable, que era sin duda alguna, la única realidad con que aquel hombre contaba en el mundo.

¡¡—150.000 duros al 15 por 100!!...

El viajero quedóse un momento mirando aquella cifra angustiosa, y apretando el lápiz entre sus blancos dientes, hasta romperle la punta, apartó al fin los ojos como asustado, para fijarlos en el golpe de vista más admirable que puede ofrecer la inmensa Babilonia de París.

El coche atravesaba entonces la plaza de la Concordia, regada con la sangre de María Antonieta y Luís XVI; al frente se extendía la calle Real, cerrada en el fondo por la soberbia fachada de la Magdalena, descansando sobre sus cincuenta y dos gigantescas columnas corintias; á la espalda, el palacio Borbón, asomando por detrás del puente de la Concordia, rodeado de jardines y de estatuas; á la izquierda, la avenida de los Campos Eliseos, cerrada á enorme distancia por el arco de la Estrella; á la derecha, del

lado de acá del río y entre los frondosos jardines imperiales, lo que quedaba entonces de las Tullerías: algunos muros calcinados por el incendio, un tremendo desengaño histórico, una imagen de la majestad real, abofeteada, escupida y asesinada á garrotazos por Rochefort y Luisa Michel; y en medio de la plaza, levantándose entre las dos fuentes monumentales, como un gigante de otras edades, el decano de París, el obelisco Lupsor, el amigo de los Faraones, el testigo de las épocas fabulosas, que cuenta por meses las centurias, y se ríe, acordándose de sus momias egipcias, de aquel hormiguero humano que á sus pies se agita, haciéndole repetir lo que puso años antes un poeta en su lengua de granito:

¡Oh! dans cent ans, quels laids squelettes
Fera ce peuple impie et fou,
Qui se couche sans bandelettes
Dans des cercueils qui ferme un clou!...

El viajero paseaba por todo la vista sin fijarse en nada, con esa indiferencia con que se mira lo que hasta la saciedad nos es conocido. Tan solo al salir de la calle Real, asomó curiosamente la cabeza, y sus ojos buscaron á lo lejos la famosa terraza del *Petit-Club,* más familiarmente *Baby,* que domina toda la plaza de la Concordia, y es punto de reunión y observatorio predilecto de la *haute gomme* parisiense.

El día estaba magnífico, y bajo un pabellón de dril listado de blanco y rojo, veíanse algunos socios del Club fumando y conversando: en la balaustrada de piedra que da á la plaza, dos ó tres jóvenes echados de bruces, veían desfilar los carruajes que por la calle de Boissy d'Anglas se dirigían al Bosque. El viajero experimentó al ver el pabellón del Círculo cierto impulso de alegría, y por un movimiento espontáneo, que tenía mucho de pueril, quitóse

el sombrero como para saludarle á tan enorme distancia, con tanto respeto y entusiasmo, como si á su sombra hubiera de encontrar lo *menos 150.000 duros al 15 por 100,* que daban por suma total los varios sumandos de sus realidades.

Sin duda sabía muy bien, que en el *Petit-Club,* en el inocente *Baby,* se juega gordo.

Al descubrirse el viajero quedó por completo á la vista su fisonomía, presentando un extraño prodigio... Hubiérase dicho que Lord Byron en persona, abandonando su tumba de Nottingham, atravesaba la plaza de la Magdalena en un coche de alquiler, saludando al pabellón del *Baby,* cual si fuera la bandera de Inglaterra.

Tenía aquel hombre la misma hermosura varonil del gran poeta, la misma bella cabeza airosamente puesta sobre un cuello nervudo, dispuesto siempre á enderezarse con la altanera inflexión del desdén. Formaba su rostro el mismo óvalo perfecto, con la barba un poco saliente, los ojos pardos hermosísimos, el cabello castaño, encrespado en artísticos remolinos naturales sobre una frente ancha y nobilísima, que parecía hecha expresamente para ceñir los laureles de una corona. Crispaba sus labios en ambas extremidades, aquel pliegue oblícuo, huella de la amargura, del desprecio, del escepticismo, del vicio cansado siempre y no satisfecho nunca, que aparece tan al vivo en los buenos retratos de Byron, como si por allí se deslizaran todavía aquellas abrumadoras palabras de su *último lamento:*

¡Por todas partes, implacable y frío,
Fué detrás de mis pasos el hastío!...

Dos cosas faltaban sin embargo al viajero, para hacerle en todo semejante al poeta gran señor: su pie izquierdo no cojeaba, ni brillaba tampoco en su frente el rayo de genio

que inspiró el *Childe-Harold*. Si por un prodigio del cielo era Byron aquel hombre, había vuelto sin duda al mundo dejándose en Nottingham su genio y su cojera, y trayéndose tan sólo la hermosura de sus veinticinco años y los vicios de toda su vida. Aquel Byron no hubiese ido á la Grecia para libertarla, sino para explotarla; en sus ojos no brillaba el ansia de lo ideal, sino el reflejo de la sensualidad ansiosa de encontrar dinero.

Todo en él era, sin embargo, elegante y aristocrático, y desde las correas de piel de Rusia con hebillas y asa de plata, que sujetaban su exiguo equipaje, hasta la cartera de la misma piel en que había ajustado sus cuentas de realidades y esperanzas, revelaban ese señoril lujo de nimios detalles, propio de las personas nacidas y acostumbradas á vivir siempre en medio de la opulencia.

Una sola nota discordante resultaba en su traje; un detalle cursi, cursísimo, que sólo pudiera concebirse en algún peluquero afamado ó en algún cantante italiano de segundo orden: la cintita amarilla y blanca que asomaba por el ojal de su americana de viaje. Mas esto probaba, por el contrario, un profundo conocimiento de aquel terreno que pisaba, en que cualquier cintajo honorífico asegura el respeto y las consideraciones debidas á un personaje. Era una precaución prudentísima, una especie de broquel con que se resguardaba el viajero de mil impertinencias para todos molestas y para él tal vez peligrosas.

El coche se detuvo al fin en el *Boulevard des Capucines*, ante el vasto pórtico del *Grand-Hôtel:* el nuevo Lord Byron pagó con esplendidez al cochero y subió ligeramente las gradas, topándose en la misma puerta con un viejo alto, con grandes patillazas blancas, que se dirigía á la calle arrastrando los pies.

Volvióse el viajero rápidamente al verle como para evi-

tar su encuentro, y entróse en el *bureau de rèception* para entregar su tarjeta. Mas el viejo, aligerando el tardo paso y alcanzando al fin al fugitivo, le gritó en castellano:

—¡Jacobo! ¡Polaina! ¿Me huyes?... Señal de que traes dinero.

—¡Diógenes!... ¿Tú aquí?—exclamó Jacobo volviéndose muy sorprendido y alborozado y estrechándole ambas manos con gran cariño.

Mas Diógenes, sacudiendo la gran cabeza y dándole palmadas en la espalda, dijo sentenciosamente:

—El hombre que nace pobre,
Con el frío es comparado:
Todos le huyen el cuerpo
No les suelte un resfríado.

—¡Falso, falsísimo!—gritó Jacobo riendo.—Ni tú has nacido pobre, ni...

—No lo soy de nacimiento, pero lo soy por enfermedad.

—Pues júntate conmigo: el constipado que tú me sueltes, rechazará al que yo te suelte á ti... Ya sabes, querido: *Similia, similibus curantur.*

—¿Y qué has hecho entonces en Constantinopla, embajadorcillo?... Yo creí que te traerías hasta las barbas del Sultán.

Jacobo levantó á la altura de las narices de Diógenes su exiguo equipaje, diciendo como Simónides:

—¡*Omnes divitiae sunt mecum!*

—¡Honrado plenipotenciario!—exclamó Diógenes.—Quien no te conozca que te compre: ya habrás dejado el botín en la estación, farsante... ¿De dónde vienes ahora?

—De Génova... ¿Y tú qué haces aquí?...

—Pasar la pena negra, chico... Anoche me desplumó una sota: cinco mil francos se llevó de un golpe.

—¿Pero es posible?... ¿Todavía te dura la afición?... Yo creí que te habías cortado la coleta.

—Hasta que me entierren, chico, hasta que me entierren... Ya te darás una vuelta por el *Petit-Club;* se juega gordo... Anoche ese guacamayo de Ponoski hizo un copo de dos mil luises.

—¿Está aquí Ponoski?... Con gusto le vería, pero me voy mañana.

—¿Mañana?... Y á dónde demonios vas?...

—Á Madrid.

—¿Á Madrid?... ¡Polaina!... ¿Á que te peguen un balazo?...

—¡Chico, chico!... Se reparte por allí eso?...

—¿Pues de dónde sales tú, embajadorcillo?... ¿No has visto los partes?... Hoy por la mañana se ha largado Amadeo á Lisboa, diciendo:—Ahí queda eso—y á estas horas Figuerillas y el lorito de D. Emilio estarán barriendo las calles de Madrid á cañonazos, para instalar decentemente la República... Te desbancaron, chico, te desbancaron...

Quedóse Jacobo estupefacto al oir tales noticias, y cogiendo á Diógenes por un brazo, exclamó muy inmutado, como si aquella inesperada catástrofe política tuviera para él grande importancia.

—¿Pero qué estás diciendo?... ¡Eso es imposible!

—¡Polaina!... Ven acá y te lo dirá quien lo sabe... Ayer presentó el italiano su renuncia á las Cortes, y una hora después estaba aceptada... Hoy ha salido para Lisboa á las seis, y á estas horas estará ardiendo Madrid por todos cuatro costados... Más de veinte telegramas hay ya en el *Grand-Hôtel* pidiendo cuartos.

Y mientras esto decía Diógenes muy acalorado, subía con Jacobo las gradas que llevan del patio á la terraza del *Grand-Hôtel.*

Cualquiera hubiérase creído allí en un salón aristocrático de la corte de España: oíase hablar por todas partes en castellano, con esa vehemencia y esos gritos propios de los españoles cuando se exaltan, y en grupos y corrillos acá y allá diseminados, veíanse damas y gomosos de la aristocracia madrileña, hombres políticos del partido de Isabel II, y algunos de esos personajes innominados que suelen verse á todas horas y en todas partes, sin que nadie pueda decir de ellos sino que son un tal Sánchez ó un tal Pérez.

Todos discutían las noticias de España, haciendo pronósticos según las fuerzas de su imaginación y la vehemencia de sus deseos, y mientras unos creían ver ya al príncipe Alfonso en el trono abandonado por Aosta, otros se figuraban la República arraigando al amparo de las masas populares, y no pocos veían á las partidas carlistas á las puertas de Madrid apoderándose del palacio vacío y de la corona vacante.

El miedo y la distancia ennegrecían todos los colores, y unos y otros convenían en que Madrid debía de estar á aquellas horas convertido en un charco inmenso de sangre: esperábase, pues, con grande ansiedad la llegada del correo, y con más impaciencia todavía la vuelta del tío Frasquito, que había ido al Pasaje Jouffroy en busca de noticias, y la del general Pastor y Cánovas del Castillo, que habían sido llamados con grande urgencia al palacio Basilewsky por la Reina destronada.

Á la derecha de la última puerta del salón de lectura que se abre en la terraza, hallábanse algunas señoras sentadas en bancos de hierro: entre ellas estaban Currita Albornoz y la Duquesa de Bara. Más lejos, de pie, en medio de un grupo de hombres, peroraba Leopoldina Pastor con gran vehemencia, optando por empuñar las armas, y exponiendo su plan estratégico...

La cosa era sencillísima: bastaba con que la colonia madrileña residente en París se presentase en la Embajada española, cogiera por un brazo al embajador y lo plantase en la calle, proclamando allí mismo por Rey de España al príncipe Alfonso. ¡Ya contestarían al punto del otro lado de los Pirineos!... Que chillaba el embajador; pues se zambullía al embajador en el Sena, que ya tenía el tal D. Salustiano vientre bastante para sobrenadar lo mismo que una boya... Que Thiers se enfadaba; pues se cogía á Thiers por su copetito de pelos y se le enviaba á cuidar de su casa, dejando en paz la del vecino, y ¡chitón, chitito!...

Reíanse los caballeros oyendo á Leopoldina, y ella les tiraba de los botones del chaleco, llamándoles indecentes. ¡Ah, si tuviera ella pantalones!... Y casi, casi estaba por ponérselos como Miss Walker, la médica del Serrallo de Túnez, que paseaba en aquellos días los *boulevards* con calzones zuavos y chambergo.

La llegada de Jacobo produjo mala impresión en todo el concurso: ligábanle con la mayor parte de los presentes lazos de amistad y parentesco, así por parte de su familia como por la de su mujer, que llevaba un título ilustre entre la grandeza. Mas separado de ésta diez años antes, había hecho en París y en Italia lujosísima vida de soltero, hasta que perseguido por sus acreedores vino á refugiarse de nuevo en España el año 68, tomando parte activísima en la Revolución y recorriendo al lado de Prim las provincias andaluzas arengando á las muchedumbres, montado como Lafayette en un caballo blanco. Formó parte de las Cortes Constituyentes del 69, y de repente, cuando el asesinato de Prim, desapareció otra vez de Madrid, apareciendo á poco en Constantinopla de Ministro plenipotenciario.

Extrañó, pues, á todos, verle aparecer en tan críticos momentos, abandonando su alto puesto, y recibiéronle con

el despreciativo recelo que infunde siempre el enemigo derrotado, que se pasa después de la batalla al campo victorioso.

Jacobo, sin embargo, aparentando no echar de ver la frialdad con que le recibían, cercioróse por sí mismo de la verdad de las noticias de Diógenes, sin dejar traslucir tampoco la inquietud que al pronto le habían éstas causado. Él lo ignoraba todo, ó aparentaba ignorarlo; había salido dos meses antes de Constantinopla para Turín, marchado luego á Florencia y Génova, y hecho después un viaje delicioso á lo largo de la Corniche italiana, deteniéndose en Bordighera, en Niza y últimamente en Mónaco cerca de una semana.

Currita miraba atentamente desde su asiento al apuesto viajero, retrato de Lord Byron, su héroe favorito, tipo adorable de hombre según ella, cuyo magnífico busto desnudo, esculpido en mármol blanco, tenía en su *boudoir*, siempre á la vista. Al pronto no le había conocido, porque difícil era reconocer en aquel arrogante mozo, al débil jovencillo Jacobo Téllez-Ponce, casado doce años antes con la Marquesa de Sabadell, prima lejana de Currita: desde entonces no había vuelto á verle ésta, y jamás le hubiera reconocido, si, corriendo á ella Leopoldina Pastor, no le dijera:

—¿Has visto á Jacobo Téllez?... Decían que se había casado en Constantinopla con una turca monísima... ¿Qué traerá aquí ese indecente?

La Duquesa de Bara contestó una indecorosa paparrucha, mirándole con desprecio: las señoras se echaron á reir, y Currita exclamó muy admirada:

—¿Pero es ese Jacobo?... ¡Dios mío! Si me estaba pareciendo desde aquí Byron en persona, mi poeta querido... ¡Qué semejanza tan exacta!...

Y sin esperar más explicaciones, levantóse vivamente para ir á su encuentro: la Duquesa de Bara la detuvo bruscamente por el vestido, y ella, procurando desasirse, decía:

—Pero, mujer, si es mi primo... La abuela de su mujer y la mía, primas segundas... ¿Cómo voy yo á desairar á un pariente?...

Este, atraído sin duda por el amor de la familia, acercábase en aquel momento al grupo de las señoras; saludólas besando la mano á la Duquesa y á Currita, que eran sus más allegadas, y ésta, con mil cariñosas monerías, hízole sitio á su lado, en el banco de hierro.

La conversación giró un momento sobre el viaje de Jacobo, hasta que vino á interrumpirla la entrada del tío Frasquito, que volvía del pasaje Jouffroy cargado de noticias. Todos corrieron á su encuentro, y Jacobo el primero; mas antes, deteniéndole Currita por el brazo, con familiaridad de prima cuarta de su esposa legítima, le dijo:

—¿Nos veremos, Jacobo?... Quiero presentarte á Fernandito... Vivimos en el segundo piso, núm. 120.

La Duquesa se inclinó al oído de Leopoldina, diciendo:

—¿Oyes?... Quiere presentarlo á Fernandito...

Leopoldina hizo una mueca, y replicó:

—Pues entonces... ¿verde y con asa?...

—¡Alcarraza!—concluyó la Duquesa.

Y las dos se echaron á reir con inocente regocijo.





II

Engomado, teñido, peinado y reluciente á fuerza de cosméticos, y bailando sobre las puntas de los pies, por no permitirle andar de otra manera el calzado estrechísimo, que le torturaba, sin disimularlos del todo, dos morrocotudos juanetes, entró con grande prisa en la terraza el tío Frasquito, tío universal de toda la grandeza de España, y de aquellos sus adyacentes de nobles de segundo orden, ricachos de todos cuños, notabilidades políticas y literarias, capigorrones de oficio, aventureros atrevidos y personajes anónimos, que forman el *todo Madrid* de la corte, el abigarrado *dessus du panier* del gran mundo madrileño.

Llamábale todo este mundo el *tío Frasquito,* porque el buen tono así lo había decretado, y él aceptaba complacido el parentesco de todos aquellos cuya sangre azul empalmaba realmente, siglo antes ó siglo después, con la suya preclarísima; á los demás, sin rechazar tampoco lo apócrifo del parentesco, colocábalos con cierta protectora condescendencia, en la categoría de *sobrinos espurios.*

En medio, pues, de esta familia universal se destacaba el tío Frasquito hacía medio siglo, viendo desfilar generaciones y generaciones, legítimas ó espurias, de sobrinos y sobrinas que nacían y crecían, se casaban y multiplicaban, se morían y se podrían, sin que abroquelado él tras el corsé apretadísimo que sujetaba las insolentes rebeldías de su abdomen, hubiese pasado jamás de los treinta y tres años; los suyos, semejantes á las semanas de Daniel, eran años de años, aunque más complacientes que aquéllas, se alargaban ó encogían, según demandaban las circunstancias. Treinta y tres contaba cuando en el año 40 asistió á la boda de la Reina de Inglaterra, acompañando al enviado extraordinario de la corte de España, y los mismos tenía cuando en 1853 presenció la de su *sobrina* Eugenia de Guzmán, con el emperador Napoleón III; casamiento desigual, *messa allianza* humillante que reprobó en absoluto el tío Frasquito, por no satisfacerle del todo la prosapia de Bonaparte, y aunque nunca llegó á relegar al nuevo sobrino á la categoría de los espurios, tampoco consintió en designarle de otro modo, que con el nombre de: *Mi sobrino el Conde consorte de Teba* (1).

Susurraba la leyenda que el tío Frasquito llevaba en su cuerpo treinta y dos cosas postizas, entre las cuales se contaba una nalga de corcho. Es lo cierto, que en el momento en que lo presentamos á nuestros lectores, volviendo del pasaje Jouffroy, para confirmar á sus compatriotas la abdicación del Duque de Aosta, la obesidad había trocado su talle de palmera en puchero de Alcorcón, y el arte, la industria y hasta la mecánica, trabajaban de consuno y á porfía, en la restauración diaria de aquel Narciso trasnocha-

---

(1) Sabido es que la emperatriz Eugenia, antes de casarse, llevaba por su ilustre familia el título de Condesa de Teba.

do, en riesgo siempre de convertirse en acelga, como en flor se convirtió el antiguo Narciso de la Mitología griega.

El tío Frasquito era soltero, rico, vivía ordenadamente, no tenía vicios conocidos, ni tampoco deudas; era afable, cortés, servicial, complaciente, tenía modales de doncella pudorosa, y cadencias en la voz de damisela presumida. Coleccionaba sellos diplomáticos, bordaba en tapicería, tocaba desastrosamente la flauta y pronunciaba las *erres* de esa manera gutural y arrastrada, propia de los parisienses, que imitan en España algunos afrancesados elegantes, y es defecto natural en otros muchos, para quienes se inventó aquello de: *El perro de San Roque no tiene rabo, porque Ramón Ramírez se lo ha robado.*

Diógenes le llamaba de ordinario *Francesca di Rimini,* á veces *señá Frasquita,* y perseguíale y acosábale por estrados y salones, y hasta entre las faldas de las damas, donde el afeminado prócer acostumbraba á refugiarse, con intempestivos abrazos que le arrugaban y tiznaban la inmaculada pechera, besos extemporáneos que obligaban á la pulcra víctima á lavarse y frotarse con *cold cream,* pisotones disimulados que le deslustraban el calzado y le reventaban los juanetes, ó bestiales apretones de manos que le descoyuntaban los dedos, poniendo en riesgo de esparcirse por todas partes los treinta y dos componentes que asignaba á su cuerpo la leyenda.

Aquellos dos viejos de caracteres y costumbres tan diversas, eran, sin embargo, dos tipos rezagados de la misma sociedad, dos ejemplares fósiles de aquellos próceres del pasado siglo, manolos viciosos y cínicos unos, petimetres insustanciales y afeminados otros, que prepararon en España la ruina y el descrédito de la grandeza.

Entró, pues, el tío Frasquito en la terraza con ademanes de doncella atribulada, y todos se agolparon en torno suyo,

acosándolo á preguntas... ¡Todo, todo quedaba por nuevos partes confirmado, y el *sauve qui peut* era en Madrid general!!!...

Corroborábase la noticia de que D. Amadeo había huído á Lisboa con su familia, y el telégrafo trasmitía los nombres de los individuos que formaban el primer ministerio de la recién nacida República.

—¡De la Rrrepública española!—exclamó el tío Frasquito quitándose el sombrero, con burlesca solemnidad.

Y entre risas despreciativas y observaciones irónicas, comenzó á leer en su elegante carterita, donde estaban apuntados los nombres de los nuevos ministros... (1). ¡Pero qué nombres, Virgen Santísima! ¡Si aquello era cosa de morirse de risa!... Figueras, Castelar, Pí y Margall, los dos Salmerones, Nicolás y Paquito... Córdoba.

—¡Córrrdoba, señorrres, Córrrdoba!... ¡Ferrnandito Córrrdoba rrepublicano!... ¡Quién lo creyerra, cuando íbamos juntos á casa de la Benavente, cuando Ferrnando VII lo envió á Portugal con su hermano Luis, detrás del infante D. Carrlos y la princesa de Beyrra!... Porr supuesto que yo era entonces un niño, una verdadera criaturrra...

El tío Frasquito no cayó en la cuenta de que, según aquellos datos, debió de haber asistido seis años antes de su nacimiento á los saraos de la Duquesa de Benavente, y prosiguió enumerando á los ministros restantes, ¡Echegaray, Beranger y Becerra!... ¡Santo Dios!... Si esto era para

(1) Suponemos que el lector comprenderá que los juicios sobre personas determinadas que aparecen en boca de los personajes de esta novela, no son juicios propios del autor, sino reflejo de los que formaban en aquella época la parte de la sociedad qué dichos personajes representan. El autor, que tan sin escrúpulos de ningún género ataca de frente al vicio y á la insolencia, se reserva siempre su juicio sobre individuos determinados, y se halla muy distante de pretender herir personalidad ninguna, por despreciable que le parezca.

España la coz del asno, y aquellos enanillos de gorro frigio, encadenando al león de Castilla, recordaban aquella grandiosa imagen:

Ce grand peuple espagnol, aux membres enervés,
Expire dans cet antre ou son sort le termine,
Triste comme un lion rongé pour la vermine!

¡Y qué chistosamente cursis resultaban siempre aquellos demócratas!... ¿Pues no se les había ocurrido lo primero, ir á darle una serenata al interesantísimo D. Emilio, tocando la Marsellesa?...

¡Ah! ça ira, ça ira, ça ira...
Celui qui s'eleve on l'abaissera.
Celui qui s'abaisse on l'elévera
¡Ah! ¡ça ira, ça ira, ça ira!!...

—¡Qué delicia!—exclamó Currita.—¿Y no les echó él un discursito?...

—¡Ya lo creo!... Desde el balcón, como cantaba la Nilson en Viena; y luego obsequió á la concurrrencia con carrramelos y cigarrritos...

—¡Qué monada!... De seguro que este invierno tendrá recepciones.

—¡Sí! para los ciudadanos *sans culottes*.

—¡Polaina!—exclamó Diógenes.—En cuanto cuelgue un jamón en la puerta, tiene allí á Madrid entero, y tú, Curra, irás la primera.

Azoróse el tío Frasquito al oir la voz de Diógenes, y temiendo alguno de sus amagos de intempestivo cariño, fuése escurriendo con disimulo, soltando casi á media voz su última noticia. Anunciaba también el telégrafo que D. Carlos había entrado en España por Zugarramurdi, y que aprovechando sus parciales aquella confusión, aprestábanse á hacer un supremo esfuerzo para apoderarse de la corte.

Disgustó esto mucho á toda la concurrencia, por parecerle más temible el carlismo que la República, y en aquel momento llegó á confortar los ánimos un viejo alto, de aspecto marcial, y largos y retorcidos bigotes blancos: era el general Pastor, hermano de Leopoldina, que volvía del palacio Basilewsky de conferenciar con la Reina.

Entró, pues, el general radiante y satisfecho cual si viese ya en lontananza la cartera de la Guerra, y contestando con sonrisas y palabras huecas á las mil preguntas que de todas partes le dirigían, apresuróse á dar cuenta á la Condesa de Albornoz y á la Duquesa de Bara, de una embajada de S. M. la Reina... Esta las designaba para acompañarla al día siguiente á la capilla expiatoria del *Boulevard Haussman*, donde debía celebrarse la Misa de aniversario, algún tanto retrasada aquel año, del infortunado Luis XVI: el espectáculo prometía ser curioso, porque los príncipes de Orleans, reconciliados con el Conde de Chambord, asistirían por primera vez en público, á aquellas simbólicas honras.

Abrió entonces el saco de noticias el general Pastor, y dando á entender, con cierta vanidad política, que callaba mucho más de lo que decía, confirmó todo lo dicho por el tío Frasquito, añadiendo que la proclamación de la República era un paso gigantesco dado hacia la Restauración; que los desórdenes más terribles no tardarían en estallar en España, y alarmadas las potencias europeas con los escarmientos de la *Commune* en Francia, se apresurarían á intervenir en favor del príncipe Alfonso. Notas secretas de algunos embajadores extranjeros habían llegado ya al palacio Basilewsky, y Thiers mismo, temeroso de que el zurriago de las monarquías coligadas le deparase á él algún latigazo, negábase á reconocer la nueva República.

Tan solo Mr. Hamlin, embajador de los Estados-Unidos en España, habíase apresurado á reconocer el nuevo orden

de cosas en nombre de su Gobierno, presentándose en el Palacio de la Presidencia con todo el ceremonial de costumbre en tiempos de la monarquía, y asegurando en su discurso, con la truhanesca formalidad de Jonatham en persona, que: «Los Estados-Unidos de América, no podían menos de contemplar con emoción y simpatía, convertido en República, el imperio de Fernando é Isabel».

—¡Pues vaya con el indecente!—exclamó Leopoldina Pastor hecha una furia.—Para esos yankees farsantes, igual da Figueras que Fernando el Católico, y lo mismo representa una corona que un gorro de algodón. *¡Cotton is King!*... ¡Monísimo!... ¡Y pensar que hace tres semanas bailábamos todas en su casa! ¡Vamos! si después de todo resulta que cuando se trata de divertirse, perdemos todas la vergüenza...

—*¡Tu dixisti!*—gritó Diógenes con grande ahínco.

—Y lo repito—prosiguió Leopoldina.—Pero yo le aseguro á ese indecente, que ha de oir de mis labios cuatro palabritas bien dichas... ¡Oh, si yo lo tenía previsto! En el último baile que dió llevaba medias azules de algodón...

—Como que su suegro tiene en Bostón una fábrica.

—¡Qué delicia!—exclamó Currita.—Pues cuando den la *Jarretière* al yerno, ya puede el suegro regalarle la media.

—De seguro que las habrá él anunciado en la Presidencia al terminar su discurso, como aquel *preacher* yankee, que terminaba su sermón: «Ya os he demostrado, mis buenos hermanos, que solo por la virtud se gana el cielo. Sólo me resta, para terminar, recomendaros la magnífica sombrerería de Mr. Francis Morton, 24, Catherine Street. Allí todos los artículos son distinguidos y baratos.—*Net cash.*—Que viene á ser: *No se fía*».

El timbre eléctrico que anuncia *aux hommes d'èquipes* la llegada de nuevos viajeros, comenzó á repicar en aquel

instante, y á poco llegó Gorito Sardona, muy conmovido, anunciando que la señora de López Moreno se apeaba en aquel momento en el *Grand-Hôtel*, que venía de Madrid, y que á poco más la asesinan en el camino.

—¡Trae una oreja colgando!—añadió tirándose de una suya.

Horrorizóse la concurrencia, y todos salieron á su encuentro, deseosos de ver á la banquera desorejada. La Duquesa, sin embargo, temiendo sin duda que trasladase ésta á sus orejas, las famosas hipotecas que sobre sus tierras tenía, quiso escurrirse por la sala de lectura, con tan mala suerte, que fué á toparse en el patio mismo con la López Moreno, su hija Lucy, dos doncellas, un criado, diecisiete baules y número ilimitado de cajas y sombrereras. La banquera llegaba pálida y abatida, y traía, en efecto, ensangrentado el lóbulo de la oreja izquierda.

Al verse cogida la Duquesa, salió al encuentro de la López Moreno, exclamando muy cariñosa:

—¡Pero, Ramona!... ¿Cómo no me ha avisado V.?

—¿Avisar?—exclamó con espanto la López Moreno.—¡Gracias que llego con vida!... ¡Qué viaje, Duquesa, qué viaje!... En el camino, á poco más me asesinan... ¡Nací ayer!... ¡Un milagro, un milagro!...

—¡Qué horror!—exclamó la Duquesa.

Y mirando en torno suyo, con la esperanza de que el prodigio divino no hubiera alcanzado también al Sr. López Moreno, añadió:

—¡Pero dónde está su marido de V.?... ¿No viene?...

La tierna esposa hizo otro gesto de espanto, y contestó sin enternecerse demasiado:

—En Matapuerca está... ¡si es que vive!...

—¿En Matapuerca?—exclamó Diógenes.—¡No puede ser!... Será en Matapuerco...

—No, no; en Matapuerca—replicó la López Moreno sin comprender la pulla del viejo.

Y rodeada de todos los españoles, que atraídos por la curiosidad iban poco á poco acudiendo, la voluminosa señora comenzó el relato de sus infortunios... De aquella hecha se llevaba la trampa á la España entera: la gente se escapaba de Madrid á bandadas, y no parecía sino que la trompeta del juicio final había sonado en la corte.

—¡Me alegro!—exclamó Diógenes.—Á esa trompetita estoy yo aguardando... ¡Qué cosas han de saberse cuando diga el ángel: ¡Cada peso duro con su dueño, y cada hijo con su padre!...

La Duquesa le hizo callar de un abanicazo, y la López Moreno, llena de satisfacción al verse objeto del interés de todos, continuó el relato de su susto, un susto atroz, una barbaridad de susto... El tren traía cuarenta y dos coches atestados de gente, que iba á Biarritz, á San Juan de Luz, á Bayona, á cualquiera parte, con tal de pasar la frontera. En Vitoria añadieron otra máquina, y entraron cuatro compañías del Regimiento de Luchana. ¡Malo!... Por la noche todo fué bien; pero al llegar á Alsásua, ¡Virgen Santísima!... ¡¡Los carlistas!! Y de pronto ¡¡prurrrruumm!! ¡Una descarga atroz!...

—Pero de repente, hija, de repente; sin avisar siquiera, sin decir agua va: nada, nada, nada. ¡Prurrrruumm! caiga el que caiga... La tropa ¡claro está! contesta ¡prurrrruumm! otra descarga... Yo muerta, Lucy, muerta, debajo del asiento, sin resollar siquiera, y ¡prurrrruumm! arriba ¡prurrrruumm! abajo, hora y media de tiritos... De pronto se abre la ventanilla, entra una mano, me arranca una oreja, y se va...

—¡Qué atrocidad!—exclamaron todos;—y Gorito Sardona con su guasona formalidad, añadió:

—¿Pensarían hacer una chuleta?...

—No, señor—replicó la víctima algún tanto ofendida.—Lo que pensaron fué llevarse un brillante de quinientos duros que traía en ella, y se lo llevaron en efecto... Decían luego que fué un pillete de la estación; pero á mí no me quita nadie de la cabeza, que fué el cura Santa Cruz... Como que esto era en mitad del túnel, á oscuras, y en la pared de en frente, vi yo la sombra del sombrero de teja...

—¡Qué barbaridad!

—¿Pero V. vió á los carlistas?...

—¿Que si los vi?... Al salir del túnel, en un altito, había un montón de ellos, y en medio uno con entorchados, que era D. Carlos... Lucy decía que no, pero yo creo que sí. Uno chiquitillo, bizco, con barba rubia, picado de viruelas, que nos hizo con el puño así...

Y la señora de López Moreno enarbolaba el suyo robustísimo, con gesto horrible de amenaza.

—Pero si D. Carlos es muy alto, moreno, con barba negra... Yo le conocí en Vevey...

—Pues vendría disfrazado; no es tan difícil teñirse la barba de rubio.

—Pero es imposible teniendo dos metros de largo, encogerse hasta tener la mitad.

—Podrá ser que me equivoque, pero lo dudo—replicó la López Moreno, que no renunciaba fácilmente á la honra de haber sido amenazada por un puño real.

El general Pastor oíalo todo complacidísimo, viendo en aquella catástrofe los primeros truenos de la terrible tempestad que comenzaba á desencadenarse en España. De aquel cáos había de salir la Restauración, y la política del partido dirigía, por lo tanto, todos sus esfuerzos á excitar y mantener el desorden. Una palabra imprudente del general reveló á los más avisados que estaba bien al tanto de

aquellos manejos: preguntó á la señora de López Moreno si, al salir ella de Madrid, no se decía nada en la corte de levantamientos socialistas en Andalucía.

—¿Y me lo dice V. á mí?—exclamó la banquera con enérgica ira.—¿Pues no saben Vds. lo de Matapuerca?...

—¡Ay, por Dios, señora!—la interrumpió Currita con toda su aristocrática impertinencia.—¿No podría ser Mata... cualquiera otra cosa?...

—Pero si se llama Matapuerca... Es una dehesa magnífica en la *provincia* de Extremadura, de más de tres mil aranzadas, con veintisiete caseríos... En fin, un pequeño reino... Era de los frailes Agustinos, y mi marido la compró cuando lo de Mendizábal...

Currita hizo un gesto de resignación pacientísima, y preguntó:

—¿Y qué ha sucedido en el pequeño reino de Mata... esos animalitos?...

—Pues nada, ¡una friolera!... Que en cuanto proclamaron la República, invadió la dehesa una horda de aquellos bandidos, asesinaron al aperador y á tres guardas, y se repartieron las tierras... López Moreno salió para allá corriendo, y estoy inquietísima... No sé lo que va á hacer...

—¿Pues qué ha de hacer?—exclamó Diógenes.—¡Polaina! Lo que hicieron los frailes Agustinos, cuando su marido de V. y Mendizábal les quitaron la dehesa... ¡Tener paciencia!... Á cada puerco le llega su San Martín, doña Ramona; figúrese V. si no le llegará también en Matapuerca... Amigo, ¡los socialistas, los socialistas!... Esos han aprendido lógica; ahí tiene V. los nuevos desamortizadores...

La López Moreno iba á contestar muy picada, pero el general Pastor, frotándose las manos de júbilo, la contuvo diciendo:

—Nos trae V. excelentes noticias, señora... La cosa

marcha viento en popa: mejor de lo que yo esperaba.

—¡Pues me hace gracia!—exclamó la banquera estupefacta.—No diría V. lo mismo si le hubiesen robado una dehesa, y arrancado una oreja con un brillante de quinientos duros...

—Nada, doña Ramona, hay que resignarse por algún tiempo á ser reina destronada de Matapuerca... La Restauración la restablecerá á V. muy pronto en su trono... ¿Y sabe V. lo que estoy pensando?—añadió el general como asaltado de una idea repentina.—Que la Reina tendrá mucho gusto en oir de V. misma esas noticias. ¿Tendría V. inconveniente en venir á palacio?...

La banquera pensó ahogarse de satisfacción, y la Duquesa, que se apresuraba á pagarle con honras y relumbrones, lo que no le pagaba en dinero, exclamó vivamente:

—¡Magnífica idea! Yo misma la llevaré... Mañana pido á la Señora la audiencia...

—¡Pues ya lo creo que la Reina tendrá mucho gusto en oirla!—observó pausadamente Currita...—Doña Ramona narra muy bien, y usa unas armonías imitativas de muchísimo efecto... Cada vez que dice ¡prurrrruumm! parece materialmente que se huele á pólvora... ¡Qué delicia!... oirle contar la *degringolade* de Matapuerca!...

La señora de López Moreno no se enteraba de nada de esto, ocupada en dar gracias, enternecida, al general y á la Duquesa... El sueño dorado de toda su vida, ser recibida en palacio, iba á realizarse, y no le parecía cara tamaña honra, al precio de una oreja desgarrada y una dehesa perdida.

El general, por su parte, seguía la política de Butrón, barrer para dentro, y calculaba ya las copiosas sangrías que, en nombre de los conspiradores, podría hacer su espada victoriosa en las repletas arcas de los consortes López Moreno.

Durante toda esta escena, Currita no había perdido de vista un momento á Jacobo, que escuchaba atentamente sin darse prisa por subir á su cuarto á lavarse y descansar. Al disolverse la reunión, porque la hora de comer se aproximaba, echóle de menos Currita en la terraza: asomóse vivamente á la sala de lectura, salió al patio, y no le encontró por ninguna parte.

Por la escalera de en frente subía en aquel momento el tío Frasquito, dando el brazo á su sobrina espuria, la reina destronada de Matapuerca, que se detenía en cada peldaño para ponderarle lo terrible de su susto, lo soberbio de su dehesa, el dolor de su oreja, lo pavoroso de aquellas descargas atronadoras...

¡Prurrrruumm!...





III



La oportunidad es en todas las cosas precursora del éxito, y el llegar á tiempo ha levantado no pocas veces el pedestal de muchas celebridades, y ceñido los laureles á infinitos héroes. Cada carácter requiere, pues, circunstancias especiales que le favorezcan, época adecuada que le sirva de marco, *momento histórico* oportuno que le permita desarrollarse en toda su pujanza. Un Hércules en los tiempos prehistóricos, un Cid en los tiempos caballerescos, serían un Quijote en los tiempos de la partida doble y el tanto por ciento. Un Espartero y un Mendizábal, por el contrario, hubieran sido en aquellas épocas remotas, prestamista judío el uno, cuadrillero de la Santa Hermandad el otro.

Jacobo Téllez creía haber tenido la desgracia de errar al nacer, en las circunstancias de lugar y también en las de tiempo. Entre el oleaje sangriento de la gran Revolución francesa, juzgaba él que hubiera sido, por su talento, un Mirabeau; por su valor, un Laffayette; mas entre los cenagosos remolinos de la Revolución española del 68, tan sólo

fué, á juicio de los que le conocieron, como político, un pobre demonio; como caudillo, un gran mentecato.

Aquellas dos grandes figuras de aristócratas renegados como él, le sedujeron por completo; mas el peluquín del uno y la casaca del otro le venían grandes, y al querer amalgamar en sí mismo aquellas dos personalidades, rompiendo los lazos morales como el primero, y seduciendo á las multitudes como el segundo, resultó tan sólo un bribón infatuado. Así y todo, hizo papel, porque hay Arístides grandes y Arístides chiquititos; Cincinatos de dos en libra, de tres al cuarto, y de á ochavo la *jartáa,* que es como venden en Andalucía los higos chumbos.

Este, pues, higo chumbo revolucionario, no llegó desde la aristocrática piña en que había nacido, hasta la plebeya tuna en que vino á florecer, ni por peripecias dramáticas, ni por trágicas evoluciones: llegó naturalmente, con suavidad, como tras de la hinchazón viene el pus, y tras el pus la gangrena. Llegó resbalando sin violencia por la voluptuosa pendiente que lleva del placer al vicio, del vicio á la aberración, de la aberración al tedio, al desencanto, al espantoso vacío del corazón que produce vértigos en la cabeza, y despeña al hombre en todas las locuras y en todas las infamias, en busca de placeres nuevos que despierten su sensualismo embotado, de impresiones desconocidas que sacien la voracidad de sus concupiscencias estragadas.

Nada hay más peligroso para el hombre que pasar en breve tiempo por todas las ilusiones de una larga vida, y Jacobo, con ese afán de gozar que caracteriza la sociedad presente, que teme dejar para mañana el placer de que puede disfrutar hoy, que precipita las edades y pasa de la infancia á la vejez decrépita, suprimiendo la juventud, si es que por juventud se entiende esa edad venturosa en que brotan del corazón nobles impulsos, y bullen en la mente

generosas ideas, que constituyen más tarde, después de solidificadas, los grandes caracteres; Jacobo, decíamos, había recorrido aquella larga jornada en menos de treinta años!...

Á los quince, libre ya de ayos y maestros, era el *sietemesino* más galán que aspiraba á afeitarse, y dirigía cotillones en los grandes salones de la corte; á los veinte era un afortunado Tenorio de mala ley, que hacía gala en el Veloz-Club de sus aventuras escandalosas; á los veinticinco era un perdido aristocrático, elegante, modelo, que no retrocedía ante una estocada de mentirijillas, ni ante un *steplechasse*, ni ante un copo de veinte mil duros, y derrochaba los millones de su mujer con la misma facilidad con que la varilla encantada de un mágico hace fluir del centro de la tierra tesoros escondidos y guardados por gnomos y salamandras.

Á los treinta, había visto como Salomón *cuncta quae fiunt sub sole*, pero no comprendía como él que todo fuese vanidad y aflicción de espíritu, sino que lloraba como Alejandro porque no había otro mundo de goces que disfrutar; y seco su corazón, embotada su inteligencia por el prematuro desarrollo de las pasiones, arruinada su casa por locas prodigalidades, era un fruto podrido que no había madurado nunca, un hombre en la flor de la vida á quien faltaba el objeto de la vida, un ruinoso despojo del placer y la impiedad, que no interrogaba como Hamlet lo eterno, sino que se arrastraba por todos los rincones de lo terreno, buscando un charco de placeres desconocidos en que zambullirse, y revolcarse y gozar!...

Entonces, por curiosidad, por diversión, por aburrimiento, por encontrar, en las tenebrosidades del misterio, algo desconocido que se resolviese en placer y en dinero, se hizo hombre político. Garibaldi le inició en las logias de Milán, y Prim le introdujo en Inglaterra en el complot que grandes traidores urdían contra el trono de España...

La Revolución triunfó, y á las agitadas emociones del conspirador, sucedieron en Jacobo las halagüeñas embriagueces del triunfo, las cínicas rapacidades de Pretor romano, las ruidosas apoteosis de arcos de cartón y farolillos de papel, á que le llevaban en hombros masas estúpidas arrastradas por su verbosidad, multitudes frívolas que por tener algo de mujer, prendábanse de su gallardía y gentileza, y se prometían llevarle á defender la soberanía popular en los escaños del Congreso, á él, aristócrata orgulloso, tan sólo de nombre renegado, que se reía de ellos llamándoles paletos, babiecas y burgueses mentecatos, y corría, al separarse de estrechar sus manos, á lavarse, y enjabonarse y perfumarse, para echar lejos de sí aquel insoportable *hedor de la canalla!...*

Á poco abríase en su vida un paréntesis negro, tenebroso, ante el cual la maledicencia misma se detuvo aterrada, temerosa de resbalar en un charco de sangre...

Un día, el 27 de Diciembre, un trabucazo tendió en la calle del Turco á la audacia más temeraria que dió impulso á la Revolución. El general Prim había sido asesinado, y su amigo íntimo, su porta-estandarte, el Marqués de Sabadell, indicado ya para la cartera de Fomento, desaparecía súbitamente de la corte, á la misma hora en que corría la falsa nueva de que las heridas del general no eran de muerte, y se habían escapado de sus labios terribles revelaciones.

Prim murió, sin embargo, el día 30, llevándose á la tumba la clave del misterio, y tres meses después publicaba la *Gaceta* un real decreto nombrando al Marqués de Sabadell Ministro plenipotenciario de la corte de España en Constantinopla. «Me he convencido, escribía al Presidente del Consejo el nuevo embajador, que mis disposiciones naturales son para la vida de Oriente, y pongo todas mis ilusiones en el Cairo, Bagdad, Ispahan ó Constantinopla».

El resultado de estas ilusiones no tardó en presentarse.

Una mañana, la Cadina Sarahí no se asomó á su dorada celosía, para mirar las azuladas montañas del Asia, y la puerta de su kiosko permaneció cerrada. Susurrábase en el palacio, que la noche antes había resonado allí un lamento, y vístose dos sombras que se perdían en el laberinto de corredores oscuros, llevando una cosa negra...

El centinela de la torre del mar de Mármara, había escuchado sobre el agua un golpe siniestro.

Á la mañana, al otro lado del Bósforo, apareció en la orilla opuesta el cadáver de un eunuco estrangulado. Desde la Embajada española, allá en lo alto de Pera, veíase flotar sobre el límpido azul de las olas, su largo levitón oscuro, ceñido por el zurriago de cuero de hipopótamo, insignia de su clase, que había servido de dogal.

El embajador no pudo verlo: había salido aquella noche de Constantinopla con tan grande urgencia, que sólo llevaba por equipaje una pequeña maleta de mano... Y con esta pequeña maleta de mano hemos visto á Jacobo llegar al *Grand-Hôtel,* después de merodear dos meses por las logias más tenebrosas y los garitos más elegantes de Italia.

El Ministro fugitivo de Constantinopla hallábase alojado en el cuarto piso del Hôtel, en una habitación de doce francos diarios, harto opulenta para quien sólo contaba en el mundo con tres millones de deuda al 15 por 100, y sobrado mezquina para lo que juzgaba indispensable á su decoro el Excmo. Sr. D. Jacobo Téllez-Ponce Melgarejo, Marqués consorte de Sabadell.

Á la luz de un candelabro de cobre que ardía en uno de los extremos de la chimenea, devoraba Jacobo los periódicos españoles que relataban el nuevo cambio político acaecido en España, y los franceses que lo comentaban haciendo pronósticos y formulando juicios. Frecuentes exclamacio-

nes y aun palabras groseras que se escapaban de sus labios, revelaban en él esa sorda cólera que despiertan en el ánimo violento las grandes contrariedades.

Arrojó al fin los periódicos, y agitándose furioso un instante, y apretando los puños llenos de rabia, quedóse largo tiempo pensativo, hundido en la poltrona en que se hallaba sentado, contraída la boca, fruncido el entrecejo, fijos los ojos en el fuego de la chimenea, cuyas movibles llamas prestaban á su rostro un resplandor rojizo.

Hubiérase dicho que meditaba un crimen, y también que lo había decidido, cuando dando un fuerte puñetazo en el brazo de la poltrona, se levantó de repente: El espejo que coronaba la chimenea reflejó entonces su fisonomía descompuesta, y al verse allí retratado, tuvo uno de esos miedos solitarios, pueriles, que cortan de un solo golpe á la audacia sus alas gigantescas.

Miró en torno suyo: en la alcoba, forrada de papel oscuro, se movía suavemente una cortina, á impulsos del aire levantado por él mismo al volverse. Arrojóse á ella vivamente y la descorrió de pronto, y riéndose entonces de sus miedos infantiles, dirigióse á una gran cómoda de nogal que había en el fondo.

Sobre ella, hallábase abierta y extendida la pequeña maleta, y en el cajón superior, cerrado con llave que tenía él en su bolsillo, estaba la cartera de viaje. Sacó el gran cartapacio que dentro venía, y púsolo sobre un velador que había en el centro.

Resonaron en esto pasos en el corredor de fuera, y Jacobo corrió vivamente de puntillas á la puerta, escuchó un instante, y con el menor ruido posible, echó la llave por dentro. Escogió entonces en un pequeño *nécessaire* de viaje un instrumentito con mango de carey, una especie de limita para las uñas, con hoja delgadísima y perfectamente

afilada, y púsose á caldearla con gran cuidado en la llama de la chimenea.

Aún vaciló un momento, y miró á todas partes otra vez, y prestó oído atento á los lejanos rumores del *Boulevard;* bocanadas de locura y de placer que escalaban las ventanas, y se decidió por último...

Con ligereza suma introdujo la hojilla caldeada por debajo del lacre del cartapacio, y haciéndola girar lentamente, desprendió el sello tan entero y tan intacto, que de nuevo podía volverse á pegar sin rastro alguno de fractura. Después, púsolo con grande precaución en un extremo del velador, sobre una hoja de papel blanco.

Quedó abierto el misterioso cartapacio, y Jacobo, con avidez no exenta de temor, púsose á registrarlo. Dentro venía una carta en italiano, no muy larga, de la misma letra gorda y corrida del sobre, firmada por *Vittorio Emmanuele:* venían también otros dos grandes sobres en blanco, sellados con la insignia de la francmasonería, un compás y una escuadra cruzados en forma de rombo, sobre lacre verde.

Mirólos Jacobo por todos lados sin muestra alguna de sorpresa, y con la misma habilidad y ligereza de antes, arrancó también los sellos de ambos: el primero contenía un gran pliego, escrito de letra menuda, marcados sus párrafos con números romanos, en forma de artículos, y anotados varios de ellos al margen, por la misma letra gorda de la carta y el sobrescrito.

Jacobo leyó todo ello con atención, mas sin sorpresa, como si todo lo que allí se trataba le fuera conocido: tan sólo al recorrer los últimos artículos en que el nombre del Marqués de Sabadell aparecía consignado, una sonrisa truhanesca entreabrió sus labios, mientras murmuraba:

—¡Ah, pillo!...

Llególe entonces el turno al último paquete, que era el

más voluminoso: abriólo con mucho tiento, por haberse pegado una esquina del sobre, y al punto salieron de él otros dos en blanco, y un tercero en que venía escrito un nombre que hizo á Jacobo pegar un salto, murmurando una de esas palabrotas groseras, familiares en momentos de cólera ó sorpresa, aun á personas que presumen de cultas.

Habíase quedado estupefacto; latíale el corazón, temblábanle las rodillas y revolvía aquellos papeles con el ansia temerosa, el gozoso terror, si así es posible sentirlo, del débil hombrecillo que se encontrara de repente entre las manos fabulosas riquezas de un gigante formidable, que no ha de dejárselas arrebatar. Por dos veces dirigió una mirada furtiva á la puerta, como si temiera verla abrirse á pesar de la llave que la cerraba por dentro.

Había allí un verdadero arsenal de cartas y papeles comprometedores, importantísimos por los nombres que los firmaban, perfectamente ordenados y clasificados, en una especie de memoria adjunta, en que una pluma muy hábil había estampado datos interesantes y preciosas observaciones. Era aquello un tesoro de gran valor, una palanca formidable que bien manejada, podía dar al traste en breve tiempo, con gran parte de los políticos revolucionarios que pululaban en España... Eran letras de cambio pagaderas á la vista, que cualquiera podía cobrar en poder ó en dinero.

Todo lo devoró Jacobo línea á línea, letra á letra, pasando por todas las emociones de la sorpresa, el pasmo, el rencor, la esperanza, el recelo, hundiéndose ambas manos en su crespa cabellera, y apretándose el cráneo como para impedir que su atención se distrajese, oprimiendo algunos de aquellos papeles entre sus dedos temblorosos, como si quisiera indicar que eran suyos, que á él solo pertenecían, y

nadie en el mundo se los había de arrebatar: á veces, deteníase un instante, cerraba los ojos, y respiraba con fuerza, como si le faltase el aliento...

Cuando acabó de leer estaba pálido, y la vaga y temerosa mirada que arrojó en torno, expresaba la desconconfianza, el temor que hace creer á todo criminal, aun en medio de un desierto, que le miran y le acechan ojos escrutadores.

Levantóse entonces y comenzó á pasear, haciendo gestos de temor y de alegría, piruetas de niño y de loco, parándose ante el espejo como si quisiese interrogar á su propia imagen, deteniéndose ante el velador para coger las gotas de esperma que se deslizaban á lo largo de las bujías color de rosa, y estrujarlas entre los dedos haciendo bolitas, con ademán reflexivo, imponente, amenazador...

De pronto pareció estorbarle la luz, y las mató todas de un soplo; luego abrió la ventana de par en par, y se echó en ella de bruces. El frío era grande y la muchedumbre siempre compacta de París lo desafiaba, precipitándose por el *Boulevard* entre torrentes de luz, sin detenerse un momento, sin descansar nunca, como un alma réproba condenada por Dios á una fiesta eterna.

Entre los remolinos de aquella muchedumbre y los mil cambiantes de luces de todos colores y reflejos, que asemejaban el *Boulavard* al fantástico escenario de un baile de hadas, Jacobo sólo veía un pensamiento, un plan cuyas primeras líneas se le torcían á cada instante, empujadas por ideas opuestas, por inconvenientes inesperados, por temores fundadísimos que le hacían titubear, gimiendo de dolor como un niño caprichoso á quien quitan de las manos una golosina, rugiendo de rabia como un león encadenado á quien arrancan de las garras su presa; que esto era para él la idea de devolver aquellos documentos, de no quedarse

con ellos utilizándolos en provecho propio, y siendo actor principalísimo en vez de mero instrumento... Mas ¿cómo responder entonces á la reclamación del terrible propietario? ¿Cómo evitar la sospecha de aquel robo, hecho á un ladrón sin duda, pero al fin y al cabo robo? ¿Cómo prevenir la venganza terrible é inevitable que había de seguirse al descubrimiento?

Entre las mil mojigangas ridículas de que tantas veces se había reído en las logias, destacábase entonces en su imaginación algo terrorífico, algo amenazador, que tomaba forma sensible en aquella palabra misteriosa que siempre había pronunciado riendo, y recordaba ahora temblando:

—¡*Neckan!* ¡Venganza!...

Preciso era obrar con prudencia, y reflexionar, y pesar, y medir y decidir sin tardanza...

Y como si esperase hallar con el movimiento alguna de esas ideas que se ocurren de repente al volver una esquina, ó brotan en medio del arroyo, lanzóse á la calle después de encerrar en la cómoda todos los papeles, y siguió por el *Boulevard de Capucines,* y entró por el de la Magdalena, y recorrió luego toda la calle Real, y entróse después por un laberinto de calles desconocidas, para volver á las dos horas al Hôtel, rendido, fatigado, sin haber pensado nada, ni decidido nada tampoco...

Porque era Jacobo de esos hombres audaces á la vez que irresolutos, en quienes la reflexión, lejos de allanar el camino al entendimiento que plantea, y tirar de la brida á la apasionada voluntad que se desboca, sólo consigue enredar al primero en intrincadas imaginaciones, y exasperar á la segunda hasta hacerla saltar al fin, de repente, de un golpe, cuando menos lo requiere la oportunidad y lo aconseja la prudencia. Caracteres por lo general fogosos, impacientes, que obran por brotes más bien que por razonamien-

tos, y tomando por realidades las perspectivas de la imaginación, edifican sobre ellas fuertes castillos, sin más cimientos que el aire.

Por la escalera, agarrándose á la balaustrada, subía renqueando un viejo, envuelto en un largo y ámplio gabán de mackintosk, capaz de preservar de todas las humedades á un explorador del polo.

Parecióle á Sabadell aquella estantigua el tío Frasquito en persona, y comenzó á subir ligeramente con la idea de alcanzarlo. Mas el viejo, al notar que le perseguían, zambulló el rostro en su gran cuello de pieles, y ocultando con presteza en el bolsillo del gabán algo que en la mano llevaba, entróse prontamente en el cuarto contiguo al de Jacobo. Quedósele éste mirando sorprendido y receloso, y dudando entonces de que fuese el tío Frasquito, entró también en su aposento.

En el fondo de éste había una puertecita de escape, que dividía en dos un solo departamento, cerrada para ello con doble pasador por una y por otra parte. Acercóse á ella Jacobo de puntillas, y púsose á escuchar atentamente. Oyó entonces que echaba un fósforo el vecino, y aseguraba la puerta del corredor cerrando la llave por dentro... Oyó después acercarse á la débil puertecilla, unos ligeros pasos que no ahogaba del todo la alfombra, y sintió un leve crujido en el pasador por la parte opuesta...

Azorado Jacobo dió un paso atrás, conteniendo casi el aliento, y lanzando una rápida mirada á la cómoda que guardaba los papeles, sacó del bolsillo del pantalón un revólver de seis tiros... El vecino le espiaba, y en su acalorada fantasía vió ya el masón traidor, los puñales de todas las logias de Italia, dispuestos á reclamarle el precioso depósito.

El pestillo crujió de nuevo mientras tanto; indudable era

que el vecino lo echaba ó descorría, y como natural era suponerlo echado, podía muy bien sospecharse que intentaban abrirlo. La puerta, charolada con gran primor, no presentaba agujero ni resquicio alguno, que permitiera la vista.

Los ligeros pasitos volvieron á resonar otra vez alejándose, y Jacobo tornó á acercarse con el revólver montado y el oído atento. Á poco sonó una tos sospechosa: no era la pulcra, perfumada y cadenciosa tos del tío Frasquito, sino una tos asmática, tos de viejo, que recordaba esos crujidos peculiares que anuncian en las casas ruinosas el próximo hundimiento.

Otro ruído extraño vino á aumentar su zozobra: oyóse un ligero golpe metálico, argentino, semejante al de la hoja de un puñal, chocando con precaución sobre una superficie cristalina ó marmórea: después, á intervalos y por largo rato, un ruido sordo, de algo que frotaba con rapidez y ligereza...

Quizá el vecino afilaba el puñal, quizá lo estaba envenenando.

Todo quedó en silencio en breve rato: oyéronse después los ligeros pasitos en diversas direcciones, tornáronse á acercar á la puerta, sintiéndose tras ella el roce del vecino sospechoso que espiaba, y más tarde, al dar la una en el reloj del Hôtel, oyóse un golpe semejante al de un cuerpo pesado que cae sobre un colchón de muelles; después un ¡Aaaaaah! prolongadísimo, un bostezo formidable, que vino á tranquilizar á Jacobo.

Nadie que va á matar se prepara bostezando.

Tranquilo ya entonces, aunque siempre receloso, puso el revólver sobre la mesa, y con el deleite del avaro que revuelve sus tesoros, engolfóse de nuevo en la lectura y examen de los papeles.

De repente saltó otra vez azorado en el asiento, echando mano al revólver: en el cuarto vecino había resonado un salto violento, pasos precipitados, varios golpes en la puerta, y al punto, una voz cascada, angustiosa, que gritaba en castellano: ¡Socorro!... ¡Socorro!...

Después, con el intervalo de un lamento, volvió á escucharse en francés:

—*¡Au secours!... ¡Au secours!...*





IV

De malísimo humor volvió aquella noche al *Grand-Hôtel* el tío Frasquito: había aguantado dos horas el aristocrático aburrimiento del *Círculo de la Unión, sancta sanctorum* del *Faubourg Saint-Germain* masculino, en que tan escasos profanos logran entrada franca, y es por lo mismo objeto codiciado por todos los vanidosos ilustres. Siempre la gallina del vecino nos parece una pava, y bostezar en compañía de los Montmorency y los Rohan, no deja de tener cierto encanto, aun para los que suelen unir sus bostezos á los de los Osunas y los Medinacelis.

Solía quejarse el tío Frasquito con harta frecuencia de dolor de muelas, y aprovechaba esta ocasión para desplegar toda la boca con gesto doloroso, poniendo de manifiesto una magnífica dentadura, limpia, igual y blanca como las teclas de un piano, que le había costado diez mil francos en casa de Ernest, famoso dentista de Napoleón III.

Lamentábase entonces de sufrir dolores tan acerbos con una dentadura tan sana, y guardábase muy bien de añadir que radicaban éstos en cierta muela rezagada, única propia,

existente allá en los confines de sus encías, como una piedra miliaria en mitad de un desierto.

La impresión del frío produjole á la salida del Círculo una ligera punzada en la muela fósil, y apretó el paso sobresaltado para llegar pronto al Hôtel y tomar buchadas de elixir, que le librasen de una noche toledana. En mitad de la escalera miró á todas partes con grandes precauciones, y no descubriendo alma viviente que sorprendiera su secreto, sacóse prontamente la dentadura y envolvióla en el pañuelo: esto le aliviaba mucho, y le desfiguraba tanto, que parecía entonces su fisonomía una burlesca caricatura de sí misma.

El tío Frasquito tenía su habitación en el piso cuarto, y al llegar al segundo notó con sobresalto que alguien le seguía por la escalera... Apretó el paso azorado, y mirando con el rabillo del ojo, descubrió al Marqués de Sabadell que subía de dos en dos los escalones, para alcanzarle sin duda. ¡Santo Dios, y qué apuro tan grande!...

Zambulló la cara hasta las cejas en el gran cuello de pieles, guardóse prontamente en el bolsillo la dentadura, y apretó á correr hasta llegar sin resuello á la puerta del aposento.

—¡Perrrverrsa suerrte!

Sabadell le seguía sin descanso, y deteníase al fin á la puerta del cuarto vecino, sin osar acercársele, pero mirándole de hito en hito, extrañado, atento, receloso...

—¡Se tragó la partida!—pensó el tío Frasquito.—Mañana sabe todo Parrrís que no tengo dientes.

Y afligido con esta idea, entróse atropelladamente en su cuarto, encendió luz y corrió á asegurar la puertecilla de comunicación por la parte de dentro, temeroso de que el importuno vecino acechase sus secretos.

Éste parecía en efecto abrigar intenciones perversas, por-

que el tío Frasquito percibía claramente del otro lado del tabique ruidos extraños que le desasosegaban, poniéndole nervioso: la puertecilla, sin embargo, no tenía rendija alguna traidora que diera paso á una mirada, y esto le tranquilizó algún tanto.

Tomó sus buchadas de elixir, desaparecióle por completo el dolor de muelas, y púsose á limpiar la dentadura, frotándola con un cepillo de mango atornillado de plata, que producía al chocar contra el cristal ó el mármol del lavabo sonidos metálicos.

Hecha esta operación, comenzó el tío Frasquito á desprenderse de sus accesorios componentes para meterse en la cama; mas antes, de puntillas y ya en mangas de camisa, hizo un tercer viaje de exploración á la puertecilla sospechosa: el vecino parecía tranquilo, y el tío Frasquito emprendió el viaje de vuelta, dando largas y sigilosas zancadas, y tarareando muy bajo, con pueril satisfacción, aquello de *Las Hijas de Eva:*

Tranquila está la venta,
No se oye ni un mosquito...

Quitóse con grandes precauciones la perfumada peluca, y calóse prontamente un gorro de dormir de forma piramidal, terminado en una borlita: un sencillo y majestuoso *casque á mèche,* de aquellos que recomendaba Jerónimo Paturot á sus parroquianos, por usarlos así Mr. Víctor Hugo. Sabido es que el *bonnet de nuit* es entre los franceses una veneranda institución social, que nivela todas las cabezas, como las niveló en otro tiempo la cuchilla de la guillotina. Felipe Augusto y el último de los albigenses aparecían tan iguales á la sombra del primero, como Robespierre y Luis XVI aparecieron siglos después bajo el filo de la segunda.

Media hora larga tardó el tío Frasquito en desarmarse

del todo, y cuando envuelto en su largo camisón se dejó caer en la cama, hubiérase dicho que el tío Frasquito que se acostaba, era la raíz cúbica del tío Frasquito que, rellenado y compuesto, se exhibía por todas partes.

Á la luz de la palmatoria que sobre la mesilla de noche ardía, púsose á leer, según su costumbre, una novela del Vizconde d'Arlincourt, para conciliar el sueño. Gustábale el género romántico, y pasábansele á veces las noches de claro en claro, cual si tuviese quince años, compadeciendo los dolores de alguna Clarisa, ó participando de las ternezas de algún Adolfo. La primeza cabezada del sueño hízole dar con las narices en la mesilla de noche, y el libro rodó por el suelo: inclinóse, sin embargo, á recogerlo, porque el capítulo era interesante y quería terminarlo.

Á poco un fuerte olor á trapo quemado llegó á sus narices, haciéndole incorporarse con sobresalto, temiendo los riesgos de un incendio. Miró á todas partes; nada se descubría por ningún lado que denunciase el voraz elemento, y, sin embargo, el tufillo á trapo quemado seguía dándole en las narices con progresiva persistencia.

Asomó la cabeza fuera de las cortinas del lecho, miró bajo la almohada, entre las mantas, en la fosforera de porcelana, que sobre la mesilla tenía... ¡Nada! ¡nada! Quizá había caído alguna prenda de vestir en la chimenea: algún calcetín, algún pañuelo...

El tío Frasquito saltó fuera de la cama y corrió allí muy alarmado... ¡Tampoco! .. el fuego ardía en la chimenea moderadamente, y la espesa *grille* metálica que la cerraba no permitía el paso á ninguna brasa.

—¡Cosa más singularrr!...

¿Sería quizá en el cuarto del vecino, ó en el corredor de entrada, ó tal vez en el *Boulevard,* algún incendio formidable que hiciera penetrar á través de las maderas sus inflamados

miasmas? El tío Frasquito corrió primero á la puerta de entrada, á la de comunicación luego, y á la ventana por último, sin encontrar rastro alguno de incendio, con las narices abiertas, olfateando siempre, y percibiendo mientras más se movía de una á otra parte, el alarmante tufo más marcado.

—¡Perrro señorr, qué se quema?... ¡Si esto parrrece cosa de magia!—pensaba el tío Frasquito en camisa en mitad del aposento, con los brazos cruzados, el cuello tendido, y dirigiendo á los cuatro ángulos sus narices dilatadas y sus ojos muy abiertos.

Parecióle entonces sentir un calorcillo alarmante en lo alto de la cabeza, y miró al techo... ¡Nada tampoco! Volvióse rápidamente, y un grito de espanto se escapó de sus labios, al verse frente á frente de un espejo... En él se reflejaba su estrafalaria figura, cubierta por el largo camisón, y coronada por el gorro de dormir, en cuya punta brillaba una rojiza llamita... ¡Cielo divino... allí estaba el incendio!...

El miedo no raciocina nunca, y el que sintió el tío Frasquito impidióle comprender que la borlita del gorro se había inflamado en la palmatoria al inclinarse para recoger del suelo el malhadado libro... Perdió, pues, del todo la cabeza el pobre viejo, lanzóse al timbre eléctrico, corrió luego á la puerta pidiendo socorro, y aporreando después la de Jacobo, gritó de nuevo:

—¡*Au secours!*... ¡*Au secours!*...

Abrióse entonces violentamente la puertecilla, y apareció en ella Jacobo, revólver en mano... Imposible era reconocer al tío Frasquito en aquel esperpento, y Jacobo no vino en la cuenta de quién era, hasta que tendiendo el fantasma hacia él los brazos abiertos, gritó angustiado:

—¡Jacobo! ¡Jacobo!...

Éste, sin comprender [illegible] providencia un gran sopapo en la [illegible], y el gorro, [illegible]

rodó por el suelo, dejando al descubierto una calavera monda y lironda, blanca y reluciente como un melón invernizo.

Fué todo aquello una grotesca escena de sainete acaecida en un segundo, y, sin embargo, aquella pequeña y ridícula trivialidad de la vida, decidió para siempre de lá suerte de Jacobo...

El criado de servicio en aquel departamento llamaba, atraído por el timbre, á la puerta del cuarto: comprendió entonces el tío Frasquito lo ridículo de la situación, y cada vez más angustiado, calóse prontamente una gorra de pelo, envolvióse en un abrigo de pieles, púsose la dentadura, y refugióse en el aposento de Jacobo, diciéndole á este medio lloroso y suplicante:

—¡Contesta tú, Jacobito!... ¡Que no me vean!...

Entonces, de repente, entre la espesa bruma de temores y perplejidades que envolvía la mente de Jacobo como una cerrazón del océano, paralizando su natural audacia, brotó un punto luminoso... El tío Frasquito era rico, influyente, tenía entrada en todas partes, y aquella ridícula aventura le ponía en su poder atado de pies y manos, dadas las femeniles manías del presumido viejo. Las torcidas líneas de su plan comenzaron al punto á enderezarse, y una idea germinó al fin en su mente, vaga todavía é indecisa, pero visible ya, como el capullo del gusano de seda á través de su sedosa borra.

Despidió al criado, disculpando al tío Frasquito con una alarma infundada, apagó el gorro todavía inflamado en la jofaina llena de agua, abrió un poco la ventana para renovar el aire, y volvió presuroso á su cuarto, donde el tío Frasquito le aguardaba.

Éste, sosegado ya y tranquilo, hallábase arrellenado en la poltrona, al calor del fuego: cuando entró Jacobo examinaba atentamente con aire de aficionado, los tres sellos de

lacre arrancados á los cartapacios por el masón traidor, y olvidados en su azoramiento encima de la mesa.

Los papeles estaban á buen recaudo, encerrados bajo llave en la cómoda del fondo.

—¡Qué alboroto más necio!—exclamó el tío Frasquito al verle.

Y queriendo atenuar lo ridículo de la escena, no dándole importancia alguna, añadió enseguida:

—¿Qué sellos son éstos?... No los conozco...

El tío Frasquito coleccionaba sellos diplomáticos, según ya dijimos, y tenía un álbum de curiosos ejemplares que compraba á precios muy subidos. Días antes había pagado doscientos francos por un sello antiguo de cera, de Yacoub Almanzor, que ostentaba en letras árabes esta hermosa leyenda: *Que Dios juzgue á Yakoub, como Yakoub haya juzgado*.

—La corrrona esta es de Italia: corrrona rreal sobre la cruz de Saboya—prosiguió el tío Frasquito.—Uno idéntico tengo de Víctor Manuel, perrro estos otros no los conozco...

Embarazado Jacobo al ver en manos del tío Frasquito aquella prueba flagrante de su atentado, no contestaba, y el viejo, volviendo y revolviendo en todas direcciones los dos sellos verdes, preguntaba sin cesar:

—¿De quién son?... ¿Te sirven?

Jacobo más y más embarazado, contestó por decir algo:

—¿Á que no lo aciertas?...

—¡Toma!—exclamó de repente el tío Frasquito.—¡Ya lo creo! El compás y la escuadra y la rramita de acacia en medio... ¡Torrpe de mí! ¡Si esto huele á logia que trasciende!...

Jacobo se echó á reir forzadamente, y el tío Frasquito, con el ardor de un *amateur* que tropieza con una ganga, añadió entusiasmado:

—Pues me los vas á darr, Jacobito.—De éstos no tengo ningunos, y son curriosísimos... Supongo que no te serrvirán; á lo menos uno me llevo...

¡Cosa extraña y sin embargo harto común en caracteres como el de Jacobo! Cuatro horas llevaba éste batallando consigo mismo sin osar decidirse, y de repente, en un momento, con cuatro palabras tan solo, quemó sus naves y decidió su suerte.

—Llévate los tres si quieres—dijo encogiéndose de hombros.

¡Alea jacta est! Una vez entregados los sellos, imposible era colocarlos en su lugar y devolver los papeles, conservando copia de ellos, como había sido su primera idea, y hacíase preciso correr los riesgos de aquel audaz atentado, sin que hubiese ya lugar al arrepentimiento. Aquel punto luminoso le deslumbraba sin duda, ó el capullo de su idea iba poco á poco aclarando la borra nebulosa en que antes aparecía envuelto.

El tío Frasquito no se hizo repetir la invitación: envolvió los sellos con gran cuidado en el papel en que se hallaban puestos, y guardóselos prontamente en el bolsillo, como si temiese que Jacobo revocase la dádiva. Éste le miraba hacer con una extraña sonrisa, y cuando el terrible papelito desapareció en el bolsillo del viejo, murmuró en lengua turca:

—¡Olsum!... (1).

Y levantándose de pronto propuso al tío Frasquito pedir un *bowl de punch* bien caliente. Excusóse éste dando por pretexto lo avanzado de la hora; mas Jacobo, con frases cariñosas y expresivas y cierto aire melancólico, que sentaba muy bien á su varonil hermosura, le instó á que se quedase.

(1) Amén.

¿Iba á negarle aquel rato de expansión? ¡Estaba tan triste, tan abatido, tan solo en el mundo!...

Miróle el tío Frasquito extrañado, y la curiosidad, que es la fuerza de resistencia más sufrida que se conoce, le clavó en el asiento... Quizá iba á despejar la X misteriosa que se debatía aquella misma tarde en la terraza del *Grand-Hôtel*, la incógnita que representaba la presencia intempestiva de Jacobo en París, abandonando su Embajada de Constantinopla. El tío Frasquito recordaba haber aprendido en el Colegio Imperial, allá cincuenta años antes, aquello de Horacio: *Fecundi calices quem non fecere disertum?* y el ponche fué aceptado con disimulado entusiasmo.

Horacio no se equivocó en efecto: Jacobo comenzó *inter pocula* sus confidencias hablando lentamente, muy bajo, á retazos, como un hombre agobiado de pena, que destila gota á gota por los labios la amargura que inunda su alma... Abrumábale el peso de un remordimiento, de una espantosa catástrofe de que había sido él causa involuntaria, obligándole á huir de Constantinopla con el corazón hecho pedazos y la conciencia salpicada de sangre...

El tío Frasquito pegó un brinco en el asiento, abriendo los ojos tamaños, y Jacobo inclinó la cabeza entre las manos, mirando atentamente su copa vacía y guardando silencio.

—¡Hombre, hombre... eso es serio!—murmuró el viejo asustado; y como viese que el otro prolongaba su silencio, tiróle de la lengua diciendo:

—Sería cuestión de faldas sin duda...

—Ó de pantalones, que para el caso viene á ser en Turquía lo mismo—replicó Jacobo.

Y de repente, de un tirón, con el violento esfuerzo de un hombre que arroja lejos de sí un peso que le abruma, refirió con todos sus detalles la terrible historia de la Cadina Sarahí... El tío Frasquito escuchaba con la boca abierta,

encogiéndose, encogiéndose en la poltrona, convencido de su pequeñez, á medida que lo novelesco y lo terrible agigantaban en su imaginación la figura del héroe de aquella aventura legendaria, de que era el primer confidente y esperaba ser futuro cronista... Y á la idea de ser el primero en lanzar á los cuatro vientos de la publicidad la trágica aventura, el tío Frasquito se alargaba, se alargaba en la poltrona, hasta hombrearse con el héroe, como la sombra se hombrea con el cuerpo, y el eco con la música, y Homero con Aquiles, y el inmortal Virgilio con el divino Eneas. ¡Y pensar que era ya demasiado tarde para correr de casa en casa aquella misma noche dando la noticia!...

Jacobo leía en la cara de Babieca del tío Frasquito lo que allá para sus adentros iba pensando, y no pudo contener una sonrisa de triunfo al ver conseguido su primer intento. Al día siguiente la historia de la Cadina correría por París entero, justificando gloriosamente su fuga de Constantinopla, y rodeándole á él de la aureola de lo novelesco, de lo absurdo, de lo imposible; pedestal el más alto sobre que suele colocar sus ídolos de un día el público de papanatas ilustres que anda á caza de novedades y cuentos.

Harto conocía Jacobo aquel público, y necesitaba y le bastaba un solo día para asentar seguramente el pie en el nuevo terreno á que sus planes le llevaban. Quiso, sin embargo, remachar el clavo, y levantóse sin decir palabra, fuese á la maletilla abierta sobre la cómoda, revolvió un poco, y arrojó después sobre el velador, delante del tío Frasquito, un pequeño objeto, diciendo:

—¡Único recuerdo de mi idilio de Oriente!...

Era una babucha; pero una babucha inverosímil por su tamaño, de raso blanco, con puntera de filigrana de oro, y lazos de pluma de cisne sujetos con esmeraldas: una preciosidad artística cortada sin duda alguna á la medida del pie

de una hada, y hecha más bien que para encerrar un pie humano, para guardar joyas y dijes sobre el tocador de una dama...

El tío Frasquito se quedó pasmado, viéndose otra vez chiquitito, chiquitito como el *little man* Carlos Statton, que podía bañarse en aquella ponchera, y figurándose á Jacobo alto, alto como el Napoleón de la columna Vendôme, que mira á los hombres por la coronilla...

Un deseo irresistible, tentador, nació entonces en su alma, y se detuvo en sus labios tímido y respetuoso. Hubiera dado su más preciada joya, su dentadura misma de Ernest, por tener tan solo veinticuatro horas aquella presea de la Cadina, y pasearla por todos los salones y enseñarla á todos los curiosos, desempeñando así un *bout de rôle,* en aquella novelesca tragedia que había de ser al día siguiente tema obligado de todas las conversaciones. París entero correría á postrarse ante aquel exótico zapato, y él sería entonces el sumo sacerdote que mostrase la reliquia á la turba de noveleros.

Y como si Jacobo leyese en su frente aquel deseo, y desde las alturas de la columna de honor en que el viejo le colocaba, se dignase realizarlo, le dijo de pronto:

—Tío Frasquito... hazme un favor...

—¿Qué?...

—Guárdate eso...

—¡Perrro hombrre!...

—¡Sí, sí!... Llévatelo y que no lo vea más... Para mí es un recuerdo triste, y para tí es un *bibelot* curioso, que puedes colocar encima de tu mesa...

—Perrro, Jacobito, hijo... no sé si debo...

—Sí debes, hombre, sí debes... Ahí llevas la zapatilla de Ceneréntola; el día en que encuentres una mujer que pueda calzársela, ese día me la devuelves.

—Pues entonces es mía para siempre—replicó el tío Frasquito encantado.—No creo que fuerrra de Turrquía se calcen las mujerrres con hojas de lirrrio...

Despidióse al fin el tío Frasquito de Jacobo, con las mayores muestras de cariño, y no bien se vió á solas en su cuarto, comenzó á examinar la babucha por todos lados, acabando por meter dentro las narices... Retirólas sin embargo al punto, haciendo un gesto de disgusto: no encontraba allí aquel suave perfume de Smyrna, mezcla de aloe y de incienso, que se figuraba él había de dejar donde quiera que se posase el pie de una odalisca: lejos de eso, olía mal, muy mal—y el tío Frasquito fruncía la boca y arrugaba las narices—olía á una cosa rara, así como mezcla de cuero sin adobar y engrudo medio podrido...

Miró entonces á la suela, y estaba ésta limpia, flamante, como si jamás se hubiera puesto en contacto con el suelo, ni sufrido la presión de la más ligera golondrina... ¡Hum!... ¿Si resultaría después de todo que el tal Jacobito era un grandísimo embustero, que le había encajado una sarta de mentiras?...

Y pensando en esto el tío Frasquito, quedóse largo rato inmóvil, mirando atentamente la suela del zapato, como si interrogase á la Esfinge... Encogióse al fin de hombros: después de todo, aunque la reliquia resultase apócrifa y tuviera que ver con la Cadina lo que sus calzones de él con los del gran turco, nada se perdía en ello... *Si non'e vero é ben trovato*. ¡Mayores *pamplhets* había visto él correr por el mundo!...

De pronto se acordó de una cosa importantísima, y corrió á dar discretos golpecitos en la puerta de Jacobo: éste, con su truhanesca sonrisa estereotipada sobre los labios, ocupábase en aquel momento en esconder en el último rincón de la maleta la babucha compañera de la regalada al

tío Frasquito. La historia de la Cadina era cierta; mas la babucha habíala comprado él en el Gran Bazar, por mero capricho, á uno de esos viejos turcos de rostro impasible, ojos de vidrio, enorme turbante y caftan naranjado, que recuerdan todavía en la Constantinopla moderna, los tiempos de Bayaceto y Solimán el magnífico. El tío Frasquito asomó tímidamente la cabeza diciendo:

—Jacobo, Jacobito... dispensa... Me parrece lo mejorr, que no digas nada de aquello...

—¿Y qué es aquello?

—Pues hombrre, aquello... Lo del gorrro, lo del incendio...

—¡Ah, ya! ni siquiera me acordaba.

—¡Pues clarrro está! Es una tonterrría... ¡Perrro ya tú ves; la gente es tan necia!... Se rríe de todo, y lo pone á uno en rridículo...

—Descuida, hombre, descuida... ¿Á quién voy yo á contar semejantes sandeces?...

—Pues buenas noches, Jacobito... Dispensa... Si ocurrre algo pega en el tabique... Yo tengo el sueño de un pájarrro; en eso parrrezco un viejo...

El tío Frasquito acostóse al fin muy satisfecho, pensando en mañana, y al apagar la luz, esta vez con grandes precauciones, tuvo un escalofrío de espanto... Parecióle que se arremolinaban las tinieblas en medio del aposento, y surgía de ellas mismas el eunuco estrangulado, con el dogal al cuello, los ojos fuera de las órbitas, el paso lento, la mano extendida, fría, yerta, que se alargaba, se alargaba hacia él... y le tiraba de las narices.

El tío Frasquito se tapó la cabeza con la sábana, apretó mucho los ojos, y por tres veces se santiguó muy de prisa.





V

EL certamen de belleza femenina, celebrado primero en Spa, y luego en Buda-Pest, despertó en la Condesa de Albornoz la felicísima idea de hacer circular por toda la Europa artística y civilizada, la suya propia. Verdaderamente era para ella una desgracia llamarse Albornoz, porque de ser su nombre menos ilustre, hubiera corrido á la capital del antiguo reino de los Esteban y Vladimiros, á disputar el premio de hermosura á Cornelia Szekely, la húngara laureada.

No pudiendo, pues, ganarlo en persona, ideó ganarlo en efigie: discurriendo para ello hacerse retratar por Bonnat, y enviar la obra maestra de Exposición en Exposición, para que, apoderándose de ella el buril y la fotografía, no quedara rincón del mundo en que se ignorase que la Condesa de Albornoz tenía los ojos, según la frase de Diógenes, pasados por agua. Así y todo, creíalos ella, allá en las morbosas excitaciones de su amor propio, capaces de realizar el sueño de Alejandro y de Napoleón: someter el universo.

Esta idea trascendental deteníale en París desde el mes de Noviembre, y tres veces por semana dignábase *poser*,

para bien de la humanidad, en el estudio del gran artista. El retrato debía de estar concluído para la próxima Exposición de Viena, y costábale el caprichito la friolera de cuarenta mil francos. Carillo era sin duda, ¿pero para qué, si no, le había dado Dios el dinero?...

Aquella mañana había enviado Currita un recado á Bonnat para que no la aguardase, á causa de tener que acompañar á S. M. la Reina á la capilla expiatoria del *Boulevard* Haussman. Las once habían dado ya en el reloj del *Grand-Hôtel,* y Kate, la doncella inglesa, prendía con dos largas agujas de oro en la cabeza de Currita, la riquísima mantilla española de encajes, con que se proponía la dama quitar la devoción á los pocos que la tuviesen, en las honras fúnebres del infortunado Luis XVI.

La Duquesa de Bara habíale ya avisado con su doncella que la estaba aguardando, para ir juntas al palacio Basilewsky, y Currita, nerviosa é impaciente, preguntaba sin cesar á Kate, si el Sr. Marqués no había vuelto.

—No, señora—respondió la doncella.

—¿Pero á qué hora salió!... ¿Cómo ha madrugado tanto?...

—Si no ha salido...

—¿Pues cómo es eso?

—Porque desde anoche no ha vuelto.

—¡Ya!—exclamó Currita.

Y mirándose en el espejo, se arregló con sumo cuidado un rojo ricito que con gran prudencia encubría sobre su frente una manchita de pecas.

La Duquesa de Bara, cansada de aguardar, llegó en busca de la perezosa.

—¿Pero Curra, qué haces?... Mira que la Reina estará aguardando.

—¡Vamos, vamos, Beatriz!... Parece que no conoces á la Señora: las doce nos darán sin salir de la Cámara.

Y observando que completaba también la *toilette* de luto de la Duquesa una mantilla española, exclamó muy alborozada:

—¡Mujer, hemos tenido la misma idea!.. ¡Qué delicia!... *Les grands esprits se rencontrent*...

—Para representar á España, no se podía ir de otra manera... Lo que siento es no haber pensado en el abanico...

—Pues por lo mismo compré yo ayer uno... Míralo, no es feo... ¿Quiéres otro igual? Kate te lo traerá en un momento: lo compré en *La Compagnie Lyonnaise*, ahí á la vuelta de la esquina.

La Duquesa, ante la perspectiva de un abanico gratis, sintió aminorarse su prisa. Era un abanico muy bonito, de nácar quemado muy oscuro, con país de seda negra. Kate lo pagaría en la tienda, y ella se olvidaría de seguro de pagarlo á Kate; porque en estas cosas de pagar era la Duquesa mujer muy distraída... Al salir Kate avisó que el Sr. Marqués había vuelto.

—Dispensa un momento Beatriz—exclamó vivamente Currita.—Voy á decir adiós á Fernandito.

La Duquesa hizo un gesto de complacencia íntima, ante la ternura conyugal de su amiga.

—¡Qué par de tórtolos!—dijo.—Te aseguro que me das envidia.

Y Currita, con patética entonación, contestó desde la puerta:

—Verdaderamente que es un don del cielo no haber tenido en catorce años de matrimonio un solo disgusto.

Fernandito acababa de llegar, y á la verdad que no eran sus trazas de haber estado rezando el rosario. Traía en pie el cuello del gabán, ajada la camisa, un apabullo en el sombrero, rojos é hinchados los ojos, y trascendíale el aliento á vino trasnochado. Quedóse muy sorprendido y turbado

á la vista de Currita, y con la forzada sonrisa del escolar que encubre una picardihuela con una mentira, le dijo:

—He estado á ver los antropófagos... en el Jardín de las Plantas.

Ella, con tiernísima solicitud, exclamó muy alarmada:

—¡Jesús, Fernandito, me dan miedo esas cosas!... ¿Están sueltos?... ¿Muerden?...

—¡Ca, no!... Si son unos negros cualquiera... ¡Más feos!...

Y se abrochaba con disimulo el gaban, para ocultar á Currita que llegaba su consideración á los antropófagos, hasta el punto de visitarlos á las diez de la mañana, de frac y corbata blanca. Ella, con su sencillez columbina no reparaba en esto, y se apresuró á preguntar con ingenuidad adorable:

—¿Hiciste mi encargo?...

—¿Qué encargo?...

—¡Pues me gusta!... ¿No te dije que fueses á ver á Jacobo Téllez?...

—¿Á Jacobo Téllez?... ¿Y quién es Jacobo Téllez?...

—Pues hombre, Jacobo Sabadell; el marido de mi prima Elvira.

—¡Ah, ya!... Si yo creía que se llamaba Benito...

En los claros ojos de Currita brilló un relámpago de ira, y á poco más pierde su mansedumbre.

—Y aunque se llamara Policarpo—exclamó—¿es razón esa para no hacer lo que te digo?...

—Pues nada, hija, se me olvidó... ¿Qué hemos de hacerle?...

—¡Ir ahora mismo! ¿Te enteras?... Y convidarlo á almorzar... Mira que á mi vuelta he de encontrarlo aquí contigo.

—Bien, hija, descuida, así se hará... ¿Dices que se llama Benito?...

—¡Dale con Benito!... Se llama Jacobo, y es un muchacho distinguidísimo, á quien quiero que consideres como mi primo que es.

Currita disertó un momento sobre el amor de la familia y el imperioso deber que tiene todo ciudadano de estrechar estos lazos venerandos, y dejando ya convencido á Fernandito, marchó á reunirse con la Duquesa.

Al subir al carruaje ambas damas, apareció el tío Frasquito presuroso, muy lozano, pulcro y resplandeciente, haciéndoles señas de que le aguardasen. Subió con ellas al coche, sacó del bolsillo una curiosa cajita de cartón y púsola sobre sus rodillas. Las damas le miraban atónitas, y él sonreía picaresco; levantó al fin la tapa con mucho misterio, y entre perfumados papeles de seda apareció la babucha.

Mientras tanto, Jacobo, sin salir de su aposento del *Grand-Hôtel,* daba vueltas á su proyecto. La claridad de juicio va en razón directa de la conveniente distancia á que se contemplan los hechos, y al despertar aquel día, libre ya de las perplejidades y angustias que atormentaban su ánimo, pudo apreciar su situación con exactitud verdadera.

Las líneas de su plan aparecieron entonces claras y firmes en todos sus contornos, á la manera que después de una inundación y cuando las aguas ya se retiran, aparece distintamente la altura de los collados, y lo extenso de los llanos y lo profundo de los valles. Encontróse entonces Jacobo con que sus collados eran montañas, y sus llanos desiertos, y sus valles abismos...

Y lo peor del caso estaba en que el primer abismo que se abría á sus pies y le era forzoso salvar, habíalo abierto él con sus propias manos la noche antes, por jugarlo todo impremeditadamente á una sola carta, olvidando que era su juego de cartas dobles y complicadas. Porque la babu-

cha comprada en el Gran Bazar y la necedad del tío Frasquito, iban á colocarle aquel mismo día en lo alto de la columna del escándalo, en la gloriosa picota de la Moda, que asentaba esta vez sus cimientos sobre los cadáveres de dos seres degradados, muerto el uno con un dogal, cosida la otra á puñaladas y arrojada en un saco de cuero, sin espirar todavía, viva y palpitante, en lo profundo del mar de Mármara.

Mas desde aquella columna donde se podían dictar leyes al mundo del fausto y del escándalo, sólo se lograba inspirar desprecio y repugnancia invencible á ese otro mundo no más pequeño, pero sí más desconocido, de la honradez y la virtud, y justamente en aquel mundo callado y oculto era donde se escondía la persona que á toda costa necesitaba él en aquellas circunstancias... ¿Y quién ponía ya diques al viento? ¿Quién sujetaba al tío Frasquito, que babucha en mano recorría ya las calles de París en busca de un pedacito de celebridad, de un solo rayito de la aureola del héroe?...

Preciso era tirar por otro camino, y la casualidad trajo á Jacobo quién había de indicárselo. Era éste Diógenes, que acudía muy de mañana, atraído por el dinero que se le figuraba traer el plenipotenciario, como los buitres acuden al olor de la carne muerta.

Diógenes no era como Sabadell, que jamás se apeaba de su papel de gran señor, y lo mismo gastaba en boato y en caprichos en tiempo de las vacas gordas que en tiempo de las flacas, con la sola diferencia de pagar en los de aquéllas y no pagar en los de éstas. Diógenes, por el contrario, vivía en una modesta *maison meublée,* y sentábase de diario á la primera mesa que hallaba puesta, sin esperar á que le invitasen, por cierta especie de derecho de cuchara que garantía su poquísima vergüenza, por una tradición constante

que la inveterada costumbre había convertido en ley escrita en las pandectas de la capigorronería madrileña. Cuando tenía dinero lo derrochaba espléndidamente, y cuando no lo tenía pedíalo prestado, con la intención jamás retractada de no pagarlo nunca, según su axioma favorito: Cobra y no pagues, que somos mortales.

Aquella mañana habíase propuesto almorzar con Jacobo y llevárselo después al *Petit-Club* á tirar de la oreja á Jorge, con ánimo deliberado de darle por el camino algún *sablazo* bien dispuesto.

Su sorpresa fué, pues, grande, cuando Jacobo, con la austeridad de un San Pablo primer ermitaño, y la fortaleza de un San Antonio en el desierto, se negó rotundamente á salir del Hôtel, diciendo que había jurado no pisar el impuro suelo de París, que jamás tomaría en la mano una carta, y que no pareciéndole ya conveniente marchar á Madrid, á causa del cambio político, había decidido salir á la mañana siguiente para Biarritz, donde pensaba intentar una reconciliación con—¡Polaina!—¡con su mujer!!!...

Escuchábale Diógenes en silencio, mirándole de hito en hito, clavados en sus ojos los suyos abotagados por la borrachera continua. Cuando acabó de hablar, díjole muy serio:

—¡Vamos!... Tú dices lo del gitano del cuento: ¡Señó! toos píen el pan de cada día... Yo sólo pío que me pongan donde lo haiga, que ya yo me arreglaré...

—No te entiendo...

—Pues vaya más claro... Tú dices: mi mujer ha ganado su pleito con la Monterrubio, y tiene una porción de miles de renta... Yo tengo el hambre del hijo pródigo; pues me voy allá y me como el ternero...

Alborotóse Jacobo al oir tan fielmente expresado, parte al menos de su pensamiento, y con aire de dignidad ofendida, exclamó:

—Te aseguro...

—¡Vamos, Jacobito!... ¿Si conoceré yo á los cojos en el modo de andar?...

—Te digo...

—¿Si sabré yo el lino que cardo, Jacobito?...

—Cree lo que quieras; pero yo...

—Si querrán los pollos engañar á los recoberos, pichón dorado... Mira, niño; ni tú tienes vergüenza ni yo tampoco; pero para ser pillo lo primero que se necesita es talento, y cuando tú vas ya estoy yo de vuelta. ¿Estamos?...

La dignidad sublevada de Jacobo pareció sosegarse mucho, y después de un momento de silencio, preguntó:

—¿Según eso, te parece mi plan un disparate?...

—¿Un disparate? Para ti un negocio redondo; para ella un robo á mano armada.

—¿Y crees que Elvira?...

—¿Se dejará robar?... ¡Pues ya lo creo!... Lo que es por ella, en cuanto le guiñes el ojo... Si te quiere, hombre; te quiere lo mismo que el primer día en que la engañaste. ¡Mentira parece!...

—Pues entonces...

—Entonces, queda el rabo por desollar.

—¿Y de quién es ese rabo?...

—Amigo mío... del P. Cifuentes.

—¡Ya!... Ya me lo habían dicho.

—Pues no te engañaron.

Quedóse Jacobo un momento pensativo, y rascándose después levemente la cabeza, añadió con su truhanesca sonrisa:

—Entonces... será preciso confesarse con el P. Cifuentes.

Diógenes se puso muy serio.

—Mira, Jacobo—le dijo.—¿Me ves tú á mí?... Soy un truhán, un borracho, un pérdis, que todo lo que no sea

matar, todo lo he hecho... Pues para que veas; las cosas de Dios yo las respeto... Las respeto, porque lo mamé. ¡Polaina! lo mamé con la leche... No soy bueno, porque no quiero jorobarme siéndolo; pero al que se joroba y lo es, yo le venero; que no porque merezca yo un presidio, dejo de conocer que hay quien merece la gloria; y no porque me revuelque en un lodazal, dejo de ver que hay estrellas en el cielo...

Jacobo escuchaba estupefacto la extraña salida de Diógenes, que pronunciaba su arenga babeando la ancha bocaza, dando golpes ora en su propio pecho, ora en la mesa.

—¿Y á qué viene todo eso?—preguntó al fin Jacobo.

—¿Á qué?... Á que dejes tranquila á tu mujer, porque sólo con pensar en ella la manchas.

—¡Pues me hace gracia!... ¡Valiente paladín le ha salido á la Elvirita!... ¿Y dónde han hecho Vds. su compadrazgo? Supongo que no será en el confesonario del P. Cifuentes.

—No, por cierto... La veo y la he sabido apreciar, en casa de María Villasis, que es su amiga íntima.

—¿Con que amiga íntima de tu íntima amiga la Villasis?... ¡Ahora lo entiendo!... ¿Y qué hace esa perfecta viuda, como la llamaba la de Bara en otro tiempo?... Supongo que te habrá sucedido con ella, lo que sucede con los perros chinos, que de puro feos hacen gracia... ¿Y mi mujer será sin duda vuestra confidente?...

—¡Alto ahí, canalla, ó te rompo el morro!—exclamó Diógenes poniendo su formidable puño en las narices mismas de Jacobo.—¿Qué es lo que buscas tú? ¿Dinero?... Pues ahí tienes á la de Albornoz; una... pelona como tú, que te dará lo que quieras... ¿Qué más te da llamarte Jacobo, que *Monsieur Alphonse*?...

¡Oh!... Jacobo se incomodó esta vez de veras, porque

jamás le habían refregado por la cara una verdad tan áspera. Contúvose, sin embargo, porque sabía cuán terribles eran las embestidas de Diógenes, y con forzada sonrisa contestó:

—Mira, Diógenes, la borrachera de ayer te dura todavía... ¿En qué cabeza cabe sino en la tuya de bala rasa, que fuera yo á venderme á mi mujer por un puñado de duros?...

—Amigo, cuando no dan más en la puja hay que decir lo del otro gitano del cuento... Se confesó de haber robado tres pesetas, y el cura le dijo: ¿No te da vergüenza, infeliz, de condenarte por tres miserables pesetas?...

—¿Y qué quería V. que *jiciese,* si no había más?...

Aquí interrumpió la disputa el Marqués de Villamelón, que entraba restaurado ya por completo de sus desperfectos de la mañana. Al verle Diógenes, cogió prontamente un periódico y púsose á leer junto á la chimenea, en el lado opuesto.

El Marqués fuése derecho á Jacobo, que ceremoniosamente se levantaba para recibirle, y apretándole ambas manos, díjole con grande afecto:

—Adiós, Benito, ¿cómo te va?... Tú siempre tan famoso...

Y con protectora afabilidad, dióle dos cariñosas palmaditas en el hombro izquierdo.

—Dispensa que no viniera á verte ayer, Benito — prosiguió Villamelón sentándose. — Pero en este París, ¿me entiendes? no hay tiempo para nada... Curra te espera á almorzar. ¿Lo sabes?... Á las dos: un poco tarde quizá; pero hoy está de servicio con la Reina. ¿Me entiendes?

Ofendióse la altivez de Jacobo con los aires protectores del héroe del combate *navo-terrestre* de Cabo Negro, y quiso declinar fríamente la honra del convite; mas Villamelón le atajó la palabra, diciendo:

—¡Nada, nada, nada! ¿Me entiendes?... No admito ex-

cusas, Benito; y Curra se ofendería de muerte. ¿Sabes?... Tiene debilidad por la familia, y lo que es por ti, delira. Siempre está con Benito arriba, Benito abajo...

Diógenes gritó desde su asiento.

—Pero Villamelón... quiero decir, ¡majadero!... ¡Si no se llama Benito!...

—¡Ay! es verdad, que era... ¿Cómo era?...

—Jacobo.

—¡Eso es, Jacobo!... Pues dispensa, Jacobo; pero tengo una memoria infelicísima, y lo peor es que cada día se me va debilitando...

Quejábase con harta razón Fernandito de su falta de memoria, síntoma fatal á veces, de los reblandecimientos cerebrales. Mas Diógenes, que no perdonaba ocasión de descargar su terrible mandoble, púsose á recitar como si leyera en el periódico:

> Hablando de cierta historia,
> Á un necio se preguntó:
> —¿Te acuerdas tú?—Y respondió:
> —Esperen que haga memoria.
> Mi Inés, viendo su idiotismo,
> Dijo risueña al momento:
> —Haz también entendimiento,
> Que te costará lo mismo.

Jacobo y Villamelón se miraron entre sí, miraron después á Diógenes, y tornando á mirarse ambos, echáronse á reir, diciendo al cabo Fernandito:

—¡Qué cosas tiene!... No hay más remedio que dejarlo ó matarlo. ¿Sabes, Benito?...





VI

El tío Frasquito no podía ya con las piernas, y esforzábase en vano por discurrir algo parecido á la hazaña de Churruca en Trafalgar, cuando privado también de una de las suyas por una bala de cañón, siguió mandando el combate desde el puente del navío, metido en un tonel de afrecho. ¡Oh!... ¡Si aquello le hubiese sucedido á él veinte años antes, cuando en un solo día hizo sesenta y nueve visitas para anunciar el primero aquel famoso casamiento que alistaba en el número de sus sobrinos á Luisito Bonaparte, el Conde consorte de Teba!...

Y lo peor del caso era, que cuando á las cuatro de la tarde volvió al *Grand-Hôtel,* rendido y desalentado por no haber podido enseñar más que á las dos terceras partes de la colonia española, la babucha apócrifa de la Cadina, encontróse con que la trágica historia tenía una segunda parte interesantísima también, pero pía, devota, sentimental, romántica, en que cabía á su persona no solo el papel de cronista, sino el de agente poderoso, de intercesor eficacísimo, de *ama de llaves de la Providencia,* que hubiera dicho Diógenes, en el bello final de aquel drama que comenzaba su acción en las barbas del Sultán, é iba á terminarse bajo

el manteo del P. Cifuentes. Acordóse el tío Frasquito de Matilde y Malek-Adhel, y se sintió enternecido; la emoción le produjo un golpe de tos violentísimo, que fué necesario calmar con tres caramelos de malvabisco.

Porque Jacobo había acudido á él de nuevo en demanda de auxilio y abiértole su corazón hasta lo más recóndito. Era singular lo que por él pasaba, y en vano había intentado explicárselo. La noche antes daba vueltas en el lecho inquieto y desvelado, viendo desfilar en su memoria los treinta y tres años de su vida cargados de placeres, de aventuras, azares sin mañana, flores sin raíces, gozos sin recuerdo, locuras sin felicidad que le causaban entonces en el ánimo la impresión de repugnancia que causa al estómago ahito é indigestado el recuerdo de manjares sustanciosos.

El tío Frasquito le escuchaba atento y boquiabierto, creyendo ver apuntar en el corazón apasionado de Malek-Adhel aquellos albores misteriosos que trocaron los de Rancés y Mañara... Mas de repente, dejando Jacobo el tono sentimental de su perorata, preguntóle en prosa llana, dónde andaba á la sazón su mujer, Elvira.

El tío Frasquito hizo una mueca de disgusto, como si viera trocar á Malek-Adhel el blanco turbante por el sombrero de copa alta, ó le hicieran saltar de una página de Mme. Cottin, á otra de la *Guía de forasteros*.

—¿Elvirrra?—contestó.—Pues no sé, perrro debe de estarr en Biarrritz... Ayerr dijo la López Morrreno que la había visto.

Quedóse Jacobo mudo y pensativo por un momento, y el tío Frasquito, reventando de curiosidad, se apresuró á añadir muy atento y oficioso:

—Perrro si quierrres noticias cierrtas, yo conozco á una perrsona que puede dárrmelas.

—¿Quién?...

—El P. Cifuentes.

—¡Hombre!... ¿Conoces tú al P. Cifuentes?...

—¡Ya lo creo!... Si es mi sobrino: herrmano de madre de la Vegallana... Es hijo de Tonito Cifuentes, que fué subsecretarrio de Estado en tiempo de Iturrriz, y entró en la Compañía cuando...

—¿Pero está también en Biarritz?

—No: está aquí, en Parrrís; en la *rrue de Sèvres*... Desde el 68 no ha estado en España sino de paso.

Y con cierto delicado recelo, añadió tímidamente:

—¿Quierrres que lo vea?...

—No... Quiero verlo yo mismo.

El tío Frasquito brincó otra vez emocionado, viendo ya á Malek-Adhel fundando como Rancés una Trapa, ó un hospital como D. Miguel de Mañara... ¡Todo, todo iba saliendo lo mismo, igual, idéntico que en la *Favorita!*... Fernando, *la bella del Re,* Fr. Baltasar... Faltaba tan sólo el convento, y ansioso él de poner la primera piedra, se apresuró á decir:

—Pues te llevarrré cuando quierrras.

—Mañana mismo.

—Conforrmes.

Cauto, sin embargo, el tío Frasquito, y deseando prevenir en el ánimo del novicio las deficiencias que pudiera tener en su papel de Fr. Baltasar el P. Cifuentes, apresuróse á decirle que era éste un cuitadito, un infeliz sin pizca alguna de mundo, que hablaba *oportune et importune* del infierno, pintando unos diablos feotes y groseros, que en nada se parecían á los diablillos correctos, perfumados, elegantes, que se figuraba el tío Frasquito de frac y corbata blanca, pelo rizado, gardenia en el ojal, monóculo en el ojo izquierdo, y un lazo de color de fuego en la punta del rabo.

—Porrque mirrra, la verrdad—prosiguió con aire de íntima confianza.—Yo soy muy católico, muy creyente, perrro lo que es el clerrro, deja mucho que desearr en todas parrtes... No se encuentra un sacerrdotc que nos conozca bien, que sepa amoldarrse á nuestro modo de serr, al modo de sentirr de las gentes de nuestro círrculo... El mismo P. Cifuentes, el otro día, en el entierrro del generral Tercena, me dió la tarrde, hijo, me dió la tarrde... Empeñado en convencerrme de que yo me había de morrrirr también, y que era menesterr prepararrse y pensarr en lo eterrno... En fin, hijo, me angustió, ¡me angustió de verrras!... Y cuando lo de Pepita Abando, ¿tú no sabes?... Estuvo atrroz, atrroz, cruelísimo... Una muchacha tan buena, tan elegante, tan carrritativa, que nunca tuvo más pasión que Pablo Verrra, y todo Madrid lo sabía y lo sancionaba, y hasta su mismo marrrido se hacía carrgo... Pues nada, hijo, el P. Cifuentes no se lo hizo: se puso malo Pablitos, y Pepita, ¡clarrro está! atropelló porr todo, y se instaló á su cabecerrra. Avisarrron al P. Cifuentes, y éste contestó que no podía entrarr en aquella casa sin que Pepita salierra primerrro... ¡Figúrate tú qué exigencia!... Ella se negó porr supuesto y Pablitos también, y porr más vueltas que dierrron parrra convercerr al santo varrrón de que era una crueldad separarrlos, y que todo el mundo le criticarrría á ella, abandonarrlo en la última horrra, nada, nada, nada... *Têtu,* como un arrragonés: se metió las manos en las mangas, y dijo que no, y que no, y que no, y lo dejó morrrir como un perrro. Y eso que iban ya á pedirr la bendición á Su Santidad, y todo, todo...

—Te advierto esto—prosiguió el tío Frasquito, empinando el dedo—porrque si piensas consultarrle alguna... vocación ó confesarrte...

—¿Confesarme yo?—exclamó muy ofendido Jacobo.—¿De dónde sacas tú eso?...

—Como decías que deseabas hablarle...

—¿No es el P. Cifuentes el confesor y el director íntimo de mi mujer?...

—Sí porr cierrto...

—Pues lo que yo quiero exigir de él es que obligue á Elvira á acceder á mis pretensiones.

—¿Perrro cuáles son tus pretensiones, Jacobito?—preguntó el tío Frasquito muy alarmado.

—Una muy sencilla y muy cristiana... Reunirme con mi mujer y olvidar todo lo pasado.

—¡Aaaah... yaaa!—exclamó el tío Frasquito estupefacto y desolado al ver que la Trapa se quedaba sin fundar, y el hospital sin concluir, y el novicio sin tomar el hábito.

Y rabiosillo y enfurruñado de que la leyenda de Malek-Adhel tuviera el ramplón desenlace de cualquiera comedia moratinesca, dejóse llevar de su espíritu de chismografía hermafrodita, diciendo:

—¿Perrro has meditado bien tus pretensiones?

—¿Te parecen acaso imposibles?...

—Hombrre, imposibles no... ¿Perrro sabes tú la vida que Elvirrra hace?

—Justamente iba á preguntártelo.

El tío Frasquito hizo dos ó tres visajes remilgados de—reviento si no lo digo—y contestó titubeando:

—Hombrre, te dirrré... La cosa es pública... perrro yo no sé si debo...

—¿Pues no has de deber, tío Frasquito?—exclamó Jacobo violento y azorado.—Yo tengo el derecho de preguntar, y tú, si eres mi amigo, tienes el deber de responderme.

—¡Ya lo creo que soy tu amigo, Jacobito! ¿Lo dudas?... Y lo fuí de tu padre, y de tu abuelo... quierro decirr, á tu abuelo lo conocí siendo yo una criaturrra... Perrro hay cierrtas cosas...

—¿Pero qué cosas?... ¡Dilas, hombre, dilas!...

—Pues mirrra, Jacobo, la verdad... Tu mujerr ha dado mucho que hablar en todas partes...

—¿De veras?...

—Lo que oyes: siento mucho decírtelo, perrro es muy cierrto... Está *declassèe*, hijo, *declassèe* por completo. Todo Madrid le ha dado de lado, y sólo se trata con mi sobrina Villasis, ¡otra que tal!... Perrro si quierrra ésta es mujerr de arrranque, y gasta y hace rrruido...

—¿Pero qué es lo que hace Elvira?...

—¡Horrrorrrres, Jacobito, horrrorrrres!... Empieza porrque desde que se separrró de ti, no se la ha vuelto á verr en ninguna parrte; ni en un teatro, ni en un baile, ni en la Castellana, ni siquierrra un domingo en casa de Montijo... Dicen que está fanatizada... Carrmen Tagle tuvo una doncella que había estado en su casa, ¡y contaba unas cosas!... Siempre detrás de los criados, porrque hoy errra día de ayuno, y mañana de Misa, y al otro día de vigilia... En fin, insufrible: ninguno le paraba... ¡Y ella, unas rridiculeces!... Decían que dorrmía sobre una tarrrima, y ayunaba á pan y agua, y á ejemplo de no sé qué varrrón piadoso, se disciplinaba con un gato (1).

—¡Qué atrocidad!... ¿Con un gato?... ¡Pero eso es imposible!...

Pues, hijo, así lo asegurrraban... no te puedes figurarr lo que nos rreímos una noche en casa de Carrmen Tagle, discutiendo el asunto... Algunos pensaban que el gato estarrría muerrto; lo que es así, también yo me disciplinaba... Lo mismo podía hacerrse con un plumerrro...

---

(1) En la vida del V. P. Eusebio Nieremberg se cuenta, que solía disciplinarse con uno de esos instrumentos de garfios de hierro llamados *gatos*, y sin duda á este *gato* y á este varón ilustre son á los que alude el tío Frasquito.

Jacobo pareció tranquilizarse por completo al oir los *horrrorrrres* que el tío Frasquito le relataba, y cortóle el hilo del discurso, diciendo:

—¡Bah!... Si no es más que eso, de mi cuenta corre desfanatizarla.

El tío Frasquito iba á replicar muy disgustado, pero Jacobo le atajó la palabra, preguntándole:

—¿Y cómo vive Elvira?... ¿Gasta mucho?...

—¡Cá!... Si parrrece la viuda de un cesante... Está seca, desgavilada; ella que tenía un cuerrpo tan airrroso, tan elegante... En fin, hijo, un día la vi en casa de mi sobrina Villasis, y me parrreció hasta sucia... Como si parrra ser santa, se necesitarra serr puerrca, cuando el aseo es una virrtud que se ejerrcita con agua fresca y un estropajo... De la casa no te digo nada, porrque no la he visto: tres veces estuve allí porr currriosidad, y no me rrecibió ninguna. Perrro vive un principal muy modestito, allá junto á las Carbonerrras...

—Eso no es extraño: la pobre debe andar mal de cuartos.

—¡Cá! no lo creas... ¿Perrro tú no sabes?... Si está rrica: como que ganó el pleito con la Monterrrubio y debe de tenerr de quince á veinte mil durrros de rrenta...

—¡Hombre!... ¡Lo siento!—exclamó Jacobo muy pesaroso.

—¿De verrras?

—Y tan de veras... Porque siendo ella más rica que yo, no faltarán malas lenguas que atribuyan al interés mi vuelta á su lado...

—¡Oh, no, no, Jacobito, por Dios! ¡Por Dios, Jacobito!... ¡Quien piense eso... no te conoce!

—En fin, ya lo veremos... Lo que importa ahora es que yo me entienda con el P. Cifuentes.

—Pues si te parrrece, mañana iremos.

—Sin falta.

El tío Frasquito, resignado con el giro clásico que tomaba la leyenda, convino con Jacobo la hora en que habían de hacer al otro día la trascendental visita, porque el arrepentido esposo quería marchar á Biarritz cuanto antes.

Despidiéronse al cabo protector y protegido, y aquel, para lanzar al público sin pérdida de tiempo la noticia, corrió á ponerse desde luego de punta en blanco, para sus nocturnas correrías, y bajar de seguida á la terraza del Hôtel, donde toda la colonia española esperaba como siempre la llegada del correo.

Pero ni la incertidumbre de nuevas desdichas en la madre patria, ni los mil chismes que por la patria adoptiva corrían, lograron apartar la conversación general de la novelesca historia de la Cadina, cuya apócrifa babucha habían contemplado todos, después de algunas prudentes precauciones que para la *mise en scene,* juzgó indispensables el tío Frasquito. Porque temeroso éste de que algún ánimo suspicaz pusiese en duda lo auténtico de la presea, apresuróse antes de presentarla á la veneración pública, á frotar la suela sobre el pavimento, á fin de que apareciese usada, y á desvirtuar con ricas esencias aquel importuno hedor á zapato nuevo, que la noche antes había despertado en sus narices dudas tan peligrosas.

La Duquesa de Bara no había encontrado todavía ocasión oportuna de hacer el análisis crítico de la solemnidad religiosa-política á que había asistido horas antes, y hasta la señora de López Moreno, reina destronada de Matapuerca, habíase olvidado por un momento de la honra insigne que al día siguiente la aguardaba. La Duquesa le había anunciado que S. M. la Reina se dignaba recibirla, y á renglón seguido, como quien no quiere la cosa, habíale pedido prórroga para el pago de aquellos piquillos, que hacía varios años le adeudaba.

—¡Pues no faltaba más!... ¡Lo que V. quiera!—había contestado la generosa acreedora.

Y á renglón seguido también, y como quien no quiere la cosa, había plantado esta estaquita matrimonial, con sonrisa indagatoria:

—Lucy y Gonzalito (primogénito de la Duquesa), encantados de verse juntos... ¡Qué pareja tan mona hacen!... Hoy se han ido al *Skating-Rink*, porque Gonzalo está enseñando á patinar á Lucy...

La Duquesa pescó al vuelo la indirecta, y contestó tan solo con una fina sonrisa, que encubría este pensamiento:

—¡Estás fresca!... ¡Cualquier día te cobras, endosándome á la niña por nuera!... ¡Una Duquesa de Bara, *née* López Moreno! ¡Dios nos asista!

Currita, por su parte, guardaba aquella tarde un solemne silencio, hijo de una rabieta de dos mil demontres, que le bailaba por dentro. Jacobo había desairado su almuerzo con el frívolo pretexto de que necesitaba descansar del viaje, y ella había descargado su ira sobre el indefenso Villamelón, que sentado á su espalda en actitud pensadora, se consolaba de los rigores de su esposa pensando en las musarañas, y distrayendo su imaginación con vivos recuerdos de su visita á los antropófagos...

Leopoldina Pastor alborotaba por ciento, proponiéndose referir á Octavio Feuillet la historia de la Cadina, para que escribiese un cuento oriental, y lamentándose de que Jacobo Sabadell no apareciese por ninguna parte, aguardándole todos tan impacientes para tributarle el justo homenaje de admiración que su novelesca aventura les inspiraba, tan distinto del frío recibimiento con que le habían acogido la víspera.

Apareció entonces el tío Frasquito, vestido ya de gran gala, cargado de perfumes y de noticias, que como las bur-

bujas el hervor del agua, anunciaba en su rostro una significativa y prolongada sonrisa. La inesperada resolución de Jacobo causó en el auditorio sensación profunda, y cuando el tío Frasquito anunció que el héroe pensaba marchar á Biarritz quizá al día siguiente, dos personas, Diógenes y Currita, no pudieron contenerse... Levantóse el primero, y fuése derecho al tío Frasquito como si quisiera pegarle, y la segunda, sin que denunciase su violenta ira más que una extraña vibración en su dulce vocecita, comenzó á vomitar injurias y vituperios contra la Marquesa de Sabadell, su muy amada prima, con gran pasmo de Villamelón, que recordaba todavía el sermoncito sobre el amor de la familia, que había escuchado aquella mañana.

La grey femenil hizo coro á los vituperios de Currita, y todos convinieron en que la Marquesa de Sabadell era una intriganta, una beata hipocritona, una mala esposa que habiendo campado por su respeto diez años entre curas y monaguillos, quería ahora oscurecer al pobre Jacobo bajo la tutela del P. Cifuentes, y que era caso de conciencia y obligación imprescindible de todo fiel cristiano, arrancar á la pícara el antifaz, y advertir al cándido muchacho el lazo que le tendían.

Diógenes, que á mitad del camino pareció hacer de repente al tío Frasquito gracia de la vida, arremetió briosamente contra la hueste femenina, diciendo que era maldición de gitanos—¡en lenguas de hembras te veas!—que quien dijo mujer dijo demonio, y que tan de mala ralea era la casta, que todos, todos los bichos, hasta las chinches ¡Polaina! eran mujeres...

Riéronse mucho todas las presentes de la ocurrencia de Diógenes, y éste, más que por darles placer, por machacarles las liendres, contóles entonces que Dios no había formado á nuestra madre Eva de la costilla de Adán, sino

del rabo de una mona... (1). Porque aunque este fué su primer intento, y tenía ya la costilla en la mano, para formar de ella á la que había de ser causa de tantas desdichas, una mona que le miraba hacer atentamente, arrebatóle de repente el hueso, y echó á correr para esconderlo en su madriguera. Quiso el Señor perseguirla y alcanzóla por el rabo; mas tan fuerte tiró la mona, que el rabo se le arrancó, quedándosele al Señor en la mano. Encogióse entonces de hombros, y dijo:

—Para lo que voy á hacer, lo mismo da...

Y de aquel extraño utensilio, formó á la madre del linaje humano.

Alborotáronse las damas con el cuento de Diógenes, y Currita, pesarosa de haber dejado escapar en la explosión de su ira, algo que le convenía tener muy guardado, apresuróse á seguir la broma, diciendo:

—Pues mira, Diógenes, quizá tenga algo de verdad tu historia, porque á mí me contaron con respecto á la formación del hombre, otra muy parecida... Dicen que Dios había criado ya á todos los animales; pero le faltaba todavía crear al hombre, era ya muy tarde y estaba cansado. Entonces, por ahorrarse tiempo y trabajo, cogió al primer animalito que encontró á mano, y le dijo:

—Mira, habla tú.—Y quedó formado el hombre...

Y al decir Currita—habla tú—dió un golpecito con la punta de su abanico en el hombro del Marqués de Villamelón, su caro esposo. Éste interpretó la seña como una muestra de reconciliación, y sonrió satisfecho, dulce y pla-

---

(1) Este cuento y el siguiente, son antiquísimos cuentos populares en Andalucía, recogidos por el autor é inventados por el gracejo, profundo á veces, de los campesinos de aquella tierra. La sencillez misma de su forma, y lo manifiesto de su inocente al par que picaresca intención, excluyen de ellos toda otra idea irreverente.

que Elvira tiene dinero, y quiere ahorrarle el trabajo de guardarlo. Mañana, antes de salir, tendrá una conferencia con el P. Cifuentes, en que *Francesca di Rimini,* le servirá de tercero...»

Aquí notó Diógenes que la concordancia era vizcaína, y añadió:

«... ó de tercera. Te advierto todo esto, por si puedes hacer algo por esa pobrecita, que será capaz de entregarse atada de pies y manos al bribón de su marido, si no hay alguien que la aconseje. Si sirvo yo para algo, incluso para romperle un esternón á Jacobito...»

De nuevo se detuvo Diógenes dudoso, por no saber á punto fijo si Jacobo podía tener uno ó más *esternones,* y dispuesto sin duda á romperle cuantos tener pudiera, prosiguió al cabo:

«... avísame y ahí me tienes. Yo sigo tan campante con mis sesenta y dos á cuestas, caminito, caminito de esa cama del hospital que tantas veces me has pronosticado. ¿Llegará en el sesenta y tres?»

Y dando con esta pregunta por terminada la carta, firmóla como Antonio Pérez las suyas á Milady Richs.

«Perro desollado de vuestra señoría, *Diógenes*».

«P. D.—Un beso á Monina».

Y aquí se detuvo otra vez perplejo, meneó lentamente la gran cabezota, y su rostro granujiento tomó una expresión indefinible de ternura y de tristeza.

Aquella Monina, bellísima criatura de cuatro años, ídolo de su corazón, por un fenómeno semejante al que hace á los grandes perrazos encariñarse con los niños, que le tiraba de las patillas y le hacía andar á cuatro pies guiándole ella por una oreja, había rechazado un día un beso de sus aguardientosos labios, diciéndole con infantil repugnancia:

—¡No... que apesta!...

Y Diógenes, el cínico Diógenes, que se burlaba de la opinión del mundo entero, y hacía gala de revolcarse en los más inmundos lodazales, sintió ante la repugnancia de aquel ángel, que una gran vergüenza invadía su corazón y subía hasta su frente, tiñéndola de carmín, y asomaba á sus ojos llenándolos de lágrimas... Por tres días enteros estuvo sin beber una copa; al cuarto rindióle el vicio otra vez, mas jamás volvió á besar á la niña.

Y entonces, á tan gran distancia del bello angelito, creyó faltar á su propósito escribiendo en aquella postdata la palabra *beso,* y borrándola con grandes tachaduras, puso en su lugar: «Á Monina, que le llevaré un muñeco que dice papá y mamá». Después escribió en el sobre:

Madame.

M.me LA MARQUISE DE VILLASIS.

Villa María.

Biarritz.





VII

EL capricho de una soberana hizo en poco tiempo de un villorrio olvidado, uno de los centros más á la moda, entre los semidioses que regulan sus costumbres, su lujo, sus necesidades y hasta su conciencia á veces, por las extravagantes leyes de esta tirana caprichosa.

La emperatriz Eugenia levantó en Biarritz *la ville Eugenie*, y Biarritz quedó al nivel de Trouville, Dieppe y Etretat. Los españoles lo invaden en verano, los ingleses en invierno y los rusos en otoño, como si por turno quisieran disfrutar sus comodidades bastante problemáticas y sus encantos harto discutibles.

El lujo se apresuró á levantar allí *villas* y palacios, la especulación, hôteles y casinos: sólo la piedad se quedó con las manos quietas. En Biarritz apenas si existe una iglesia.

En la carretera de Bayona hay hacia el lado del mar una *villa* deliciosa, que se asienta en un reducido parque, como una paloma en su nido de verdura: extiéndese aquél á lo largo del camino, cerrado por una gran verja de hierro, en cuya puerta campea á uno y otro lado este letrero:

Villa María. Da ésta entrada á una gran calle, que sombreada por árboles magníficos, describe tres caprichosas vueltas, salta un diminuto riachuelo, y lleva á una plazoleta semicircular, atestada de flores, especie de *square* delicioso, que sirve como de patio de honor á la casa.

Tres gradas de mármol blanco dan ingreso al piso bajo, destinado sólo á recibimiento, y adornado con esa pulcra sencillez que adopta todo lo bello y destierra todo lo suntuoso, y constituye el buen gusto y la elegancia, en el decorado de un palacio de campo. En el fondo del vestíbulo abríase la puerta del salón, y llegábase por éste á un pequeño gabinete, tapizado todo de cretona, con grandes flores cobrizas. Ocupaba uno de sus frentes una chimenea de mármol blanco, y formaba el otro una gran ventana de cristales, abierta de arriba abajo, que dejaba entrar el sol á raudales, y permitía ver la verdura del parque en primer término, la arena de la playa más lejos, y el azul del mar en lontananza.

Las once habían dado ya en el reloj del torreoncito de la *villa,* y dos señoras, sentadas á uno y otro lado de la chimenea, hablaban en el gabinete. Una lloraba en silencio: la otra parecía consolarla.

Representaba ésta más de cuarenta años, y su falta absoluta de pretensiones, en nada disimulaba la sorda lima del tiempo. Un sencillo peine de concha sujetaba su abundante cabellera, blanca casi por completo, y su rica bata de paño labrado con vueltas de terciopelo, lejos de prestar realce alguno á su persona, parecía más bien recibir ella misma del talle airoso y noble de la dama, la severa elegancia de su corte y de sus pliegues.

Su rostro, algo moreno y nada correcto en sus rasgos, tenía, sin embargo, esa móvil belleza que da la expresión, y viene á ser con recpecto á la fisonomía, lo que el colorido

con respecto al dibujo; belleza más bien moral que física, que se escapa siempre al pincel, y constituía el principal encanto de aquella señora, dotada de cierta viveza natural que no le quitaba señorío, cierta gracia espontánea y cariñosa, que unida á un ligerísimo ceceo, acusaban su procedencia andaluza.

Era la otra mucho más joven, parecía abatida y estaba enferma: su rostro descolorido formaba un óvalo perfecto, y llamaban en él la atención los ojos por lo dulces, la boca por lo triste. Aquéllos, grandes, azules, de mirada vaga, un poco alta, como lo es en medio del dolor, la mirada de la esperanza: ésta, pálida, caída por los extremos, con esa curvatura que indica el sufrimiento habitual, y es el primer signo que estampa la agonía en los enfermos desahuciados y en los condenados á muerte. Traía puesto un sombrero oscuro, sin velo, un largo abrigo de piel de nutria, y escondía sus enguantadas manos en un manguito de la misma piel.

Era esta señora la Marquesa de Sabadell, y la otra, en cuya casa se hallaba, era la de Villasis, su amiga íntima.

El correo de aquella mañana había traído á las dos señoras noticias importantes; la Villasis había recibido la carta de Diógenes, y otra larga y detallada del P. Cifuentes. La Marquesa de Sabadell, por su parte, encontróse al volver de Misa con una carta, que hizo vibrar en un instante cuantas fibras sensibles existían en su corazón: por un momento, creyó la infeliz mujer que iba á desmayarse.

Diez años se le habían pasado sin ver la letra de Jacobo, y aun antes de fijar los ojos en el sobre, ese algo certero y misterioso que en circunstancias dadas agita el corazón y fija de repente el pensamiento en un punto remoto y olvidado, le avisó de quién era la carta.

Tambaleándose entró en su alcoba, bebió con mano

trémula un sorbo de agua, y dejóse caer sin fuerzas en una butaca, mirando la carta que tenía en las manos, sin osar abrirla.

El pasado entero se le vino á la memoria de un golpe, como una de esas grandes olas que revientan en la playa, borrando por completo la espuma de otras menores. Sus breves días de ventura, cuando enamorada perdidamente de su esposo y creyéndose de él correspondida, habíase creído en posesión del falso objeto de la vida, que es la dicha, y se había olvidado del objeto verdadero, que es Dios, se le pusieron delante.

Esta fué su única culpa; culpa de hijos ingratos en que incurre la inmensa mayoría del linaje humano, que se olvida de Dios en la felicidad y solo le recuerda en el llanto, porque cuadra más á su condición egoísta pedir remedios que agradecer bondades. ¡Harto lo conocía ella entonces, y harto lo estaba expiando!...

Vinieron luego las pequeñas infidelidades y los pequeños desencantos, sufridos sin reproches, perdonados sin restricción, que no lograron derribar el ídolo de aquella alma enamorada, manso río sin borrascas, arpa eolia en que hasta los mugidos del huracán se transformaban en suspiros... Después vinieron las grandes ofensas, y á poco los terribles descubrimientos de vicios enormes, que brotaban como setas monstruosas bajo el aspecto seductor de aquel esposo adorado; de inclinaciones depravadas, pasiones indómitas, costumbres disolutas é innumerables defectos, que nacían y vivían en su alma como en la carne podrida los gusanos asquerosos.

El ídolo hízose monstruoso, y la infeliz mujer quiso arrojarlo de su corazón indignada, como se arroja lo que ofende, lo que mancha, lo que deshonra; mas el alma íbasele detrás, llena de angustia y de vergüenza, porque el

ídolo seguía siempre de pie, siempre reinando en ella, y no por ser monstruoso, dejaba de ser ídolo!...

Llegó al fin la ruina, y tras la ruina vino luego el abandono, los largos días solitarios, esperando en vano una carta mil veces contestada antes de ser escrita, aguardando siempre la demanda de un perdón ya de antemano concedido, acostándose con la agonía de despertar... de despertar al día siguiente para hallarse de nuevo sola ¡sola! en la arena del combate y del dolor, preguntándose á sí misma como el infortunado Delfín de Francia, á su madre María Antonieta: ¿Hoy es todavía ayer?... ¡Y el ayer era siempre hoy, y el ídolo era ídolo siempre!...

Y en aquel momento, al revolver aquella carta después de tantos años, aquel turbio oleaje de penas abrumadoras, punzantes desdenes, ofensas terribles, negras ingratitudes, lágrimas solitarias y despreciados sacrificios, veía la infeliz levantarse en su corazón el amor á su marido, vivo siempre, fuerte, avasallador, resistiendo al olvido, al desdén, al insulto, al tiempo mismo y á la ausencia misma, viviendo sin esperanzas que le mantuvieran y le dieran savia, y por eso inmortal como el alma.

La pobre mujer tuvo miedo de sí misma, y un llanto amarguísimo brotó de su corazón á raudales. Acordóse de su hijo, cuyo ángel de la guarda era ella, encargada de defender sus intereses y su educación contra su padre mismo, y temió que aquel amor apasionado fuera en su corazón el punto flaco que la llevara á pactar con el enemigo, la planta viciosa que arrebata á cuantas la rodean los jugos de la tierra, apropiándose ella sola la savia que vivifica y da frescura y lozanía...

Había en el fondo de la alcoba un tríptico precioso, sobre un reclinatorio sencillísimo, y en este se arrojó la Marquesa, llorando á mares para leer á los pies de la Virgen la carta inesperada.

Jacobo, sin preámbulos de ningún género, anunciaba á su mujer su próxima llegada, para tratar con ella de asuntos importantes, cuyo arreglo le había *aconsejado* el P. Cifuentes, excelente persona que había conocido en París, *llenando su corazón abatido, de esperanza y de consuelo...*

La Marquesa creyó haber leído mal aquel último párrafo de la breve carta, y tornó una y otra vez á leerlo. La hipocresía era el único vicio que jamás había observado en Jacobo, y ó aquella carta la rebosaba por todas sus letras, ó Dios había hecho en él uno de sus prodigios. ¿Confortado con esperanzas y consuelos del P. Cifuentes, aquel corazón cuyo frío egoísmo le mantenía siempre fresco é insensible, como un cadáver entre témpanos de nieve?...

Absurdo era esto; pero era posible, era su oración cotidiana hacía doce años, su plegaria más ardiente, su súplica más repetida, y ¡Dios era tan bueno, tan grande, tan Padre!...

Y aunque algo duro é inflexible se alzaba en el fondo de su corazón, gritando que aquello era una farsa, una nueva vileza, la Marquesa ahogaba esta voz sin darse cuenta de ello, para dejar entrar allí un rayo de sol que disipase las tinieblas de su triste abandono, para dejar que la esperanza y el deseo levantasen juntos y á su placer, un bello castillo en el aire.

Sin acordarse de desayunar siquiera, ni detenerse más tiempo que el preciso para lavarse en el tocador los ojos llorosos, corrió Elvira á casa de la Marquesa de Villasis, haciéndose la ilusión de que iba á buscar en el claro entendimiento y en el cariño acendrado de su amiga un consejo prudente, y yendo en realidad en busca de algo que con la autoridad de aquélla, pudiera robustecer y dar cuerpo á su esperanza...

La Villasis sabía muy bien á qué atenerse, porque el

P. Cifuentes le daba en su carta cuenta detallada de su entrevista con Jacobo. Habíasele presentado éste disimulando bajo su arrogante petulancia, el encogimiento y la especie de miedo receloso que suelen infundir los Jesuítas á las personas mundanas que sólo les conocen por las mil patrañas que en pro y en contra de ellos corren contadas ó escritas.

Mas al ver delante de sí aquel hombre pequeñito, insignificante en su persona hasta la vulgaridad, llano en el decir hasta el desaliño, que jamás sacaba las manos de las mangas, como no fuera para tomar rapé en su tabaquera de cuerno, y ponía de manifiesto con deplorable frecuencia, un pañuelo de yerbas insolente de puro feo, á cuadros azules y amarillos, con algunos vivitos verdes, trocóse su recelo en desprecio, y con la desdeñosa frialdad que guarda el grande orgulloso para el pequeño que juzga empingorotado sobre una superioridad usurpada, manifestóle su *deseo* de reconciliarse con su mujer, olvidando todo lo pasado, y expresóle su *voluntad* de que fuera él mismo quien aconsejara á la esposa abandonada acceder á sus pretensiones.

Y entonces fué cuando Jacobo quedó convencido de que el P. Cifuentes era un infeliz, un cuitadito sin pizca alguna de mundo, como el tío Frasquito le había dicho antes.

Las manos del Jesuíta se hundieron más y más en lo profundo de sus mangas, y muy alborozado y satisfecho, opinó que nada había más conforme á la moral cristiana que la paz de la familia y el perdón de las injurias... Pero—y aquí apareció de nuevo la tabaquera de cuerno, para suministrar á los dedos del P. Cifuentes un polvo digno del gran Federico—en cuanto á aconsejar él á la señora Marquesa que accediese á las pretensiones del Sr. Marqués, había de tener en cuenta el Sr. Marqués, que la señora Marquesa nada le había consultado, y que la primera condición del consejo prudente, es la de ser pedido...

Jacobo abrió la boca para replicar; pero el pañuelo á cuadros azules y amarillos con algunos vivitos verdes salió á relucir, y el P. Cifuentes añadió que creía, tenía entendido, le parecía probable que la señora Marquesa de Sabadell estaba á punto de salir de Biarritz, y que en el caso de no encontrarla, lo más prudente y oportuno para el Sr. Marqués sería dirigirse á la señora Marquesa de Villasis, persona muy su amiga, de grandes luces y mayores virtudes, para la cual se brindaba á darle una carta suplicándole que las tomase ella en el asunto.

El tío Frasquito, que con gran falta de delicadeza hija de su deseo vehementísimo de seguir las peripecias del drama, se había constituído en testigo de la conferencia, metió entonces su cucharada, asegurando que aquello estaba muy bien pensado, que su sobrino el P. Cifuentes tenía razón hasta por encima del solideo, y que lo más derecho para su sobrino Jacobo era dirigirse desde luego á su sobrina Villasis, porque lo que ésta no alcanzase de su sobrina Sabadell, nadie en el mundo, fuera ó no sobrino suyo, podría alcanzarlo.

Jacobo meditó un momento el plan que le proponían, y pensando escribir desde luego á su esposa para detener su marcha con la noticia de su ida, aceptó á todo evento la carta para la Marquesa de Villasis, y despidióse del Padre Cifuentes, llamándole D. Gregorio. En todo el transcurso de la plática, había evitado con marcada afectación designarle con el nombre de *Padre,* llamándole siempre Sr. Cifuentes.

El Sr. Cifuentes acompañó hasta la puerta á la aristocrática pareja, con sus manos siempre metidas en las mangas, y al verla desaparecer en el coche, permitióse murmurar del sobrino de su tío y de su tío mismo, diciendo para su sotana:

—¡Exacta alegoría del mundo!... La necedad amparando al vicio.

Y sin perder un momento, púsose á escribir á la Marquesa de Villasis, dándole un juicio sobre los planes de Jacobo, que coincidía por completo con el dado ya por Diógenes, suplicándole que evitase á toda costa que Elvira y su marido se viesen, á fin de que éste no pudiera engañarla, y encargándole también con grandes instancias que ahuyentara para siempre con algún recurso de su femenil ingenio, á aquel desdichado que pretendía explotar á su infeliz mujer, con grave riesgo de su inocente hijo.

Guardóse muy bien la Villasis de comunicar á Elvira estas noticias, y como el experto médico que debilita en varias dósis un brebaje demasiado fuerte, trocándolo de veneno en medicina, dispúsose á desengañar á la infeliz, poco á poco y por partes. Leyó, pues, atentamente la carta que agitada y temblorosa le presentaba Elvira, y devolvióosela sin decir palabra. Ella le interrogaba con los tristes ojos preñados de lágrimas; la Villasis dijo entonces moviendo lentamente la cabeza:

—Eres turco y no te creo...

Elvira bajó anonadada la suya, porque le pareció que aquellas palabras derrumbaban de un golpe, el castillo que allá en el fondo de su corazón levantaron antes la esperanza y el deseo. Dos grandes lágrimas se desprendieron de sus ojos, mientras murmuraba tímidamente:

—¡He rezado tanto!... ¡He llorado tanto!...

—¡Es verdad!... ¡Pero ha mentido tanto!... ¡Ha rodado tanto!...

—Dios puede hacer un milagro...

—Y el hombre puede hacerlo inútil.

—Yo espero que no...

—Yo temo que sí.

—¿Pero á ti quién te lo dice?...

—¿Y á ti quién te lo asegura?

El llanto de Elvira se trocó entonces en sollozos, y como si aquella pena fuese nueva para ella, sintió en toda su plenitud la primera necesidad de todos los débiles en la desgracia; buscar unos brazos amigos en que arrojarse, un pecho leal en que esconder el rostro lleno de lágrimas...

La Villasis la recibió en los suyos, estrechándola contra su corazón, besándola en la frente, hablándola al oído, con la voz suave y cariñosa con que se habla á un niño enfermo ó desolado. Ella, sollozando sin cesar, repetía:

—¿Y qué hago?... ¿Qué hago?...

—Irte.

—¿Pero á dónde?...

—Á Lourdes... Á esperar junto á la Virgen Santísima que pase la tormenta.

—Irá allí á buscarme...

—No irá... Yo me encargo de detenerlo.

—¿Pero y si fuera verdad, María?—tornó á decir Elvira aferrándose á su idea.—¿Y si su arrepentimiento es cierto, y se encuentra el pobre con que le cierro la puerta?...

—Entonces sabré yo conocerlo y te lo llevaré á Lourdes yo misma... Iremos los tres á buscarte; él, yo y tu hijo.

—¡Ay Alfonsito!... ¡pobre hijo de mi corazón!... ¿Y qué hago con él? ¿Me lo llevo?...

—No: déjalo en el colegio.

—¡Oh, no, no, eso no!—exclamó Elvira fuera de sí.—¿Y si su padre va á verlo y se lo lleva y me lo quita?... ¡Hijo de mi alma!... ¡verme yo sin él!... ¡Me muero entonces!... ¡me muero!...

Y ante esta idea que la aterraba, la infeliz mujer, abrumada por el dolor y debilitada por la inanición, sufrió un ligero desvanecimiento. Hízola la Marquesa tomar una taza

de caldo y una copa de vino generoso, y poco á poco logró al fin tranquilizarla.

Entonces concertaron su plan: Elvira había de partir aquella misma noche á Lourdes, acompañada de Mlle. Carmagnac, señora muy respetable, que había sido aya de la única hija de la Marquesa de Villasis. Esta dictó á Elvira una carta que habían de entregar á Jacobo, cuando se presentara en casa de su esposa; decíale en ella que asuntos muy urgentes le impedían esperarle en Biarritz, y que la Marquesa de Villasis quedaba con ámplios poderes para tratar con él toda clase de negocios, conformándose Elvira desde luego con lo que ambos concertaran.

Á todo asentía la Marquesa de Sabadell, con esa especie de inercia moral que enerva la voluntad, cuando en cualquier negocio de la vida se apaga la fe y muere la esperanza. Mas en las naturalezas heróicas crecen las fuerzas en la misma proporción que crece el dolor del sacrificio, y sin derramar una lágrima ni mostrarse ya acongojada ni afligida, ocupóse tan solo de sus preparativos de marcha.

Las dos señoras almorzaron juntas en casa de la Sabadell; entregó ésta á su amiga algunos papeles importantes que la Villasis quería tener á mano, por si en su conferencia con Jacobo le fueran necesarios, y marcharon después ambas á Guichon, pequeña aldehuela situada entre Bayona y Biarritz, donde los jesuítas expulsados de España por la Revolución habían abierto el colegio en que Alfonsito Téllez se educaba.

Despidióse Elvira de su hijo sin decir cuándo ni á dónde iba, y el Rector del colegio, que conocía á fondo todas las pesadumbres de la dama, quedó encargado de no permitir que el niño recibiese otra visita que la de la Marquesa de Villasis, dutante la corta ausencia de su madre. Dos horas después despedíase aquélla de Elvira en la estación de la

Negresse, y volvía triste y preocupada á la *Villa María,* dando al punto orden de no recibir á nadie.

Encerróse temprano en su gabinete y pasó gran parte de la noche repasando y estudiando los papeles de Elvira, y escribiendo una especie de documento en forma de artículos numerados. Levantóse muy de mañana al otro día, fuese á la capilla de Santa Eugenia, oyó dos misas y comulgó devotamente; la prudencia de la mujer había tirado la noche antes sus cálculos, y la fe de la cristiana iba á buscar entonces en el Sacramento la gracia divina que necesitaba para vencer en la lucha.

La mañana estaba magnífica y prometía uno de esos espléndidos días de invierno en que los miembros se desentumecen, el alma se alegra y el barómetro sube, como si quisiera descubrir á lo lejos la llegada de la primavera. Á las tres de la tarde hallábase abierto de par en par el mirador de cristales del gabinete que ya conocemos, y el sol entraba á raudales, llenándolo todo de luz, de colores y de reflejos. La Marquesa amaba el sol y el aire con la pasión con que los aman los pobres, y odiaba ese misterioso y coquetuelo *petit jour* en que se refugian las beldades trasnochadas para ocultar los estragos del tiempo. Uníanse en el jardín las carcajadas de Monina que saltaba la cuerda, con los mugidos del mar que azotaba la costa, como si en aquella naturaleza tan bella, tan en calma, tan espléndida, se armonizara lo inocente con lo terrible, el mar y el niño, la extrema debilidad y la extrema fiereza.

La Villasis, apoyada en la ventana, seguía con la vista los juegos y carreras de aquel bello ángel, que ocupaba y llenaba por completo su corazón, con ser éste tan grande. Era aquella niña su nieta, hija de su única hija, muerta al darla á luz cinco años antes, y huérfana también de padre. De repente, la Marquesa cerró la ventana y sentóse junto

á ella, al lado del pequeño *secrétaire* en que solía despachar su correspondencia ordinaria. Había escuchado á lo lejos el ruido de un coche, que se deslizaba sobre las enarenadas calles del parque, y á poco, un criado anunciaba en el gabinete al Marqués de Sabadell.

La Marquesa se santiguó vivamente, no bien desapareció el lacayo, fijó un momento sus grandes y vivos ojos negros en un cuadro bellísimo de la Virgen, que había en el testero, y volvióse hacia la puerta, tan risueña, tan señora y tan serena, como cuando recibía en Madrid á sus amigos íntimos.





VIII

PARA que el lector pueda comprender toda la importancia que tenía para Jacobo aquella entrevista, preciso es ponerle en aquellos antecedentes que el tiempo y la casualidad han suministrado hasta hoy, haciendo alguna luz en las tinieblas que rodean á crímenes todavía impunes, y á intrigas no del todo desenredadas.

Nadie ignora que la masonería quedó triunfante en España al estallar la Revolución de 1868; pareció, sin embargo, con harta razón á algunos caciques de la secta, que no estaba aún maduro el pueblo de España para plantear la República, y resolvieron entronizar mientras tanto á un monarca constitucional, que fuera entre sus manos un mero instrumento. Fué entonces elegido á este propósito el Duque de Aosta, y encargáronse de ofrecerle la corona como delegados de la secta, el general Prim y D. Manuel Ruiz Zorrilla, nombrado más tarde Gran Oriente honorario del Supremo Consejo de España.

Estallaron con estas causas graves disidencias en el seno mismo de las logias, que vinieron á dar por resultado el

asesinato del general Prim, mientras la comisión encargada de ofrecer oficialmente la corona de España al Duque de Aosta, volvía de Florencia.

Formaba parte de aquella comisión cierto personaje, hombre práctico y prudente, cuya memoria nos guardaremos bien de deshonrar, suponiéndole sin dato alguno fidedigno que lo pruebe, afiliado á las sectas: es, sin embargo, cierto, que dicho personaje tomaba caluroso partido por la política de una de aquellas fracciones, y llevaba consigo en aquel viaje, con designio misterioso, papeles de gran importancia que comprometían á muchos de los secuaces de la política contraria.

La muerte sorprendió al personaje en Génova el 11 de Diciembre, é ignórase al presente por qué mano fueron á parar entonces aquellos papeles á cierta logia de Milán, que los remitió más tarde á Víctor Manuel como armas preciosas que podían muy bien afianzar en España el trono siempre vacilante de su hijo, atando de pies y manos á ciertos políticos venales, modelo en todas las épocas de deslealtad y de impudencia.

Acertó entonces á llegar á Milán, fugitivo de Constantinopla, el Marqués de Sabadell, perdido y arruinado, y presentóse en aquella logia, donde años antes le había iniciado Garibaldi. Acogiéronle los venerables como á enviado del Gran Arquitecto, y presentáronle al punto á Víctor Manuel, como el hombre á propósito para llevar á España documentos é instrucciones, é imprimir á la política de D. Amadeo el rumbo deseado en Italia.

El refuerzo llegó, sin embargo, tarde, y ya hemos visto cómo la caída del Duque de Aosta destruyó en París las cuentas galanas que no sin probable fundamento tiraba Jacobo. Vióse entonces de nuevo solo y arruinado, y la necesidad, mala consejera siempre y móvil las más de las veces

de empresas descabelladas, sugirióle la idea de utilizar en provecho propio el precioso depósito, y aquí comenzaron las complicaciones y los peligros, los planes trazados y abortados.

Era su idea madre poner sus preciosas armas al servicio de alfonsinos ó carlistas, según tuvieran éstos ó aquéllos más ó menos probabilidades de triunfo, y para destruir por de pronto el mal efecto que en los primeros había causado su repentina presencia en París, apresuróse á propalar por medio del tío Frasquito la novelesca historia de la Cadina, que tan *gloriosamente* justificaba su fuga de Constantinopla.

Mas érale preciso al mismo tiempo y antes que nada, hacer perder la pista á los masones chasqueados, y á este propósito ideó Jacobo reconciliarse con su mujer y oscurecerse á su lado por un año, durante el cual viviría tranquilamente de las rentas de ésta, garantizaría con ellas en lo posible el pago de sus deudas, y tantearía el terreno despacio y sin ruido, hasta encontrar el mejor postor á los servicios que pensaba sacar á pública subasta.

Su reconciliación con Elvira era, por lo tanto, la clave del arco que había fabricado, y tratábase de colocarla en aquella entrevista. Entró, pues, en el gabinete, armado de toda su osadía, serèno, risueño y con aire de amigo que prepara á otro con su presencia una sorpresa inesperada y agradable. Al verle entrar la Marquesa tendióle la mano con grande afecto, diciendo cariñosamente:

—¡Adiós, Jacobo!... ¿Cómo te va?... Pero ¡Dios mío, si por ti no pasa el tiempo!... Te encuentro lo mismo, lo mismo que cuando nos vimos hace cinco años en Bruselas. ¿Te acuerdas?

Jacobo apretó cordialmente entre las dos suyas la mano que la dama le tendía, y le contestó con no menor cariño y agasajo:

—¡Ya lo creo que me acuerdo!... Los encuentros contigo no se olvidan fácilmente... Pero tú si que te has plantado en los veinticinco años: siempre tan...

—¡Jacobo, por Dios!... Que abofeteas á la verdad por decir una galantería... ¿No me ves la cabeza?... ¡Blanca!...

—¡Ca!... Eso es refinamiento de coquetería; que te empolvas el pelo, como las Marquesas de la corte de Luis XV...

—Ya voy teniendo algún punto de contacto con ellas—exclamó riendo la Marquesa.—Á lo menos en lo añejo de la fecha.

Jacobo habíase sentado mientras tanto en una silla, al otro lado del pequeño *secrétaire,* que vino á quedar entre ambos: encontróse algún tanto embarazado después de este primer saludo, y esperando que la Marquesa entrase la primera en el terreno en que uno y otro deseaban encontrarse, púsose á hablar de la afluencia de hombres políticos de todos colores que llegaban en aquellos días á Biarritz: parecía aquello la costa, á que la república de España fuese arrojando los restos del naufragio de la monarquía saboyana.

La Marquesa dió entonces el primer paso, diciendo con intención marcadísima:

—Sí... Parece que Biarritz es el teatro escogido para las negociaciones diplomáticas.

Hízose Jacobo el sueco, y contestó con tono doctoral de hombre político:

—Dudosas se presentan... No creo que cuaje ninguna...

—¿Ninguna?—preguntó riendo la Marquesa.—¿Ni tampoco las mías?...

—¡Ah! ¡ya eso es otra cosa!—replicó jovialmente Jacobo.—Á la diplomacia de las faldas no hay quien resista. Recuerdo haberle oído á Castelar que el mundo es de las faldas y de las faldas; es decir, de las enaguas y de las sotanas.

—Pues téngaselo V. por dicho, señor de Bismarck...

Porque supongo sabrás que estoy nombrada plenipotenciaria...

—Sí—replicó Jacobo—ya me han entregado las credenciales.

Y al decir esto, puso sobre la mesita del *secrétaire* la carta que, dictada por la Villasis misma, le había escrito Elvira la víspera. Leyóla atentamente la Marquesa, como si le fuera desconocida, y devolviósela á Jacobo diciendo:

—Me parece que están en regla... Puede el Sr. Bismarck cuando guste, exponerme la marcha de su política.

—Yo creo más correcto que el señor...

Jacobo se detuvo sonriendo, como si ignorase el nombre de su antagonista diplomático, y la Marquesa le apuntó muy formalmente:

—Antonelli... Así no saldremos de faldas.

—... que Mons. Antonelli exponga antes la suya... El Nuncio ha sido siempre el decano del Cuerpo diplomático.

—Y por lo mismo debe de hablar el último; con que cayó usted en un renuncio, señor de Bismarck... Pero no hay que apurarse por ello, que yo expondré la mía con una sinceridad impropia del oficio... Mi política es ésta: «Padre nuestro que estás en los cielos... Hágase tu voluntad... Perdónanos nuestras deudas, *como nosotros perdonamos á nuestros deudores...* No nos dejes caer en *la tentación...* Líbranos de *mal...*

La Marquesa supo dar tal inflexión á algunas de estas palabras, que su política fué perfectamente comprendida por Jacobo. Aquello de que los deudores quedaban perdonados, sentóle muy bien, y le llenó de esperanza.

—¡Política italiana!—dijo moviendo la cabeza.—Es la más hábil.

—Italiana no, romana—replicó vivamente la Marquesa.—¡Es la más santa!...

Jacobo creyó llegado el momento de dejar ese tono hu-

morístico, tan peculiar á los españoles hasta en los más graves asuntos, y se dispuso á entrar en materia: colocó los guantes, que se había quitado, sobre la mesa del *secrétaire,* y apoyando en ella ambos codos y dando vueltas al magnífico brillante que en uno de sus meñiques tenía, comenzó á decir mirando sus reflejos:

—Mira, María... Me alegro de tratar contigo este asunto mejor que con Elvira, porque eres una mujer de mundo, y sabrás comprender mi situación y ponerte en mi caso... Elvira es un ángel... con alas de cisne; tú eres también un ángel, pero con alas de águila...

La imagen resultaba bonita, y la Marquesa agradeció el cumplido con una ligera sonrisa.

—Mi situación actual—prosiguió Jacobo—puede concretarse en esta fórmula: «He corrido mucho, y me he cansado pronto». Recuerdo haber leído en Confucio...

La Marquesa no pudo contener la risa al oir el santo Padre que con tan pedantesca formalidad alegaba Jacobo, y corrido éste algún tanto, preguntó contrariado:

—¿Te ríes?...

—No, hombre, no... Me río del autor, no de la cita.. Veamos la sentencia.

—Y bien profunda que es—replicó Jacobo.—«Subí á la montaña de Tam-Sam, y el reino de Sú me pareció pequeño: seguí subiendo al monte de Tai-Sam, más elevado aún, y el imperio me pareció pequeño». Así me ha sucedido á mí: mientras más alto me han elevado los eventos de mi vida, más despreciables me han parecido mis triunfos.

—Pues verdaderamente que el Sr. Confucio no anduvo desacertado en la parabolita—dijo la Marquesa.—Pero al aplicarte tú el cuento, te las calzas al revés, amigo mío... No debes de decir *subí,* sino *bajé;* porque esos *triunfos* de tu vida no te han ensalzado, sino rebajado mucho... Por

eso debiste decir: «Bajé al charco de Tam-Sam, y la idea de la virtud la perdí de vista; me hundí en la cisterna de Tai-Sam, mucho más profunda, mucho más cenagosa, y las ideas del honor y del deber se borraron del todo...»

Esta brusca é inesperada arremetida desconcertó por completo á Jacobo, y mordiéndose los labios, dijo amargamente:

—¡Política romana, con todas sus intransigencias!

—¡Política *bismarckiana* la tuya, con todas sus criminales, ¡nótalo bien! sus criminales condescendencias!...

Jacobo bajó en silencio la cabeza, pálido de ira, y se puso á estirar sus guantes sobre la mesa; comprendió que ese tergiversado criterio moral, que disfraza con pomposos nombres, ruines defectos y vicios enormes, se lo rechazaban allí por falso: que la *política romana* llamaba al pan pan y al vino vino, al vicio vicio, á la infamia, infamia, y á las *pequeñeces* monstruosidades, y convencióse por ende de que había errado el camino, tratando de justificar el pasado. Resolvióse, pues, á cantar la palinodia por completo, y á echar mano al mismo tiempo de los que juzgaba él su artillería de reserva.

La Marquesa, por su parte, habíale acometido tan brusca y cruelmente para ensanchar el campo en que quería examinarle, y no descubrir con una confianza harto prematura y harto crédula, el lazo que tendía ella al farsante con su estrategia.

—Tienes razón, María—dijo al cabo gravemente.—Pero no podrás menos de concederme, que algo indica y algo merece el amor propio que se doblega hasta hacer esta confesión, y que no es caritativo ni cristiano retirar á quien quiere salir del charco la mano que puede ayudarle... El P. Cifuentes, añadió con triste sonrisa, con ser más *romano* que tú, me ha concedido ambas cosas.

—¿Qué te ha dicho el P. Cifuentes?...

—Me dió para ti esta carta—contestó Jacobo entregándole una.

Leyóla también la Marquesa como si le fuera desconocida, y aparentando darle un alcance que por ningún concepto tenía, dijo vivamente con aire de satisfacción grandísima:

—Esto es ya otra cosa... El voto del P. Cifuentes es para mí decisivo, y me tienes por completo de tu parte. Exponme ahora tus deseos, claros y concretos.

¡Castelar tenía razón!... ¡Indudable era que las sotanas partían con las faldas el imperio del mundo!... Y mientras esto pensaba Jacobo con cierto rabioso despecho, que le hacía aún más antipático al P. Cifuentes, púsose á trazar un plan encantador, un verdadero idilio aristocrático, mitad campestre, mitad feudal, que fué exponiendo poco á poco y por partes.

Él no tenía deseos, ni podía concebir otros que los que Elvira tuviese: él era el vencido, el perdonado, y no podía tener otras aspiraciones, que obedecer en todo y por todo, y resucitar aquel tiempo lejano en que tan felices habían sido ambos, amándose tanto, tanto... Y aquí pareció Jacobo muy conmovido, y dió muestras de su erudición, trayendo á la memoria aquello de Dante:

Nessum maggior dolore
Che ricordarsi del tempo felice
Nella miseria.

y parafraseándolo con aquello otro del Marqués de Santillana:

La mayor cuyta que aver
Puede ningún amador,
Es membrarse del placer
En el tiempo del dolor.

La Marquesa parecía encantada y también conmovida, y le instó á que dejando á un lado honrosas delicadezas, le manifestara el plan de vida que sería su gusto entablar, supuesta, *como ya podía suponerse*, su reconciliación con Elvira.

Creyóse ya Jacobo con esto dueño del campo, y su vanidad inmensa le hizo sentir la satisfacción de haber sabido engañar, antes que el goce de haber logrado su objeto. Las mil frases bonitas que había leído y conservado en la memoria para matizar con ellas su pintoresca elocuencia, acudieron en tropel á sus labios saliendo á borbotones. ¿Qué plan de vida podía tener él, como no fuera pasar la suya entera adorando á Elvira, con una pasión humilde, discreta, satisfecha con arder á lo lejos, como en la última grada del altar el cirio de un pobre?...

Allá en tierra de Granada tenía él un castillo antiguo, la torre de Téllez-Ponce, con terrenos de labor y montes espesísimos, donde desengañado de la Revolución había soñado muchas veces combatirla, realizando el ideal del Grande de España antiguo, apoyado en el arado y en la espada, siendo á la vez señor y protector de la comarca, padre de sus colonos, y al mismo tiempo su caudillo... ¿Querría Elvira ayudarle en aquella obra, encerrándose con él en aquel retiro?...

¡Ah! si la Grandeza entera de España, comprendiendo al fin sus intereses hiciera lo mismo, y dejando á los ricos improvisados y á los políticos de pacotilla, el lujo con sus vicios, el poder con sus truhanerías, fuese ella caritativa en los campos, mientras eran ellos usureros en la corte, diese ella su mano al pobre campesino, mientras ellos le rechazan con altanería, el pueblo, el verdadero pueblo comprendería al fin cuáles eran sus amigos sinceros, y el lodo de la política podría fermentar en la corte, producir revoluciones,

lanzar sobre el país decretos inmundos... Mas toda aquella insolencia espiraría sin fuerza sobre la yerba de los campos, y la ola de cieno no mancharía jamás el dintel de sus iglesias y castillos, defendidos por un baluarte de caseríos!...

La Marquesa miraba y escuchaba á Jacobo, con entusiasmo, con admiración... con admiración tan grande y profunda, como que algo parecido á aquella hermosa perorata lo había leído ella en Veuillot hacía varios años; como que allí mismo, en el *secrétaire* que tenía delante, hallábase guardada entre los papeles de Elvira, la escritura de venta de la torre de Téllez-Ponce, sacada á pública subasta por los acreedores de Jacobo, y comprada bajo cuerda por Elvira misma, para salvar de los usureros aquel último recuerdo histórico de la familia á que pertenecía su hijo.

La bondadosa sonrisa de la Marquesa no desapareció, sin embargo, ante farsa tan innoble, y entusiasmada y conmovida, apresuróse á asegurar á Jacobo que no podía imaginar un plan más al gusto de Elvira, y que ella lo aceptaba desde luego, y lo refrendaba en su nombre.

—¿No es verdad que mi idea es profunda?—exclamó Jacobo cegado por la vanidad de orador, que era la más grande y la más mimada de todas sus vanidades.

¡Ah! ¡muchas y tristes experiencias le había costado concebirla y desarrollarla!... Y lo que en aquel momento le hacía encontrarla más oportuna, más cara á su entendimiento y más grata á su corazón, era que ella misma venía á orillar el único reparo que al intentar su reconciliación con Elvira se le había puesto delante: reparo de delicadeza, de hombre de pundonor, que quiere ponerse á cubierto de las hablillas del vulgo...

Habíase enterado en París por el tío Frasquito, de que Elvira había ganado un pleito de interés, que era á la sazón muy rica, y esto estuvo á punto de retraerle, porque

el mundo era muy malévolo y mil lenguas murmuradoras se apresurarían á decir, que no eran el desengaño y el arrepentimiento, sino el dinero de su mujer y la ruina propia, los que le impulsaban á dar aquel paso... Mas retirándose á Téllez-Ponce, podían vivir con las rentas de aquella finca, suya, de él propia, y conservar el caudal de Elvira intacto, para patrimonio de su hijo.

Aquella era la primera vez que en todo el transcurso de la conversación nombraba Jacobo al niño, y hacíalo para asegurar una fraudulenta impostura. La Marquesa sintió que el corazón se le oprimía oyéndole hablar de aquel arrepentimiento en que no entraba la idea de Dios; de aquel amor á su mujer en que no entraba la ternura hacia su hijo, y dulcificando con un esfuerzo de su poderosa voluntad más y más su sonrisa, y dando á su acento más marcado tinte de confianza y de cariño, dijo moviendo desdeñosamente la cabeza:

—¡Bah!... No pienses en eso...

—Sí, María, sí; hay que pensar en ello, porque lo que se cuenta de los hombres, sea ó no cierto, ocupa de ordinario tanto lugar en sus vidas, como lo que realmente han hecho. ¡Bien lo sé yo por experiencia propia!

—¡Obrar bien, que Dios es Dios!—dijo sentenciosamente la Marquesa.—¡Ese es mi lema!

—Y el mío también... desde hace algún tiempo. Pero no hay que perder de vista, que si la virtud depende de nuestras propias acciones, la honra depende de la opinión ajena.

—Pues ya tienes en favor tuyo la de las gentes honradas... ¿Qué más quieres?...

—Nada, nada más quiero—replicó Jacobo.—Por eso, en cuanto el P. Cifuentes me lo aconsejó, cesaron al punto mis dudas.

—Y además de eso—añadió la Marquesa con ingenui-

dad sencillísima—tu pensamiento ha coincidido con el mío... ¡Claro está! un hombre decente no podía pensar otra cosa; y por eso había yo previsto, para acallar tus escrúpulos, un remedio facilísimo...

—¿Cuál?—preguntó Jacobo algún tanto suspenso.

La Marquesa levantó la tapa del *secrétaire*, y sacando el documento escrito por ella misma la noche antes, púsoselo á Jacobo ante los ojos, diciendo con su sonrisa habitual, tan franca y tan simpática:

—Con firmar este papel, estamos ya del otro lado.

Jacobo comenzó á leer el documento con algún sobresalto, y á medida que recorría sus renglones, contraíanse sus labios y tornábanse color de grana sus orejas. La Marquesa fijaba en él una mirada de compasión profunda: él, al terminar su lectura, arrojó el papel sobre la mesa, murmurando:

—¡Pero María!... ¡Imposible!... ¡Imposible!... ¡Yo no firmo eso!...

El documento era una renuncia completa y explícita á toda intervención y á todo derecho que pudiera concederle la ley á la administración de los bienes de su mujer, y al usufructo del caudal de su hijo, tan perfectamente detallada, meditada con tal prudencia, que la codicia y la rapacidad de Jacobo quedaban atadas de pies y manos con solo poner allí la firma...

Antonelli había vencido á Bismarck: el ángel con alas de águila, había cogido bajo el pie, al demonio con alas de murciélago.

Jacobo, herido en su vanidad, derrotado en sus planes, revolvíase furioso al verse cogido en sus propias redes, mientras la Marquesa, muy sorprendida y admirada, preguntábale sin perder un punto de su aparente ingenuidad y su señoril aplomo:

—¿Pero por qué no quieres firmar?... ¿Qué encuentras en ello de malo?...

—Porque... porque... porque firmar eso, es renunciar á mi dignidad de marido.

—¿Á tu dignidad de marido?... ¿Pues no decías hace un momento que tan sólo el reparo que este papel allana, te había hecho vacilar al intentar lo que intentas?...

—Es que ese papel rebaja mi dignidad...

—Ese papel realza y asegura tu dignidad en la opinión pública.

—Cuando se trata del honor, hay que prescindir de la opinión.

—¿Prescindir de la opinión?... ¿Pues no decías ahora mismo, que lo que se dice de los hombres, sea ó no sea cierto, ocupa de ordinario tanto lugar en su vida como lo que realmente han hecho?...

—Hay casos en que el testimonio de la propia conciencia, es para el hombre de honor suficiente.

—¡Pero hombre... de honor!... ¡Si me decías hace un momento, que aunque la virtud depende de nuestras propias acciones, la honra depende de la opinión ajena!...

Jacobo forcejeaba como el lobo cogido en la trampa, para buscar una salida, y no hallándola, exclamó al fin rompiendo el freno de las formas, último que suele romper el más inepto de los diplomáticos:

—¡Política romana, con todas sus hipócritas bajezas y sus intrigas de sacristía!...

—¡Cuidado con lo que dices, Jacobo!—exclamó enérgicamente la Marquesa.—¡Mira que me autorizas á pensar, que tu política *bismarckiana* ocultaba alguna vileza!

—¡La tuya sí que oculta una intriga en que asoma la mano del P. Cifuentes!...

—¿La mano del P. Cifuentes?... ¡Pobre P. Cifuentes!...

La descubrirás tú sin duda, desde aquella montaña de Tai-Sam á que subiste hace poco... Yo, como vivo en terreno llano, no la descubro.

Jacobo, golpeando con ambos guantes la tapa de la mesa, guardaba silencio. La Marquesa le preguntó al cabo, sin perder su serena calma:

—¿Con que decididamente no firmas?...

— No firmo — replicó Jacobo con ira.

—Pues conste, que si la reconciliación no se efectúa, tú tienes la culpa, que tu mujer ha cedido cuanto es posible ceder, y tú... tú... tú mismo, por una obcecación bien sospechosa, destruyes todo lo hecho...

—Destruyo lo que tú ó ese bendito Cifuentes habéis urdido; pero yo me entenderé con Elvira...

—Es que Elvira no vendrá á Biarritz.

—Pues iré yo á buscarla.

—¿Á que no vas?

—¡Pero, señor! — exclamó Jacobo exasperado. —¿Son éstas las gentes timoratas?... ¿De dónde saca mi mujer esos aires de independencia?... Nosotros no estamos separados legalmente, y la ley me autoriza para reclamar cuando quiera á mi mujer y á mi hijo.

La Marquesa se irguió entonces en su butaca arrogante y amenazadora, desplegando por vez primera sus poderosas alas de águila. Con el puño cerrado dió un fuerte golpe sobre la mesa, diciendo al mismo tiempo:

—¡Inténtalo!... ¡Atrévete!... ¡Inténtalo, y en el momento en que des el primer paso presenta ella ante esos tribunales una demanda de divorcio que te hunde por completo!...

El aspecto, la voz, el enérgico desprecio de aquel reto sobrecogieron á Jacobo por un momento; recobrando, sin embargo, bien pronto su audacia, replicó lleno de rabia:

—¡Que la presente si quiere!... ¿Dónde tiene las pruebas?...

—¡En su poder las tiene... Suficientes para alcanzar un divorcio: bastantes para hacer poner el capuchón... á cualquiera que lo merezca!...

—¡María!

—¡Jacobo!... ¿Te habías pensado tú que por el sólo hecho de ser buena, había de ser tu mujer siempre mártir?... La paciencia tiene un límite que marca á veces el decoro, y ¡ay de las zorras, el día en que las gallinas se cansen de ser gallinas!...

La terrible indicación de la Marquesa amedrentó á Jacobo en medio de su aturdimiento y de su rabia, y quiso sondear si la existencia de aquellas pruebas era una mera amenaza.

—¡No se me asusta á mí con los leones de paja—exclamó irónicamente.—Mi conciencia me dice que esas pruebas no existen, y no creo en ellas!...

—Pues á ver si tus ojos convencen á tu conciencia—replicó vivamente la Marquesa.

Y abriendo de un tirón el cajoncillo del *secrétaire,* mostró á Jacobo desde lejos, un paquete de cuatro ó cinco cartas, diciendo:

—Á fe que la letra de Rosa Peñarrón y la tuya propia, son lo bastante claras para que no necesiten en los tribunales de peritos que las reconozcan!

La sangre entera de Jacobo refluyó á su rostro, y por uno de esos brutales impulsos, con que en el hombre de la naturaleza y no de la civilización, se manifiesta el instinto, hizo ademán de arrancárselas á la dama. Mas ésta, veloz como el rayo, abrió de un solo golpe la ventana de cristales, y echando fuera el busto entero, y la mano en que tenía las cartas, gritó con gran fuerza:

—¡Monina!... ¡Que te vas á caer!... No saltes más... Mademoiselle, quite V. á la niña la cuerda...

Y volviéndose después á Jacobo, un poco pálida, pero perfectamente serena, añadió sin abandonar la ventana:

—¡Creí que se mataba!... ¡Con estos diablos de niños no se gana para sustos!

Jacobo habíase quedado aplanado en su asiento, y tartamudeó entonces:

—¿Tienes aquí á Monina?...

—¿Pues no la había de tener?... ¿Quién me separa á mí de mi niña?... ¿Tú no la conoces?... ¿Quieres verla?...

Y sin esperar respuesta, volvió á gritar desde la ventana:

—¡Mademoiselle!... Traiga V. aquí á la niña...

Á poco entraba Monina seguida del aya, y corría á echarse en el regazo de su abuela, mirando á Jacobo con esa media sonrisa de los niños mimados, acariciados por todo el mundo, que parece decir al extraño: ¿Pero no me dice V. que soy muy bonito?...

Jacobo, aturdido por completo, no le decía nada, intentando en vano adivinar por dónde habían llegado á manos de Elvira aquellas cartas, pruebas irrefragables de uno de los episodios más vergonzosos y comprometedores de su vida.

La Marquesa abrazaba á su nieta como hubiera abrazado al Ángel de su guarda, dando gracias á Dios desde lo íntimo de su pecho, por haber dado á Jacobo el golpe de gracia con una espada de hoja de lata. Porque aquellos terribles papeles con que su presencia de espíritu y su enérgica audacia, habían anonadado al farsante, eran simplemente tres ó cuatro cartas de sus administradores, que en el cajoncillo del *secrétaire* estaban guardadas. El hecho vergonzoso era cierto, más las pruebas no existían, y muerta la Peñarrón, único cómplice, dos años antes, imposible era que Jacobo descubriese ya el engaño.

El astuto Antonelli había atado para siempre á Bismarck con un hilo de araña.

Jacobo, sin hacer una sola caricia á la niña, despidióse friamente, y Monina le miró marchar, chupándose con altivez de dama ofendida, tres dedos al mismo tiempo.

Aturdido todavía y lleno de saña, entróse precipitadamente Jacobo en el carruaje y dió orden al cochero de volver á Bayona, al Hôtel de Saint-Etienne, donde se había apeado la víspera. Biarritz era demasiado pequeño para permanecer oculto, y evitar embarazosos encuentros con los emigrados alfonsinos y carlistas, que desde mucho tiempo antes poblaban todos los contornos, y los hombres políticos y medrosos de todo jaez, con que la caída de don Amadeo y la proclamación de la República, engrosaban en aquellos mismos días el número de españoles dispersos.

El desengaño había sido cruel, y tornábase de nuevo angustiosa la situación de Jacobo, al ver hundirse todas sus ilusiones, dejando tan solo en su ánimo zozobras y rencores terribles, que encendían en su corazón contra la Marquesa de Villasis y el P. Cifuentes, la rabia implacable que siente el perverso contra todo aquel en quien se ve forzado á reconocer el derecho de despreciarle.

De las heridas que el derrotado plenipotenciario de Constantinopla llevaba en el alma, ninguna escocía tanto á su vanidad, ninguna irritaba tanto su soberbia, como el que fueran sus vencedores una beata y un fraile.

En el paroxismo de su furor, imaginábase estrangular algún día á la taimada Villasis, con el pañuelo á cuadros azules y amarillos del hipócrita Cifuentes.

FIN DEL LIBRO II

LIBRO TERCERO



I

MEMORABLE fué aquella noche... Pedro López aseguró al día siguiente bajo su firma, en las columnas de *La flor de lis,* que el espíritu de Meyerbeer había abandonado la mansión de las armonías, para inspirar en el Real el estreno de *Dinorah.* Algo impalpable y armónico que se reflejaba en las voces de los cantantes y en los ecos de la orquesta, lo había visto él, Pedro López, descender del carro de Febo que decora el techo, y difundirse por la atmósfera embriagadora de la espléndida sala...

También Villamelón había visto algo: sentado de espaldas al escenario en el fondo del palco, apoyada la pensadora cabeza en el débil tabiquillo y fijos los ojos en el techo, recibía de lleno el formidable soplo de aquel feísimo Eolo que, por detrás del carro de Febo, parece lanzar pulmonías y catarros sobre las calvas, vistas en proyección, de los melómanos faltos de pelo.

Currita, sentada en primer término frente á Leopoldina Pastor, hallábase arrobada por aquel sublime terceto de la campanilla, final del primer acto, cuando retumba el trueno

á lo lejos entre los sordos bramidos de los contrabajos y el suave murmullo de los violines, dulce, delicado, bellísimo, que parece revelar el hálito tibio de la tormenta que se acerca, el tenue susurrar de las hojas de los árboles que sacuden ya las primeras ráfagas, el vago perfume de la tierra que anuncia la cercana lluvia.

¡Che oscuro é il ciel!...

Y Currita, tan conmovida como Dinorah misma, que intenta en vano detener á Bellak, la blanca cabra querida, miraba de reojo al palco del Veloz-Club, donde charlando y riendo entre sí, asomaban Gorito Sardona, Paco Vélez, Diógenes, Angelito Castropardo, y por detrás de todos, descollando entre ellos por su gallarda apostura y su aire altanero, Jacobo Sabadell, flechando los gemelos con descaradísima insistencia á otro palco que Currita no podía ver, porque estaba colocado justamente encima del suyo.

—¡Delicioso!—decía Currita más y más conmovida, porque la cabra se escapaba en aquel momento, Dinorah corría en su busca, Höel arrastraba á Corentino medio loco de terror, y la orquesta se apagaba lentamente, *pianissimo,* en un suave murmurio que dejaba sobresalir lejos, lejos, cada vez más lejos, hasta convertirse en un eco apagado, misterioso, mágico, las vibrantes notas de la campanilla de plata de Bellak, la cabra blanca (1).

El telón cayó entonces, y el público permaneció un segundo mudo, atónito, escuchando aun en aquel silencio que hubiera permitido oir la caída de una hoja, embargado por esa especie de pavor suavísimo que infunde en el alma el sentimiento de lo sublime. Una tempestad de bravos y de

(1) El análisis técnico de esta ópera, está tomado de un artículo crítico del Sr. Peña y Goñi.

aplausos estalló al fin en el teatro, y Villamelón salió entonces de su arrobamiento, exclamando con aire de reconcentración profunda:

—¡Lo dije!... ¡El *vol-au-vent* de codornices, se me indigesta siempre!...

Currita, prescindiendo también de su emoción artística, inclinóse vivamente al oído de Leopoldina, para preguntarle rabiosa y preocupada:

—Pero, mujer... ¿Á quién mirará tanto Jacobo en ese palco de arriba?...

Leopoldina volvió lentamente la cabeza, con ese arte inimitable que tienen las mujeres para ver sin mirar, y echó una rápida mirada al palco del Veloz. La *garçonniere* andaba revuelta, y Jacobo, de pie en el palco, flechaba los gemelos con distinguidísima insolencia, en la dirección marcada por Currita, sin hacer caso de las chistosas observaciones que, á juzgar por sus risas, parecían hacerle los compañeros. Diógenes, mirando también hacia el mismo sitio, cogió á Jacobo por un brazo, y echó al mismo tiempo con la mano izquierda, una gran bendición en el aire. Riéronse los del palco estrepitosamente, y Leopoldina dijo muy seria:

—¡Anda!... Ya los casó Diógenes...

Currita muy alterada, volvió á preguntar:

—¿Pero quién puede estar ahí?...

Leopoldina, furiosa *dilettante* que recorría siempre de gorra todos los palcos del Real, tenía al dedillo los abonos de cada turno, y los abonados á cada localidad. Calculó un momento la dirección en que los del Veloz miraban, y dijo al cabo:

—No sé quién pueda ser... ese palco no está abonado.

Fernandito, con las manos en los bolsillos del pantalón, daba pataditas en el suelo, diciendo tímidamente:

—Estoy fastidiado... ¿Sabes, Curra?...

Curra nada sabía, ni parecía tampoco querer averiguarlo; y aconsejaba mientras tanto á Leopoldina que fuera en aquel entreacto á visitar á Carmen Tagle en su platea, desde donde podían perfectamente descubrirse las incógnitas ó incógnita del palco de arriba. Hízole á Leopoldina poquísima gracia la propuesta, pero érale imposible rehusar aquel pequeño servicio, á la amiga generosa, en cuyo palco, coche y mesa tenía un lugar siempre dispuesto; porque era Leopoldina de esas personas de clase inferior, entrometidas y gorronas, que sufren toda especie de molestias y desaires á trueque de aparecer á los ojos del vulgo, codeándose en todas partes con las primeras figuras de la moda y de la grandeza. La faja de su hermano y la Capitanía general de Madrid, que desempeñó éste algún tiempo, habíanle abierto las puertas del *beau monde*, y allí se había encastillado ella y tomado carta de naturaleza.

Villamelón, dando sus pataditas, repetía por centésima vez muy angustiado:

—¿Sabes, Curra?... Malo estoy.

—Fernandito, ¡por Dios!... No me lo digas...

—Indigestión... El *vol-au-vent* de codornices. Lo tengo dicho: siempre se me indigesta. ¿Me entiendes?...

—¡Vaya por Dios, vida mía!... Mira, pasea un poquito y eso te vendrá bien... Acompaña á Leopoldina y vuélvete pronto...

Y cada vez más impaciente, advirtió á ésta por lo bajo:

—Que no se huela Carmen á lo que vas... Mira que las pesca al vuelo.

Villamelón, haciendo figuras, se atrevió á decir:

—Quizá en casa...

—¿En casa?... Jesús, hijito mío, y ¿qué te vas á hacer allí solo?... ¿Y si te da algo?... No, por Dios; ve con Leopoldina, y vuélvete despacito.

El Duque de Bringas entró en el palco, y á poco llegó el tío Frasquito acompañando á su sobrina Valdivieso, que rebosaba como siempre entusiasmo y necedad, chismes y enredos.

La Ortolani era un portento. ¡Qué *berceuse* aquella: *Si carina, caprettina!*... El tío Frasquito no estaba conforme: gustábale más la romanza *L'incantator della montagna,* y estábala ensayando en la flauta, sin cuidarse para nada del percance del rey Midas, que desde mucho tiempo antes le tenía pronosticado Diógenes. El Duque de Bringas estaba muy enfadado porque no le llenaba la partitura; aquello no era sino una ópera cómica francesa, convertida en ópera italiana: en cuanto á la Ortolani, ¡psch!... no vocalizaba mal, pero ¡estaba tan flaca!...

—¡Como si tuviera que cantar con los mofletes!—exclamó María Valdivieso con muy buen sentido.

Y variando de conversación, púsose á contar á Currita una historia muy chistosa de la Duquesa de Bara, que se hallaba un poco más abajo, en el palco de los consortes López Moreno, restaurados ya en su trono de Matapuerca. Lucy se casaba al fin con Gonzalito, conformándose la Duquesa á tragarla por nuera. Paco Vélez se lo había dicho.

—¡Ya me lo figuraba yo!—exclamó Currita con maligna complacencia.—Si quien habla mal de la pera, la bendice y se la lleva.

—¡Exacto! lo mismo dijo Paco Vélez... Ahí los tienes á los dos tan amartelados en el palco, publicando las amonestaciones... ¡Dice Paco Vélez que ha habido unas historias!... López Moreno sitió á Beatriz por hambre, y entre el embargo y la boda, no hubo más remedio que capitular. Beatriz entrega el ducado, el otro perdona la deuda, y pata... Pero lo más chistoso es, que Lucy dota á Gonzalito en cuatro millones...

—¡Qué delicia!... De modo que en caso de viudez, Gonzalo quedará siempre *Prince douairièr*, es decir, *douairièr* de Matapuerca.

El Duque y el tío Frasquito creyeron morirse de risa al oir la agudeza de Currita, y la Valdivieso añadió entre carcajadas:

—¡Exacto! ¡Qué frase tan feliz!... Se la contaré á Paco Vélez... ¡*Le prince douairièr* de Matapuerca!... Es menester que le dejemos el nombre: justamente andan muy afanados ahora, buscando el árbol genealógico de Lucy...

—Pues mira, mujer, yo se lo daré hecho... En la primera rama que pongan al Mal Ladrón, y en la última á López Moreno ahorcado...

—¡Pero, Curra, mujer, estás de vena esta noche!—exclamó muerta de risa la Valdivieso.—Cuánto daría Beatriz porque el árbol de Lucy rematase de ese modo... Dice Paco, que López Moreno está riquísimo...

Aquí se detuvo como espantada un momento, y mirando atentamente hacia la sala, añadió con su intemperancia ordinaria:

—Pero, mujer, ¿no has visto eso?... ¿No ves allí á Jacobo con la Mazacán?... ¡Pero qué escándalo!... ¿Cómo permites tú eso?...

¡Vaya si lo había visto Currita!... Como que el berrenchín que tenía por dentro era la nerviosa musa que inspiraba aquella noche sus aceradas agudezas, y desde que terminó el acto no había perdido de vista un momento á Jacobo, viéndole comenzar su *tournée* por los palcos de las damas, que le recibían todas en palmas, mimándole y agasajándole con sus más encantadoras sonrisas y sus más dulces palabras. Isabel Mazacán sobre todo, parecía querer comérselo, y por dos ó tres veces, mientras le tuvo en el palco, lanzó al de Currita una mirada que parecía decirle:

¡Rabia de firme!... Él, acogía todos aquellos homenajes con la exquisita naturalidad, el desembarazo distinguidísimo del elegante de raza que se reconoce de moda, del *leader* del día, cuyos saludos se mendigan, sus frases se repiten, sus trajes se copian, sus toses y estornudos se numeran y comentan.

Jamás había otorgado Madrid un perdón tan generoso y tan amplio, como el que concedió al antiguo revolucionario, al saber su novelesca aventura de Constantinopla, y al verle entrar de nuevo en el redil aristocrático, á la sombra de Butrón y la Albornoz, arrepentido, pero con la cabeza alta; no implorando protección, sino ofreciéndola á todo el mundo.

Allá en los profundos rincones de los *boudoirs* y en los secretos conciliábulos políticos, murmurábanse cosas extrañas. Decíase en éstos que Jacobo había prestado un gran servicio al partido restaurador, echando á pique con ciertos misteriosos papelitos, á tres personajes intrigantes y tramposos, que ávidos siempre de poder y dinero, habían querido en Biarritz, después de la caída de Amadeo, ingerirse traidoramente en la restauración del trono, que ellos mismos habían contribuído á hundir cinco años antes. Fuera ó no esto cierto, éralo, sin embargo, que el respetable Butrón había aparecido de repente, cubriendo á Jacobo con el manto protector de su confianza, que Currita habíale proporcionado la desinteresada amistad de su caro esposo Fernandito, y que así en aquellos ocultos rincones de los *boudoirs,* como en las amplias aceras de las plazas públicas, designábanse á los tres personajes con los nombres de *el joven Telémaco, el prudente Mentor y la invulnerable Calipso,* murmurándose al mismo tiempo que Jacobo estaba arruinado, que el partido restaurador garantía su porvenir asegurándole una cartera en pago de sus servicios, y Currita

atendía á su presente, con una esplendidez que amenazaba dar al traste, con la hasta entonces bien cimentada fortuna de la opulenta casa de Villamelón.

—Y es natural—había dicho una noche la Duquesa de Bara.—Curra está ya muy *fanèe,* y Jacobo no es ningún Juanito Velarde que se mantenga con un destinillo de veinte mil reales.

Mientras tanto, Leopoldina Pastor entraba en la platea de Carmen Tagle, y besándola en ambas mejillas, decíale al oído:

—Vengo huída...

—¡Mujer!... ¿Quién te persigue?...

—Curra... Esa Curra, que es atroz, hija, atroz... ¡No vuelvo á presentarme en público con ella!... No me gustan evidencias; no quiero escándalos... Por eso dije: aunque solo sea este entreacto, me la quito de encima y me voy con Carmen...

—Gracias por la elección, querida...

—Pues nada... Empeñada en saber quién estaba en el palco de arriba... Y todo porque *el otro* no hacía más que mirar para allá *poniendo varas.*

Al decir esto Leopoldina, cogió á Carmen Tagle sus gemelos de nácar, y púsose á mirar hacia el palco que tanto inquietaba á Currita. Había en él dos señoras, una joven, sentada en primera fila, y otra de edad ya madura, casi oculta en el fondo... Parecía la primera una verdadera niña, delicada, fantástica, una de esas espirituales gatitas rubias que se crían á orillas del Sena, y suelen tener en efecto todas las solapadas mañas de la raza felina. Sentada de espaldas al escenario parecía no haber roto un plato en todos los días de su vida, y paseaba la vista por la espléndida sala, sin fijarla en ninguna parte, con esa indiferencia con que se mira una multitud del todo desconocida: más

bien que para ver, parecía estar allí para ser vista, y la exagerada elegancia algún tanto extravagante, de su traje de terciopelo negro con camelias rojas, indicaba claramente el plan preconcebido de atraer todas las miradas. Su compañera, que podía muy bien ser su madre, era una mujer muy flaca, de aspecto distinguido, con el pelo gris peinado á la inglesa, un traje de terciopelo negro cerrado hasta arriba, y un vistoso aderezo de brillantes falsos. Ambas parecían extranjeras, y en toda la noche habían cruzado entre sí una sola palabra.

Examinólas Leopoldina detenidamente, y dijo al cabo, meneando la cabeza:

—Negro y encarnado... ¡Malo!... Los colores del diablo... ¿Y quiénes son esas individuas?...

Carmen Tagle se echó á reir encogiéndose de hombros, y Leopoldina volvió á mirarlas, diciendo por debajo de los gemelos:

—Pues te digo que con el terciopelo que gastó la madre en cubrirse hasta las orejas, podía haber subido un poquito el escoque de la hija... ¡Vaya con la indecente!... Y la chica es monísima... ¿Cómo se llama?...

—Si nadie la conoce... El martes se presentó en ese mismo palco, vestida de blanco con camelias rosa... Ayer estaba en la Castellana en un milord muy bonito, con camelias blancas en el sombrero y en el pecho... Hoy terciopelo negro y camelias rojas...

—Pues ya tenemos nombre que darle—exclamó Leopoldina riendo:—*La dama de las camelias*.

Y sobre estos varios motivos improvisaron las dos amigas una alegre fantasía, hasta que Leopoldina volvió al palco de la Albornoz, momentos antes de comenzar el acto segundo. Currita la esperaba impaciente, y la falaz exploradora apresuróse á decirle con cierto maligno gustito, que

la incógnita en cuestión, era una muchacha monísima, de todo el mundo desconocida, á quien acababan de bautizar ellas, por tenerlo muy bien merecido, con el significativo nombre de *La dama de las camelias*.

—Por supuesto, que no se enteraría Carmen de que yo te enviaba—dijo Currita muy pensativa; y Leopoldina, con el hociquito fruncido y los ojitos entornados, como quien se ofende de la pregunta, contestó:

—¡Mujer!... ¿En qué cabeza cabe?... ¿Acaso soy yo boba?...

Comenzó el acto: Villamelón seguía indigestado, Currita emberrenchinada y con el rabillo del ojo alerta; Leopoldina, que era en efecto aficionada é inteligente, sin perder una nota, y el tío Frasquito, que allí se había quedado, muy satisfecho por hallarse al lado de Leopoldina, una de las sobrinas espurias á que más predilección mostraba, por su *allure* varonil y decidida y sus excéntricas genialidades.

En el palco del Veloz, habían quedado solos Diógenes y Jacobo, despatarrado aquél frente al público, como si quisiera indicarle que todo él junto no se le importaba un comino, mirando éste sin cesar, como un cadete, al palco de la dama de las camelias. En la escena, Dinorah, la pobre loca, cantaba la bellísima aria que la inspira su propia sombra proyectada en el suelo por la blanca luz de la luna, una de las más felices inspiraciones de Meyerbeer, que interpretaba admirablemente la entonces célebre Ortolani.

Cambió la escena de pronto, y la cascada, el precipicio y el torrente arrancaron un murmullo de admiración á los espectadores, que pocas veces habían contemplado en aquel género, una obra de arte tan acabada y tan bella. Höel quiere obligar al gaitero Corentino á buscar el tesoro en el fondo del precipicio; de nuevo el cielo se encapota, y entonces aparece otra vez el terrible Meyerbeer, el genio de

los *Hugonotes* y *Roberto el diablo*, que sabe describir con las ocho notas del pentágrama, toda la rabia de los elementos y todos los furores del corazón.

De improviso rompe la orquesta bruscamente la cadencia, rugen los contrabajos estrepitosamente, las flautas dejan oir agudos silbidos, el metal, desencajado, truena con espantosa violencia, los timbales redoblan convulsamente... Ya no parece aquello una tempestad, ni un huracán, sino un cataclismo que amenaza desquiciar la tierra; y en aquel momento, el supremo de la ópera, apareció por entre las cortinas de terciopelo carmesí que cerraban el fondo del palco de Currita, una cabeza peluda y cetrina, que el tío Frasquito tomó por la del terrible Adamastor, genio de las tempestades, y Fernandito por el bilioso espectro de la indigestión, que evocaban ante él sus jugos gástricos alterados.

Era Butrón, el respetable Butrón que entraba de puntillas, con el dedo sobre los labios, haciendo gestos de que nadie se molestara, y yendo á sentarse en la silla que no obstante su susto y su entripado, se apresuró á cederle Villamelón al lado de Currita.

La tempestad seguía rugiendo: Höel y Corentino gemían aterrados, y Dinorah, la pobre loca, desencajada, con el cabello flotante y el rostro iluminado por la luz de los relámpagos, desafiaba la furia de los elementos, dominando con su voz pura y vibrante, los roncos estampidos del trueno y los estridentes alaridos del viento, que encubrieron también estas breves palabras, deslizadas por Butrón al oído de Currita:

—Llegó la hora... ¡Concha está con nosotros!...

Escapósele á aquélla una leve exclamación de sorpresa, que el tío Frasquito pescó al vuelo; mas un azulado relámpago iluminó en aquel momento la escena, un inmenso

diseño cromático nacido en las alturas de la orquesta, y resuelto en las profundidades de los bajos en un rumor apagado y fatídico, anunció la caída del rayo, y entre truenos y relámpagos y sublimes convulsiones de los instrumentos de cuerda, escapósele lo que Butrón añadía, pudiendo percibir tan solo estas palabras dichas por el diplomático con grande insistencia:

—Mañana á las cuatro, en casa... ¡Por Dios! que no faltes, ni dejes de avisar á Jacobo...

La curiosidad hizo al tío Frasquito perder la cabeza, y por querer fiscalizarlo todo á un tiempo, ni vió á Bellak, la cabra blanca, cruzar como una flecha el rústico puentecillo, ni á Dinorah caer en el fondo del barranco, ni á Höel precipitarse desesperado en su auxilio, ni á Currita, que ceñuda y apretando con inexplicable rabia las varillas del abanico, decía á Butrón muy por lo bajo:

—¿Á Jacobo?... ¿Acaso le veré yo esta noche?... Ya ha correteado todos los palcos, y todavía no me ha dirigido un saludo.

—¡Ah ingrato!—susurró Butrón.—Corro á traértelo.

Y de nuevo se fué como había venido, de puntillas, sonriendo á todos, haciendo mudos ademanes para que nadie se incomodara, y dejando al tío Frasquito estupefacto... ¡Oh! pues lo que es á él no se la pegaban... ¿Currita á las cuatro en casa de Butrón, y avisando antes á Jacobo?... Algo gordo sucedía, cuando el prudente Mentor, el joven Telémaco y la invulnerable Calipso se avistaban en secreto, con la extraña circunstancia de acudir la dama á casa del caballero, y no los caballeros al palacio de la dama, como parecían dictar las más elementales leyes de la galantería.

—¡Cosa más singularrr!...

Y Mirando á Jacobo á lo lejos, aumentóse su curiosidad,

al ver que aparecía Butrón por detrás de la cortina del palco del Veloz, hacíale una seña, y llevábaselo consigo, siguiéndoles á los dos, sin que ninguno le llamase, el cínico Diógenes... Al terminar el acto, Butrón, triunfante y satisfecho, entraba otra vez con Jacobo en el palco de Currita, y empujándole hacia la dama con aire de papá bonachón que satisface un capricho de la niña, cogió con una de las suyas las dos manos que ella y él se estrechaban al saludarse, murmurando, con sentenciosa indulgencia, aquellas palabras de Shakespeare:

—¡*Old, old history!*...

Hecho esto, el espejo de caballeros, según Pedro López, el integérrimo diplomático, el sesudo político, el anciano venerable y fervoroso que tenía ya un pie en el sepulcro, miró el reloj, enarcó las cejas, y despidióse apresuradamente. Eran ya las once, y estaba citado á las once y cuarto con el Cardenal Arzobispo de Toledo: tratábase de un atentado de la canalla gubernamental republicana contra la Iglesia, y deseaba él representar en aquel conflicto el papel de Constantino.

Ensanchósele el corazón al tío Frasquito, creyendo llegada la hora de averiguar algo, y aguzó las orejas y aprestó la lengua, para sondear con habilidad á Jacobo y á Currita. Mas de repente, una mano aleve cogió el meditado lazo de su corbata blanca, y dándole una rápida vuelta, vino á ponérselo sobre la nuca. Volvióse indignado y sorprendido, y vió inclinada sobre la suya la gran cabezota de Diógenes, que sonriendo y babeando, le decía amorosamente:

—¡Francesca mía!... ¡Si soy yo, Paolo!...

Verde de ira y amarilla de miedo púsose Francesca, cual si viese asomar por detrás de Paolo la sombra siniestra de Gianciotto, y gruñó entre dientes:

—¡Qué cosas tienes!... De verras que errres pesado...

Y despidiéndose atropelladamente por temor de alguna más grave demasía, fuése á componer la corbata en el espejo del antepalco, dejando vacío su asiento, que era lo que buscaba Diógenes. Ocupólo éste entonces con la mayor frescura, y dando una gran palmada en el muslo á Villamelón, díjole tal atrocidad relativa á su entripado, que Jacobo y Leopoldina se miraron espontáneamente como quien dice: ¡Animal! Currita muy enfadada dijo:—¡Jesús, hombre, qué cosas tienes!... ¡Eres *shoking, shoking,* de veras!—y Fernandito, con resignada sonrisa, contestó:

—El *vol-au-vent* de codornices... Siempre se me indigesta. ¿Sabes?...

—¡Pues ya lo creo que lo sé, polaina!... Por eso tomo yo siempre *vol-au-vent* de sopa de ajo—replicó Diógenes.

Y cediendo á su instinto natural de desvergonzada capigorronería, añadió:

—Oye... ¿Y quién me lleva á mí luego en su coche, tú ó Jacobo?

—Lo que es yo no te llevo—replicó vivamente éste.—Me voy ahora mismo.

—Ni yo tampoco—añadió al punto Currita.—Fernandito no se siente bien, y no hemos de andar por ahí dando vueltas.

—Pero mujer, si te coge al paso... Me dejas en la calle de Alcalá, en la chocolatería de doña Mariquita... Por nada del mundo pierdo yo mi gran jícara con su par de *mojicones...*

—Son sabrosos—opinó Villamelón.

—¡Qué delicia!—dijo Currita.—Si te los dieran todas las noches en los dientes, no tendrías la lengua tan larga.

—¡Polaina!... Si te los dieran á ti donde yo me sé, no darías motivo para que te alcanzasen las lenguas.

Currita se mordió los labios comprendiendo que era im-

posible la lucha con aquel cafre, que parecía complacerse en poner de relieve, con sus crudezas, las vergonzosas condescendencias del mundo, y Jacobo se despidió afectuosamente al comenzar el acto con un ambiguo *hasta luego,* que dejó á Currita muy complacida. Á la mitad del acto, cuando Dinorah recobra la razón y quiere recordar la bellísima plegaria *¡Sancta Maria!* entre sublimes vacilaciones de la orquesta, que parecen revelar los esfuerzos mentales de la pobre loca, envolvióse Currita en su soberbio abrigo de terciopelo granate forrado de pieles blancas, y aceptando en señal de reconciliación el brazo de Diógenes, salió del palco escoltada por Villamelón y Leopoldina, gozoso él por irse á dormir su indigestión, furiosa ella por marcharse sin oir el coro final de la romería.

El *foyer* estaba aún desierto, y los lacayos, zambullendo las encarnadas narices en sus inmensos cuellos de pieles, comenzaban á asomar ya para avisar á los señores la llegada de los coches. Antojósele entonces á Currita sentarse en un diván, para esperar la salida de la gente. Angustióse Villamelón.

—¡Pero hija mía, por Dios!... ¡Si esto está helado, Curra!...

Y se liaba á toda prisa al pescuezo un gran *foulard* finísimo, y levantábase el cuello del gabán á la altura de las orejas...

—Te digo que vale más volver al palco, si...

Un estornudo formidable le cortó la palabra y le acrecentó la angustia.

—¿Lo ves?... ¿Lo ves?... Ya pillé un constipado... Fortuna tengo hoy... ¿Sabes?... ¡Ya tengo para una semana!...

La gente comenzó á desfilar por delante de Leopoldina y la Albornoz, que dejando estornudar á Fernandito, y sin perder de vista su negocio, saludaban á diestro y siniestro á los innumerables conocidos que iban pasando. De pronto,

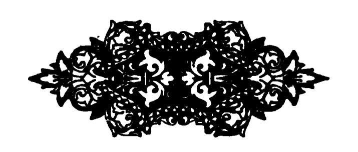
Leopoldina tiró suavemente del vestido á Currita, diciéndole muy bajo:

—Mírala... ¡Esa es!...

No vió nada: dos fantasmas blancos pasaban por delante, arrastrando por debajo de los ámplios albornoces las largas colas de terciopelo negro, dejando asomar la vieja por el abrigado capuchón una corva nariz caída y afilada, luciendo tan solo la joven unos ojazos azules, que creyó Currita se fijaban en ella con provocativa insolencia. El blanco albornoz de la incógnita pasó rozando el terciopelo granate del abrigo de Currita, y una frase alemana que ésta pudo oir y no pudo entender:—Ahí la tienes—pareció cáer entonces de la nariz corva y afilada, y ambos fantasmas desaparecieron entre el gentío, precedidos de un *groom* monísimo que apenas contaría doce años.

—¿Pero hija, arrancaremos al fin?—decía Villamelón mientras tanto.—Diógenes, dale tú el brazo... ¡Buen constipado he pillado!... ¿Qué haces tu cuando te constipas, Diógenes?...

—¿Yo?... Estornudar.





II



EL respetable Butrón daba puñetazos en los muebles y cruzaba á largas zancadas el aposento, llamando á su mujer, según su costumbre, unas veces *Geno,* otras *Veva,* nunca por completo Genoveva, y prodigándola con todas sus letras los dicterios de imbécil, estúpida, vieja del diablo, beata de Barrabás, que no sabiendo sino rezar el *Pater noster,* quería darle lecciones á él, Pirro en el ingenio, Ulises en la prudencia, Anteo en el ánimo, Alejandro en la magnanimidad y Escipión en lo afortunado.

Curiosas escenas íntimas del hogar doméstico, que parecerán inverosímiles á los que sólo conocen la *parte oficial* de los grandes personajes, y que debieran de esculpirse cual bajos relieves, en los pedestales que levantan el vulgo y la opinión, á muchos de los prototipos sociales que brillan en las academias y congresos, estrados y salones.

La Marquesa, la anciana señora de virtud intachable, de educación exquisita, escuchaba aquel torrente de denuestos muda é inmóvil, con la cabeza baja y las lágrimas en

los ojos, semejante á la estatua de la paciencia contemplando sus propios sufrimientos. Por dos veces quiso interrumpir á su marido, mostrándole una carta que en las manos tenía, mas los gritos y denuestos del sesudo diplomático la atemorizaron y aturdieron, y volvió á guardar silencio. Las escenas de Lauzun amenazando con el bastón á la Duquesa de Montpensier, su esposa, y gritándole:—¡Luisa de Borbón, quítame las botas!—no eran sin duda desconocidas á la infeliz señora.

Hallábanse ambos esposos en el despacho particular del diplomático, vasta pieza decorada en otro tiempo con severa magnificencia, pero sobre la cual habían pasado los años sembrando manchas y desconchones, sombras y deterioros, que la larga cesantía del magnate no había permitido hasta entonces restaurar. Veíase en un extremo, tras un gran biombo de nueve hojas de laca de Coromandel, descascarado por todas partes, una enorme mesa cargada de papeles y rodeada de artísticos armarios, todos al alcance de la mano, *sancta sanctorum,* donde sólo penetraban los iniciados en los asuntos y manejos del diplomático. Al otro extremo, frente á una alta vidriera que daba al jardín, y al lado de una chimenea de mármol negro, había una gran mesa del siglo XVII, de nogal, cuadrada, con ancha talla y hierros escarolados, y cómodas butacas y mullidas poltronas, algún tanto desteñidas y un mucho destrozadas, dispuestas en torno: allí recibía Butrón á los profanos, á que les era lícito traspasar el dintel de su despacho privado. Veíanse por todas partes, sobre las mesas, en las dos chimeneas, por los armarios y colgados de las paredes, retratos de reyes, príncipes y personajes ilustres, de fotografía unos, magníficamente grabados en acero otros, con pomposas dedicatorias al integérrimo diplomático, que pregonaban sus grandes relaciones y sus altas influencias. Sobre

un sofá de rica badana japonesa, hundido todo y despellejado, había en lugar preferente una gran fotografía del príncipe Alfonso, con el uniforme de escolar del colegio de María Teresa, y esta dedicatoria escrita de puño y letra del futuro monarca: *Al leal Marqués de Butrón, modelo de caballeros. Recuerdo del 2 de Diciembre de 1870. Alfonso.* Aquella fecha solemne era la del día en que Butrón se avistó por vez primera después de la Revolución con los augustos desterrados, y juró á los pies del regio niño restaurarlo en el trono de España ó morir en la demanda.

Más lejos, á uno y otro lado de una gran panoplia llena de orín y descabalada, había dos hermosos grabados de Luis Felipe y la reina Amalia, con sendas dedicatorias, y entre otra porción de notabilidades regias, políticas y literarias, diseminadas por todas partes, un retrato en litografía de Martínez de la Rosa, en los tiempos en que le llamaban *Rosita la pastelera,* con este campechano letrero: *Á Pepillo Butrón, su dómine, Paco.*

Mas entre todos aquellos monumentos de altas estimaciones, era el más curioso una hermosa fotografía de la Reina de Inglaterra, colocada con afectada naturalidad sobre la chimenea en un pequeño caballete de plata oxidada, cuyas molduras tapaban en parte la honrosa dedicatoria. Habíasela dado la Majestad británica en Roma, con motivo de cierto oportuno servicio, y deseando demostrarle la más exquisita deferencia, puso en castellano el autógrafo. Mas su Graciosa Majestad no manejaba sin duda con grande arte el habla de Cervantes, y siendo su intento escribir según la construcción inglesa: *Al Marqués de Butrón, recuerdo,* olvidóse de poner la *u,* y resultó: *Al Marqués de Butrón, recerdo,* firmado y rubricado de puño y letra de su Graciosa Majestad la soberana de los tres reinos unidos, emperatriz también de las Indias.

El pasmo de Butrón fué grande al verse colocado reduplicativamente por aquella importuna síncopa, en la rama más desacreditada de la extensa familia de los paquidermos, y apresuróse á colocar habilidosamente la regia dádiva en una moldura, que sin ocultar por completo el honroso letreró, encubriese el sangriento *lapsus calami* de su Majestad británica.

Ocurrían graves sucesos, y la pelotera que Butrón sostenía con su mujer, reconocía en ellos su origen. Pavía había dado el golpe del 3 de Enero, derrumbándose la república parvulita, al eco de tres ó cuatro tiros disparados al aire en los pasillos del Congreso. El poder cayó de nuevo en las garras de Serrano, y el desquiciamiento general, la indisciplina del ejército que peleaba sin fe ni esperanza, en aquellas dos grandes exclusas de Cartagena y el Norte, que se tragaban torrentes de sangre y arroyos de dinero, indicaban á los pacientes alfonsinos, cruzados de brazos, que se acercaba la hora de extender la mano para coger la breva madura ya por completo. La escena de Aristófanes en su comedia *La Paz,* cuando el pacífico Trigeo sube al Olimpo montado en un escarabajo, se representaba entonces en España; el Olimpo estaba desierto, y sólo quedaban allí la Guerra y el Estrago, machacando en un mortero una nación entera y sirviéndoles de mano un general ambicioso.

Otro general de valor, de prudencia y de prestigio, encargóse entonces de inclinar hacia los alfonsinos la rama de que pendía la fruta apetecida y disputada. Fué éste el general Concha, que aceptando el mando del ejército del Norte, partió para Bilbao dispuesto á restablecer la disciplina, aniquilar á los carlistas y proclamar Rey de España al joven príncipe Alfonso. Era necesario, sin embargo, allegar recursos para preparar el ejército, y las bolsas exprimidas, las codicias alarmadas y los egoísmos latentes, difi-

cultaban mucho la ejecución del proyecto. El ingenio del Marqués de Butrón encargóse entonces de hallar remedio, y al frente de su brigada femenina, acometió la empresa: imaginó por de pronto crear una asociación de señoras para socorrer á los heridos del Norte, que difundida por toda España había de allegar recursos de todos géneros para ser distribuídos abundantemente en el ejército á nombre de las señoras alfonsinas, preparando así los ánimos para secundar el movimiento (1).

El plan fué aprobado con entusiasmo por los prohombres del partido, y el gran Robinsón sólo pensó entonces, con la enérgica actividad que le caracterizaba, en organizar la junta central de señoras en la corte. Ocupóse lo primero en buscar la Presidenta, piedra fundamental de todo el edificio, y un nombre ilustre que había de llevarse tras sí cuanto grande, bueno y respetable encerraba la corte, acudió el primero á su mente: la Marquesa de Villasis... Mas las teorías conciliadoras del peludo diplomático, juzgaban necesario allegar otros elementos, y pensó entonces en la Condesa de Albornoz, para el cargo de Vicepresidenta. Esta atraería al Madrid de rompe y rasga que brilla y que bulle, pequeña, pero venenosa levadura que corrompe la sociedad entera, y la hace aparecer, al imponerle sus leyes y sus vicios, escandalosa hasta un punto que no lo es ciertamente: la otra atraería al Madrid honrado, sensato y devoto, no tan escaso como muchos creen, y en torno de

(1) Varias fueron las asociaciones de señoras que se fundaron en aquel tiempo con el fin de socorrer á los heridos del Norte, siendo la que más benéficos resultados produjo la presidida por la ilustre y virtuosa señora Marquesa de Miraflores, cuyo nombre ha aparecido siempre unido á todas las obras buenas y caritativas. Excusado nos parece advertir al lector, que la asociación que nosotros suponemos no tiene nada que ver con ninguna de éstas, y que aunque tomada del natural parte de su *fisonomía,* es en su conjunto pura invención nuestra.

uno y otro bando se agruparía al punto el Madrid verdaderamente inmenso, la gran falange cortesana de gente más bien frívola que corrompida, más bien insustancial que viciosa, que vive de reflejos y escandaliza ó edifica, según es escandaloso ó edificante el astro que le comunica sus resplandores.

El plan era bellísimo. Mas ¿quién le ponía el cascabel al gato? ¿Quién aliaba á la tiesa y austera Villasis con la amable y despreocupada Currita, aunque se tratase de ir á conquistar juntas la tierra santa? ¿Quién doblegaba la vanidad inmensa de la Albornoz, hasta el punto de hacerla aceptar, en cualquiera empresa que fuese, un puesto secundario?... El astuto Butrón resolvió tentar el vado, aproximando á las dos señoras, y citólas en terreno neutral, su propia casa, sin advertir á ninguna la presencia de la otra, con el pretexto de tratar reservadamente en junta de notables, un asunto de la mayor importancia para el partido. Encargóse él de avisar á Currita la noche antes en el teatro, y por orden expresa suya escribió su mujer á la Villasis, con quien la unía una amistad antigua, cariñosa y sincera. La futura Presidenta olióse desde luego la partida, y un oportuno constipado atroz y empedernido, vino á impedirle salir fuera de casa; así se lo notificaba con grande sentimiento y cariñosas frases á su buena amiga Genoveva, en una elegante esquelita cuadrada, en cuya esquina se leía, bajo la corona ducal propia de los grandes de España, su nombre de María.

Esperábase la Butrón la llegada del constipado, díjoselo así á su marido al mostrarle la carta, y entonces fué cuando el respetable diplomático descargó su berrinche sobre la pobre dama, prodigándole los dicterios que al comenzar este capítulo apuntamos.

De repente recobró su cortesana sonrisa, su continente

señoril y aparatoso: entraba la Duquesa de Bara, otra de las citadas, antigua amiga suya, aunque no de tan añeja fecha, de quien la maledicencia se había ocupado mucho años atrás, y se solía ocupar aún de cuándo en cuándo. Era la Duquesa mujer muy discreta, nada escrupulosa, conocía á Madrid palmo á palmo, y escuchábala Butrón como á un oráculo, en todo lo referente á guerra femenil de intriguillas y abanicazos. Á poco llegó el general Pastor, próximo á partir también al Norte, para secundar el movimiento de Concha, y vino luego un D. José Pulido, hombre listo y travieso, pies y manos de Butrón y también su ninfa Egeria, que había sido condiscípulo suyo en la Universidad, y desempeñado muy buenos puestos á la sombra del diplomático. Eran ya las tres, y á las cuatro debían de llegar Jacobo Sabadell y la Albornoz, y hubiera llegado también la Villasis, si su providencial constipado no se lo estorbase. El prudente Butrón habíalos citado con una hora de intervalo, para poder preparar en aquella antejunta de íntimos, lo que en presencia de los otros había de tratarse más tarde.

Sentáronse todos al lado de la chimenea, en torno de la mesa cuadrada, y el respetable Butrón expuso el caso. La Duquesa de Bara no le dejó acabar: juzgaba ella imposible hacer tragar á la Villasis la Vicepresidencia de Currita, como no fuera cogiéndola por sorpresa, presentando de improviso la candidatura aprobada ya por unanimidad, en la junta magna de señoras que había de celebrarse; y aun así y todo desconfiaba mucho del éxito, porque era María Villasis una quijota impertinente y ridícula, capaz de desairar á Madrid entero si se le ponía entre ceja y ceja el hacerlo.

—No se me olvidará nunca—dijo—lo que hizo con la pobre Rosa Peñarrón, cuando aquel concierto famoso que organizó á beneficio de los inundados de Valencia.—Le envió Rosa tres billetes, y tuvo la desfachatez de devolvér-

selos con el precio justo, unas quince ó veinte pesetas, y enviar luego á Valencia, por mano del Arzobispo, una limosna de tres mil duros...

Butrón enarcó las formidables cejas, el general Pastor se atusó el largo bigote, y D. José Pulido, más práctico y menos puntilloso, ensanchó la barbilampiña cara, diciendo suavemente:

—Con tal de que nos envíe á nosotros otro tanto, aunque sea por mano del moro Muza...

Ofendióse la Duquesa, que acababa de vender su hijo y su ducado al Sr. López Moreno, y con mucha dignidad contestó severamente:

—¡Oh, no, no, Pulido!... Ni el decoro se vende, ni tiene precio, ni necesitamos acá que venga la Villasis á darnos lecciones...

Y además, desconfiaba ella mucho de la actitud de ésta, é ignoraba hasta qué punto podría contarse con ella para los trabajos de la Restauración... Cierto que su amistad con la Reina destronada había sido siempre íntima, leal y consecuente; pero le constaba á ella de buena tinta, que Bravo Murillo tuvo la impertinencia de comunicar á la Marquesa la respuesta dada por el Arzobispo de Valladolid á la consulta de si la Restauración había de conservar ó no la unidad católica, y ésta no podía ser más terminante: *No era lícito á ningún partido político prescindir de ella*. Que era esto una tontería, una chochez del Arzobispo; corriente. Pero era lo bastante para alarmar la conciencia de una mogigata como la Villasis, y encontrar en ello un pretexto para tirar de los cordones de la bolsa...

La Marquesa de Butrón bajó los ojos como distraída al oir hablar de la unidad católica, y acentuóse aún más la sombra de tristeza que nublaba siempre su rostro. Él integérrimo diplomático y el Sr. Pulido, cruzaron entre sí una

rápida mirada: indudable era que los dos compadres habían hablado más de una vez del asunto, en junta de íntimos, del lado de allá del biombo. Butrón tomó la palabra, extendiendo la peluda mano:

—Respondo de María Villasis—dijo enérgicamente.—Lo que tú dices es cierto, Beatriz; pero la pifia de Bravo Murillo la enmendé yo mismo... María acudió entonces á mí muy alarmada, pidiendo explicaciones categóricas, y yo la prometí solemnemente, que la Restauración conservaría á todo trance la unidad católica, como la joya más preciada de las glorias de España.

La Duquesa se encogió de hombros, con muestras de grande impaciencia.

—Pues no dice eso el manifiesto que se negó á firmar Bravo Murillo—dijo.

—Tampoco dice lo contrario.

—Entonces...

—Entonces queda en pie lo que yo he prometido... El porvenir no puede, sin embargo, asegurarse, y quizá pudiera suceder que contra nuestra voluntad y nuestros deseos, nos viéramos forzados á respetar un hecho consumado, ó á ceder ante una votación contraria hecha en Cortes...

El Sr. Pulido hizo una profunda señal de asentimiento, bajando con previsora resignación los ojos, y la Duquesa, haciendo alarde de la perspicacia de su ingenio, exclamó ligeramente:

—¡Entendido, entendido... basta!... Queda, sin embargo, el otro extremo por conciliar. ¿Crees tú que la mona Jenny se contente con la Vicepresidencia?

Asombróse Butrón de aquella extraña candidata cuadrumano que trataba de ingerir la Duquesa en la ilustre junta de damas, y exclamó muy sorprendido:

—¿La mona Jenny?...

—Pues hombre, Curra... La Villamelona. ¿No sabes?... Diógenes le ha puesto ese nombre desde que le dió por fumar en pipa, en un *narghilé* precioso que le regaló el embajador de Marruecos... Es una mona famosa que hay en el jardín zoológico de Londres—yo la he visto—y fuma en pipa con una gracia y unos mohínes, que recuerdan á Curra por completo.

—¡Vamos, vamos!—exclamó con bondad olímpica el diplomático.—No he visto nada como Madrid, para motes y chismecillos... Todos queriéndose mucho, todos juntos noche y día, y todos arrancándose á tiras el pellejo y poniéndose en ridículo en cuanto vuelven la espalda...

—¡Miren el puritano, el caritativo!... *¡Ami de la vertu, plutôt que vertueux!* Pues ya tenías tiempo de haberte ido acostumbrando.

—Empezaré á acostumbrarme por la mona Jenny... La mona Jenny, aceptará la Vicepresidencia.

—¿Crees tú?...

—Lo espero... Le tengo reservado otro papel de grande importancia que le hará olvidar lo secundario de éste:

Entonces explanó Butrón su plan con todos sus pormenores... No se trataba ya de una asociación de señoras exclusivamente alfonsinas; mil veces lo había dicho, y no se cansaría jamás de repetirlo. Era necesario *barrer para dentro,* conciliar todas las voluntades, ahuyentar todos los escrúpulos, ahondar en cualquier rincón en que pudiera encontrarse un ochavo, escarbar en todo muladar en que pudiera hallarse un pelotón de hilas sucias, agotar todos los recursos de fiestas, bailes, toros, beneficios, francachelas y festivales, con que la caridad moderna ha encontrado el secreto de enjugar las lágrimas al mismo tiempo que ensancha los corazones, refocila los estómagos y estira las

piernas. ¡Socorrer á los heridos del Norte!... ¡Qué anzuelo tan á propósito para pescar desde las carlistas más recalcitrantes, hasta las liberalas más radicales!... Por eso había pensado él para dar aquel barrido general y definitivo, en un gran baile, una fiesta sonada y famosísima, de *ancha base,* que debía de dar la mona Jenny, Curra, convidando á todo el Madrid explotable, desde la Presidenta consorte del comité carlista, hasta la ministra cesante, esposa dignísima del Excmo. Sr. D. Juan Antonio Martínez... Y allí, al calorcillo del champagne que ablanda los corazones compasivos, bajo la influencia de las vanidades estimuladas que excitan el deseo de figurar, tender la red de la caridad, echar el anzuelo de los infelices heridos del Norte, y pescar de una sola redada entre las mallas de la asociación de señoras, á todo el Madrid femenino capaz de soltar la mosca... Celebraríase luego una junta general preparatoria en casa de Butrón mismo, presidida por Genoveva, y en ella había de presentarse y aprobarse por sorpresa, la candidatura de una junta directiva, preparada ya de antes, en que entrasen todos los elementos tan hábilmente combinados, que el partido restaurador tuviese mayoría, y pudiera Butrón entre bastidores, manejar á la junta y á la asociación entera, con la misma facilidad con que se maneja el manubrio de un organillo. La junta directiva era, pues, la clave del arco, el *clou* del proyecto, y el respetable Butrón terminó su perorata suplicando á los presentes, se dignasen estudiarlo maduramente, presentando sus candidatas con arreglo á este croquis que tenía él apuntado en un papelito:

Una Presidenta, beata de gran nombre. (Nadie como la Villasis.)

Una Vicepresidenta elegante de rompe y rasga. (Ninguna como la Albornoz.)

Seis Vocales, una carlista, bastante tonta; otra radicala, de pocos alcances, y cuatro alfonsinas, de la grandeza, del cogollito, honradas por supuesto, listas y de arranque.

Una Secretaria literata.

Una Tesorera de la alta banca.

El general Pastor aplaudió entusiasmado la hábil estrategia del diplomático, el Sr. Pulido bajó modestamente los ojos, como si le tocara grande parte en la paternidad de la idea, y la Duquesa, encantada, comenzó á vomitar nombres propios, juicios críticos, filiaciones y datos biográficos que probaban bien á las claras su consumada pericia en el arte de averiguar vidas ajenas. Tontas encontraba ella á porrillo, listas tampoco faltaban; lo que le parecía difícil de hallar eran las honradas, y no porque no las hubiese á montones, sino porque la Duquesa no sabía encontrarlas, por aquello de que nadie hay más exigente ni que se complazca tanto en verlo todo manchado, como quien vive zambullido en medio del fango.

El respetable Butrón acogía aquellos homenajes con majestuosa sonrisa, y temiendo ver entrar de un momento á otro á Currita, recomendó de nuevo á los íntimos la mayor discreción con respecto á ésta: era necesario ocultarle el plan de la junta y entusiasmarla con la idea del baile, haciéndole creer que con ello ponía el partido en sus manos el éxito del proyecto. Una vez entretenida con esto, fácil era hacerle tragar por sorpresa, á su debido tiempo, lo secundario de la Vicepresidencia.

Llegó al fin Currita, la mona Jenny, con Jacobo Sabadell, el joven Telémaco: había tardado un poquillo, pero tenía la culpa el tío Frasquito... ¡Qué risa con el pobre posma! ¡Habíase olido sin duda que algo se fraguaba, y presentádose á almorzar con una cara de pregunta, con un aire de sospecha!... ¡Ella le había estado *tomando el pelo* todo el

almuerzo, hasta que al fin, para quitárselo de encima, tuvo que armarle una emboscada, un *guet-apens* chistosísimo!... Díjole si quería acompañarla á dar una vuelta por el Retiro con Miss Buteffull y con los niños, y le envió con éstos al coche mientras ella se ponía el sombrero. ¡Pobre viejo!... En cuanto volvió la espalda, escapóse ella con Jacobo por la escalera de la servidumbre, y en el coche de éste, habíanse venido los dos solos, juntitos, como si fuesen un matrimonio. ¡Qué delicia!...

Y besó con piedad filial á la Marquesa, con amor fraterno á la de Bara, estrechó la mano de Butrón con infantil afecto, y tuvo una cariñosa sonrisa para el general Pastor, y un saludito protector y monísimo para el Sr. Pulido...

Hízola sentar Butrón junto á sí, al lado de la Marquesa, y ella con los claros ojos fijos en el gran duque Alejo, que sombreado por una telaraña tenía delante, comenzó á lamentarse con frases muy pulcras, del entripado de Fernandito... Casi, casi había estado á punto de no venir, por miedo de dejarlo solo; pero las noticias que le había dado Butrón eran tan graves, tan lisonjeras, que acabó al fin por decidirse.

—Si tú no hubieras venido, hubiéramos ido todos á tu casa—exclamó Butrón con gran vehemencia.—Como que sin ti no puede hacerse nada y en tus manos está, en rigor de verdad, la suerte del partido.

La vanidad hizo en el rostro de la Albornoz, lo que jamás había conseguido la vergüenza: sonrojarlo.

—¡Jesús, Butrón, pobre de mí!—exclamó con su dulce vocecita.—Pues si está en mi mano, no tenga V. miedo de que la suelte.

Butrón comenzó á exponer el proyecto, como si fuese desconocido de todos los presentes, haciendo caso omiso de la junta, y presentando con grande habilidad la fiesta

deseada, como el eje sobre que había de girar la ejecución del proyecto, la restauración del trono, la felicidad de España, y la paz del mundo y el equilibrio europeo. Currita parecía titubear, porque había mirado á Jacobo como si le consultase, y éste fruncía las cejas: la pícara era ducha y no era del todo fácil hacerle tragar el anzuelo. El diplomático reforzó sus argumentos, y el general Pastor, con militar franqueza, dijo resueltamente:

—Condesa, más puede V. hacer en ese baile con su abanico, que yo en el Norte con mi espada.

Y el Sr. Pulido, dando vueltas á sus pulgares, añadió con suavísima sonrisa:

—¡Oh señora Condesa!... Si V. quiere, con razón se llamará ese baile *la dulce alianza*...

La dama extendió ambas manitas con gesto de cómico espanto.

—¡Ay no, no, Pulido, por Dios!... ¡Si así se llama la confitería de la Carrera de San Jerónimo!

La Duquesa salió entonces á la palestra, y con habilidad mujeril disparó el más certero saetazó, sirviéndole de ballesta una mentira muy gorda.

—Después de todo—dijo—no hay que apurar mucho á Curra; porque si ella no puede dar el baile, Isabel Mazacán se compromete á darlo...

El tiro dió en el blanco, y Currita soltó al punto la prenda.

—¿Y por qué no he de poder yo?—dijo.—La cosa no puede ser más fácil... Dentro de quince días es Carnaval. ¿Les parece á Vds. bien un gran baile de trajes?...

—¡Te cuesta un sentido!—murmuró Jacobo con tan mal humor como si hubiera él de pagarlo.

Mas la Duquesa, que pescó al vuelo la frase y comprendió la económica idea de *Monsieur Alphonse*, impidió que

llegase á oídos de Currita, rompiendo á reir á carjadas: todas la miraron con extrañeza...

—¿De qué te ríes?...

—Pues nada, mujer... Estaba pensando en el traje que escogerá la señora de Martínez para ir al baile... Como no sea el de Teresa Panza, la mujer de Sancho...





III

EL trato continuo con Bonnat había despertado en París las aficiones artísticas de Currita, y no contenta con el papel de Mecenas, quiso cultivar ella misma el arte del divino Apeles. Visitó á Meissonnier, convidó á comer á Carlos Durand, y pudiendo conseguir que Raimundo Madrazo le diese algunas lecciones por pura galantería de cumplido caballero, volvióse á Madrid dejando á Rosa Bonheur tamañita y royéndose los codos de envidia.

Una vez en la corte, necesitó tener á su lado un genio complaciente, un numen auxiliar que comunicase con sus pinceles vida y expresión á los muertos y aplanados monigotes que brotaban de su paleta de artista. Hallólo al fin en Celestino Reguera, famoso acuarelista de la escuela sevillana, de esos que prefieren lo correcto á lo grandioso, y tienen en más un paisaje de Wateau que una sibila de Miguel Ángel. El pincel de Celestino entraba y salía por los lienzos de Currita, con tanta frecuencia y libertad, que al terminar ésta sus cuadros, podía repetir con harta razón lo que dijo el monaguillo de marras: «Yo y el cura, le dimos los Sacramentos.»

Pero aún más que de su gloria artística ocupóse Currita, á fuer de mujer elegante, del marco que había de encerrarla, instalando en su casa un estudio lujosísimo digno de Fortuny ó de Pradilla, Delaroche ó Makart. Era una vasta pieza con estudiadas luces de oriente y cenital, atestada de preciosidades artísticas y arqueológicas, que sobre tapices de Beauvais y los Gobelinos cubrían todas las paredes, atestaban todas las mesas y apenas dejaban un sitio en que poner la planta sin encontrar algo que admirar ó algo en que tropezar. Bronces antiguos, raras porcelanas, macetas de Pompeya con plantas tropicales, lámparas árabes, persas y romanas, igual una de estas á la célebre *di capo d'anno* del Museo Vaticano; bustos, cuadros, estatuas, yelmos, espadas, partesanas y armaduras completas de varias épocas, rodeaban cual páginas sueltas de la historia de todos los tiempos, el caballete de Currita, que colocado en luz conveniente, parecía recibir un reflejo de la luz del cielo, que el grandísimo tuno de Celestino Reguera aseguraba ser el mismo, mismísimo que derramaba en otro tiempo el grupo de las nueve musas sobre las frentes de Rafael, Velázquez y el Ticiano.

Daban la guardia á uno y otro lado de la puerta dos maniquíes vestidos de reyes de armas del siglo XVI, con gigantescas adargas y dalmáticas auténticas de terciopelo morado, bordadas de castillos y leones, y frente por frente, en el otro extremo de la pieza, y en una especie de ancha, alta y profunda hornacina á que se subía por tres gradas de mármol blanco, había un diván turco, cubierto el pavimento por legítima alfombra de Persia y mullidos almohadones de raso y terciopelo, y decorados el techo y las paredes con mosáicos romanos y de Pompeya, bajos relieves egipcios y brillantes azulejos moriscos. Allí estaba el *narghilé,* regalo de Sidi-Mohammed-Vargas, el embajador de

Marruecos, y sobre primorosas mesitas de Fez, que no levantaban dos palmos del suelo, otras varias pipas en que Jacobo enseñaba á Currita á saborear el sueño voluptuoso del *hatchis*, y habían inspirado á Diógenes para designar á la hurí de aquel paraíso, el gráfico nombre de la mona Jenny.

Refugiado en un rincón, oculto como quien está allí de limosna, entre una reducción de la estatua de Byron presentada en Turín por Pozzi, y una arca tallada del siglo XV, que decían haber pertenecido á Isabel la Católica, había otro caballete pequeño: allí pintaba Paquito Luján, callado siempre, taciturno, tímido y receloso, bajo la dirección también de Celestino Reguera, que hallaba realmente en el niño las disposiciones artísticas que faltaban á la madre.

Gran discusión sosteníase en aquel templo de las artes tres días después de la junta de íntimos, celebrada en casa del diplomático. Currita, sentada ante una preciosa mesa redonda, cuya tapa era un onix mejicano, examinaba una gran porción de láminas y dibujos que le presentaba Celestino Reguera, y pasábalos á su vez á Jacobo y á Tonito Cepeda, vago elegantísimo, entendido en caballos como el hijo de Teseo, *amateur* de todo lo que era arte, y digno por su exquisito gusto de que la patria agradecida le votase una pensión en Cortes, como representante en España del buen tono parisiense. Tonito Cepeda era más que *chic*, más que *pschutt*; era *v'lan*, *tschock*. Mas el pobrecito joven, incapacitado de poner precio á las innumerables consultas que de todas partes le dirigían, andaba lleno de trampas y no tenía donde caerse muerto.

Grave era la cuestión que Currita había sometido el día antes á sus despabiladas luces, y digna de sujetarse al arbitraje de un areópago de elegantes, como Domiciano sujetó en otro tiempo á las discusiones del Senado, la salsa en que

había de guisarse un rodaballo. Una vez decidida la dama á dar el baile de trajes, la gran fiesta de *ancha base* en que habían de bailar *pêle-mêle* tirios y troyanos, rancios personajes que figuraban en la *Guía,* y plebeyos burgueses empinados por la Revolución, era necesario encontrar algo nuevo, algo sorprendente que fuera el *clou* de la fiesta y dejase con la boca abierta á los pobrecillos profanos, á los Martínez y comparsa, convidados espurios, que hubiera dicho el tío Frasquito, que cuidaría muy bien ella de barrer de sus salones, en cuanto la caritativa empresa de socorrer á los heridos del Norte, hubiera dado un buen tanteo á sus repletas bolsas.

Las cuadrillas del minué y la pavana, las figuras de la zarabanda y la chacona, estaban ya muy vistas y habían servido mil veces en aristocráticos salones, como protesta de acendrado españolismo contra el intruso D. Amadeo. Celestino Reguera propuso la idea de representar una alegoría de España, en que parejas de damas y caballeros habían de lucir los trajes característicos de las diversas provincias. El proyecto fué desechado por Currita.

—¡Jesús, Reguera—dijo.—Parecería eso un curso de Geografía!...

Tonito Cepeda miró desdeñosamente al pintorcillo, y propuso uno de esos espectáculos que constituyen jalones de la época en que se verifican: imitar la peregrina idea de la princesa de Segan que había resucitado en París las fábulas de Esopo, dando un gran baile de trajes, en que recibía ella vestida de pava real, y acudieron todos los invitados representando cada cual un animalito. Él, Tonito Cepeda, había llamado mucho la atención con su traje elegantísimo de sapo verde. La idea no era nueva, pero estuvo á pique de seducir á Currita; hubiérale gustado mucho vestirse de gata blanca con botas color de rosa.

Mas Jacobo, con la prudencia con que moderaba todos los gastos de Currita, desde que metía él la mano hasta el codo en sus arcas, desechó terminantemente el proyecto, imponiendo más bien que presentando otro más económico y también más nuevo... Dos cuadrillas imitando las piezas de un juego de ajedrez, blancas y negras, y una partida jugada por ellas mismas en forma de contradanza: Luis Fonseca, su compañero de embajada, habíalas visto jugar así en Cochinchina cuando las fiestas en honor de Phara-Norodon, rey de Cambodge. El proyecto fué aceptado con desdeñosa condescendencia por parte de Tonito, con sumisión entera por la de Currita, y Celestino Reguera quedó encargado de traer al día siguiente dibujos para el traje de la dama que había de representar la reina blanca, y un soberbio juego de ajedrez, trabajado admirablemente en el Japón, cuyas grandes piezas de marfil podrían ser copiadas en los demás trajes de la cuadrilla.

Currita titubeaba en la elección de modelo, y Jacobo, con la autoridad delegada que ejercía en aquella casa, como amigo íntimo de Villamelón y primo cuarto de la Condesa, hízola decidirse al punto por uno cualquiera, el más barato... Currita obedeció sin hacer ninguna observación, sin replicar una palabra: conocíase á las claras que estaba supeditada por completo á aquel hombre, que él era allí el amo, y todos en la casa, desde Villamelón hasta D. Joselito, desde la Albornoz misma hasta la última fregona, obedecían servilmente sus órdenes, adivinaban sus deseos y amoldaban á sus caprichos sus gustos propios. Sólo dos seres, los más débiles é indefensos, Paquito y Lilí resistían á la voluntad omnipotente del desvergonzado parásito, á quien el instinto de ángel de ambos niños representaba siempre, como un reptil bañado por los rayos del sol, brillante á la vez que asqueroso.

Un día, á poco de haberse ingerido Jacobo en la amistad íntima del matrimonio, pintaba Currita en su estudio un retrato que decía ser de Byron, el poeta querido que en cuadros, bustos y estatuas, tenía representado por todas partes; pero que era en realidad la imagen de Jacobo perfeccionada por Reguera, ceñida la frente de laurel y abierto hasta la mitad del pecho el ancho cuello de su camisa escocesa á la antigua. Los dos niños, embobados de pie á un lado y otro de su madre, miraban en silencio correr el pincel de la dama, que con cierta complacencia íntima daba los últimos toques al airoso y nervudo cuello del Byron de contrabando. De pronto, Lilí, con esa expresión seria y meditabunda que toman á veces los niños, dijo á su madre:

—Mamá... ¿Tú por qué quieres tanto al tío Jacobo?...

La Condesa se volvió sorprendida, apoyada en el tiento, y hasta llegó á inmutarse algo; mas reponiéndose al punto, dijo con mucho cariño:

—¿Pues no lo he de querer, hija?... Si es mi primo... tu tío...

La niña movió la cabecita haciendo un mohín de duda.

—¡Sí!—dijo.—Yo también quiero al primo Bautista y al primo Carlos... Pero más que á ti y á Paquito, ¡no... no... no!...

Y se echó á llorar amargamente con el corazón encogido, escondiendo la preciosa carita en el seno de su madre, como si buscase allí lo que encuentra la más pequeña golondrina en el fondo de su nido: el calor de la ternura materna. Paquito nada había dicho; púsose muy encarnado, con ese santo carmín con que el pudor instintivo tiñe las facciones de la inocencia, y destrozando entre sus deditos, sin darse cuenta de ello, una anforita romana, extraño lacrimatorio de vidrio que había sobre una mesa, ocultó con varonil esfuerzo las gruesas lágrimas que le brotaban de los ojos.

En otra ocasión, algunos meses más tarde, acercábase el día del santo de Currita, 10 de Octubre, fiesta de San Francisco de Borja. Los dos niños tramaban juntos una conspiración para dar una sorpresa á su madre. Paquito, en quien comenzaban á revelarse sus notables disposiciones para la pintura, especialmente de retratos, había pintado al pastel uno de su padre, un Villamelón deforme, color de zanahoria, que parecía tener el carrillo izquierdo hinchado, pero que no por eso dejaba de tener con el original un más que mediano parecido. Era lo más notable del retrato la parte de la frente y la cabeza, en que el niño había copiado fielmente la escasa cabellera de su padre, partida con una raya por en medio, y formándole sobre ambas orejas dos pequeños cuernecitos á lo Napoleón III, que había alargado más de lo conveniente la impericia del artista. Lilí, por su parte, había hecho con ayuda de Miss Buteffull, que estaba en el secreto, un marco de piel de Rusia, con flores de realce, y reuniendo ambos su trabajo, quedó completo el regalo; al pie de éste escribió Miss Buteffull con su mejor letra inglesa: *Á su querida mamá en el día de su santo,* y lo firmaron ambos niños, *Lilí, Paquito.*

¡Oh! la obra era magna, había costado mucho, y preciso era que los autores se cobrasen, presenciando por completo la alegre sorpresa de su madre... Llegó el ansiado día, y ocultando Lilí bajo su capita de pieles el magnífico regalo, entráronse ambos niños á hurtadillas en el estudio de su madre: allí solía venir ella todos los días antes de almorzar, bastante después de las doce, y era la ocasión más á propósito para darle la sorpresa. En el caballete de Currita, sobre el cuadro mismo que estaba pintando, colocó Paquito con sumo cuidado su obra maestra... Luego, riéndose como ángeles del cielo, con la agitación de las grandes expectaciones, con la candorosa confianza en el más santo de los

cariños, corrieron presurosos á ocultarse entre los innumerables cachivaches, debajo de una papelera antigua de acero, ocultos por un gran tapiz, que tenía unas figuras muy largas, muy secas, muy feas; las tres Parcas... Veíase desde allí el caballete, destacándose en medio el monigote, y los dos niños, muy agazapados, muy juntitos, apretándose el uno contra el otro, contemplaban su obra.

—¡Qué bien está!—decía Lilí.

Pasó media hora; Lilí se impacientaba y estiraba las piernas.

—No viene—decía.

—¡Calla, tonta!...

Sonó un ruido; Lilí dió un codazo á su hermano, susurróle al oído:—¡Ya viene!—y se encogió mucho, mucho...

Y venía en efecto; pero no venía sola... Venía con ella el tío Jacobo, hablando de cosas que ellos no entendían, ¡qué fastidio! deudas que era menester pagar, acreedores que querían cobrarse, una firma que era necesario sorprender á Villamelón, al pie de un pagaré por tres veces protestado... Un préstamo, un mero préstamo pagadero al verificarse la Restauración, cuando pudiera él cobrar lo que le habían valido ciertos misteriosos papelitos...

Jacobo hablaba con voz desmayada, y animábale Currita, muy alegre, muy satisfecha, diciendo á todo que sí, que no tuviera cuidado... De pronto miró al caballete.

—¿Qué es eso?...

Los niños no respiraban y apretábanse mucho, muy pegaditos, muy pegaditos... Sonó entonces una carcajada.

—¿Has visto?...

—Otra risa de hombre, la del tío Jacobo, hizo coro á la primera, oyéndose esta vez:

—¡Valiente majadero!...

Y volvieron á reirse los dos, el tío Jacobo y la madre,

con una risa que desconcertó por completo á los niños, porque no era la risa alegre, tierna, agradecida, rebosando amor y ternura de madre que ellos esperaban; sino una risa acre, burlona, desvergonzada, que les recordaba, sin saber por qué, la que usan para insultarse las mujeres malas de la calle...

—¡Qué ocurrencia!... ¡Pobres criaturas!... ¡Y qué feísimo está el babieca!... Mira, parece que tiene dolor de muelas. ¡Qué delicia!...

—Y el chico le coronó de firme...

—¡Pues es verdad!...

Hubo entonces un infame cuchicheo de risas y palabras entrecortadas... Algo cogieron de una mesa, algo pusieron en el retrato, y de nuevo resonaron aquellas carcajadas que hacían daño.

Los niños nada decían: habíanse apartado el uno del otro como si temieran comunicarse sus impresiones, y estaban allí acurrucados, quietos, muy calladitos... muy calladitos...

Un criado entró en el estudio anunciando que el almuerzo estaba servido, y Jacobo y Currita se fueron á poco sin volver á ocuparse más del regalo de los niños.

Paquito salió el primero: tenía el aire de un chico que ha sentido en una pesadilla un peso enorme, que no ve ni palpa, ni comprende, pero que le oprime y le anonada, y le deja el pecho jadeante. Lilí salió después y se le quedó mirando; los dos se acercaron al retrato.

—¡Uy!—dijo Lilí desolada.—¡Lo que le han puesto!...

Una mano infame había trazado con carbón de diseñar en los dos ricitos del retrato, la prolongación más sarcástica, el insulto más villano.

El niño se puso muy rojo, luego pálido, muy pálido. Cogió el retrato, escondiólo bajo el gabán, y fuése hacia

la puerta sin decir palabra. Lilí se puso á llorar: entonces volvió el niño y le dió un besito.

—No llores, tonta...

Él no lloraba: estaba muy serio, con las naricillas pálidas, la boca seca, blancos los labios... Empinó el dedo y dijo mirando á la alfombra:

—Y no digas nada á Mademoiselle... ¿Sabes?... Nada, nada... Yo me voy á mi cuarto.

Y se fué á su cuarto el inocente, y allí, en aquella soledad en que nadie había de consolarlo, lloró á lágrima viva, lloró á raudales... Porque sentía una pena profunda que le destrozaba el corazón sin comprenderla, como destroza las entrañas sin dar la cara un cáncer oculto; porque sentía una vergüenza por decirlo así anónima, que le hacía ocultar el rostro bañado en lágrimas en la blanca almohadita... ¿Y por qué, por qué sentía él aquella vergüenza, si era bueno, y amaba á su padre y á su madre, y adoraba á Lilí, y tenía siempre notas de sobresaliente, y le rezaba á Dios todos los días, y también á la Virgen Santísima que estaba allí delante, en un cuadro, con el niño en los brazos?...

Se serenó un poco. ¡Oh! qué feliz debió de ser aquel niño divino, con poder llamar á aquella madre tan pura, ¡Madre!... ¡Madre!...

Muy pocos días después, Currita retiró repentinamente á su hijo del colegio de nuestra Señora del Recuerdo. Contaba ya el niño doce años, y el P. Rector manifestó á su padre un día de visita, que era menester disponerle para recibir la primera comunión. Currita no estaba delante, y Villamelón se apresuró á aprobar la idea. Quería él, ante todo, que su hijo fuese cristiano.

—Y no crea V., P. Rector, esto me viene de casta. Mi mujer es parienta de San Francisco de Borja, y yo lo soy

de Santa Teresa, y por los Benedetti, de San Francisco Caracciolo...

¡Ah! los Villamelón habían sido siempre piadosos... Celebraban todos los años una novena á San Roque, abogado de la peste, en Quintanar de Oreja, donde tenían posesiones. Él era patrono de la Iglesia, y tenía facultad para nombrar al Párroco. ¿Usted me entiende, P. Rector?...

El Rector lo entendió muy bien, y confiando en San Francisco Caracciolo, dió otro paso adelante; la fiesta de la primera comunión había de celebrarse el 19 de Marzo, día de San José, y parecía natural, era muy conveniente, sería muy edificante, que él, padre del niño, y la señora Condesa, su madre, le acompañaran á la sagrada Mesa. También aceptó Villamelón.

—¡Sí, señor, P. Rector, comulgaré con mi hijo!... Mi santa madre lo decía: conviene tener con Dios ciertas atenciones. ¿Usted me entiende?... Y además, esas escenas de familia me conmueven; yo aspiro á una familia patriarcal... Mi madre era una santa; mi mujer es un ángel, que se mira en mis ojos y no tiene voluntad propia; Curra, esto: Curra, lo otro: eso hace. ¿Usted me entiende, P. Rector?...

El Rector, que era escrupuloso, no se atrevió á decir que entendía por miedo de soltar una mentirilla, y Villamelón prosiguió con el aire de un monarca, que se brinda á ser padrino de un pordiosero:

—Pues nada, P. Rector, comulgaremos los dos con el niño, y yo, no crea V., vendré de uniforme.

El Rector, que cazaba largo y veía venir las cosas de lejos, previnole que sería conveniente vinieran ya los dos confesados al colegio, porque los Padres de allí andaban siempre faltos de tiempo, y quizá les fuera imposible despacharlos.

—Corriente, P. Rector, corriente... Yo tengo mi confesor

fijo; nunca me he confesado con otro... El P. Pareja; excelente sujeto. ¡Un santo, P. Rector, un santo! ¿Usted me entiende?...

El P. Rector lo entendió tan bien, que estuvo á pique de soltar la risa. El P. Pareja, confesor ordinario del señor Marqués, había muerto diez años antes.

Villamelón volvió á su casa muy satisfecho, y refirió á Currita el compromiso que había contraído. Ella con la rápida percepción de su claro entendimiento, comprendió al punto todo lo grave del compromiso, y una idea horrible, la del sacrilegio, cruzó por su mente cual un pájaro siniestro... Mas se detuvo asustada ante ella, porque aun la mala mujer española es rara vez impía; allá en el fondo de su corazón cree siempre y teme, y menos aterra el sacrilegio á la falsa devota, que á la francamente escandalosa. Su fecunda imaginación ofrecióle al punto otro espediente digno de la Superiora de Port-Royal, la mística jansenista Sofía Arnauld.

—¿Pero qué estás diciendo, Fernandito?... ¿Comulgar un niño de doce años?... ¡Qué barbaridad!... Eso es una irreverencia, y yo no puedo permitirlo.

Villamelón abrió la boca espantado.

—Pero mujer, Curra, ¿sabes?... Si el P. Rector dice que sí...

—Pues yo digo que no. ¡Nadie comulga en Francia antes de los catorce años... lo menos!

—Pero como estamos en España...

—Mira, Fernandito, vida mía: te he dicho que no hables en ninguna parte... Eso no es cuestión de clima. ¿Te enteras?... De modo que mañana vuelves al colegio, y le dices á ese señor Rector de mi parte, que yo no permito que Paquito comulgue, sin estar convenientemente preparado... ¡He dicho!

En vano alegó el P. Rector que el niño lo estaba de sobra, que aquel rigorismo francés era un resto del jansenismo, que las indicaciones de la Iglesia y el celo del clero habían ya hecho desaparecer por completo, y que era una maldad, un verdadero delito, privar por tanto tiempo, á un alma inocente del auxilio de un sacramento que obra *ex opere operato*... Villamelón se encogía de hombros no comprendiendo bien de qué *óperas* se trataba: los astutos escrúpulos de Currita no cedían, y sospechando el P. Rector la hipócrita hilaza, dijo terminantemente que de seguir el niño en el colegio comulgaría el día de San José, sin el permiso de sus padres. Indignóse con esto Currita, y para evitar la horrenda profanación, apresuróse á retirar al niño.

Entonces comenzó el inocente á fijar su candorosa atención en las extrañas escenas que pasaban en su casa. Solo casi siempre el pobre niño, escapábase á las caballerizas, donde pasaban la mayor parte del día entre lacayos y mozos de cuadra, escuchando conversaciones que al principio le hacían enrojecer y acabaron por hacerle reir, á medida que se le iba encalleciendo el pudor, especie de epidermis delicadísima que preserva la pureza del alma. El enano D. Joselito le divertía mucho, y á él acudía con dudas misteriosas que el malvado pigmeo se apresuraba á resolver, poniéndole de manifiesto secretos tan curiosos, como los que descubría á su discípulo el Diablo Cojuelo, el impuro y asqueroso Asmodeo...

El niño iba atando cabos.

Vino entonces á la corte una famosa compañía dramática francesa, y Currita mandó reservar el abono de un palco, para que fuesen los niños todas las noches al teatro. Hablaban aquellas criaturas un francés tan chabacano, tan de provincia, que era preciso aprendiesen de viva voz el puro acento parisiense. ¡En aquella escuela de acento y de

prosodia siguió el niño atando cabos, y un día, después de una larga conversación con D. Joselito, en que el maldito enano tanteó todo lo que podía esperar su codicia de aquel ánimo generoso, si conseguía iniciarle de una vez y guiarle más tarde por los laberintos del vicio, el niño ató el último cabo!... ¡Desde entonces varió de carácter; había visto más de lo que esperaba ver, y una gran vergüenza clara ya y distinta, y un odio feroz, implacable y reconcentrado, nacieron á la vez en su corazón, impidiéndole aquélla levantar los ojos delante del último lacayo, haciéndole éste afilar en silencio el puñal de su rencor, para cuando él fuera hombre, para cuando él mandara en su casa!...

Su padre le inspiraba desprecio, su madre despego, y sólo seguía adorando á Lilí, único ángel que quedaba ya en la casa. En cuanto á Jacobo, evitaba su presencia en lo posible, y más de una vez sorprendió Currita con verdadero miedo en los ojos del niño una mirada de rencor profundo, que relucía entre sus largas pestañas rubias, como un acero al salir de la vaina. Dedicóse entonces con ardor á la pintura, y pasaba largas horas pintando en su caballete, teniendo á Lilí sentada á su lado, cual si fuese el ángel de su guarda. Así los sorprendieron aquel día los que, para trazar el plan del baile de trajes, entraban con Currita, y los niños, resistiendo á la curiosidad, permanecieron en su rincón callados é inmóviles. Mas cuando Celestino Reguera comenzó á formar sobre el tablero maqueado las magníficas fiestas del ajedrez, y se puso Jacobo á explicar el pintoresco modo como habían de moverse al jugar la partida las personas que las representaran, Lilí no pudo resistir á la tentación, y aproximóse al grupo de puntillas, haciendo señas silenciosas á su hermano para que viniese. ¡Era aquello tan bonito!...

El niño se decidió al fin, y levantóse para mirar un mo-

mento con la paleta en una mano y el tiento en la otra. Había crecido mucho, iba ya á cumplir trece años y prometía ser muy lindo de cara, y de cuerpo esbelto á la vez que fornido. Acercóse al grupo sonriendo á Lilí, y púsose á mirar, empinándose un poco, por detrás de su madre y al lado mismo de Jacobo. De repente, en el calor de su explicación, hizo éste un brusco movimiento con el brazo y pegó en la paleta del niño; desprendiósele ésta con fuerza de la mano, y fué á caer sobre la manga izquierda de Jacobo, manchándosela toda de pintura. El muchacho retrocedió un paso poniéndose lívido.

Volvióse Jacobo colérico soltando impaciente una sucia palabrota, con esa obscena grosería, que se oculta con frecuencia bajo las pulidas formas sociales de ciertos hombres, y brota espontáneamente en cuanto le excita la ira, ó la impulsa una confianza sin decoro. El chico, al oirla, miró iracundo á su madre y á Jacobo, haciendo un gesto amenazador, en que se veía palpitar al hombre bajo la frágil envoltura del niño.

—¿Qué?—gritó Jacobo desafiándole.—Nadie te ha llamado aquí... ¡Vete!...

Inyectáronse en sangre los ojos del niño, y dió tan fuerte golpe con el tiento, que lo rompió en dos pedazos.

—¡No me da la gana!—gritó.

Jacobo hizo ademán de lanzarse á él, mas Currita le detuvo asustada... El niño, ronca la voz por la ira, breve y cortada como la de un calenturiento, volvió á gritar:

—¡No me da la gana!... ¡Vete de aquí!... ¡Aquí no mandas tú!... ¡Esta no es tu casa!...

Y se detuvo jadeante, sin voz, en medio de un silencio siniestro, parecido al que reina en la tempestad entre ráfaga y ráfaga... Jacobo habíase vuelto con los puños apretados, tartamudeando entre sus labios blancos de ira:

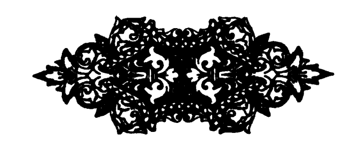
—Está pidiendo un cachete...

No terminó la frase: con la fuerza y prontitud que caracterizan al león en su ataque, con la sanguinaria avidez con que el cachorro de un tigre se arroja sobre su primera presa, lanzóse el niño á Jacobo, clavándole las uñas en la garganta, dándole cabezadas en el rostro, pateándole todo el cuerpo con las robustas piernecillas, que parecían tener músculos de acero. Sorprendido Jacobo rechazó el brusco ataque, separando al niño con un poderoso esfuerzo de sus nervudos brazos, y arrojólo lejos de sí, cual si fuese un saco de arena, á cuatro pasos de distancia; su cabeza fué á chocar contra un enorme jarrón japonés, de bronce antiguo, que despidió un sonido metálico.

Con los ojos dilatados de terror, púsose Lilí á su lado de un salto, y levantó entre sus manos la lívida cabecita. Celestino le cogió en sus brazos y llevóselo apresuradamente fuera de la estancia.

Quedó Lilí arrodillada en la alfombra mostrando á su madre sus manitas ensangrentadas, tartamudeando con la opaca vibración de un terror sin medida.

—¡Sangre!... Mamá... ¡Sangre!...





IV

Pedro López creyó sucumbir de plétora de inspiración, al dar cuenta en *La flor de lis* del gran baile de *ancha base,* celebrado el lunes de Carnaval en casa de los Excmos. Sres. Marqueses de Villamelón... Hay situaciones, hay espectáculos que el hombre comprende y admira con su instinto, pero no puede describir ni comentar con su talento: en tales casos, el poeta más grande, el escritor más maestro es el que exhala el grito más natural, la exclamación más vehemente... Por eso juzgó Pedro López la mejor manera de describir el mágico baile, estampar al frente de una cuartilla un ¡¡¡Oh!!! profundo, un verdadero *do* de pecho literario, y dejar todo lo demás en blanco.

Mas allá por la madrugada, cuando retirado en la *serre* tomaba apresuradamente algunas notas, acercósele Butrón rendido y satisfecho, como el caudillo después de la victoria, y adelantando la torneada pierna, que el calzón corto y la media de seda negra ceñían por completo, haciendo ondular con juvenil garbo la airosa capa veneciana, díjole con entonación solemne, con misterio profundo, metiéndole la punta de la nariz dentro de la oreja izquierda;

—¡López!... ¡Mucho ojo!... Su *compterendu* de V. nos asegura el triunfo... Que toda esa gentecilla cursi vea su nombre en *La flor de lis,* ensalzada por el *reporter* elegante de los salones, y es nuestra para siempre... ¡Fuera escrúpulos!... ¡La de Martínez, bellísima!... ¡La García Gómez, encantadora!... Esta que viene aquí, un portento; la Victoria Colonna de este siglo...

Y atento y obsequioso corrió á estrechar la mano de la Victoria Colonna del siglo XIX, una jamona muy madura, de metro y medio de largo y doce arrobas de peso, vestida de Safo, con corona de mirtos en la cabeza, lira de latón dorado en la mano y en la chata nariz—¡Manes de Phaon, estaos quedos!—¡gafas de oro!!...

Era la Excma. Sra. D.ª Paulina Gómez de Rebollar de González de Hermosilla, eminente literata, poetisa afamada, á quien Butrón había echado el ojo para secretaria de la Junta de señoras.

La redada había sido en efecto completa y calificábala Butrón de *pesca milagrosa:* el caritativo anzuelo de socorrer á los heridos del Norte había prendido en todos los corazones, verificando la fusión deseada, y el heterogéneo personal de la Asociación de señoras quedó reclutado, faltando tan solo organizarlo. Triunfante Butrón y rejuvenecido, felicitaba á unos, animaba á otros, multiplicábase por todas partes tendiendo siempre la caña, y entre el calorcillo de la cena y el humo de las satisfacciones, estuvo á pique de desquiciarse aquella cabeza tan firme, hasta el punto de pasar por ella la idea de invitar para el cotillón á la Excma. Sra. D.ª Paulina Gómez de Rebollar de González de Hermosilla. Un extraño rumor, que comenzaba á circular por los salones, vino á detenerle al borde de aquel abismo, más profundo que el agitado mar, sepulcro de la Safo auténtica, al pie de la roca de Léucades.

Susurrábase que allá en un apartado gabinete, había surgido un lance de honor entre dos personajes de mucha cuenta. Azorado Butrón corrió á informarse por sí mismo, temeroso de que aquel incidente imprevisto viniese á romper los lazos de unión con tanto trabajo anudados. Acercóse á un grupo; en medio peroraba Gorito Sardona, vestido de peón de ajedrez y muy enterado del caso; habíalo él presenciado todo y era uno de los contendientes el tío Frasquito.

—¡Polaina!—exclamó Diógenes.—¿Y á qué es el duelo?... ¿Á tijera ó á aguja?...

—Algo parecido anda de por medio—replicó Gorito. Y prosiguió diciendo con grandes ponderaciones y mucho misterio, que el otro contendiente era Sir Roberto Beltz, capitán de guardias agregado á la Embajada inglesa, hombre muy posma, muy preguntón, muy aficionado á investigar el por qué de todas las cosas, y metódico y ordenado hasta el punto de reirse por la mañana de los chistes oídos la noche antes.

Al oir hablar de Sir Roberto Beltz, hizo Diógenes un gesto como si le asaltara gran tentación de risa, y quedóse sin embargo muy serio escuchando la narración del gomoso. De ella resultaba que el tío Frasquito había observado con sorpresa al principio, con recelo luego, y con inquietud más tarde, que Sir Roberto Beltz le seguía á todos lados sin perderle un momento de vista; atribuyólo al pronto á la admiración que pudiera causarle su magnífico traje de gran mandarín, capaz de despertar las envidias del Micado, porque era el tío Frasquito el feliz mortal que había tenido la honra insigne de figurar como rey blanco al lado de Currita en la famosa partida de ajedrez que acababa de representarse. Mas al terminar ésta encontróselo repetidas veces entre los frecuentes apretones del

baile, rozándole siempre con intención muy marcada y sacudiéndole en dos ocasiones.

—¡Unos codazos—decía la víctima en su capítulo de cargos—hórrrrorrrosos, horrrrorrrosos!... Ni más ni menos que si pretendiese averriguarr si sonaba yo á hueco...

Y algo más tarde, hallándose el venerable mandarín hablando con unas señoras, un poco inclinado hacia delante por estar ellas sentadas, acercósele Sir Roberto con mucho disimulo, oculto entre el gentío, y sin provocación ninguna, sin objeto alguno justificado, ¡zas! hundióle con flema británica hasta la cabeza un alfiler en la nalga izquierda...

—¡Majadero!—exclamó Diógenes.—Si le dije que era la derecha... La derecha es la de corcho...

Y en medio del pasmo de todos y de sus risas después, explicó entonces Diógenes el enigma... Mientras las cuadrillas de ajedrez bailaban, hallábase Sir Roberto Beltz al lado de Diógenes mirando con grande atención al tío Frasquito, que muy pomposo y satisfecho en su papel de rey, movíase con pausa y majestad sobre el tapiz á cuadros rojos y blancos que representaba el tablero.

—¿Quién es ese goven?—preguntó á Diógenes.

—¿Goven?... ¡Polaina!... Dos años me lleva á mí y tengo sesenta y tres, con que ajuste V. la cuenta.

Estiróse la cara de pasmo perpetuo de Sir Roberto, y Diógenes acrecentó su asombro añadiendo muy serio:

—Ahí donde lo ve V., lleva en el cuerpo treinta y dos cosas postizas.

—¡Oh señor de Diógenes! Usted estar un andaluz muy crecido...

—¿Que no?... Pues vaya V. contando...

Y comenzó á enumerar los componentes que suponía en el tío Frasquito la leyenda, acabando por poner en el catálogo la nalga de corcho. Sir Roberto, asombrado, creyendo

encontrar un nuevo modelo de *hombre clástico,* que colocar en el British Museum, quiso aplicar al hallazgo su método experimental, y recibió en cambio un espontáneo abanicazo, que en la irascibilidad de sus nervios excitada, le sacudió el tío Frasquito con su abanico de mandarín en lo alto de la cabeza.

La sangre no llegó, sin embargo, al rio; intervino Currita muy indignada contra las zafias bromas de Diógenes, y puso fin á la contienda apoyándose en el brazo de Sir Roberto Beltz, para dar una vuelta por la *serre,* y encargando antes al tío Frasquito que convidase para el día siguiente á comer con ella, á todos los que habían tomado parte en las dos cuadrillas, blanca y negra. Fernandito quería fotografiarlas en ambos grupos y en sus respectivos trajes, para que publicasen luego un gran grabado de ellas en la *Ilustración Española y Americana.*

La comida fué divertidísima; Currita tuvo el capricho de mandar preparar á su cocinero un *menú* japonés, y todos se sentaron á la mesa con los mismos trajes japoneses con que en diversos grupos y actitudes se habían retratado en la cabaña de Fernandito. Á los postres tuvo el tío Frasquito una idea nueva y felicísima, una verdadera inspiración nacida entre los vapores de su estómago agradecido, y acogida con entusiasmo por todos los presentes. Ocurriósele para eternizar la memoria de aquel baile famoso, para grabar el recuerdo de aquellos trajes lujosísimos, para no separar nunca de su reina aquella aristocrática cuadrilla japonesa, reclutada por él mismo en los salones del Veloz-Club, prolongar la mascarada transformándola en una especie de guardia de honor que sirviese y acompañase á Currita por todas partes, llevando alguna particular contraseña que la diferenciase del resto de los mortales... Currita aceptó encantada la idea, y señaló como distintivo de la nueva or-

den de caballería, una corbata azul, color de la famosa liga de la Condesa de Salisbury, que dió pretexto á Eduardo III, según cuenta la leyenda, para fundar la antigua y nobilísima orden de la Jarretiera. Brindóse la dama á regalar á todos la insignia de la nueva orden, y envióle á cada uno una preciosa corbata azul de rica seda japonesa, sujeta por un alfiler formado por una gruesa perla, procedentes todas de un magnífico collar que había pertenecido á su madre. El tío Frasquito fué nombrado por aclamación gran maestre de los ilustres caballeros, que tomaron el dictado de *Mosqueteros de Currita*. La cáustica sátira madrileña, la más sangrienta quizá que hemos conocido, hízoles bien pronto variar de nombre. Carmen Tagle, profundamente resentida porque habiendo representado ella á la reina negra en la partida de ajedrez, no se había formado ninguna guardia en honra suya, comenzó á designar á la de su rival, por su origen japonés, con el nombre de *Mikado*.

—¡Ese, ese es el nombre propio!—gritó la Mazacán entusiasmada al oirlo.—Lo natural y lógico es, que para guardar á la mona Jenny, se cree un cuerpo de *micos*.

Y desde aquel entonces quedó confirmado el cuerpo de mosqueteros con la nueva denominación de *Micos de Currita*.

También el tío Frasquito conquistó en aquella escaramuza otro sobrenombre, que vino á aumentar ese largo catálogo de ellos que prodigan la malignidad y la envidia, con tan grande profusión, en la alta sociedad madrileña. La duquesa de Bara habíale encontrado gran parecido, vestido de mandarín, con un retrato publicado en la *Ilustración*, de Pan-Hoei-Pan, célebre literata china, y Pan-Hoei-Pan comenzó á llamarle desde entonces la inmensa falange de sus sobrinos legítimos y espurios.

Jacobo, con la egoista y rapaz avaricia con que modera-

ba todos los gastos de Currita, y la despótica autoridad que sobre ella ejercía, reprendióle agriamente aquel derroche de perlas, desperdiciadas en regalar corbatas á sus *micos*. Ella, ciega por la más temible y la más tupida de todas las vendas, y temerosa siempre de verse privada de las luces y consejos de aquel hombre, que llenaba la escasa cavidad de su corazón y satisfacía las inmensas proporciones de su vanidad, resolvió entonces para desagraviarlo, hacerle el 30 de Abril, día de su cumpleaños, un magnífico regalo. Iluminó, pues, con ayuda de Reguera, una gran fotografía en que se hallaba representada ella misma con su rico traje de reina japonesa, y encargó dibujos para un marco suntuoso que habían de ejecutar en oro, plata y pedrería, Marzo y Ansorena. Los dibujos, sin embargo, no la satisfacían, el 30 de Abril se acercaba, y apremiada por lo breve del plazo, desesperaba ya de ver realizado su proyecto. Propúsole entonces Celestino Reguera comprar un marco antiguo, de plata cincelada, que procedente de cierta casa ducal muy conocida, estaba de venta en la Exposición de arte retrospectivo. Currita se dió una palmada en la frente.

¡Tonta de mí!—dijo.—Si no se necesita; si tengo yo aquí mismo, en casa, al alcance de la mano, algo mejor y más rico que cuanto pudieran ofrecerme.

Con la viveza de una niña que corre á satisfacer un soñado capricho, atravesó Currita los vastos departamentos del palacio, en que resplandecía por todas partes el lujo y la molicie y llegó á uno de sus extremos, ala de honor en otro tiempo, habitada entonces por la servidumbre. En una especie de rotonda adornada con antiguas pinturas al fresco, ya del todo desteñidas y borradas, abríase una gran puerta de roble con herraje de bronce y bellos tableros de talla. En vano intentó la Condesa levantar con sus delicadas ma-

necitas el enorme pestillo cincelado: estaba la llave echada. Acercóse entonces á la salida de un corredor que daba á la cocina, y gritó muy impaciente:

—¡Germán!... ¡Basilio!... ¿No hay nadie?...

Acudió Germán muy presuroso y extrañado de encontrar á la señora Condesa por aquellos andurriales.

—La llave de aquí—dijo ella.

Germán se encogió de hombros. ¿Quién iba á saber dónde estaba aquella llave?

¡Pues buscarla enseguida!—gritó Currita.—¡Pregunte usted á D. Joselito, en la contaduría, en todas partes!... ¡Jesús! ¡Qué fastidio!...

Y daba pataditas en el suelo llena de impaciencia, mientras Germán se lanzaba presuroso por toda la casa en busca de la llave. Volvió al fin después de un cuarto de hora, trayendo una muy grande, llena de orín, con un tarjetón de pergamino colgando, en que se leía: *Oratorio*. La llave entró rechinando en la cerradura, y en vano forcejeó Germán para hacerla dar vueltas; preciso fué sacarla de nuevo, untar las guardas con aceite, é introduciento un palo por el ojo, giró al cabo al sexto ó séptimo empuje. Otros dos ó tres vigorosísimos que dió Germán con todo su cuerpo sobre una de las hojas, hicieron girar á ésta lentamente, dajando escapar una bocanada de viento húmedo: el interior estaba oscuro.

—Espere V. aquí—dijo Currita con cierto airecillo de miedo.

Y adelantóse ella con las manos extendidas para no tropezar, cerrando los ojos un momento para poder acostumbrarse á aquellas tinieblas. Algunos reflejos de tenue luz entraban por dos altas y rasgadas ventanas laterales, cubiertas ambas con grandes cortinones de rojo damasco, desteñido y empolvado. Currita quiso descorrer uno de

ellos, tirando violentamente del cordón de seda que á lo largo de la pared bajaba desde lo alto; mas la cortina rechinó sin descorrerse, y podrido sin duda el cordón, rompióse por arriba, cayendo sobre Currita enroscado, cual si fuese una larga y delgada serpiente. La dama dió un chillido y una nube de espeso polvo se desprendió al mismo tiempo, y dos murciélagos salieron de entre los pliegues del brocado, y comenzaron á revolotear de una á otra parte.

—¡Germán!—gritó Currita muerta de miedo.

Y disimulando al verle entrar su repentino azoramiento, añadió huyendo del malhadado cordón, cual si fuese en realidad una serpiente:

—¡Jesús, hombre, qué torpeza!... Acabe V. y descorra esa cortina...

Con gran trabajo y tirando de los dos cordones á la vez con sumo tiento, pudo Germán descorrer la contraria, y asustada por la luz saltó entonces del altar una gallina, y echaron á correr dos ó tres pollos cacareando, entrándose por una puertecilla entreabierta, que á la derecha del retablo había. Currita miró á Germán estupefacta, y éste, conteniendo á duras penas una carcajada, que le pareció falta de respeto á su ilustre dueña, contestó muy grave:

—El cocinero encierra aquí á los que ha de matar, para tenerlos más á mano.

—¿Pero por dónde los mete?... ¡Si estaba la puerta tan atrancada!...

—Por la otra puertecilla de la sacristía, que da junto á la cocina...

—¡Ya!...

Penetraba la luz por los sucios y empolvados cristales escasa y como avergonzada, mas era suficiente para iluminar aquel cuadro desolador de impío abandono... Era el oratorio una preciosa capilla de alta bóveda pintada al

fresco, construída, con grande gusto y riqueza, á fines del siglo XVII. Hallóse en tiempos tapizada de arriba abajo con ricos paños de damasco encarnado, que caían entonces en sucios guiñapos á lo largo de las paredes, llenas de manchas y desconchones, como el rostro de un virolento: á trechos, veíanse encerrados en ricos marcos ya podridos, amarillentos pergaminos en que constaban las innumerables gracias y privilegios concedidos por los Sumos Pontífices, á los fundadores de la capilla. La rica talla algún tanto churrigueresca del retablo, desaparecía bajo una espesa capa de polvo y de telarañas, y las varias imágenes que ocupaban las hornacinas, parecían tener esa palidez lívida, que indica en los hombres lo supremo del espanto. Sobre el altar, veíanse el ara rota, el tabernáculo hundido, y dos bellos ángeles que á un lado y otro sostenían antes lámparas de plata, levantaban entonces sus manos vacías, crispadas, como anunciando la cólera del Señor... Á los pies de la capilla, sobre un confesonario destrozado y varios reclinatorios rotos, hallábanse amontonados trastos viejos, muebles inservibles, y el armazón de un teatro en que había representado la Condesa, tiempos atrás, unos famosos *cuadros vivos*. Sobre las dos gradas que formaban el presbiterio, había á la izquierda del retablo una especie de armario de cristales, embutido en la pared, donde se guardaban reliquias: allí se dirigió Currita, mandando á Germán que abriese la puerta. En la parte inferior había varios estuches medio abiertos, que encerraban vasos sagrados, y tirada en un rincón, arrugada y hecha un lío, una casulla de terciopelo negro, con ricos bordados de oro, que presentaban en primoroso realce las armas de la casa. Al verla Currita, acordóse instantáneamente de la última Misa celebrada en aquel recinto profanado: había sido quince años antes, estando allí mismo, de cuerpo presente, la vieja

Marquesa de Villamelón, madre de Fernandito: aún se veían á lo lejos entre los amontonados restos del teatro, las piezas del catafalco que había sostenido su cuerpo. Currita sintió una especie de escalofrío de miedo, y miró instintivamente al sitio en que solía oir todos los días Misa la anciana Marquesa: allí estaba su sillón de terciopelo hundido todo y destrozado, y delante el reclinatorio, conservando aún sus almohadones apolillados, las huellas de sus rodillas y sus brazos. Currita volvió bruscamente la espalda, como si temiese ver aparecer allí, pálida y airada, la sombra de la vieja dama.

Estaba la parte superior del armario forrada de terciopelo rojo, bastante bien conservado, y sobre almohadillas del mismo terciopelo, hallábanse varios relicarios de plata, guardando huesos de santos: en un rincón, de pie contra la pared, había un objeto de más de una tercia de largo, envuelto en una funda de oscuro tafilete, roída toda de ratones, y esto fué lo que cogió Currita, sosteniéndolo por su mucho peso con ambas manos, y saliendo al punto de la capilla muy de prisa, azorada, como si hubiese cometido un robo en lugar sagrado.

Á solas ya en su estudio, cuando abrió la destrozada funda, quedóse ella misma admirada: era aquello una preciosidad artística de valor inmenso, un marco de plata cincelada, obra admirable de orfebrería del siglo XVI, que ostentaba cual noble ejecutoria, esculpido en el pedestal de una de sus mil bellas figurillas, el nombre ilustre de Enrique de Arfe, autor de la custodia de Córdoba, y de la llamada Cruz antigua. Aquella maravilla servía, sin embargo, de marco á un objeto harto extraño é insignificante: sobre un fondo de raso blanco, y cubierto por limpidísimo cristal chaflanado, veíase sencillamente un harapo, un pedazo de burdo y raído sayal pardo. Por el reverso, cerraba

el cuadro una gran chapa de plata, sujeta por finas tuercas, que no sin grandes esfuerzos consiguió destornillar Currita. Liados en blancos tafetanes, amarillos ya por el tiempo, halló dentro dos papeles, escritos con clarísima letra del siglo XVI, que sin esfuerzo ninguno podían perfectamente descifrarse. En uno decía: *Pedazo de la cogulla del venerable siervo de Dios Fr. Alonso de Luján, muerto en olor de santidad en su convento de Talavera de la Reina, á los 23 de Enero de 1590.* Y á renglón seguido, con la candorosa arrogancia de los magnates de aquella época, firmaba sencillamente: *Doña Catalina.*

—¡Ya!—exclamó Currita muy admirada.—¡Con que *esto* era de *aquél!...*

Y sus ojos fueron á buscar entre las mil preciosidades que adornaban el estudio, una admirable cabeza pintada por Pantoja, de un capuchino muerto, en cuyo rostro resplandecía esa serena calma que deja impresa la muerte, como señal de predestinación, sobre la frente de los justos. Era en efecto aquella cabeza venerable el retrato de Fr. Alonso de Luján, hermano del cuarto Marqués de Paracuellar, y había sido trasladado años atrás del oratorio á los salones de la casa, no como objeto de piedad, sino como monumento de arte.

En el otro papel hallábase copiada esta cláusula del testamento de doña Leonor Manrique de la Cerda, repartiendo entre sus parientes un hábito de su primo hermano el V. P. Fr. Alonso de Luján, religioso capuchino (1): «Mi señora, la Duquesa del Infantado, escoja la pieza que le pareciere, y otra se dé al Conde de Salvatierra, y otra al Conde de Montijo, y otra á mi sobrina doña Catalina, Marque-

(1) Esta cláusula está tomada literalmente del testamento citado, sin otra variación que la de introducir en ella el nombre supuesto de la Marquesa de Paracuellar.

sa de Paracuellar, y el cordón se dé al Conde de Salinas, mi sobrino, que lo tenga y venere como cordón y reliquia de un tan venerable y santo varón como yo lo he tenido; y una cosilla que yo tengo del dicho P. Fr. Alonso, mando también á mi señora la Duquesa, y le suplico la dé cuando á su Excelencia le pareciere, al Conde del Cid, y la pieza que su Excelencia escogiere, la dé al Duque de Béjar, de cuya casa era muy devoto el dicho P. Fr. Alonso».

Currita estaba admirada... Mentira parecía que aquellas buenas gentes, tan grandes señores por otra parte, tan famosos en la historia muchos de ellos, se repartiesen entre sí como joyas preciosas, el burdo sayal de un pobre fraile. ¡Lo que varían los tiempos!... La buena de doña Catalina se había gastado un dineral en fabricar una joya para su pedacito de cogulla, sin sospechar siquiera que había de ahorrarle á ella el gastarlo en...

Con una brusca sacudida echó fuera, sin tocarla, la reliquia, y puso después en su lugar el retrato. Estaba perfectamente, y sólo con recortarle un poco los bordes, encajaría tan bien como si hubiese sido hecho el marco á su medida. Currita calculaba complacidísima el efecto, alejando de sí el retrato, y la mano con que lo sostenía fué á tropezar con el pedazo de cogulla del fraile: retiróla bruscamente, cual si hubiese tocado una brasa ardiendo, y miró con miedo, con espanto casi, la magnífica cabeza de Pantoja, que tan admirablemente expresaba sobre el lienzo, la imponente y serena calma de la muerte. Con los mismos papeles que encerraban la auténtica y la cláusula testamentaria, cogió la reliquia de Fr. Alonso, y sin tocarla, con un gesto que lo mismo expresaba la repugnancia que el miedo, el asco que el respeto, arrojólo todo en una preciosa cestilla destinada á recibir papeles para la basura. Arrepintióse al punto; había oído ella que las cosas santas no deben

tirarse, sino quemarse, y volviólo á recoger todo de la misma manera para no tocar la reliquia, y fué á echarlo entonces en una chimenea encendida que ardía en un ángulo... Otra vez lanzó, sin poderlo remediar, una mirada á hurtadillas con medroso recelo, á la pálida cabeza del fraile muerto.

Un fuerte olor acre y desagradable del paño que se quemaba, extendióse al punto por toda la estancia. En aquel momento entró Villamelón muy alegre y satisfecho, que volvía de Chamartín de la Rosa, donde en su preciosa quinta de *Miracielos,* estaba ensayando con gran entusiasmo la incubación artificial de los huevos de gallina.

—¡Jesús, hija, qué mal olor!—exclamó deteniéndose á la entrada.—¿Qué has quemado?... Si huele aquí á infierno.

Currita se puso muy seria, muy enfadada y hasta un poco pálida.

—Mira, Fernandito, no digas tonterías... No me gustan bromas con las cosas del otro mundo...

Y como si fuese cosa de él, volvió á lanzar otra mirada furtiva y medrosa á la imponente cabeza de Fr. Alonso.

—Pero, hija, Curra, ¿sabes?... Que abran esa ventana; si huele aquí á chamusquina, á cuerno quemado...

—Pues nada, hombre; un pincel viejo que tiré en la chimenea... Vamos, dejemos ya eso. ¿Has visto á Lilí?...

Villamelón dió una gran palmada.

—¡Mujer!... Se me olvidó...

—¿Pues no te dije que fueras á verla?—gritó Currita muy colérica.

—Pues nada, hija, se me olvidó... ¿Qué vamos á hacerle?...

—¡Jesús, qué hombre este!... Se acuerda de ir á ver las gallinas y se olvida de visitar á su hija...

Porque el lector ignora aún, que ninguno de los dos niños estaba ya en la casa... Cuatro días después de la esce-

na que en el anterior capítulo queda referida, cayó Currita en la cuenta y convenció de ello á Fernandito, de que no pudiendo dedicarse ella exclusivamente á la educación de sus hijos como hubiera sido su deseo, era lo mejor enviar á Lilí al colegio que tienen en Chamartín las religiosas del Sagrado Corazón, y á Paquito al que por aquel tiempo tenían los jesuítas en Guichon, del lado de allá de los Pirineos... Ni ella ni Jacobo habían tenido en cuenta, que en aquel mismo colegio se educaba Alfonsito Téllez-Ponce, el hijo de éste.

Villamelón, muy contrito de su falta, prometió remediarla al día siguiente, cuando fuese á Chamartín á inspeccionar los períodos de la incubación artificial, que ocupaba en aquella época toda su atención y todo su tiempo. Diógenes, al saber las nuevas aficiones del ilustre prócer, había dicho:

—No hay que extrañarse... Está clueco.





V

La cola que formaban los coches frente al palacio del Marqués de Butrón, cogía casi toda la calle de Hortaleza, atravesaba la red de San Luis é iba á perderse en la de la Montera. Los carruajes avanzaban lentamente, parábanse un momento, abríanse y cerrábanse con estrépito las portezuelas, y corrían luego á estacionarse en la plaza de Santa Bárbara. Los transeuntes deteníanse extrañados, y quedábanse muchos contemplando aquella larga procesión de damas, rara en Madrid á la clara luz de las tres de la tarde. El Gobierno parecía alarmado: varios agentes de orden público paseábanse por la acera de en frente, á lo largo del palacio, y algunos polizontes se mezclaban entre los curiosos ó trababan conversación con cocheros y lacayos, que charlaban entre sí desde los pescantes, designándose, según la clásica costumbre, por los ilustres nombres de sus amos.

Las damas saltaban ligeramente de los coches, atravesaban el gran portal, subían la escalera alfombrada, y perdíanse con aire de conspiradoras en aquel ancho salón del

teatro, famoso en otro tiempo, por haber representado en él D. Ventura de la Vega *El hombre de mundo,* y dirigido Bretón de los Herreros en persona los ensayos de *El pelo de la dehesa*. Reinaba en él una media luz prudentísima, un prematuro crepúsculo que velaba con paternal indulgencia entre sus sombras misteriosas, los grandes deterioros del decorado, incapaces de resistir con honra la descarada luz de las tres de la tarde.

Desde fuera parecía aquello el zumbido de una colmena colosal, en que doscientas mujeres murmurasen al mismo tiempo entre el crujido de las sedas, el ric-rac de los abanicos, las tosecillas afectadas que dan tiempo á preparar una respuesta, las melífluas risitas que acompañan siempre á la afectuosidad femenina, y los perfumes peculiares á doscientos gustos diversos y doscientos tocadores distintos. Á veces reinaba de repente uno de esos súbitos silencios, que el pueblo andaluz atribuye al involuntario respeto que infunde el invisible aleteo de un ángel que pasa: era más bien algún diablillo que llegaba, alguna dama famosa por cualquier concepto que traspasaba el dintel, obligando á la crítica á replegarse sobre sí misma, para estudiar el blanco sobre que había de disparar su metralla.

Ningún hombre aparecía á la vista: en el fondo, tras la sencilla cortina de rojo terciopelo con las armas de Butrón bordadas en el centro, que cerraba la embocadura del teatro, adivinábase, sin embargo, algo masculino, algún espíritu no santo que tosía y estornudaba como el resto de los mortales, porque dos toses y un estornudo habían llegado al oído avizor de la señora de Barajas, que estaba allí cerca: tocó con el codo á su hermana, diciéndole muy bajo: Aquí hay duendes; y la otra, sin volver la cabeza contestó muy seria:

—Robinsón y su negro Domingo, que se habrán constipado en la isla desierta.

Así era en efecto: el gran Robinsón y el Sr. Pulido hallábanse tras el telón, observando por los dos imperceptibles agujeritos que servían en otro tiempo para registrar la sala á los ilustres actores que habían pisado aquella escena aristocrática. El respetable diplomático parecía inquieto, y el Sr. Pulido iba y venía sigilosamente de uno á otro agujero, apretando los labios y moviendo la cabeza, con muestras también de alguna zozobra.

La concurrencia era numerosa, escogida y á propósito para secundar los planes del diplomático; mas notábase, sin embargo, un síntoma alarmante, una peligrosa falta de disciplina en la mesnada aristocrática, las alfonsinas de raza, pertenecientes en su mayor parte á familias de la Grandeza. Habíanse sentado todas ellas hacia el lado izquierdo, formando un grupo, y cuchicheando y cambiando entre sí risitas y señas burlonas, miraban entrar y amontonarse en el lado opuesto á las cursis radicalas, con el aire de desdeñosa protección de la gran señora que permite á su doncella sentarse en su presencia, á cuatro metros de distancia. Tan sólo la Duquesa de Bará, fiel á la consigna del caudillo, habíase apresurado á sentarse entre las dos ministras cesantes, la de Martínez, mujer sencillísima y modesta, que se hallaba allí como gallina en corral ajeno, y la de García Gómez, cursi pretenciosa, que pretendía deslumbrar á pájara tan larga como la Duquesa, con sus alardes de elegancia y de buen tono.

En vano iba de un lado á otro la marquesa de Butrón, intentando con su fino tacto y sus delicadas maneras, ahogar en germen aquellos puntillos mujeriles, aquellas vanidades alborotadas que amenazaban dar al traste con la suspirada fusión á duras penas obtenida en el baile de Currita; tan sólo pudo conseguir su ímprobo trabajo, colocar á la Duquesa de Astorga, mujer bondadosísima, al lado de

la Excma. Sra. D.ª Paulina Gómez de Rebollar de González de Hermosilla, cuya colosal figura se destacaba sobre un asiento muy alto, aislada entre tirios y troyanos, silenciosa y pensativa, cual Safo meditando su suicidio en lo alto de la peña de Leúcades.

Las carlistas por su parte, pocas en número, pero en valor muy aguerridas, formaban otro grupito sospechoso, teniendo al frente una viejecita chiquitilla, flaca y nerviosa, de ojos vivísimos. Era la Baronesa de Bivot, ilustre catalana, que se removía sin cesar en el asiento esgrimiendo el abanico, con el bélico ardor del veterano, ansioso de combate, que huele la pólvora á lo lejos. Carmen Tagle la bautizó al punto.

Allí está Zumalacárregui—dijo á su vecina.—Mírala, el cuerpo le pide pendencia.

El respetable Butrón se daba á todos los demonios temiendo una catástrofe, y aplicaba el oído en vez del ojo al agujero, á ver si podía pescar alguna palabrilla suelta que indicase el rumbo que tomaba la tormenta. No se oía nada; un zumbido colosal de colmena en momentos de mudanza, que le sacaba de quicio, poniéndole nervioso.

—¡Pero que siendo tantas no haya una sola que calle!—exclamó hecho un basilisco; y el Sr. Pulido, sin perder su pausa, con filosófica profundidad replicó muy bajito:

—Las prefiero hablando, Pepe... Callar sería contra naturaleza.

Y en aquel momento, como si quisieran probar aquellas amables criaturas, que llevar siempre la contra es el rasgo peculiar del sexo, callaron todas de repente, siguiéndose un silencio profundo, un *calderón* prolongadísimo de cerca de un minuto, seguido á su vez de un *allegro* alborotado, un *crescendo* inverosímil, rápido y *vivace*... Algo gordo sucedía, y el respetable Butrón y el filosófico Pulido, acudieron

al punto muy azorados á sus respectivos observatorios... Entraba la Condesa de Albornoz, con aquel paso de que habla Virgilio, que revela una reina ó una diosa inclinando la cabeza con el aire de vanidad satisfecha de aquel emperador romano que encogía la suya al pasar bajo los arcos de triunfo, por miedo de tropezar en ellos con la frente; seguíala la Marquesa de Valdivieso, una de las cómodas amigas de fácil contentar, que traía ella siempre á retortero para que la acompañasen como damas de honor, sirviendo, según su frase, de marco á su elegancia.

Cogióla Leopoldina Pastor por las faldas al pasar á su lado, y quiso obligarla á sentarse entre ella y Carmen Tagle... Era necesario escarmentar á aquellas indecentes radicalas que estaban allí con la boca abierta, *dándose pisto,* soñando quizá con la presidencia.

—¡Míralas, qué retablo!...

Deseando estaba que Genoveva tomase la palabra, para tener ocasión de decir á aquellas cursis cuatro palabritas bien dichas, ¡pero iba á estar aquello muy frío!... Á ella le hubiese gustado discutir á caballo, como los hunos de Atila. Dióle Currita cariñosamente en el hombro con el abanico, murmurando: *c'est drôle;* saludó con una monísima cabezadita al amplio círculo de sus ilustres amigas, y dejóse llevar suavemente por la Butrón al lado opuesto, sentándose al fin junto á la Duquesa de Bara y las dos ministras. Apretóle cariñosamente la mano á la de Martínez, diciéndole: ¡Querida mía!, y manifestó á la García Gómez su desolación profunda por no haberse encontrado el día antes en casa, cuando estuvo ésta á visitarla.

—Coraje me dió al ver su tarjeta... Hubiera deseado que charlásemos un rato... Quiero que seamos amigas...

La García Gómez creyó reventar de dicha ante honra tan repentina, y miraba á todas partes tan oronda y sa-

tisfecha entre aquellas dos Grandes de España, como la rata de la fábula en el queso de Holanda. María Valdivieso, con prudencia inusitada en ella, mordíase los labios para no soltar la risa. El venerable Butrón seguía desde su agujero toda aquella pantomima, y murmuraba nervioso y exaltado:

—¡Bien por Currita!... ¡Es lista esa mona Jenny, caramba!... ¡Con que María Villasis haga lo mismo, triunfamos!

El Sr. Pulido, profeta siempre de desdichas, se permitió dudarlo; su olfato finísimo había adivinado un escollo en que el respetable Butrón no paraba mientes.

—Aquella trae ya cara de Presidenta, Pepe—dijo.

—¿Quién?...

—La Currita, Pepe... ¡Te lo dije!...

Así era en efecto: tan penetrada estaba ésta de su superioridad, que ni por un momento dudó de ser elegida, y pareciéndole que tras del baile había de venir la presidencia, de manera tan lógica y fatal como tras de la noche viene el día, había ya comunicado varias órdenes al tío Frasquito, gran maestre de los micos de su guardia, y confiado á María Valdivieso aquella misma tarde, en el camino, varios de los mil regocijos caritativos que á beneficio de los heridos del Norte proyectaba, y sobre todo, una *Kermesse* famosísima que había de producir millones y millones.

Púsose Butrón al oir á Pulido muy enfadado, levantando los brazos como si quisiese coger las bambalinas.

—¿Que trae cara de Presidenta?... ¡Pues se quedará con la cara, Pulido!... ¡No faltaba más! una mujer sin crédito, sin pizca de vergüenza... Me espantaba toda la gente de sacristía... ¿Qué diría el Arzobispo cuando fuera á pedirle la bendición para la obra?... María Villasis es la única... la única, Pulido...

Nueva manifestación de duda de la ninfa Egeria, acompañada siempre del vocativo de su Numa Pompilio, fórmula de la íntima y familiar amistad que le unía con el personaje.

—Lo dudo, Pepe...

—¿También á esa le encuentras peros?...

—Le encuentro calabazas, Pepe...

Butrón, muy incomodado, dió media vuelta diciendo que más bien serían camuesas, y el Sr. Pulido, sin perder su paz, repitió muy bajito:

—Digo calabazas, porque no vendrá, Pepe...

—¿Que no vendrá?...

—Es muy propensa á constipados... Acuérdate de la última junta, Pepe...

—Que viene, hombre, que viene... Si se lo prometió ayer á Veva, que la mandé yo expresamente.

Y así era en efecto: la Marquesa de Butrón había estado la víspera en casa de la Villasis á pedirle por todos los santos del cielo que no dejara de asistir á la junta: la pobre señora parecía azorada y pedíaselo con tal ahinco, como si le fuera en ello la vida. La Villasis, sin embargo, no se mostraba muy propicia, y echándose á reir le dijo:

—¿Pero qué falta hago yo, mujer?... La misma que los perros en Misa...

—No digas eso, María, porque ni tú misma lo crees—replicó la otra muy apurada.

—Pues mira, Genoveva, te seré franca... Si fuera cosa tuya... tuya exclusivamente, iría con el alma y con la vida... Pero tratándose de lo que se trata... vamos... que no me gusta ese *barrer para adentro* de tu marido, que la pone á una siempre en el riesgo de tropezarse con basura... Y francamente, no quiero ponerme en el caso de encontrarme mano á mano con una... Curra Albornoz ú otra de su ralea.

—Tienes razón... ¿Pero qué se le va á hacer, si Madrid es un lodazal?...

—No, no es un lodazal; porque [illegible] otras muchas somos Madrid, y gracias á [illegible] somos lodazales... Di más bien que en Madrid [illegible], que puede perfectamente [illegible] un poquito recogida. [illegible] de colonia, [illegible] zambu- [illegible]

[illegible] Laura...

[illegible] como nadie te [illegible] á tu casa, [illegible] casa. ¿Me [illegible]

[illegible] la distinción [illegible] el camino, [illegible]

[illegible] contri- [illegible] cantas... Sé [illegible] una panta- [illegible] importa: yo [illegible] de obra [illegible]

[illegible] le miro y le [illegible] porque se me [illegible] de la [illegible] que sin [illegible]

[illegible] tarde [illegible] ofrece [illegible]

—[illegible] tengo á [illegible] más clara.

La oferta de aquel cuantioso donativo no deslumbró á la de Butrón; habíase turbado mucho mientras hablaba su amiga, y moviendo la cabeza vivamente, dijo:

—Lo creo, porque naciste para ser rica y sabes serlo... ¡Pero tu nombre, tu nombre vale más que los diez mil duros!...

Y la otra dándole palmaditas cariñosas y remedando su mismo tono lastimero, añadió en son de burla:

—Pues mi nombre, mi nombre es justamente lo que no doy... Díselo así á tu marido.

La de Butrón dejó caer ambas manos abatida, y dijo con voz acongojada, imperceptible casi:

—¡Dios mío!... ¿Y cómo le digo yo eso?...

Y de repente, dejando escapar un súbito sollozo, tapóse el rostro con el pañuelo y un llanto desconsolador brotó de sus ojos, revelando un profundo abismo de amargura, un dolor hasta entonces callado y oculto. Quedóse un momento suspensa la Villasis, atónita y afligida por el temor de haber causado aquella honda pena.

—¡Pero Genoveva, por Dios!... ¿Te he ofendido?...

La otra meneaba vivamente la cabeza, intentando decir entre sollozos:

—No... no... no... Es que Pepe...

—Pues bien, ¡no le digas nada!... ¿Quieres tú que vaya?... Pues iré, iré de mil amores... ¿Cómo había yo de imaginarme que iba á causarte esa pena?...

Y tan afligida como su amiga, estrechaba entre las dos suyas una de sus manos, mientras la de Butrón, sin quitarse el pañuelo del rostro, cual si la vergüenza al par que las lágrimas la ahogaran, tartamudeaba:

—Pepe... el pobre... es tan violento...

Esta última palabra fué para la Marquesa de Villasis un rayo de luz que le descifró el enigma: cruzó las manos con

—Tienes razón... ¿Pero qué se le va á hacer, si Madrid es un lodazal?...

—No, no es un lodazal; porque tú y yo y otras muchas somos Madrid, y gracias á Dios no somos lodazales... Di más bien que en Madrid *hay un lodazal,* que puede perfectamente evitarse andando con la ropa un poquito recogida... Pero sin duda es el maldito lodazal de agua de colonia, y como huele bien, á pocos veo que les repugne zambullirse dentro.

—Pero mi casa no está en ese lodazal, María...

—Lo sé; lo sé mejor que nadie, porque como nadie te conozco y te quiero... Por eso yo no me niego á ir á tu casa, sino á la junta *que tu marido hace celebrar en tu casa.* ¿Me entiendes?...

Y como si temiese que la otra encontrase la distinción harto metafísica, apresuróse á torcer un poco el camino, añadiendo prontamente:

—No creas por eso que me niego también á contribuir á los fines de la asociación como una de tantas... Sé muy bien que lo de socorrer á los heridos es una pantalla, que se trata de preparar al ejército... No importa: yo también contribuiré á ello; pero sin disfrazarlo de obra caritativa...

Lo hago, porque he visto nacer al Príncipe y le miro y le quiero como cosa mía; y lo hago, sobre todo, porque se me ha prometido solemnemente que el primer cuidado de la Restauración será restablecer la unidad católica; que sin este requisito nada, nada haría...

La Villasis se detuvo un momento, y sin el menor alarde de esplendidez, con la sencilla naturalidad de quien ofrece una cosa insignificante, añadió enseguida:

—Por eso, en cuanto quieras disponer de ellos, tengo á tu disposición diez mil duros... Si más pudiera, más daría.

La oferta de aquel cuantioso donativo no deslumbró á la de Butrón; habíase turbado mucho mientras hablaba su amiga, y moviendo la cabeza vivamente, dijo:

—Lo creo, porque naciste para ser rica y sabes serlo... ¡Pero tu nombre, tu nombre vale más que los diez mil duros!...

Y la otra dándole palmaditas cariñosas y remedando su mismo tono lastimero, añadió en son de burla:

—Pues mi nombre, mi nombre es justamente lo que no doy... Díselo así á tu marido.

La de Butrón dejó caer ambas manos abatida, y dijo con voz acongojada, imperceptible casi:

—¡Dios mío!... ¿Y cómo le digo yo eso?...

Y de repente, dejando escapar un súbito sollozo, tapóse el rostro con el pañuelo y un llanto desconsolador brotó de sus ojos, revelando un profundo abismo de amargura, un dolor hasta entonces callado y oculto. Quedóse un momento suspensa la Villasis, atónita y afligida por el temor de haber causado aquella honda pena.

—¡Pero Genoveva, por Dios!... ¿Te he ofendido?...

La otra meneaba vivamente la cabeza, intentando decir entre sollozos:

—No... no... no... Es que Pepe...

—Pues bien, ¡no le digas nada!... ¿Quieres tú que vaya?... Pues iré, iré de mil amores... ¿Cómo había yo de imaginarme que iba á causarte esa pena?...

Y tan afligida como su amiga, estrechaba entre las dos suyas una de sus manos, mientras la de Butrón, sin quitarse el pañuelo del rostro, cual si la vergüenza al par que las lágrimas la ahogaran, tartamudeaba:

—Pepe... el pobre... es tan violento...

Esta última palabra fué para la Marquesa de Villasis un rayo de luz que le descifró el enigma: cruzó las manos con

un gesto de ira, de sorpresa, de lástima profundísima, de compasión sin medida... ¡Luego era verdad, luego era cierto el chisme que varias veces había llegado hasta ella, de que el noble Butrón, el leal caballero, el correcto diplomático maltrataba con frecuencia á aquella esposa modelo, aquella ilustre señora, aquella débil anciana que sollozaba allí ocultando la vergüenza de su marido en el fondo de su pecho, envuelta en su propia desdicha!...

Un violento impulso de noble ira se levantó pujante en su corazón, y hubiera querido arrancar del todo á la infeliz su secreto, no solo para remediar su dolor, sino también para vengarlo. Mas la noble anciana, fiel á su decoro de esposa, guardó ese difícil silencio con que las almas heróicas saben coronar una de las penas más vivas que existen en la tierra, el sacrificio despreciado, el sacrificio inútil, y la Marquesa de Villasis no se atrevió á interrogarla: el primer cuidado de la delicadeza al consolar un dolor es respetarlo, y nada hiere tanto una pena como la curiosidad, sacrilegio, por decirlo así, de la impertinencia.

Un llanto callado, el más sublime de todos los llantos, el llanto de la caridad, que cuando no remedia ni alivia, consuela llorando con el que llora, brotó entonces de sus ojos, y tan solo al asegurarle una y mil veces que iría con sumo gusto al día siguiente á su casa, atrevióse á añadir con uno de esos brotes del corazón, en que aparece la amistad tan santa y tan bella:

—¿Quieres otra cosa, Genoveva?... ¿Te puedo servir en algo más? ¡¡Dímelo!!...

Otro quejido que revelaba el complemento de los grandes dolores, la falta del último consuelo, la soledad del alma, se escapó entonces de los labios de la anciana.

—¡Sí, sí, de mucho!... ¿Pues no lo ves? ¡para poder llorar delante de alguien, para tener quien llore conmigo!...

Y al despedirse, serena ya del todo, y consolada en lo posible, dijo á la Villasis con intención marcadísima:

—Te advierto, que yo sólo te he pedido que *vengas mañana á casa*... De lo demás que pudiera sobrevenir, nadie me hará responsable, y puedes negarte sin miedo.

Y añadió con tristísima sonrisa:

—Si yo estuviera en tu caso, haría lo mismo.





VI



LA Marquesa de Villasis tardaba, eran ya las tres y media, y el respetable Butrón sentía angustias de muerte, temiendo verse por segunda vez chasqueado por la dama. Con el ojo pegado al agujerillo del telón, disimulaba su mal humor y sus temores, por no exponerse á las machaconas observaciones del Sr. Pulido, mientras observando éste por el otro agujero, se afirmaba más y más en los suyos, ofreciendo ambos al que entraba por el fondo del teatro, un espectáculo original y extraño en demasía. Hallábanse los agujeros bastante bajos, por estar disimulados en el lado opuesto entre el bordado del escudo, y hacíase preciso para observar por ellos, ponerse en cuclillas, posición harto molesta, muy semejante, por no citar otras, á la que usan los salvajes de Ohio para deliberar en el consejo. Ovidio no refiere si el enamorado Píramo se ponía en actitud tan cómica, cuando buscaba en la muralla una hendidura por donde contemplar á Tisbe; si así era, fortuna tuvo el galán en no ser visto por la dama.

De repente sonaron hacia el fondo del teatro pasos importunos, que hacían crujir las tablas del escenario: furioso Butrón volvióse agitando las manos extendidas, é interpelando en colérico *sotto voce* al imprudente, como al bueno de Kent el rey Lear:

—¡Despacio, demonio, despacio!...

Era el tío Frasquito, que llegaba atropellando la consigna de no permitir la entrada en aquel recinto, apresurado y ansioso por ver lo que pasaba en el congreso femenino, luciendo una corbata vistosísima, prenda hermafrodita en que profundos observadores suelen encontrar, reflejado con frecuencia, el carácter moral del individuo. La del tío Frasquito era la corbata de Gran Maestre de los micos de Currita, de seda azul japonesa, sujeta coquetamente con el alfiler de una sola perla. Habíale encargado la Albornoz venir á buscarla á casa de Butrón, para darle sin pérdida de tiempo sus primeras disposiciones de Presidenta.

Hizo el recién venido al diplomático mudas señas de que no se molestase, y renegando Robinsón por lo bajo, volvió á su observatorio, encargando disimuladamente al Sr. Pulido, que saliese á repetir á los criados la rigorosa consigna. Mas temeroso éste de que le usurpara su puesto el intruso, hízose el desentendido, dejando abierta la puerta á la mayor calamidad que por ellas pudiera entrarse.

Mientras el tío Frasquito buscaba en vano otro agujero, y decidíase, no encontrándolo, á abrirlo él mismo disimuladamente con un cortaplumas, una gran sombra apareció en el fondo de la escena, deslizándose muy despacito, con el cuerpo agobiado, los pies arrastrando, la mano extendida... Era Diógenes, el cínico Diógenes, que al ver á los tres personajes pegados al telón, vueltos de espalda y puestos en cuclillas, detúvose un momento dejando escapar una risa silenciosa, risa de chacal, risa de hiena, que de verla el tío

Frasquito hubiera sentido erizarse los pelos de su peluca. Cruzóse de brazos, movió de arriba abajo la gran cabezota, y desapareció sigilosamente por entre los bastidores, metiéndose luego por debajo del escenario como un nihilista que se zambulle en el centro de la tierra para fraguar siniestros proyectos...

—¡La Villasis! ¡La Villasis!—susurró en aquel momento Butrón con aire de triunfo; y pegó al punto el ojo al agujero, para no perder ningún incidente de la escena que iba á seguirse.

La Marquesa entraba, en efecto, causando su presencia un movimiento general de sorpresa, seguido de un murmullo prolongado que disipó las angustias de Butrón, hizo sonreir triunfalmente á la de Bara, y morderse los labios á Currita, adivinando desde luego una rival, la más temible, porque era la más detestada. En la conciencia de todas las señoras presentes brotó al mismo tiempo la idea de que aquella era la llamada á ser la Presidenta, porque á todas se imponía la Marquesa por diversos conceptos; las sensatas y honradas miraban en ella el tipo de la gran señora de virtud y de prestigio, digna y afable, que firme en sus convicciones en medio de una sociedad frívola y corrompida, imponía sobre todos, callando siempre, la poderosa crítica del buen ejemplo. Las otras, más ligeras ó menos honradas, veían sin embargo en ella la mujer de talento, la dama de gran nombre, de riquezas inmensas, de carácter firme é independiente, que sin prescindir jamás de las justas conveniencias que exige un rango elevado, sabía sacudir toda imposición que repugnase á su conciencia ó á su decoro, constituyendo así lo que admiran tanto las medianías rutinarias, que sólo saben copiar lo que halaga la vanidad ó seduce el instinto: un tipo original, genuinamente noble, digno y honrado.

Algunas, ignorando, como ignoraban todas, excepto la

Butrón y la de Bara, el modo como había de nombrarse la junta, dejaron escapar la idea entre sus misteriosos cuchicheos, y la señora de Martínez, con ingenua sinceridad, algún tanto lugareña, soltó esta frase, que hubiera provocado en otra ocasión las crudas sátiras de la de Bara:

—¡Esa sí que es una Marquesa de veras!...

María Valdivieso, con su falta de tacto acostumbrada, inclinóse hacia Currita como para quitarle una pelusilla que desperfeccionaba el complicado lazo de las bridas de su sombrero, y le dijo muy bajo:

—¿Eh?... ¿Qué tal?... Con esta prójima no contábamos... ¿Te inquieta?...

Irguióse la otra como una Juno á quien dijeran que la ninfilla más patimondada del Olimpo iba á sentarse en su carro tirado por pavos reales, y contestó desdeñosamente:

—¿Á mí?... Jamás me ha merecido ni un bostezo, que es el último de los gestos despreciativos...

También la Marquesa de Villasis hacía sus observaciones. Tendió la vista por la sala, y pudo contemplar desde luego el Madrid heterogéneo de siempre, en que la virtud y el vicio se mezclan en amigable consorcio, representando la historia eterna de la manzana podrida que comunica á las sanas su podredumbre y sus gusanos, sin tomar de ellas ni el sabor exquisito, ni la fragancia saludable; la indecorosa y dañina mescolanza de grandes nombres y grandes vergüenzas, honras sin tacha y reputaciones escandalosas, revestidas todas con el mismo brillante barniz de formas elegantísimas, barajadas y confundidas por el mismo apetito ciego de placeres, por los mismos impulsos necios de vanidad, por el mismo afán irresistible de sacudir el ocio, de distraer el tedio, espantosa y continua tentación de los grandes y de los ricos, que les arrastra á todas sus extravagancias, y les lleva á todos sus extravíos.

—¡Señor!—pensaba la dama—¡Qué grande obra sería la de deshacer esta mescolanza que repugna, que envenena, que liberta al vicio de toda sanción social que le marque la frente como con una señal de infamia, y lo contenga, ya que no con el temor de Dios, con la vergüenza al menos y con el respeto humano; que familiariza con el escándalo hasta á las conciencias más rectas, y destruye la poderosa barrera de horror y de extrañeza que debe separar al bueno del escandaloso, y comenzando por hacer á éste tolerable, acaba por hacerle pasar por imitable!... ¡Qué grande obra haría quien con el mismo espíritu de caridad cristiana con que se fundan asilos para huérfanos y casas de refugio para doncellas en peligro, fundase *un salón* para mujeres *honradas* y hombres *decentes,* en que sin riesgo alguno de mal ejemplo pudiese encontrar la juventud las justas, legítimas y aun necesarias distracciones propias de sus años; hallar sin desvergonzada levadura, ese trato señoril y digno á la vez que alegre y placentero, que afina y suaviza las inclinaciones del hombre, fortalece y alecciona las de la mujer, y fomenta el trato mútuo y el mútuo conocimiento de que brotan castas simpatías, germen de puros y tranquilos amores, que sirven de base solidísima á matrimonios felices y meditados, de que nacen luego familias cristianas y ejemplares!... Y la caridad, la caridad derivada del cielo, única santa y legítima, que todo lo ve con sus ojos de lince, que todo lo abarca con su actividad insaciable, que todo lo precave con su perspicacia amorosa, y no deja dolor sin alivio, ni pena sin consuelo, ni llaga sin remedio, ¿no se ha fijado nunca en esta úlcera gangrenada?... ¿Acaso es más digna de lástima la pobre labriega, la infeliz criada de servicio, que el abandono precipita en un lodazal de escaleras abajo, y salva la caridad en una casa de refugio, que la encopetada señorita, la rica heredera que un abandono dis-

tinto sólo en la forma, precipita del mismo modo en otro lodazal de salones adentro? ¡Y pensar que no es tan difícil el remedio como á primera vista parece, que bastaría quizá que una mujer de prestigio y de energía, cerrando los oídos á indecorosos respetos humanos y á culpables condescendencias sociales, fundase por amor de Dios un *salón de refugio,* lanzando á los cuatro vientos de la alta sociedad madrileña, por toda esquela de convite esta estupenda noticia: «La Marquesa tal, ó la Duquesa cual, se queda todas las noches en casa, para las señoras honradas y los caballeros decentes!...»

Y cuando algo muy hondo, pero muy claro y distinto, le decía á la Villasis, en el fondo de su conciencia, que ella podía y aun debía ser aquella tal Marquesa ó aquella cuál Duquesa, vino á distraerla de sus extrañas reflexiones la voz de Genoveva Butrón, que dando ya por reunido el congreso femenil, comenzaba á exponer el objeto de aquella junta.

La Marquesa ateníase en sus palabras á la pauta trazada de antemano por Butrón, evitando con habilidad suma los puntos escabrosos y las mentiras gordísimas marcadas por el diplomático; hablaba muy despacio, con sencillez exenta de toda pedantería, y el aplomo y la seguridad que dan á las personas nacidas y criadas en altas esferas, el trato continuo de gentes y la conciencia de su propia grandeza. Butrón, en cuclillas delante de su agujero, seguía con el alma en un hilo el discurso de su mujer, extendiendo las manos y llevando el compás como un director de orquesta que dirige una partitura, ó como un magnetizador que desprende de sí con extraños pases el misterioso fluído. Quedó bastante satisfecho.

La miseria en que yacían los infelices soldados heridos en la campaña del Norte era grande y dolorosa, y debía precisamente despertar en el corazón de todas las señoras

españolas los sentimientos más compasivos... Por eso habíase atrevido ella, la Butrón, á citar á todas las presentes para pedirles por amor de Dios y compasión hacia aquellos infelices, que uniesen sus esfuerzos para socorrerlos, formando una asociación de señoras que, propagada por todas las provincias, pudiera allegar cuantiosos recursos para este objeto.

Á esto se redujo la primera parte del discurso de la Marquesa, que fué escuchado con religioso silencio. Hubo una pausa en que las diversas fracciones se miraron unas á otras, alerta todas, silenciosas, con la solemne expectación de ejércitos enemigos que esperan para venir á las manos, el sonido de la primera descarga.

La Baronesa de Bivot, el bizarro Zumalacárregui rompió el fuego la primera, con la certera puntería de la lógica más exacta.

—El pensamiento no puede ser más caritativo ni más santo, y supongo que merecerá la aprobación de todas estas señoras, como merece la mía—dijo echándose lentamente fresco con el abanico.—Pero debo hacer notar, que en la campaña del Norte hay dos ejércitos *españoles*...

Y la pícara vieja acentuaba lo de *espáñoles*, con una ambigua risita, que hacía saltar á Butrón detrás de su agujero...

—... Uno del Gobierno y otro carlista: en los dos hay heridos, y en los dos hay miseria... Supongo, por lo tanto, que esos recursos que se alleguen, se dividirán en dos partes iguales; una para los heridos del Gobierno, y otra para los carlistas...

Silencio sepulcral en toda la sala, y saltos nerviosos de Butrón, que bufaba fuera de sí en su escondite.

—¡El demonio de la vieja!... ¡Pues no faltaba más!... ¡En eso estaba yo pensando! ¡En que con los fondos de mi

asociación comprasen fusiles los carlistas!... ¡Y la estúpida Veva se calla!... Contesta, Geno, demonio: contesta que no, que se vaya si quiere, que no saca de aquí un ochavo... ¡La denuncio primero!

Aturdida la Marquesa no contestaba en efecto, porque ninguna respuesta tenía aquella lógica observación, tan oportuna é inesperada. La Villasis, compadecida de la angustia de su amiga, acudió al punto en su auxilio.

—La Baronesa tiene mucha razón—dijo—pero sin duda no se ha fijado en un inconveniente insuperable... El Gobierno permitirá sin duda que se repartan en el ejército toda clase de recursos; pero imposible es que tolere el pase de dinero alguno para los carlistas... Por eso la asociación tendrá que limitarse á socorrer á los heridos del ejército, dejando que secretamente acudan todas las que quieran, al socorro de los carlistas...

Y dirigiéndose á la Baronesa, añadió con significativa sonrisa:

—Suponso, Baronesa, que V. conocerá bien el camino, pero si alguna no lo conoce, yo puedo indicarle un medio muy seguro, por donde enviar socorros á esos infelices, que no están menos necesitados, ni son menos dignos... Yo tengo tirado ya mi plan; la mitad de lo que pueda dar, lo entregaré á Genoveva, la otra mitad, la enviaré por este conducto de que hablo, á los carlistas...

¡Bonito se puso Butrón! Á las primeras palabras de la Marquesa, respiró con fuerza, murmurando: No está mal el remiendo. Mas cuando vió por el giro que daba la dama á su respuesta y por el plan que exponía, que no era una estratagema la que usaba, sino un verdadero proyecto que podían imitar otras muchas, saltó fuera de sí muy incomodado, gruñendo entre sus bigotes puestos en punta:

—¡Demonio... demonio... demonio!... Si el remedio es peor que la enfermedad, si lo echa todo á rodar con eso... Se lleva la mitad, nos lo quita, nos lo roba...

El Sr. Pulido, con su flemática suavidad, díjole entonces:

—Descuida, Pepe... pocas darán si hay que dar en secreto...

El valiente Zumalacárregui, parado en firme con la réplica no menos lógica de la Villasis, replegó su guerrilla y parapetóse en el monte Aventino, con una retirada digna de Jenofonte.

La Marquesa de Butrón aprovechó tan favorable coyuntura para reanudar su discurso por la parte más espinosa... Era necesario nombrar una junta directiva, y á este propósito iba á leer una candidatura formada con el consejo de personas autorizadas, para sujetarla á la aprobación de todas las señoras presentes.

El golpe era atrevido, y la imposición resultaba manifiesta: preciso era suponer que nadie osaría oponerse á un plan propuesto en su propia casa, por dama tan respetable... El silencio era profundo, y hubiérase podido oir el inquieto pestañear de Butrón y de Pulido, pegados á sus agujeros, los resoplidos que costaba al tío Frasquito mantenerse tieso en su incómoda postura, y los amagos de risa de Diógenes, que metido en la concha del apuntador, frente al telón y de espaldas á la concurrencia, ocultábase á todos, oyendo á unos y otros, y maquinando sin duda algún plan endiablado, que le hacía reirse á sus solas.

La Marquesa sacó un gran pliego, y comenzó á leer esforzando la voz un poco:

—Presidenta: Excma. Sra. Marquesa, viuda de Villasis.

Murmullo general de aprobación... Brusco movimiento

de Currita, y repentina llamarada de ira, de rabia reconcentrada presta á desbordarse en sus claras pupilas... Tras el telón, Butrón sonríe satisfecho y Pulido suspira desahogado: el tío Frasquito, sorprendido y acongojado al ver á su reina destronada, pierde el equilibrio y se agarra al telón, poniendo en riesgo el que guardan sus compañeros: mudos ademanes y miradas furibundas de éstos le llaman al orden... En la concha, Diógenes hace una mueca que quiere decir: ¡Estáis frescos! y prosigue riéndose solo... La Marquesa de Butrón continúa leyendo:

—Vicepresidenta: Excma. Sra. Condesa de Albornoz.

Silencio profundo... Doscientos ojos escrutadores se fijan en la elegida, é Isabel Mazacán la envía desde lejos un irónico saludito de enhorabuena... Currita se muerde los labios y aparecen estrías sanguinolentas en torno de sus pupilas: un pedacito de encaje del pañuelo resbala por la seda de su falda y cae sobre la alfombra... Tras el telón, Butrón se azora de nuevo, Pulido murmura: ¡lo dije! y el tío Frasquito desiste de velarse el rostro con las manos por miedo de perder de nuevo el equilibrio... Diógenes ha desaparecido de la concha... La Marquesa de Butrón prosigue:

—Vocales: Excma. Sra. Duquesa de Astorga.

Excma. Sra. Condesa de Villarcayo...

Movimiento de horror en las huestes de Zumalacárregui...

Gesto de protesta del caudillo... La agraciada sonríe con una cara de babieca que revela la razón por qué figura en la lista... La Marquesa de Butrón continúa:

—Excma. Sra. Marquesa de Minahonda.

Excma. Sra. D.ª Servanda Molinillos de Martínez.

Modestísimo rubor en el rostro de la agraciada, que extiende las manos y mueve la cabeza, diciendo que no... La

Duquesa de Bara la anima cariñosamente... La García Gómez detiene su indignación, hasta ver si está ella incluída en la lista... Tras el telón Butrón mira á Pulido, y Pulido mira á Butrón, y ambos se rien... El tío Frasquito, envuelto en su dignidad, permanece en cuclillas... Diógenes aparece sobre el tablado, y busca algo junto á la pared, dentro de los bastidores del lado izquierdo... La Marquesa de Butrón prosigue:

—Excma. Sra. Condesa de Macharnudo.

Excma. Sra. Duquesa de Bara...

Recóndito asombro de ésta, al verse incluída en el grupo en que por exigencias de Butrón, habían de figurar tan sólo mujeres honradas... La Marquesa hace una pausa, examina un momento al auditorio, y prosigue leyendo:

—Secretaria: Excma. Sra. D.ª Paulina Gómez de Rebollar de González de Hermosilla...

Fogosísimo brinco de Leopoldina Pastor que esperaba la plaza, y enérgico ¡indecente! que revolotea anónimo en el aire, sin saber dónde posarse... Carmen Tagle se desternilla de risa... La agraciada guarda majestuoso silencio, compónese las gafas de oro, y proyecta repasar en la retórica de Marco Tulio, la parte preceptiva de los documentos oficiales... La Duquesa de Astorga la felicita sin pizca alguna de malicia... Tras el telón Butrón espera, Pulido teme, el tío Frasquito medita... Diógenes ha encontrado junto á la pared un cordelito que parece bajar del techo, y lo examina detenidamente... La Marquesa de Butrón concluye:

—Tesorera: Excma. Sra. D.ª Ramona Gómez de López Moreno...

Amago de apoplegía en la interesada... La Duquesa consuegra la saluda desde lejos... Grandes cuchicheos que crecen, crecen cual ráfaga de viento huracanado, que comienza

por silbar y acaba por rugir... De repente, crujido misterioso... Silencio profundo... Sorpresa general.

Diógenes ha tirado del cordelito, el telón sube rapidísimo, y aparecen los tres Píramos en cuclillas, Butrón, Pulido y el tío Frasquito, ante los ojos asombrados de aquel centenar de Tisbes... Cuadro final.





VII

La asociación de señoras hizo fiasco, y sólo dos meses más tarde pudo Butrón á costa de trabajo organizar otra nueva, en forma muy distinta, que no dejó de hacer, sobre todo en provincias, un agosto abundantísimo. La Marquesa de Villasis habíase negado rotundamente á aceptar la Presidencia; Currita rechazó la humillante oferta de un cargo secundario, con muestras de gran resentimiento; las carlistas, muy indignadas, tiraron por un lado, y las radicalas, muy ofendidas, se fueron por el otro, dejando vacante el canto épico á la caridad que perpetraba en silencio la Excma. Sra. D.ª Paulina Gómez de Rebollar de González de Hermosilla, y vacío el gran bolsón Pompadour de terciopelo rojo que la señora de López Moreno pensaba encargar á la modista, para recoger las colectas. El Sr. Pulido desplegó las tres falanges de su dedo índice para decir, agitándolo de arriba abajo: ¡Lo dije, lo dije!, y el sesudo diplomático, con la energía de la constancia que no consiste en hacer siempre lo mismo, sino en dirigirse siempre al mismo fin, tomó por otro

camino para llegar á su objeto, consolándose con que Napoleón cometió también faltas en la guerra de Rusia, Cyro en la de los Scytas, César en África y Alejandro en la India.

Hubo al otro día en casa de la Albornoz congreso de ofendidos, y la altiva dama adoptó por suya la respuesta de Marat á Camilo Desmoulins y Freron, cuando le proponían éstos refundir el periódico de ellos, *La tribuna de los patriotas,* en el suyo, *El amigo del pueblo.* «El águila va siempre sola: los pavos forman manada». Ella era el águila, y las demás señoras los pavos, Butrón era el pavero.

La suerte de aquellos infelices heridos del Norte condolía sin embargo á la sensible Condesa, y resolvió hacer ella sola y por su cuenta propia, cuanto estuviese en su mano para aliviarla, entendiéndose directamente con el general en jefe del ejército y con el bizarro general Pastor, hermano de Leopoldina. Convocó á sus *micos,* reunió á sus íntimos, y trazóse un plan encantador de fiestas, bailes y regocijos, á beneficio todo de los heridos, entre los que había de llevarse la palma una famosa *Kermesse* ideada por Currita, á imitación de la organizada en París por *El Fígaro,* en el teatro de la Ópera, á beneficio de los inundados de Szegedin. Las actrices más famosas y las damas más conspícuas, niveladas por el mismo sentimiento compasivo, habían hecho en ella prodigios de caridad, sacrificando, en aras de los pobres, los quilates más ó menos subidos de sus respectivas vergüenzas. En dos horas escasas, había recaudado Mme. Judic más de cinco mil francos, vendiendo *Marons glacés.* ¿Qué no recaudaría Currita vendiendo por media hora, aunque sólo fueran altramuces ó garbanzos tostados?

Faltaba sin embargo al proyecto el visto bueno de Jacobo, requisito sin el cual no osaba la dama dar un paso

en nada en que hubiese que aventurar dinero, y justamente Jacobo no pareció por allí en toda la noche, ni vino tampoco á almorzar al día siguiente, según su costumbre ordinaria. Alarmada Currita, envió un recado á casa del amigo ausente, para informarse de la causa de su extraño eclipse: la respuesta del lacayo fué terminante:

—El Sr. Marqués de Sabadell había salido de Madrid la noche antes.

Currita se quedó helada... ¿Marcharse Jacobo sin decirle una palabra, sin enviarle un recado, sin ponerle siquiera cuatro letras?... ¡Qué puñalada para su corazón, y sobre todo, qué bofetón para su amor propio! Porque, ¿qué dirían las gentes cuando llegaran á traslucir el desprecio y el desvío que aquello representaba?...

Pasaba esta escena en el comedor, donde los dos esposos almorzaban en compañía de María Valdivieso, Celestino Reguera y Gorito Sardona, cuya flamante corbata azul indicaba ser aquel día el mico de guardia. Miraron todos á Currita con grande extrañeza y aire de pregunta, al saber la marcha de Jacobo, y Villamelón, suspendiendo por un momento la actividad febril con que manejaba el trinchante de oro macizo, regalo de Fernando VII, dijo con voz lastimosa:

—¡Jacobo anda mal, y me da pena!...

Y como si el dolor que le inspiraban los males de su amigo, sirviera para facilitar sus funciones digestivas, embaulóse de un golpe una *côtelette* entera, que se le deshizo en la boca, de puro blanda, cual si fuese un merengue.

—Pues hijo—replicó María Valdivieso—no sé que padezca del pecho... Está gordo y robusto: Paco Vélez me lo decía ayer. Va echando papada de comerciante de ultramarinos.

—Si no es eso, María, ¿sabes?—dijo Villamelón con la

boca llena.—Digo que anda mal, porque anda en malos pasos. ¿Me entiendes?

Callaron todos metiendo las narices en el plato, y los rabillos de cada ojo fueron á fijarse en Currita, que desganada sin duda, mondaba con suma pulcritud y esmero un hermoso albaricoque. Villamelón, que luchaba siempre en la mesa entre sus ganas de hablar y sus ganas de comer, prosiguió con alguna impaciencia:

—La francesita esa... esa... ¿Cómo se llama?... ¡Señor, por días pierdo la memoria!... Tú, Gorito, ¿sabes?... ¿Cómo se llama, hombre?... La de las camelias...

Gorito abría mucho los ojos y estiraba la boca, sin acordarse de nada, nada... Su memoria se había quedado de repente limpia, rasa, cual una hoja de papel blanco. María Valdivieso hizo á Currita un rápido guiño, como dándole á entender que ella podía informarle de grandes cosas, y Villamelón concluyó cada vez más impaciente:

—Pues nada, no me acuerdo... Pero en fin, esa... esa es la que lo está desplumando.

Hízose el silencio aún más embarazoso, y el geniecillo maléfico de la hilaridad comenzó á revolotear en torno de los comensales, como si á todos ocurriese que las plumas arrancadas á Jacobo, salían del pellejo de Villamelón. Currita, mondando siempre su albaricoque, aprovechó un momento en que los criados se alejaban, para decir á media voz con su acento más suave:

—Pero Fernandito, vida mía, si tienes el don de la inoportunidad; si pareces un reloj descompuesto... ¿Á quién se le ocurre hablar de esas cosas delante de los criados?... Sabe Dios lo que pensarán del pobre Jacobo...

Villamelón, con mucha dignidad, replicó al punto:

—Mira, Curra, en la mesa no discuto... ¿Sabes?... Pero tienes parcialidad por Jacobo, y vas á llevarte un chasco

muy grande, muy grande... ¿Me entiendes, Curra?... Ese viajito repentino me da mala espina: apuesto á que no va solo.

Currita puso en el plato el albaricoque ya mondado, lavóse las puntitas de los dedos en el enjuagador de rico cristal de Venecia que tenía delante, y mirando las gotitas de agua que se desprendían de sus rosadas uñitas, dijo ingenuamente:

—¡Pues claro está!... Llevará algún ayuda de cámara...

Sulfuróse Villamelón y miró á su mujer, y luego á Gorito, y después á Reguera, con cierta especie de colérica complacencia retratada en el semblante, arrebatado y apoplético por los vapores que le subían del repleto estómago... ¡Le exasperaba á veces aquella sencillez de Curra, que jamás podía comprender la malicia de ciertas cosas!...

Terminóse al fin el almuerzo, y Currita salió del comedor del brazo de su prima, llevando en la mano un platito de porcelana con migas de pan, para dar de comer á los pececillos de colores que en una magnífica pecera de cristal y bronce dorado adornaban una de las galerías... La enamoraban á ella aquellos animalejos de colores tan brillantes, y la pesca era entre los placeres del *sport*, el que más emociones le causaba.

> Regalaréte entonces
> Mil varios pececillos
> Que al verte, simplecillos
> De ti se harán prender.

María Valdivieso oía estupefacta aquellas expansiones idílicas, cuando esperaba ella que Currita se apresuraría á interrogarla con el mismo furor y los mismos transportes con que Otelo interrogaba á Yago. El chasco le pareció pesado, y exclamó muy despechada:

—¡Vaya unas emociones que tiene la pesca!... No en-

cuentro definición más exacta, que la que daba uno de la caña de pescar. «Un palo largo que termina por un lado en un pez y por otro en un tonto».

—Cuestión de gusto—replicó tranquilamente Currita.

Y se puso á echar sus miguitas á los peces, hablándoles con el cariño y el mimo de una madre que acaricia á sus hijuelos...

—¡Hola, tragoncillos! ¿hay apetito?... Vamos, haya paz, que para todos hay... ¡Mira, mira, María, cómo abren el hociquito!... ¡Qué delicia! ¡Qué monada!

—Pero esta mujer tiene sangre de chufas—pensaba la Valdivieso muy enfadada.—¿Sí?... Pues aguarda; allá va... ¡Anda, fastídiate!...

Y se puso á contarle en apoyo de la tésis de Villamelón, horrores... horrores de Jacobo... Paco Vélez se lo había dicho todo la noche antes: ella ¡claro está! por prudencia había callado tanto tiempo; pero ya era hora de hablar, y á fuer de buena amiga, debía desengañarla...

—¡Pícaro! ¡Tragón!—dijo en aquel momento Currita.—¡No le muerdas!... ¿Habráse visto?... ¿Para quién son esos sopirritones?—Para ti.—¿Para mí esos sopirritines?...

É incorporándose un poco, dijo mirando siempre á la pecera:

—Hija, dispensa. ¿Dónde decías que vive esa francesa?...

—¡No, si no lo decía!—gritó la otra pasando del despecho á la furia—pero te lo digo ahora para que abras los ojos. Vive en la calle de Rebollo, núm. 68, en un Hôtel. ¿Te enteras?... En un Hôtel muy bonito, y se llama... ¿Cómo se llama?... Pues señor, no me acuerdo, ello era un nombre así como de píldora...

—Chismes, mujer, chismes de gente ociosa—replicó Currita sobando tranquilamente sus migas.

Y con ansia febril repasaba en su interior los nombres de todas las píldoras conocidas, y hacía esfuerzos inauditos para grabar en su memoria la calle de Rebollo, y el número 68.

—¿Chismes?—exclamó fuera de sí la Valdivieso.—¿Y también es chisme lo del viaje... con el ayuda de cámara por supuesto?...

—¡Pues claro está que lo es!—exclamó Currita de repente, echando con mucha cólera todas las migas en la pecera.—¡Chisme, chisme y de malísima intención, María!... ¿Si lo sabré yo, caramba?... Sino que de todas las cosas no se ha de dar un cuarto al pregonero... Tú eres mi amiga, y te lo digo en secreto: Jacobo ha ido á negocios del partido, y estará de vuelta muy pronto... ¡Ya ves cómo se escribe la historia!...

—¡Ya!—exclamó María Valdivieso tragándose la bola;—y Currita respiró al fin algo más desahogada, porque aquella mentira que se apresuraría la prima á propagar por todo Madrid, por habérsela dicho en secreto, dejaría, á los ojos de las gentes, la herida de su amor propio disimulada.

Á las tres pidió la señora Condesa la berlina, y dió al lacayo como la cosa más natural del mundo, las señas de Jacobo. Vivía éste en la calle de Alcalá, en un precioso cuarto de soltero, y constaba su servidumbre de un ayuda de cámara, un jockey, una ama de llaves y un cocinero: en las cuadras, situadas al final de la calle del Barquillo, tenía cuatro caballos ingleses, tres de tiro y uno de silla, una berlina, un *char-á bancs* y una victoria. La munificencia de los esposos Villamelón sufragaba todos estos gastos, que había de pagar el fiel amigo cuando al verificarse la Restauración pudiera sacar el jugo á la cartera, precio de sus misteriosos papelitos...

Currita subió ligeramente al entresuelo, vivienda de Ja-

cobo, y por tres veces tocó el timbre, sin que nadie contestara: abrióse al fin la puerta, y apareció el jockey sin librea, cuello ni corbata, brillantes los ojos, arrebatadas las mejillas, y oliendo á vino á dos metros de distancia: aturdido al verse frente á frente de la dama, dió un paso atrás, diciendo atropelladamente:

—El Sr. Marqués está fuera...

—Ya lo sé... Busco á Damián.

No fué necesario llamarlo: por el extremo del pasillo asomaba éste la cabeza, y veíanse detrás el ama de llaves y el cocinero, todos rubicundos y sofocados, como si viniera á sorprenderles la visita al final de un opíparo banquete. Damián se adelantó muy sereno, cruzando con el turbado jockey un guiño picaresco, un gesto de pillo redomado, que vió muy bien la Condesa, sintiendo á pesar de su desvergüenza, que se le sublevaba allá por dentro lo poco de gran dama que quedaba en ella.

—Pase V. E., señora Condesa—dijo.

Y abrió muy presuroso de par en par las dos puertas del salón, levantando la cortina de terciopelo para dar paso á la dama: atravesó ésta rápidamente la pieza, abrió por sí misma la puerta de un gabinete, y no se detuvo hasta llegar al despacho de Jacobo, como si todo aquello le fuese muy conocido. Sentóse en un sillón y dijo:

—¿Pero qué es esto, Damián?... ¿Cómo ha sido esa marcha tan repentina?... Sólo pude ver al Sr. Marqués un momento, y eso delante de gente...

—Pues no sé—replicó Damián encogiéndose de hombros.—El Sr. Marqués se levantó ayer á la una, y salió sin almorzar de casa... Volvió á eso de las seis, y mandó preparar las maletas.

—¿Llevó mucho equipaje?... Me dijo que pensaba detenerse varios días.

—Sí, señora; llevó un mundo y dos maletas. Yo mismo las hice.

—¿Y fué por fin solo?... Me dijo que quizá tendría que acompañar á unas señoras francesas...

Quedóse Damián muy parado, y tornó á encogerse de hombros.

—Demetrio le acompañó á la estación... Yo me quedé en casa.

—Llame V. á Demetrio... Me interesa saberlo.

Llegó Demetrio medio borracho, y tornó á mirar á Damián, disimulando una sonrisa... Él no había visto nada entre tanto bullicio; pero en el coche en que se acomodó el Sr. Marqués había ya otros equipajes...

—¿No iba en *sleeping*?

—No; era un reservado.

Currita se mordió los labios.

—¿Y les ha dejado aquí sus señas?

—No, señora.

—Lo decía para que pudieran enviarle el correo... A mí me las ha dejado.

—Si la señora Condesa quiere enviárselo, yo le llevaré las cartas que lleguen.

—Sí, eso es lo más derecho y lo más pronto—dijo vivamente Currita...

Y en aquel momento entróle deseo vehementísimo de ver toda la casa; era muy bonita y estaba todo muy bien puesto, el salón, los dos gabinetes, el despacho, la alcoba, el cuarto de baño, el tocador... Un cuadro le llamó la atención en esta última pieza: representaba un ramo de camelias, saliendo del centro el busto de una mujer rubia muellemente reclinada en aquel lecho de flores, con mucho arte dispuesto... ¡Oh! no había duda; era la francesa anónima, la del nombre de píldora que tan cruelmente se le estaba

atragantando á ella. Detúvose á mirar el cuadro con aire de inteligente.

—¡Bonita idea!... La *fattura* es correcta... ¿Quién es?...

De nuevo se encogió Damián de hombros.

—Es una francesa, huérfana de un general, que pinta esas cosas... El Sr. Marqués le compró hace tiempo ese cuadro...

—¡Ah, sí!... Ya sé quién es: vive en la calle de Rebollo, núm. 68. ¿Cómo se llama?...

—Se llama... se llama... Pues no me acuerdo... Una cosa rara, así como un nombre de jarabe...

Currita moderó un movimiento de impaciencia, porque la cosa iba ya picando en historia. La una decía que era nombre de píldora y el otro que de jarabe, y sólo se sacaba en claro que era cosa de botica.

Al pasar por el comedor salió á saludarla el ama de llaves muy atenta y obsequiosa, ensanchando cuanto pudo su robusta persona, para taparle la vista de la mesa en que se hallaban los restos de la francachela que, en ausencia de su amo, celebraban aquellos granujas. Acudió el cocinero por el otro lado, pillo de siete suelas con aire bonachón y campechano, y la invitó también á ver su cocina. Currita se puso muy encarnada... y no se atrevió á rehusar.

Apretando los puños de rabia y de despecho entró la dama en su berlina, y dió orden al cochero de ir á casa del general Belluga... Aquella taimada risita del jockey, aquel barullo inverosímil que le impedía ver si su amo acompañaba á unas damas, dábanle malísima espina, y preciso era que ella apurase la verdad por sí misma.

El coche del general estaba en la puerta, reclinado el lacayo contra el quicio, tieso el cochero en el pescante con la fusta enarbolada. La Condesa encontró en la escalera, prestas á salir de paseo, á la generala y sus hijas, dos án-

geles acabados de salir del colegio de York, en Inglaterra, que comenzaban á perder en la atmósfera viciada de los salones su perfume natural de candor y de pureza, como pierden su sana fragancia el romero y el tomillo encerrados en una caja de almizcle. Llamábalas la Condesa sus ahijaditas, porque en su famoso baile de *ancha base* habían sido presentadas, bajo los auspicios de la dama, por primera vez en el mundo.

Las señoras quisieron volver atrás, y Currita, sin oponerse mucho al cumplido, consintió bien pronto en ello... ¡Oh! traía ella las de Caín; como que venía nada menos que á embargarle por toda la tarde á una de sus ahijaditas; estaban atareadísimas ella y otras señoras, pidiendo por todas partes hilas para los pobrecitos heridos y objetos de todo género para la rifa, la *Kermesse,* que prometía estar divertidísima. Habíanla dejado á ella sola aquella tarde, y por eso venía á buscar una compañera agradable, un *ángel de la guarda,* que la ayudase á tender la caña.

¿Qué corazón compasivo resiste á un anzuelo semejante?...

Y besó en la mejilla á la mayor de las dos hermanas, Margarita, que fijaba en ella sus ojazos de color de cielo, sonriendo con la inocencia con que sonríe un niño á los varios juegos de luz que forma el reflejo sobre las brillantes escamas de una serpiente. La generala aceptó enseguida creyéndose honradísima, y aquella señora ejemplar, aquella madre cariñosa y cristiana que había educado á sus hijas en el santo temor de Dios y en el cercado de la pureza, fió sin reparo alguno el más bello de sus ángeles, á aquella pícara redomada, aquella bribona indecentísima!...

Salieron todas juntas, delante la Albornoz, apoyada en el brazo de Margarita; en mitad de la escalera volvióse aquélla muy animada:

—Como despacharemos tarde, me llevaré á comer á mi ahijada. ¿Me da V. su permiso?...

—¡Pues no faltaba más, Condesa!

—¡Gracias, querida, gracias!...

En el tarjetero de la berlina traía Currita un papelillo, en que se veían apuntados gran número de nombres y de señas; hicieron dos visitas, á una magistrada del Tribunal Supremo y á una brigadiera de artillería, dignísimas señoras, á quienes después de sacar los cuartos la olímpica Condesa, puso en ridículo con desvergonzado gracejo, haciendo desternillar de risa á la inocente Margarita. Entonces dió al lacayo unas señas que estaban apuntadas con lápiz, las últimas, de su letra misma.

—Calle de Rebollo, núm. 68... Hôtel...

—¿Quién vive allí?—preguntó Margarita.

—Pues no sé... Es una francesa que pinta... Con tal que le saquemos algún cuadrito...

—¿Sabe V. que esto es muy divertido?...

—¡Ya lo creo: divertidísimo!... Ver las caras tan cómicas de esa pobre gente, cuando se les pone al pecho el puñal de la caridad.

—¡La bolsa... ó el ridículo!... Y entregan las pobrecillas la bolsa, y se quedan también con el ridículo.

—¿Me traerá V. otra tarde, Condesa?...

—Sí, hija mía, de mil amores... Pero no me llames de V., háblame de tú, dime Curra... ¡Vamos, que no soy tan vieja!...

Llegaron á la calle de Rebollo, núm. 68, y paró el coche ante el Hôtel, especie de bombonera, más pretenciosa que artística, más bonita que lujosa. Currita bajó la primera, nerviosa, un poco pálida, pero no de vergüenza ni de miedo, sino de ira, de anhelo, de despecho... Por fin iba á entrar agarrada al manto de la caridad, haciendo hincapié en

las llagas de los heridos del Norte, en la guarida de la fiera, y á cerciorarse por sí misma de si eran de la droga aquella, fuese píldora ó jarabe, los equipajes que había visto Demetrio en el coche reservado. Por eso, y sólo por eso había emprendido la bribona aquella ronda caritativa, escogiendo por compañera aquella inocente niña, incapaz de sondear la capa de cieno que estaba pisando. Un *groom* monísimo, el que había visto Currita en el teatro Real la noche del estreno de *Dinorah*, se hallaba á la puerta: preguntóle ella si las *señoras* estaban en casa, y el chico contestó afirmativamente, haciendo entrar á las damas en un saloncito de la planta baja. Currita pensaba:

—De fijo que está de viaje y me encuentro cara á cara con la vieja...

Un perrillo microscópico y feísimo salió de entre unas mantas al lado de la chimenea, y comenzó á ladrar, retirándose después gruñendo y tiritando. Dióle á Margarita miedo el feo animalejo.

—¡Parece un diablillo malo!—decía.

Estaba el salón medio á oscuras, los muebles sucios y revueltos, y veíanse prendas de vestir sobre algunas sillas. En una mesa maqueada, de trabajo muy lindo, había entre varios juguetes de porcelana y un álbum de retratos, una gran chocolatera de cobre, vieja y requemada, con su molinillo de palo muy tieso, chorreando el espeso líquido. La Condesa mostró á Margarita con la punta de la sombrilla el extraño *bibelot*, diciendo muy bajo:

—Caprichos de artista...

Margarita rompió á reir, conteniéndose á duras penas, y la Condesa, no obstante su preocupación, vióse forzada también á soltar la risa, añadiendo á medio voz:

—Con tal que no nos mande á la *Kermesse* este utensilio...

Sonó una puerta en lo interior, luego otra más cerca, y el *groom* levantó la cortina: Currita respiró desahogada... Entraba la dama duende, la incógnita de las camelias, con el aplomo y el descoco de una *diva* de café cantante que se presenta ante el público, fijando en él una mirada de provocación más bien que de temor ó de extrañeza. La Condesa no se aturdió tampoco; con la exquisita distinción de la gran señora de raza, que tan en alto grado poseía, y el aplomo de la mujer de mundo que encuentra reparos para todos los apuros, y salida para todos los laberintos, y palabras para todas las situaciones, expuso á la dama anónima el objeto de su visita. Ella se conmovió mucho... *Amabá á la España muy fuerte, y estaban los carlistas unos brigantes muy atrevidos, como Diego Corrrientes y Gosé María.*

Currita, al oirla chapurrear tan desastrosamente el castellano, hablóle en francés, y ella agradeció la atención con una amable sonrisa. Comenzó entonces á hablar con grande soltura y elegancia, lamentando los estragos de la guerra, ensalzando la misión de la mujer, ponderando la virtud de la caridad con el fuego y el entusiasmo de Vicente de Paúl en persona. Currita le dijo sonriendo:

—Veo que no me ha engañado al apelar á sus sentimientos de V., y espero que nos enviará algún socorro para nuestros pobres heridos.

—¡Oh! sí, sí...

—Cualquiera cosa; lo que V. pueda... Algún *bibelot* para la *Kermesse.*

—¡Oh! sí, sí... Enviaré algún objeto de arte...

Margarita se mordió los labios para no soltar la risa; pensaba si sería la chocolatera el objeto de arte prometido. Currita díjole entonces con graciosa sonrisa:

—Y si ese objeto de arte es obra de su genio de V., será mucho más agradecido..

—¡Oh!... ¿Mi genio?—exclamó la otra muy sorprendida.

—Sí; su genio he dicho... Ya sabe V. que esas cosas no pueden ocultarse... Su paisana Mme. Staël lo dijo: donde hay genio, brilla.

—¡Oh!...

—El Marqués de Sabadell—prosiguió Currita dejando caer lentamente las palabras—me enseñó aquel ramito de camelias que... *le vendió* V. hace tiempo... ¡Es un *quadretto* delicioso! Si manda V. á la *Kermesse* una *pochade* parecida, no habrá regalo que la iguale...

La dama anónima sonreía, sonreía siempre, con los ojos bajos, como abrumada por el peso de aquellas lisonjas que hacían vibrar las aletas de su fina nariz, con estremecimientos de rabia. Currita quiso darle el golpe de gracia, y con aire de bondadosa protección, díjole entonces:

—¿Y tiene V. muchas discípulas?

Enderezóse la otra bruscamente, como si la idea de que trabajase para vivir la ofendiera demasiado.

—Me había dicho el Marqués que daba V. lecciones de pintura.

—¡Oh! no, no. No soy profesora: discípula, pobre discípula...

Y con su suave acento y sus modestos meneos, disimulaba y contenía el impulso feroz que hace á la gata rabiosa tirarse á los ojos del contrario: dióse al fin Currita por satisfecha, y marchóse dejando á su parecer á la dama duende confundida y humillada. Al arrancar la berlina soltó al fin Margarita la risa, exclamando entre inocentes carcajadas:

—¿Pero qué haría en el salón aquella chocolatera?...

—¿Pues no te lo he dicho?—replicó la Albornoz haciendo coro á las risas de la niña.—De seguro que la manda á

la *Kermesse,* como un *bibelot* nunca visto: verás como no me equivoco.

Tres días después, pudo Margarita convencerse de que su ilustre amiga y madrina se equivocaba por completo... Pedro López había dicho, y millares de lectores lo vieron en *La flor de lis,* que el ángel de la caridad había sentado sus reales en el palacio de la celestial Condesa de Albornoz... Fuese ó no esto cierto, éralo, sin embargo, que de los cuatro ángulos de la villa y corte, afluían al palacio preciosos regalos para la *Kermesse,* patrocinada por la dama, que iban quedando expuestos al público, con grande primor colocados en los varios salones: por las noches en uno de ellos espléndidamente iluminado y en torno de una larga mesa cubierta por rico tapiz de tintas oscuras, agrupábase un risueño enjambre de jóvenes doncellas y apuestos donceles—así los llamaba Pedro López—que barajados y confundidos formando parejas, y más pegaditos entre sí ellas y ellos de lo que la temperatura ordinaria pedía de suyo, dedicábanse á la caritativa tarea de hacer hilas para los infelices heridos del Norte. Currita, deseando despertar la emulación en provecho de los pobrecitos heridos, distribuíalos de esta suerte, y era verdaderamente un encanto que arrasaba en lágrimas los ojos, ver aquellas tiernas parejas de inocentes doncellitas de quince á veinte años, y castos mancebitos de veinte, treinta y hasta cuarenta, sacando hilas del mismo trapito, sosteniendo por lo bajo pláticas caritativas que les animaban á la santa obra, todo, por supuesto, bajo la inspección de la angelical Condesa de Albornoz, que iba de un lado á otro distribuyendo las parejas, repartiendo los trapitos, recogiendo en bandejas de plata, ayudada de sus micos, la obra ya hecha, animando á los perezosos con una sonrisa, enfervorizando á los tibios con una palabra, prendiendo por todas partes el fuego de

caridad que la abrasaba á ella misma. Ni el báculo de San Francisco, ni el manto de Santa Teresa, ni el ceñidor de San Ignacio de Loyola hicieron nunca curas tan milagrosas como las que habían de operar aquellas hilas, con tan pura intención trabajadas, en las heridas, llagas y tolondrones de los pobrecitos heridos del Norte. Aquello merecía ser visto, y Diógenes, que lo vió una vez, manifestó en el Veloz-Club ya muy entrada la noche, lo que le habían parecido las parejas de operarios, y lo que le había recordado su directora y maestra...

Los personajes más conspícuos de la corte pasaban por allí pagando su tributo, y hasta D. Casimiro Pantojas había hecho una noche sus hilitas, sin más que un ligero percance, hijo de su cortedad de vista: equivocó el trapo con el rico pañuelo de batista de la dama vecina, olvidado encima de la mesa, y púsose muy afanado á sacar hilas de éste, haciendo dos pelotones finísimos. Alzó el grito la dama, porque tenía para ella el pañuelo grandes recuerdos, y desolado D. Casimiro al reconocer su error, devolvióselo con un fleco en torno de cuatro dedos de ancho.

Dos figuras de primera magnitud habíanse, sin embargo, hecho notar por su ausencia, y eran estas el Marqués de Butrón y el tío Frasquito: creíase que un pertinaz constipado tenía encerrado á éste entre las cuatro paredes de su casa, y no se ignoraba tampoco que las relaciones del gran Robinsón con la ilustre dama, habíanse enfriado algún tanto con motivo de la Vicepresidencia ofrecida y desairada. Sorpresa causó, pues, aquella noche ver entrar al peludo diplomático en el caritativo taller de las hilas, y acercarse á la Condesa con la más risueña de sus caras y el más expresivo de sus gestos: ella dejó escapar al verle una ligera exclamación de infantil alegría, y acrecentó el pasmo de todos gritándole con sus mimitos más suaves:

—¡Butrón... un trapito!... Nada, nada, aquí no se quieren ociosos... Venga V. á sacar hilas conmigo... Allí junto á mí; en mi mismo trapo...

Y dejando abandonada á su propio impulso, la filantrópica tarea de enardecer el fervor de sus operarios, retiróse á un rincón con el diplomático, llevando en la mano un fino trapito cuadrado y una bandeja de plata para colocar las hilas. Nada sabía aún Currita de Jacobo, y al ver entrar al sabio Mentor, figurósele que éste le traería noticias del prófugo joven Telémaco. Butrón estaba, sin embargo, en la misma ignorancia, y el mismo pensamiento y los mismos interesados deseos, traíanle en busca de la invulnerable Calipso. La repentina marcha de Jacobo habíale alarmado, temiendo se ocultase tras de ella algún enredo que perjudicase á sus trabajos políticos, y fingiéndose enterado de lo que deseaba saber, proponíase arrancar con maña á la dama el hilo del ovillo.

Currita y Butrón se miraron un momento en el apartado rinconcito, como invitándose á hablar mútuamente, y ella, viendo que el respetable diplomático no daba luz ninguna, púsose muy afanada á sacar sus hilas, y comenzó á confiarle sus pesares domésticos... Fernandito andaba muy mal, y le inspiraba su salud serios cuidados: su falta de memoria llegaba ya al punto de habérsele olvidado días atrás que había comido, y armar una pelotera terrible, queriendo por segunda vez sentarse á la mesa... Sánchez Ocaña y Letamendi le habían reconocido, y ambos opinaban que era aquello un principio de reblandecimiento cerebral que le llevaría lentamente á la sepultura... Ella estaba acongojada: si fuese siquiera una enfermedad repentina que se lo llevara Dios en pocos días... vamos, sensible era siempre quedar una mujer sola, con dos hijos que educar, sin tener á su lado hombre alguno... ¡Pero verle pade-

cer tanto tiempo, consumirse poco á poco, sin esperanza ninguna!...

—Y cada día más tonto, Butrón, crea V. que no exagero... Yo creí que era imposible serlo más; pues nada, todos los días progresa...

El respetable Butrón dió un suspiro, y poniendo en el anzuelo el cebo de un consuelito, tendió delicadamente la caña.

—Siempre te quedará Jacobo, excelente amigo que sabrá aconsejarte... ¿No te ha escrito?...

Ella, arreglando con mucho primor su manojito de hilas, contestó sencillamente:

—Sí, ayer tuve carta... Por supuesto, que á V. también le habrá escrito...

—No, no he recibido carta ninguna, pero no me extraña... Al despedirse me dijo que hasta tener noticias seguras, no me escribiría. ¿De dónde te escribe ya?...

Las hilas se enredaron, y preciso fué inclinarse hacia la luz para buscar el hilito, haciendo una pausa mientras tanto.

—¿Querrá V. creer que no pone fecha ninguna?... Me dice, sin embargo, que escribe en el *restaurant* de la estación, esperando el tren ascendente... Como el pobre es tan extremoso, quiso á toda prisa sacarme de cuidados...

—Sí, muy extremoso—replicó Butrón—pero también muy atolondrado. ¿Á que no te pone señas ningunas?...

—No, ningunas...

—Pues ya tú ves, á mí tampoco me las ha dejado, y me precisa enviarle ciertas instrucciones que después de su marcha he recibido... Por eso venía á preguntarte esta noche, si sabías tú dónde paraba.

—Pues no lo sé, Butrón, y me tiene esto muy perpleja... Porque Damián me ha traído varias cartas que le han llegado por el correo, y no sé dónde enviárselas...

—¡Si falta en esa cabeza algún tornillo!... Preciso será

esperar á que escriba de nuevo, y te encargo mucho que en cuanto recibas sus señas, me las envíes de seguida.

—Descuide V., Butrón; pero le encargo también que no tarde en mandármelas si las recibe V. primero...

—¡Oh!—replicó Butrón con mucha galantería:—imposible es que Jacobo cometa semejante pifia...

—¡Ay no, no, Butrón!—dijo Currita con melancólico acento.—No crea V. que me hago yo ilusiones algunas: sé muy bien que no hay rival tan temible para una mujer, como la sota de bastos ó la esperanza de una cartera...

Y aquí se detuvieron los dos, convencidos por completo de haberse engañado recíprocamente, creyendo ella, hecha una furia, que Jacobo, de acuerdo con Butrón, había marchado á negocios del partido, sin decirle una palabra: juzgando él, hecho un basilisco, que Currita y Jacobo se emancipaban de su tutela, constituyéndose en cantón independiente, y obrando por cuenta propia en los negocios políticos... Un suceso repentino impidióles seguir explorando con la misma habilidad, los respectivos campos: entró un criado trayendo un gran estuche de terciopelo granate muy oscuro, magnífico regalo para la *Kermesse,* que acababan de traer á aquella hora intempestiva, con la idea deliberada sin duda, de que pudiera ser admirado al mismo tiempo por toda la brillante concurrencia. Gorito Sardona, mico de guardia aquella noche, tomó el estuche de manos del lacayo, y púsolo sobre la mesa, llamando á gritos á Currita. Acudió ésta seguida del diplomático, y un ligero grito que pareció arrancarle la admiración, y le arrancaban en realidad el temor y la sorpresa, se escapó de sus labios á la vista del estuche... Habíale recordado al punto otro enteramente semejante, con la sola diferencia de que sobre el oscuro terciopelo de la tapa de aquel otro, se destacaba bajo una corona de Marqués una caprichosa *S* de oro mate,

y en éste sólo se veía en aquel lugar un poco chafado el terciopelo... Tres segundos permaneció, sin embargo, inmóvil, contemplando el estuche, sin osar abrirlo: agrupábanse todos á su alrededor, oprimiéndola y estrujándola contra la mesa, ansiosos de contemplar la maravilla, y no hubo más remedio que apretar el resorte y levantar la tapa...

Una exclamación general de asombro se escapó de todos los labios, ahogando el sordo rugido de rabia y despecho que hinchó la garganta de Currita... Sobre el blanco terciopelo que forraba el interior, destacábase en toda su magnificencia la obra maestra de Enrique de Arfe, el marco antiguo de plata cincelada que había regalado ella á Jacobo en aquel mismo estuche, con su propio retrato de reina japonesa... Éste había desaparecido, y veíase en su lugar otra extraña fotografía: representaba una camelia de tamaño natural, y echada sobre ella como sobre el alféizar de una ventana, aparecía el busto de una mujer, de la dama duende que todos conocían, apoyada la mejilla izquierda sobre ambas manos cruzadas, mirando al frente con provocativa insolencia, sacando la lengua con gesto de pilluelo redomado á todo el que mirase el retrato por cualquier lado que fuese: por debajo, leíase escrito con muy buena letra inglesa:

Á LA EXCMA. SRA. CONDESA DE ALBORNOZ,

Mlle. de Sirop.

Nadie dijo una palabra, nadie hizo un comentario... En el embarazoso silencio que deja al descubierto las grandes vergüenzas, oyóse tan solo la suave vocecita de la Albornoz, que decía algún tanto temblorosa:

—¿Mademoiselle de Sirop?... ¡Qué delicia!... ¿Si será prima del jarabe Henry Mure, que han recetado á Fernandito?...





VIII

EL despertar de Jacobo fué alegre: había ganado la noche antes jugando en el Casino hasta las cuatro de la mañana, más de cinco mil duros. Hay, sin embargo, algo en el hombre que despierta antes que la razón y los sentidos, y levanta la voz y grita y no calla ni aun en esos momentos de duerme-vela en que flotan las ideas como cabos sueltos, sin que la voluntad, dormida todavía, haya tenido tiempo de atarlas y enderezarlas ó torcerlas á su albedrío. Este algo se llama remordimiento, y él, con su punzante aguijón, puso ante los ojos de Jacobo, antes que los cinco mil duros ganados, las aterradas fisonomías de la mujer y de los hijos del que los había perdido, padre de familia, jugador de oficio, marcado con ese sello de desdicha común á los del gremio, que por ser desdicha buscada, no despierta hacia ellos mismos compasión, sino enojo. En las ganancias del juego, ha dicho uno, hay siempre algo parecido al robo, porque con razón puede decirse que se toma lo ajeno contra la voluntad de su dueño; y si bien es cierto que se gana este dinero ajeno exponiendo el

propio, también lo es que los ladrones en cuadrilla exponen sus vidas en las encrucijadas de los caminos, y la vida aunque sea de un facineroso, vale más que el dinero.

Volvióse Jacobo del otro lado, ahogando estas reflexiones con su voluntad ya despierta, y tiró de la campanilla murmurando entre dientes:

Amar á nuestro prójimo
Nos manda la doctrina,
Y al prójimo en la guerra
Le dan contra una esquina.

Entró Damián, trayendo como todos los días el correo y los periódicos, que puso al alcance de la mano de Jacobo sobre la mesa de noche. Abrió luego las persianas, descorrió las cortinas y entróse en el cuarto de vestir para preparar el agua caliente y la ropa del señorito. Habían dado ya las doce y media.

Era Jacobo muy perezoso y costábale gran trabajo arrancarse del lecho; dió en él varias vueltas, estirándose y revolviéndose, con esa dejadez del que no tiene cuidados, ni le esperan obligaciones, ni encuentra para saludar al nuevo día otra fórmula, otra oración, otro brote del sentimiento, que un prolongado bostezo. Decidióse al fin á sacar una mano, y tomó de sobre la mesilla de noche las varias cartas; eran éstas cuatro ó cinco, y llamóle la atención desde luego una grande y cuadrada que traía el sello del Congreso, porque parecióle notar al tacto que venía en el interior, además del papel, un pequeño objeto redondo. Dióle vueltas por todos lados examinando el sobre, con esa necia perplejidad que al recibir una carta de letra desconocida, nos impulsa á conjeturar y adivinar lo que con solo romper el sello podemos saber de cierto. Hízolo así al cabo, rasgando el sobre por completo, y á la duda sucedió entonces en él la sorpresa y el azoramiento; encontróse con un pliego

en blanco, de papel muy recio, doblado por la mitad en dos partes; en la superior destacábase cuidadosamente pegado con goma, un gran sello de lacre verde, del diámetro de medio duro... Al pronto no distinguió bien Jacobo lo que era aquello; llegaba la luz muy debilitada, filtrándose por los visillos del balcón, y la gran cortina de tul bordado, en una sola pieza, que arrancando de los lambrequines de damasco amarillo, llegaba hasta el suelo barriendo la alfombra. Con grande ansiedad incorporóse bruscamente, inclinando el cuerpo fuera del lecho para buscar la luz, y pudo distinguir entonces en todos sus detalles la empresa del sello: era la escuadra y el compás cruzados en forma de rombo, y la rama de acacia, emblema de los masones...

Una sospecha terrible, una idea aterradora con visos ya de evidencia, cruzó al punto por su mente cual un pájaro siniestro. Arrojóse de un salto fuera del lecho, y corrió al balcón para examinar con mejor luz todavía, la extraña carta y el misterioso sello... No había duda: si no era el mismo, era igual á uno de los que había arrancado él en París en el Grand-Hôtel, de los cartapacios que en la logia de Milán le habían entregado... ¿Qué significaba, pues, aquello?... ¿Era una broma? ¿Un aviso? ¿Una amenaza?...

Con los ojos muy abiertos quedóse mirando á la calle, como si buscase allí la solución á sus dudas, la respuesta á sus temores... Frente por frente de la suya estaba la gran casa del Marqués de Riera, cerrada hacía tantos años, con ese aspecto de secreto, ese aire de misterio, que parecen tomar los edificios abandonados por largo tiempo, haciendo fantasear á la imaginación detrás de sus muros, recuerdos de crímenes y sombras de aparecidos. El día estaba triste; uno de esos días de lluvia menuda y continua, en que sólo se ven en el suelo cieno y lodazales, y en el cielo nubes pardas, inmóviles, pegajosas, que parecen lamer las

torres y las cúpulas, cual la viscosa baba de un monstruo inmenso. Los transeuntes cruzaban por la acera muy de prisa, armados de paraguas é impermeables, chapalateando sobre el fango que salpicaba las sayas remangadas de las mujeres, los pantalones recogidos ó las altas botas de los hombres. Un capitán de lanceros, muy gordo y rubicundo, bajaba de la Puerta del Sol, pisando muy fuerte, con las espuelas y las polainas manchadas de cieno, calada la corta capota azul con vueltas blancas: antojósele á Jacobo que aquel militar era de la clase de tropa, que iría al Ministerio de la Guerra, y siguióle con la vista muy atentamente... Mas el militar dobló la esquina de la casa de Riera, dando un resbalón, y desapareció por la calle del Turco... ¡La calle del Turco!... ¡Ah! ¡la calle del Turco!... Allí se había cometido cuatro años atrás un asesinato, *otro* asesinato en la persona de un hombre famoso, de un amigo que le había hecho á él grandes favores, favores de lobo á lobo, pero al fin y al cabo siempre favores... También entonces habíase vislumbrado en *aquello* la mano de los masones, y él ¡oh! él sabía bien á qué atenerse... Por eso tuvo que huir á toda prisa, impulsado por el destino, ¡pícaro destino! que le arrebataba á Constantinopla á resbalar en otro charco de sangre, y á emprender otra fuga á Italia, á Francia, á España más tarde...

Jacobo sintió mucho frío, un frío muy grande y muy natural, porque estaba medio desnudo, y que parecíale á él le penetraba las carnes, y le llegaba hasta los huesos y le pasaba el alma de parte á parte, con una sensación glacial y desagradable que se le figuraba semejante á la de la hoja de un puñal, al hundirse en un pecho. Volvióse á la cama buscando el calor de las mantas, y acurrucóse entre ellas, escondiendo el rostro en las almohadas para pensar, para reflexionar, para meditar, paro no mirar al hueco del bal-

cón, donde le parecía ver al general Prim, y á la Cadina Saharaí, y al eunuco estrangulado, dándose las manos, haciéndole cortesías, como hacen los actores cuando salen á la escena á recibir la ovación al final de un drama. ¡Y él, que se había despertado tan alegre, imaginando el medio de ocultar á sus acreedores los cinco mil duros ganados!

Damián asomó discretamente la cabeza, preguntando si el Sr. Marqués no iba á levantarse, porque el agua caliente se enfriaba.

—Allá voy... allá voy—respondió Jacobo.

Y mientras se calzaba las pantuflas y se envolvía en una bata de abrigo muy bien enguatada, iba discurriendo que el modo seguro de averiguar de cierto lo que sobre el particular hubiera, era preguntar al tío Frasquito lo que había hecho de aquellos tres sellos que en el Grand-Hôtel le había regalado. Quedóse con esto más tranquilo, casi sereno del todo: indudable era que se reducía aquello á una necia broma... Cierto que habíale sucedido á él en aquel negocio espinosísimo, lo que acontece á todos los caracteres fogosos, que una vez dado el primer empuje, caen luego en la mayor apatía, abandonando los planes con tanta rapidez fraguados y con tanto calor emprendidos. Mas tampoco era verosímil que al cabo de año y medio de silencio absoluto, de completo olvido, salieran los masones reclamando los papeles é iniciando su petición con la ridícula bromita—muy en carácter por cierto—de enviarle un sellito... Y además, ¡qué demonio! á él le habían entregado unos papeles para el rey Amadeo, y el rey Amadeo se había ido. ¿Iba á correr de ceca en meca en busca del Rey cesante?... ¿Y con qué derecho le pedía cuentas la masonería española, perteneciendo él á la italiana? Porque la carta era de Madrid mismo, puesto que el sello del Congreso la franqueaba... Nada, nada, fuera temores, que el derecho era

suyo. ¡Qué demonio! á quien Dios se la dió, San Pedro se la bendiga, y el que está más cerca de la cabra, ese la mama.

Púsose Damián á afeitarle como todos los días, y al sentir sobre la garganta el frío del acero, no pudo contener un estremecimiento de espanto... Un ligero golpecito, un leve movimiento, y correría la sangre, y vendría la muerte, y se acabaría la vida allí mismo, sin auxilio, sin remedio, pasando de la agonía á la sombra pavorosa de eso que llaman eterno, corriendo por Madrid la noticia del *crimen de la calle de Alcalá*, como había corrido cuatro años antes, la del crimen impune y misterioso de la calle del Turco... Y aquel ligero golpecito, aquel leve movimiento, podía determinarlo en la mano de Damián, otro ligero golpecito del oro de los masones. Porque ¿qué sabía él lo que era Damián?... Un pícaro probablemente, un bribón como todos, puesto que á juzgar por lo que de sí mismo sentía él, sólo pueden admitirse dos clases de hombres: los ahorcados y los que merecen serlo.

Rióse al cabo de sus locas imaginaciones, y vestido ya del todo, pidió un sombrero, unos guantes, un paraguas...

—¿El Sr. Marqués almorzará en casa?...

—No.

—El cochero espera la orden...

—Que se vaya, que vuelva á las cuatro.

Y se dirigió á la puerta, para retroceder al momento... ¡Qué tontería! Quizá en alguna de aquellas otras cartas que había olvidado en su azoramiento, vendría algún dato, alguna explicación de la estúpida broma del sellito. Abriólas una á una, y una á una las fué arrojando con furia sobre la gran piel de oso blanco, colocada al lado del lecho... Nada, nada: una invitación para un baile, una carta de Ángel Castropardo preguntando si le acompañaría á cenar

aquella noche con las bufas de Arderius después del teatro, una diatriba de un acreedor exasperado que le amenazaba con el embargo...

Seguía cayendo aquella lluvia menuda, lenta, constante, que cala hasta los huesos y los enfría, como cala hasta el corazón y lo hiela, un pensamiento triste y monótono que no se puede desechar. En las Cuatro Calles, frente á las ruinas *seculares* de la calle de Sevilla, coronadas ya, como las de Itálica, por el amarillo jaramago, tomó Jacobo un simón para evitar la afluencia, eterna en aquel sitio, de gentes que van y vienen, formando en las aceras cordones interminables de hombres, de mujeres, de niños, cobijados todos aquel día bajo sus paraguas, que remedaban, yendo y viniendo y cruzándose, una larga procesión, una contradanza fantástica de hongos fenomenales. Diez minutos después, apeábase á la puerta del tío Frasquito.

Peinado, teñido y reluciente de puro limpio, sentábase éste á la mesa para almorzar, en su lindo comedor perfectamente caldeado por magnífica chimenea de mármol negro, atestada de leña. Con el ansia cariñosa con que recibe todo el que tiene gana de charlar, á cualquiera que puede servir de auditorio, recibió el viejo á Jacobo, mandando al punto poner otro cubierto en la mesa... Necesitaba él desahogarse, porque el berrenchín, el bochorno que había pasado el día anterior, aún no le había salido del cuerpo. Las cosas de Diógenes iban llegando á un extremo, que si hubiera en Madrid autoridades, si hubiera en España un gobierno, se castigarían lo menos, lo menos con cadena perpétua... ¡Oh! ¡lo del día anterior merecía por primera providencia que le cortasen la mano derecha! ¡Burlarse de ese modo de todas las señoras de Madrid, congregadas para un asunto piadoso! ¡Poner en evidencia, en ridículo, en berlina, á tres... á dos personas respetables; porque el

tal Pulidete, era un *parvenu,* un cursi, un cualquier cosa, que se lo tenía todo muy bien merecido... Mentira parecíale que Pepe Butrón, un hombre de tanto talento, se hubiese *tirado una plancha* semejante, y sin duda fué el Pulidete quien le dió el mal consejo. ¡Proponer á María Villasis para Presidenta!... ¡Si eso no se le ocurre ni al que asó la manteca!... Y claró está; sucedió lo que tenía que suceder, que la muy mojigata dió con todo al traste, pero con un atrevimiento, con una insolencia, aludiendo claramente á la pobre Curra, diciendo con una risita de mil demonios, que su modestia le impedía ser ella Presidenta, donde había una Vicepresidenta tan digna... Y la pobre Curra calló, calló por prudencia; pero bien se le conoció que quedaba sentidísima...

Hizo aquí una pausa, tragóse un buen bocado, preparó otro muy grande, y dijo mientras tanto:

—Perrro no comes, hombrre... ¡Si no has tomado más que las ostras!

—No tengo ganas...

—Ni yo tampoco... Porr supuesto, que lo mejorr que ha podido sucederr, es lo que ha sucedido; porrque si mi sobrina Villasis llega á serr Presidenta, quedaban rreducidas las obras de la Asociación á novenas y triduos de rrogativas, y á las limosnitas rrecogidas porr las socias á la puerrta de las iglesias... Y ni aun esto siquierrra, porrque yo mismo le he oído decirr, yo, yo mismo—y el tío Frasquito, con ademán imponente, se tiraba de una oreja—que es un escándalo, una profanación ponerr rreclamos de niñas bonitas á la puerta de las iglesias. ¡Vaya V. á verr qué modo de entender las cosas!... Perrro en fin, los pobrecitos herridos no se quedarrán sin socorrro, y lo que la perrfecta viuda les quita por un lado, se lo proporrcionarrrá porr otro la pícarrra Samarritana. Porrque Currra, con ese corrra-

zonazo que tiene ¡clarro está! ¡lo ha tomado con un calor, con un empeño!... y lo que es la *Kerrmesse*, ha de darr mucho dinerro!... Anoche, como no estuviste allí, no podrías enterrarrte, perrro se trata ahorrra de buscarr el sitio; unos dicen que en la platerría de Marrtínez, otros que en el Rreal. ¿Qué te parrrece?...

Jacobo, aburrido de aquella charla insustancial y mujeriega, estuvo por decir que le parecía mejor la punta de un cuerno, y el tío Frasquito, viendo que no contestaba, se apresuró á añadir:

—Yo creo que en el Rreal... En la Ópera se hizo la de Parrrís cuando los inundados de Szegedin, y estuvo brillantísima... Perrro francamente, le temo á Diógenes, que se colocarrá allí, de segurro... Le temo, le temo; te digo que le temo. Porrque ¿qué se hace uno, si ni aun queda el rrecurso de desafiarrlo?...

—¿Que no?—replicó Jacobo riendo á pesar suyo.—Desafíalo tú, y córtale las orejas.

¡Oh! ¡lo que es porr mí no quedarrría!—exclamó lleno de ardor bélico el tío Frasquito.—¡Perrro si es imposible! ¿Sabes lo que le pasó con Paco la Granda... otro animal como él?... Pues le hizo Diógenes una barrrabasada, y Paco le mandó sus padrinos. Diógenes dijo que sí, que se batirría; perrro como le tocaba la elección de arrmas, exigió que el duelo fuerrra á cañonazos; ¡figúrrate tú!... Paco le envió á decirr entonces que donde quierra que le encontrase le darría de bofetadas; Diógenes contestó que se le acerrcarrra si podía... Y se le acerrcó en efecto. ¿Perrro parra qué, Jacobo, parra qué?... Parra que el animal de Diógenes, como es tan grandote, le diese un estacazo que le rrompió dos costillas... ¡dos costillas!... ¡No creas que exagerro, dos costillas!...

Y el tío Frasquito, rebosando indignación, palpábase con

el reverso de la mano, el sitio en que naturales ó postizas, debía de tener las suyas.

Jacobo nada decía, y comenzando el viejo á notar su preocupación, indicóle bonitamente que el almuerzo terminaba, y le estaba ya estorbando.

—Pues creo que pondremos al fin la *Kerrmesse* en el Rreal—dijo.—Ahorra mismo voy á casa de Currra, parra que decidamos... ¿Cómo no has almorrzado tú allí hoy?...

Jacobo arrojó la servilleta hecha un lío encima de la mesa, y dijo gravemente mirando al tío Frasquito:

—Porque necesitaba hablarte.

—¡Ya!—exclamó el viejo.

Y abrió palmo y medio de boca y púsose muy azorado, porque desde aquella noche fatal en que descubrió Jacobo En el Grand-Hôtel el secreto de su peluca y de sus dientes, mirábale y temíale con ese temeroso recelo que inspira siempre la persona qne puede perder nuestra reputación ó nuestra fortuna, con sólo dar suelta un poquito á la lengua. No le deseaba la muerte; pero hubiérale visto con gusto descender á la tumba, con tal que se llevase á ella el secreto. Jacobo preguntó:

—¿Te acuerdas de aquella noche en que se te quemó el gorro de dormir en el Grand-Hôtel?...

Alborotóse el tío Frasquito pensando, ¡ciertos son los toros! é inmutado, y nervioso y lleno de sobresalto, comenzó á mirar á los criados, diciendo por lo bajo:

—¡Calla, hombre, calla!... En el *boudoir* tomarremos el café, y allí nadie vendrá á incomodarnos.

Porque el tío Frasquito tenía también su *boudoir;* un verdadero *boudoir* de dama elegante, atestado de todas esas chucherías que llaman los franceses *bibelots,* y han venido á sustituir en los palacios modernos á las antiguas obras de arte. No faltaban allí sin embargo éstas, y era la más

notable el retrato de un caballero, tipo de arrogancia y varonil hermosura, pintado por Van Dyck en Inglaterra, al mismo tiempo que aquel otro famoso de Carlos I, imagen admirable en que se refleja junto al orgullo del monarca, una especie de adivinación de su trágica desventura. Era aquel personaje el quinto Duque de Aldama, embajador en Londres de Felipe IV, y era el tío Frasquito hijo tercero del vigésimo Duque del mismo nombre. Al pie del retrato había colgadas una daga y una espada de gavilanes, de exquisita labor y gran precio, que habían pertenecido al personaje. Frente por frente, en muy buena luz colocado, había un pulido bastidor de caoba, en que el tío Frasquito, nieto en el siglo XIX del prócer del siglo XVII, bordaba en tapicería unas preciosas babuchas.

Sirvieron el café, Jacobo habíase dejado caer negligentemente en una butaca, con la pierna derecha echada por encima del brazo de ésta, y puéstose á fumar el exquisito cigarro puro que le ofreció el tío Frasquito. Este sacó con mucho misterio una preciosa tabaquera de oro, guarnecida de brillantes, con el retrato de la reina María Luisa en la tapa, y tomó un polvo de rapé haciendo mohines picarescos.

—Es mi vicio—decía—nadie lo sabe; un secreto... *Péché caché, est tout à fait pardonné.*

Y estornudó por tres veces haciendo figuras y monadas con que creía apartar de la mente de Jacobo la maldita idea del gorro quemado; mas éste no bien salieron los criados, después de servir el legítimo ron de Jamaica, tornó á preguntar:

—¿Te acuerdas de aquella noche?...

El tío Frasquito contestó un ¡Sí! tímido y vergonzoso, cual si le recordase la pregunta algún crimen nefando.

Jacobo volvió á preguntar:

—¿Y te acuerdas de unos sellos de lacre, dos verdes y uno rojo que te regalé aquella noche?...

—Sí—replicó el tío Frasquito más animado.

—¿Qué has hecho de ellos?...

—En mi álbum los tengo... ¿Quieres verlos?...

—Enséñamelos.

El tío Frasquito, libre ya de temores, volvióse vivamente, y arrastró hacia Jacobo un precioso caballete, sobre el cual descansaba un gran infolio, una especie de libro de coro, cuyas lujosas tapas eran una obra de arte, un mosáico acabadísimo, hecho sobre piel de zapa, con peregrinos dibujos y colores muy vivos, formando el todo un conjunto digno de competir con las más lujosas encuadernaciones antiguas que se admiran en la Biblioteca del Vaticano; cerraba el libro un gran broche de acero calado, representando las armas de los Aldamas, rematadas por la corona ducal del jefe de la casa.

—No hay otra colección igual, es la primera de Europa—decía el tío Frasquito abriendo el libro sobre el caballete, con el ardor de un *amateur* que luce sus aficiones.

Y se puso á repasar el índice, porque estaba el libro dividido en varias partes: sellos reales, nacionales, particulares y miscelánea. El tío Frasquito buscaba en la miscelánea, y dió al fin con ellos, en la pág. 117. *Sellos masónicos. Marqués de Sabadell.* Porque tenía la atención el coleccionista, de apuntar siempre junto al donativo el nombre del donante.

Apareció al fin la pág. 117... y el tío Frasquito miró á Jacobo estupefacto, y Jacobo miró al tío Frasquito horiblemente pálido. Las numerosas casillas de la hoja aparecían cubiertas de sellos, excepto dos de ellas que estaban en blanco; en ambas decía arriba: *Masónico,* y abajo: *Marqués de Sabadell.* Los sellos habían desaparecido, y notábanse

sobre la fina vitela las asperezas de la goma con que habían estado sujetos. Jacobo, con voz ahogada y gesto de medrosa ansia, dijo entonces:

—El otro... el rojo... ¿dónde está?...

Asustado el tío Frasquito al notar la emoción de Jacobo, no acertaba á decir palabra temiéndose algo gordo, y comenzó á buscar precipitadamente entre los sellos reales, murmurando aturdido:

—De Víctorr Manuel erra, me acuerrdo muy bien... Estarrá entre los soberanos de Italia; con un Duque de Parrma y un Ferrnando de Nápoles lo puse... Porrque la Italia una, no me pasa; vamos, que no me pasa...

Y apareció al fin después de mucho resolver la pág. 98, llena de sellos reales, y entre uno del último Duque de Parma reinante, y otro de Fernando de Nápoles, hallaron otra casilla en blanco. Arriba decía: *Rey de Cerdeña,* debajo: *Marqués de Sabadell.*

Dió entonces Jacobo una gran puñada en el brazo de la butaca, diciendo con voz sorda:

—¡Me has perdido!...

—¡Ay Jesús, Jacobito!... ¡Porr Dios, dímelo!... ¿Qué pasa?—exclamó el tío Frasquito muerto de susto.

—¡Me has perdido!... ¡Me has perdido!—repetía Jacobo.

Y bajo la impresión del temor y el aturdimiento, confió con su impremeditación ordinaria al necio viejo, si no la parte más culpable, la más peligrosa al menos de la aventura de los masones. El tío Frasquito, muerto de miedo, creyendo ver brotar puñales masónicos á través de la mullida alfombra, comenzó á dar vueltas desatinado, tropezando por todas partes como corneja puesta de repente á la luz del sol.

—¡Ay, ay, ay, Santa Marría, qué berrengenal! Porr supuesto, Jacobito, que tú te acorrdarrás muy bien de que

yo no querría tomarr los sellos. ¿Te acuerrdas?... Tú me los diste y yo no los querría tomarr... Porr complacerrte, porr darrte gusto los tomé y me arrrepiento; que yo no los necesitaba, ni quierro nada con esos señorres. ¿Te enterras?... Y conmigo no cuentes, porrque yo lo digo todo, todo, clarrito, clarrito, y me lavo las manos...

Detúvose de pronto y dióse una gran palmada en la frente, como quien ata de improviso un cabo importante. ¡Tú, tú, tú!... Aumentóse su terror, y fuele preciso sentarse.

—¡Ahorra lo entiendo todo!... Ahorra me lo explico y lo veo clarro... ¡Santa Marría, lo que me está pasando!...

—¿Qué?—dijo Jacobo con ansia.

La emoción de éste parecía haber pasado al tío Frasquito, y conociendo el pobre viejo su debilidad, decidióse á buscar apoyo en el más fuerte... Cogió por un brazo á Jacobo y llevólo sigilosamente á su alcoba, nido risueño, tapizado con seda de Persia celeste, cubierto el pavimento de pieles blancas, con una cama de palo de rosa muy baja, muy aérea, vago conjunto de encajes, holandas y sedas celestes, semejante á una crespa ola del mar, coronada de espumas blancas. Había allí un mueble precioso, también de palo de rosa, con cerraduras de plata, donde el tío Frasquito guardaba los papeles importantes; abrió un cajoncito y sacó un paquete de cartas.

¡Lo que le estaba pasando hacía más de tres meses!... Si aquello era para volver loco al más pintado: primero le incomodó, dióle después rabia, y al presente, ahora, en aquel momento, le espantaba; ¡vamos, que le espantaba, que le ponía los pelos de punta!...

—Un día, me acuerrdo muy bien, el 9 de Diciembre, rrecibí porr el corrreo una carrta de San Peterrsburrgo...

Y el tío Frasquito sacaba la primera del paquete, cuyo sello tenía, en efecto, la efigie del Czar Alejandro II.

—¿De San Peterrsburrgo?... La abrí extrañado, y me encontré con esto...

Y abría, á la vez que hablaba, la carta, poniendo ante los ojos atónitos de Jacobo un pliego en blanco, en cuyo centro se leía escrita esta sola palabra:

¡Mentecato!

Un gran flujo de risa brotó por encima de todos los terrores de Jacobo, y soltó el trapo á reir con todas sus fuerzas. Mas el tío Frasquito, muy desolado, prosiguió diciendo:

—¿Te rríes?... ¡Aguarrda, aguarrda!... Yo decía cavilando toda la noche: ¿Mentecato en San Peterrsburrgo? y me devanaba los sesos y se me espantaba el sueño sin acerrrtarr... Al otro día otra carrtita... ¿Perro de dónde crees?... ¡De Chinchón, Jacobo, de Chinchón!... La abro, y el mismo lema: ¡Mentecato! Al día siguiente, carrta de Fuente Ovejuna, provincia de Córrdoba, y lo mismo... En fin, hijo, desde entonces, todos los días, sin faltar ninguno, una carrtita de letra diverrsa, de parrte distinta, las más rremotas en todas las parrtes del globo, de Francia, de Inglaterrra, de Alcorrcón, de Alemania, de Chinchilla, de Calcuta, ¡ya tú ves! de Calcuta, de Constantinopla, de Terrrones, Jacobito, de Terrrones, pueblecillo de tres casas en la provincia de Salamanca; y siempre con el mismo lema: ¡Mentecato!... Un día, el 20 de Enerro, San Sebastián márrtir, ¡me acuerrdo muy bien! estaba más tranquilo; llegó el corrreo y no trajo carrta ninguna... Porr la tarrde abro ahí—y abrió la mesilla de noche—y allí... dentro me encuentro una carrta; la abro... ¡Mentecato!... dime tú si eso no es para volverrse loco; si no encierrra un misterrrio terrrible, que tu carrtita del sello me va ahorra explicando...

Jacobo iba también comprendiendo, y desde luego pensó

que nadie que no fuera Diógenes, era capaz ni en Madrid ni en todo el mundo de dar una broma tan constante á aquel pobre majadero, para lo cual se necesitaba paciencia á toda prueba, relaciones muy extensas y medios de comunicación difíciles y complicados. Con verdadero asombro, preguntóle entonces:

—¿Pero de veras no te ha faltado ningún día?

—¡Ninguno!... Á veces, cuando la carrta venía de muy lejos, sobre todo, estaba dos ó tres días sin rrecibirrla; perro luego llegaban juntas... ¡Si te digo que ni un día me ha faltado! Mírralas, cuéntalas—añadió con acento de desolación profunda, desparramándolas todas sobre la mesa—y verrás como salen á carrta por día... desde el 9 de Diciembre hasta el 15 de Marzo, que somos hoy, van noventa y siete días, porrque Febrero trae veintiocho... Pues nada, ahí tienes noventa y nueve ¡Mentecatos!... Aquí está el de hoy...

Y sacó del bolsillo otra carta de Chiclana, provincia de Cádiz, en la cual se leía también la palabra sibilítica, el misterioso conjuro: ¡Mentecato!...

La situación de Jacobo no era para reir mucho, y apagóse bien pronto el arranque de hilaridad que le había producido aquella burla pacientísima que no podía ser de otro que de Diógenes. Arrepintióse al mismo tiempo, al ver los medrosos aspavientos del tío Frasquito, de haberle confiado en parte su secreto, y resolvió asegurar su silencio, haciéndole creer que le alcanzaba á él también la inminencia del peligro. Detenidamente examinó las cartas, conteniendo, á pesar de los pesares, nuevos accesos de risa, y dijo al cabo con aire de convicción profunda:

—¡Evidente que esto viene de los masones!... Á mí me sentencian por lo que hice, y á ti te avisan que eres un mentecato por haberme encubierto...

—¡Perro si eso no es verdad!—gritó el tío Frasquito muy apurado.—Si yo no te he encubierto, si tomé los sellos porrque tú me los diste...

—Lo cual quiere decir—prosiguió Jacobo sin hacerle caso—que si á mí me *apiolan* al volver de una esquina, á ti te dan una paliza en cuanto te cojan á mano.

Pegósele al tío Frasquito la lengua al paladar, y exclamó medio llorando:

—¡Darré parrte al Gobernnadorr de Madrid!... ¡Le hablarré á Paco Serrrano!...

—Lo cual sería meterte tú mismo en la boca del lobo, porque lobos de la misma camada son uno y otro... Mira, tío Frasquito, aquí no hay más que una salida... En primer lugar, echarse un nudo en la lengua, y que ni tu sombra trasluzca lo que pasa...

—Lo que es eso corre de mi cuenta.

—¡Bueno!... En segundo lugar, tener dispuesta la bolsa; porque, amigo mío, con *mosca* á la mano se va lejos, y entre masones y no masones, por dinero baila el perro.

El tío Frasquito hizo el gesto de resignación del paciente á quien sentencian á sacarse una muela, y Jacobo continuó:

—En tercer lugar irse con pie de plomo, siguiendo la pista... Así es que vamos á cuentas... ¿Quién sospechas tú que haya podido robar esos sellos?...

El tío Frasquito comenzó á hacer sobrehumanos esfuerzos para coordinar sus recuerdos... Seguro, segurísimo estaba de que quince días antes estaban allí los tres sellos; habíale enseñado despacio todo el álbum á otro *amateur,* el Barón de Buenos Aires, y no notó hueco alguno... Á los pocos días vino un individuo desconocido recomendado por su camisero, que quería venderle con mucho empeño tres ejemplares curiosos: entonces hojeó otra vez el álbum... Después no le había tocado.

—¿Quién era ese individuo?...

—Pues no sé... Un pobre diablo con carra de hambre, cualquierr cosa...

—¡Ahí está el hilo del ovillo!—exclamó con grande interés Jacobo.—¿Le dejaste solo? ¿Tocó el álbum?...

—No... no... ¡Ay, sí, sí, Jacobito!... Ahorra me acuerdo que sí, que vino Vicentito Astorrga y le rrecibí en el salón porrque no vierra semejante estaferrmo, y estuvo solo más de diez minutos... lo menos, lo menos...

—¡Aquí tenemos ya la púa del trompo!... Vamos ahora mismo á casa del camisero.

Á la puerta esperaba enganchada la berlina del tío Frasquito, y en ella subieron ambos, dirigiéndose á casa del camisero, honrado comerciante de la calle de Carretas... Tampoco conocía éste al incógnito: sabía tan sólo que era un comisionista italiano, amigo de otro francés que tenía negocios con la casa en el ramo de perfumería... Al oir la nacionalidad del desconocido, llegó á su colmo la inquietud de Jacobo, porque parecióle ya evidente que se entendían en aquel asunto las logias de Italia y de España. Indicó, pues, al tío Frasquito, que no era necesario averiguar más, y regresaron preocupados y silenciosos á casa de éste. Despertóse por el camino la fogosa actividad de Jacobo á la vista del peligro, y en aquel breve trayecto trazó un plan atrevido, único á su juicio que podía remediar los yerros pasados y detener las consecuencias de su imprudente apatía. Aquella misma noche, sin despedirse de nadie, sin dar á persona alguna razón de su marcha, ni dejar sospechar siquiera el fin de su viaje, saldría para Italia, avistaríase en Caprera con Garibaldi, que le había iniciado en otro tiempo en las logias de Milán, y ante él trataría de justificar el secuestro de aquellos documentos, inventando un embuste, una historia, un enredo cualquiera, que viniese á sacarle de

una vez de aquella situación falsa y angustiosa. Dinero tenía de sobra con los cinco mil duros ganados la noche antes, y la mina del tío Frasquito podía también muy fácilmente explotarse. Manifestó, pues, al atribulado viejo al llegar á casa de éste parte de su plan, y concluyó diciendo que puesto que el riesgo era de ambos, justo era también que ambos pagasen los gastos, y que era necesario le aprontase en aquel momento dos mil duros en billetes de Banco; el viaje duraría dos semanas, y á su vuelta ajustarían cuentas, partiendo como hermanos los gastos que la empresa ocasionara.

Alborotóse el tío Frasquito juzgando que le salían los tres sellos harto caros, y vencido al fin por las razones, vaticinios y amenazas de Jacobo, aprontó el dinero que le estafaban, y despidió al compadre haciendo pucheros. Acrecentáronse sus temores al verse solo, sintióse malo, y se metió en la cama, dando orden rigorosa de no recibir á nadie. Á la mañana siguiente trajéronle el correo; venía una carta de Segura, pueblecillo célebre por sus quesos, escondido en el rincón más áspero de las montañas de Guipúzcoa; en ella decía: ¡Mentecato!

Subióle dos grados la fiebre, y mandó llamar al cura de la parroquia: se quería confesar.

FIN DEL LIBRO TERCERO



LIBRO CUARTO

LIBRO CUARTO



I

El miguelete que cobra el portazgo en lo alto de la cuesta de los Meagas, aseguró formalmente á José Ignacio Bernaechea, que jamás había cruzado de San Sebastián á Zumárraga un coche más elegante, ni unos caballos más hermosos, ni unas gentes más locas. Aún se oía á lo lejos, allá por la cuesta abajo, el estridente sonido de su corneta, que resonaba entre aquellas altas montañas de una manera extraña, profana, como pudiera resonar una risotada en un templo, una chanza en una oración, el himno de una bacante entre las solemnes y pausadas notas de un canto gregoriano. Porque aquella naturaleza seria y salvaje, aquellos valles profundos cortados por riachuelos, salpicados de caseríos sumergidos en un mar de verdura, á que las distintas luces y los distintos matices parecen prestar flujos y reflujos, fecundados por el trabajo, santificados por iglesias, siempre verdes, siempre bellos, siempre pavorosamente melancólicos, como lo es en la imaginación del campesino vasco la idea misteriosa de las Maitagarris, tienen algo de la silenciosa majestad de un templo, de la serena tristeza de los paisajes de otoño que parecen llorar y

sonreir al mismo tiempo, de la suave melancolía que inunda el alma al caer de la tarde, cuando la campana de la iglesia hace resonar el toque del *Angelus,* y se despide el día murmurando al oído del hombre aquella palabra mil veces repetida sin pensar jamás en su alcance infinito. ¡Adiós!...

La bajada era peligrosa por lo inclinado de la pendiente y lo rápido de las vueltas, y los seis caballos del tiro hincaban con fuerza los cascos delanteros, inclinaban hasta los pechos las airosas cabezas, henchían con ahinco los poderosos ijares, y aparecía el sudor bajo los brillantes arneses, en forma de espuma blanca. Rechinaba sin cesar el torno bajando ó subiendo la plancha, y en la banqueta más alta del elegante *mail-coach,* chillaba Leopoldina Pastor como una desesperada, gritando que aquellos indecentes caballos iban á despeñarla por la montaña abajo... Sentado á su lado el tío Frasquito, con un finísimo pañuelo prendido en su sombrero de paja, para preservar de los ardores del sol la blancura de su cútis, miraba con gesto de susto lo profundo del precipicio, y agarrábase á cada vaivén del coche á los hierros del asiento, gritando angustiado:

—¡Currra, porr Dios, cuidado!... ¡Cuidado, Currra!...

En la primera de las banquetas de detrás, María Valdivieso, Paco Vélez y Gorito Sardona reían á carcajadas, disputándose el honor de soplar con alientos de buzo en la sonora corneta, avisando á los pacíficos aldeanos y á los mesurados bueyes, á las modestas *cestas* de camino y á las chillonas carretas cargadas de helechos, que se quitasen de en medio, que se echasen á un lado y se tirasen todos de cabeza por cualquier barranco, porque el *mail-coach* con seis caballos de la Excma. Sra. Condesa de Albornoz, necesitaba libre toda la carretera de Guipúzcoa. En la última banqueta de detrás, tendido cual una masa inerte, iba un hombre cubierto con un *waterproof* de señora, que los ra-

yos del sol recalentaban: bamboleábase con grave riesgo de caer á los movimientos del coche, y roncaba con esa especie de ruido asmático, propio de los borrachos viejos cuando duermen la mona.

En los asientos del centro, entre varias fiambreras, cajas y piezas de una pequeña tienda de campaña desarmada, iban Kate, la doncella inglesa de la Condesa de Albornoz, Fritz, su lacayo prusiano, y Tom Sickles, su famoso cochero, que sin perder su flema inglesa, miraba de cuando en cuando con inquietud las evoluciones no del todo diestras que imprimía al fogoso tiro la débil manecita de su ilustre dueña. Porque la Condesa de Albornoz en persona, era quien venía guiando los briosos brutos desde Biarritz, de donde había salido el convoy la víspera, prefiriendo aquella molesta caminata por la carretera, al cómodo trayecto del camino de hierro, por uno de esos caprichos, de esas excentricidades que forman las leyes de la moda y constituyen las reglas del buen tono, basadas las más de las veces en aquella razón tan filosófica y profunda:

Cuando pitos, flautas;
Cuando flautas, pitos.

Sentado á su lado en el pescante iba el Marqués de Sabadell, afable y cariñoso, defendiendo de los rayos del sol el rostro de la dama, con una gran sombrilla de grueso tafetán encarnado, y atento siempre á remediar con su vigoroso puño, cualquier descuido que, en su árdua tarea de guiar el coche, pudiera tener el aristocrático cochero. Pronto se le ofreció ocasión oportuna: á una vuelta del carruaje enredóse la sombrilla en las ramas de un roble, y despedida aquélla con violencia vino á caer sobre uno de los caballos: espantóse el animal reculando bruscamente, retrocedió el coche á su empuje, osciló un momento y quedó inmóvil,

inclinado, hundiéndose, hundiéndose suavemente... Un grito de espanto escapóse de los labios de todos, y una vieja que cruzaba guiando un borriquillo, gritó extendiendo los enjutos brazos con esa energía de la fe en los momentos de angustia:

—¡*Aita San Ignacio... salvaizazu!* (1).

El peligro era inminente; hallábase una de las ruedas traseras fuera del camino, sostenida sobre el precipicio tan sólo por el tronco de un roble inclinado, cuyas raíces se sentían crujir y ceder á cada momento, arrancando grandes pelotones de tierra... Un instante perdido, un solo movimiento de cualquiera de los espantados brutos, y coche, caballos y viajeros rodarían por el alto repecho de la cuesta, haciéndose trizas. Jacobo no se aturdió, ni Tom Sickles tampoco: empuñó el primero las riendas sin hacer ningún movimiento, y saltó el segundo fuera del coche, abalanzándose á la rueda opuesta á la hundida, y tirando hacia el centro del camino con todas sus fuerzas: la vieja casera acudió en su ayuda, tirando con sus descarnados brazos, que parecían tener el arranque de dos poderosos cables. Saltó Fritz detrás de Tom, y fué á sujetar por el diestro al caballo espantado, que era el de la izquierda del primer tronco. El terror había enmudecido á todos, dejándolos inmóviles, sin osar rebullirse por miedo de apresurar la catástrofe: el hombre del *waterproof* seguía roncando.

Á un grito de Tom Sickles fustigó Jacobo los caballos bárbaramente, azuzólos Fritz dando voces, y el coche arrancó al fin crujiendo, bamboleándose un momento hacia el precipicio, dando al entrar en la carretera un vaivén violentísimo, que despidió al hombre dormido desde lo alto de su banqueta en mitad del camino, donde cayó inerte y pesado

(1) ¡Padre San Ignacio... sálvalos!

cual una piedra de diez arrobas, mientras el coche desaparecía entre una gran polvareda por el declive de la cuesta, y seguía corriendo hasta llegar frente de Oiquina, donde pudo al fin Jacobo detener el tiro á la sombra de unas higueras, cubierto de polvo, sudoroso, jadeante... Ya era tiempo: el roble, descuajado por completo, cayó á lo largo del violento repecho del camino, quedando suspendido sobre el precipicio por algunas raíces. Tom Sickles, sin cuidarse del hombre tendido en tierra, miraba correr el coche apretando los puños y dirigiendo en inglés tremendas imprecaciones, no á los caballos, sino á su ilustre señora y dueña.

Mientras tanto, Fritz y la casera acudían al caído, en el momento en que desembarazándose éste del *waterproof* que le envolvía, y sentándose en el suelo, dejaba ver la granujienta faz de Diógenes, azorada, reflejando todavía la colosal borrachera que se había tomado la víspera, mirando á todas partes con aire de extrañeza, sin acertar á explicarse cómo habiéndose dormido en lo alto de una banqueta del *mail-coach,* despertaba sentado en el suelo en mitad de un camino. Los dolores de sus huesos vinieron á revelárselo, y agarrándose á Fritz, trató de levantarse, murmurando:

—¡Polaina!... Si parece que me han dado una paliza...

Comenzó á andar sin embargo, sin sentir grave molestia, con el sombrero en la mano, cubierto de polvo, arrastrando por detrás el *waterproof,* que llevaba terciado al hombro izquierdo. Los del coche habían recobrado el habla al verse fuera de peligro, y chillaban todos al mismo tiempo, comentando el suceso, sin acordarse ninguno de dar gracias á Dios que les había arrancado de las garras de la muerte, con un verdadero prodigio: tan sólo Kate, la doncella inglesa, encogida en su rincón, blanca cual un papel todavía, con las manos cruzadas, cerrados los ojos, inclinada la cabeza, parecía rezar entre dientes... Echaron entonces de menos á

Diógenes, y viéronle venir á lo lejos seguido de Tom Sickles y el prusiano, que traía la sombrilla encarnada, causa del percance. El buen humor acabó de disiparles el susto, y recibieron todos al caído con grandes carcajadas, excepto Leopoldina Pastor, que dominando las risas con su poderosa voz de contralto, gritaba furiosa:

—¡Pues mira el indecente cómo trae mi *waterproof* arrastrando!... ¡Diógenes, hijito!... ¡recoge ese impermeable!... ¿No ves que me lo estás poniendo hecho un asco?...

Oyóla muy bien Diógenes, y liándose al cuerpo el *waterproof*, con el garbo del torero que se ciñe la capa para hacer con la cuadrilla el saludo al presidente, quiso hacer una pirueta: un ligero vahído se la cortó sin embargo. Al pasar junto al balneario de Cestona, acometióle otro ligero desvanecimiento, y Leopoldina Pastor, que unía siempre algún rasgo de locura á los impulsos de su corazón, realmente bueno y compasivo, empeñóse en hacerle beber un par de vasitos de aquellas famosas aguas medicinales. Contestóle Diógenes una de sus indecentes paparruchas, que rieron todos en coro, y detúvose, en efecto, en el balneario para beber una enorme copa de ginebra que tomó, según su costumbre, echando antes en el fondo un par de terrones de azúcar. Volvióle el alcohol la salud y la alegría, y desde Cestona hasta Azpeitia, charló sin cesar, comentando con grandes risas de todos su tremendo batacazo.

—¡Polaina, señá Frasquita!... Si lo llegas á dar tú: ¿eh, comadre?... Te desbaratas en treinta y dos partes, lo mismo, lo mismo que un rompecabezas...

¡Saltar así á los sesenta y cinco años!... ¡Polaina!... Pero se acordaba él de otro salto aún más mortal todavía; el que dió cierto *barbián* amigo suyo, desde el almuerzo de un lunes á la comida de un jueves, sin tropezar siquiera en un garbanzo.

Al trote largo atravesaron las calles de Azpeitia sin hacer caso de los bandos del alcalde y las multas impuestas, y con riesgo de atropellar á cada paso á los pobres alpargateros que trabajaban en los umbrales de las tiendas, y á los chiquillos que por todas partes pululaban, entraron al fin en el trozo de carretera que lleva en línea recta al prado de Loyola... En el fondo, sombreado por la alta cumbre del Izarraiz, destacábase la majestuosa mole del Real Colegio y Santuario trazados por Fontana, rico joyel construído por una reina, para engarzar la casa de un santo. En mitad del prado levantábase sobre un pedestal, resguardado por una verja, la estatua de San Ignacio de Loyola, hijo y patrono de Guipúzcoa, alzando la mano como para bendecir aquella comarca en que se meció su cuna, y en que parece proyectarse aún la sombra benéfica de su figura gigantesca.

Formando ángulo recto con el Real Colegio de Loyola, hay otro edificio construído en la misma época, que llaman *la Hospedería:* allí suelen albergarse los viajeros que acuden á visitar el Santuario, y allí pensaba Currita partir la jornada, deteniéndose á comer, descansando un par de horas y prosiguiendo su camino hasta Zumárraga, para alcanzar el tren expreso para Madrid, que pasaba á las cinco y media.

El día estaba magnífico, aunque algún tanto caluroso, como suelen serlo en Guipúzcoa los últimos de Setiembre, y bajo el espacioso cobertizo que forman los ocho arcos que dan entrada á la Hospedería, mandó la Condesa de Albornoz disponer la mesa: extendíase al frente el prado, verde, risueño, lleno de luz y de alegría, con una fuentecilla alegre y bullidora, que por cuatro caños murmuraba: á la izquierda, alzábase la majestuosa mole del Colegio, adelantando el soberbio pórtico de su iglesia como adelantaría un soldado de Cristo el fuerte brazo mostrando un crucifijo, elevando la grandiosa cúpula como elevaría al cielo la

frente, buscando allí la fortaleza, el impulso, la luz. Á la derecha, abríase el valle de Azpeitia, cruzado por el Urola, alegre también y risueño, ligando al pueblo con el Santuario como con un lazo de flores, pareciendo su alegría sobre el tinte melancólico de todo el paisaje, un ramo de rosas sobre la tumba de un justo, una dulce sonrisa sobre el austero rostro de un trapense: el alto Izarraiz, verde en la falda como la vida en su primavera, áspero y ceniciento en la cumbre como la vejez ya desengañada, cerraba bruscamente el fondo, y en medio de todo aquello, elevada sobre la tierra, inalterable entre lo alegre y lo triste, indiferente entre lo pobre y lo rico, elevábase la estátua de San Ignacio, la imagen de la santidad, serena siempre, igual, tranquila, orando y bendiciendo...

Sonó una campana en el interior del Colegio, y á poco contemplaron los viajeros un espectáculo común en aquel lugar, pero nuevo y extraño para ellos. Por la escalinata que da entrada á la portería, salían los novicios á paseo, de tres en tres, con el rosario al ceñidor, el continente modesto, los ojos bajos: tomaban todos hacia la carretera, serenos y alegres, descubríanse al pasar ante la estátua de su Fundador, con el cariñoso respeto con que se saluda á un padre, y repartíanse luego en distintas direcciones, por diversos caminos y senderos. Dos ó tres ternas de novicios pequeñitos, encantaron á Leopoldina: con la servilleta en la mano levantóse de la mesa y salió fuera de los arcos para verlos mejor, diciendo entusiasmada:

—¡Mira, mira... qué indecentillos más monos!... ¡Si parecen curitas de barro! ¡Qué chiquitos! ¡Qué preciosos!...

—Pues cómprales dulces—replicó Jacobo despechado.

—¡Ya lo creo que se los compraría si quisieran tomarlos!... ¡Si dan ganas de coger un par de ellos y ponerlos en una rinconera, como si fuesen juguetes!...

—No están malos juguetitos los tales nenes—dijo Jacobo con ira reconcentrada.—La primera pifia que ha dado la Restauración, ha sido abrir la puerta á esta canalla... ¡Dejar que se forme ahí una almáciga de intrigantes, una *pépinière* de hipócritas revolucionarios!...

Entablóse entonces una discusión acalorada sobre los jesuítas, en que salieron á relucir autorizados textos de Eugenio Sué, en su novela el *Judío errante,* quedando al cabo decidido que terminada la comida y mientras los caballos descansaban, irían todos á visitar la tenebrosa madriguera... Diógenes, que hasta entonces nada había dicho, aseguró terminantemente que él no iba, porque no acostumbraba á poner los pies donde tenían derecho á ponerle en la calle, y si aquellos señores obraban en razón, era eso lo que debían hacer con las parejas de mocitos y mocitas que amenazaban invadirles la casa. Echáronsele todos encima con grande furia, y él comenzó á soltar á diestro y siniestro enormes desvergüenzas, mientras Currita, con altivez de reina ofendida, llamaba á Fritz, el lacayo, y dábale orden de ir al punto á Loyola para anunciar al Superior que la señora Condesa de Albornoz iría de dos y media á tres á visitar la casa y el Santuario.

Hablaba Diógenes pálido y agitado, con el tono iracundo que solía usar cuando hablaba de veras, y levantándose de repente de la mesa, entróse por un cobertizo que iba á parar en las cuadras: viéronle á poco salir lívido más bien que pálido, y dejarse caer como sin fuerzas en un banco de hierro que bajo de los arcos estaba: con grandes ansias y sudores había arrojado en un rincón de la cuadra lo poco que había comido. Acercáronsele entonces Gorito y Leopoldina, temerosos de que el batacazo de por la mañana comenzara á tener consecuencias, y ésta, con verdadero interés, le dijo:

—Mira, Diógenes: tú estás malo, y es necesario que te vea el médico.

—¿El médico?—balbuceó Diógenes con los ojos extraviados.—En mi vida llamé á ninguno... La alopatía es un cañón Armstrong, y la homeopatía la carabina de Ambrosio: con que vete á freir monas con tus médicos y medicinas, que yo me curo solo...

—Pues llamaremos entonces al albéitar—repuso Gorito.

—Eso es otra cosa: éstos tienen más ciencia, porque curan al paciente sin sacarle palabra alguna... Pero tampoco es necesario, porque yo me curo á mí mismo.

Y pidiendo una botella de ginebra, comenzó á beber copa tras copa, echando en vez de dos, tres y hasta cuatro terrones de azúcar. Mientras tanto, María Valdivieso hacía una escena sentimental á Paco Vélez, porque lejos de ocuparse de ella durante el riesgo de la mañana, había pensado tan sólo en salvarse á sí mismo; Jacobo y el tío Frasquito habíanse entrado en la Hospedería sin decir adonde iban, y Currita, llevada de sus gustos idílicos, entreteníase en echar migas de pan á un altanero gallo que merodeaba por el prado, seguido de algunas sumisas gallinas. Acercósele entonces un hombre de aspecto modesto que traía una carta en la mano, y preguntóle sin ceremonia si la señora Condesa de Albornoz era ella misma: la altiva dama dignóse tan sólo responder con una ligera inclinación de cabeza, y el hombre le entregó entonces la carta, entrándose al punto en Loyola, de donde había salido, por la escalinata de la portería. Currita leyó extrañada estas solas líneas:

«Si la señora Condesa de Albornoz viene á Loyola á confesar sus pecados y pedir á Dios perdón de sus extravíos, no tiene que fijar hora ni tiempo, porque todos son igualmente oportunos... Pero si viene tan sólo á hacer á esta santa Casa testigo del escándalo de su vida, se le suplica

encarecidamente evite el disgusto de tener que cerrarle la puerta, á su afectísimo en Cristo y humilde servidor, PEDRO FERNÁNDEZ, S. J.»

Quedóse Currita atónita con la carta en la mano, mirando atentamente al gallo, que con una pata en alto, torcida la cabeza y fijo en ella el ojo inflamado, parecía ofrecerle caballerosamente, en caso de guerra, el auxilio de sus espolones. La dama volvió á leer la carta, y comprendió entonces una sola cosa; pero una cosa para ella inverosímil, que vino á despertar en su ánimo el movimiento de ira, de sorpresa, de rabia desesperada, que causa al potro bravío el primer espolazo que desgarra sus ijares, el primer serretazo que le hace detener su voluntariosa carrera, anunciándole que hay alguien que puede, y quiere, y debe sujetarle y humillarle... ¡Comprendió que por primera vez en su vida le cerraban una puerta, y que era el que se la cerraba un hombre desconocido, un pobre fraile, un Pedro Fernández!!... ¡La fuentecilla que corría allí al lado murmurando, llegó á los oídos de Currita como el eco de la sarcástica carcajada que había de soltar el mundo al verla vencida por Pedro Fernández!...

Resonó en aquel momento á su espalda la voz de Jacobo, y apresuróse á esconder prontamente en el bolsillo de su falda la malhadada carta. Jacobo reunía á su grey, porque iban ya á dar las dos y media, y á poco que se detuvieran en la visita á Loyola, podrían llegar á Zumárraga demasiado tarde. Currita salió á su encuentro, andando lentamente, diciendo con mucha displicencia:

—¿Sabes que me encuentro mala... y sería lo mejor dejarlo?...

Creyéronla todos, porque aparecía su rostro pálido y alterado, y decidióse entonces salir al punto para Zumárraga y descansar allí en la fonda una hora larga, antes de que el tren llegase. La ginebra había repuesto á Diógenes por

completo, y púsose á ayudar á Tom Sickles y al prusiano á enganchar el tiro, cantando con la aguardientosa voz de cualquier mozo de cuadra, una tonada antigua que llamaban *El Mayoral:*

Vamos, caballeros,
Vamos á marchá.
¡Al coche, al coche!
¡Basta de pará!

—

Vamos ligerito,
Vamos á partí.
Empués los calores
Nos van á freí...

Jacobo y Currita ocuparon el pescante, tomando aquél ésta vez las riendas, y colocáronse los demás en el mismo orden en que habían venido. Al pasar ante la estatua de San Ignacio, quitóse Diógenes el sombrero, como había visto hacer antes á los novicios, y repitió en voz muy alta, con el acento de un cariñoso saludo, aquella hermosa frase que inspiran á los caseros de Guipúzcoa su piedad, su sencillez y su amor al Santo, gloria de sus montañas.

—*¡Aita San Ignacio... agur!* (1).

Luego, sin hacer caso de los furiosos aspavientos de Currita, que le amenazaba con plantarle en medio del camino si no guardaba silencio, comenzó á cantar de nuevo las estrofas de *El Mayoral:*

¡Cuidiao ese bache!...
¡Bájate, zagal!...
Si voy, Salerosa,
Te voy á matá...

Volaba el *mail-coach* por la carretera, dejando atrás los baños de San Juan, el caserío de Juin-Torrea emboscado

(1) ¡Padre San Ignacio... adiós!

en sus jardines, el convento de Santa Cruz encaramado en su monte, el palacio ruinoso de la Florida, en que Juan Jacobo Rousseau en persona presidió más de un conciliábulo de enciclopedistas. Atravesaron al paso, más sosegados que por la mañana, las calles de Azcoitia, y entraron de nuevo en la carretera, flanqueada siempre por el río, hundiéndose á poco en la cañada estrechísima y bravía que forman dos altas montañas, cubiertas de bosques sombríos que trepan cual escuadrones de árboles que quisieran escalarlas, para desgarrar en su cumbre el seno de las nubes, azuladas á veces, vaporosas como la flotante túnica de una poética maitagarri; cenicientas otras, flotantes también, pero tétricas, como el sudario que cubre las rígidas formas de un muerto. Era aquella naturaleza agreste y sombría, y hacíanla pavorosa los muchos saltos de agua que se despeñaban de los riscos, el continuo lamentar de la corriente del río detenida por las peñas, y la falta del sol que ocultaban ya en aquella hora las dos altas montañas.

Currita, sentada en el pescante, sombría como la naturaleza y no como ella en calma, daba vueltas en su memoria á la carta de Loyola. Sentía una especie de irritación sorda que no acertaba á comprender quién se la inspiraba, porque por un extraño fenómeno que no sabía ella misma explicar, aquel Pedro Fernández, autor de la carta, causante de la ofensa, tan sólo acudía á su mente en un lugar secundario, presentándosele más bien como representante, como instrumento de un sér más poderoso que parecía imponerse á la orgullosa dama, obligándola á confundirse, y á humillarse, y á callar...

Un poco más lejos, al volver una punta, vió parados en la vertiente misma de la montaña á tres de los novicios pequeñitos que habían entusiasmado á Leopoldina. No estaban solos: había con ellos una vieja decrépita, cubierta

la cabeza con la blanca toca de las caseras vascongadas, esforzándose por cargar en sus hombros, ayudada de los novicios, un pesado haz de leña que había puesto en el suelo para tomar alientos un instante y descansar. Inútil fué su empeño: á los diez ó doce pasos rindióla la fatiga, y el haz de leña, superior á sus fuerzas, cayó de nuevo en tierra: la mujer se echó á llorar. Los novicios hablaron entre sí un momento, y uno de ellos, el más fuerte, cargóse entonces el haz á la espalda y comenzó á trepar por la áspera pendiente, hacia un caserío ruinoso que se divisaba en la cumbre, pequeño y escondido cual un nido de pájaros.

Leopoldina comenzó á alborotar, conmovida á su manera, gritando que aquellos indecentillos eran unos ángeles del cielo, unos santos chiquititos á quienes era necesario venerar, y que en cuanto llegara á la corte había de enviarles á cada uno un par de medias negras, hechas por sus propias manos, con el estambre más fino que pudiera hallarse... Riéronse todos: Currita callaba sin embargo, sintiendo un extraño enternecimiento que la humillaba, y que se apresuraba por lo mismo á combatir, oponiendo á su benéfico influjo el parapeto del orgullo, del inquebrantable orgullo, que viene á ser en el alma como la fortaleza del mal... Aquellos tres novicios, aquellos tres Pedros Fernández en embrión, humillándose por *caridad* á una mendiga, hiciéronle comprender que aquel otro Pedro Fernández habría podido imponérsele por *deber* á ella, orgullosa Grande de España, y una luz súbita, semejante á la de un relámpago que ilumina á la vez que aterra, hízole ver claramente lo que antes sospechaba: que aquella carta, que aquella ofensa, no venía de un desconocido, de un pobre fraile, de un Pedro Fernández; porque aquella puerta primera que se le cerraba en la vida, no era la puerta de Loyola, era la puerta de Dios!...

Sintió frío y pidió á Kate un ligero abrigo, en que se

envolvió pensativa siempre y silenciosa... Seguía aquella luz alumbrando en su alma, y á su reflejo parecióle contemplarse á sí misma por fuera de sí misma, como debía de contemplarla el mundo entero, como debía de contemplarla el desconocido Pedro Fernández, sentada en aquel pescante al lado de Jacobo... Instintivamente miró á éste, y por primera vez en la vida, parecióle lo que no le había parecido nunca: le pareció un cómplice.

Rodaba ya el coche por las calles de Villarreal, atravesó el puente que separa á esta villa de Zumárraga, y se detuvo frente á la estación, entre varias diligencias y coches desenganchados, á la puerta de una conocida fonda, cuyo extenso comedor se abre á la plaza misma, en la planta baja. Apeáronse todos: las damas pidieron un cuarto para arreglarse un poco; los caballeros tiraron cada cual por un lado; Tom Sickles y el prusiano recogieron el *mail-coach* y los caballos en una cochera próxima, para conducirlos á Madrid en el correo del día siguiente: faltaba para la llegada del tren una hora larga.

El tío Frasquito, cepillado ya, limpio y resplandeciente, con sus finísimos guantes de piel de Suecia en una mano, y un ligero *cabas* de Leopoldina Pastor en la otra, entró en el comedor y pidió un refresco de grosella. No llegó á tomarlo: una muchacha de las del servicio apareció dando gritos, sin poder articular, haciendo gestos desesperados de que la siguiese... En un pasadizo, cerca de la cocina, frente á una puerta entreabierta, estaba Diógenes tendido boca arriba, con los brazos en cruz, doblada una pierna, revestido el semblante de una palidez cadavérica, sobre la que se destacaban sus rojas manchas granujientas; amoratadas entonces, casi negras: parecía muerto.

El tío Frasquito dió un chillido y echó á correr, llamando á voces á Jacobo y á Gorito: acudieron todos los de la

fonda, y llegó también Jacobo, mirando el reloj con gesto de grande enfado.

—¡Hasta para morirse es importuno!—dijo al verse frente á Diógenes.

Llevábanle ya dos robustos mocetones, hijos del dueño de la fonda, y pusiéronle en la cama de un cuarto del primer piso. Llegó el médico á toda prisa, llamado poco antes, y al saber la caída de por la mañana y después de reconocerle, hizo un siniestro pronóstico: aquello era un ataque cerebral, efecto de la caída, y si volvía en sí del primero, no tardaría en sucumbir al segundo.

Las damas, muy sobrecogidas, no se atrevían á salir del cuarto, y mucho menos á ver al enfermo. María Valdivieso, con profunda compasión, preguntó si se había puesto muy feo. Leopoldina, con pesar no fingido, gimoteaba ruidosamente. De pronto dijo:

—¿Si traerá el pobrecito dinero?...

Acercóse mientras tanto el fondista á Jacobo, y pidióle órdenes; mas éste, encogiéndose de hombros con estudiada indiferencia, díjole que ni él ni ninguno de sus compañeros tenían nada que ver con aquel hombre; que era un amigo, un mero conocido que en Biarritz se les había colocado en el coche sin que nadie le llamara, y que ni podía responder de él, ni mucho menos dar órdenes. La hora del tren se aproximaba, y decididos todos á partir, después de una ligera discusión en que triunfó el más cruel egoísmo, pusiéronse en marcha... Leopoldina muy desasosegada, suplicó entonces á Currita que dejase por lo menos al cuidado de aquel infeliz á Fritz, su lacayo prusiano. Currita le contestó:

—Si quiere quedarse esta noche, no tengo inconveniente... Será una mala noche que pase á su cuenta... Pero lo que es mañana, tendrá que marcharse en el correo: Tom no puede ir solo á Madrid con los seis caballos.

Fuése entonces Leopoldina al fondista y díjole con grande ahinco:

—Yo no sé si ese pobrecito traerá dinero... Si no lo trae, todo cuanto pueda necesitar, me lo pone V. en cuenta... Soy hermana del general Pastor, y mis señas son estas.

Y se las dió apuntadas con mucho primor en una tarjeta: acercóse también el tío Frasquito, y suplicóle encarecidamente que no bien muriese aquel infeliz, se lo avisase al punto por telégrafo: dióle entonces su nombre y señas, y el importe del telegrama: una peseta.

A las nueve de la noche pareció el enfermo experimentar gran fatiga, y asustado el dueño de la fonda, mandó llamar al cura párroco para que le administrase los Santos oleos. Pasó, sin embargo la crisis, y ya cerca de las doce, abrió Diógenes los ojos, y vió delante de sí al fondista, un hombre gordo, alto, completamente afeitado, sin corbata, calada la boina, y el chaquetón largo, tipo característico del guipuzcoano del pueblo acomodado... Tardó algún tiempo el enfermo en coordinar sus ideas, y dióse al fin cuenta de algo de lo que le estaba pasando: un pensamiento para él muy pavoroso, acudió el primero á su mente... Con voz quebrantada, agonizante, que dejaba sin embargo traslucir todas las agonías del terror, las inflexiones de la súplica, las ansias de la incertidumbre, dijo muy bajo:

—¿Me llevarán al hospital?...

Miróle el fondista extrañado, con ira casi, y contestó con toda la brusca hombría de bien, del genuino guipuzcoano:

—¡Quite V., caballero, allá!... ¿Usar eso en Guipúzcoa?... ¡Nunca!...

Diógenes dió un suspiro de descanso, y se echó á llorar.



II



DIÓGENES no se dió cuenta de haber recibido la Extremaunción, y tranquilo en parte con la respuesta del fondista, comenzaron á abrirse paso otros pensamientos, entre las espesas nieblas que envolvían su mente... Mas un sopor pesadísimo, un letargo profundo que tenía ya dejos de la muerte, avasallaba á veces todo su ser, y esparcía acá y allá aquellas ideas que se afanaba por coordinar, apareciendo éstas entonces como imperceptibles puntos luminosos flotando en una inmensa bruma, alejándose lentamente, apagándose poco á poco todos ellos hasta quedar uno solo, que ora se le presentaba desconsolador como la candela de la agonía, ora triste como el cirio que arde ante un muerto, ora terrible como un resplandor de las llamas del infierno: ¡era la idea de morir, acompañada y rodeada de la incertidumbre de lo eterno!...

Crecía á veces el letargo, y apagaba también aquella luz pavorosa, pero al fin y al cabo luz, y al verse á oscuras

Diógenes, al sentirse caer en aquel sueño que le parecía el último, en aquella sombra negra en que se perdía la mirada, y en aquel silencio siniestro en que se perdía la voz, clavaba las uñas en las sábanas y las hacía jirones, como si se agarrase desesperadamente al borde de la fosa en que le hubieran de enterrar... Y despertaba, despertaba no bien había pegado los ojos, como si algún importuno le empujara de improviso, con pesadillas horribles en que los más ligeros ruídos tomaban proporciones colosales, pareciéndole el rumor del tren el de una catarata de bronce fundido que se despeñase en sus orejas; el de los cascabeles de un coche, redobles de mil tambores golpeando en sus propios tímpanos; el chirrido peculiar de las carretas vascongadas, el *soñua* que avisa al casero vasco en las revueltas del camino, un ruído del infierno, que por diabólico prodigio se encarnase en una sierra candente, y le dividiera la masa de los sesos mitad por mitad... Así pasó la noche: un poco antes del alba desapareció el sopor, huyó el letargo con sus pesadillas, y un sueño tranquilo le adormeció entre sus brazos más de dos horas. Un ruído acompasado que hacía mal á su cabeza y resonaba como un eco amigo en su corazón, despertóle entónces: era la campana de la iglesia que tocaba á Misa.

Diógenes abrió los ojos y le pareció encontrarse mucho mejor: incorporóse un poco y creyó hallarse bien del todo: su cabeza estaba despejada, sus miembros débiles, pero ágiles; hasta le pareció sentir un poco de hambre, hasta le ocurrió pedir para desayunarse una gran copa de ginebra con su par de terrones de azúcar. Miró en torno suyo: chisporroteaba una lamparilla sobre la mesa, una mujer de edad madura roncaba desapaciblemente al pie de la cama, en un gran butacón, y por las rendijas de las dos ventanas, cerradas ambas, entraban discretos rayos de luz, cual si el

nuevo día se adelantase de puntillas y sonriendo, á dar la enhorabuena al enfermo. Sentóse éste en la cama alegremente sorprendido, y recobrando con la vida su humor chancero, tiróle á la mujer lo primero que halló á mano, una almohada, soltando un gran grito, un ¡polaina! formidable que la hizo saltar en el sillón despavorida, murmurando algunas palabras en vascuence.

Mandóle entonces abrir de par en par las dobles puertas de ambas ventanas, y la luz entró á torrentes y el aire fresco á raudales, juguetón como un niño, acariciando los blancos cabellos del enfermo, trayéndole como un nietecillo cariñoso sus presentes, el olor á búcaro de la tierra cubierta de rocío, el sano perfume de las montañas, el alegre trinar de los pájaros, el solemne acento de la campana de la iglesia, que parecía repetir en su oído como una amorosa voz de lo alto: ¡Ven! ¡Ven!... ¡Qué necios temores los suyos! ¡Qué espantos tan ridículos los de la noche!... ¡Morir! ¿Quién piensa en morir cuando nace el día, y sube el sol por el azul de un cielo tan bello, y se divisan á lo lejos las montañas verdes, floridas, doradas por resplandores tan alegres y risueños?...

Entró á poco el médico acompañado del fondista, y Diógenes los recibió chanceándose con el primero, dirigiendo al segundo cariñosos gruñidos, expresivas miradas de sus ojos inyectados en sangre, que no carecían de ternura, é iban á demostrar la gratitud que le inspiraba su caritativa conducta. Mas el médico, registrándole cuidadosamente, haciéndole un sin fin de preguntas á que Diógenes contestaba entre mohíno y risueño, levantóle los párpados que encubrían á medias dos pupilas dilatadas y sanguinolentas, faltas de convergencia, y meneó la cabeza siniestramente... El primer ataque había pasado, pero ya estaban allí los síntomas del segundo, y era imposible que aquella natura-

leza alcoholizada por completo, pudiera resistir á su tremendo empuje. Cruzó entonces con el fondista algunas palabras en vascuence, que escuchaba Diógenes mirando á uno y otro lleno de inquietud, y de repente, sin paliativos ni preámbulos, díjole con rudeza campesina, que la muerte se aproximaba sin remedio, y érale necesario aprovechar aquellos momentos lúcidos que el mal le concedía, para arreglar sus negocios con los hombres y saldar sus cuentas con Dios.

El golpe fué cruel, porque al oirle Diógenes sintió que le arrancaban de allá, muy hondo, algo que era la esperanza de la vida, la más arraigada de todas las esperanzas por ser la última, que no se arranca nunca sin llevarse detrás lágrimas de los ojos y sangre del corazón... Cególe un movimiento feroz de ira, porque nada hay más ilógico que el terror, y pareciéndole aquello un robo descarado que venían á hacerle, revolvióse furioso contra el médico como si fuese él quien pretendiera hacerle el hurto, y arrojóle á la cara cuantas injurias y obscenidades encontraron en la sentina de su alma la cólera y el horror... Asustados y sorprendidos el médico y el fondista, retiráronse al punto dejando á Diógenes solo, revolcándose furioso, comprendiendo por la postración y la angustia que le embargaron al punto tras su arrebato, que el médico no exageraba ni mentía, que la muerte se aproximaba en efecto, y que era forzoso condenarse ó capitular...

Créese con razón que nada hay tan horrible, como sondear la conciencia de un pecador endurecido en el trance de la muerte: supónense tras aquel rostro lívido y desencajado, luchas aterradoras que sostienen el imperio del mal y la moción del bien, fantasmas pavorosos que se levantan en la conciencia, combates encarnizados que traban en torno de aquella alma empedernida, el ángel del arrepenti-

miento y el demonio de la impenitencia. Horrible es esto; pero hay allí lucha, y donde hay lucha, hay siempre una esperanza, una probabilidad de vencer... Por eso sobrepuja á este horror aquel otro horror que suele encontrarse tras aquellas pupilas vidriosas, aterradoras en esos momentos cual la puerta siniestra ante la cual se sintió Dante desfallecer y vacilar: el marasmo, la quietud horrible de un alma que se hunde poco á poco en lo eterno, dándose cuenta de ello, pero sin que crucen por su mente más que ideas triviales, bagatelas con que procura distraerse y divertirse ocultándose á sí propia el abismo, hasta que la muerte descarga de súbito la guadaña, y despierta de improviso aherrojada ya en lo profundo del infierno. ¡Letargo letal, pendiente horrible que sin un prodigio de la divina gracia, va á parar derecha á la condenación eterna!...

Este fué el estado de Diógenes al quedarse solo, y rabioso y fatigado se dejó caer en las almohadas, volviéndose de cara para la pared. El pensamiento del infierno cruzó el primero su mente, mas se distrajo enseguida mirando el feísimo papel verduzco que tapizaba las paredes, cruzado de arriba abajo por guirnaldas de flores, entre las cuales se entrelazaban largas ristras de micos, que subían hasta el techo en actitudes grotescas, dándose todos las manos: pareciéronle diablillos aquellos feos animalejos, y púsose á contarlos uno á uno, haciendo para seguirlos esfuerzos increibles con la vista, y contando en todo lo que con ella abarcaba, más de quinientos veinte...

La mujer que había velado durante la noche estaba allí, sentada en un rincón haciendo calceta: llamáronla desde fuera un momento, y Diógenes pensó entonces que también á él le llamaban á dar cuenta, y encontró al punto la respuesta en uno de sus mil cuentos chocarreros, que le puso delante la memoria. Confesábase un gitano, ladrón

empedernido, y díjole el Cura: ¿Qué harías, infeliz, si el Juez Supremo te llamara ahora á juicio?—¿Pues qué había de jacer?... ¡No dir!...

—¡No ir!... ¡No ir!—repetía Diógenes; y púsose á combinar al punto un fantástico viaje de huída, en que se le figuraba subir al coche que acababa de parar en la puerta, cuyos sonoros cascabeles llegaban á su oído taladrándole la cabeza, y correr á escape á San Sebastián, y embarcarse allí para el fin del mundo, huyendo como Caín de aquel Juez que le perseguía, dando vueltas por la tierra, vueltas y más vueltas, que vinieron por fin á marearle, produciéndole bascas terribles, entre las que creyó ver asomar ya la guadaña de la muerte... ¡La muerte! Aquel maldito despertador que estaba sobre la mesa se la recordaba de continuo, pareciéndole que al compás de su siniestro tic-tac regulaba su paso, rapidísimo como nunca, y lleno de ira, mandó á la mujer que lo parase; mas entendió ésta que quería verlo para enterarse sin duda de la hora que apuntaba, y apresuróse á llevárselo... Diógenes, arrancándoselo de la mano con un arrebato feroz de rabia, estrellólo contra la pared de en frente, haciéndolo trizas.

Mientras tanto, enviábale el cielo un auxilio inesperado, en aquel mismo coche en que su desasosegada imaginación fantaseaba huir del Juez Supremo: en él volvía de Zaldivar, cuyas aguas medicinales tomaba todos los años, la Marquesa de Villasis, con su nieta Monina, el aya de ésta, una doncella, un mayordomo viejo que la acompañaba en todos sus viajes, y un criado antiguo que venía en el pescante: era su idea alcanzar el sur-expreso que pasa por Zumárraga á las dos y media, y estar en Madrid aquella noche misma. Trabó al punto conversación el fondista con D. Federico el mayordormo, y preocupado con la estancia de Diógenes en la fonda, contóle su percance y sus apuros. Sorprendido el

viejo apresuróse á dar á la Marquesa aquella nueva que tanto había de interesarla, y ésta, profundamente conmovida, quiso al punto ver al moribundo: reflexionando, sin embargo, un momento, y deseosa de ir sobre seguro, hizo llamar al fondista para conocer antes, en todos sus detalles, aquella triste aventura cuyo fúnebre desenlace estaba ya á la vista. Mas no bien supo que el médico no garantía la vida del enfermo más allá de la media noche, creyó saber bastante y dió al punto á D. Federico la orden de suspender el viaje, y pedir cuartos para todos, allí mismo, en la fonda. Entróse enseguida en el despacho mismo del fondista, y escribió rápidamente al Superior de Loyola, pidiéndole que enviase un Padre á toda prisa para auxiliar á un muribundo, cuyo nombre y condición le manifestaba en la carta: un propio á caballo partió al galope á llevar ésta, y una hora después estaba ya entregada.

La Marquesa pensó entonces en ver al enfermo; mas antes, temerosa de que su presencia repentina pudiera causarle alguna emoción violenta, pidió al fondista que fuese á anunciarle poco á poco su llegada. Subieron ambos hasta la misma puerta que se abría á un corredor, y el fondista asomó tímidamente la cabeza. Diógenes, muy postrado, con la repugnante cabezota hundida en las almohadas, tendidos ambos brazos sobre la colcha, y arrollando entre las manos las sábanas sin notarlo, comenzaba á sentir de nuevo aquel horrible sopor, aquel letargo siniestro que le había atormentado la noche antes... Adelantóse el fondista unos pasos, dejando la puerta entreabierta, y díjole en voz alta:

—Señor... señor... Aquí tiene visita...

Torció Diógenes un poco la cabeza, y balbuceó con ira:

—¿Visita?... ¿Quién?... ¿El enterrador?... ¡Polaina!... ¡Que aguarde!...

—Es una señora...

—¿Una señora?... ¡Polaina!...

Y soltó una atrocidad, una indecencia que aturdió por completo al fondista é hizo enrojecer á la Marquesa detrás de la puerta, con ese santo rubor que realza tantas veces á los fuertes y castos ángeles de la caridad que sirven en los hospitales, sin asustarles por eso, ni hacerles huir de la cabecera de ciertos enfermos. El fondista, muy turbado, quiso terminar de un golpe, diciendo:

—Es la señora Marquesa de Villasis.

Diógenes dió una gran voz, un grito doloroso como si acabara de pronunciar una blasfemia; quiso arrojarse de la cama, incorporarse siquiera, y le faltaron las fuerzas, cayendo pesadamente, levantando los brazos, agitando las manos, lanzando bramidos ininteligibles, extraños balbuceos que parecían retratar la emoción de una fiera agonizando en su caverna. La Marquesa se adelantó entonces, y sin asco ni temor, apretó entre las dos suyas aquellas manos sudorosas.

—¡María!... ¡María!...—exclamaba Diógenes.

—¿Qué es eso, Perico?... ¿Qué es eso, hombre?—decía ella dulcemente, inclinando su rostro lleno de lágrimas sobre el desencajado del viejo.

—¡Me muero, María!... ¡Me muero!... Te saliste con la tuya... No es en el hospital, pero es de caridad... En la fonda.

—¿Y qué importa?... Más cerca del cielo está la cama de un hospital que la de un palacio.

Diógenes calló sollozando, y la Marquesa fué á dar otro paso adelante; mas el moribundo, sin dejar de sollozar, preguntó entonces:

—¿Y Monina?...

—Abajo está... ¿Quiéres verla?...

—¡Sí!... sí quiero... ¡Angelito!... Le daré un beso... ¿ver-

dad?... ¿Me dejas?... ¡Será el último, María!... ¡Le besar
zapatito... nada más que el zapatito!... Anda, por Dios t
pido, déjame... Si no le dará asco...

La Marquesa, conmovida hasta lo sumo, pareció te entonces una inspiración repentina: desprendió sus ma de las de Diógenes que se las sujetaba fuertemente, y d

—Espera un poco... Voy á traértela...

Fuera ya de la estancia enjugóse precipitadamente lágrimas para no asustar á Monina, y sentando á ésta sus rodillas, púsose á explicarle muy bajo y con gran ve mencia, algo que debía de ser importante... Escuchábal niña con los ojos muy abiertos, con ese aire de atención p funda que revela á veces en los niños un instinto supe á sus años, para adivinar lo peligroso ó lo terrible: cua cesó de hablar su abuela, dijo que sí con la cabeza... Be ésta en la frente con amor inmenso, y volvió á repet con gran cuidado lo que antes le había dicho, recalca mucho algunas frases: Monina, sin decir palabra, volv decir que sí con la cabeza. Tomóla entonces la dam la mano y entró con ella en el cuarto de Diógenes; pú sobre la cama sin decir palabra, y salió de la estanci rrando la puerta.

¿Qué sucedió entonces?... ¿Comprendió realmente a ángel de seis años el encargo de su abuela? ¿Habló p inocente boca el ángel de la guarda de Diógenes?... cierto que la niña, sin asustarse de aquella horrible c desgreñada, en que se pintaba ya la agonía de la m sin mostrar repugnancia al asqueroso vaho que exh el sudor del enfermo, hundió sus rosadas manitas blancas patillas del viejo, y tirando de ellas á medid hablaba, según su antigua costumbre, díjole muy ba niendo sobre el oído de él su roja boquita.

—Teno bizcochos de Mendaro, y te daré uno... Y

traíste la muñeca que dicía papá y mamá; pero mamá abuela me compró un niño llorón grande, grande... Y dice mamá abuela que te vas á morí, y si quieres confesá... Y yo rezaré por ti cuando rece por mi papá, y por mi mamá, y por el abuelito que están en el cielo... Y yo iré también... ¿Tú quieres ir?... ¡Pues confiesa!...

Y Monina, cumplida su misión, dióle un beso en la frente, escurrióse de la cama y echó á correr hacia la puerta. Diógenes lanzó tal sollozo que pareció romperse su pecho, como si le estallara el corazón dentro: crujió la cama á los violentos impulsos de su cuerpo, y agitando los brazos en alto, balbuceaba con la lengua cada vez más torpe:

—¡Quiero!... ¡Quiero!... ¡Quiero confesar!... ¡María... María!... ¿Oyes lo que dice la niña?... ¡Quiero confesar!... ¿Pero con quién... con quién?... ¿Quién me confiesa á mí, Dios mío?... ¿Dónde hay espuerta tan sucia que reciba mis pecados?... ¡Soy un infame, un perverso!... ¡Me pesa, Dios mío, me pesa!...

Y con ambos puños cerrados se daba terribles golpes en el pecho, que retumbaban en todo el aposento y le hacían toser horriblemente, y le produjeron á poco un ligero vómito de sangre... Monina, falta ya de valor al verse del lado de allá de la puerta, agarrábase con los labios blancos á las faldas de su aya, preguntando muy bajito:

—¿Se ha morido ya?...

Mientras tanto procuraba la Marquesa sosegar á Diógenes, diciéndole que había mandado á toda prisa á Loyola por un Padre jesuíta, que debía de llegar de un momento á otro. Diógenes exclamó:

—Con ellos me eduqué... Pero no lo digo nunca... ¡Los deshonro!...

Aquella emoción violentísima parecía haber despejado las facultades del enfermo, mas su físico resentíase de ella,

y veíasele perder fuerzas por momentos. La Marquesa pidió un crucifijo, y poniéndoselo delante, díjole que hiciera ante él examen de conciencia, en tanto que llegaba el Padre: tomólo Diógenes con ambas manos, y besólo devotamente; mas dejólo caer á poco sobre la colcha, llorando desconsolado.

—¡Si no sé, María!... ¡Si no me acuerdo!...

—No te apures, hombre; yo te enseñaré en un momento...

Y púsose con gran cariño á explicarle el modo de hacer examen de conciencia, escuchándola Diógenes atentamente, mirando á veces el crucifijo. Cuando la Marquesa cesó de hablar, díjola él con sencillez de niño:

—Se me va á escapar algo... Lo mejor será que te lo diga á ti todo... y tú se lo dices luego al Padre... y entre los dos ven si falta algo...

—¡No, hombre, si no es preciso!—replicó la Marquesa sin poder contener una sonrisa.—Piensa tú ahora, y luego el Padre te ayudará.

Largo rato permaneció Diógenes silencioso, sosteniendo con ambas manos el crucifijo, fijos en él los ojos. Á veces levantaba su pecho el temblor de un sollozo, y lágrimas abundantes corrían por sus mejillas: besaba entonces los pies del Cristo, entornaba los párpados y parecía rezar... La Marquesa habíase sentado á los pies de la cama, en el gran butacón, y rezaba el rosario. Sonaron los cascabeles de un coche, y la dama hizo un movimiento para levantarse.

Diógenes abrió los ojos muy azorado.

—María... ¿Te vas?...

—No... Iba á ver si llegaba el Padre.

—¿Pero no te irás?...

—No, hombre, descuida; no me voy...

—¿Estarás aquí hasta que muera?...

—Hasta que mueras estaré—replicó ella dulcemente.

Diógenes cerró los ojos, sosegado y tranquilo, como el niño que se duerme á la vista de su madre... Al cabo de un gran rato, dijo:

—María... no me acuerdo del Credo... ¿Cómo era aquello?... *Subió á los cielos, y está sentado*... ¿Dónde está sentado?...

—*Á la diestra de Dios Padre*—dijo sonriendo la Marquesa.

—*Todopòderoso*—prosiguió Diógenes; y terminó lentamente y en alta voz el símbolo de la fe, besando luego con grande afecto el crucifijo.

Entreabrióse á poco la puerta, y asomó la cabeza el fondista, diciendo que dos Padres de Loyola habían llegado. La Marquesa quiso levantarse para salir á su encuentro; mas Diógenes, con gran sobresalto, apresuróse á decir:

—¡María... no te vayas!... Que entren ellos... ¿Para qué has de ir tú?...

Abrióse entonces la puerta para dar paso á una extraña figura, que sorprendió á la Marquesa é hizo á Diógenes echarse atrás en la almohada, al verla adelantarse hacia él extendiendo los brazos: hubiérase dicho que la muerte en persona, cubierta con la sotana de un jesuíta, se presentaba en el aposento. Era un viejo alto y descarnado, hasta el punto de traslucirse todos sus huesos: traía una vieja sotana ceñida á la cintura por un orillo de que pendía un rosario, y escapábanse de su gran becoquín largos mechones blancos. Andaba lentamente, tambaleándose, con las manos extendidas como si temiese tropezar, porque estaba medio ciego, y así llegó sin ver á la Marquesa hasta el lecho de Diógenes, y allí comenzó á palpar hasta tropezar con una mano de éste: entonces, con sonrisa de niño que

contrastaba con sus cabellos blancos, con voz cascada, pero dulce, que el asma atroz que padecía tornaba un poco premiosa, dijo muy bajo:

—¡Perico... Periquito... hijo mío!... Soy yo... ¿No me conoces?...

Asombrado Diógenes miraba aquella extraña aparición, sin acertar á decir palabra, é interrogaba con la vista ora á la Marquesa, ora á otro Padre más joven que tras el viejo había entrado: éste añadió:

—Soy el P. Mateu... tu inspector del Colegio de Nobles... ¿Te acuerdas?...

—¡Sí!... ¡Sí me acuerdo!—exclamó Diógenes con una gran voz, estrechando entre las suyas, sin soltar el crucifijo, aquella mano helada de esqueleto, que llevó con gran vehemencia á sus labios.

El viejo, con su serena sonrisa de niño, volvió el rostro hacia su compañero, diciendo con satisfacción íntima:

—¡Se acuerda... se acuerda!... ¡Bien lo decía yo!... ¡Sí por cierto!...

—¡Sí que me acuerdo!—repetía Diógenes con grande ahínco.—Usted fué muy bueno para mí, y me quería, ¡oh, sí! me quería mucho... y me enseñó á rezar el *Bendita sea tu pureza,* y luego las tres Ave Marías... que decía V. alcanzaban de la Virgen misericordia...

—Y lo digo, Perico, lo digo—repuso gravemente el viejo.—La alcanzan, sí por cierto... Y en ti mismo lo ves ahora... porque tú las habrás rezado...

—¡Sí, Padre, sí!... siempre, siempre... Y se las enseñé á Monina... Ni una noche las dejé, aunque hubiese...

El viejo le atajó con gran viveza la palabra:

—¿Lo ves?... ¿Lo ves cómo la Virgen Nuestra Señora te concedió la misericordia?... Yo se lo pedía, se lo pedía—y sin dejar de sonreir cruzaba las manos y las levantaba

mirando al cielo con expresión beatífica—porque me dijo Miguelito Tacón, hace algún tiempo, cuando lo vi en Cuba de capitán general, el año treinta y cinco, que andabas... vamos... un poco alegre... ¡Y mira qué buena fué nuestra Madre!... ¡Porque lo viese yo, me ha conservado ochenta y seis años, Perico, ochenta y seis años!... Sí por cierto...

Diógenes, cada vez más postrado, lloraba en silencio: el viejo, buscando á tientas la mano del enfermo, añadió apretándosela con todas sus escasas fuerzas:

—Porque tú querrás que yo lo vea... ¿No es verdad, Perico?... Querrás confesarte...

—¡Sí, Padre... sí quiero!... Con V.... Ahora mismo!—exclamó Diógenes tendiendo los brazos hacia él, como un niño que llama á su madre.

Y el otro viejo, sin dejar de sonreir, pero rompiendo también á llorar, se arrojó en ellos murmurando:

—¡Ochenta y seis años!... ¡Ochenta y seis años esperándote!...

Mientras tanto, la Marquesa de Villasis y el otro Padre habíanse salido del cuarto, y aquél explicaba á la dama la historia del viaje, El P. Mateu había conocido á Diógenes muy pequeñito, en el Colegio de Nobles, y enterado de que se hallaba moribundo en Zumárraga, pidió permiso al Superior para ir á auxiliarle: negóselo éste, temeroso de que en su edad avanzadísima le costara aquella obra de caridad la propia vida, mas el anciano instóle con tanto afán, suplicóle con tal ahínco, asegurándole con convicción tan profunda que Dios le había conservado ochenta y seis años sólo para aquello, que el Superior no pudo menos de darle gusto.

Á través de la puerta cerrada oíanse á veces los sollozos de Diógenes, y escuchábanse otras los gritos de horror que

él mismo se inspiraba á sí mismo, seguidos del llanto de la contrición, desolado, abundante, pero dulce y sin amargura, como lo es el de todo dolor que se apoya en la fe y en la esperanza. Sonó al cabo de una hora una campanilla dentro del cuarto, y la Marquesa y el otro jesuíta se apresuraron á entrar... El P. Mateu estaba sentado á la cabecera del lecho, extenuado y jadeante, como si en aquella hora escasa hubiera perdido el corto resto de fuerzas que le quedaban. Dos hilos de lágrimas que iban á perderse en sus blancas patillas brotaban de los ojos de Diógenes: con una leve señal llamó á la Marquesa, y díjole al oído con sencilla expresión de gozo inefable:

—Dice el P. Mateu... que Dios me ha perdonado...

Y luego, con el profundo desprecio del pecador que se considera á sí mismo, con la cristiana humildad del hombre que se ve á dos pasos de convertirse en tierra, añadió muy bajo, como si fuera su voz un débil quejido, queriendo y no pudiendo levantar una mano para golpearse el pecho:

—¡Á mí!... ¡Á mí!...

Hizo entonces el otro jesuíta que el P. Mateu se volviese á Loyola antes que cerrase la noche, acompañándole don Federico en el coche que esperaba, y los dos ancianos, los dos moribundos separáronse sin pesar, como dos amigos que en el dintel de un palacio en que han de entrar por puertas distintas, se estrechan la mano diciéndose: ¡Hasta luego!...

Pensóse entonces en traer el santo Viático al enfermo, y éste acogió la noticia entornando los ojos con humildad profunda, diciendo siempre:

—¡Á mí!... ¡Á mí!...

De allí á poco vióle la Marquesa agitarse mucho, gemir profundamente, revolver los ojos azorado: acercóse á él...

Habíasele olvidado un pecado muy gordo, muy gordo... y antes que tuviera tiempo la dama de llamar al Padre, decíale ya él con gran trabajo:

—Yo... por divertirme... por fastidiarle... escribía todos los días una carta á Frasquito... diciéndole ¡Mentecato!... ¡Cuatro meses le escribí!... Cuando Jacobo volvió de Italia, dejé de hacerlo... Me lo pidió él: decía que le interesaba... Tú le pedirás perdón á Frasquito... ¡Me pesa!... ¡Me pesa!...

Llegó el Viático, y recibiólo el enfermo con muchas lágrimas, y cierta especie de pavor afectuoso y humilde, que le hacía repetir de continuo:

—¡Á mí!... ¡Á mí!...

Entonces pidió la Extremaunción, y dijéronle que ya la había recibido la víspera; mas él, con gran sencillez, quiso recibirla de nuevo.

—Si no me enteré—decía.—Que me la den otra vez; así iré más limpio.

Á las siete hallábase aún bastante entero, y dando una gran voz de repente, llamó á Monina... La Marquesa hizo traer á la niña, y púsola como por la mañana, frente á él, encima del lecho: la inocente criatura agarrábase asustada al cuello de su abuela, y miraba al enfermo con los ojos muy abiertos, sorprendida y silenciosa, sin atreverse á llorar. El moribundo quiso levantar una mano y no pudo; miró á la niña con ternura inmensa, y haciendo un penoso esfuerzo, dijo:

—Yo te enseñé... *Bendita sea tu pureza*... Dilo.

Los ojos de la niña se llenaron de lágrimas, y su pechito se comenzó á estremecer como el de un pájaro asustado; su abuela le dijo al oído:

—Dilo, hija mía... Si lo sabes tú; dilo...

La niña cruzó sus manitas y comenzó su oración, repi-

tiéndola Diógenes en voz baja, muy lenta, con cierta especie de solemnidad augusta, que recordaba las notas de un órgano acompañando el canto de un ángel:

Bendita sea tu pureza
Y eternamente lo sea,
Pues todo un Dios se recrea
En tu graciosa belleza.
A ti, celestial Princesa,
Virgen sagrada María,
Yo te ofrezco en este día
Alma, vida y corazón.
Mírame con compasión..,

Apagóse aquí la voz de Diógenes, y oyóse tan sólo la temblorosa vocecita de Monina, que por un feliz error ó por una inspiración del cielo, equivocaba el último verso.

¡No *le* dejes, Madre mía!

Diógenes ya no la oía: comenzaba entonces el estertor, y su angustioso resuello interrumpíase á veces por más de un minuto. Lleváronse á la niña: la Marquesa y el jesuíta se arrodillaron, y comenzaron á rezar la recomendación del alma: á las once menos cuarto, sin ningún estremecimiento, sin verdadera agonía, sin soltar de las manos el crucifijo, abrió un poco la boca, y espiró...

Á la otra mañana, cuando después de la solemne Misa de *requiem* que hizo celebrar la Marquesa en Zumárraga, volvió el jesuíta á Loyola, oyó que las campanas de la iglesia tocaban también á muerto... Había fallecido aquella noche el P. Mateu: encontráronle al amanecer, ya frío, tendido en su lecho. Tenía en las manos el rosario, y vagaba aún en sus labios su pura sonrisa de niño: sobre su frente, amarilla como el marfil antiguo, un nimbo de cabellos

blancos realizaba el tipo más peregrino de belleza moral que puede fingirse el hombre. La inocencia con la cabeza blanca... (1).

(1) La muerte de este santo anciano, acaecida casi al mismo tiempo que la de la persona que auxiliaba, es un hecho rigorosamente histórico.



III

MUCHOS y graves sucesos habían tenido lugar, desde que al terminar el libro anterior dejamos á Jacobo camino de Italia, hasta que hemos vuelto á encontrarle en la carretera de Guipúzcoa, guiando al lado de Currita el *mail-coach* con seis caballos. Y fué el primero, la aparición de un extraño fenómeno á las puertas de Madrid, que vino á causar al Marqués de Villamelón un pavor tan grande, como no lo causó nunca Catilina á las puertas de Roma, ni Mahomed II á las de Constantinopla, ni Isabel la Católica á las de Granada, ni Guillermo I á las de París. ¡¡La trichina!!...

Aquello era un dolor y un horror; tener que renunciar con severidad israelítica al jamón extremeño rosado y aromático, y al salchichón de Génova matizado como un mosáico, ó exponerse á tragar el endiablado microbio, que el atribulado Fernandito seguía con la imaginación en todas sus transformaciones, viéndole alargarse, alargarse hasta convertirse en ténia, y engordar, engordar luego hasta trocarse, á costa de los jugos de su estómago, en una serpiente boa, igual á las que había visto tragarse gallinas y

conejos y aun cabritos, con la facilidad con que se tragaba él una tras de otra, un barrilillo entero de aceitunas sevillanas.

Sucedía esto á los ocho ó diez días de la repentina marcha de Jacobo, y entre aflicciones de espíritu, quebrantamientos de estómago y apreturas de entendimiento, recibió Villamelón una cariñosa carta de este tierno amigo, en que con previsión amorosísima y delicadeza exquisita, le enviaba una receta infalible contra la trichina, recogida de los labios mismos de los hermanos Tramponetti, fabricantes de embutidos en la salchichonesca Génova. La receta era bien sencilla: bastaba pasar tres veces por el hervor de agua ordinaria las carnes de cerdo y los utensilios en que hubieran éstas de cocinarse. Fernandito, creyéndose en posesión de un talismán precioso, corrió á dar la noticia á su cara esposa Currita, dispuesto á pasar por agua todos los jamones de su despensa, todas las cacerolas de su cocina y todos los pinches de ella con el cocinero á la cabeza. ¿Y por qué no?... Días antes relataba un periódico que el Emperador de Birmania había mandado enterrar vivas á setecientas personas, para aplacar los espíritus diabólicos que habían esparcido por sus estados la viruela negra. ¿Por qué no había él de hervir á un cocinero y tres pinches, para librar de la trichina á su persona y á la de sus deudos y amigos?

Currita recibió la noticia con frialdad aterradora, y negóse rotundamente á hacer uso de la receta, con cierta especie de rencorosa terquedad, impropia del caso; también ella había recibido aquel día carta cariñosa de Jacobo, fechada asimismo en Milán, hablándola vagamente de grandes peligros y grandes negocios, y prometiéndola, con la fatua seguridad de quien presume ser esperado con ansia, el gozo imponderable de su próximo regreso y la explicación satisfactoria de su repentina marcha.

—¡Excelente amigo!—exclamaba Villamelón.—Ahora mismo voy á contestarle dándole las gracias.

Currita abrió la boca con un gesto de ira como para decirle algo, y dominándose repentinamente la volvió á cerrar, diciendo á poco con su suavidad acostumbrada:

—Pues mira... mándame la carta y le pondré yo cuatro letras; así me ahorro escribirle largo...

Media hora después, presentábale un lacayo en una bandeja de plata la carta de Fernandito, y la dama, después de leerla, hízola mil pedazos con extraños gestos de rabia... Otras dos cartas de Jacobo habían llegado en aquel mismo día á la corte, una larga y enfática para el Marqués de Butrón: llena de mentiras y enredos, que sin engañar del todo al presuntuoso diplomático, hiciéronle comprender que lejos de emanciparse el joven Telémaco de su tutela, la necesitaba más que nunca, y podía, por lo tanto, seguir explotándole en sus trabajos políticos. Había leído en *La Bruyère* y hecho suya, aquella sentencia muy común entre políticos y no políticos, que despojaba él del tinte de finísima ironía con que su autor la escribe: «Aun los grandes y ministros mejor intencionados necesitan tener á su lado bribones; su uso es muy delicado y se necesita saber manejarlos, pero hay ocasiones en que no pueden ser suplidos por otros. Honor, virtud, conciencia, cualidades siempre respetables y á menudo inútiles. ¿Qué queréis á veces que se haga con un hombre de bien?»

Era la otra carta, larga también, para el tío Frasquito, escrita con grandes visos de misterio, asegurándole haber conjurado el peligro á fuerza de astucia y de dinero, y prometiéndole la completa extirpación del misterioso ¡Mentecato! en cuanto llegara él á Madrid y pudiera comunicar á las logias las órdenes que de Italia llevaba. Firmaba esta carta con un nombre supuesto, no ponía en ella fecha

gordo en tiempo de Amadeo, que como acontece en todas las restauraciones, habíase pasado con armas y bagajes al bando alfonsino, en cuanto vislumbró en él la aurora del triunfo, ejecutando una de esas maniobras que en la farisáica jerga de los hombres gubernamentales se llaman *cambios políticos,* debiendo de llamarse charranadas ó vilezas. Su entrada en el ministerio había de ser un poderoso puntal que marcase las tendencias tolerantes y olvidadizas de la política restauradora.

Al olfato finísimo del Sr. Pulido habían llegado todos estos apartes, y apresuróse á notificarlos al amigo Pepe, temeroso de perder la deslumbradora proyección que sobre su persona y parentela, arrojaría la poltrona ministerial de éste. Entróse, pues, una mañana en casa del respetable Butrón, nervioso y descompuesto, y con las falanges de su dedo índice ya desplegadas, y la frase sacramental ¡lo dije! colgando de los labios, traspasó el misterioso biombo de nueve hojas, que servía de reducto en el despacho á los secretos del diplomático. Allí estaba éste, sumido en profundas meditaciones, ante unos papeles que debían encerrar altos secretos de Estado, de los cuales apartó los ojos tan sólo un segundo para mirar al recién venido, murmurando con aire distraído:

—¡Hola, Puliditо!...

Mas Pulidito, alargando el inexorable dedo indicador cual si fuesen sus falanges elásticas, y agitándolo de arriba abajo con la fatal oscilación de un péndulo acompasado, exclamó con temeroso acento:

—¿Lo ves, Pepe?... ¿Lo ves?... ¡Lo dije!... ¡Lo dije!...

—¿Qué?—replicó Butrón con el aire resignado de quien se prepara á recibir un importuno chubasco.

—¿Qué?—repitió el Sr. Pulido en el mismo tono.—Pues nada... ¡que te birlan la cartera, Pepe; que te la birlan!...

Y al compás de las oscilaciones de su dedo, comunicó al diplomático sus noticias alarmantes... El respetable Butrón no se conmovió ni pizca. ¿Acaso era él bobo?... Al tanto estaba de todos aquellos manejos; pero callaba, callaba y hacía la vista gorda, porque tenía la seguridad—y su vanidad inmensa se la daba en efecto—de que el futuro gabinete no podría prescindir de su persona y sus servicios... En cuanto á Sabadell era otra cuestión: habíase forjado ilusiones absurdas, que en el futuro orden de cosas era imposible realizar. Sabadell era un loco, un mentecato que había prestado por carambola algunos servicios al partido, pero que no era de la madera de que la Restauración había de hacer sus ministros: hubiera podido serlo con un Prim ó con un Serrano; pero nunca con un Cánovas del Castillo y con un Butrón.

Detúvose aquí el diplomático con solemne pausa, y añadió sentenciosamente:

—Todo árbol es madera, pero el pino no es caoba... En mi opinión, ni Sabadell puede ser ministro, ni yo puedo dejar de serlo.

El dedo del Sr. Pulido comenzó á subir y bajar con riesgo manifiesto de descoyuntarse, cual si marcaran sus oscilaciones los grados de impaciencia de su dueño.

—¿Y crees tú, Pepe, que el Sr. Cánovas del Castillo será de tu misma opinión?...

Miróle el diplomático con aire de lástima, y díjole al cabo:

—Mira, Pulidito, hijo mío, cree que no soy del todo imbécil... Cánovas no da un paso sin contar antes conmigo.

—¿Y ha contado contigo para proponer la candidatura del Sr. Díaz de la Laguna?...

Pasmóse interiormente el gran Robinsón, porque ignoraba por completo que semejante candidatura se hubiera

presentado; mas pareciéndole contrario á su decoro manifestar ignorancia, y cediendo á su hinchada vanidad, que le llevaba siempre á disfrazarlo todo con solemnes mentiras y enigmáticos conceptos, á fin de mantener en alza su crédito político, replicó imperturbable:

—Ha contado.

—Entonces...

—Entonces, puedo asegurarte que el Sr. Laguna quedará siempre rana del pasado charco.

Y dando una gran palmada con su mano de Esaú extendida, sobre los papeles que tenía delante, dijo solemnemente, con cierto aire de reserva dignísima, que indicó al Sr. Pulido, que tras el biombo de la mesa, estaba el biombo de las cejas del diplomático, custodiando dentro de su frente arcanos misteriosos que á él no le era dado penetrar.

—Mira, Pulidito, dejemos ya eso... Los secretos míos puedo confiarlos á un amigo: los ajenos jamás... Para tu tranquilidad y tu gobierno, te diré, sin embargo, dos cosas... Primero, que anoche estuvo Antonio Cánovas conferenciando conmigo, en esa misma silla en que estás sentado, hasta las cuatro de la mañana...

Hizo el respetable Butrón un salto para dejar saborear al Sr. Pulido la gordísima mentira, y prosiguió diciendo:

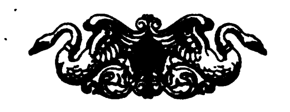
—Segunda... que al despedirse Cánovas, me entregó este proyecto de tratado secreto con Alemania—y golpeaba los papeles que tenía delante—y necesito para estudiarlo tiempo y soledad...

Quedóse tamañito el Sr. Pulido ante el perfil de perro dogo de Bismarck que las palabras del diplomático evocaban sobre la mesa, y comprendiendo que se le recordaba con aquel elegante giro, que el undécimo mandamiento de la ley de Dios es no estorbar, despidióse esta vez con el dedo índice muy plegadito, medrosico y esperanzado, mas

no sin echar antes una ojeada furtiva al proyecto de tratado secreto con Alemania, que la extendida mano del diplomático parecía proteger contra todo amago de curiosidad. Algo atisbó, sin embargo, que vino á despertarle la sospecha de que el tal proyecto de tratado secreto no era precisamente con el gobierno alemán, sino con la repostería de Lhardy, poderosa potencia gastronómica de la Carrera de San Jerónimo: entre los peludos dedos del diplomático, asomaba por una esquinita la viñeta de las cuentas del célebre Emilio.

Mas no era el Sr. Pulido hombre que una vez puesto en la pista, retrocediese ante ningún peligro ni reparo: fuese, pues, derecho á casa de Lhardy, y preguntóle si el Sr. Marqués de Butrón tenía en su repostería alguna cuenta pendiente. Emilio, creyendo sin duda que aquel señor vendría á pagársela, díjole que tenía cuatro, de las cuales era la más antigua la del *buffet* de un baile dado tres años antes en honra de Currita, y que el día anterior se las había remitido todas juntas por centésima vez, sin haber logrado aún cobrar ninguna. Enderezóse entonces el dedo del Sr. Pulido con la fuerza de una catapulta, y atónito Emilio, oyóle exclamar dos veces:

—¡Lo dije!... ¡Lo dije!...





IV

AMANECIÓ por fin el día 29 de Diciembre de 1874, y á las once y cincuenta y seis minutos de la mañana, el ministro de la Guerra, Serrano Bedoya, saltaba violentamente de la cama, como había de saltar veinticuatro horas más tarde, violentamente también, de la poltrona ministerial... Anunciábale un telegrama del gobernador militar de Sagunto, que el general Martínez Campos había proclamado Rey de España al príncipe Alfonso, en las Ventas de Puzól, al frente de la brigada Dabán. Alborotóse el Gobierno, reunióse al punto Consejo extraordinario en el Ministerio de la Guerra, y tomóse por primera providencia la de echar el guante al Sr. Cánovas del Castillo, y á otros muchos personajes de cuenta, entre los que se contaban el Sr. Pulido, el joven Telémaco y el respetable Mentor: encerráronles por de pronto en el Saladero, con la sana intención de enviarles más tarde, una vez sofocada la intentona, á tomar, camino de Filipinas, los saludables aires de mar. La cortesanía del gobernador de Madrid, Sr. Moreno Benitez, proporcionóle horas después mejor alojamiento, en el Gobierno civil; mas fuese pérfida intriga de los amigos, ó cruel ensañamiento de los contra-

rios, es lo cierto que los tres compadres, Jacobo, Butrón y Pulido quedaron presos en el Saladero, pasando entre temores y sobresaltos todo el día 29 y también el 30, hasta que en la madrugada de éste, muy cerca ya del alba, abriéronse ante ellos las puertas de su prisión, para cerrarse ante sus ojos la puerta de sus esperanzas... Á las nueve y cuarto de aquella misma noche, hundido para siempre el gobierno de la Revolución, había quedado investido de todos los poderes el capitán general de Madrid, D. Fernando Primo de Rivera, y puestos al punto en libertad los prohombres alfonsinos detenidos en el Gobierno civil, apresuráronse á nombrar un Ministerio-Regencia, del cual formaban parte el Gallego y el Laguna, quedando excluídos por supuesto el joven Telémaco y el respetable Mentor (1).

Quedóse éste anonadado, púsose Jacobo furioso, y el Sr. Pulido, sin fuerzas para enarbolar el dedo indicador, sin alientos para murmurar ¡lo dije! enmudeció como Casandra á la vista de Troya destruída y Grecia triunfante. Butrón bufaba, Pulido gemía, Jacobo echaba ajos, y entre peroratas enérgicas, amargos reproches, violentas reclama-

(1) Formaban este primer gabinete alfonsino, bajo la presidencia de D. Antonio Cánovas del Castillo, los Sres. Castro, Cárdenas, Jovellar, Salaverría, Marqués de Molins, Romero Robledo, Ayala y Marqués de Orovio. Excusado nos parece advertir, que al fingir nosotros un Sr. Gallego y un Sr. Laguna, formando parte de este Ministerio, no aludimos para nada á ninguno de los señores que en realidad lo formaron. Y ya que de alusiones hablamos, bueno será hacer constar una vez más, que yerran por completo los que han creído ver en algunos personajes de la presente novela, retratos de personas harto conocidos, que sin duda lo fueron muy poco de los que tal juzgan, cuando encuentran semejanza entre unos y otros. Nuestros personajes no son retratos de individuos determinados, sino tipos de caracteres sociales; y si puede halagar la vanidad del artista, que resulten sus creaciones. tan reales que no pueda concebírselas sin un modelo vivo, debe de repugnar á la delicadeza y aun á la conciencia del escritor honrado, el convertir por este medio un libro escrito con altos fines morales, en un intencionado libelo.

ciones y planes de campaña propuestos para derrocar aquel Gobierno que les había estafado, pasáronse algunos días, hasta que desembarazado algún tanto el Ministerio-Regencia con la llegada del joven monarca, pudo al fin dar vuelta á la llave de la despensa, y enarbolando la rama de sustanciosos dátiles, que ha venido á sustituir á la de olivo, antiguo símbolo de la paz, comenzó á distribuir puestos, honores y destinos entre sus diversos paniaguados, tocándole á Butrón una plenipotenciaría de primer orden. Hízose de rogar éste cuanto sufría por una parte la prudencia y exigía por otro el decoro, y teniendo en cuenta sin duda que á buena hambre no hay pan duro, que á falta de pan buenas son tortas, y que más vale pájaro en mano que buitre volando, marchó al fin resignado y majestuoso á representar en tierra extranjera la persona de Alfonso XII. Hubo también una dirección de segundo orden para el Sr. Pulido, y ofrecióse á Jacobo otra plenipotenciaría igual á la aceptada por Butrón. Mas el joven Telémaco era hombre capaz en sus rencores, de comprender y practicar aquella venganza de los chinos, que consiste en ahorcarse á la puerta de su adversario, para atraer sobre él la cólera celeste y el odio de los ciudadanos; lleno, pues, de saña rechazó con altivez la oferta, y creyendo alcanzar por sus propias fuerzas lo que de grado no le habían querido dar, alistóse de nuevo entre sus antiguos amigos los revolucionarios aún no resellados, que capitaneaba á la sazón el Excmo. Martínez, y prometían formar una oposición formidable el día en que se decidieran á reconocer la monarquía de Alfonso XII. Recibiéronle ellos como á un Hércules bajado del cielo para emprender de nuevo á su lado los doce trabajos sobre la tierra, y en el momento en que le encontramos volviendo de Biarritz al lado de Currita, traía ya lograda, con ayuda de esta fiel amiga, la senaduría vita-

licia, altísima tribuna desde donde pretendía escalar, al lado del Excmo. Martínez, el Olimpo ministerial, una vez efectuada la temida y esperada maniobra, que con gran sigilo preparaba el taimado buey Apis.

Á poco presentaba Madrid su animado aspecto de invierno, y dos sucesos trascendentales ocupaban la atención de los políticos y los elegantes: la apertura de las Cortes y el casamiento del Monarca. Prometía la primera, campañas parlamentarias nunca vistas; hacía esperar el segundo, diversiones y regocijos jamás disfrutados, y unas y otras discutíanse y aun preparábanse en los salones de Currita, centro por aquel tiempo de los más importantes hombres políticos de la futura oposición dinástica, á la vez que de lo más *gommeux*, lo más *poisseux* de la alta sociedad madrileña. Sus *aprés diners* de los viernes llegaron á tener fama, y con igual facilidad se concertaba en ellos un gabinete, que se desconcertaba un matrimonio; se ganaba un diputado para la oposición, que se perdía una muchacha para siempre, minada, al amparo bienhechor de la dama, por esa galantería de algunos salones que llama un autor, nada asustadizo por cierto, *trabajo de zapa que el vicio emplea para minar la virtud*. Pedro López comparaba en *La flor de lis* el salón de Currita con aquellas famosas tertulias que comenzaron en el Hôtel Rambouillet, y acabaron con Mmes. Staël, Recamirer, Tallien y Girardin; y ciertamente que si no se encontraba en aquél como en éstas, la culta y amena conversación y la urbanidad exquisita de antaño, que ha venido á ser hoy entre damas y caballeros, como atributo exclusivo de las pelucas empolvadas y las chorreras de encaje, encontrábase de igual modo aquel principio disolvente de toda moral, que consiste en tolerar y autorizar el escándalo.

Vióse entónces claro como nunca, la funesta influencia que ejerce en una sociedad entera, una de esas reinas de la

moda que comienzan escotando los trajes y acaban escotando las costumbres, que empiezan imponiendo el yugo de sus elegantes extravagancias y terminan imponiendo el de sus desvergonzados vicios; que familiarizan con el escándalo y lo hacen tolerable y de buen tono hasta á los ojos de las personas virtuosas, que llegan á contemplar sin extrañeza, sin rubor y sin protesta, espectáculos como el que ofrecía Currita haciendo los honores de su casa con distinción elegantísima, en compañía del Marqués de Sabadell, mientras sus hijos yacían olvidados cada cual en un colegio, y Villamelón, reblandecido ya casi por completo, jugaba al *besigüe* ó al tresillo con las celebridades del momento, ó tentaba la paciencia de sus tertulianos encerrado como en un círculo vicioso en sus ordinarios tópicos de conversación, el combate *terro-naval* de Cabo Negro, los prodigios de su cocinero, los adelantos de su fotografía, las ventajas de la incubación artificial de los huevos de gallina, ó las extrañas peripecias del Dr. Tanner y el italiano Succi, que con gran pasmo suyo parecían haber resuelto el problema para él horripilante é incomprensible de vivir sin comer.

Un nuevo escándalo iniciado y meditado en casa de Currita y llevado á efecto á la sombra de ésta, y quizá, quizá bajo su protección misma, vino á probar á las personas sensatas, que tan peligrosa es la proximidad del vicio, que aun sin estar de él contaminado, se respira en su atmósfera cierta ponzoña que trastorna y extravía, y hace al cabo resbalar y caer... Margarita Belluga, una de las jóvenes que al pisar por primera vez los salones del gran mundo, había llamado más la atención por su candor y su pureza, desapareció un día súbitamente de casa de sus padres, para aparecer á poco en Italia, *magna parens artium,* y refugio insondable de pillos de todas naciones, casada con Celestino Reguera, el pintorzuelo cómplice de Currita en sus aten-

tados pictóricos, que había conservado siempre la dama á su lado, para alumbrar su corte con los resplandores de un genio, á la manera que Filipo mantenía en la suya á Aristóteles, y Augusto á Virgilio, y Carlos V á Garcilaso, y Luis XIV á Molière.

Comenzaron entonces las lamentaciones y las extrañezas, los comentarios y los sobresaltos, y la murmuración no fué ya el ruido de una ola al reventar en la playa, sino que cundió y se hizo formidable, y resultaron todos los imponentes estrépitos del mar batiendo las costas... Mas á pesar de que todo el mundo vió claro el viento que había desatado aquella tormenta y los polvos de que salían aquellos lodos, tan sólo dos de las muchas madres honradas que acudían á los saraos de Currita, dejaron de llevar allí á sus hijas; tan sólo uno de los muchos maridos con decoro que á ellos concurrían, retrajo á su mujer de aquella casa funesta á que se hacía necesario acudir, porque... porque... se pasaban allí ratos deliciosos, era la dama quien fijaba en sus salones las leyes del buen tono, y el ser admitido en su casa, era un *brevet* de elegancia y de notoriedad.

Mas un día corrió por Madrid una noticia estupenda, que se escuchó al principio como un absurdo inventado por algún ocioso del Veloz; concediósele más tarde la verosimilitud que hubiera merecido la de que Sagasta cantaba Misa ó el Gran Turco se había hecho monje Bernardo, y extendióse al fin como un hecho inverosímil, pero cierto, absurdo, pero verdadero, desde los salones hasta las antesalas, y desde los pasillos del Congreso hasta los de los teatros, llenando á todo el mundo elegante de asombro, de extrañeza y de curiosidad. La imaginación siempre exaltada de los madrileños aderezó el hecho con interpretaciones y comentarios, y unos vieron en él un manejo político, otros una rivalidad femenina, algunos una señal de reconciliación entre

el mundo devoto y el profano, y varios, los que se decían más enterados y eran más hábiles en aquello de ajustarle las cuentas al prójimo, vieron por el contrario una emboscada peligrosa que la más inflexible de las beatas tendía á la más tolerante de las pecadoras, un reto del calendario piadoso á la mitología pagana, un combate singular entre la Marquesa de Villasis, que arrojaba el guante, y la Condesa de Albornoz, que se apresuraría sin duda á recogerlo.

Porque era el caso, que habían circulado por ciertas casas privilegiadas de la alta sociedad madrileña, unas lindas tarjetas litografiadas, en que la Marquesa de Villasis anunciaba á sus numerosos amigos, que abría las puertas de sus salones, y fijaba como día de recepción, ¡aquí estaba el busilis! el mismo fijado por Currita ¡¡los viernes!!... La noticia llegó á casa de ésta un miércoles por la noche, estando presente tan sólo la Duquesa de Bara, Carmen Tagle, Leopoldina Pastor y la Valdivieso; algunos señores mayores jugaban al tresillo, y en la sala de billar oíanse á lo lejos los secos golpes de las bolas y los tacos. Currita recogió en efecto el guante, y puesta en guardia al punto, manifestó su asombro con ingénua sencillez de cándida tortolilla.

—¿De veras?... ¡Cuánto me alegro!... Supongo que habrá convidado á las novicias del Sagrado Corazón...

Riéronse todos á carcajadas, y ella, muy extrañada de aquellas risas, prosiguió diciendo:

—Pues no lo digo de burlas... Cree que lo decía sin ningún *arrière-pensée*... Como María es tan piadosa, y suele darle á todo un tinte devoto...

—¡Pues claro está!—replicó muy seria la de Bara.—Por eso ha convidado también á los congregantes de San Luis.

—Y por lo menos exigirá á los presentados la cédula del cumplimiento pascual.

—Y el certificado de buenas costumbres del cura párroco...

—¡Qué delicia!... ¿Y abrirán el baile rezando el rosario?

—Como que tocará el cuarteto de la Capilla Real, y se cantarán en los intermedios los gozos de San José.

—¡Ya lo creo!... La Villasis sabe hacer bien las cosas, y de seguro que ha pedido al Arzobispo indulgencia plenaria para todos sus tertulianos.

—Pero en suma—dijo al fin Currita deteniendo aquella granizada de burlas.—¿Qué es lo que se propone esa pobre María?...

Aquí miró á todas partes con gran misterio el que había traído la noticia, y las cinco señoras alargaron las cabezas y abrieron las orejas con curiosidad intensísima.

—Pues dice... dice... que se propone recibir á... mujeres honradas...

Un ¡ya! general preñado de extrañas é intencionadas inflexiones se escapó de todos los labios, y la Albornoz, abriendo cándidamente los ojos, dijo con suave vocecita:

—Pues á mí no me ha convidado hasta el presente.

Las señoras soltaron el trapo á reir, y dijeron todas al mismo tiempo:

—Ni á mí...

—Ni á mí...

—Ni á mí...

Leopoldina Pastor no dijo nada; púsose muy encendida, y dando una brusca media vuelta, sentóse al piano y comenzó á tocar furiosamente la antigua canción del *¡Trágala!...*

Anocheció por fin el viernes, llegó la hora de comer, y tan sólo trece, de los veinte personajes convidados, se sentaron aquella noche á la mesa de los consortes Villamelón. El número era funesto, y la Duquesa de Bara que supuso

al punto la causa de tan repentina baja, dijo muy quedito á su sobrino el Duque de Bringas:

—Mal número... ¿Si será esta la *última cena?*...

—Con tal que no te toque á ti el papel de Judas...

—¡Oh, no, no!... Yo le soy fiel á Curra.

—¿Pero por qué han desertado los otros?

—Pues nada, hijo; que ha habido conjunción de pucheros, y el de María Villasis triunfa.

—Será más delicado.

—¡Psch!... Bizcochitos de monja y tocino de cielo... Prefiero el de Curra; es más sustancioso

—¿Pues cuál es?...

—*Olla podrida.*

Y con tales ganas comenzaron á reir la tía y el sobrino, que casi vinieron á echar por las narices el *consommé á la Regence,* servido en magnífica vajilla de plata, con que los ilustres comensales comenzaron á apaciguar sus respectivos apetitos... Con estos augurios funestos dió principio la comida, lenta y desanimada: Villamelón, con gravedad señoril y solemne aspecto, embaulaba en silencio, sin ocuparse gran cosa de la embajadora de Alemania y la Duquesa de Bara que tenía á derecha é izquierda, consultando á cada paso el *menú,* impreso con vivos colores en apergaminada vitela, al estilo de los antiguos misales de la Edad Media, y no satisfecho con esto, preguntando de cuándo en cuándo con sigilo prudentísimo al criado que le servía:

—¿He comido de todo?...

Frente por frente estaba Currita, teniendo á su derecha al embajador de Alemania y á su izquierda al Excelentísimo Sr. D. Juan Antonio Martínez, buey Apis por otro nombre, que olvidando con loable magnanimidad antiguos rencorcillos, era á la sazón íntimo de la dama, como sustituto del respetable Butrón en el cargo de Mentor del joven

Telémaco. Prodigábale Currita atenciones delicadísimas, y hablábale á veces en voz baja, con muestras de íntima confianza: en una de éstas, mostróle rápidamente con ademán misterioso un pequeño objeto que había sobre la mesa. Entre los mil primores y monerías que la adornaban, veíanse ante el cubierto de cada caballero pequeños *bouquets* de violetas para el ojal del frac, puestos en diminutos vasitos de cristal, ligeros y diáfanos cual si fuesen de aire petrificado, y teniendo todos en el centro una pequeña flor de lis, lindísima maravilla natural, criada á fuerza de cuidados en las estufas de Currita. Con significativa sonrisa mostróle la dama al buey Apis el *bouquet* que tenía delante, y éste, sonriendo también, dijo entre dientes sin que ella protestase:

—El diablo son las mujeres...

Entre estos dos grupos principales que ocupaban ambas cabeceras sentábanse el resto de los convidados; la señora de López Moreno, que redondeaba á la sazón su inmensa fortuna, prestando al veinte por ciento; la Marquesa de Valdivieso, que no atestiguaba ya sus sentencias con la autoridad de Paco Vélez, sino con la de Fermín Doblado; la Condesa de Balzano, divorciada de su marido y en pleito con sus hijos; el Duque de Bringas, declarado pródigo por los tribunales á instancias de su esposa; D. Casimiro Pantojas, buscando siempre el *paulo post futurum* de algún verbo griego; dos diputados novatos, cándidos provincianos todavía, á que la ilustre Condesa, de acuerdo con el Excelentísimo Martínez, tendía el anzuelo de sus banquetes para pescarlos en la oposición futura; el espiritual Pedro López, que pagaba su cubierto todos los viernes con algunas columnas en *La flor de lis*, de prosa *gelatinesca*, y el Marqués de Sabadell, que al notar las siete bajas habidas en el número de convidados, dirigía á Currita miradas impacientes, que hacían en la comprimida cólera de ésta el efecto

que el viento hace en el fuego, y parecían demostrar en ambos el pesar de ver frustrado en parte algún plan que proyectaban.

El berrenchín de Currita igualaba, en efecto, á su inquietud, porque justamente pertenecían sus convidados prófugos á aquella parte sana y virtuosa de la sociedad madrileña, que se complacía ella en atraer á su casa para acallar con el ejemplo de éstos los escrúpulos de algunos otros, á la manera que en ciertos garitos de industrias prohibidas, colocan en el portal la muestra de alguna otra industria inocente, que desorienta á la policía y sirve de cebo á los incautos. Faltaban, pues, aquella noche los Duques de Astorga, que con gran acierto habían sido elegidos por el nuevo monarca, para formar parte de la alta servidumbre de la joven reina; los Condes de Orduña, nobles figuras del antiguo bando carlista fiel siempre á la desgracia, y la Marquesa de Lebrija, cuyo prurito de socorrer y presidir asociaciones pías, habíale conquistado justamente la doble fama de caritativa y de vanidosa. Faltaba también el tío Frasquito, que con gran indignación de Currita no se había tomado el trabajo de disculpar su ausencia, y faltaba Leopoldina Pastor, que la había disculpado tan sólo con una lacónica esquelita, diciendo que un indecente orzuelo le había aparecido en un ojo, poniéndola de humor malísimo. La ausencia de estos dos últimos hería más que ninguna otra el amor propio de Currita, porque eran él y ella de esos pájaros que se retiran á tiempo del árbol que pierde su sombra, y tienden el vuelo hácia el que comienza á verdear.

Azoraba todo esto á Currita, pareciéndole indicio cierto de conjura sospechosa, y al mismo tiempo que procuraba sostener y animar la desmayada conversación de sus comensales, prestaba oído atento á lo que por fuera del comedor pasaba... Sucedía de ordinario los viernes que aun antes de

terminarse la comida poblaban ya los salones gran número de tertulianos, que se apoderaban de las mesas de tresillo y de billar, y formaban grupos y corrillos llenos de la alborotada animación, que duraba siempre hasta muy entrada la madrugada... Nada se oía aquella noche, y cada vez más inquieta Currita procuraba alargar la comida, agotando todos los recursos de su ingenio, é intercalando entre plato y plato historietas que equivalían á las más picantes salsas, con el fin de dar tiempo á la llegada de la gente, y evitar que los comensales recibiesen la mala impresión de encontrar los salones desiertos. Fuele ya imposible alargar por más tiempo la ímproba tarea, y puso al cabo fin á la comida con una escena misteriosa, seguida de un golpe teatral hábilmente dispuesto... Su diminutó piececito tocó ligeramente por debajo de la mesa la pezuña del buey Apis, y ambos cruzaron con Jacobo una rápida mirada de inteligencia, que parecía significar: ¡Alerta! Entonces, tomando Currita el *bouquet* que tenía Martínez delante, tuvo la exquisita galantería de ponérselo ella misma en el ojal, repitiendo la acostumbrada frase de las floristas parisienses:

—*Monsieur... Fleurissez votre boutonnière...*

Mas Jacobo, con jovialidad perfectamente afectada, detúvola en mitad del camino, diciendo desde su sitio:

—¡Cuidado, Martínez, cuidado!... que le tienden á V. un lazo...

—¿Un lazo?—exclamó Currita retirando vivamente el ramito.

—Sí, señor, un lazo—afirmó Jacobo riendo.—¿Pues no ve V. que lleva el *bouquet* una flor de lis?...

—¡Ay Jesús!—replicó Currita escandalizada.—Entonces ¡protesto, protesto!... Yo persuado á quien puedo, pero no sorprendo á nadie... ¿Quiere V. que se la ponga, Martínez?... ¿Sí ó no?...

—¡Jú, jú, jú, jú!—mugió el buey Apis, haciendo con la cabeza ademán afirmativo.

—¿La acepta V. entonces?—preguntó Currita.

—La acepto.

—¿Con todas sus consecuencias?...

—Con todas sus consecuencias—repitió el buey Apis.

Y paseó por todos los presentes una mirada orgullosa, casi fiera, que no carecía de la tosca grandeza de un Mario á la vez plebeyo y formidable, que se dejase acariciar por afeminados patricios... Un aplauso general acogió la declaración del antiguo revolucionario, y Villamelón, muy conmovido, propuso un brindis en honor del rey Alfonso XII. Apuráronse las copas, y Fernandito, tomando entonces la que había servido á Martínez, dijo solemnemente:

—Esta copa, tendrá con los años gran valor histórico. ¿Me entiende V., Martínez?... Permítame que la guarde... Quiero legarla á mis hijos...

Y con su recuerdo histórico muy empuñado, fué á ofrecer el brazo á la embajadora de Alemania, para pasar al saloncito azul, donde se acostumbraba á servir el café, en aquellos días de gala... Allí acabaron los triunfos: el salón estaba vacío, y por sus puertas abiertas veíase á la izquierda el otro salón amarillo, y á la derecha, el gran salón de baile, que sólo se abría é iluminaba los viernes, ambos desiertos. En el primero, divisábanse á lo lejos en un apartado rincón, cuatro señores muy graves, muy tiesos, jugando al tresillo; en el segundo, reverberaban las luces en el brillante *parquet* de finísimas maderas enceradas, y en los colosales espejos, dando á todo aquel recinto el aspecto fantástico y temeroso, en medio de su magnificencia, de aquellos palacios encantados que se describen en los cuentos de hadas. El fiasco era completo, y aturdida Currita miró espontáneamente hacia el magnífico reloj de bronce dorado

que había allí cerca, sobre una chimenea; ¡eran ya las diez y cuarto!...

Vió entonces á su espalda, en el mismo salón azul, una dama muy apuesta y elegante dormida en una butaca: tenía en la mano un número de un periódico de modas, caído negligentemente sobre la falda, y dábale de lleno en el rostro la tibia luz de una gran lámpara colocada en un trípode, cuyos reflejos recogía ámplia pantalla de seda de suaves matices... Era Isabel Mazacán, la pérfida Mazacán, reconciliada dos meses antes con Currita, y dispuesta á pelearse otras mil veces con ella, en cuanto el tiempo y la ocasión se presentasen. Ninguna tan propicia como la presente, y fingiéndose dormida en aquella soledad, abrió poquito á poco los ojos con tan cómico espanto, con tan chistoso sobresalto, que todos los presentes soltaron la risa...

—Jesús, hija, dispensa... pero al verme tan sola, me quedé dormida.

Parecióle la broma á Currita de malísimo gusto, y contestó muy picada:

—¡Qué delicia!... ¿Y soñarías sin duda con los angelitos?...

—Algo había de eso, porque soñaba contigo...

Guardóse muy bien Currita de pedirle la interpretación del sueño, mas la Valdivieso, con su importunidad acostumbrada, dijo muy gozosa:

—¡Vaya una coincidencia!... ¿Y qué soñabas?...

—Pues nada, hija... Que también se había ido á casa de la Villasis la *pobre Curra*...

Y la grandísima tuna de la Mazacán pronunciaba aquel *pobre Curra*, con un aire de lástima, con un acento de chunga, que la compadecida se revolvió furiosa, diciendo con su inocente risita:

—Pues mira, mujer... ni dormida ni despierta se me hubiera ocurrido de ti semejante cosa.

—¿Y por qué?...

—Pues por dos razones... La segunda, porque tú no querrías ir...

—Y la primera, porque María Villasis no querría que yo fuese—dijo la Mazacán echándose á reir con todo su desparpajo.

—Justo—replicó Currita.—Lo mismo, lo mismo que D. Simplicio Bobadilla, Majaderano y Cabeza de Buey. Puesto que Leonor renuncia á mi mano, renuncio á la mano de Leonor...

La Mazacán iba á contestar, pero entraron en aquel momento Carmen Tagle, Paco Vélez y Gorito Sardona, todos muy compungidos, diciendo que venían del Real, pero que no había allí nadie, nadie... Al pronto creyeron ellos que *Monsieur tout le Monde* estaría en casa de Curra: porque ¡claro está! como era viernes... Pero supieron luego que el *grand complet* era aquella noche, ¡quién lo creyera! en casa de la Villasis; y por eso, ellos, muy indignados, habían venido á protestar, porque no les parecía decente acostarse en aquella ocasión, sin dar las buenas noches á la *pobre Curra.*

Escapóse la *pobre Curra* como pudo de aquellas muestras de compasión que le atacaban los nervios, y dirigióse muy de prisa á la sala de billar, donde Jacobo, los dos diputados y el Excmo. Martínez, conferenciaban á solas. Felicitaron todos á la dama por lo hábilmente que había dispuesto y representado la comedia del *bouquet,* llamada á tener gran resonancia. Al día siguiente, *La flor de lis* daría cuenta de ella, preparando de este modo el terreno, para la declaración solemne que á los pocos días pensaba hacer en el Senado el Excmo. Martínez... Mas todavía juzgaba

éste necesario, antes de dar aquel último paso, atar bien otro cabo importante: parecíale prudente tentar antes el vado en Palacio.

Currita ofreció al punto sus servicios: era ella dama de honor desde los tiempos de Isabel II, y al casarse el monarca dos meses antes, habíase visto obligada la nueva Reina á enviarle también su cruz de dama... Martínez meneó la gran cabezota: no era esto precisamente lo que él iba buscando, porque el explorador á que había echado el ojo para que como heraldo suyo entrase en Palacio, era Jacobo: podía éste como Grande de España...

La Baronesa viuda de Platavieja le cortó la frase, entrando en la sala seguida de sus seis hijas, amables retoños que en unión de la madre formaban en cantidad y calidad la suma total de los pecados capitales, nombre por el cual se las conocía en la corte... Madre é hijas venían también presurosas é indignadas á protestar delante de la *pobre Curra,* y la señora Baronesa aseguró *coram populo,* que lo que había hecho la Villasis aquella noche, era ni más ni menos que un *timo!...*

—¡Un verdadero timo!—repitieron en coro las amables señoritas de Platavieja, rodeando al punto como enjambre de mariposas á los dos diputados, jóvenes y solteros, con la idea sin duda de pegarles alguno.

Imposible fué ya continuar la plática ante aquellos testigos, y la noche corrió lenta y aburrida, sin más incidentes. María Valdivieso, que andaba de monos con su prima, procuraba bostezar con fingido disimulo, siempre que la miraba ésta; la embajadora de Alemania cantó con notable falta de gracia una *balada* que calificó la Duquesa de *ladrido,* y á las doce y cuarto, cuando Pedro López después de tomar el té y encerrar en sus bolsillos provisión de *sandwichs* suficientes para toda la semana, comenzó á hacer el recuento

para la crónica de salones que publicaba *La flor de lis* todos los sábados, sus ojos atónitos pudieron tan sólo contar bajo los artesonados techos, el número exiguo de catorce señoras: siete pertenecían á la familia de los pecados capitales, y las otras siete podían repartirse entre la de los enemigos del alma, mundo, demonio y carne...

La Marquesa de Villasis triunfaba en toda la línea, y las *ciento veinte* mujeres honradas que reunió aquella noche en su casa, y siguió reuniendo todos los viernes, vinieron á probar á los pesimistas lo que había dicho ella misma á la Marquesa de Butrón, en época no lejana.

—Madrid no es un lodazal...

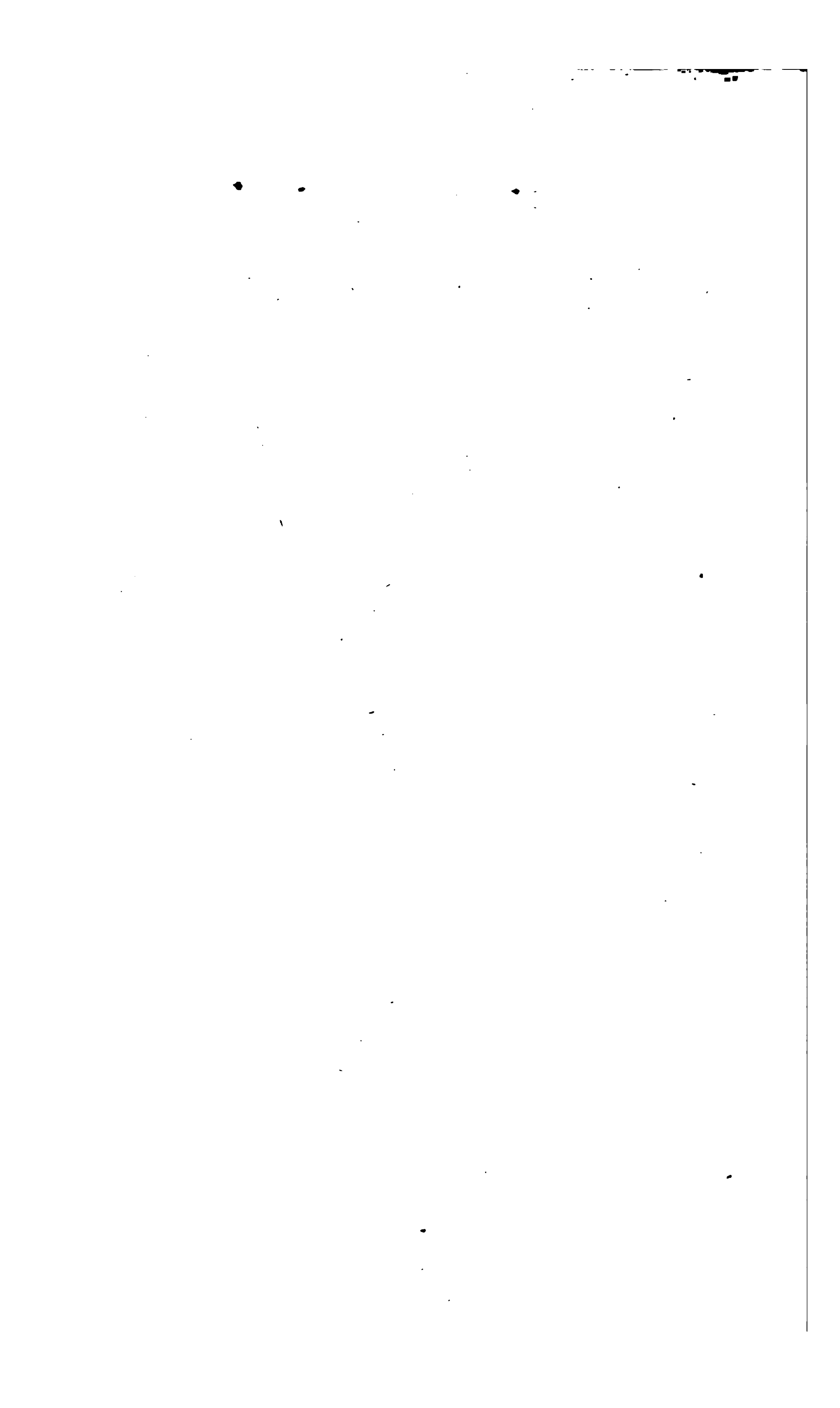
Cierto que hay en él *algo que huele á podrido,* y esparce por todas partes su mal olor, á la manera que las emanaciones de una pequeña charca se extienden é inficionan toda una hermosa campiña, y tiñen la vegetación salubre con los mismos desconsoladores tintes de la enferma. Mas este algo podrido, esta charca hedionda, desbordada siempre por la desvergüenza propia y la cobardía ajena, mezclándose con el agua pura y comunicándole en apariencia sus impurezas, habíale ella estancado en casa de la Albornoz, y al quedar deslindados los campos, la lógica de los números metió la mano inexorable *dessus du panier* del gran mundo, y sacó tan sólo catorce mujeres perdidas, por ciento veinte mujeres honradas.

Un periódico regañón hizo, sin embargo, de las damas de aquel tiempo, otra subdivisión distinta.

Bastantes buenas.

Pocas malas.

Muchas que siendo de las primeras, se parecen á las segundas.





V

LA noticia cayó como una bomba, y aunque muchos quisieron negarla frente á frente de la evidencia misma, estrellábanse sus negaciones contra un documento oficial, legítimo y auténtico, que había circulado el día anterior por todas las casas de la Grandeza. Era un oficio de la Mayordomía mayor de S. M., en que el Jefe superior de Palacio decía letra por letra y punto por punto, á todos los Grandes de España... «Excmo. Sr.: S. M. el Rey D. Alfonso XII (q. D. g.) se ha servido señalar la hora de las dos de la tarde del día 7 de Febrero, para la ceremonia de cubrirse ante su Real presencia, los señores Grandes de España que al margen se expresan, etc., etc...» Y entre aquellos nombres al margen expresados, por rigoroso orden de antigüedad inscritos, recordando todos ellos la grandeza de los caracteres, la firmeza de las virtudes, la nobleza de los pensamientos y el valor de las hazañas de que está llena nuestra historia, leíase con todas sus letras, puesto el segundo, el del Excmo. Sr. D. Jacobo Téllez-Ponce Melgarejo, Marqués de Sabadell.

El caso era curioso, y los aficionados á investigar la razón última de los actos del prójimo, los inteligentes en escudriñar los puntos oscuros de los más sencillos eventos de las vidas ajenas, los más hábiles peritos en el arte sutilísimo de atar cabos con cabos, encontraron al punto empalmes subterráneos entre el oficio del Jefe superior y el suelto que había publicado *La flor de lis* algunos días antes. Según ésta, susurrábase que cierto personaje de gran importancia, retirado algún tiempo de la política, volvía de nuevo á la arena del combate, seguido de *numerosa mesnada,* y enarbolando en su robusta mano, con honrada independencia, la bandera de Alfonso XII...

Una dama angelical, conocidísima en los altos círculos por su ingenio, su elegancia y su belleza, habíale arrancado en un banquete una confesión explícita, aunque no pública, de sus nuevas simpatías dinásticas...

Un ramo de violetas había sido la ocasión, y un ángel fué el instrumento. ¡Feliz el atleta que entra en la nueva senda bajo tan poéticos auspicios!...

El suelto delataba por lo cursi la pluma de Pedro López, y el resto de la charada fué descifrado sin más que una leve duda... En buen hora que Martínez fuese el atleta; ¿pero cómo diablos podía ser Currita el ángel de la adivina?... Uno descifró el enigma.

—De manera muy sencilla... También Lucifer lo fué.

Quedaron todos convencidos, y el ministerio de instrucción pública, confiado á las lenguas murmuradoras, comenzó á analizar con investigadora atención el hecho de que se trataba...

Desde luego saltó á la vista de todos una particularidad, por decirlo así, de índole doméstica: Jacobo era tan sólo Marqués consorte, y veníanle sus derechos á la Grandeza exclusivamente por su mujer, de la cual estaba separado

hacía doce años... Discutióse el punto, y quedó convenido por unanimidad, que el hacer uso de este derecho era, por parte de Jacobo, una verdadera indecencia.

Una vez fallado este punto, pasóse á considerar los hilos diplomáticos que unían la charada de *La flor de lis,* con el oficio del Jefe superior de Palacio ..

Jacobo habíase afiliado después de la Restauración, en la *mesnada* revolucionaria capitaneada por el atleta Martínez, que tan solo había reconocido hasta el presente al nuevo monarca, en un banquete privado y bajo el símbolo de un ramo de violetas, presentado por un ángel no inscrito en las jerarquías celestiales... El hecho, pues, de presentarse el Marqués consorte en Palacio, indicaba á las claras que el buey Apis, su jefe, daba otro paso adelante, enviando un fiel explorador á la fértil tierra de Mesopotamia...

El hecho resultaba evidente, y quedó también convenido que el caso, sin dejar de ser una indecencia, era al mismo tiempo un acto político, cosas ambas que, según dictamen de peritos, podían aunarse y darse las manos en amigable consorcio, como se las habían dado ya el atleta, el ángel y el ramo de violetas...

Otro tercer problema apareció al punto sobre el tapete, como consecuencia legítima del primero, y secuela irremisible del segundo... ¿Quién sería el padrino que presentase al héroe en la corte?... ¿Quién tendría valor suficiente para apadrinar una indecencia, y correr los futuros contingentes de un avance político?...

Era tradicional costumbre entre los Grandes que habían de cubrirse, convidar para ser apadrinados en la ceremonia, á aquel otro Grande ya cubierto, que de cerca ó de lejos fuese el jefe de la familia, y éralo de la de Sabadell, el anciano Duque de Ordáz, prototipo de honradez y de nobleza...

Los olfatos más diestros en aquello de seguir la pista á

un enredo, pusiéronse al punto en movimiento, y á poco quedó averiguado que Jacobo había tenido la desfachatez de convidar al viejo Duque, y el noble anciano el decoro de negarle la demanda. La incógnita quedó, pues, sumida en el pozo del misterio, sin que lograsen sacarla á flote los retorcidos hilos de la conjetura; una esquelita litografiada, que vino siguiendo paso á paso al oficio de Palacio, encargóse dos días después de tirar de la manta; los curiosos batieron palmas:

¡Albricias, albricias!
Padrino tenemos...

En la esquela decía: «El Marqués de Villamelón y de Paracuellar, Conde de Albornoz y de Caltañazor, suplica á V. E. se sirva asistir á la ceremonia de cubrirse de Grande de España el Excmo. Sr. D. Jacobo Téllez-Ponce Melgarejo, Marqués de Sabadell, de quien es padrino, para cuyo acto se ha servido S. M. señalar el día 7 de Febrero de 1878 á las dos de la tarde, en su Real Cuarto».

El éxito sobrepujó á la expectación, y añadióse al caso, *nemine discrepante*, otro tercer carácter... Sin duda era una indecencia, de cierto era un acto político, y de seguro prometía ser un sainete chistosísimo.

El día amaneció nublado, era el viento muy frío, y gruesos copos de nieve comenzaron á caer entrada ya la tarde, cual espesa lluvia de jazmines. Un gran landó desembocó entonces como un rayo por la derecha del Real, describió un rápido semicírculo en torno de la Plaza de Oriente, y se detuvo frente á Palacio, en la puerta del Príncipe, de repente, en firme, con una de esas paradas maestras con que solo la férrea mano de Tom Sickles sabía sujetar un tronco sin destrozarlo. Su cara de remolacha aparecía en efecto en lo alto del pescante, zambullida en enorme cuello de pieles, y

su cabeza cuadrada quedó al descubierto, cuando saltando Fritz del asiento como empujado por un resorte, abrió la portezuela tieso, acompasado y expedito, como verdadero lacayo elegante y correcto.

Asomóse entonces por la portezuela un sombrero de tres picos con plumas blancas rizadas, y luego un zapato de charol con hebilla de oro, y una pantorrilla bien rellena, calzada con media de seda blanca. Sonó después dentro del coche un ¡¡Berrr!! formidable, vehemente y angustioso, como el del que se arroja á un estanque de agua helada, y apareció al fin uniendo aquellas extremidades un magnífico abrigo de pieles de marta que envolvía el Marqués de Villamelón, vestido de gran uniforme. Hubo un momento de pausa, en que Fernandito daba pataditas en el suelo, diciendo con grande impaciencia: ¡Vamos!...

Apareció entonces la formidable cabeza del buey Apis, y á poco el Excmo. Martínez de cuerpo entero estaba á su lado, envuelto en su levitón, y con su inseparable garrote en la mano. Otra pequeñita oculta bajo un guante oscuro asomó entonces por la portezuela, posóse en la de Villamelón, y sin tocar casi en el estribo, vióse saltar en tierra la elegante figura de la Marquesa de Valdivieso.

Hubo una nueva pausa, hubo nuevas pataditas de Fernandito repitiendo: ¡Vamos!, y apareció entonces muy despacito la roja cabecita de la Albornoz, engarzada en un sombrerito negro; recorrió con rápida mirada los varios coches detenidos á uno y otro lado de la puerta de Palacio, y bajó después lentamente, mirando siempre en torno suyo, y diciendo al cabo muy disgustada:

—Pues no ha venido todavía.

—¡Si no tiene formalidad ninguna!—replicó Villamelón muy impaciente.—Apuesto á que llega tarde. ¿Sabes?...

Y como si el reloj de Palacio quisiera aumentar su zozo-

bra, dió en aquel momento la una y tres cuartos. Villamelón ofreció el brazo á la Valdivieso para subir la gran escalera, y Currita subió detrás apoyada en el del buey Apis. Por el ramal opuesto, subía al mismo tiempo un viejo gordo, con la barba blanca muy recortada, hablando vivamente con otro viejo flaquito, muy atildado y pulcro; el gordo vestía sencilla levita abrochada, y el flaco uniforme de teniente general, con sus accesorios de gala.

Al verles Currita, apretó vivamente el brazo del buey Apis, diciéndole muy por lo bajo:

—Mire V. quien va allí, Martínez... Gallego, el ministro de Gracia y Justicia... En cuanto le vea á V. se asusta... ¡Anda!... ya nos mira... ¡Qué delicia!... De fijo que esta noche se declara en el Gabinete la crisis...

La presencia del buey Apis produjo en efecto honda impresión en el viejo gordo designado por Currita como ministro de Gracia y Justicia; detúvose un instante sorprendido, llamó la atención de su compañero, y dialogaron breve rato, él como extrañado y suspenso, el otro como asombrado de su extrañeza.

La cosa íbase formalizando; desde la caída de Amadeo no había entrado Martínez en Palacio, y su presencia allí en aquel momento, aunque fuera sólo como curioso, prestaba al acto de Jacobo una sanción pública que acrecía su importancia. El Excmo. Martínez, mirando de reojo al ministro, manifestó deseos de conocerle; Currita no le dejó acabar.

—Pues nada más fácil... Ahora mismo; ya verá V....

Y contestando con un gracioso saludo al profundo que ya en lo alto de la escalera le hacían los dos viejos, dijo de pronto:

—¡Gallego!... Un momento... Tengo que pedirle á V. un favor... Necesito una cruz sencillita... una encomienda

de Isabel la Católica ó de Carlos III, cualquier cosa... Se casa un chico de mi apoderado de Granada, y quisiera hacerle ese regalito... Es un poquito vanidoso, y le gusta colgarse dijes... Con que le mandaré á V. una notita... ¿Eh, Gallego?...

Y luego, de repente, como cayendo en la cuenta:

—¡Ay, por Dios, dispénseme!... ¿No conocía V. á Martínez?... Martínez... el Sr. Fernández Gallego, ministro de Gracia y Justicia... Mi buen amigo, D. Juan Antonio Martínez...

Saludáronse ambos personajes con grandes cortesías, y Currita, con el airecillo de princesa de los Ursinos, propio de las mujeres, cuando juegan en público á las muñecas con los hombres políticos, comenzó á caminar entre ellos hacia la puerta de la Saleta. Allí la esperaba Villamelón, nervioso, azorado, impaciente, mirando sin cesar hacia la entrada de la escalera...

—Pero, Curra, por Dios, te quedas parada por todas partes. ¿Sabes?... ¿Y Jacobo, no ha venido?... De fijo que llega tarde... Tú, busca un buen sitio y llévate á Martínez. ¿Me entiendes, Curra?... Con esa calma ni vas á oir á Jacobo, ni me verás á mí tampoco... ¡Anda!... ¡las dos ya en Palacio!... ¡Se acabó! Me deja plantado; ahora sí que llega tarde...

Y tarde y apresurado llegaba en efecto Jacobo en aquel momento por el extremo de la galería, airosamente terciada la blanca capa de santiaguista, con que encubría su pintoresco uniforme de maestrante de Sevilla.

Villamelón no le dejó respirar; apenas si pudo cruzar una cariñosa sonrisa con la dama, un apretón de manos con Martínez, y el impaciente padrino, tirando de él á la rastra, llevóselo por la puerta de la Saleta. Esperaban allí los Grandes que habían de cubrirse, y los que habían de

apadrinarlos, formando un brillante conjunto de vistosos y variados uniformes, entre los que se destacaban las negras manchas de alguno que otro frac de severo é irreprochable corte.

Mientras tanto, disponíase en la antecámara la aristocrática ceremonia, instituída en rigor de verdad por el emperador Carlos V cuando limitó el privilegio de cubrirse ante el Rey, común antes á todos los títulos, á doce Grandes de España, que se llamaron desde entonces *Grandes de primera clase,* y fueron los Duques de Medinasidonia, Alburquerque, Infantado, Alba, Frías, Medina de Rioseco, Escalona, Benavente, Nájera, Arcos, Medinaceli y el Marqués de Astorga.

De entonces acá apenas ha variado esta ceremonia, que acostumbra á celebrarse, como la mayor parte de los actos de etiqueta, en la antecámara de los reyes.

Forma esta pieza un vasto cuadrado, de severa magnificencia, cuyo techo, pintado por Maella, representa una alegoría capaz de infundir pavor á todos los grandes personajes que por allí pasan, destinados á figurar en la historia; la Verdad, descubierta por el Tiempo. Entrando por la puerta de la Saleta, ábrense á la derecha dos balcones que dan á la Plaza de la Armería, á la izquierda dos puertas que llevan á los aposentos interiores, y al frente una mampara que comunica con la cámara.

Hállase tapizada toda la pieza de rica tela azul muy oscura, con grandes flores de lis, y las iniciales *A* y *B* entrelazadas y realzadas en terciopelo; cuatro grandes retratos de Carlos IV y María Luisa, Fernando VII y la reina Amalia, ocupan los huecos correspondientes á uno y otro lado de las puertas de la cámara y la Saleta. Alrededor de los muros hay banquetas de la misma tapicería que cubre á éstos, y cinco soberbias consolas de mármol y bronce, sostenien-

do candelabros y bustos de Isabel II y Francisco de Asís, Felipe V y Fernando VI.

Entre los dos balcones, sobre una de estas consolas y frente á una chimenea de mármol jaspeado que corona un colosal espejo, vése otro gran busto de Carlos III, cubierta por el manto real la armadura ricamente cincelada.

Hallábanse abiertas todas las puertas de la antecámara, excepto la de la Saleta, y apiñábanse detrás de las cortinas las familias y amigos de los Grandes, deseosos de contemplar el señoril espectáculo. Ante la puerta de la cámara, veíase una mesa cubierta por rico paño de terciopelo granate, y un gran sitial destinado al Rey.

Á las dos en punto entró éste por la puerta de la cámara, seguido del Mayordomo mayor, el Grande del servicio, los ayudantes y todos los Grandes ya cubiertos; vestía el Rey el uniforme de capitán general, y traía el tricornio en la mano. Sentóse y cubrióse, y los Grandes se cubrieron y quedaron de pie á uno y otro lado de la Saleta.

Iba á comenzar la ceremonia.

El Secretario de la Real Estampilla, destinado á dar fe del acto, abrió entonces la gran puerta de caoba maciza, y dijo anunciando:

—Señor... El Marqués de Benhacel.

Era este el Grande que, como más antiguo, debía de cubrirse primero; entró entonces un joven, dando la mano derecha á un anciano, y la izquierda al Mayordomo de semana que estaba de servicio. Vestía el joven el uniforme de gala de capitán de artillería, y el viejo, decrépito y encorvado, el de almirante de la Armada, con todo el pecho lleno de cruces: era el Duque de Algar, abuelo y padrino en aquella ocasión, del joven Marqués que iba á cubrirse. Traía el viejo el tricornio puesto, y traía su ros en la mano el joven, dejando al descubierto una cabeza enérgica y muy

española, un poco tostado el rostro por el sol, con ojos negros y vivísimos, que parecían retratar el temple de acero de una raza de valientes.

Su entrada fué magnífica, y un murmullo de respetuosa simpatía acogió á la ilustre pareja, que apareció en la puerta, apoyada en la juventud la vejez, como una esperanza evocando un recuerdo, como una alegoría de la experiencia conduciendo de la mano al valor, á depositar una espada sin mancilla en las gradas del trono.

En el dintel mismo de la puerta hicieron ambos la primera reverencia de corte, en el centro del salón la segunda, y frente á frente ya del Rey, la última; saludaron después á los Grandes colocados á derecha é izquierda, y éstos contestaron al punto quitándose los sombreros.

El viejo Duque y el Mayordomo hiciéronse entonces un paso atrás, y quedó solo el Grande novicio en mitad de la sala. El Rey, haciendo un saludo militar, dijo:

—Marqués de Benhacel, cubríos y hablad.

Cubrióse en el acto el Marqués, y dirigiéndose al Rey, pronunció un breve discurso, en que, según la costumbre, trazó á grandes rasgos la gloriosa historia de su familia, que comenzaba en aquel Fortun de Torres que peleó con Alonso el Sabio, y murió en el Alcázar de Jerez, agarrando con los dientes la bandera de su Rey, por no poderla ya sujetar ni defender con sus dos manos mutiladas...

La voz del artillero, tímida y entrecortada al principio, fuése poco á poco vigorizando, cual si aquellos hechos gloriosos encontraran en su corazón eco suficiente para imitarlos, y cuando llegó á describir un episodio de Trafalgar, que llamó último timbre de su familia, su acento vibraba con esas misteriosas inflexiones del sentimiento que parecen elevar al orador á una esfera más alta, prestándole no

sólo facultad para persuadir y fuerzas para conmover, sino hasta derecho para mandar...

Gravina agonizaba en la cámara, y el navío *Príncipe de Asturias* volvía á Cádiz desmantelado, al mando de un hombre, que entró en el combate con tres hijos y volvía á su hogar con uno solo, el más joven, guardia marina de pocos años. La tempestad arreció al promediar la noche, y fué necesario picar un palo, que quiso la desgracia quedase sujeto por un cable á la cofa haciéndole escorar con riesgo cierto de hundirse; tres gavieros subieron uno tras otro á cortar el cable, y á los tres los arrebató la borrasca y los sepultaron las olas.

Entonces, aquel hombre de hierro que vió á la diezmada tripulación temblar ante la horrible obediencia, volvióse á su hijo, único que le quedaba, ídolo de su corazón y esperanza última de una gran familia, y díjole tan sólo:

—Señor guardia marina... Á V. le toca.

El niño, con el hacha entre los dientes, trepó hasta la cofa, y porque la Virgen María le ayudó, cortó el cable...

Y en medio de ese profundo silencio que ata las lenguas y humedece los ojos, cuando lo sublime embarga el corazón y levanta el pecho con el temblor de un sollozo, volvióse Benhacel lentamente al viejo Duque, y añadió mostrándolo:

—Aquel guardia marina niño, era mi abuelo; el héroe, era su padre.

—El mío—prosiguió con una voz en que se notaban dejos del llanto—sirvió también á su Rey en la Armada real hasta el año 68... en el mes de Setiembre se arrancó los entorchados y rompió su espada... Yo, señor, desenvainé la mía por primera vez en la batalla de Alcolea, y fiel á las tradiciones de mi raza, vengo á ofreceros hoy como Grande lo que ya os di como soldado...

Y al llevar, diciendo esto, la mano derecha á la empuña-

dura de la espada, vieron todos que le faltaban en aquélla los dos dedos de en medio. Un casco de granada se los arrancó en Alcolea.

Benhacel calló, y en medio del homenaje más grande que pueden prestar la admiración y el respeto, el silencio, descubrióse, hincó una rodilla en tierra, y besó la mano del Rey; saludó después á los Grandes de uno y otro lado, y acompañado de su abuelo, fuese á colocar entre ellos. El viejo lloraba como un niño; uno le dijo:

—¡Llora el almirante, y no lloró el guardia marina!...

Por desdicha no acabó aquí la ceremonia; el Secretario de la Real Estampilla abría de nuevo la puerta de la Saleta, y tornaba á anunciar:

—Señor... El Marqués de Sabadell.

El sainete comenzaba, y apareció entonces Villamelón, solemne, imponente, erguida la cabeza, tieso el torso ya algo panzudo, trayendo de la mano á Jacobo, que ofrecía el tipo de hombre más hermoso, elegante y señoril que pudiera imaginarse. Ajustaba su airoso talle la casaca encarnada de los maestrantes de Sevilla, con sardinetas y charreteras de plata, y cruzaba su pecho de un lado á otro, una de esas grandes bandas que se crean para premiar el mérito y fomentar la virtud, y se usan para satisfacer vanidades ó adornar buenos mozos; el calzón de punto blanco ceñía la bien formada pierna, y la alta y charolada bota y el tricornio con finísimo penacho blanco completaban aquel pintoresco traje.

Cumplido el ceremonial, Villamelón abandonó la mano de su ahijado, y quedóse atrás, en actitud señoril, pero estudiada, contemplando extático las grandes narices de Carlos III que tenía frente á frente, mirando de cuándo en cuándo con el rabillo del ojo á uno y otro lado, y diciendo para sus adentros:

—Mucho me miran... Debo de estar hermoso.

Quedó Jacobo solo en medio de la antecámara, un poco cortado; mas al sentirse blanco de una atención que harto comprendió él no serle benévola, crecióse su orgullo y despertó su natural audacia, y lanzó en torno una mirada que quiso hacer altiva y fué solo insolente, quiso hacer serena y fué solo provocativa.

Los curiosos se apiñaban tras las cortinas, y Currita, en primera fila, devoraba á Jacobo con la vista; Martínez, á su lado, estrujado casi contra el quicio mismo de la puerta, no podía verle, mas prestaba oído atento lleno de ansiedad, mordiendo con la cabezota baja el puño de su garrote.

Tras la mampara de la cámara, á espaldas mismas del Rey, sentíase el crujir de algunos trajes de seda; díjose después que desde allí había presenciado la Reina la ceremonia.

Los Grandes alargaban las cabezas, ansiosos de oir á Jacobo... Acababan de ver retratado cual en un espejo en el discurso de Benhacel lo que debe de ser un Grande, lo que significa aquel lema de la antigua hidalguía *nobleza obliga,* que no exige ciertamente que cada título de Castilla sea un genio, ni cada Grande de España un héroe, ni cada apellido ilustre un santo; porque ni el genio se hereda, ni la inteligencia se vincula, ni el heroísmo es un pergamino, ni la santidad un mayorazgo. Pero que exige é impone con la fuerza imperiosa de un deber de conciencia, la obligación de considerar en la Grandeza una *carga* á la vez que un *honor;* de servir de ejemplo en los pensamientos, en las palabras, en las acciones y en las costumbres; de sostener la dignidad de las glorias que representa; de echar como Breno, el peso de la espada ó el peso de la inteligencia en la balanza en que oscilan la ruina y el esplendor de las naciones; de sentir algo más que voluptuosidades; de querer algo

más que placeres; de saber defender un trono cuando se hunde, como en España el 68; de saber morir con un Rey, cuando le degüellan, como en Francia el 93...

Y entonces, reciente aún aquella impresión nobilísima que elevaba las inteligencias y movía los corazones, iban á ver en Jacobo lo que es esa misma Grandeza, cuando refleja en un charco los rayos de su gloria, cuando el vicio la deslustra y la bajeza la empuerca, y el olvido de la propia dignidad la pone al servicio de un Martínez, que apoya en ella la pataza para encaramarse en lo alto, y darle después, una vez arriba, desde la cumbre de su insolencia, la más ignominiosa de todas las coces, la coz del asno...

Jacobo hablaba bien, y era la más mimada de todas sus vanidades la vanidad de su elocuencia; mas no osó, sin embargo, confiar su discurso á la memoria, y limitóse á leerlo, temeroso de pasar por alto alguno de los habilidosos rodeos, con que procuraba sortear los grandes escollos que por todas partes le cerraban el paso.

Hízolo en efecto con notable maestría, en que creyeron descubrir algunos las macizas huellas del buey Apis, y cuando cesó de hablar, las miradas significativas de todos se cruzaron de uno á otro lado...

El hecho era cierto, Martínez y su mesnada cantaban la palinodia, y el Grande de España consorte era el encargado de hacer llegar el reverente clamor á los oídos del monarca.

Alármáronse los parciales del Gobierno, y el Sr. Fernández Gallego, que entre los curiosos andaba agazapado, frunció el acento circunflejo que sobre la nariz tenía, á la vista de aquella nube de bárbaros hambrientos, que salían de los bosques talados de la Revolución, y amenazaban invadir las fértiles llanuras del Presupuesto, que ellos solos cultivaban. ¿Cuál sería la actitud del monarca?...

Esto se preguntaban todos los ojos, y esto excitó todas

las curiosidades, mientras los doce Grandes que aún quedaban por cubrir, leían sus discursos y terminaba la ceremonia.

Levantóse al fin el Rey, y con la cabeza descubierta dió una vuelta á la antecámara, hablando y saludando á todos los Grandes.

Nadie chistaba; había llegado el momento de conocer si el memorial de Martínez era acogido ó rechazado, si era necesario pactar con los invasores ó perseguirlos, como á perro que huye con maza al son de almireces y cencerros, hasta los confines de sus bosques desiertos.

Hubo un mal síntoma; el Rey pasó ante Villamelón sin hablarle, haciéndole tan sólo un leve saludo; detúvose después un gran rato con el viejo Duque de Algar y su nieto, y llegó al fin á Jacobo que se hallaba de pie en pos de éstos. Hubiérase podido escuchar en la antecámara el vuelo de una mosca, percibir el rumor de la huella más callada, del paso mismo de la muerte.

Paróse el Rey ante Jacobo, y le miró sonriendo con cierta chusca malicia.

—¿Qué tal, Sabadell?... ¿Y su amigo de V. Martínez?... Me han dicho que le gustan mucho las violetas... Dígale V. que en la Casa de Campo las hay muy tempranas... Por allí iré yo el jueves; á las cuatro...

Y sin añadir una palabra más, volvióle la espalda...

Harto había dicho sin embargo, y un resoplido inmenso resonó entonces tras la cortina de la izquierda, como el aliento de un pechazo comprimido, que al fin se desahoga: era el buey Apis, el Excmo. Martínez que hubiera soltado en aquel momento un relincho, como en sus expansiones de alegría los mozos de su tierra, y estrujado entre sus brutales brazos, como un Hércules que abrazara á un insecto, á su ilustre aliada Currita.

Ella, sin poder disimular tampoco el vivo gozo del triunfo, díjole imprevisoramente:

—Martínez... Encargue V. el uniforme.

Y una vocecita burlona, que jamás se pudo averiguar de donde había salido, contestó á su espalda:

—Con que vuelva del revés el de D. Amadeo, sale del paso sin gastos...

Quedaba aún la parte más pintoresca de la ceremonia, que había de ser para Jacobo la apoteosis del triunfo. Retirado el Rey á sus habitaciones, salieron de la antecámara por orden de antigüedad los Grandes recién cubiertos, para ser presentados al cuerpo de Alabarderos.

Hallábanse éstos formados á uno y otro lado de la doble escalera, y los Grandes, llevando á la derecha sus padrinos, debían de bajar por un ramal y tornar á subir por el otro, al son del golpe de las alabardas, que les hacían el saludo de honor.

Los curiosos llenaban el frente de la galería y la parte baja de la soberbia escalera, cuya bóveda, pintada por Giaquinto, representa á la España ofreciendo á la Religión sus virtudes y trofeos.

Cuando Jacobo puso de nuevo el pie en la galería, y salieron á su encuentro Currita y otros amigos, ansiosos de darle la enhorabuena, el orgullo satisfecho reflejaba en su semblante una especie de vértigo, y hubiera gritado como el Nabucodonosor de la ópera:

¡Io non Ré, so Dio!...

Buscó con la vista á Martínez, y vióle á diez pasos de distancia, con la cabezota ladeada, apoyado en su garrote, y su risa de paleto sobre los labios, recibiendo también sus homenajes.

Un grupo de palaciegos le rodeaba, oprimiéndose y es-

trujándose por estrechar su velluda manaza, entre las suyas finas y enguantadas, al compás de previsoras lisonjas. El general que acompañaba antes al ministro de Gracia y Justicia, invitábale muy finamente á una cacería en sus tierras de Pardillo; era Grande de España, y llamábanle en Palacio el *cuclillo indicador*, por ser siempre el primero en adivinar la mata, por donde había de saltar un ministro.

Nevaba furiosamente, y angustiado Fernandito daba prisa por marcharse. Currita convidó á comer á Martínez y á Jacobo, y ambos aceptaron, mas éste quiso llegar antes á su casa para quitarse el uniforme.

En la bandeja destinada en la antesala á recibir las tarjetas y las cartas, vió un gran oficio entrelargo, y lo recogió al paso, mientras le quitaba Damián la blanca capa de santiaguista, con la roja cruz en el lado izquierdo. Molestábale mucho una de las altas botas del uniforme, y sin esperar á Damián, quiso quitársela él mismo, en cuanto entró en la alcoba; no pudo sin embargo conseguirlo del todo, y quedóse con ella á medio descalzar, sentado en una butaca, esperando al ayuda de cámara. Tardaba éste, é impaciente Jacobo, abrió mientras tanto el oficio.

Sobre un pliego de papel blanco, vió destacarse ante su vista el sello rojo que había cerrado en otro tiempo el sobre exterior de los documentos masónicos.

Miró lo un momento aterrado... Parecíale una gota de sangre.





VI

Era al día siguiente Domingo de Carnaval, y Madrid amaneció con el suelo emporcachado y el cielo radiante, como una meretriz coronada de flores y sentada en un charco: un fuerte viento del Norte había barrido las nubes, y helado por los rincones los restos de nieve que habían logrado sustraerse á las pesquisas de la escoba municipal.

El frío era grande y ayudaba á la pereza á mantener agazapados entre las calientes ropas del lecho aun á los más madrugadores. Damián oyó las ocho en su cama, y volvióse del otro lado, esperando que el Sr. Marqués no necesitaría de sus servicios, según su costumbre, hasta muy entrada la mañana: un violento campanillazo vino sin embargo á hacerle saltar despavorido...

El Sr. Marqués llamaba, y llamaba tan de prisa, que aun antes de que Damián lograse medio vestirse, sonaron otros dos fuertes repiques, en cuyo timbre creyó reconocer el ayuda de cámara, todas las intemperancias del mal humor que se desborda, y de la impaciencia que estalla.

Arreglándose con los dedos la negra y rizada cabellera,

abrió violentamente la puerta del despacho, para llegar por allí más pronto á la alcoba, y quedóse parado en el dintel, tieso como un huso, cuadrado como un quinto, y estupefacto cual si hubiese visto levantarse el sol, en mitad de la noche.

El Sr. Marqués, vestido ya por completo de mañana, hallábase sentado á su mesa de escribir, con una carta cerrada en la mano.

—¿El Sr. Marqués ha llamado?...

—No he llamado... he repicado trescientas veces—exclamó Jacobo con ira; y dominándose al punto, alargó á Damián la carta, diciendo sin mirarle:

—Esta carta á su destino... La llevas tú mismo al momento... Si no viviese allí ese... señor—que bien pudiera ser—preguntas al portero dónde se ha mudado, y allí la llevas... ¿Te enteras?...

Hizo Damián una muda reverencia, y salió leyendo el sobrescrito de la carta, que era el siguiente: «Sr. D. Francisco Javier Pérez Cueto. Calle de X.**, núm. 10, tercero, derecha».

Encogióse Damián de hombros por parecerle el tal Pérez Cueto algún pobre diablo que no merecía se molestase él en llevarle una carta, y Jacobo quedó solo, preguntándose qué se hace un hombre en esta vida, levantado desde las ocho de la mañana.

La campana de la vecina iglesia de San José comenzó á tocar en aquel momento, como si quisiera contestarle que ir á Misa, y Jacobo recordó entonces que hacía catorce años, desde el primero de su matrimonio, que no había oído ninguna.

Sintió entonces cierta tristeza, cierto malestar que le aquejaba á pesar de sus satisfacciones de la víspera, desde el momento en que los masones habían repetido por segunda vez aquella ridícula *broma del sellito,* que ahora como

entonces había venido á asustarle primero, á irritarle después, y á despertar por último su fogosa é irreflexible actividad de un momento, á la vista de aquel peligro misterioso que hubiera debido conjurar ya dos veces, sin haberlo hecho ninguna. Lamentábase entonces de su imprudente apatía, y prometiéndose remediarla, confesábase allá en el fondo de su corazón:

Que propio del cobarde es,
Llorar la ocasión perdida.

No la juzgaba él, sin embargo, pasada del todo, puesto que tenía en su poder las cartas de Garibaldi, que explicaban su conducta y garantían su persona. Cierto que habían perdido ya estas cartas mucho de su fuerza, por haber muerto en aquel intervalo el viejo revolucionario, y por su demora propia en entregarlas; mas no le faltarían á él mentiras complicadas y habilidosos enredos para explicarlo todo á su gusto, y además, su posición había de variar muy pronto, adquiriendo grande importancia.

Opinión de todos fundadísima era que el buey Apis estaba abocado á ser Presidente del Consejo, en cuanto viniera á tierra aquel Gabinete que ya se tambaleaba, y entonces, ¡oh entonces! sería él seguramente ministro, y desde las alturas del banco azul, teniendo él la sartén por el mango, podía ya reirse impunemente, así de las burlas como de las amenazas de los masones.

Aquella noche, mientras desvelado daba vueltas en el lecho sin poder desechar su inquietud, no obstante sus razonamientos, decidió, sin embargo, no esperar esta vez para tomar un partido, al tercer acto de la estúpida comedia, á la llegada del tercer sellito...

Venían dirigidas las cartas de Garibaldi á un H.o.·. Neptuno, gran personaje en las logias, que despojado del tri-

dente, la corona de algas y los simbólicos tres puntos, quedaba reducido en la vida ordinaria á un D. Francisco Javier Pérez Cueto, fabricante de almidón en uno de los arrabales de la corte; entidad perfectamente desconocida para todo el mundo, tras de la cual, según opinión de algunos, ocultábase cierto personaje famoso que vivió y murió haciendo ruido.

Jacobo no lo ignoraba, y había tenido ocasión de comprenderlo en sus tiempos de amistad íntima con el Conde de Reus. Á este, pues, Pérez Cueto escribió Jacobo una carta, en que con frases muy corteses á la vez que apremiantes, pedíale una entrevista para tratar un asunto de grande importancia; observaba en ella todo el ceremonial masónico, y firmaba con su antiguo nombre de guerra, H.o.·. Byron, basado en su prodigiosa semejanza con el lord poeta...

Media hora larga debía de emplear Damián en ir y volver de casa de Pérez Cueto, y púsose Jacobo mientras tanto á formar en un papelito con las cartas de Garibaldi delante, una especie de cróquis de las mentiras y enredos con que había de probar su inocencia al H.o.·. Neptuno.

Sorprendióle la llegada de Damián en esta operación todavía, é interrogóle al punto con la vista: el Sr. Pérez Cueto estaba en casa, y la carta le había sido entregada.

Jacobo respiró desahogado, como si viera ya con esto finalizado el negocio, y no ocurriéndole otra cosa que hacer desde aquella hora hasta la del almuerzo, parecióle lo mejor meterse de nuevo en la cama; decididamente era una aberración incomprensible, la de aquellas gentes que se levantan antes de las doce del día.

—Si viene alguna carta—dijo á Damián—me despiertas en seguida... Si no, entra á las dos en punto...

Y como ninguna carta vino, entró Damián en la alcoba

á las dos en punto, encontrando al Sr. Marqués profundamente dormido. Levantóse éste de muy mal humor, vistióse muy despacio con su elegancia acostumbrada, almorzó parcamente y sin apetito, y marchóse luego al Veloz, dejando á Damián la orden de llevarle allí al momento cualquiera carta ó recado que para él llegase.

En el Veloz, disipóse de repente su humor negrísimo, y comenzó á reir y divertirse como un muchacho; Gorito Sardona y Paco Vélez, asomados á un balcón, tiraban á los transeuntes un *saquillo*, y púsose Jacobo á ayudarles; era el saquillo un lindo canastito, adornado con cintas y cascabeles, y atado con un cordón de seda lo bastante corto para que no llegase á dar en los sombreros de los transeuntes.

Lanzábanlo con grande fuerza sobre las damas que pasaban, y asustadas ellas con el ruido, encogíanse prontamente, levantando las cabezas; entonces, si eran jóvenes y bonitas, arrojábanles una lluvia de dulces y flores; si eran viejas ó feas, sacábanles la lengua con la mayor insolencia.

El juego, aunque poco digno de un futuro ministro, parecióle á Jacobo muy divertido, y mandó encargar al punto para el día siguiente, en la Mahonesa, un par de arrobas de *conffetti*, especie de bombones rellenos de harina, con que se apedrean las máscaras en el corso de Roma.

Al oscurecer, abandonó Jacobo el balcón para dirigirse á casa de Currita, donde estaba citado con el buey Apis desde la víspera; cierto Senador famoso, disgustado recientemente con el Gobierno, había solicitado de Martínez por medio de la dama una entrevista; y ella apresuróse á ofrecerles, como terreno neutral, su propia mesa; ambos debían, por lo tanto, comer aquella noche en casa de la Albornoz con este objeto, y Jacobo, el niño mimado del nuevo partido, no podía faltar tampoco en aquella ocasión, al lado de su jefe.

El futuro ministro subió por la calle de Alcalá, atravesó la Puerta del Sol, y entró por la calle del Carmen; frente á la iglesia de este nombre había parada una grotesca estudiantina, vestida de amarillo y encarnado, tocando desentonadamente un vals de *La Gran Duquesa*.

Un hombre muy alto, encaramado sobre unos zancos que le ponían al nivel de los segundos pisos, recogía propinas de los balcones, tocando el clarinete y haciendo piruetas; la multitud reía en torno, contemplando las contorsiones del volatinero, y algunos grotescos mascarones chapalateaban sobre el fango, dando vueltas vertiginosas al compás del vals canallesco.

Las sombras del crepúsculo prestaban un tinte oscuro y asqueroso á aquel cuadro de arrabal, en que parecía revolcarse sobre el cieno de las calles, el cieno de las almas.

Jacobo procuraba abrirse paso á través del gentío, arrimándose á la escalerilla de la iglesia; mas detúvose de pronto sorprendido y ocultóse al punto como asustado, detrás de unos mascarones cubiertos con pingajientas colchas de zaraza atadas por la cabeza, que saltaban delante de él, medio borrachos.

Al lado mismo de Jacobo y en su dirección misma, marchaban dos hombres al parecer extranjeros, agarrados del brazo para no separarse el uno del otro, entre los remolinos de la gente. Llevaba el más viejo una bufanda encarnada que le cubría la camisa, un sombrero calabrés algo mugriento, y un arete de oro en la oreja izquierda; el más joven era bajo, rechoncho y sin pelo de barba en la rolliza cara.

Quedóse atrás Sabadell, mirándoles muy espantado como si quisiera reconocerles...

No había duda; era el más viejo un italiano llamado Cassanello, que había conocido él en las logias de Milán, y

vuelto á ver aquel mismo año en Caprera, en casa de Garibaldi.

Los dos hombres se volvieron de repente por no poder atravesar el gentío, y asustado Jacobo cubrióse al punto el rostro con el pañuelo cual si se limpiase las narices, y subiendo muy de prisa la escalerilla del Carmen, entróse en el templo...

Al pronto no vió nada, sino una gran oscuridad cortada en el fondo por un foco de luz brillantísimo, en cuyo centro estaba expuesto en la custodia el Santísimo Sacramento. Distinguíase al pie del altar una gran masa negra, y salía de ella á intervalos un suave clamor, lento y pausado, que parecía contestar á otra voz más enérgica y acentuada.

—*¡Ora pro nobis!...*

Detúvose el fugitivo un momento, turbado, con cierto pavor respetuoso, semejante al del profano que se encontrara de repente en el fondo de las Catacumbas, en medio de los divinos Oficios; á lo lejos, oíanse en la calle el vals de *La Gran Duquesa* y los gritos de la canalla... Dió entonces dos pasos á tientas, extendiendo el brazo para salir por la puerta de en frente á la calle de la Montera, y tropezó con un confesonario arrimado á la pared de la derecha; abrióse al punto la puertecilla baja de delante, y apareció una mano muy blanca pegada á una manga muy negra. Jacobo retrocedió un paso sorprendido, y la puertecilla se volvió á cerrar y tornó á desaparecer la mano, oyéndose una voz pausada que decía en el fondo de aquellas tinieblas:

—Dispense V... Creí que venía á confesarse...

Sublevóse el impío orgullo de Jacobo ante aquellas sencillas palabras, y contestó brutalmente:

—Eso se queda para las viejas...

La voz, sin perder su serena pausa, dijo entonces desde las tinieblas:

—*Vocavi et renuistis*...

—*¿Vocavi et renuistis?*—preguntóse Jacobo sin comprender el significado de la terrible frase.

Y abriendo violentamente la puerta, una gran bocanada de aire ensordeció sus oídos con el vals de *La Gran Duquesa,* apagando por completo el dulce silbo del cielo, el piadoso clamor de la misericordia...

—*¡Ora pro nobis!*...

Por calles extraviadas y volviendo siempre la cara atrás cual si le persiguiesen, llegó á casa de la Albornoz muy agitado. El encuentro de aquel hombre en aquellas circunstancias, habíale inspirado un terror muy parecido al que sintió meses antes, al ver vacíos en el álbum del tío Frasquito los huecos ocupados en otro tiempo por los tres sellos. ¿Qué vendría á buscar aquel pajarraco en la corte? ¿Tendría que ver algo su venida con el asunto de los masones? ¿Habría acaso en todo aquello, algo más que una estúpida broma?...

Encantadora estaba Currita aquella noche con sus rojos pelitos peinados á la griega, y una extraña *toilette* un poco abigarrada, muy propia del caprichoso tiempo de Carnestolendas. No había ido por la tarde al paseo del Prado; incomodábala mucho aquel eterno dar vueltas de los días de Carnaval, expuesta siempre á oir las desvergüenzas que escupen la envidia y la insolencia, tras el anónimo de una careta!... ¡Cuántas había escuchado ella antes de salir escarmentada! Quedóse, pues, en su casita, como mujer de provecho, cuidando de Fernandito que andaba desmazalado, y ya entrada la noche llegó primero el Excmo. Martínez, y á poco el Senador del Reino D. Vicente Cascante.

Jacobo no había venido todavía, y disgustada Currita por creer que toda palabra del buey Apis pronunciada á espaldas de aquel amigo querido, era un fraude que á éste

se hacía, salió impaciente en su busca. Solía Jacobo algunas veces entrar en el *boudoir* ó en las habitaciones de Fernandito, como persona de la más familiar confianza, y no parecer en el salón hasta el momento mismo de la comida. Al atravesar una antesala, encontróse Currita un lacayo, que le presentó una carta en una bandeja de plata.

—Para el Sr. Marqués de Sabadell—dijo.

Tomóla al punto Currita con grande prisa, y miró el sobre; era su letra una de esas letras inglesas de mujer, de rasgos firmes y corridos, y por debajo del nombre de Jacobo decía: *Urgentísima.*

—¿Quién ha traído esto?—preguntó.

—Damián la ha traído... El Sr. Marqués ha estado todo el día esperando esa carta, y dejó dicho que en cuanto viniera se la llevaran al Veloz... Damián fué allí y el señor Marqués había ya salido; tomó entonces un coche y la trajo aquí corriendo.

Currita quedóse un instante muy pensativa, y dijo al cabo:

—¿Y el Sr. Marqués no ha venido?

—No ha venido todavía.

—Está bien; yo se la entregaré cuando venga...

Y con la carta en la mano entróse en el *boudoir,* arrugado el entrecejo, la boca fruncida y torvos los claros ojitos... Á la luz de la gran lámpara sostenida por el negro de ébano, tornó á registrar la carta por todos lados; era el sobre de rico papel muy recio, no tenía timbre, sello ni inicial alguna, y venía ligeramente pegado con la misma goma de los bordes.

Currita introdujo un fino cuchillo de marfil por debajo, y el recio papel, sin doblarse ni romperse, se despegó fácilmente. Venía dentro una de esas tarjetas cuadradas en que suelen escribir sus esquelas las damas elegantes,

cortada de intento la esquina superior izquierda, en que sin duda debió de haber algún timbre ó algún nombre. En breves renglones decía: «La cita que me pide, me compromete mucho; pero cedo á los sentimientos que me inspira, y le espero esta noche de doce á una, en la calle de X.**, núm. 4, principal, derecha. Silencio y discreción. No diga al portero mi nombre; pregunte por la señora de Rosales.—N.»

—¡Qué delicia!—murmuró Currita; y mordiéndose los labios hasta hacerse sangre, volvió á leer por dos veces la carta, sentándose antes en una butaca.

Quedóse luego pensativa breve rato, sin que denunciase su alteración más que un imperceptible temblorcito en la mano que sostenía la carta, una ligera crispatura en los labios, un torvo reflejo en la vista, fija siempre en la alfombra. No era ya su mirada la de ninfa Calipso, orgullosa placentera, rebosando vanidad satisfecha y gratas satisfacciones; era la mirada celosa, furibunda y salvaje, de la Medea que describe Séneca, terrible é imponente en medio de su sombría calma.

Sin perder un punto de la suya, escribió Currita en un plieguecillo de papel timbrado las señas que venían en la carta; volvió á leerla por cuarta vez, y la metió de nuevo en el sobre, tornando á pegar éste con una poca de goma. Mantúvola un momento al calor de la chimenea para dar tiempo á que se secase por completo, y arrojóla luego sobre su lindo escritorio. Entonces llamó á Kate.

—¿El Sr. Marqués de Sabadell ha venido?...

—Ahora mismo acaba de entrar y está en el salón con los señores.

—Ahí encima debe haber una carta... Que se la entreguen en seguida.

Tomóla Kate de sobre la mesa y se dirigió á la puerta;

mas la señora, siempre taimada y astuta, y sin dejar ver á nadie el juego de sus cartas, díjole con voz muy displicente y quejumbrosa:

—Mira, hija, prepárame antes una dósis de antipirina... ¡Me está barruntando una jaqueca!...

Volvió Kate á poco, revolviendo en una copa, con preciosa cucharilla, la medicina pedida.

—¿Han entregado la carta?—preguntó Currita.

—Como dijo la señora Condesa que trajese antes la antipirina...

—Pues anda, mujer... ¡Si dice en el sobre urgente!...

No bien salió Kate, arrojó Currita en la chimenea la medicina, y dirigióse muy de prisa al salón azul, donde acababa de entrar Jacobo. Quería ella ver de cerca la impresión que causaba á éste la lectura de la carta; un momento después presentábasela un criado en una bandeja de plata.

Abalanzóse á ella Jacobo con grande ansia, y sin mirar apenas el sobre, rasgólo en dos pedazos... Currita le devoraba con la vista, mas no pudo notar en su rostro señal de gozo ni satisfacción alguna; observó tan solo una gran ansiedad mientras leía, y luego una honda preocupación que le duró toda la comida. Á veces charlaba largo rato sin cesar un punto, con cierta excitación nerviosa que prestaba brillantez á su conversación, y alarmaba á Currita; otras enmudecía de repente y quedábase pensativo y preocupado, sin prestar apenas atención á lo que en torno de él se hablaba.

Hallábase muy perplejo; había comprendido desde luego que aquella extraña carta, era la respuesta del H.∴ Neptuno, porque á nadie sino á éste había pedido él cita alguna; mas extrañábale por lo mismo la singular manera de su redacción, y el empeño manifiesto que en ella se notaba de encubrir todo lo que pudiera denunciar su carácter masó-

nico, y hacerla aparecer tan solo como una cita galante y misteriosa, según la había juzgado ya, engañándose por completo, la misma Currita.

Despertóle esto la fundada sospecha de si la carta ocultaría algún lazo, y de nuevo renacieron sus temores; mas recordó luego las mojigangas ridículas y los aparatosos misterios de que suelen rodearse siempre los masones, y esforzóse por creer lo que más halagaba sus deseos y ahuyentaba sus recelos; que en todo aquello había tan solo una broma impertinente y ridícula, que había que apurar hasta el cabo, y que la carta de Pérez Cueto era el chasco de Carnaval que debía coronarla. De repente, en uno de aquellos momentos de preocupación que la lucha de estas ideas le causaba, dijo á D. Casimiro Pantojas, que se hallaba á su lado:

—Diga V. Pantojas... ¿Qué significa *vocavi et renuistis*...

Miróle el bueno de D. Casimiro muy asombrado, y satisfecho de poder lucir su erudición, contestóle al punto:

—Significa literalmente *te llamé y me rechazaste*... y son las palabras de Isaías, si mal no recuerdo, que dirige el Señor á los pecadores empedernidos que resisten á su misericordia.

Echóse Jacobo á reir, y Currita le preguntó con malicia:

—¿Piensas hacer en el Senado alguna homilia sobre ese texto?...

—No pienso yo hacerla, sino que me la han hecho á mí esta tarde—contestó Jacobo.

Y añadiéndole ridículos pormenores, contó la escena del confesonario en la iglesia del Carmen, guardándose muy bien de decir el verdadero motivo de su entrada en el templo; según él, habíale sido imposible el tránsito por la calle del Carmen, y atravesó por la iglesia para salir á la de la Montera. Riéronse todos mucho de la ocurrencia del cura,

y el Sr. D. Vicente Cascante, Senador del Reino, dijo con gran prosopopeya é hinchazón sentenciosa:

—Pero noten Vds. cómo en medio de lo ridículo del caso, resalta siempre la soberbia y la insolencia del clero... ¡Siempre disponiendo de los rayos celestes como si Dios les hubiera dado á ellos la llave!... Eso es insufrible, y cien veces lo he dicho y lo repetiré otras ciento; la dureza y la intransigencia del clero, es lo que está carcomiendo la Iglesia de España.

Y el Sr. D. Vicente Cascante, Senador del Reino, para enardecer el celo de la casa de Dios que se lo comía, comióse él una pechuguita de perdiz con gesto de pesar profundo.

Á las once de la noche, el palacio de Villamelón parecía por extraño caso, la morada de la quietud y del silencio; la señora Condesa se había retirado muy temprano á sus habitaciones á causa de una fuerte jaqueca que la molestaba desde la tarde; el Sr. Marqués habíase acostado también, aquejado de fuertes mareos, y la numerosa servidumbre, libre de toda traba y segura de no ser echada de menos, habíase esparcido acá y allá, por los numerosos centros de diversión que ofrecen en Madrid las noches de Carnaval, á las gentes de todas raleas.

No dormía, sin embargo, todo el mundo en la casa; á las once y media abrióse con gran sigilo la puertecilla del jardín pegada por dentro al invernadero, y salió á la calle cautelosamente un bulto negro que cerró por fuera y se alejó rápidamente guardándose la llave.

Era una mujer enmascarada, que á pesar de sus altos tacones y de la especie de gran florón de anchas cintas negras que llevaba en lo alto de la cabeza para aumentar su estatura, aparecía muy pequeña; llevaba sobre un vestido corto de seda negra, un amplio dominó de igual color, y

abrigábase el cuello, espaldas y brazos, con una rica talma de pieles grises.

La incógnita cruzó rápidamente varias callejas sin muestras de miedo alguno, y entró por la calle Ancha de San Bernardo en la Plazuela de Santo Domingo. Detúvose un momento en la esquina y miró á todas partes; la concurrencia era allí todavía numerosa, de máscaras que se dirigían á los bailes, transeuntes que iban de un lado á otro y carruajes que cruzaban. Hacia la calle de Tudescos, había tres simones parados, dormitando sus cocheros en los pescantes; dirigióse la incógnita al de en medio, abrió ella misma la portezuela, y mandó al cochero que despertaba sobresaltado, parar en el paseo de Recoletos, á la entrada de la calle de X.**; era esta calle una de las varias que van á parar perpendicularmente en la de Serrano.

Apeóse la incógnita en el sitio indicado, y ordenando esta vez al cochero que aguardase, entró por la calle X.** mirando á una y otra acera, como si inspeccionase el terreno. Es esta calle muy corta, y formábanla en aquel tiempo, por la acera de la izquierda, la gran verja del jardín que rodea á un Hôtel de Recoletos, un solar lleno de escombros, y la esquina de una casa de la calle de Serrano, en la cual se abría una puertecilla al parecer condenada; á la derecha, extendíase primero la fachada lateral de cierto edificio público; seguía luego un Hôtel suntuoso, y terminaba la acera con otro solar en construcción, y la esquina de otra casa de la calle de Serrano, en que no había puerta ninguna.

La incógnita, en que el lector habrá ya reconocido sin duda á la intrépida Currita, pareció muy perpleja; indudable era que en la calle X.** no existía el núm. 4, puesto que no había otra casa que el suntuoso Hôtel, y en este vivía precisamente, ¡qué coincidencia! la Mazacán en persona...

¿Vendría quizá equivocado el número de la casa, y sería aquella buena alhaja la autora de la carta?... Parecióle esto á Currita improbable, y un hecho positivo la sacó de dudas; abrióse de repente la gran mampara de cristales, que cerraba en el Hôtel el fondo del vestíbulo, y apareció un coche que vino á detenerse al pie de la escalera; ni el cochero ni el lacayo traían librea, ni veíanse tampoco en el coche armas, iniciales ó corona; al ejercitado olfato de Currita, olióle todo aquello desde luego á principios de aventura.

Bajaron á poco dos damas, vestidas de chulas, con riquísimos mantones de Manila, pañuelos de seda en la cabeza, y antifaces de terciopelo color de rosa; en la estrepitosa carcajada que soltó una al entrar en el coche, reconoció Currita á Leopoldina Pastor, y en su alta estatura y el aire de dueña con que dió al lacayo la orden, adivinó al punto en la otra á su mortal enemiga, la Mazacán misma. Arrancó el coche, y Currita respiró desahogada; indudable era que las dos amigas se marchaban al Real, á correr alguna *juerga*...

Volvióse entonces la dama á su coche, decidida á esperar allí pacientemente, y recatándose lo posible, acomodóse lo mejor que pudo en el fondo, sin dejar de mirar por la ventanilla á lo largo de la calle. Extendíase ésta frente á ella, solitaria por completo, subiendo en suave declive hasta la de Serrano, y veíanse cruzar á través con cierto aspecto fantástico, como por el cristal de una linterna mágica, transeuntes que el frío hacía marchar apresurados, coches que llevaban máscaras á los bailes, y de cuándo en cuándo, los tranvías que subían y bajaban con sordo ruido, pareciendo á lo lejos monstruosos faroles ambulantes. Sólo dos reverberos de gas alumbraban la calle; el portero del Hôtel había entornado la puerta, y el cuarto menguante de la luna

derramaba su suave claridad, permitiendo distinguir claramente los objetos.

Un reloj lejano dió las doce y cuarto, y á poco bajó pausadamente de la calle de Serrano un hombre muy alto, con gran levitón y sombrero de copa, trayendo ambas manos cruzadas á la espalda; parecía un loco desocupado que fuera á tomar el fresco de la media noche en Recoletos, ó un genio que meditara una obra maestra, ó un desesperado que fuera á escoger el árbol más á propósito para ahorcarse á la luz de la luna, ó el lugar más solitario para descerrajarse un tiro en mitad del pecho.

Currita le miró con ese sentimiento de terror que inspira á las altas horas de la noche, todo lo que suponemos extraño ó misterioso, y escondióse más en el fondo del coche. En la esquina misma de Recoletos, cruzóse el hombre del levitón con otro que venía apresuradamente de aquel mismo sitio; asomóse Currita al vidrio trasero, y el corazón le latió con fuerza...

Era Jacobo, gallardamente embozado en una capa andaluza con vueltas rojas, y cubierta la cabeza con un sombrero hongo de color claro; torció la esquina sin fijarse en el coche, y comenzó á subir por la calle ya más despacio, examinando las casas atentamente. La misma perplejidad que asaltó á Currita, asaltóle á él también al notar que faltaba el núm. 4; la dama ahogándose de ira, veíale marchar con la mano puesta en la llave de la portezuela, como si acechase el instante de salirle al encuentro.

Jacobo, cansado al fin de dar vueltas, acabando de creer que el asunto todo de los masones era una farsa, y la carta de Pérez Cueto un chasco de Carnaval que debía completarla, decidióse á llamar como última prueba á la puertecilla condenada, única que, fuera aparte de la del Hôtel, había en la calle; los golpes retumbaron en el silencio, y

un eco muy extraño que asustó á Currita, los reprodujo á lo lejos.

Nadie contestaba, é impaciente Jacobo llamó hasta tres veces, cada vez con más fuerza; dió entonces una gran patada en el suelo, y siguiendo adelante, dobló la esquina de la calle de Serrano.

Este fué el momento escogido por Currita para lanzarse del coche, y correr tras de Jacobo, temerosa de que la puerta de la casa estuviese por el otro lado, y se le escapara dentro. Jacobo, sin embargo, no había pensado en esto, ó no había podido lograrlo. Encontróle Currita parado en la acera, examinando atentamente la fachada de la casa; era esta de modesta apariencia y estaba ya la puerta cerrada; en la planta baja hallábanse establecidas las oficinas de una Agencia Funeraria.

Encontráronse los dos amigos frente á frente, y no obstante el disfraz de la dama, reconocióla al punto Jacobo; con más sorpresa que disgusto, salió entonces á su encuentro:

—¡Criatura!... ¿Qué haces aquí?... ¿Á qué has venido?...

Ella, agitada por mil sentimientos encontrados, entre los que sobresalía la ira, contestó con amarga burla:

—Pues nada... Venía á indicarte dónde está el núm. 4.

—¿Pero quién te ha dicho eso?—exclamó el otro asombrado.—Vamos, tú has creído otra cosa...

Y cogiéndola del brazo, dobló con ella de nuevo la esquina de la calle de Serrano; entonces, ciega de ira la dama, parada en la acera cual si la rabia la hubiese allí enclavado, comenzó á arrojar por la boca todos los sentimientos de su corazón mezclados y confundidos, pero bajo la forma siempre del insulto, á la manera que lanza un volcán todas las materias contenidas en su seno, formando un solo cuerpo, un solo torrente de lava que tala y destruye por donde

quiera que pasa... Esforzábase en vano Jacobo por probarle su inocencia; ella no le dejaba hablar, y con sus flacas manecitas habíale deshecho el embozo, levantando hasta el rostro de él las uñas, como si quisiera arrancarle los ojos.

Jacobo, irritado también por la burla de Pérez Cueto, acosado por los reproches de Currita, y temeroso de perder la amistad para él indispensable de ésta, vióse al fin forzado á confesarle toda la verdad, con el fin de aplacarla...

Consiguiólo al punto; al oir la dama el nombre de masones, apagóse en el acto su ira, y llenóse en cambio de un espanto casi pueril, extraño en un carácter de tan enérgico temple.

—¡Vámonos, vámonos!—decía.—Por Dios te lo pido, Jacobo; no te quedes aquí. ¡Vámonos!

Y con acento de verdadero terror, mirando á todas partes espantada, repetía muy bajo:

—¡Excomulgados! ¿Sabes? ¡Están excomulgados!...

Jacobo, creyendo con razón que el terror es contagioso, porque sentía él comunicársele el que á la dama agitaba, procuró sin embargo sosegarla.

—Pero no seas tonta, mujer, no seas chiquilla... Vámonos si quieres, pero sosiégate. ¿No estoy yo contigo?... ¿Has venido sola?...

—Sí...

—¿Pero á pie?... ¡Qué locura!

—No .. tengo ahí un simón...

—Pues te acompañaré en él á tu casa, y me llevará después á la mía.

—¿Traes armas?—dijo ella muy bajo.

—Sí, un revólver.

Siguieron ambos hacia Recoletos, mirando ella á todas partes muy azorada, procurando él rechazar con la idea de

que era un chasco de Carnaval la carta de Pérez Cueto, la inquietud que á pesar suyo le causaba el extraño terror de Currita...

Al volver la esquina, miráronse ambos en silencio, cual si el exceso de su espanto les paralizara las lenguas... El coche había desaparecido, y ni por una ni por otra parte del paseo se divisaba á lo lejos.

—¿Le habías ya pagado?—preguntó Jacobo estupefacto.

Y ella, pegándose á él con el temblor de un calenturiento, contestóle muy bajo:

—No... no le había pagado.

El caso era extraño, y Jacobo sintió renacer con mayor fuerza todas sus inquietudes; imposible era que el cochero se hubiese marchado sin cobrar, si alguien no le hubiera obligado ó persuadido á marcharse; tuvo entonces un momento de angustiosa perplejidad, de verdadero miedo que pasó por su ánimo naturalmente valiente, estremeciéndolo, como á un cuerpo robusto un soplo helado.

Vámonos andando—dijo.

Y ambos echaron á andar agarrados del brazo, sin pronunciar una palabra, atravesando diagonalmente el paseo para ganar la acera opuesta, por parecerle quizá menos solitaria. Currita marchaba muy de prisa, sin mirar á ningún lado, fijos siempre los ojos en las luces de los faroles, que le parecían la salvación y la vida, sintiendo á la vez deseos y terror insuperable de volver atrás la cara. Al poner el pie en la acera, respiró Currita algo más desahogada, y atrevióse á mirar á un lado y otro; todo parecía solitario, y tan sólo por la calle del Almirante vió á un hombre que marchaba á lo lejos, con las manos en los bolsillos, silbando la marcha de *Pan y toros*. Al pasar por San Pascual santiguóse Currita muy de prisa, y Jacobo, oprimiéndola el brazo cariñosamente, dijo en son de burla:

—¡Tonta!...

Llegaban ya al Ministerio de la Guerra, y allí Currita se tranquilizó más todavía, porque comenzaba á poblarse aquella soledad que le aterraba. Un coche subía por la calle de Alcalá y entraba por el paseo del Prado; en el jardín del Ministerio brillaba el fusil de un centinela, y algunas voces de hombres que venían cantando, escuchábanse muy cerca, por el lado de allá de la verja.

Forma la esquina del Ministerio un pabellón aislado, de un solo piso, con cuatro fachadas y tres ventanas en cada una. Dos hombres decentemente vestidos, pero dando gritos y risotadas de borrachos, volvieron la esquina del pabellón, y emparejaron con Currita y con Jacobo, ante la tercera ventana; el más alto pegóse á la cera, y el más bajo llamóse á la corriente, dejándoles pasar por en medio... Hubo entonces una horrible escena de un segundo. Currita sintió que un brutal empellón la arrancaba violentamente del lado de Jacobo; que otra mano vigorosa tiraba del embozo á éste, que caía al suelo al pie de la ventana, y algo líquido y caliente brotaba como de un surtidor, chorreándole las ropas y las manos. El terror dióle alas para huir por la calle de Alcalá, sin una idea en la mente para definir lo que le pasaba, sin un acento en la garganta para lanzar un grito... Uno lastimero y agonizante llegó á sus oídos, y otra voz vigorosa y angustiada hendió siniestramente los aires en el silencio de la noche.

—¡Cabo de guardia!... ¡Un hombre muerto!...

Sonó luego por tres veces la voz de ¡alto! y de seguida, uno tras de otro, como dos gritos de protesta y de amenaza, se oyeron dos tiros.

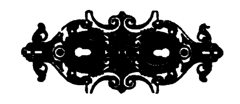
Currita, desfallecida y sin alientos, se agarraba ya á la verja de la iglesia de San José: pensó volver atrás, pensó seguir corriendo, pensó gritar pidiendo socorro, pensó mo-

rirse allí mismo... Oyó entonces los pitos de los serenos, sintió abrirse algunas ventanas, vió correr por la acera de enfrente un hombre encapuchado, con el chuzo en ristre y el farol en lo alto.

El instinto, más bien que la reflexión, hízole comprender entonces el riesgo que corría ella misma, y huyó de nuevo por la calle del Caballero de Gracia, sin detenerse un momento, sin resollar siquiera, sin ver nada, ni oir nada, ni pensar nada tampoco, hasta que jadeante y sin saber cómo se encontró en su *boudoir*, rígidos los miembros, huraña la vista, fuera de las órbitas los ojos, teniendo delante el negro de ébano que levantaba en lo alto la lámpara encendida, como para alumbrar en su entendimiento el horrible cuadro, que le mostraba con temerosa inmovilidad los blancos dientes en su sonrisa siniestra, eterna como la mueca del condenado.

Á la luz de aquella lámpara miróse las manos, que sentía húmedas y pegajosas, y vióselas teñidas de sangre... Un horror inmenso invadió entonces su cuerpo y anegó su alma, y una idea taladró al fin su mente, como un clavo ardiendo al empuje de un mazo: la de su hija Lilí, arrodillada en el estudio, mostrándole sus manitas manchadas también con la sangre de su hermano, repitiendo con la opaca vibración de un terror sin medida:

—¡Sangre!... Mamá... ¡Sangre!...





VII

UNA hora larga tardó la justicia en acudir para reconocer y levantar el cadáver; hallábase éste atravesado en la acera, tendido sobre el lado derecho, descansando la cabeza contra el zócalo del pabellón del Ministerio de la Guerra, debajo de la segunda ventana. Tenía en la sien derecha una fuerte contusión producida sin duda por el golpe dado al caer, y en el lado izquierdo del cuello, una tremenda puñalada que le dividía por la mitad la arteria carótida. Un gran torrente de sangre que de allí había brotado, empapaba su ropa y humedecía la tierra. En la esquina misma de Recoletos y la calle de Alcalá veíase sobre la acera una rica talma de pieles de castor, manchada también de sangre; hasta que llegó el juez, nadie se atrevió á tocarla.

Pronto quedó identificado el cadáver; encontráronle en el bolsillo la esquela recibida aquella misma tarde, dando la falsa cita, las dos cartas de Garibaldi al H.º.·. Neptuno, y varias tarjetas en que constaba el nombre del Marqués de Sabadell. Era este nombre harto conocido, y al horror na-

tural que inspira todo crimen, unióse entonces en los presentes ese espanto mezclado de sorpresa, con que ve el vulgo derrumbarse una fortuna en el abismo de una desgracia, caer á un poderoso desde los almohadones de su coche, sobre la mesa destinada en un hospital á hacer á los cadáveres la autopsia. La noticia corrió de un extremo á otro de la corte, sin hacer derramar una lágrima, pero despertando por todas partes la admiración, el espanto, y sobre todo, la curiosidad; la curiosidad ansiosa y hasta por decirlo así, rabiosa, de conocer los pormenores de aquel drama misterioso, más interesante que los lúgubres episodios de Ana Radcliff, y las dramáticas aventuras de Clara de Harlowe. Varios socios del Veloz corrieron al hospital á ver el cadáver, y en la esquina del Ministerio de la Guerra, vióse todo el día un gran cerco de gente contemplando con cierta curiosidad pavorosa el pie de aquella ventana, en que parecía vagar aún la sombra siniestra del crimen. Por la tarde, cuando la mayor afluencia de máscaras y de gente acudía al Prado y á Recoletos, nadie osaba pisar aquel sitio regado de sangre, y llamábanse todos á la acera opuesta, lanzando á la segunda ventana una mirada larga y medrosa.

Los periódicos publicaron extensos suplementos que se vendían á gritos por las calles, y entonces comenzaron á conocerse y comentarse algunos pormenores del crimen. Constaba entre ellos la declaración del centinela del Ministerio de la Guerra; según éste, vió pasar á la una de la madrugada á través de la verja de Recoletos, un hombre y una mujer que venían muy de prisa de la Castellana. Marchaban agarrados del brazo, embozado él en una capa andaluza con vueltas rojas, cubierta ella el rostro con un antifaz negro, y envuelta en un abrigo de pieles grises; vió también al mismo tiempo á través de la verja de la calle de Alcalá, venir por aquel lado dos hombres gritando y can-

tando, cual si estuviesen borrachos; cruzáronse ambas parejas delante del pabellón, por la fachada que da á Recoletos, y allí los perdió el centinela de vista; mas oyó á poco en el silencio de la noche el rumor de un cuerpo que cae á tierra, y uno de esos gritos de agonía que jamás se olvidan ni se confunden; vió huir desesperadamente por la calle de Alcalá á la mujer enmascarada, y vió correr á los dos hombres, borrachos antes y bien firmes entonces, uno hacia la Castellana y otro hacia la Plaza de Toros. Tropezó este último en la fuente de la Cibeles, y oyóse el ruido del agua, cual si hubiese caído dentro; levantóse sin embargo al punto, y su veloz carrera púsole bien pronto al abrigo de las tinieblas. El centinela, imposibilitado por la consigna y por la verja para abandonar su puesto, abalanzóse á los hierros de ésta, y vió al hombre de la capa, tendido en la acera; gritó entonces al cabo de guardia, dió á los fugitivos por tres veces la voz de alto, y con el fin de despertar la alarma, disparó el fusil por dos veces. Llegaron á poco tres serenos y un oficial y dos soldados del Ministerio, y por la puertecilla pegada al pabellón, salieron á la calle; el hombre de la capa estaba ya muerto.

Desprendíase de todo esto que había una ella de por medio, y la curiosidad, excitada hasta la rabia, sobre todo en los altos círculos, venía á estrellarse contra el secreto de la sumaria. Súpose que en la mañana siguiente á la noche del crimen fué preso Damián, el ayuda de cámara de la víctima, y llamado á declarar aquella misma tarde un D. Francisco Javier Pérez Cueto, fabricante de almidón en uno de los arrabales de la corte... Desde entonces, ningún signo exterior dió á conocer que las investigaciones judiciales adelantasen un solo paso, y comenzóse á murmurar con cierta estupefacción temerosa, que andaba en todo aquello la mano de los masones, que los asesinos de Saba-

dell quedarían desconocidos é impunes como los de su amigo el general Prim, y que el crimen de Recoletos sería siempre un arcano misterioso, como lo fué el de la calle del Turco. Mas de repente, cuando esta voz tomaba cuerpo y comenzaba á excitar en los ánimos el terror que infunde todo poder oculto, y la indignación que inspira toda cobarde añagaza, levantóse otra voz contraria que nadie supo nunca de dónde salía ni quién la atizaba, y que se extendió sin embargo por todas partes, con grandes visos de certeza, á la manera que esparce un pozo subterráneo por todos lados sus húmedas filtraciones... Díjose que en el fondo de todo aquello había tan sólo una intriga galante, que existía en el juzgado un billetito concediendo una cita, y que obraba también en poder del juez, una prenda acusadora perteneciente á la *promovedora del crimen:* una talma de pieles de castor, marcada por la parte de dentro con una etiqueta negra, en que con letras rojas decía: *Worth. Rue de la Paix. París...*

Dos periódicos que á juicio de muchos pertenecían á la secta de los masones, publicaron violentos artículos contra los tribunales de España, que recluyen al pobre como un criminal y le barren de las calles como una inmundicia, y se cruzan de brazos y cierran los ojos ante el poderoso que oculta sus crímenes bajo una armadura de oro, contra la cual se hace pedazos la espada de la justicia.

Porque un pobre mancebo
Hurtó un solo huevo,
Al sol bambonea;
Y otro se pasea
Con cien mil delitos.
Cuando pitos, flautas;
Cuando flautas, pitos.

El atrevimiento era tan grande, la audacia tan increíble, que extraviada la opinión por completo con estas pérfidas

insinuaciones, señaló entonces con el dedo á la Condesa de Albornoz, y comenzó á mirarse el dintel de su palacio, con el mismo horror con que se había mirado tres días antes la esquina del Ministerio de la Guerra.

¡Singulares extravíos de la conciencia pública, que Dios permite á veces en su infinita justicia, para castigar con una calumnia el delito verdadero que había quedado impune!

Nadie en Madrid pidió cuentas á Currita de la sangre de Velarde, derramada á la vista de todos por culpa suya, y ahora la arrojaban al rostro la de Sabadell, de la cual se hallaba inocente, y hubiera ella rescatado con gusto á costa de cualquier sacrificio... Porque el dolor de la dama fué en realidad grande, aunque no expansivo ni alborotado; uno de esos dolores, por decirlo así, secos, propios de las almas enérgicas, que se repliegan sobre sí mismos en el fondo del corazón como para no perder su energía, á la manera que el gladiador herido encuentra fuerzas en su misma agonía para encoger el cuerpo y doblar los músculos, é intentar un último y más formidable avance... Aquella débil mujercilla encerraba en su endeble cuerpo una de esas almas enérgicas, que se crecen á la vista del peligro y lo desafían, y no necesitan en el dolor apoyo, ni cómplices en el crimen; bastábase ella misma á sí misma, y sacudiendo los terrores que la habían invadido la víspera, con el vigoroso empuje del toro que arroja lejos de sí los rejones que le lastiman y embarazan, aprestóse á la defensa, decidida á arrostrar á pie quieto y con firmeza, todas las consecuencias de aquella horrible noche.

Mas necesitaba antes que nada reflexionar, trazarse un plan, preparar sus respuestas y ordenar sus preguntas, y aprovechando la ocasión de hallarse en cama Fernandito, postrado por uno de esos ataques de imbecilidad que traen consigo los reblandecimientos cerebrales, tomóse todo el

día del lunes y dió la orden terminante de no recibir á nadie. Creía ella tener que habérselas de seguida con las visitas importunas, las preguntas indiscretas, las impertinentes lástimas y las molestas compasiones que la habían asediado cuando la muerte de Velarde, catástrofe también espantosa, que sin saber explicarse el por qué, parecíale en estos momentos más terrible que le pareció en aquellos primeros instantes. Mas con gran sorpresa suya pasó todo el día del lunes, y pasó también el martes, y llegó y pasó asimismo el miércoles, sin que ningún coche parase á la puerta, ni atravesase una sola visita las antesalas, ni recibiera el oso del vestíbulo en su bandeja ninguna tarjeta, ni llegara tampoco el menor recado, la más insignificante misiva de atención, de interés ó de consuelo... Aterróla entonces aquella soledad que no sabía explicarse, porque ignoraba que la opinión había atravesado en el dintel de su puerta el cadáver de Jacobo; mas cuando llegaron á su noticia las voces que corrían y supo que una pérfida y misteriosa mano explotaba el funesto hallazgo de la capa de pieles, para hacer recaer sobre ella las sospechas del crimen, tuvo en su soledad vértigos de ira, estremecimientos de fiera acorralada, y decidió desafiar frente á frente á la calumnia con un golpe de enérgica audacia.

La casualidad presentóle bien pronto ocasión propicia, el viernes muy de mañana, trajéronle el aviso de que le tocaba al día siguiente hacer su guardia como dama de honor en Palacio. Enviábala este aviso, según la costumbre, la dama que había hecho la guardia el día antes, y era esta una buena mujer, sencilla y piadosísima, que desechando como terribles calumnias las voces que corrían, apresuróse á cumplir con su deber avisando á Currita, y dejando al arbitrio de la dama el acudir ó no acudir á la cita de Palacio.

Por primera vez después de la espantosa catástrofe, son-

rió Currita con aquella sonrisa de diablillo, señal en ella de alguna idea feliz que pasaba por su mente. Tocábala la guardia el sábado, y según la tradicional costumbre, habían de asistir los reyes á la Salve de Atocha; la novedad atraía todavía gran concurso de gente á conocer y contemplar á la joven Reina, y presentándose Currita á su lado en el primer puesto, parecióle que había de detener desde allí los tiros de la calumnia. Conocía ella bien el mundo que frecuentaba, que forma sus juicios y regula sus actos por los del poderoso que mira en lo alto, y creyó con razón que le bastaría presentarse una vez en público al lado de la Reina y á raíz del suceso, para que todos acallasen sus escrúpulos y se apresurasen á conservarla en el puesto de honor que había ocupado siempre en la corte.

Sin llamar á Kate saltó Currita de la cama antes de las nueve, y fué á abrir ella misma una ventana para enterarse del estado del tiempo; el sol brillaba despejado, no se descubría una nube en el cielo, y prometía la mañana una tarde deliciosa. Currita sintió un movimiento de gozo vivísimo que le pareció el presentimiento del triunfo; los carruajes de la corte saldrían por el buen tiempo descubiertos, y sin duda irían después de la Salve á dar una vuelta por la Castellana, donde todo el mundo elegante tendría ocasión de verla y contemplarla en su honorífico puesto... Algo la espantaba, sin embargo, la idea de que iba á serle forzoso pasar por aquel mismo trayecto que había recorrido con Jacobo la noche funesta, por aquella misma iglesia ante la cual pronunció su última palabra, por aquella esquina en que le había visto caer lanzando un gemido de agonía... ¿Mas qué iba á hacer ella? ¿Enterrarse en vida á los cuarenta y cinco años? ¿Dejar por escrúpulos sentimentales que le arrebatase una calumnia el prestigio, la soberanía suprema, el cetro de la elegancia y el buen tono que á pe-

sar de mil vergüenzas verdaderas, había conservado en su mano hasta entonces?...

Rióse ella misma de sí misma al notar la febril impaciencia con que esperaba la hora de ir á Palacio, porque ni la señora de López Moreno había sentido mayores ansias ni más vehementes deseos, el día de su famosa presentación en el Hôtel Basilewsky. Con esmero redoblado y gusto exquisito escogió una *toilette* elegantísima, con ese estudio de los pequeños detalles que se observa en los grandes genios, y acredita en ellos el conocimiento práctico del terreno que pisan. Púsose un riquísimo vestido de terciopelo azul muy oscuro, guarnecido de piel de chinchilla, con sombrero y abrigo de lo mismo, dos perlas negras en las orejas, y un trébol en el pecho formado por otras tres perlas, blanca la una, negra la otra y rosa la tercera. En el hombro izquierdo, sujetas con un lazo encarnado, llevaba las dos cruces de dama de honor; cruz de esmalte rojo, la antigua de la reina Isabel, y una *M* de brillantes y rubíes, la de la nueva reina Mercedes. Después, mientras le traía Kate el rico pañuelo de encajes y los guantes de piel de Suecia, buscó ella en una cajita un relicario de plata que contenía un *lignum crucis,* besólo con gran piedad, oprimiólo un instante contra su pecho cerrando los ojos é inclinando la cabeza, como si pidiese algo al cielo con grande ahinco, y guardóselo después en el bolsillo como si hubiera guardado un amuleto que tuviese virtud para alejar cualquier daño ó peligro.

Al subir la escalera de Palacio latióle el corazón y tembláronle las piernas, porque vió á dos lacayos que cuchicheaban entre sí mirándola á ella. Mas cuando el alabardero de guardia á la puerta de la Saleta dió el golpe de alabarda que anuncia la llegada de una Grande de España, crecióse el orgullo de Currita, despertó de nuevo su energía, y ar-

mada de toda su audacia atravesó la antecámara y penetró en la cámara misma, dispuesta á comenzar la batalla, creyendo encontrar allí á la Camarera mayor ó al gentil hombre de servicio, ó quizá á todos juntos. La cámara, sin embargo, estaba desierta, y Currita sintió el desahogo de un momento del enfermo que ve detenerse un instante la temida operación por haberse retrasado el médico. Sentóse en una banqueta frente á la mampara que lleva á las habitaciones-regias, á fin de esperar que la Reina la llamase ó alguien saliese; mas la excitación nerviosa no la dejaba sosegar un momento, y levantóse al punto para asomarse á uno de los balcones y mirar á la Plaza de la Armería; púsose luego á arreglarse los ricitos de la frente ante uno de los magníficos espejos, y reparó entonces en el soberbio retrato de Alfonso XII, pintado por Casado, que habían colocado allí la víspera y se destacaba sobre la rica tapicería de seda granate con grandes flores amarillas, con todo el esplendor de una obra maestra.

Pasó un cuarto de hora que le pareció á ella un cuarto de siglo, y de pie siempre ante el retrato, sintió abrirse á su espalda la mampara de las habitaciones de la Reina; volvióse vivamente, y vió que la mampara se volvía á cerrar y quedaba medio abierta, como si el que fuera á salir se hubiese detenido de repente. Oyó entonces sin que pudiera distinguir las palabras, una suave voz de mujer que parecía hablar acongojada como si suplicase algo, y otra de hombre, fuerte y colérica, que exclamaba enérgicamente:

—¡No, no... ahora mismo!...

Inmutóse Currita atrozmente, y metióse la mano en el bolsillo como si buscara el *lignum crucis:* abrióse entonces la mampara y apareció el Mayordomo mayor, también muy inmutado... La dama, fingiendo siempre hallarse absorta en la contemplación del retrato, volvió ligeramente la cabeza,

y saludó con la mano al personaje diciendo con vocecita á su pesar temblorosa y angustiada.

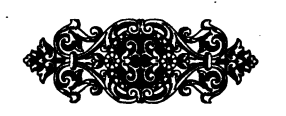
—¡Magnífico retrato! Yo no lo había visto. ¿Cuándo lo han puesto?...

Mas el Mayordomo, sin contestar á la pregunta y con el esfuerzo de quien cumple un deber penosísimo, díjola balbuceando:

—Su Majestad la Reina la dispensa del servicio... y me encarga le manifieste su deseo de que devuelva la cruz de dama...

Currita dió una rápida media vuelta, apretando los puños y echando atrás la cabeza cual si fuera á embestir al Mayordomo, fijando en él la mirada de sus claros ojos enormemente abiertos, que reflejaban toda la ira del que recibe un salivazo en el rostro, todo el espanto del que ve derrumbarse una última esperanza, toda la solapada é impotente amenaza que encierra el terror del débil, aniquilado por una mano más fuerte...

Luego, como si despertase en ella de repente la altiva rica-hembra, al ignominioso contacto de una bofetada, arrancóse ambas cruces del pecho, y las arrojó en el suelo...





VIII

AQUEL golpe terrible no anonadó á Currita, ni le infundió tampoco el extraño sentimiento, mezcla de pavor y de ira, que al recibir en Loyola un bofetón semejante, la había obligado á confundirse, y á humillarse y á callar... Detrás de la mano de Pedro Fernández había visto entonces la mano de Dios, que la impedía profanar con el escándalo de su vida su santa Casa, y detrás del bofetón del Mayordomo de Palacio, tan solo veía la mano del Rey, que no era para ella una idea, sino un hombre, contra el cual se podía luchar, y al cual se le podía también vencer.

Mas harto comprendió desde el primer instante, con la rápida percepción de su claro entendimiento y su mucha práctica de mundo, que en vano emplearía todas las astucias de su ingenio, todos los atrevimientos de su audacia y todos los recursos de su dinero, en atraerse de nuevo á sus amigos y formar en torno suyo aquella brillante corte que era la médula de su vida, porque era también la de su vanidad. Nada arrastra tanto como el ejemplo de un príncipe, capaz por sí solo de salvar ó perder á una sociedad entera,

y la severa repulsa dada á Currita en Palacio, justa en medio de su severidad, que si de algo pecaba era solo de tardía, había de arrastrar sin duda á Madrid entero, derrumbando á la ilustre dama desde la altura de su gloria, con todo el estrépito de los grandes escándalos, con todo el ensañamiento con que del árbol caído se apresuran todos á sacar leña.

Por eso, sin darse ella por vencida, ni cejar un punto en su tenaz empeño, y fortaleciendo siempre con el despecho y la rabia y hasta el dolor mismo, su terquedad de mujer voluntariosa siempre mimada, optó desde luego por el camino de los hábiles políticos, y los diestros estratégicos, y los conocedores prácticos del mundo y del corazón humano; una prudente retirada que sosegara los ánimos, y diese tiempo á que las memorias olvidaran, cesasen las prevenciones, se cansaran las lenguas, y los escándalos nuevos hicieran olvidar y aun perdonar los escándalos pasados. ¡Había visto ella tanto de eso!... La ocasión, por otra parte, no podía ser más oportuna; Fernandito había llegado al estado de imbecilidad completa, que traen consigo los reblandecimientos cerebrales, y preciso era llevarlo á París á que alguna notabilidad médica intentase el verdadero milagro de despertar un chispazo de inteligencia en aquel meollo huero, que jamás había dado luz alguna.

El viaje fué, pues, decidido, y dos días antes dirigióse Currita al colegio de Chamartín de la Rosa, para sacar á Lilí... La niña había cumplido ya doce años, y más bien que una criatura que comenzaba á vivir, parecía un ángel que iba á volar. Había en sus grandes ojos azules algo que recordaba el cielo, algo á la vez triste y sereno, candoroso y profundo, que comunicaba á todo su ser cierto poderoso y triste encanto, semejante al que infunde en el alma la inocente sonrisa de un niño huérfano.

Acogióla la madre con sus más suaves mimitos, y díjole

al oído, abrazándola, que le traía una noticia muy buena, muy alegre, muy grande...

—¿Á que no la aciertas?...

La niña, con los grandes ojos llenos de lágrimas, y teñidas las mejillas del carmín más puro, dijo prontamente:

—¿Que mi papá está mejor? ¿Que se ha confesado?...

Quedóse Currita desconcertada, como le sucedía siempre con las salidas intempestivas de aquella criatura. ¿Quién había de creer que iba á acordarse de su padre, y á pensar en si le habían ó no administrado aquel Sacramento que le hacía tanta falta?... Echóse á reir muy maravillada. ¡Ca! si no era eso... era mejor todavía; era una cosa referente á ella misma; lo que mejor le podía suceder, lo que sin duda estaba ella esperando...

Y de nuevo tornó á maravillarse, porque la sangre entera de Lilí afluyó entonces á su rostro, un temblor nervioso agitó sus manitas, y levantó los ojos hacia su madre, rebosando anhelo comprimido, esperanza dulcísima de oir lo que era sin duda su más ferviente deseo. Su boquita de ángel se entreabrió un momento para dejar escapar su secreto, como deja escapar una flor su fragancia, y de nuevo tornó á bajar los ojos, poniéndose más y más encarnada, y guardando silencio, con una cándida sonrisa dibujada sobre los labios.

—Pero tontilla, ¿no lo adivinas?... Es que se acabó ya el colegio; que te vas á venir conmigo...

¡Quién lo había de creer!... Al oir esto la niña, apagóse en sus labios la sonrisa, como una luz que mata de repente una ráfaga de viento; cruzó las manos angustiada, miró á su madre con espanto, y se echó á llorar á lágrima viva, con el corazón encogido...

—¡Pero vaya por Dios, vida mía!—exclamó Currita estupefacta.—¿Á qué viene ese llanto? ¿Es que no quieres venir?

Lilí, enjugándose con ambas manitas los ojos, repetía sollozando:

—Aquí me quieren todos... todos... Las Madres y las niñas...

—Pero hija mía, ¿acaso en tu casa no te quieren?—exclamó Currita poniéndose muy seria; y la niña, titubeando un momento, contestó con candorosa sencillez, cuyo alcance no supo medir sin duda.

—Ahora no está allí Paquito...

Currita sintió un movimiento de ira, que se transformó al punto en dolor profundo, en dolor vivísimo que jamás había sentido, allá en el fondo de sus entrañas de madre... Sus ojos se llenaron de lágrimas, atrajo hacia sí á la niña, separóle del rostro ambas manos, y besándola en la frente, díjole con mucho cariño:

—Pero lo recogeremos al paso, tonta, y nos iremos á París todos juntos.

La niña meneó la cabeza apartándose del regazo de su madre, y procurando dominar su aflicción, como si se aprestase á una batalla, dijo resueltamente:

—Y además... yo no puedo irme de aquí... No, no puedo.

—¿Pero por qué?... Si eres ya una mujer, y aquí están solo las niñas...

—Y las mujeres también...

—¡Pero hija, por Dios! ¿Dónde están esas mujeres?...

—Las Madres son mujeres.

—¿Pero tú quieres ser monja?—exclamó Currita abriendo mucho los ojos; y la niña, cerrando los suyos y moviendo enérgicamente la cabeza, contestó con firmeza:

—¡Sí!...

—¡Yaaa!... Muy bien; ahora lo entiendo—dijo Currita muy despacito con su tono de voz más suave.—Y las Ma-

dres, como te quieren tanto las... pobrecitas, te habrán metido esa idea en la cabeza...

—¡No, no señora!... Las Madres no me han dicho nada.

—Pues entonces habrá sido el confesor, el P. Cifuentes.

—Tampoco...

—¿Pues quién te lo ha dicho?...

—Paquito.

—¿Paquito?... ¡Vaya un apóstol!... ¿Y por qué no se mete él fraile?

—Eso le escribí yo... Y le envié la vida de San Estanislao, y una estampita de San Luis Gonzaga... Pero me contestó que él era muy desgraciado, y tenía que hacer en el mundo una cosa muy grande, muy grande... Yo no sé lo que será...

Currita comenzó á sospecharlo, y se puso muy pálida; la escena terrible de su estudio, cuando el niño se había arrojado sobre Jacobo como una fiera sedienta de sangre, acudió á su memoria con gran viveza, estremeciéndola de espanto, infundiéndola esa especie de terror retrospectivo que causa un peligro pasado, despertando en su alma el aguijón de un remordimiento, avivando en su corazón el dolor de una herida chorreando aún sangre!... ¡Oh! ¡Ya no tenía que hacer el pobre niño aquella *cosa muy grande, muy grande,* porque otra mano más culpable le había tomado la delantera en la esquina de Recoletos!...

Lilí, sin imaginar siquiera en su sencillez de ángel, el efecto que en su madre podían causar sus palabras, continuó diciendo:

—Me decía que fuese siempre muy buena, y no saliera nunca del colegio, y rezara mucho por él, y por V. y por mi papá, porque la ira de Dios iba á descargar sobre nuestra casa... Yo lloré mucho, mucho, y ofrecí entonces ser monja, y se lo dije á la M. Larín y al P. Cifuentes.

—¿Y qué te dijeron?—preguntó Currita con los labios blancos.

—La Madre se echó á llorar...

—¿Y el Padre?...

—Se echó á reir, y me consoló mucho, y me dijo que no ofreciese nada, sin que él me avisase.

Currita se quedó muy pensativa, y permaneció largo rato en silencio, mirando á la niña; de pronto dijo:

—¿Pero el P. Cifuentes te querrá mucho?...

—¡Oh, sí!... Es muy bueno; me quiere mucho...

Calló otra vez, seria y meditabunda; porque en medio de aquel rudo oleaje de afectos con que la gracia de Dios combatía su alma para sacarla á flote, santos unos como el amor de madre, saludables otros como el remordimiento, apareció muy honda, y comenzó á subir, á subir hasta flotar en la superficie y sobrenadar en lo alto, y llenarlo todo y dominarlo todo, la idea fija, su ángel malo, el pensamiento constante que llevaba clavado en la frente como un dolor neurálgico, de satisfacer su vanidad y vengar su despecho, recobrando de nuevo su antigua posición y su brillante corte de mujer elegante. Había visto de repente un camino desconocido, un sendero tortuoso, que allí llegaba dando rodeos, y ya no oyó más, ya no se ocupó de otra cosa. Cinco minutos largos permaneció callada, inmóvil, tirando al parecer sus planes. Lilí, con las manitas cruzadas sobre las rodillas y la cabeza baja, la miraba de cuándo en cuándo á través de sus largas pestañas, extrañada de aquel singular silencio.

Rompiólo Currita al cabo; aquella pichoncita suya monísima y preciosa la había enternecido... pero todo aquello era muy serio, muy grave, y hacíase preciso pensarlo despacio, muy despacio, y no decidirlo así de repente, en un segundo... Por de pronto, dejaría á la niña en el colegio, y detendría ella su viaje para hablar con el P. Cifuentes.

Lilí, al oir esto, saltó espontáneamente de la silla y se arrojó al cuello de su madre, cubriéndole el rostro de besos, llorando y riendo al mismo tiempo, como se mezclan la lluvia y el sol en un chubasco de Mayo. Ella se enterneció un poquito, y derramó tres lagrimitas.

—Con que nada, pichona mía, mucho juicio, y pide á Dios que á todos nos ilumine... Y ahora, vidita mía, dile á la M. Larín que quiero hablarla un momento... ¿Eh pichona?... Cosa de un segundo; avísala tú, vidita...

Llegó la M. Larín, muy alarmada, temiéndose alguna trapisonda, y Currita, con patético ademán, se arrojó llorando en sus brazos... Era aquel día el más grande de su vida; por fin le concedía Dios lo que con tanto ahínco le había pedido siempre: ¡tener una hija religiosa!... Cierto que le pasaba aquello el alma de parte á parte, que quizá le costaría la vida separarse de aquel pobre angelito; pero lo que sentía ella era no tener siete hijos como Santa María Magdalena de Pazzis, para ofrecérselos á Dios uno á uno. ¡Estaba el mundo tan malo!...

La M. Larín, muy escandalizada al ver á Santa María Magdalena de Pazzis, hecha de repente madre de tan dilatada familia, se apresuró á protestar con mucho respeto:

—Santa Sinforosa, querrá decir sin duda la señora Condesa.

—¿Fué Santa Sinforosa?... ¡Pues yo creí que había sido la otra; como leo todos los días el *Año Cristiano*, armo á veces unos galimatías!... Y dígame, M. Larín, ¿cree V. que perseverará mi hija? ¿que su vocación será verdadera?

La Madre enarcó las cejas, y con mucha humildad, dijo:

—La niña es formalita, y á lo que yo puedo colegir, así lo espero... Pero siempre será mejor que el Padre espiritual informe á V. de todo esto.

—¿Y quién es?

—El P. Cifuentes.

—¿El P. Cifuentes?... ¿De veras?... ¡Cuánto me alegro!... Si es un santo, un hombre de tanto saber y prudencia...

—¡Ya lo creo!... Consúltele V. y verá...

—Pero si no le conozco... ¡Ay M. Larín!... ¿Quisiera usted escribirle una cartita... *deux mots,* recomendándome?... Dígale V. cuáles son mis deseos, lo que yo quiero á mis hijos, la sencillez con que procedo siempre... Así me escuchará con benevolencia... Usted me conoce bien, M. Larín... ¡Soy tan desgraciada!... ¡Se tiene de mí un concepto tan falso!...

Y Currita persuadida ella misma de lo que decía, cual suele suceder á los embusteros de oficio, extendía las manos y abría mucho los claros ojitos, como para que la M. Larín la estudiase por dentro, concluyendo por echarse á llorar amargamente, cubriéndose el rostro con el pañuelo. La Madre, muy compadecida y creyendo que aquella oveja extraviada llamaba de nuevo al aprisco, procuraba consolarla, y prometíale escribir aquella misma noche al P. Cifuentes, anunciándole su visita.

—¡Se lo agradecería á V. en el alma, M. Larín; no lo olvidaré en toda mi vida!—gimió Currita.—Porque no crea usted que en el asunto de mi pobre Lilí faltarán dificultades... Fernandito es muy bueno; pero al cabo, como hombre que es, no tiene la piedad de nosotras las mujeres, y verá la cosa de manera muy distinta.

Y ya en la puerta, despidiéndose cariñosamente de la buena Madre, volvió á repetirle:

—¡Que no se olvide V. de lo esencial... Que comprenda el Padre la buena fe con que procedo en todo, lo rectas que son mis intenciones!...

Y de pronto, volviéndose atrás desde la puerta como si de repente recordase algo...

—¡Ay M. Larín, se me olvidaba!... No sé si lo encargué á Lilí, porque con este notición, se me fué el santo al cielo... Me han dicho que están Vds. haciendo un monumento nuevo para el Jueves Santo, y quiero que sea á mi costa... Deseo mucho dejar á Vds. ese recuerdo; que Lilí haga ese pequeño obsequio al colegio...

—Gracias, gracias, señora Condesa...

—¿Gracias?... ¡Ay M. Larín, qué mundo, qué mundo!... ¡Ojalá y solo se gastara el dinero en cosas semejantes!...

Entró en la berlina... Verdaderamente que aquella idea debía de venir del cielo, porque era Lilí, un ángel del Señor, quien se la había inspirado. Lo raro era que no se le hubiese ocurrido á ella antes, porque en aquella carta de Loyola, en aquella famosa carta de Pedro Fernández, que se sabía ella de memoria, estaba perfectamente encerrada en su primera parte... «Si la señora Condesa de Albornoz viene á Loyola á confesar sus pecados y pedir á Dios perdón de sus extravíos, no tiene que fijar hora ni tiempo, porque todos son igualmente oportunos...»

Y glosando allá en su imaginación el parrafejo, discurría de este modo... Si la señora Condesa de Albornoz va á Loyola, es decir, al P. Cifuentes, y confiesa sus pecados y pide á Dios perdón de sus extravíos, ó lo que es lo mismo, embauca á aquel varón respetable, diciéndole lo que le parezca, y callándose lo que juzgue conveniente para ponerle de su parte... á la sombra de su respetabilidad, agarrada á su manteo, entrará en el gremio de las beatas aristocráticas, y se abrirá paso, rosario en mano, por el atajo de la piedad, hasta el alto puesto de que la calumnia y la ingratitud la han arrojado.

Porque no era necesario para ello llegar hasta el sacrilegio, que tanto la había aterrado siempre y la seguía aterrando; dispuesta estaba ella á lo que creía únicamente necesario para confesarse bien, acusarse de todos sus pecados y enumerar todos sus extravíos... ¿Qué le importaba á ella que el P. Cifuentes supiese lo que hasta en los mismos periódicos se había publicado y había leído ella sin sonrojarse... ¡Si hubiera algún sacrificio que hacer, si hubiera algo que cortar, sería entonces otra cosa; pero la muerte, el puñal de un asesino, se había encargado de sacrificar, se había encargado de romper, y ya no le quedaba á ella nada, nada, sino aquella herida en el corazón y aquel despecho en el alma!... Y ante aquellas dos ideas que la exasperaban, Jacobo muerto, y ella caída de su pedestal, sentía hervir su sangre de dolor y de ira, y parecíale lo primero el crimen más nefando que se había cometido en el universo, y juzgaba lo segundo el acto de tiranía más atroz que pudiera atribuirse á Nerón, á Tiberio ó á Busiris.

Con cierto miedecillo muy natural y fundado, fué á ver al P. Cifuentes, porque tenía el Padre fama de marrullero; mas su voluntad, repentina como el capricho de una mujer, era robusta como la resolución de un hombre, y tranquilizábala en parte la íntima conciencia que tenía ella de que pocos la aventajaban en astucias y marrullerías. Con habilidad suma dió principio al desarrollo de su plan, comenzando por exponer la vocación de Lilí, anhelo de su corazón, esperanza dulcísima de su alma, que estaba ella dispuesta á apoyar con todas sus fuerzas, aunque hubiera que luchar con las serias dificultades que había de poner Fernandito; hábil estaquita esta última que plantaba desde luego la taimada, para agarrarse á ella más tarde, y destruir cuando hubiera logrado su objeto, los santos planes de la niña. Escuchábala el jesuíta impasible, con las manos metidas en

las mangas, clavando en ella de cuando en cuando las miradas de sus ojos, aguda como la punta de una lanceta, que hacía á Currita ladear los suyos, ora bajándolos, ora paseándolos por las paredes del cuarto. Cuando la dama dejó de hablar, sacó el P. Cifuentes á relucir la tabaquera de cuerno, con su heraldo obligado, el pañuelo á cuadros azules y verdes, y con la mayor naturalidad del mundo, dijo resueltamente:

—Su hija de V. no tiene vocación, señora Condesa.

Quedóse Currita estupefacta y desconcertada, y tartamudeó moviendo la cabecita...

—Pues ella me había dicho... Yo creía...

—Creyó V. mal, señora Condesa... Esa niña es un ángel, de entendimiento muy claro, de corazón muy grande y muy recto, y está aterrada por las cartas de su hermano, que... ¡pasan el alma, señora Condesa, pasan el alma!...

Y las dos lancetas que tenía en los ojos el P. Cifuentes, pasaban de parte á parte la frente de Currita, cual si fuesen á clavarse en el fondo de su pensamiento.

—Por eso—prosiguió lentamente el jesuíta—quería esa pobre niña ofrecer el sacrificio de sí misma, para asegurar la salvación de los demás, para expíar culpas ajenas por las cuales se aflige, como se afligen los ángeles del cielo; llorándolas, pero sin ponérselas á nadie en cuenta... Y note usted lo que digo, señora Condesa. *Sin ponérselas á nadie en cuenta...*

La señora Condesa bajó los ojos muy modestita, como haciéndose la desentendida de si era á ella ó no á quien le tocaba pagar aquella cuenta, y el Padre continuó:

—Pero como V. comprenderá, este sacrificio de precio incalculable, cuya idea le fomentaré yo por lo que en sí tiene de útil y meritorio, y porque bastará quizá el ofrecerlo para alcanzar de Dios lo que el pobre ángel pide, no es

una vocación religiosa, es solo un ofrecimiento que en su aflicción y en su generosidad hace la niña, y mientras Dios no lo acepte, no existe la verdadera vocación, y yo por mi parte, ni puedo aconsejarla, ni autorizarla tampoco hasta entonces.

—Pues estamos al principio de la conversación—pensó Currita sin comprender del todo aquellas místicas sutilezas; y dando vueltas entre sus manos á un precioso Devocionario que había traído de intento para demostrar su piedad al Padre, dijo modestamente:

—¿Y qué cree V. entonces que debe de hacerse?...

—Dejar obrar á la gracia de Dios, que quizá le conceda como premio la vocación que aún no tiene, y mientras tanto, no sacarla del colegio.

—¿No cree V. entonces, que le convenga volver á su casa?...

El P. Cifuentes abrió la tabaquera, y con la impasibilidad del hombre que golpea en los oídos de un sordo, con la sencillez con que hubiera dicho que hacía calor ó estaba lloviendo, dijo tranquilamente:

—No señora... Los ejemplos que vería en ella, no conseguirían quizá corromperla; pero de seguro lograrían matarla.

Currita no protestó contra aquel reproche tremendo; no se avergonzó ni se indignó tampoco. Asióse, por el contrario, para llegar á su objeto, á la punta de aquella maza que la aplastaba, y dijo lastimeramente:

—¡Ay sí, sí, Padre, es verdad!... ¡Si V. supiera lo que pasa en mi casa! ¡Si V. conociera la situación en que me encuentro!...

Y adoptando el cálculo más hábil del disimulo, el de apropiarse la ingenuidad y disfrazarse con la sencillez y la franqueza, refirió con toda verdad al P. Cifuentes el escándalo

de su vida, la trágica muerte de Jacobo, la calumnia difundida por aquellos enemigos invisibles, la imposibilidad en que estaba de acusarlos á ellos y defenderse ella misma ante los tribunales, y la necesidad que tenía de *alguien respetable,* de alguna *persona autorizada* por su santidad y su prestigio, que sacase la cara por ella, perdonándole las *faltas* verdaderas y defendiéndola de los *falsos crímines,* concediéndole su protección y su amistad, y rehabilitándola por este solo hecho á los ojos del mundo... Y no pedía esto por ella misma, que nada merecía y así lo confesaba: pedíalo por caridad de Dios, por lástima, por compasión hacia sus propios hijos...

Calló Currita, y con la cabeza baja y las manos cruzadas y entornados los ojitos, esperó muy devotica el sermón formidable, la peluca tremenda que creía ella iba á venir tras de aquello, seguida de alguna violenta exhortación á la confesión y á la penitencia, con algunos toquecitos de llamas del infierno; y luego, más tarde de lo que ella deseaba y con tanto anhelo iba buscando, un generoso ofrecimiento, noble, sincero y ámplio... Mas el P. Cifuentes, que había escuchado sin pestañear todo aquel cúmulo de vergüenzas y horrores, que no había hecho el menor gesto de asombro, de disgusto, de compasión ni de protesta, sacó la tabaquera de cuerno, tomó un polvo y dijo lacónicamente:

—Haga V. los Ejercicios...

—¿Los Ejercicios?—preguntó ella muy sorprendida.

—Sí, los Ejercicios de San Ignacio digo... Ayer los han empezado en el Sagrado Corazón, en la calle del Caballero de Gracia... Todavía tiene V. tiempo: empiece esta misma tarde.

—Yo... bueno... desde luego—dijo Currita titubeando.—Pero según tengo entendido, sólo se entra allí con papeleta, y yo no la tengo.

—Pues yo la recomendaré á V. á la Superiora, y le hablaré á la Marquesa de Villasis, que es Presidenta del Consejo...

Currita sintió tal movimiento de gozo, que estuvo á pique de venderse... ¡Por fin triunfaba, y á pesar de su impasibilidad y no obstante sus marrullerías, hacía tragar al bendito Padre todo el anzuelo... entre la Marquesa de Villasis, la dama de mejor nombre en la corte, y el P. Cifuentes, el sacerdote de más prestigio, haría ella su entrada triunfal en el gremio de beatas aristocráticas, y una vez dentro, no bien tomase ella terreno, ya sabría reconquistar palmo á palmo los aplausos y las adulaciones, y colocarse de nuevo en el antiguo puesto perdido.

Vistióse sencillamente, siempre con aquel prolijo cuidado de los detalles pequeños, que desprecian los talentos vulgares y tienen en mucho los privilegiados y prácticos, una modesta falda de seda negra, un abriguito de terciopelo con pieles, y la mantilla recogida por completo sobre los hombros, *chiffonnée* con mucha gracia, cubriendo las blondas del velo parte del rostro, pero dejando ver perfectamente los rojos pelitos, contraseña suya característica, que cuidó muy bien de dejar á la vista con cálculo prudentísimo, para que en caso de oscuridad ó de duda, pudieran todos reconocerla.

Á las cinco comenzaba el santo Ejercicio, y á las cinco y siete minutos calculó ella muy bien su entrada, para que fuese de todos vista. Apeóse del coche y entró en el zaguán, creyendo encontrar allí alguna religiosa ó algún portero á quien preguntar por la Marquesa de Villasis ó por el P. Cifuentes: mas sólo vió delante una empinada escalera dividida por en medio con un barandal de hierro, que hacía veces de pasamanos. En lo alto, dos señoras cuchicheaban entre sí muy quedito, é interrumpiéndose brusca-

mente al ver subir á Currita, desaparecieron al punto, sin que la dama pudiera reconocerlas. Encontróse entonces frente á la puerta de la capilla, que estaba de par en par abierta; era ésta entrelarga, ancha y extensa, con una gran puerta en el fondo que daba al interior del colegio, y otra lateral para el servicio de la gente. En el testero hallábase el altar, parcamente adornado, con algunas luces que ardían á derecha é izquierda del tabernáculo. Arriba, en la parte más alta, había una hermosa efigie del Sagrado Corazón, y caía desde sus pies hasta abajo, un gran paño de brocado recamado de terciopelo rojo, con estas palabras bordadas: *Venite ad me omnes*. Á uno y otro lado de la gran puerta del fondo estaban las sillas de coro de las religiosas, y sentadas en ellas las señoras del Consejo. La Marquesa de Villasis ocupaba la esquina derecha, teniendo á su lado á la Duquesa de Astorga.

Currita vió desde la puerta el extremo de un banco desocupado, y ante él se arrodilló, haciendo uno de esos garabatitos con que creen ciertas damas santiguarse, cruzando las manitas sobre el respaldo, inclinando la cabeza con mucha devoción, y poniéndose á registrar con el rabillo del ojo todo cuanto había y pasaba dentro de la capilla... ¡Prodigio maravilloso de la perspicacia y fuerza comunicativa de la grey femenina!... Cuatro minutos después, no quedaba en el extenso recinto una sola alma más ó menos pía, que no hubiera atisbado la entrada de Currita, sin que fuese necesario para ello más que alguno que otro suave cuchicheo, alguna que otra disimulada seña, alguno que otro libro devoto ó rosario bendito que rodaba por el suelo, para dar ocasión á la dama que lo recogía, de lanzar una rápida mirada con el mayor disimulo. Allí estaba ella, con mucha devoción, aguantando á pie quieto las miradas, y suponiendo los comentarios internos que acompañaban á

éstas; la Condesa de Murguía, señora muy severa, que había comido muchos viernes en casa de Currita, y disfrutado no pocas veces de su palco en el teatro, hallábase á su lado... Alarmóla esta proximidad; volvió la cara angustiada, y apretando cuanto pudo á las otras señoras que ocupaban el banco, apresuróse á dejar entre ella y la escandalosa, un gran espacio vacío. Currita, sin perder su devoción, sintió ganas de tirarle del pelo.

Entró á poco una señora con dos niñas al parecer sus hijas, y una de éstas, la más pequeña, fuése á arrodillar junto á Currita en el hueco vacío; mas la madre, advertida sin duda por otra señora que le habló por lo bajo, levantóse prontamente, tocó en el hombro á la niña, y apartóla de allí. Currita no sintió esta vez ira; sintió una sensación penosa, amarga, desconocida para ella, que se le figuró semejante al desconsuelo de verse sola y desamparada por un sér querido; aquella niña le había recordado á Lilí.

Entraban nuevas señoras, llenábase la capilla de bote en bote y apiñábanse las rezagadas contra las que habían llegado antes, sin que ninguna quisiera ocupar el sitio vacío al lado de Currita. Ella sintió crecer aquel desconsuelo que la oprimía, y la angustiaba y le producía una irritación sorda, una amarga iracundia, que la llevaba á escarbar llena de saña en el basurero de su vida, buscando y enumerando las vergüenzas públicas, las inmundicias de todos conocidas, que le había tolerado, consentido y hasta aplaudido como amables *pequeñeces* aquel mismo Madrid que ahora le volvía la espalda, para arrojárselas á la cara, gritándole con muy buena lógica:—¿Acaso soy ahora peor que lo fuí antes?... ¿Por ventura hace más fuerza en ti una calumnia anónima, levantada por pérfidos asesinos, que ese montón de lodo con que á todas horas te he salpicado el rostro?...

—¡Oh! ¡qué mundo, qué mundo aquel tan injusto y tan asqueroso! ¡Con cuánta razón se resistía á entrar en él Lilí, aquel ángel del Señor tan puro y tan bello!... Y á este recuerdo, con la rapidez con que se muda la decoración en una comedia de magia, sustituyó en su mente la imagen de la niña al Madrid injusto y asqueroso que provocaba sus iras, y quedaron frente á frente, embargando todo su entendimiento, la celestial figura de Lilí, derramando luz vivísima del cielo, y el montón de lodo repugnante y hediondo, la charca sucia y cenagosa que acababa de formar ella con tanta saña, haciendo examen general de toda su vida... Currita creyó ver una cloaca á la pura y rosada luz del alba, creyó ver el infierno á la luz del paraíso, y se sintió confundida y se juzgó condenada; porque aquel montón de lodo era ella misma, y aquel resplandor de Lilí era la luz de Dios, único criterio de moral, independiente de míseras condescendencias sociales, á que deben de ajustarse los actos humanos. Un último movimiento de soberbia la agitó sin embargo.

—¡Soy una infame, es cierto!... ¡Pero que no me condenen los hombres, que me condene Dios!...

Y al levantar la vista rabiosa y desesperada, como para lanzar en torno una mirada de orgulloso desafío, divisó al frente la imagen de Jesucristo, del Juez único que su soberbia vencida aceptaba, mostrándole su corazón herido, diciéndole en aquel letrero que tenía por debajo: *Venite ad me omnes*. Un crujido misterioso lastimó entonces su pecho, y repitió muy quedo:

—¡Omnes... Todos, todos!...

Habíase mientras tanto rezado el Rosario, y un jesuíta subía en aquel momento al púlpito, para exponer la meditación que correspondía según el orden establecido en los Ejercicios de San Ignacio. Era sobre el juicio final, y divi-

dióla en tres partes: la confusión de los hipócritas, al ver patentes sus pecados ocultos; la suprema vergüenza de los escandalosos, al ver objeto de la execración universal los pecados públicos de que habían hecho gala, y la justificación de la Providencia, la manifestación clara de los misteriosos caminos ordenados por Dios, para bien siempre del hombre; la sapientísima urdimbre, puesta al descubierto, de grandes hechos y pequeños acontecimientos, de penas y alegrías, derrotas y triunfos, llamamientos y amenazas, premios y castigos, que han de probar en la vida de cada criatura, mirada de frente á la luz de aquel tremendo día, la paternal providencia de Dios para cada hombre, la conjunción perfecta sobre cada uno de ellos, de sus dos atributos, el más temible y el más deseable, la misericordia y la justicia.

El jesuíta hablaba llanamente, expresando con sencilla claridad aquellas tremendas verdades, y trazando á veces pavorosos cuadros que herían la imaginación, estremecían los corazones y preparaban los ánimos para el eco futuro de aquellas temerosas palabras:

¡Ossa arida, audite verbum Domini!... Reinaba un hondo silencio, muy semejante al silencio del pavor, y el jesuíta, torciendo un poco el rumbo á sus palabras, dejó ver de repente la bondad infinita de Dios, la más consoladora de todas sus grandezas, su inmensa misericordia, brindando siempre al pecador con un perdón tan sin límites y tan ámplio, que desaparecen en él, cual si fueran átomos, los más enormes pecados.

—Imagináos—dijo—un hombre llegado al último extremo del crimen; cargadle en vuestro pensamiento con todas las acciones afrentosas que fuera posible imaginar; vedle dormir tranquilo en medio de su vergüenza, como si se viera al abrigo de la muerte, como si no tuviera ya remordi-

mientos ni tuviera conciencia... Mas un día, lo mismo que en el sueño de Nabucodonosor una piedra desprendida de la montaña hizo pedazos al coloso con pies de barro, así también un átomo arrancado á la misericordia de Dios por los ruegos de algún justo, derribará sin causa alguna aparente á ese coloso del mal, y formará en sus entrañas desesperadas una lágrima, que subirá hasta el corazón y pasará por los caminos que Dios ha hecho para llegar á sus ojos marchitos, y brotará por ellos, y rodará al fin por sus mejillas... ¡Esa lágrima le ha revelado la verdad y conquistado el perdón y devuelto la paz!...

Y como si aquella lágrima bendita, alcanzada por la oración de un justo, se formase en aquel momento en algunas entrañas, y subiese hasta un corazón, y brotase por unos ojos, con explosión de dolor formidable, rompió el hondo silencio un sollozo que resonó por todos los ámbitos de la capilla, haciendo al jesuíta enmudecer un instante, y mirarse pálidas y sobrecogidas á cuantas vieron á la Condesa de Albornoz desplomarse sobre el reclinatorio, aniquilada como el grano de mijo que machaca la piedra de molino, mordiéndose las manos para contener, como con esfuerzo sobrehumano contuvo, los gritos, los sollozos, los alaridos de dolor que parecían hervirle en el pecho, sin llegar á reventarle por los labios.

Terminó el sermón, y siguióse luego, y terminó también aquel canto suavísimo, patético grito del pecador arrepentido: *¡Perdón, oh Dios mío!* y la numerosa concurrencia desfiló por delante de Currita, sin que levantase ella la cabeza ni hiciera un movimiento, como si la vergüenza de su vida entera le tuviese allí sujeta, clavada, ante las miradas curiosas, compasivas y aun burlonas de sus antiguas rivales.

Quedó la capilla solitaria, y una religiosa lega que se deslizaba como una sombra, apagó las luces una á una sin

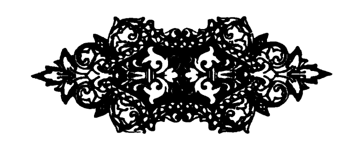
que la Condesa de Albornoz se moviese de su sitio ni diese muestras de vida... Unos brazos la rodearon al fin en aquella soledad de que sólo Dios era testigo, y una voz muy conmovida le dijo muy bajo:

—Curra, hija mía... Abajo tengo mi coche... ¿Quieres que te lleve?...

Ella levantó la cabeza, y fijó en la que así hablaba una mirada hosca, medrosa, que no parecía tener conciencia de la realidad, y reflejaba como en dos vidrios profundos todos los asombros y todas las agonías... Reconoció al fin á la Marquesa de Villasis, y el rostro de la pecadora, rojo de vergüenza por primera vez en su vida, ocultóse en el casto pecho de la mujer fuerte, balbuceando entre sollozos:

—¡Sí, sí!... Adonde no me vea nadie... Á Chamartín con mi hija...

La niña no se sorprendió al verla... Había ofrecido aquella tarde, por aviso del P. Cifuentes, el sacrificio de su vida, y esperaba, confiada y serena, como esperan las lágrimas del pecador los ángeles de la guarda...





IX

Se ha dicho que más cavila un pobre que cien abogados, y hay quien cavila más que cien pobres y cien abogados juntos: cualquier muchacho haragán, que se ve con un libro delante, clavado en un banco. En este caso se hallaba aquel día en el estudio del colegio de Guichon Alfonsito Téllez-Ponce, alias *Tapón,* piel del diablo, corazón de ángel, enredador como él solo, ídolo y tentación perpetua de sus compañeros, encanto y purgatorio eterno de sus maestros.

Sus propósitos no podían, sin embargo, ser aquella mañana mejores, ni sus intenciones más rectas; celebrábase al día siguiente el santo del P. Rector con una jira de campo famosísima, allá en la playa de Biarritz, y el mismo Tapón, condenado por tres ó cuatro sentencias á recluimiento perpetuo, proponíase con un día entero de observancia completa, alcanzar el indulto general de sus condenas, y el sobreseimiento de las diez ó doce causas que por diversos

atentados, conatos é infracciones de la ley, se le seguían ante el tribunal del P. Prefecto.

Levantóse, pues, de un salto al primer toque de la campana, lavóse sin derramar una gota de agua, y sin otro percance que el de meter un pie en el orinal y hacerlo añicos, sin intención deliberada, por supuesto, púsose en formación muy derechito, entró en la capilla y oyó Misa lo mismo que un San Luis Gonzaga.

Bueno iba aquello; mas al salir del sagrado recinto dióle un brinco el diablo en el cuerpo, y sin poderlo remediar tiró al compañero que marchaba delante en las ordenadas filas, del pañal de la camisa, que impúdicamente le asomaba por debajo de la blusa. En la sala de estudio rezó el *actiones nostras* con devoción suma, sacudió un papirotazo á su vecino de la derecha, arrastrado por la fuerza de la costumbre, tiró al suelo los libros del de la izquierda, por una necesidad casi de su temperamento, y abrió la tapa de su cajón con mucha formalidad.

Iba á ponerse á estudiar, y no de cualquiera manera ni cualquiera cosa; sus estudios de retórica habían ya terminado el año último, y acababa de asistir á la toma de Troya y á la fundación de Roma; había bebido con Horacio en las cascadas del Tiber, admirado á las abejas con Virgilio, salvado á la República con Cicerón, y alborotado en las plazas de Grecia con Demóstenes. Tocábale aquel año dedicarse á la sublime ciencia del cálculo, y había obtenido ya por orden de su profesor la medida del campanario del pueblo, con un error aproximado de dos kilómetros; aquel día, proponíase nada menos que determinar el radio de una esfera, y sacó con toda diligencia el libro de texto, la caja de compases y el blanco papel inmaculado, en que había de desarrollarse el importante cálculo.

El P. Bonet, inspector en el estudio, mirábale desde lo

alto de la tribuna, asombrado de tanta laboriosidad, creyendo tener ante los ojos la conversión de San Agustín, ó el trueque de Saulo en Pablo.

Con un rápido movimiento del compás trazó Tapón una esfera limpia y correcta, como la luna en su plenilunio. ¡Magnífico!... Redonda era como el mundo... Parecía una carita... ¡Justo!... una carita... Igual, idéntica á la de Madame Dous, la tendera que vendía pelotas en los portales de Bayona. ¡Qué casualidad!... Tapón marcó con mucha habilidad dos puntos para tomar los radios con que había de trazar dos arcos que se cortasen, y se afirmó en su creencia... Aquellos dos puntitos parecían, sin duda alguna, los ojos de Mme. Dous, redondos, pequeños, abiertos como con un puzón... El parecido era exacto; tan sólo le faltaba el moñito en lo alto de la cabeza, y para que nada le faltase, pintó Tapón á la esfera un moñito en la parte superior, dibujóle luego unas narices en el punto en que debieron encontrarse los dos malogrados arcos, púsole por debajo una boca bigotuda, añadióle después dos orejas con pendientes, y en menos de un cuarto de hora encontró la cara de Madame Dous, en vez de encontrar el radio de la esfera.

Satisfecho de su hallazgo, mostrólo á sus dos vecinos; una mano aleve avanzó entonces por detrás, y arrancóle de las suyas la obra maestra. ¡Santo Dios!... Volvióse Tapón asustado, y encontróse frente á frente con el P. Bonet. ¡Bonita ocasión para presentarle su petición de indulto!...

—¿Así prepara V. la clase, señor de... Tapón?—dijo el ministro de la justicia con voz formidable.

Y el señor de Tapón, sobrecogido, pero con mucha dignidad, aseguró, puesta la mano sobre el pecho, que había sido una distracción, que lo había hecho sin poderlo remediar...

—Pues sin poderlo remediar se quedará V. hoy sin postres... y mañana, por supuesto, sin campo...

Tapón se echó á llorar acongojado, empujó por la izquierda el libro de texto, alejó de sí por la derecha la caja de compases, y apoyando la cabeza en ambas manos, quedóse absorto á través de sus lágrimas, en la contemplación del tintero de peltre que tenía delante. Una mosca paseaba por sus bordes, alargando de cuándo en cuándo la sutil trompilla, haciendo vibrar, al cruzarlas con las patas traseras, las pardas y transparentes alas. Parecía la mosca meditabunda, y ocurriósele á Tapón cazarla, para alivio de sus penas; mojóse con saliva los extremos del pulgar y el índice, y alargó la mano suavemente; la incauta mosca saltó del tintero á la mano traicionera, dió una carrerita, y acercóse al fatal lazo. Tapón apretó entonces los dedos, y pillóla por las patas... La mosca protestaba muy indignada, batiendo las alas con cierto zumbido lastimoso.

Presa en estrecho lazo
La codorniz sencilla,
Daba quejas al viento,
Ya tarde arrepentida.

Tapón, inexorable, resolvió convertirla en ministro de sus venganzas; cogió un fino papel de seda, escribió en él: ¡Muera el P. Bonet! y retorciéndole muy bien una puntita, clavólo por detrás á la prisionera. Abrió luego la mano y la mosca echó á volar, arrastrando la larga cola, á modo de ave del paraíso.

El gozo de Tapón fué imponderable: había realizado la teoría de las *palomas mensajeras*. Puso manos á la obra, y en menos de diez minutos revoloteaban por el estudio más de una docena de moscas, llevando de una á otra parte el grito subversivo de: ¡Muera el P. Bonet! La sedición prendió al punto por el ámplio recinto, encontrando por todas partes imitadores y aun reformistas; uno puso en rojos papelitos: ¡Viva la libertad!, otro se adelantó

á poner: ¡Abajo los jesuítas!, y un tercero, hijo de un emigrado, destrozó una caja de bombones, para estampar en ligero papel azul el grito retrógrado de: ¡Viva Carlos VII!...

Aquello fué una manifestación general de simpatías personales é ideales políticos, y no hubo uno solo entre aquellos hombres de estado, capaces de regir el país de Liliput, que no manifestase sus opiniones por medio de las nuevas palomas mensajeras. Tan sólo Paco Luján, inclinado sobre su pupitre, aunque sin ocuparse mucho del libro que tenía delante, limitábase á seguir á veces con la vista el vuelo de las palomas mensajeras, sonriendo benévolamente, pero sin tomar parte en el clandestino entretenimiento. Á su espalda, un muchacho mayorcito, de frente estrecha, tipo malayo y rastrera expresión de envidia, que había tenido con él varias reyertas y sufrido más de una vez el empuje de sus poderosos puños, escribía con mucho disimulo en un trozo de papel de fumar, un largo letrero; púsolo después, según el sistema Tapón, á una mosca muy gorda, y mirando antes á todas partes con recelo, arrojóla á hurtadillas por encima de la cabeza de Paco; mantúvose la mosca un momento en el aire, y arrastrada por el peso del espurio rabo, posóse al fin en la espalda del chico que tenía Luján delante. Rióse éste al verla, y extendiendo la mano prontamente, cogióla por el papel; la mosca echó á volar dejando su molesto apéndice en manos del niño, y la pobre criatura, alborozado con la presa, púsose á leer el contenido de la misiva... Mas su gozo desapareció de repente, tornándose lívido al descifrarla, dando una media vuelta en el asiento, cual si le hubiesen aplicado un hierro candente, fijando una mirada de odio feroz, de rabia pronta á desbordarse en el inofensivo Tapón, que muy alborozado lanzaba al aire en aquel momento su décimosexto clamor

de: ¡Muera el P. Bonet! Á espaldas de ambos, seguía el malayo con maligna curiosidad aquella muda escena que tenía á la vez mucho de infantil y de terrible.

Paco Luján volvió lentamente la cabeza hasta esconderla en ambas manos como anonadado; clavóse en ella los agarrotados dedos temblando de rabia, y dos lágrimas, dos lágrimas que rara vez se derraman á los quince años, brotaron de sus ojos y surcaron sus mejillas; la ira las secó al punto, como seca una gota de agua el simoum del desierto... Había leído en aquel papel una grosera chocarrería en que se mezclaban el nombre de su madre y encubiertamente el de Jacobo, firmada por el hijo de aquel hombre odiado, el mismo Alfonsito Téllez, el inofensivo Tapón, el *diablillo de color de rosa,* como le llamaba el Rector del colegio, para expresar al mismo tiempo su sencillez de ángel y su travesura de diablo. ¡Qué golpe aquel tan inesperado y tan horrendo!...

El niño, avezado á callar por el largo y silencioso sufrir de su corta vida, calló una vez más devorando su rencor y sus lágrimas, y una hora después, cuando la campana llamaba á los alumnos á clase, Paco Luján no dió señales de haberla oído, y siguió clavado en el banco, con la cabeza entre las manos, sin más muestras de vida que los frecuentes estremecimientos nerviosos que recorrían todo su cuerpo. Creyóle dormido el P. Bonet, y separóle las manos del rostro; vió entonces su frente arrebatada, sus ojos brillantes y extraviados, y palpó sus manos ardorosas.

—¿Qué es eso, hijo?... ¿Estás malo?... ¿Tienes calentura?...

—No... no... no tengo nada—replicó el niño con forzada sonrisa.

Y arrancándose bruscamente de las manos del Padre, echó á correr hacia la clase.

Jamás hubo despertar tan alegre como el que tuvieron al otro día los colegiales de Guichon; tenía aquello algo del despertar de los pájaros cuando en una mañana de Mayo se lanzan del nido al primer rayo de la aurora, y estalla su alegría, ruidosa, alborotada, comunicativa, derramándose por entre el follaje de los árboles como una cascada de alegres trinos, que llega hasta el fondo del alma y la conmueve, la arrastra y despierta en ella paz, gozo, consuelo y plácida gratitud hacia Dios. La alegre charanga del colegio sustituyó aquel día á las severas campanadas, que arrancaban de ordinario á los alumnos de la profunda quietud del sueño de la infancia, para arrojarlos en los pequeños azares, inmensos para ellos, de la vida de estudiantes; cien vivas atronadores al P. Rector se unieron al punto á los acordes de la música, y la alegría desbordada, la vida bulliciosa que rebosaba en apuellos cuerpecitos, inundó de repente dormitorios, pasillos y el colegio entero, yendo á estrellarse á las puertas de la capilla, por una de esas rápidas mutaciones, increíbles en los niños, que prueban el poder inmenso de la disciplina, y la fuerza irresistible que en toda multitud ejerce la autoridad que sabe hacerse amar y respetar. Reinó allí un silencio profundo, oyóse Misa con devota compostura, y tomóse luego un parco desayuno; hubo entonces un momento de expectación general, de angustiosa perplejidad...

Apareció el P. Prefecto, el temido ejecutor de las solemnes justicias, y mandó salir de las filas á Tapón y á otros seis sentenciados. Pintóse la consternación en todas las caritas, y mientras pálidos y contritos se alineaban los reos á la izquierda, notóse en la multitud ese desasosiego que precede siempre en ellas á las resoluciones heróicas ó desesperadas. Un chiquillo regordete salió al cabo de las filas, colorado como un tomate, y acercándose al P. Rector, que

en aquel momento llegaba, díjole con heróica magnanimidad:

—Que vayan al campo esos... Yo me quedo, sí señor, yo me quedo por ellos.

Una exclamación de entusiasmo acogió la abnegación del héroe, y el Rector, extendiendo la mano con ademán imponente, dijo muy grave:

—Usted, señor abogado de causas perdidas, se irá al campo ahora mismo... y esos siete señores se quitarán al momento de mi vista...

Aquí tornó el Rector á alzar la mano, como si fuese á descargar el rayo vengador de la justicia, y concluyó con tremenda severidad:

—...Yéndose al campo también.

La severidad del Rector se deshizo entonces en una alegre carcajada, y una gritería inmensa acogió la proclamación del indulto, mientras las gorras subían por lo alto en alas del entusiasmo, y los reos perdonados y el intercesor generoso, eran llevados en triunfo con cariñosa fraternidad.

Pusiéronse todos en marcha á través de aquellos campos floridos, aquellas verdes praderas, bosques espesos y preciosas casitas rodeadas de jardines, que adornan todo el camino desde Guichon hasta el mar. Extendíase éste por detrás de Biarritz, estrellándose contra las rocas con furor inmenso, amenazador é imponente bajo aquel límpido azul y con aquel sosegado tiempo, como un gesto de terrible cólera en el rostro de una serena divinidad.

Más allá de la playa de los vascos, en una alta y escondida explanada que forman las rocas no lejos de cierta *villa* deliciosa, hizo alto la alegre turba, dispuesta á sentar allí sus reales para comer y sestear. La comida era sustanciosa y el apetito excelente, y sentados en el suelo en grupos de diez ó doce, comenzaron los chicos aquel festín de-

licioso, á que las brisas del mar prestaban su frescura, los rayos del sol sus resplandores, y la alegría de la infancia su graciosa locuacidad. Los inspectores les vigilaban yendo de un lado á otro, tomando parte en sus conversaciones, fomentando sus bromas y sus risas, y evitando con su presencia los excesos, sin disminuir con ella la alegría y la expansión. En una de sus rondas, tropezóse el P. Bonet con Paco Luján, sentado á la turca en uno de los grupos más numerosos; parecióle el niño preocupado y taciturno, y observó ante él su plato vacío, y puesta sobre la servilleta, su parte de pan intacta. Uno de sus compañeros, denuncióla al punto gritando:

—Padre... Luján no come...

Volvióse él rápidamente, y con forzada jovialidad contestó:

—¿Que no como?... ¡Vaya si como!... ¡Mira!...

Y bebióse de un trago, sin resollar siquiera, un vaso lleno de vino hasta los bordes; mostróse desde entonces alegre, hablador y chancero, y levantándose de repente, comenzó á dar vueltas de un lado á otro, como si buscase algo. Había ya terminado la comida, llegaba á lo sumo la alegría, y los chiquillos, dispersos por todos lados, comenzaban á organizar diversas partidas de juego; en lo alto de una roca, montado á caballo sobre uno de sus salientes, hallábase Tapón muy afanado, en mangas de camisa, armando con una caña abandonada y un largo bramante, un aparato de pesca. Acercósele Luján por detrás, y poniéndole una mano sobre el hombro, díjole con voz extraña:

—¡Tapón... ven acá!...

Levantó éste los ojos, y á la vista de aquel pálido rostro y aquel torvo ceño, inmutóse mucho; soltó al punto la caña, terciósele al hombro en silencio la chaqueta, y levantóse dócilmente:

—Anda delante—dijo Paco:

Arrancaba de allí un senderito abierto en la misma roca, que entre picos y grandes peñascos llegaba hasta la playa baja que azotaban las olas, y por allí comenzaron á bajar los niños, silenciosos ambos, sorprendido y azorado Alfonso, pálido el otro y torva la mirada, arrastrados los dos sin saberlo, por la desventura más digna de lástima que existe en la tierra: la que acarrean al inocente los delitos del culpado.

Cuando llegaron á lo más hondo de la playa, donde los peñascos se erguían solitarios, y el ruido del mar ensordecía y espantaba, y ya no se escuchaba la algazara de los niños ni se descubría rastro alguno de hombres, volvióse Tapón lleno de zozobra y miró á su compañero tímidamente; mas este, empujándole hacia delante, le dijo:

—¡Anda!... ¿Tienes miedo?...

Terminaba el senderito que seguían en una reducida explanada, rodeada por todas partes de rocas, que la pleamar cubría por completo, y salpicaban entonces las olas con blancos espumarajos, dejando al retirarse, en el declive, una pequeña hondonada, una especie de pozo lleno de agua que cubriría á ambos niños hasta la cintura. Pegóse Tapón á la roca más lejana, que le cortaba la salida, volviéndose de nuevo muy pálido y asustado, y con el ansia mortal de la zozobra, con la desfallecida voz del miedo, dijo muy bajo:

—¿Qué quieres?...

Y el otro, dando entonces rienda suelta á la rabia que le ahogaba, al rencor contra el padre de aquel inocente, fuera ya de su alcance, que por tantos años había fomentado en el fondo del pecho, con la paciencia con que se afila la hoja de un cuchillo, gritó con voz terrible, sacudiéndole con una mano por un brazo, poniéndole el puño cerrado de la otra junto al rostro mismo:

—¿Qué quiero?... ¡Matarte es lo que quiero!... Rom-

perte el alma... Tirarte al agua; que uno de los dos no vuelva al colegio.

Y sacando del bolsillo el funesto papel arrancado á la mosca el día antes, púsolo ante los ojos de Tapón, dilatados por el espanto, y tornó á gritarle lívido de ira:

—¿Conoces esto?...

El niño fijó un momento los ojos en aquel papel desconocido á que la mano que lo sostenía comunicaba temblores de rabia, y el pudor de su alma inocente tuvo fuerzas para colorear en sus mejillas por un momento, la azulada palidez del espanto. Movió la cabecita y cerró los ojos, apartándolos.

—Eso es malo—dijo—es pecado...

—¿Pecado y tú lo has escrito?—bramó el otro en el paroxismo de la rabia.

Y de una terrible bofetada arrojóle al suelo cuan largo era, y lanzóse luego sobre él, dando roncos gritos de furor, vomitando contra el padre, y la madre y el niño mismo horrendos insultos, que parecían hincharle la garganta como si no hubiera en ella espacio bastante para arrojarlos, dándole puñadas, pateándole todo el cuerpo, mesándole los cabellos y sacudiéndole la cabeza contra las rocas, hasta que rendido y jadeante, vióse de improviso las manos llenas de sangre... Entonces dió un paso atrás, pálido y descompuesto, y sucedióle al punto, en un segundo, lo que sucede á todos los corazones generosos cuando pasa en ellos el vértigo horrible de la venganza, y ven ya á su víctima indefensa y aniquilada, tendida á sus pies; una gran piedad hacia aquel pobre niño, en quien había querido él, sin conseguirlo del todo, acumular el odio inmenso que profesaba á su padre, invadió su pecho y despertó su razón, y con voz queda, enternecida casi, alargóle su propio pañuelo, diciendo:

—Tapón... tienes sangre...

El niño procuraba incorporarse exhalando ayes lastimeros, repitiendo siempre con acento de verdad profunda: «¡Yo no he sido!... ¡Yo no he sido!» Y con desgarradora expresión de pena, como si le dolieran más en el alma que sus heridas le dolían en el cuerpo, los insultos que había oído contra su padre y su madre, repetía lastimeramente:

—Mi padre ha muerto... Yo no lo conocí... Pero mi mamá es santa, santa... ¿Sabes tú?... ¡Santa!...

Paco Luján sintió que el corazón entero se le derretía en lágrimas, y acudió á sostener al niño, que parecía próximo á desfallecer; tenía una herida en la frente, y manaba de ella sangre en abundancia, que corría por su rostro y teñía ya su camisa. Ayudóle á levantar, sosteniéndole por debajo de los brazos, y arrastróle suavemente para lavarle la herida, hacia el pozo que la marea baja dejaba al descubierto, colocado al pie de una roca, en la orilla misma del mar. El niño se dejaba conducir con entera confianza, apoyando la lívida cabecita, blanca cual un jazmín cortado á la mañana, en el hombro de Paco. Notó entonces éste que había olvidado el pañuelo allá arriba en el sitio del combate, y volvió corriendo en su busca; el niño mientras tanto, desasosegado y sin tino, sintiendo tras aquella conmoción tan ruda la natural congoja del vómito, inclinóse demasiado sobre la roca, y cayó rodando hasta el mar... Una ola inmensa que reventaba en aquel momento en la playa, asióle con sus mil garras de espuma, y en su tremenda resaca arrebatólo hacia dentro.

Luján lanzó un alarido horrible, incomprensible en el aparato eufónico de un niño, y se quedó con el pelo erizado y los brazos rígidos y extendidos hacia aquella ola inmensa que barría del mundo á un inocente, cumpliendo una tremenda justicia de Dios.

Su estupor horrendo duró sólo un minuto... Sabía él nadar... y lo sacaría, sí, lo sacaría aunque tuviera que bajar á lo profundo, aunque tuviera que hacerse trizas la cabeza contra los escollos del fondo, y luchar allí á brazo partido con el terror y la muerte... Y se arrancaba las ropas, y las tiraba á su paso, y trepaba por las peñas lanzando gritos, dejando en ellas sin sentirlo, pedazos de la piel de sus piernas desnudas, de su pecho jadeante y comprimido por la espantosa presión del horror... Llegó á la roca más alta, la más saliente é inclinada hacia el abismo, y agarrado á la punta, rasgándose el pecho contra las asperezas de la peña, tendió los ojos fuera de las órbitas por aquella extensión inmensa, buscando una señal, un punto negro, un ligero estremecimiento en la superficie del agua... ¡Nada!... ¡nada más que aquellas olas tan azules y tan bellas á pesar de catástrofe tan horrenda, aquel cielo tan puro y tan radiante á pesar de horror tan profundo!...

—¡Jesucristo!... ¡Virgen Santísima!... ¡Que salga, que parezca!... ¡Madre de afligidos... te doy mi vida en cambio!... ¡Si yo no le odio, si le quiero, si le amo... si amo á su padre mismo!... ¡Señor mío Jesncristo, perdón... me pesa!... Si él era bueno... La mala era mi madre... ella... ella...

Se levantó rígido, tieso como un muerto, pareciendo que se alargaba su estatura hasta crecer la mitad... Allí... allí... allá lejos, á veinte brazas de aquella roca, se agitaba el agua un poco, se formaba un remolino, aparecía un punto negro... Sí, sí, no había duda... ¡Jesucristo!... ¡Una manita crispada, que se alza pidiendo socorro!...

Y como una exhalación describió un arco en el aire y se hundió en el mar la otra víctima, lanzando un grito de piedad que halló su memoria en lo más profundo de los recuerdos de su infancia, y puso la Reina de los ángeles

en sus labios, como una prenda de perdón, en aquella hora suprema:

¡Virgen del Recuerdo dolorida!
¿Te acordarás de mí?

Viósele nadar veinte brazas con la enérgica desesperación de la agonía, hundirse una vez, aparecer otra, tornar otra vez á hundirse, salir á flote de nuevo, no una, sino dos cabecitas, pegadas, juntas, rubia la una, negra la otra, y sumergirse otra vez las dos formando un ligero vórtice, unas suaves espumas, borrosas, imperceptibles en aquel mar inmenso, ilimitado, roto tan sólo en el lejano horizonte, por una velita blanca que se divisaba á lo lejos...

Al día siguiente, unos pescadores de Guetary, encontraron atravesados en una roca los cadáveres de los niños, abrazados estrechamente aun después de la muerte... En las ansias y rudo combate de aquella agonía tremenda, el escapulario de uno había pasado también al cuello del otro, y descansaba, como una contraseña del cielo, sobre los pechos de ambos.

Jamás se supo á cual de los dos había pertenecido en vida, la santa enseña. Era el escapulario de la Virgen del Recuerdo...

FIN DEL LIBRO CUARTO



EPÍLOGO

La campana del santuario de Loyola había tocado ya el último toque de Misa, y el Hermano portero luchaba á brazo partido en la misma puerta con una de esas beatas pegajosas, ávidas siempre de santa curiosidad, propaladoras incansables de nuevas místicas, que creen asegurar el triunfo de la Iglesia y la extirpación de las herejías, propagando entre fieles é infieles que el Padre *A*, estornudó dos veces seguidas, ó que al Padre *B*, se le descosió la borlita del solideo.

Una señora enlutada salió entonces de la vecina Hospedería, atravesó lentamente el prado, y subió las escaleras que llevan al santuario. Era una mujer alta, joven aún, que parecía agobiada por el peso de una de esas inmensas desventuras, que inclinan el cuerpo á la tierra, como buscando en ella el consuelo y la paz. El negro crespón que sombreaba su frente sin ocultarla del todo, dejaba ver unos ojos rojos en que ya no había lágrimas, y un rostro marchito,

óvalo perfecto en que se veía, por decirlo así, incrustada una conmovedora expresión de dolor eterno.

Al pasar ante el Hermano, saludóla éste con muestras de gran respeto, y la beata, ansiosa siempre de noticias, preguntóle su nombre.

—La Marquesa de Sabadell—contestó el Hermano.

La beata dejó escapar una exclamación de asombro, y con cierta compasiva admiración siguió á la dama con la vista, hasta verla desaparecer por la gótica puerta del antiguo solar de Loyola.

Un cochecillo desvencijado, tirado por dos flacos rocines del país, entró al mismo tiempo por el puente de Catalangua, atravesó velozmente el prado, y vino á detenerse al pie de la escalinata. Apeóse otra señora también enlutada, muy flaca, muy pequeñita, ocultando como la otra entre los negros crespones un rostro consumido y lleno de pecas, y unos cabellos rojos mezclados de blanco. Nadie la conocía en el país; habíase establecido aquel verano en un caserío muy bien acondicionado, cerca de los baños de San Juan, y veíasela á menudo desde el camino, pasear por la huerta acompañando á un caballero muy gordo, al parecer idiota, que lanzaba gritos extraños y tristes risotadas, y no se movía de un carrito en que tiraba á veces un borriquillo pequeño, otras un criado, algunas, con bastante frecuencia, la señora misma. Los caseros de las cercanías, llamábanla *Gorriya,* esto es, *la roja.*

Al Hermano portero no le era, sin embargo, desconocida la dama, y saludóla también á su paso con mucha atención y deferencia. La beata, con redoblada curiosidad, tornó á preguntar asimismo, el nombre de ésta.

—La Condesa de Albornoz—replicó secamente el portero.

Penetró ésta también en la santa Casa, y subió al famo-

so santuario, lleno en aquel momento de fieles de todas clases, mezclados y confundidos el señor y el labriego, la dama y la casera, con ese aire de confianza, esa perfecta igualdad que muchos pregonan, y sólo se comprende y se practica en el santo templo de Dios. La Albornoz pasó rozando con su traje el traje de su infeliz prima, y fué á arrodillarse, sin reparar en ella, á cuatro pasos de distancia. No sucedió lo mismo á la Marquesa de Sabadell: vióla muy bien ésta, la conoció al punto, y el temblor de sus manos, el gesto espontáneo de horror con que apartó la vista, el ansia cruel con que se levantó su pecho, sin que pudieran exprimir sus vaivenes una sola lágrima, como si se hubiese agotado ya en aquel corazón el manantial de ellas, revelaron claramente la impresión horrible que le hacía la presencia de aquella mujer funesta, que encontraba por primera vez después de tantas desgracias.

Comenzó la Misa ante la imagen de San Ignacio, del lado de allá de la reja; la de Albornoz, flaca y macilenta, paseó á poco la vista por todas partes buscando algún sitio en que sentarse, y no hallándolo, hízolo humildemente en el suelo, sobre las frías losas; un anciano, pobre mendigo de Azpeitia, levantóse al punto del extremo de un banco, y quiso cederle su puesto; mas ella, agradeciéndoselo con cariñosa sonrisa, no lo aceptó.

Llegó al fin la hora de la comunión, el sacerdote abrió el tabernáculo, volvióse al pueblo y bendijo á pobres y ricos, grandes y pequeños, inocentes y arrepentidos, verdugos y víctimas... Todas las cabezas se inclinaron, dobláronse todas las rodillas en el más profundo silencio...

—*¡Ecce Agnus Dei; ecce qui tollit peccata mundi!...*

Varios hombres y mujeres se adelantaron, y fueron á arrodillarse ante el comulgatorio; entre ellos iban la Marquesa de Sabadell y la Condesa de Albornoz, las dos riva-

les, el verdugo y la víctima, la mujer inocente y la cínica escandalosa.

Pasó largo rato; terminóse aquella Misa, y salió después otra, y poco á poco fueron desapareciendo los fieles, quedando al fin sola la Albornoz, arrodillada delante, sin poderse sostener apenas, caída la cabeza, cruzadas las manos, imagen viva de la humildad, aniquilada ante la misericordia. Detrás estaba la Marquesa de Sabadell, arrodillada á larga distancia, sintiendo por primera vez, después de la muerte de su hijo, el consuelo inefable de las lágrimas.

De repente hizo Currita un penoso esfuerzo para levantarse, y la otra se levantó también prontamente, y salió de la capilla, deteniéndose del lado de allá de la puerta, junto á la pila del agua bendita... Allí la encontró la Albornoz, y dió un paso atrás al verla, pálida cual un espectro.

Mas ella, dando otro paso adelante, hizo un solo movimiento, una mera *pequeñez,* de esas que asombran á los hombres y regocijan á los ángeles.

Metió la mano en la pila del agua bendita, y se la ofreció con la punta de los dedos...

FIN

